



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Crónica de la guerra de Cuba (1895)

Rafael Guerrero

287
1895
5 vols



Biblioteca de
ALBERTO PARREÑO

ALDERMAN LIBRARY
UNIVERSITY OF VIRGINIA
CHARLOTTESVILLE, VIRGINIA

THE
LIBRARY
OF THE
MUSEUM OF
ART AND
ARCHITECTURE
OF THE
UNIVERSITY OF
CHICAGO

CRÓNICA
DE
LA GUERRA DE CUBA

CRÓNICA

DE

LA GUERRA DE CUBA

(1895-96)

ESCRITA POR

RAFAEL GUERRERO

*Con los datos suministrados por los corresponsales de Habana y New York
y documentos adquiridos al efecto*

Ilustraciones de los distinguidos dibujantes señores LABARTA, PASSOS, CUBELLS Y PONS

Tomo segundo

BARCELONA

—
LIBRERÍA EDITORIAL DE M. MAUCCI

8, Conde del Asalto. 8

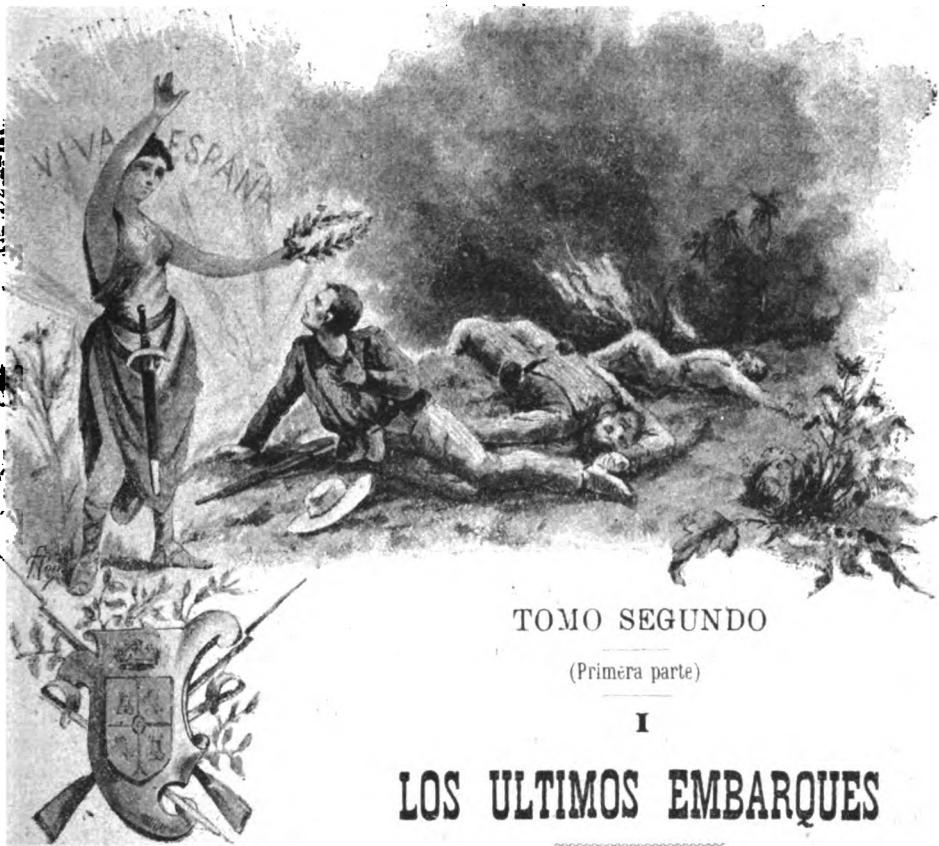
1896

F

1786

(191)

C. 2



TOMO SEGUNDO

(Primera parte)

I

LOS ULTIMOS EMBARQUES

El día 20 de Noviembre, se celebraba en el cuartel de San Roque de Cádiz, el solemnísimos acto de jurar la bandera los 1,000 hombres que constituyen el batallón expedicionario de Pavía, que marcha á Cuba el día 22.

Desde antes de las 10 estaban en el patio del cuartel la sección de gastadores, cuyos individuos además de su armamento, llevaban hachas, y otra sección armada para la escolta de la bandera.

A las 10 y encontrándose ya en el cuartel los generales señores Rodas, Castillejos y Bazán, con los demás jefes y oficiales del regimiento, la banda de música batió marcha y fueron saliendo de los dormitorios los soldados, que al poco rato quedaron formados en el patio en columna doble.

Iban todos en traje de rayadillo, con mochila, en la que llevaban entre otras cosas, los zapatos guajiros, y sin armamento.

A los acordes de la marcha real, fué conducida la bandera á la cabeza de la escuadra de gastadores. Momentos solemnes de expectación: todos los concurrentes del elemento civil estaban descubiertos. Allí se

Cuaderno 41—T. II.

Precio 10 cent.

veían á los señores Viesca (D. R.) que en representación del Casino, y con el secretario D. Francisco Arámburu é Inda y varios socios, entregó al coronel Sr. Estruch, 1,000 pesetas para los soldados del batallón, regalo de la Sociedad citada; al director de la compañía que actúa en el Principal Sr. Riquelme y otros artistas, y representantes de la prensa.

Los balcones de los pabellones que dan al patio del cuartel, estaban ocupados por las familias é invitados de jefes y oficiales.

Todo ya dispuesto, el comandante D. Emilio Morales, del batallón expedicionario, preguntó á los soldados con clara y vibrante entonación.

—¿Jurais á Dios y prometéis al rey, seguir constantemente sus banderas y defenderlas hasta perder la última gota de vuestra sangre, y no abandonar al que os estuviera mandando, en función de guerra, ó disposición para ella?

—Sí, juramos—contestaron los soldados unánimemente; y entonces el capellán del regimiento D. Antonio López Vergel, que estaba situado á la izquierda de la bandera, dijo:

—Por razón de mi sagrado ministerio, ruego á Dios os lo premie si así lo haceis, y si no, que os lo demande.

Acto continuo fueron desfilando los soldados uno á uno por delante de la bandera, besándola, y después de esta ceremonia, pasaron por debajo de ella de dos en dos.

Entretanto la música del regimiento tocaba una marcha, y se sacaban vistas fotográficas para esta *Crónica*.

Después formó el batallón en línea, siendo revistado por el general señor Rodas, verificándose el desfile, é ingresando los soldados en sus dormitorios.

En último lugar de la fuerza iba una cantinera, airosamente vestida, de rayadillo, chaquetilla simulando una guerrera, aunque sin los cordones de ésta, enagua á media pierna, polaina y bota, negras.

En la cabeza lleva una gorra de cuartel de las antiguas, que son muy airosas y le sienta muy bien á esta cantinera.

No es bonita ni fea; simpática y de agradable trato: ni muy baja, ni alta tampoco, su estatura es de la corriente en mujeres; morena y gruesesita. Tiene buen cabello.

Se llama Dolores Cisneros Martínez, natural del Puerto de Santa María, de 29 años de edad y soltera.

No tiene padre; madre sí y hermanos.

En su pueblo era planchadora y lavandera y trabajaba en las labores propias de su sexo.

En el mismo batallón va para Cuba un hermano de la cantinera llamado Manuel, que lleva 33 meses de servicio.

Ella pidió permiso al coronel para marchar con el batallón, y le fué concedido.

La cantinera era una nota muy curiosa en la formación.

Pasaron los generales, jefes y oficiales al Cuarto de Banderas y allí el general Rodas felicitó á los jefes y oficiales de Pavía por el brillante estado en que el batallón se encontraba, elogiándolos, especialmente al coronel señor Estruch.

Después, en el mismo Cuarto de Banderas, en la habitación de entrada, se sirvieron galletas, vinos amontillados y tabacos habanos, iniciando los brindis el general señor Fernández de Rodas.

Dijo que aceptaba con gusto la copa que se le ofrecía á nombre del batallón expedicionario por el coronel señor Estruch.

Brinda por la suerte indudable del batallón, que es un pedazo de su corazón, el último que le queda, porque este es el último cuerpo de su división que va á Cuba, donde ya se encuentran los restantes y á donde él quisiera ir, pero no está en su mano el disponerlo así.

Desde Cádiz—añade—veo marchar al batallón, y aquí lo recibiré al retorno, cubierto de honra y gloria, triunfante la bandera, que es el símbolo de la patria.

Que el Dios de las victorias os acompañe: cumpla cada cual su misión como la patria exige: llevais la confianza de que os dirige un jefe experto que conoce la manigüa, porque luchó en ella como subalterno y sabrá guiaros seguros al triunfo.

Alude al general Bazán, que siempre recordará á Pavía por ser el último regimiento que mandó.

Da el adiós de despedida hasta el acto del embarque, en que abrazará á todos, y bebe la copa á la salud del regimiento.

El coronel Estruch habla después, dando las gracias al general por las frases que le ha dedicado, consignando que le parecen exagerados los elogios que á su persona se refieren y aceptando los dedicados á sus subordinados.

Elogia la disciplina de sus soldados, que han jurado á Dios servir al rey, y que en el acto de la guerra se acordarán del juramento, que es para ellos una religión.

Dedica á Cádiz frases cariñosísimas: aquí quedan nuestras familias y á este pueblo volverá Pavía para demostrar que es digno del cariño que aquí se le tiene.

El señor Estruch se emociona profundamente y tiene que interrumpir dos veces su brindis.

Terminó después de elocuentes frases dedicadas á Cádiz, brindando por este pueblo, por el rey y por la reina.

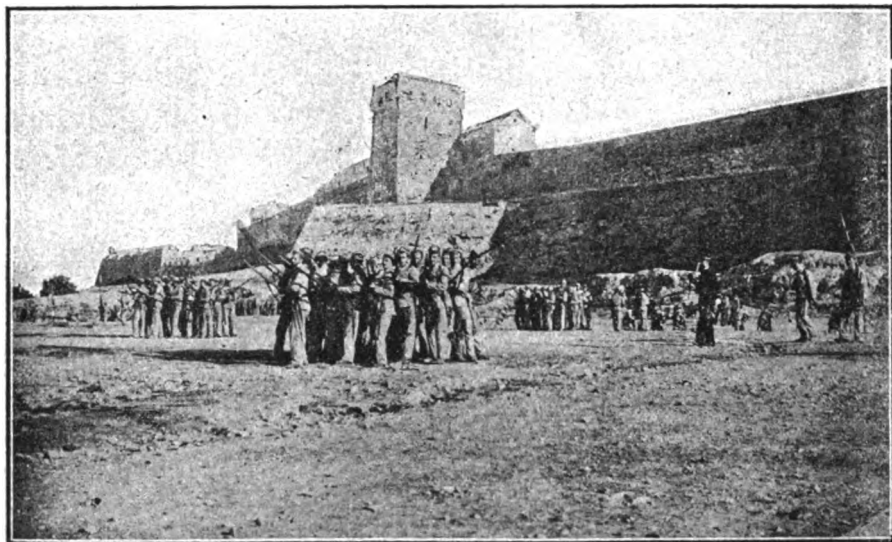
Se dieron vivas á los reyes y al coronel señor Estruch.

El general Bazán pronunció un brindis breve y elocuente enalteciendo al regimiento y á su coronel señor Estruch, brindando por los reyes y por la patria.

El general Rodas habla de nuevo para elogiar al señor Estruch; saluda al Casino Gaditano, á la prensa, y bebe por Cádiz, deseando á todos salud y prosperidad.

El señor Viesca dá las gracias por las frases que se han dedicado al Casino y á Cádiz, y se da la enhorabuena por haber sido testigo de un acto tan severo, magestuoso y sencillo como el que ha presenciado y que no puede olvidar.

Hónrase el Casino—dice—con despedir, sintiendo que se vayan, esos defensores de la patria.



Maniobras militares en Tarragona: Grupo contra caballería.

¡Qué dato más elocuente que la emoción observada en el digno coronel Estruch, que al mismo tiempo que se desprenden lágrimas de sus ojos, conserva en el brazo las necesarias energías para llevar el empuje y decoro de la patria donde las armas lo exijan!

El elemento militar se da la mano con este elemento de paz, unos dejando la patria, otros el hogar, todos se completan, y al beber por el elemento militar se brinda por España, por Cádiz y por Pavía.

El señor Rocafull desea inmensa gloria al batallón de Pavía.

El señor Bueno, recogiendo la alusión á la prensa, brinda diciendo que si algo faltaba en Cuba lo va á completar Pavía.

En Cádiz se ve marchar al batallón con pesar, porque se estima como cosa propia, y lo despide con sentimiento del alma.

Brinda por Pavía, que ha de conquistar en Cuba los triunfos que alcanzó en Melilla, por los generales, jefes y oficiales allí presentes y por Cádiz.

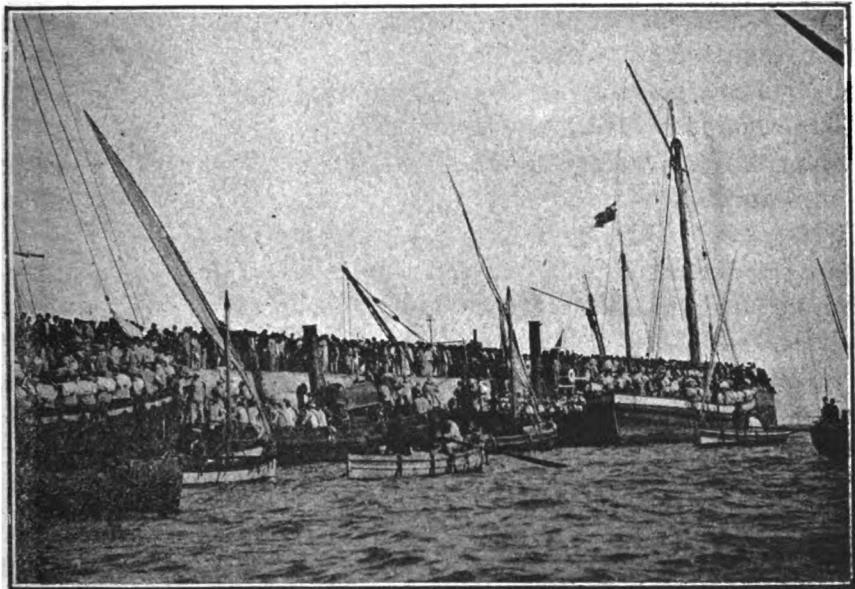
El coronel retirado señor Urrutia también dedicó algunas frases á

los expedicionarios de Pavía; y por último, el comandante señor Castañón propuso, y así se hizo, que se confundieran en un abrazo el general Bazán y el coronel Estruch.

Invitado el señor Riquelme á brindar, lo hizo en la siguiente forma:

Aunque humilde histrión del arte,
hoy, en tan solemne día,
quiero también tomar parte;
brindo y bebo por Pavía.

La reunión se prolongó algún rato y á las doce abandonaron los generales Rodas y Castillejos el cuartel.



Cádiz: Embarque del regimiento de Pavía número 49.

A los soldados se les entregó antes de que salieran á la calle el donativo que les había hecho el Casino Gaditano.

Los soldados que constituyen este batallón son quintos de este año de las provincias de Valencia, Murcia y Alicante. Se han instruído en catorce días.

Van en el batallón 4 jefes, 8 capitanes, 25 subalternos y 6 supernumerarios.

Las primeras tintas del amanecer del 22, sorprendieron en la estación del ferrocarril á varias familias de Medina, Alcalá, Lope, Ayamonte y Cádiz, que desde antes de las cuatro esperaban la llegada de los cazadores de Cataluña, entre los cuales venían hijos, hermanos y parientes de aquellas.

Los que aguardaban eran en su mayoría gentes del campo. Algunos

realizaron el viaje á pie, para dar el último abrazo de despedida al ser querido que marcha á la guerra.

A la hora en que el tren correo partía de Cádiz, anunciaba el telégrafo la salida de Jerez del tren militar con los cazadores.

A poco fueron llegando á la estación y al muelle personas conocidas, militares y público numeroso.

A las siete de la mañana se encontraban en la estación los generales Rodas y Castillejos, jefe de Estado Mayor señor Quintero, teniente del mismo cuerpo señor Garrido, comandante ayudante señor Arrecivita, teniente ayudante señor Jaime, teniente coronel de Artillería señor Mena, comandante señor Puente, capitán señor Carranza y otros señores oficiales de la misma arma, segundo jefe de esta comandancia de Carabineros con varios oficiales, coronel mayor de plaza y otras comisiones de jefes y oficiales de la guarnición.

Comisario de guerra señor Bo, comandante señor Casalines, el presidente de la sección tercera de esta Audiencia, para despedir á un hijo suyo primer teniente de cazadores don Carmelo Nogueras, la música de Alava con bandas y gastadores y público bastante, que se extendía á lo largo de la vía.

A las 7 y 35 minutos por el reloj de la estación llegó el tren militar: la música ejecutó una diana: los soldados dieron vivas á Cádiz: se apearon los jefes, oficiales y soldados, saludando á los que aquí se encontraban y confundiéndose en abrazos el hermano con el hermano y los padres con los hijos.

Dada la hora retrasada con que llegaron los cazadores, dispuso el general Rodas que no concurrieran á la misa por falta de tiempo material para arreglar los últimos preliminares del embarque.

Formaron en el andén, donde se proveyeron de las mantas y pasaron lista.

Durante ésta nos informamos de que en Córdoba se tributó al batallón una despedida cariñosa y delirante.

A los oficiales les regalaron cajas de puros y á los soldados dinero, los círculos conservador y militar 500 pesetas cada uno, la sociedad la Cruz Roja dió una función á beneficio de los expedicionarios, obteniendo un producto de 1,000 pesetas, que le fueron entregadas; el ayuntamiento también les dió dinero, y á la estación concurrieron las autoridades todas, incluso el señor obispo, formándose en la vía y en una gran extensión una línea de personas con bengalas, que los vitoreaban al mismo tiempo que el tren caminaba.

Va. con el batallón la charanga del mismo, siendo éste el primero que aquí embarca con música.

Manda la fuerza el teniente coronel D. Manuel Alvarez, siendo sus comandantes D. Juan Valls Castelo y D. Nicolás Navarro. Van además

siete capitanes, 32 subalternos, dos de los cuales se incorporaron en Utrera, médico primero D. Carlos Velasco y 30 sargentos, que en su mayoría estuvieron en Melilla.

De los mil hombres que constituyen el batallón faltan 50; se han redimido ocho, algunos de ellos estando ya para marchar en la estación de Córdoba, y el resto ha quedado en el hospital enfermos.

En Fuentes de Andalucía salió la música del pueblo á tocar al paso del tren, y en Jerez esperaban en la estación los jefes y oficiales de cazadores de Tarifa con la charanga del batallón. Los de Tarifa obsequiaron á sus compañeros de Cataluña, con vinos para la tropa y dos cajas de amontillado para los jefes y oficiales.

No ha ocurrido en el viaje hasta Cádiz ningun accidente.

El general Chinchilla telegrafió al general Rodas, diciéndole que sentía que el estado de su salud le impidiera venir á despedir las tropas y encargándole que las despidiera en su nombre.

Terminada la lista y provistos los soldados de sus mantas salieron de la estación con la música á la cabeza, formando en el extremo del muelle en columna cerrada por compañía.

Los soldados en su mayoría son de Cáceres, Avila, Salamanca y Madrid, y algunos de esta provincia y de otras de Andalucía. Estos son los menos.

Quintos de este año van en el batallón 248 y los restantes el que más lleva tres años de servicio.

Por minutos aumentaba el público en el muelle, plaza de San Juan de Dios y calles todas del barrio de Santa María.

Los balcones del ayuntamiento ostentaban colgaduras.

Concurrieron el alcalde señor Arroyo y concejales señores Orodea, Casal, Larraondo, Torres (D. J.), García Bourlier, Rodríguez, Engo y Miranda.

El general Rodas, con varios jefes y oficiales, marchó á la Catedral.

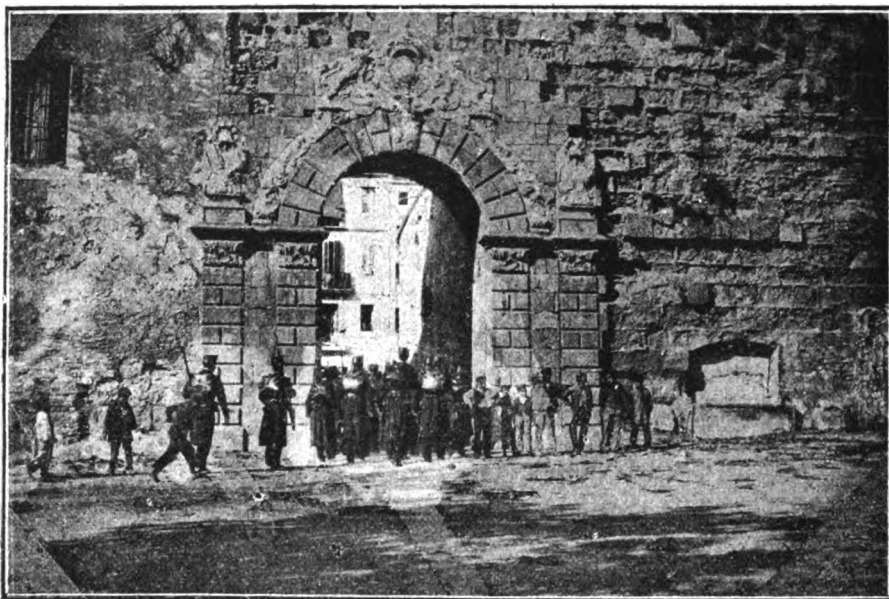
En el cuartel de San Roque se hicieron los preparativos de marcha desde bien temprano. A los soldados se les entregó el pan y la manta.

A las ocho y cuarto salió el batallón del cuartel. Todo cuanto se diga de cómo estaban de público aquellos alrededores y las calles del Torno de Santa María, Santo Domingo y Sopranis, resultaría incoloro ante la realidad. Millares de personas se agolpaban y atropellaban por todas partes, afanosas de abrazar á los soldados.

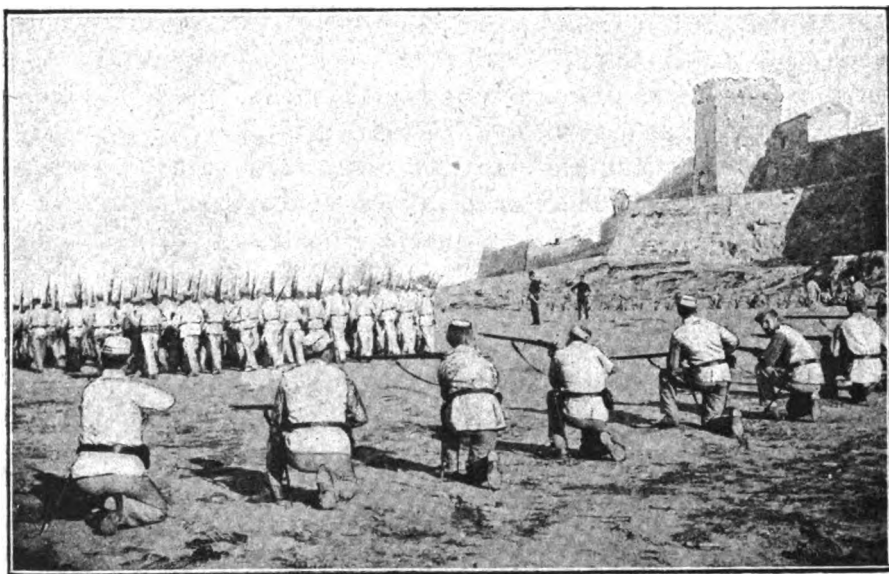
Los vivas atronaban el espacio, y la ovación que se le tributó á los expedicionarios de Pavía fué inmensa, enloquecedora.

Renunciamos á describir las sentidas escenas que se desarrollaron en el tránsito, porque cualquiera las supone, teniendo en cuenta el tiempo que lleva Pavía en Cádiz, el cariño que se le profesa, y que aquí quedan los seres más queridos de los que marchan hoy.

En la plaza de San Juan de Dios era imposible el tránsito, lo mismo que en la calle de Alonso el Sabio y plaza de la Catedral.



Tarragona: Despues de las maniobras.—Hacia el cuartel.

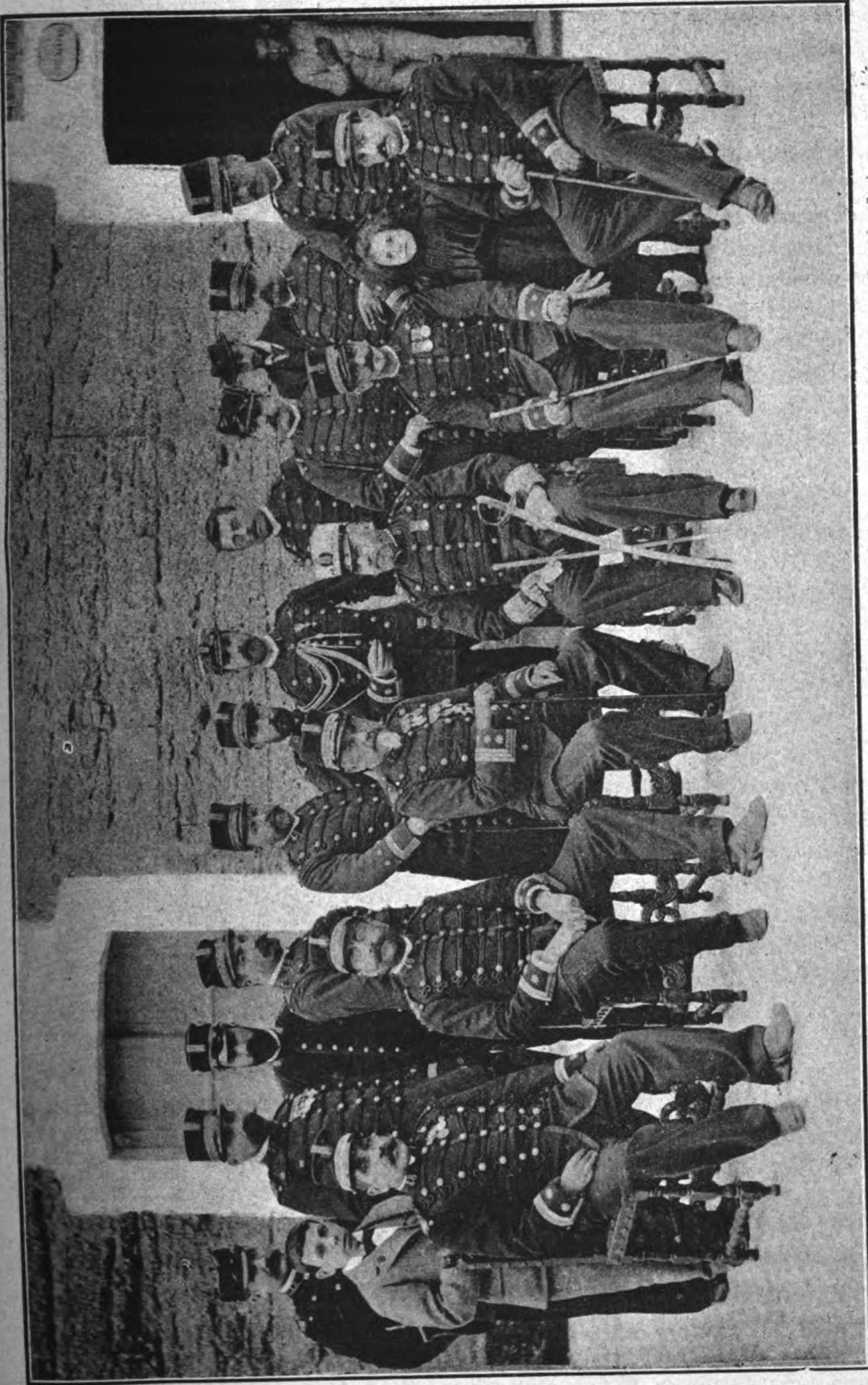


Fuego en guerrilla.

En la puerta de la Catedral aguardaban los generales Rodas, Castillejos y Toral y numerosas comisiones militares.

Penetró el batallón en el templo, formando tres compañías en cada nave.

Los últimos embarques.



Cádiz: Oficialidad del regimiento Pavía número 48.

Los generales y autoridades militares se situaron al pié del presbiterio en la crujía central; parte de los gastadores á los lados del presbiterio y en éste el cabo y otros con el corneta de órdenes.

El abanderado, con el capitán ayudante señor Ferrer, se situaron á la derecha del altar, donde tomaron asiento el alcalde y concejales y el vicepresidente de la comisión provincial señor Meléndez y secretario de la Diputación señor Cano Benítez.

Comenzó el religioso acto á las nueve menos cuarto, durante la cual la música estuvo ejecutando algunos números.

La catedral resultaba pequeña para tantas personas como acudieron, y no fueron pocas las que tuvieron que quedarse en la calle.

Terminada la misa, ocupó la cátedra del Espíritu Santo el señor obispo y dirigió á los soldados una sentida plática, concebida en estos ó parecidos términos:

Ausente hace días, para honrar un egregio difunto, y por motivos de familia, habría sentido no llegar á tiempo de despediros, amadísimos soldados de Pavía, que siempre, y más en el infortunio de la patria, se consuela y reanima el abatido espíritu, publicando la heroica abnegación y el indomable valor de los soldados españoles, así como haciendo ostensibles estas demostraciones de amor con que concurre el pueblo gaditano á daros el adiós de despedida á vosotros que vais á defender el territorio español.

De vosotros no cabe pedir más.

Secos los ojos, pero llorando sangre el corazón, os habeis arrancado de los brazos de vuestras idolatradas madres, de vuestras esposas amantísimas y de los besos de vuestros hijos queridos, para volar á luchar con un clima cruel, con la perfidia de los traidores, tal vez á dar la vida en los vírgenes bosques de Cuba ó á sufrir el bárbaro machete de los inhumanos mambises.

Las dichas deliciosas del hogar pacífico hánse trocado en tristes amarguras con vuestra ausencia por los azares de la guerra, pero la patria corresponde agradecida á vuestro sacrificio, acudiendo con recursos á vuestras necesidades, é inscribiendo vuestros nombres en el largo catálogo de los héroes.

Desarrollando fuerzas latentes, supremas, el gobierno se ha proporcionado sin menoscabo del crédito público y sin exigencias vejatorias, los medios que se necesitan para terminar la guerra.

El caudal de la patria es el vuestro y todo se facilita largamente.

La patria os favorece con sus fervientes oraciones, y vosotros, soldados católicos, á quienes me dirijo, comprendéis la eficacia de la oración.

De los hogares vuestros álzanse al cielo plegarias ardientes de vuestras madres, esposas é hijos, para que Dios os conserve y os devuelva á sus amorosos brazos.

La Iglesia hace lo mismo: desde el comienzo de la guerra se hacen plegarias por los sacerdotes por vuestra salud y por el triunfo de las armas españolas.

He aquí por qué yo pido á Dios conserve vuestras vidas, siquiera sea á costa de prodigios, como conserva la del ilustre caudillo que estuvo en este recinto y en cuyas manos se encuentra, no solo el giro de la guerra, sino la suerte y destino de la patria.

Tal vez por esto el Angel de la Guarda, que vela constantemente por él, lo libró de las balas que atravesaron su maletín.

Si marchais como aquellos soldados de que habla el padre San Bernardo, forrados por dentro de la fe y de hierro por fuera, nos abrazaremos en retorno, convirtiendo las plegarias de este día en himnos de triunfo.

Dió el señor obispo su bendición y se dispuso la salida del templo, hasta cuya puerta concurrió dicha autoridad eclesiástica con los señores canónigos á despedir á los expedicionarios.

En la plaza de la Catedral había engrosado la concurrencia de manera considerable.

Desde las gradas del templo se observaba una inmensidad de cabezas humanas, cuya vista se perdía por la calle de Alonso el Sabio. La perspectiva era grandiosa.

No con poco trabajo pudo abrirse paso la tropa: todos se disputaban el honor de abrazar al coronel señor Estruch. Al lado de éste y desde la salida del cuartel, caminaba un hijo suyo, hombre ya.

Todas las ventanas, cierros y balcones de las casas de dicha plaza, calle de Alonso el Sabio y plaza de San Juan de Dios estaban atestadas de gente, lo mismo que las murallas y el muelle. Muchas familias ocupaban carruajes.

En el balcón principal del ayuntamiento estaban el gobernador civil, el alcalde, concejales y vice-presidente de la comisión provincial esperando la llegada del general Rodas y los otros ya mencionados.

Las tropas penetraron por el ala izquierda de la plaza, formando en columna por secciones frente al ayuntamiento y verificándose luego el desfile por la derecha.

En la citada plaza los soldados vitorearon al rey, á la reina, á España, á Cádiz, á su ayuntamiento y á Pavía, emprendiendo la marcha hacia el muelle.

Iban delante con banderas los estudiantes del bachillerato y de comercio.

El entusiasmo que aquel cuadro produjo fué inmenso: los vivas se sucedían sin interrupción y las notas de la música hacían olvidar, siquiera fuera momentáneamente, á los que aquí quedan llorando la ausencia de los que marchan á la campaña.

En el muelle formó el batallón próximo á la última escala del E.

Todas las disposiciones estaban adoptadas, pero la concurrencia dificultaba las operaciones. Allí estaban para dirigir el embarque, y lo dirigieron con acierto y rapidez, el comandante de Marina señor Dueñas, segundo señor Ibarra, ayudante señor Castaño y otros señores ayudantes de dicha capitanía con el personal auxiliar de la misma.

En tres balandras, dos de las cuales iban remolcadas por el vapor Trocadero, del señor Mac Pherson, quien también se encontraba allí presente, y otra por un auxiliar de la Trasatlántica se dispuso y llevó á efecto el embarque, que fué amenizado por la banda del batallón, la cual también llegó hasta el trasatlántico con la tropa.

En el puente del vapor iban el general Castillejos, coronel Estruch y otros jefes.

El general Rodas dió vivas á España, al rey, á la reina, á Pavía y al ejército, que fueron calurosamente contestados.

En la travesía, una de las balandras que llevaba el Trocadero hubo de romper el remolque, recogién dose de nuevo sin consecuencias.

A la una tuvo lugar el embarque de los cazadores, que también lo verificaron en el citado vapor y en un auxiliar remolcando balandras y repitiéndose los vivas al desatracar las naves del muelle, siendo próximamente la una y media.

En el auxiliar número 3 embarcaron los generales Rodas, Jiménez Castellanos, Bazán y Obregón, destinados estos tres últimos á Cuba, como ya se ha dicho; otros varios jefes y oficiales, los ayudantes de los generales citados, el señor Rodríguez Guerra (D. J.) y algunas personas conocidas.

Hacía mar de leva y algunos soldados se marearon.

El coronel de Pavía dirigió telegrama de despedida á la reina, al ministro de la Guerra y al comandante en jefe de este cuerpo de ejército.

Por la mañana á primera hora se embarcaron 68 individuos de la recluta voluntaria.

También se embarcaron 20 Hermanas de la Caridad y 42 jefes y oficiales para ser destinados á cuerpos.

En total lleva el vapor Buenos Aires 2.116 pasajeros.

He aquí los telegramas á que antes hemos hecho referencia:

General gobernador al jefe del Cuarto Militar de S. M. la reina.

Ruego á V. E. haga llegar hasta S. M. el telegrama siguiente:

Señora: Jefes, oficiales y tropa batallón expedicionario Pavía, en el momento de embarcar para Cuba, me confieren la última honra de elevar hasta V. M. respetuoso saludo de despedida.

La defensa del trono y de España es la suprema aspiración que llevan y la cumplirán como buenos, porque todos ellos lo son.

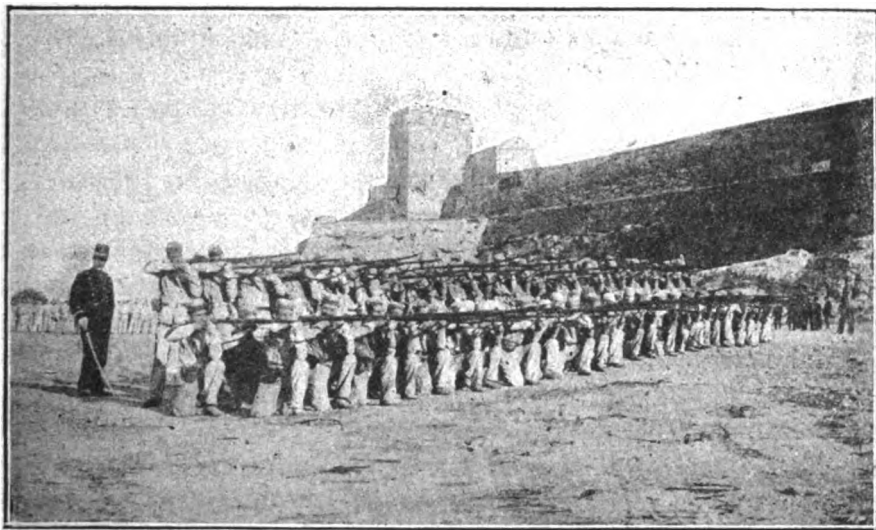
Con pensamiento en Dios y en el honor de la bandera, juran derra-

mar hasta la última gota de su sangre en defensa de la integridad de la patria; alentándolos para ello el cariño de su reina y el deseo de cumplir religiosamente sus deberes de soldados.

General gobernador al ministro de la Guerra:

Jefes, oficiales y tropa del batallón expedicionario Pavía, antes de partir para Cuba, me ruegan envíe á V. E. respetuoso saludo de despedida.

Van animosos y contentos como cumple á soldados españoles; llevan la conciencia de su deber y la bendición de la iglesia les ha sido dada por el ilustre obispo de Cádiz, habiéndolos despedido la población con



Primera y segunda fila.—¡Fuego!
Últimas maniobras del batallón expedicionario de Navarra en el campo de Marte de Tarragona.

tal entusiasmo que no encuentro frases para ponderarlo, ni jamás podré agradecer bastante.

El batallón de Pavía honra á la nación y al ejército y enorgullece á este humilde general, que eleva también á V. E. el testimonio de su respeto y felicitación, asegurándole que con soldados como éstos, todas las empresas son posibles y la victoria segura.

General gobernador al comandante en jefe.—Sevilla.

El batallón expedicionario de Pavía, al embarcar para Cuba, le envía por mi conducto el más respetuoso saludo de despedida.

En el momento de alejarse de España juran una vez más ser dignos de la región á que pertenecen: el nombre de V. E. les infundirá alientos, y cuando derramen su sangre por la patria, recordarán que también vertió V. E. la suya en defensa de los mismos ideales.

Sírveme de grata satisfacción participar á V. E. que el expedicionario de Pavía va en las más brillantes condiciones, prometiendo ser dig-

no del heroico nombre que lleva, y del mando de V. E., á quien respetuosamente felicito.

La despedida entre las autoridades militares á bordo del Buenos Aires, fué afectuosísima y sentida.

A las cuatro menos cuarto de la tarde disparaba el cañonazo de salida el hermoso trasatlántico, y cruzaba gallardamente las aguas doblando la punta de San Felipe.

En Cádiz ha quedado en el hospital militar, por encontrarse enfermo de cuidado, el segundo teniente de cazadores de Cataluña, señor Domínguez, que llegó de Córdoba.

En el Satrústegui embarcaron el día siguiente y con los batallones de Saboya y Zaragoza, los generales señores Toral y del Rey.

*
* * *

En Palma, la ceremonia de bendecir la bandera de guerra regalada por la población, fué imponente.

El día 20 de Noviembre, las campanas anunciaron con sus repiques la solemnidad; la bandera enfundada, tal como la llevará el oficial abandonado en los ejercicios de combate, fué conducida á la sacristía y después colocada y desplegada al lado del Evangelio.

Las naves de tan augusto templo, hallábanse atestadas de numerosa y escogida concurrencia.

Ocupaban lugar preferente el Excmo. Sr. Capitán general, el Gobernador militar de la plaza, comisiones de todos los cuerpos y dependencias militares, los generales Palou de Comasema, Bennasar, Ascensión, Truyols, Leon y Montaner, el Gobernador civil, Alcalde, Ayuntamiento, Presidente, Fiscal y Secretario de la Audiencia, Diputación, Delegado de Hacienda y demás corporaciones administrativas y literarias, y la prensa.

Eran las diez cuando en medio de un religioso silencio y de la grandiosa severidad que producía el altar mayor, ricamente adornado, y las paredes laterales colgadas de damascos, se adelantó S. E. Ilma. el señor Obispo de aquella Diócesis para la memorable ceremonia de la bendición de la bandera: cubrióse de sus vestiduras pontificales, y empuñando el báculo, á la vez que arrodillándose el Comandante señor Matheu, jefe accidental del batallón, con la bandera desplegada y rendida, dió la bendición sobre ella y sobre las cabezas del ayudante, del abanderado interino señor Morey y de los individuos que formaban la escolta.

Entonces observóse en los semblantes de la distinguida concurrencia, en especial de señoras, la emoción que había producido en el ánimo tan solemne y significativo acto.

Seguidamente se hizo cargo de la enseña el oficial abanderado, y ce-

lebró misa de Pontifical el obispo ocupando la cátedra sagrada, después del Evangelio, el M. I. Teniente Vicario de aquel distrito, don Joaquín Cervera Simón, Predicador de S. M. y de elocuencia, cuya voz ha resonado muchas veces en los templos de la península y que con la galanura de un castizo estilo, exquisita erudición y salpicado de párrafos sonoros, pronunció un sermón elocuentísimo.

He aquí los puntos más culminantes del exordio y plática sintetizados:

«Grecia celebraba aquellas fiestas panaténeas en las cuales el navío de Minerva con ingenioso y oculto artificio y á remo y vela por tierra conducido, ostentaba procesionalmente la famosa Peplo, vela sacra recamada de oro y pedrería, donde estaban escritas las hazañas de Palas contra los Titanes y las proezas de los guerreros de Atenas.

»Nosotros por fortuna no adoramos al Júpiter de Dodona sino al Dios de Israel y por eso venimos á esta Basílica á ensalzar y bendecir esa bandera que ha de ser para vosotros principio fecundo de loables acciones, manantial inagotable de ilustres hazañas, síntesis de acerbos dolores y de inefables sacrificios.

»El objeto primario y esencial del ejército no es el ejercicio de la guerra, pero esta es lícita, necesaria y aún meritoria cuando se trata de conservar los intereses morales y materiales de la nación, el orden, la justicia y la paz, *Bellum geritur*, decía San Agustín á su amigo el Conde Bonifacio, general del Imperio. *Bellum geritur ut pax acquilatur*.

»La significación del acto que hoy se celebra, la bendición de esa bandera, nos recuerda dos sentimientos que se desarrollan en todos los climas que han atravesado todas las edades halagüeñas y tristes, prósperas y adversas y han inspirado las sublimes concepciones del arte y han dado vigor y realce al genio y vibran en todas las almas sensibles. Dos sentimientos potentes y vehementísimos: el amor patrio y el sentimiento religioso.

»El amor patrio empieza en la segunda etapa que recorre el hombre sobre el planeta, simultáneamente con la historia del arte militar y aun con el origen de la propiedad; empieza cuando la tribu laboriosa abre el primer surco en el fondo del valle, cuando levanta la población en la altura ó en la falda de la montaña para defender sus frutos contra la rapacidad de la tribu errante y holgazana.

»El sentimiento religioso empieza en el exordio de los tiempos. La colosal inteligencia de Bossuet descubre en todos los sucesos de la edad primitiva la idea y esperanza del divino libertador. Asiria y Babilonia legan esta herencia á los médulos y á los persas y éstos la transmiten á todos los pueblos sojuzgados por el genio guerrero de la antigüedad, por el hijo de Filipo el Macedonio.

»Y sigue palpitando este sentimiento en el seno de la idolatría, en la urdimbre de la fábula, en los acentos de la lira pagana, en las fantásticas lucubraciones mitológicas; y á pesar de su arte incitante, lúbrico y voluptuoso, palpita también en la tierra clásica de la filosofía, en aquella Grecia soñadora y poética, arrullada por las ondas de un argentino mar, que se rompe en blanca espuma en sus costas, reclinada al pié del Olimpo, desde cuya cima centellean aún los tímidos vislumbres de Sócrates, Aristóteles y Platón; no obstante las ráfagas de sensualismo y de lascivia, y la degradación de sus costumbres, palpita también en la antigua ciudad de Aventino.



Cantinera de Pavia.

»Al llegar á este punto hacemos alto en nuestra marcha para escuchar una voz misteriosa que suena en el oriente; es la doctrina de Jesús que derriba los falsos ídolos y ahuyenta con su luz las sombras del paganismo.

»Y como esta doctrina purísima no pudiera amalgamarse con la corrupción del imperio, allá en las estepas del septentrión óyese el galopar de los caballos de Atila; son las huestes que la Providencia envía sobre Roma, huestes bárbaras, casi salvajes, indómitas y feroces, á cuyo empuje el imperio se desvanece como una sombra.

»Mas, por qué el amor patrio y el sentimiento religioso han de sellarse con sacrificio cruento? ¿por qué estos dos sentimientos nobilísimos han de arrai-garse con la sangre de los héroes y de los mártires?

»¡Ah señores! con sangre se afianza la tribu antigua y con sangre se consolida la nación moderna; con la sangre preciosísima de Jesús se realiza la obra incomparable de nuestra redención; con la sangre de 18 millones de mártires, se levanta el grandioso edificio del catolicismo.

»Soldados del batallón provisional de Cuba, vuestra sangre reclama también la nación, vuestra sangre exige las angustias de la Patria ¡la Patria! nombre mágico que produce la vehemencia del entusiasmo, paraíso de nuestros sueños, fuente de todo heroísmo y abnegación.

»Por la Patria firma Aristides su sentencia de ostracismo, Curcio se lanza con su corcel al precipicio, Escévola quema su diestra y quinientos espartanos acaudillados por Leónidas detienen la rapidez del ejército de Xerxes en los desfiladeros de las Termópilas.

»¡España! ¡inmortal España! perla engastada en las aguas de los mares, eden del viejo continente, un día fuiste gentil matrona, hoy estás encorvada. ¿Si será por el peso de tantos laureles? ¿Estás envejecida! ¿Si será por la ingratitud de tus hijos?

»¡Ah! si yo pudiera expresar con toda su aterradora grandeza la sublime epopeya de tus dolores y martirios.... Ahí estás cual majestad caída, recostada al pie de tus blasones, como la desventurada Sión, triste, llorosa y solitaria. ¿Qué haces ahí en tan angustioso duelo, en tan amarga aflicción?

»Pero con nuestros infortunios y adversidades, nosotros somos de la raza del Cid, más fuerte que la de Ajax; en la hora suprema repetimos las palabras de Calístenes á su amigo Lisímaco, nos levantamos un codo



Casa caldera del ingenio "Dos Amigos" propiedad de don Pedro Golcoshes, incendiada por la partida Acebo.

sobre nuestra estatura y como el guerrero del ciego de Smirna solo necesitamos luz para pelear.

»España es siempre grande, magnánima y varonil. España es hoy la admiración del mundo. España es Sagunto vencedora de Anibal, envolviendo entre sus escombros las huestes de Cartago; España es Numancia ardiendo ante las asombradas legiones de Roma vencida; España es la que dicta leyes á Sedín y Barbarroja en Lepanto, y á Miramolín en el Muradal.

»Soldados del batallón provisional de Cuba, estas son las glorias, esta es la historia que vais á defender á la sombra de esa inmaculada

bandera, que es la bandera de Calatañazor, la que tremoló en los muros de Granada, en Italia y en Flandes, en la playa de Argel y en Trafalgar, en Zaragoza y Gerona; es la bandera de nuestra antigua coronilla de Aragón, de aquellos héroes que saliendo de las fragosidades y riscos de Sobrarbe y de los fértiles campos que bañan el apacible Isuela y el impetuoso Cinca, fijaron sus barras en las puertas hieráticas del Asia.

»Es también la bandera de nuestras creencias religiosas. ¿No sabeis que á la sombra de la cruz paseamos victoriosos nuestros estandartes de Oriente á Occidente, de Norte á Sur, por todos los mares, por los continentes todos? ¿No sabeis que en la grandiosa epopeya de nuestra reconquista, solo el férvido entusiasmo religioso derrotó en cien combates á los hijos del Islam?

»Los bélicos acentos que resonaron en las breñas de Asturias no eran sino un plañido religioso, y desde Covadonga, donde brilló la aurora de nuestra libertad, hasta Granada, donde terminó nuestra opresión, en aquella titánica lucha de 781 años, el ejército español iba siempre precedido de la cruz; entre los pliegues de su bandera se dibujaba la sonrisa de María; con su invocación los débiles cobraban aliento, los fuertes pujanza y las huestes del profeta mordían el polvo del combate en las Navas, Alarcos, Clavijo y Sevilla, donde el soldado cristiano inmortalizó su valor, sus proezas, su heroísmo.

»Pero esta bandera es especialmente Balear; ha sido adquirida con las cantidades facilitadas por los habitantes de la provincia, y baleares sois también los que vais á escribir su historia, ilustrándola con gloriosas hazañas.

»Recordad aquel grito patrio y enérgico, aquel grito terrible, aquel *desperta ferro* de los almogávares, y haced ver á los insurrectos que los baleares de hoy son los héroes de ayer, demostrad al nuevo continente, y al mundo entero, que aun corre por vuestras venas la sangre de los vencedores de Otumba.

«¡Fuera debilidades y desmayos! ¡Atrás la cobardía! No hay laureles sin sacrificio; no hay resurrección sin calvario: resistid la tempestad, que ya vendrá la bonanza; y si los de Tesalia coronaron de amaranto el sepulcro de Aquiles, porque había peleado en defensa de sus conciudadanos, el amaranto y el laurel y mil coronas os reservarán nuestros paisanos, cuando torneis victoriosos: si—lo que Dios no permita—la muerte cortare vuestros pasos en la inclemente manigua, la brisa de los mares traerá á este suelo bendito, el fósforo de vuestros huesos, el oxígeno de vuestra sangre, para encender más y más el patriotismo de vuestros hermanos isleños.

»Voy á terminar imaginándome un espectáculo tan triste como tierno conmovedor.

»Aproxímase el momento de partir: yo contemplo á vuestros padres,

á vuestros parientes, y amigos con los ojos enrojecidos á fuerza del llanto, y á vosotros, á vosotros aturridos de pena mientras vuestras madres y hermanas os colocan con especial cuidado un escapulario de la Santísima Virgen, mientras os confirman en las máximas cristianas, que fueron siempre el más rico tesoro de vuestras familias. Dilatad vuestros pechos, mostraos serenos y no redobleis el dolor de los que aquí quedan. Id, pues, en paz, mis queridos soldados; procurad distingueros por vuestra subordinación y disciplina, por el amor que os profeseis unos á otro. Id en paz, os acompañan nuestras oraciones y las bendiciones del cielo. Vuestras madres, postradas ante los altares, imploran la intercesión de la reina de los ángeles, figura la más dulce, la más bella, la más simpática que brilla en el cielo del catolicismo.

»Dios clemente y misericordioso! ¡Guardad á estos bravos defensores de la patria! ¡Qué les respete la lluvia y el rocío, el calor tropical y aquel otro enemigo más cruel é implacable, la fiebre traidora.

»Soldados; confiad en el Señor; él premiará vuestros sacrificios y os mostrará los diáfanos horizontes de la gloria.»

Tal ha sido el sermón del eximio padre Cervera, justificando la reputación de distinguido orador sagrado y de rasgos de exquisita erudición, de que teníamos las mejores noticias por su antecesor y por la prensa del continente.

Ha sido, pues, escuchado con sumo agrado y felicitado por el auditorio, como un privilegio exclusivo del talento.

Terminado el acto, la bandera y escolta se incorporó al resto de la fuerza que se hallaba con las armas presentadas, al propio tiempo que las músicas de los regimientos regionales tocaban marcha.

Un gentío inmenso esperaba en las afueras de la Catedral para oír el discurso del jefe de la fuerza, que pronunció según prescribe la ordenanza, recomendando la obligación de conservar y defender la bandera, hasta perder la vida, por interesarse en ello la gloria de la Nación, el honor personal y el crédito del cuerpo.

Hecha la exhortación se verificó la descarga, y desfiló el batallón abriendo paso por la multitud que se apiñaba, dirigiendo atentas miradas á la bandera y á los valientes baleares que marchan con ella el suelo cubano para distinguirse, como lo hicieron sus antepasados en Tesino, en Trasimeno y en Cannas, donde formaron la primera línea de Annibal.

* * *

En Pollensa fué imponente la despedida de los soldados.

Un acontecimiento que formará época en los anales de la historia de este pueblo, tuvo lugar con motivo de pasar á Palma los soldados á quienes ha tocado la suerte de formar parte del batallón provisional de Cuba.

A las ocho en punto, y apenas sonaron las primeras campanadas, los alrededores de la parroquia se vieron invadidos por un gentío inmenso; y apenas hubo entrado el Clero y el Ayuntamiento, el templo quedó materialmente lleno.

En seguida el señor Cura párroco, con su elocuente palabra hizo una plática tan sentida y tan conmovedora, que hizo derramar abundantes lágrimas al numeroso auditorio; recordándoles que corría por sus venas sangre de aquellos héroes pollensines que en 1550, sorprendidos por las hordas del pirata Barba Roja, sin otras armas que las herramientas de labranza, acaudillados por el insigne Juan Más, supieron con su bravura arrojar y poner en vergonzosa fuga al terrible moro; y que como aquellos derramaron su sangre generosa, para salvar la patria chica, ellos también y sin temor á las fatigas que proporciona la manigüa, ni á los rigores del clima, demostrarían su arrojo, derramando la última gota de sangre para salvar la integridad de la patria grande. Y después de rezar las oraciones del Ritual, el señor Cura párroco colocó sobre el pecho de cada uno de los expedicionarios un escapulario de Nuestra Señora de los Angeles, patrona del pueblo; terminando este acto con una Salve cantada.

Acto seguido, el pueblo en masa, acompañado de la música del pueblo, fué á la Casa Consistorial, donde en el espacioso salón de sesiones se les tenía preparado un almuerzo de abundante chocolate; servicio que estuvo á cargo de las bellas señoritas de la buena sociedad de la población, lo cual contribuyó en gran manera á dar más realce al acto.

Terminado el almuerzo se levantó el bizarro coronel retirado don Guillermo Aloy, quien entusiasmado, cual si estuviera en el campo de batalla, les dirigió una tan sentida y tan entusiasta arenga, que aquellos jóvenes sentían no encontrarse frente al enemigo; y hasta muchas personas de edad manifestaron, en aquel acto, vivos deseos de entrar en fuego.

Y después de exhortarles á que tuvieran sumisión y respeto á sus jefes, y que debían derramar la última gota de sangre antes que ser traidores á la patria, terminó dando vivas á España, al Rey, á la Reina y al pueblo, que fueron contestados por toda la multitud con bravos y una prolongada y nutrida salva de aplausos.

Después el señor Cura párroco se puso á dirigirles la palabra, y seguidamente el abogado don Guillermo Cifre, antes Coll, y don Ramón Martorell, quienes con elocuentes y sentidas frases aumentaron el entusiasmo, siendo colmados cada uno con salvas de aplausos. Acto continuo y seguido de la respetable banda de música del pueblo tocando un entusiasta paso doble, se puso en marcha la comitiva recorriendo las calles más céntricas de la población.

Durante esta travesía, hasta llegar al oratorio de Ntra. Sra. del Roser-Vell, parada de los coches diligencias, se desarrollaron escenas sumamente conmovedoras: aquí una madre con lágrimas en los ojos, abrazando á su hijo y dándole sentidos besos, contestada por el adiós madre mía, no lloreis, la patria me llama, la Virgen me socorrerá; otro entre los brazos de sus hermanas y parientes, despidiéndose con vivas á España y á Pollensa, que eran contestados por toda la multitud, y se calcula que pasaban de 3.000 las personas que les acompañaron hasta dicho oratorio, donde entraron á rezar una oración á la Virgen, y después marcharon entre gritos entusiastas de ¡Viva España! ¡Viva la Patria! ¡Viva Pollensa! que resonaron por todo el valle.



Fuerte de Jarayó. Camino del Cobre.

A los acordes de la música, la comitiva seguida de la multitud se dirigió otra vez á la Casa Consistorial, donde se sirvió un refresco por las mencionadas señoritas; y después de obsequiarlos con melodiosas tocatas por la banda de música, el ya citado señor Aloy volvió á dar un viva á España y á Pollensa, siendo contestado con el mismo entusiasmo que antes.

Después se presentaron varias proposiciones: una para costear los gastos de pasar la música á Palma para la despedida del batallón expedicionario; otra para costear una bandera nueva del Pueblo, á la que dichas señoritas mostraron sumamente su galantería para confeccionar el bordado, y tenerla arreglada para el día que marchase la música; y otra para que se abra un cepillo para recoger dinero para socorrer á las familias de los expedicionarios, que sufrieran la pérdida de algún hijo, y se vieran con necesidad. Dichas proposiciones fueron aclamadas con entusiasmo, y en poco tiempo se llenaron varias cuartillas de nombres de suscriptores y en su mayor parte abonaron en seguida la cuota para que voluntariamente se suscribían. En fin, el pueblo de Pollensa en masa, demostró ser un verdadero pueblo patriota y entusiasta.

*
* *

La despedida del Vicario castrense, en Palma, fué como sigue:

Al batallón provisional de Cuba

Es la despedida como una consolidación de afectos, como un pacto de amistad perdurable de donde brotan fervientes promesas, el temor y la esperanza, el regocijo y la pena.

Mustio el semblante, los ojos nublados por el llanto, con una voz que se anuda á la garganta, los soldados baleares dan un melancólico «adiós» á la noble metrópoli de sus islas, al paraíso de sus ensueños, á la ciudad hermosa, blanca como el cisne, pulcra y engalanada como la casta vírgen en el día de sus nupcias.

Y desde la zona ardiente y al través de los mares enviarán cada día un tierno saludo, que no es buen soldado quien extingue el fuego sacro de la gratitud; y vuestros hermanos de Palma os han prodigado sendos agasajos, y han exaltado vuestro espíritu y vuestros sentimientos con una corriente de intenso cariño y de vivas simpatías, y os despiden con solemnidad y pompa, con toda la efusión del alma.

Por eso os vais con pesadumbre.

Y aumenta vuestro duelo al recordar el pueblo nativo; vuestras puras y santas afecciones. ¡Cuánto os amarga, cómo os desconsuela abandonar el oscuro y tranquilo rincón, embalsamado con los perfumes de vuestra deliciosa campiña!

¡Ah.....! imaginaos un pobre proscrito, abatido y sin aliento cuando á gran distancia de su patria recuerda triste los encantos de la casa paterna, los suspiros de su esposa, los lamentos de sus hijos, los horizontes de su país, sus infantiles juegos, su madre que no existe, el sepulcro de sus mayores; vedle en tierra extraña, melancólico y sombrío, solitario y errante, contemplar con el alma apenada los montes, los valles y los ríos; nada le sirve de esparcimiento; ni aquellas auras reciben sus gemidos, ni hay aroma en aquellas flores, ni aquel cielo tiene estrellas como las de su patria querida.

¡Feliz, mil veces feliz el mortal que descubre siempre su cuna y no le inquieta el pensamiento de que otra tierra sea su sepulcro!

Cuando el hijo de los mares abandona, en alas de la codicia, las playas de su patria, siente estremecerse su corazón y piensa tristemente en las iras del turbido elemento: mas llega su anhelado y feliz regreso..... ¡Cuántos recuerdos dulcísimos se agolpan á su mente! ¡qué multitud de tiernos afectos conmueven su ánimo! Mientras le refresca la brisa natal, recreáse en las costas donde verificó sus primeros náuticos ensayos, saluda los patrios lares y hace que su nave rompa veloz el cristal del inmenso piélago, para estrechar en sus brazos al amigo, al pariente, á su esposa que le espera.

¡Oh patria, objeto de amor, augusto santuario de nuestros regocijos y penas, de nuestras efusiones y tristezas, libro de oro, abierto en curva infinita, donde los héroes consignan sus hechos y las naciones sus triunfos y glorias, sus reveses y desventuras, sus ideales y sus transformaciones.

¡Qué sublime es la palabra «patria!» Todos los pueblos rinden culto á este sentimiento que fascina y arrebató, que subyuga y enloquece; pero en ninguno ha tenido su templo y su trono como en la antigua Iberia, en esta muy noble tierra española, país clásico del valor, donde cada muro nos recuerda un combate, cada bandera una conquista y cada soldado un monumento de patriotismo; nación cuyas maravillosas empresas son otras tantas al parecer inverosímiles epopeyas, que hubieran infundido terror y espanto aun á los mismos gigantes de Homero.

¿Donde encontraréis nombres como lo de Sagunto y Numancia, de Zaragoza y Gerona? ¿Donde héroes como Pelayo, Guillén Gonzalez, Rodrigo Díaz del Vivar, Hernán Cortés, Pizarro, D. Juan de Austria, el duque de Alba, D. Alvaro Bazán, Requesens, Churruca, Gravina y Mendez Nuñez, todos ellos esforzados caudillos, insignes patricios, cumplidos caballeros y verdaderos cristianos? ¿Dónde, decidme dónde se ofrece un holocausto como el de Guzmán el Bueno, que sella su patriotismo con la sangre de su sangre?

Soldados, imitad tan altos ejemplos, *prius mori, quam fœdari*: esta es la divisa de los héroes, que entraña las leyes de Dios y de la Patria; la divisa que templará vuestro espíritu, y os alentará en el desfallecimiento, y os fortalecerá en la desgracia, y dará creces á vuestro valor para sufrir hambre, sed, fatiga, el sol abrasador, los aguaceros y todo los géneros de peligros.

Allí, en aquella tierra mortífera, vasta necrópolis de la juventud española; en aquella perla de las Antillas, enriquecida y hermoñeada por nuestros mayores, en aquellos espesos bosques, humedecidos aun con la sangre vertida en la campaña de los diez años, allí vereis como pelean los soldados de León y de Castilla, descendientes los unos de los bravos que lucharon en la jornada de Villalar; herederos los otros de la altivez goda y dignos émulos de los que tremolaron su morado estandarte sobre los muros de la ciudad de los Abencerrajes y Alhamares.

Allí encontraréis á los de Navarra, que se coronaron de laureles en las gargantas de Roncesvalles.

Y á los duros y perseverantes catalanes, y á los fieros valencianos, y á los legendarios aragoneses, que con los invencibles baleares inmortalizaron la celebrísima coronilla de Aragón.

Allí están en su honroso puesto los soldados de todas las regiones de España, cuyos abuelos vencieron con los nuestros en la batalla de Bailén.

Una nación de tan gloriosa historia; una nación cuyos hijos humillaron á las legiones del Volga, á las aguerridas huestes de Tena, Wagram, Austerlitz y Marengo, tiene derecho á exclamar: Cuba será siem-



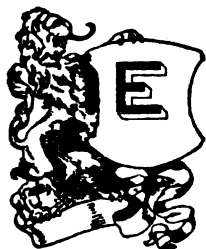
En nombre de la
República de Cuba
 Por delegación del pueblo cubano en armas
 La Asamblea Constituyente
 Acordó por aclamación en esta fecha confesar en el C.
Tomás Estrada Palma
 la representación y agencia diplomática en el exterior
 con el nombramiento de
 Delegado Plenipotenciario de la República de Cuba
 y para que conste lo firmamos en Jaguayayú, á diez y ocho
 de Septiembre de mil ochocientos noventa y cinco
Salvador Espinosa y Urbina *Marcel Mandrey*
Enrique Lozano del Castillo *Santiago Barón* *Diego Riera*
Francisco del Valle *Servio Perera* *Chenier Nodarse*
Rafael Lleras *Ramón de la Cruz* *Francisco de la Cruz*
Castellón *Manuel de la Cruz* *Francisco de la Cruz*
Edoardo Riquelme de Villagras *Manuel de la Cruz* *Francisco de la Cruz*
Pedro Aguilera *Marcelo Pichillo* *Francisco de la Cruz*
Agustín de la Cruz *Francisco de la Cruz* *Francisco de la Cruz*

pre española, mal que pese á los incendiarios mambises, bárbaros del nuevo continente.

Soldados, vuestro heroísmo abreviará el plazo de nuestra separación; no olvidéis el grito de combate: *desperta ferro. «Santiago y á ellos.»*
 ¡Viva España!

II

LA TOMA DE CAPIRO



El día 6 de Noviembre y teniendo necesidad el comandante militar de Baracoa de relevar el destacamento de Guandao, así como de recoger varios enfermos que en dicho destacamento había, decidió la ida de una columna y la del cañonero Alcedo hasta la bahía de Mata, con objeto de recoger dichos enfermos que no habían de poder resistir los rigores de una marcha.

La columna salió al amanecer del día 6 de la población, formada por unos 450 hombres y mandada por el teniente coronel primer Jefe del batallón de Talavera don Francisco Zamora, llegando sin novedad hasta el Paso del Roble que por estar alta la marea, ofrecía no pocas dificultades para el paso de la fuerza. No desaprovecharon los insurrectos esas dificultades y cuando precisamente el Jefe de la columna con el médico y los prácticos se hallaba hacia la mitad del paso, hicieron nutrido fuego sobre ellos que nuestras fuerzas contestaron valientemente. En este fuego tuvimos herido grave al cabo de gastadores y en cambio nosotros hicimos al enemigo dos muertos vistos. El enemigo huyó al poco rato, abandonando sus posiciones y la columna siguió su camino después de curado el herido. En el Paso del Güirito y en Dos Hermanas volvieron nuestras fuerzas á verse hostilizadas por el enemigo, que fué

dispersado inmediatamente y al entrar en Mata de nuevo se repitió la escena aunque con idénticos resultados que antes. Allí, en Mata, ayudaron á batir á los insurrectos los disparos de cañón del cañonero torpedero Alonso Pinzón que con el Alcedo estaba en la bahía.

Hízose el embarque de los enfermos en el cañonero y siguió luego la fuerza hasta Guandao. En este punto, recibió el señor Zamora confidencias de que el enemigo con fuerzas muy considerables se hallaba en los montes de Capiro y ya relevado el destacamento, se decidió á marchar á dichos montes para batir á esa gente, entre la que se hallaba el cabecilla Gil, y varios significados cabecillas como Faez, Delgado y Galano.

Tuvieron nuestras fuerzas nuevo fuego al pasar por Mata, saliendo victoriosos, y siguieron hacia Consolación, finca que estaba ocupada por la partida de Paez. Esta partida hizo resistencia á la entrada de la fuerza, sosteniendo un nutrido fuego durante más de una hora; pero al fin tuvo que abandonar aquello internándose más en Capiro, no sin dejar en el campo numerosos rastros de sangre, varios efectos y cuatro muertos.

Paez y su gente, tenían ocupada á Consolación desde el día anterior y allí habían hecho dos comidas matando una res, cuyos despojos se encontraron.

Descansó la fuerza en Consolación el día 8 y al amanecer del 9 salió decididamente para Capiro. No se hizo esperar la aparición del enemigo, que opuso en diversos puntos tenaz resistencia, y por fin dividida la fuerza en 3 columnas se decidió á subir á los campamentos insurrectos que por las condiciones de accidentación del terreno y aun por los trabajos de atrincheramiento que habían hecho, resultaban ser verdaderas fortificaciones. Las tres columnas tuvieron nutrido fuego que duró más de cuatro horas y en él hubo detalles que permitieron demostrar una vez más la valentía sin igual de nuestros soldados, así como la pericia militar de nuestra oficialidad. Seguramente eran los insurrectos más de mil, pues permiten afirmarlo así, además de las condiciones y señales de los campamentos que se les ocuparon, las confidencias tenidas por gente del campo, que tuvo ocasión de apreciarlo.

El fuego, fué muy duro en Capiro, teniendo que tomarse dos alturas á la bayoneta y llegando á ser la lucha poco menos que cuerpo á cuerpo. Por fin el enemigo fué dispersándose y desalojó sus posiciones. Como consecuencia de este fuego, dejaron los insurrectos 57 muertos en el campo, habiendo sido herido en la cara el cabecilla Paez, que según se cree ha muerto ya. El número de heridos que hayan podido tener es imposible calcularlo; puede sin embargo afirmarse que fueron muchos, pues Capiro se convirtió en un verdadero campamento de sangre. Se ocuparon al enemigo pertrechos de guerra, comida, caballos y un botiquín

completo. Nuestras fuerzas tuvieron 1 muerto, 7 heridos graves y 6 contusos, entre los que se cuenta el médico de Talavera.

Distinguiéronse en esta acción el valiente teniente coronel señor Zamora, que con tanto acierto la dispuso, el comandante señor don Vicente González Moro, que cooperó sabiamente á los trabajos de su jefe, el infatigable médico de Talavera, don Rosendo Castells Ballespí, que con pericia poco común y una valentía á toda prueba, viene trabajando en esta campaña desde su principio, los capitanes señores Calvo y Amador, que acreditaron una vez más su reconocido arrojo y los oficiales señores Baxeras, Sosa, Jimeno, Pérez y Murillo, cuya bravura es superior á toda ponderación.

La acción de Capiro ha sido una verdadera gloria para nuestro ejército y para nuestra nación; con unos cuantos golpes como el de Capiro, la insurrección será pronto acabada.

Columna Cabestany.

A las ocho de la mañana del día 16, tras penosa marcha vadeando ríos en los que el agua llegaba al pecho del soldado, encontró al enemigo el teniente coronel del 11.º batallón de Artillería señor Cabestany, batiendo y dispersando completamente las partidas insurrectas de Calderón y Bacallao, en el potrero de Enrique Rojo ó Dos Amigos.

El ataque lo efectuaron 85 hombres de la 1.ª compañía del batallón de Artillería, al mando de su capitán don Francisco Martín Sánchez, y 12 caballos de Sagunto. Esta fuerza obligó al enemigo á huir por el flanco izquierdo y á entrar en el terreno en que los esperaba Cabestany con 100 hombres de Extremadura y 8 caballos.

El enemigo sostuvo el fuego durante algunos minutos en la casa del potrero, mientras su vanguardia procuraba tomar los caballos, corriéndose luego á una espesa manigua próxima, donde continuó sosteniendo el fuego como unos 30 minutos en medio de una gran gritería, dándose después á la fuga dividido en muy pequeños grupos.

Las fuerzas cogieron á los insurrectos sobre la marcha 15 caballos, 8 machetes, un revólver, un cuchillo de monte, 6 chaquetones nuevos, 2 hamacas, 2 sombreros de jipijapa y un saco conteniendo carne, azúcar, plátanos, boniatos, tabacos y papeles.

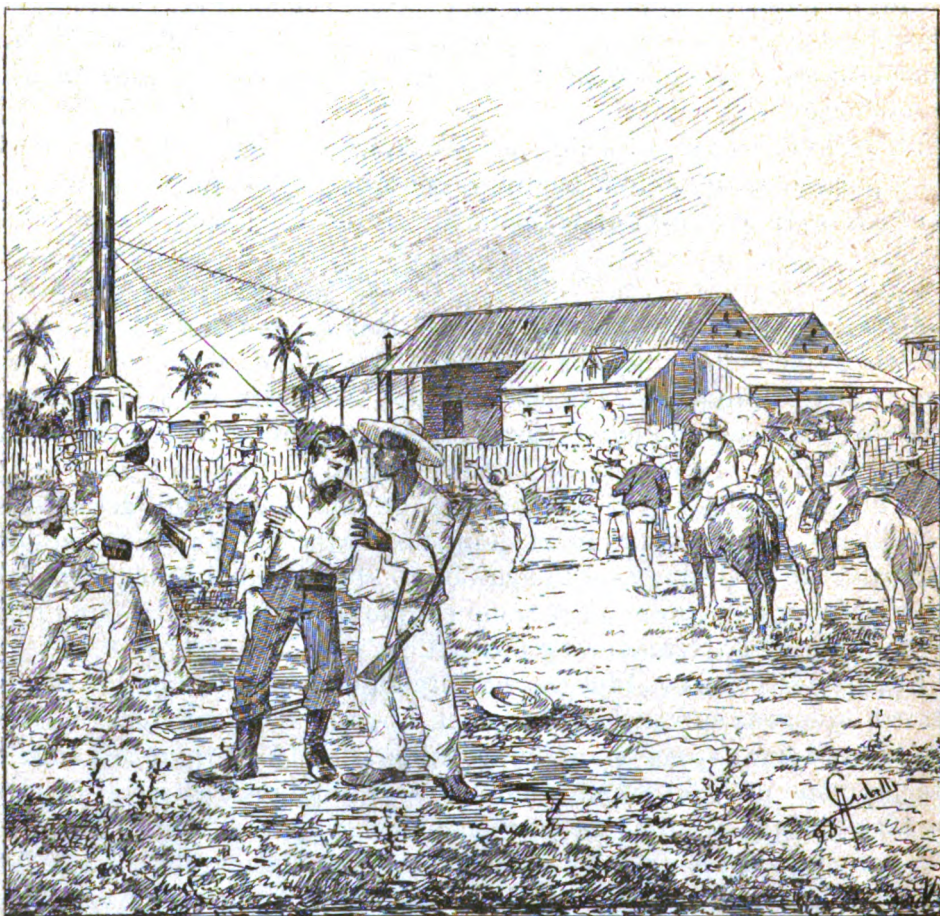
No pueden precisarse las bajas que se le hayan podido hacer, pues la persecución impidió á la columna reconocer la parte de manigua donde fué más tenaz la resistencia del enemigo. Pero según manifestaciones de algunos sitieros llevaban 6 muertos y bastantes heridos.

Reconocido más tarde el terreno minuciosamente, después de comer la tropa el rancho, se encontraron pedazos de camisas y algunos zapatos manchados de sangre, un hule y una hamaca con las mismas señales y dos caballos muertos.

La columna tuvo un caballo muerto de la sección de Sagunto y dos heridos del batallón de artillería.

La columna Palanca.—La artillería de montaña

Es muy notable la operación realizada por esta columna en que el enemigo soltó más de 80 caballos largándose sus ginetes á esconderse.



Ataque de los insurrectos al ingenio "Mesquita" en Sagua.

Después de una marcha combinada con la columna del comandante Ferreira, marcha penosa, se pernoctó en el ingenio Dos Amigos.

No se pudo salir al día siguiente en persecución de las partidas porque el río no era vadeable á causa de la crecida.

A las 9 del día 11 se pudo vadear. La columna llevaba dos piezas de montaña.

Poco después del paso del río se encontraba la partida de Indalecio González compuesta de 400 hombres, los que esperaban no pudieran nuestras tropas pasar, así que al ser sorprendidas por la vanguardia

solo sostuvieron pequeño fuego y se retiraron, dejando algunos caballos. Le siguió hacia Placetas y á las 12 se dió rancho en Pavón. Se salió de nuevo á las 2, hallando al enemigo oculto en un bosque en cuya orilla había un cañaveral, desde donde rompieron el fuego sobre nuestra retaguardia. Se retrocedió en seguida y se generalizó el fuego de infantería. Para llegar al enemigo solo había un mal camino en cuesta, por lo que el teniente coronel Palanca, mandó avanzar la artillería, la que llegó á la altura de las guerrillas. Retiráronse estas entonces para poder disparar los cañones y se rompió el fuego á 700 metros; el efecto inmediato, el enemigo huyó enseguida del monte, ante los efectos de la metralla. Después se tiró á 1.000 metros al sitio de donde salía el humo de los disparos de los insurrectos pues á ellos no se les veía, á causa de haberse internado de nuevo en el monte.

Se siguió tras ellos por una estrechísima vereda.

El teniente coronel Palanca preguntó al teniente Sebastián si podría seguir la artillería.

—Mi teniente coronel—contestó el oficial—la artillería de montaña puede ir por todas partes donde sea preciso.

Se entró en la vereda. Machete en mano se abría paso. A lo mejor un grueso tronco interceptaba el camino; entonces los sirvientes de las piezas cojían á pulso el mulo y en hombros lo pasaban al otro lado. Ni uno solo se cayó. El efecto moral que hizo el fuego sobre los insurrectos que no esperaban entrarse allí la artillería fué tremendo. Al

poco rato corrían llenos de terror, encontrando nuestras fuerzas, sombreros, hules, hamacas, comidas, monturas, impermeables, etc.

De vez en cuando los insurrectos hacían un pequeño alto y rompían el fuego, pero en seguida que la vanguardia los atacaba volvían á correr, dejando efectos y abandonando hasta un saco con municiones Maüsser.

La noche se vino encima y allí se acampó, sin comer ni beber ni la tropa ni el ganado. Empezó á llover. La sed era abrasadora. Se intentó recoger agua de lluvia en los sombreros, pero llovió poco por desgracia. Al amanecer hizo el enemigo nuevos disparos, se les contestó haciéndolo-



Manuel Alquizar.

le un muerto y un prisionero, continuando la columna cogiendo caballos y efectos.

A las once se encontró una charca fangosa. El médico analizó el agua y mientras tanto se puso una guardia para que nadie bebiese. Dijo que podía tomarse y todos saciaron su sed con aquella agua con tierra que supo á gloria.

A la una de la tarde se llegó á unos bohíos donde se dió pienso y rancho, matando una res.

La tropa y el ganado llevaba 33 horas sin beber y 26 sin comer.

El teniente coronel manifestó que estaba contentísimo de todos, pero que sería injusto sino prodigara grandes elogios á la artillería, por la marcha y fuego realizado por aquella sección y que así lo consignaría en el parte.

En los bohíos de los insurrectos estaban los *¿pacíficos?* horrorizados del ruido de los cañonazos.

Dicen que al colocarse por primera vez en batería las piezas, el jefe de los insurrectos mandó cargar al machete, y nadie se atrevió.

Se cogieron 86 caballos, 57 monturas, 30 machetes, un botiquín y numerosos efectos.

Ha sido una operación brillantísima, que honra al teniente coronel Palanca.

Santa Clara.

El Comandante general de Santa Clara participa que el jefe de la zona de Ságuá, coronel Hernández, después de pernoctar en Pailita, atacó al enemigo, dividiendo sus fuerzas en tres columnas para atacar el campamento que tenían los insurrectos en Carboneras, pasando por el callejón Armonía, y después de dar acertadas disposiciones y de un nutrido fuego tomó al enemigo, el campamento que se hallaba bien surtido, y el hospital provisto de medicamentos, cogiéndole además 20 caballos con monturas, armas de fuego y blancas, toda clase de efectos, causando al enemigo dos muertos vistos y varios heridos que retiraron.

En la huida se encontraron los insurrectos con otra de las tres columnas al mando del capitán Sánchez, de Extremadura, el que les hizo un muerto y dos heridos, cogiéndoles cuatro caballos.





III

Recompensas



Por la acción de Peralejo.

GUERRILLA de Isabel la Católica:

Sargento Miguel Candelas Gómez, cruz de plata del Mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas no vitalicia.

Guerrilleros Domingo Pardillo Madona, y Marcos Ortega Sánchez, idem.

Batallón de Baza Peninsular núm. 6:

Sargento Ramón Martínez Buris, cruz de plata del Mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 25 pesetas, no vitalicia.

Idem Pablo Ajaró Aumi, Eugenio Pérez Moro, Miguel Lairó Álvarez, Arcadio Muruzabal Risano, Constantino Cordia Echevarría, Aumito Puente Pernas, cruz de plata del Mérito militar con distintivo rojo.

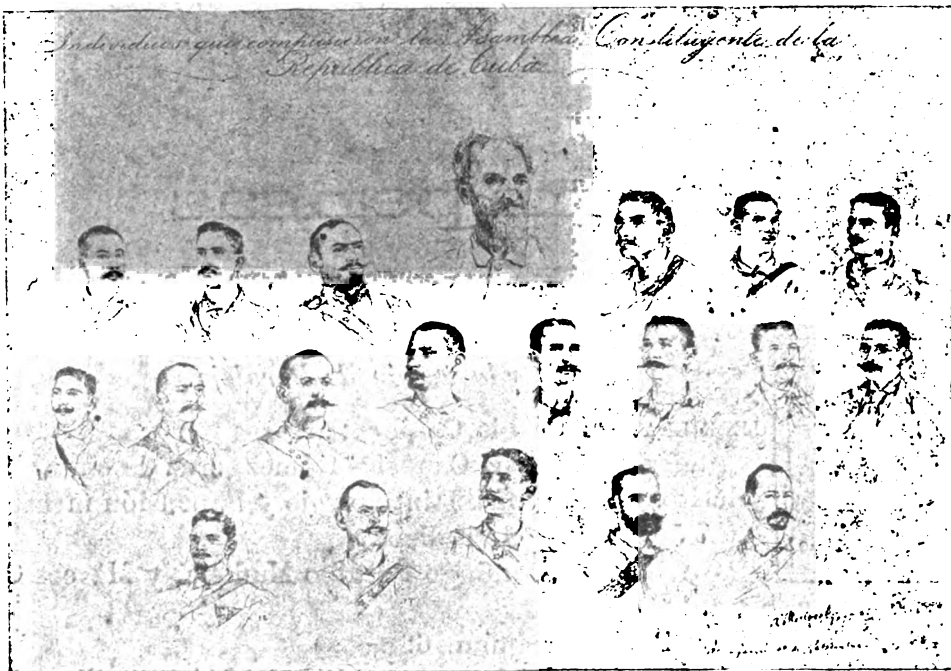
Cabos Isidro de Cama Martín, Manuel Baena Cuadrado, Braulio Ruiz S. Martín, Pedro Bello Abancilla, Gregorio López López, Mariano Vélez Vélez, Valentín Rodríguez Zaldivar, idem.

Cornetas Graciano Arribas, Bernardo Barrón García, Francisco Fontojas Rujales, Santiago Pedrosa García, idem.

Soldados de 1.^a Gorgonio López Rodríguez, Isidoro Veride Pérez, Ricardo Rodríguez García, Pedro Navarro Sanz, Francisco San Román Ureta, Federico González Pérez, idem, idem.

Soldados de 2.^a Renito García Vicente, José Rodríguez Mora, Ildefonso González García, Florencio Torrecilla Conde, José Andrade Incógnito, Salvador Pujol, Albino Rodríguez Incógnito, Ambrosio González Andrés, José Fernández, Bernardino Vaquero, Andrés Romero, Joaquín Martín, Casto Velayos, Santiago Otero, Longino Díez, Elías Rodríguez, Eugenio Losada Losada, Secundino Taobada, Antonio Domínguez, Tomás Zubiria, Laureano Rua, idem, idem.

Idem idem José Vaquero, Juan Girón, Luis Jaén Mariano García, Andrés Pereira García, Antonio Escoto Tonel, Agustín Echevarría Sillero, Bautista Camero García, Benito López Vaquer, Baldomero Dorca Ruiz, Buenaventura Clara Justa, Ciriaco Moya Jibaja, Carlos Rivas

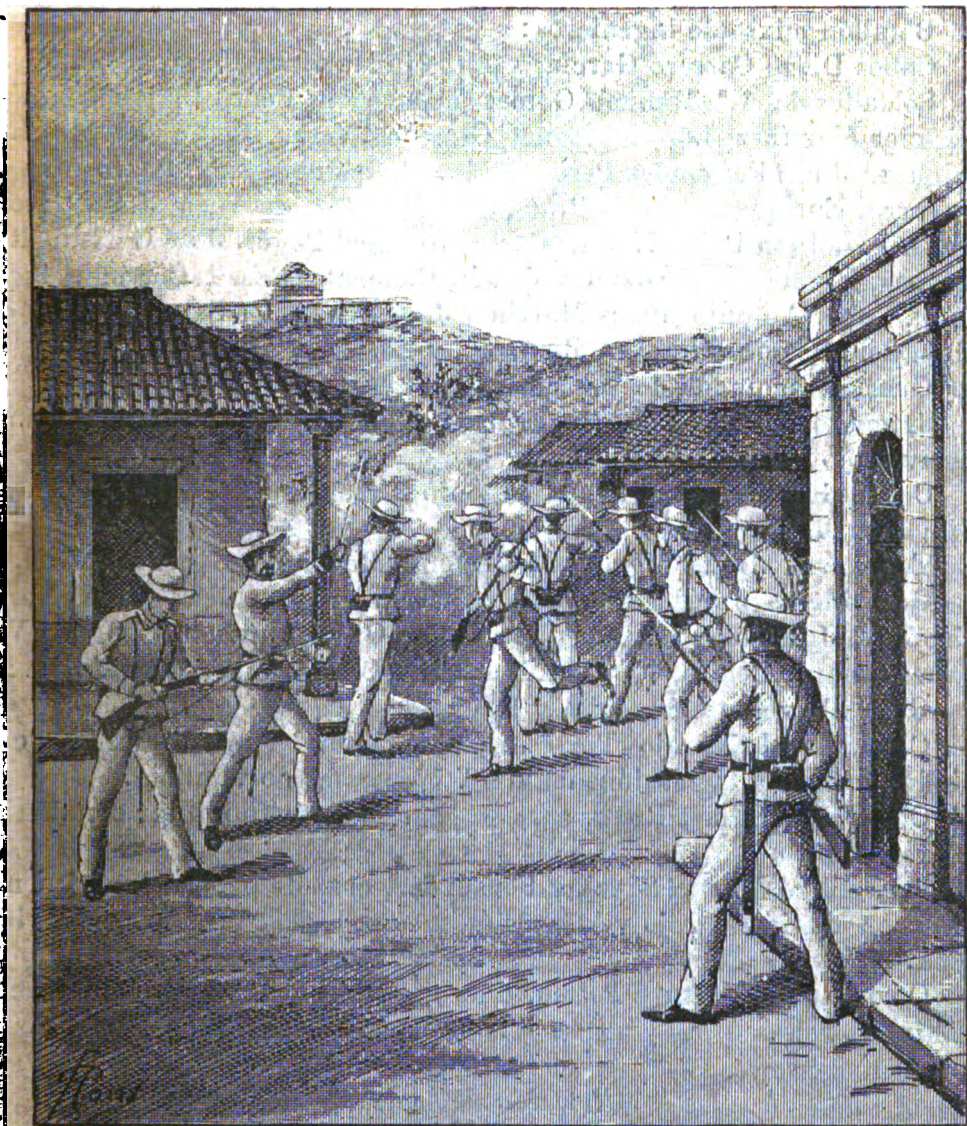


Dibujos hechos en el campo de operaciones.

Povechanes, Domingo Arroyuelo, Durana, Esteban Torredelfar Estrada, Enrique Varela Pavón, Edelmiro Fulgueiro Amposta, Eugenio Garrido Garrido, Francisco Bairos Pérez, Francisco Elorza Zuarna, Federico Tapico Almarán, Fermín Vila Ubaso, Indalecio Muñoz Quintánilla, José Quintas Gallego, José Fernández Puga, idem, idem.

Idem idem Jenaro Jorge Alfonso, Julián Heras Camarero, Juan Marcos Blanco, Miguel Suso Buñill, Francisco Lázaro Perdiguero, Santo Escudero Danta, Manuel Conde Aguado, Domingo Esteban Martín, Sinfóricano Bringas Blasco, Antonio Buitrago Martínez, Vicente Chaparro Salvador, Dorandino Ubingoya Pacheco, Francisco Aguilar Vega, Sotero Romero Hernández, Marcelino Pérez Tórsida, idem, idem.

Idem idem Carlos Ruiz Díaz, Jaime Tangasona Vervirach, Julián Sanrugimburri Portilla, Valentín Falagán Cames, Manuel Blanco Noaín, Agustín Chamorro Gómez, Cipriano Torrado Serrano, Luis Cortijo Merosiena, Pablo Lázaro Casado, Gregorio Marcos Alentín, Julián Cortés



Defensa de la Villa del Cobre.—Santiago de Cuba.

Sánchez, Melchor Callén Cubero, Santiago Núñez Pallón. Manuel Vicente Ordiar, Gregorio Pardal Crupo, Juan Roja Roja, José Campos Blanco, Carlos Caño Jalebut, Pedro Abried Maso, Mariano Teimo Bamido, Jesús Vidal Alvarez, Valentín Bilbao Expósito, Mariano Cuende Amañuela, Manuel Fernández Jimenez, Juan Charles Bracinos, José Chapa

Cuaderno 43—T. II.

Precio 10 cent.

Vila, Francisco Carrión Ganga, Francisco Carballo Ibáñez, Eulogio Moreno Ajo, Benito García Rodríguez, Fulgencio Martín Vega, Evaristo Domínguez Cordero, Agapito Nestar Rojo, Antonio Carrasco García, Basilio Rubiños Losada, Cecilio Urquello Urecha, Francisco Alonso Alonso, Jesús Verjuela García, Antonio Fernández Ibeleno, idem idem.

Batallón mixto de ingenieros:

Cabos Diego Carrero García, y Agustín Martínez Ulera, idem. idem.

Soldados de 1.ª Manuel Gómez Domenech, Pedro Blajón Ubolins, Nicanor Martínez López, Manuel Gimenez Vera, Julián Garrido Rodríguez, Juan Fernández Perez, Felipe Rodríguez Ruiz, Pedro Mansol Navarro, Enrique Cordobés Prats, José Baeza de la Vega, Juan García Sanfranco, Juan Pablo Niera, Carlos Ruoguel Pagés, José Galván Rodríguez, Francisco Fernández Valdés, Clemente Rosell Cortina, Fidel Jalón Roca, Antonio Plaza Martín y José Fernández Salgado, cruz de plata del Mérito militar con distintivo rojo.

Guerrilla montada de Manzanillo y Bayamo:

Sargento Martín Cañadiña, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Cabos Guillermo Rodríguez, Antonio Pérez González y Pedro García Gimenez, id. id.

Trompetas Miguel Mendoza é Ildefonso Rodríguez Sánchez, id. id.

Guerrilleros José Prieto Chinchilla, Tomás Pellicer, José María Expósito, José Solano Broto, Juan Signos Oliva, David Rodríguez Varela, Bernardo Benito, Manuel Adán Oras y Camilo Cepeda García, id. id.

Guerrilla volante de Guisa y Bayamo:

Cabo Rafael Naranjo Torres, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual 7'50 pesetas no vitalicia.

Otro Jaime Gómez Royo, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Guerrillero Manuel Sánchez Fernández, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 2'50 pesetas no vitalicia.

Otro Natalio Ventura Palmo, cruz de plata del mérito Militar con distintivo rojo.

Relación de heridos.

Cuartel general:

Capitán de infantería don Pedro Mendez Vega, cruz de María Cristina de 1.ª clase.

Primer batallón del regimiento de Isabel la Católica:

Cabo Mariano García Martín, id. de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas no vitalicia.

Soldado de 1.º Gabriel Perez Puerto, la id. id. de 2'50 no vitalicia.
Guerrillero Ramón Canals Baneza, id. id. de 7'50 pesetas vitalicia.
Soldado Antonio Marqués Castillo, id. id.

Otros Manuel Guerra Maure y Manuel Sánchez Gorbau, id. id. no vitalicia.

Otros Antonio López Justo y Manuel Roselló Montesa, id. id. de 7'50 vitalicia.

Otro Manuel Carretero Sánchez, id. id. no vitalicia.

Otro José Cordón Rivera, id. id. de 2'50 pesetas no vitalicia.

Otro Inocencio Toledano Calvo, id. id. de 7'50 pesetas no vitalicia.

Otro Francisco Vera Escribano, id. id. de 2'50 pesetas no vitalicia.

Otros Manuel Sánchez Redondo, Elías González Martínez, Eusebio García Beltrán y Gregorio Casasa Fernández, id. id. de 7'50 pesetas no vitalicia.

Otro Ignacio González Martínez, id. id. de 7'50 pesetas vitalicia.

Otro Vicente Cuesta López, id. id. de 2'50 pesetas no vitalicia.

Otro Antonio Pereira López, id. id. de 7'50 pesetas no vitalicia.

Otro Remigio Escribano Cisneros, id. id. de 2'50 pesetas no vitalicia.

Otro Agustín Prada Miguel, id. id. de 7'50 pesetas no vitalicia.

Otro Manuel Cortés Veira, id. id. de 2'50 pesetas no vitalicia.

2.º batallón del regimiento de Isabel la Católica:

Primer teniente don Francisco Sánchez Ortega, empleo de capitán.

Sargento José Urquide Carratala, id. de segundo teniente de la escala de reserva retribuida.

Otro Toribio Heredero Andrés, cruz de plata del Mérito militar con distintivo rojo.

Cabo Daniel Abad Urraca, empleo de sargento.

Otro Mateo Velasco Fruto, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas no vitalicia.

Soldados Antonio Arnau Creu, Domingo López García y Eduardo Calderón Lema, id. id.

Otro Fernando Estéban Gutierrez, id. id. de 2'50 pesetas no vitalicia.

Otro Francisco Roque César, id. id. de 7'50 pesetas no vitalicia.

Otro José Domínguez Bermúdez, id. id. de 7'50 pesetas vitalicia.

Otro Julián González García, id. id. de 2'50 pesetas no vitalicia.

Soldado Juan García Fernández, cruz de plata del Mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas, no vitalicia.

Idem Juan Romero Moreno, Lencís Espinosa, Toribio García Guerra, idem idem.

Idem Miguel González Verlanga, cruz de plata del Mérito militar, con distintivo rojo.

Idem Francisco Carretero Galián, Diego Percejo García, Jaime Fe-

rrer Puiggrós, Mariano Palacios Castro, Antonio Sobrado Rodríguez, cruz de plata del Mérito militar, con distintivo rojo, y la pensión mensual de 7'50 pesetas no vitalicia.

Idem José Romanos Diez, Felipe Casado Gancis, cruz de plata del Mérito militar con distintivo rojo.

Idem Manuel Cresente Mayo, Angel Prieto Villasa, Atilano Campos Blanco, Baltasar Rios Rodríguez, Heliodoro Gómez Vicente, Ildelfonso Rodríguez Bueno, cruz de plata del Mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas no vitalicia.

Idem Juan Rivas Estrudes, cruz de plata del Mérito militar con distintivo rojo.

Idem José Ferrer Valls, Bartolomé Suriña Colomina, cruz de plata del Mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas no vitalicia.

Batallón de Baza Peninsular, núm. 6:

Capitán don Luis Robres Guardabrazos, empleo de comandante.

Sargentos Pedro Turiel Martínez y Marcelino Mandiola Mendavilla, cruz de plata del Mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 25 pesetas no vitalicia.

Cabos José Gómez Sierra, id. id. id. de 7'50 pesetas no vitalicia.

Idem Primitivo Villoris Sánchez, id. id. id. de 7'50 pesetas vitalicia.

Corneta José Eloy Alvarez, id. id. id. de 7'50 pesetas no vitalicia.

Soldados de primera Deogracias de la Fuente, id. id.

Idem de segunda José Rojo Campillo, id. id.

Otros Feliciano González González, Máximo Julián Marcuello, Francisco Martín Navarro, Marcelino Guerrero Chico, Victorio Martín Martín, Manuel Pascual Tarragó y Demetrio Reser Rojo, id. id.

Otros Manuel Pérez Sánchez y José Cid Gallego, id. id. de 7'50 pesetas vitalicia.

Otro Eduardo Froyán Mendez, id. id.

Otro Elviro Mendez Alvarez, id. id.

Otros Benjamin Pereira Carballo y Andrés Pasos Santa María, idem idem de 7'50 pesetas no vitalicia.

Otro José Raña Cendra, id. id.

Voluntarios movilizados:

Primer teniente don Guillermo Castelví é Ibarrola, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo pensionada.

Batallón mixto de ingenieros:

Soldados Ramón Estéban Mateo, Simón Delgado Camacho, Vicente Petil Ayel y Antonio Ejea Heredia, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas no vitalicia.

Guerrilla montada de Bayamo y Manzanillo:

Teniente coronel graduado, capitán de infantería retirado don Enrique Travesi Benavidas, cruz de María Cristina de primera clase.

Guerrilleros Manuel Bobol Incógnito, Miguel Nolins Perra y Daniel Rodríguez Varela, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas no vitalicia.

Guerrilla volante á pie de Bayamo y Guisa:

Sargento Santiago Padrós Martínez, id. id. de 2'50 pesetas no vitalicia.

Cabos Salvador Benítez Martín y Evaristo Bermudez Cortés, idem idem de 7'50 pesetas no vitalicia.

Guerrilleros Eloy Benítez Martín, Mariano Fernández González y Manuel Marfull Vázquez, id. idem de 2'50 pesetas no vitalicia.

Por las operaciones de Mayari Arriba:

Relación de distinguidos.

Estado Mayor:

Comandante Ultramar, capitán Peninsular don José de Dueñas Tejado, cruz de María Cristina de primera clase.

Batallón infantería de Talavera:

Primer teniente don Catalino Cantero Diaz, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo.

Caballería:

Primer teniente don Felipe Navarro y Ceballos Escalera, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo.

Batallón infantería de Talavera:

Segundo teniente don Francisco Albaladejo Romeu, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo.

Sargento Juan Ballester, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Cabos Juan Miñano Tortosa, Juan Guardia Guardia y Bautista Gingles Soler, id. id.

Corneta Miguel Bordetas Infante, id. id.

Soldados José Gómez Folgueras, Domingo Rodrigo Puig, Aniceto Munera Pérez, Angel Mateo Huerta, Domingo Vázquez Turiño, Felipe García Sancelona, Francisco Blasco Estrella, Francisco Pons Mañes,



Cabecilla Francisco Sánchez Echavarría.

Isidro Lázaro Ferrer, Juan Montolín Flor, José Barberán Uriol, José Ferrer Mulet, José Penalba Lleija, Joaquín Gil Piza, Jesús Saavedra Puntero, Modesto Turis Lafont, Doroteo Anguera Expósito, Vicente Círia Castany, Cristóbal Brochero Safón, Francisco Andrés, Vicente Vilar Miralles, Francisco Zapater Miralles, Miguel Castillo Diez, Félix Torquet Urgelés, Bruno Martínez Calvo, Evaristo Lez Lapienza, Francisco Mata Caverro, Andrés Marín Campos, Demetrio Mayabreza Pino, Eugenio Pertegal Villanueva, Fidel Iriarte Dieus, Manuel Abella Juan, Angel Sanz Expósito, Antonio Anglés Blas y Antonio Sevilla Campos, id. id.

Relación de heridos.

Infantería:

Primer teniente don Mariano Nieto Pindanza, cruz de María Cristina.

Soldado Carlos Marín Andrés, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas vitalicia.

Soldado Francisco Ferreros Bádemas, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Cruces de 1.ª clase del mérito militar con distintivo rojo, al maquinista don Juan Mainé y al conductor don Julián González, del tren que conducía tropas, por su distinguido comportamiento en la acción del ingenio de San José el día 23 de Junio último.

Empleo de capitán al primer teniente de Infantería de la columna de guerrillas del primer distrito don Albano Blanco Alvarez, por su brillante comportamiento en la acción sostenida contra los insurrectos en Santa Bárbara el 24 de Junio anterior.

Empleo de 2.º teniente de la escala de reserva retribuída al sargento de la guardia civil de la comandancia de Colón, don Braulio Huarte, así como la cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo, pensionada con 7'50 pesetas mensuales, á los guardias de la misma comandancia Ramón Ubantas, José Hidalgo, Manuel Díaz, Pablo Salazar, Domingo Quintela, Antonio Jiménez y Amador López, en recompensa del comportamiento que observaron en el combate que sostuvieron el 2 de Agosto contra una partida de insurrectos en Montegordo.

Por la acción de Arroyo Blanco.

Batallón de Alcántara Peninsular núm. 3:

Capitán don Vicente González Martínez, cruz de 1.ª clase del Mérito Militar con distintivo rojo.

Sargento José Calpe Silvestre, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Cabo Antonio Ochando Carrillo, id.

Soldado de primera Rafael Montoya Toledo, id.

Otro de segunda Estanislao Martín Gutiérrez, id. id.

Otro José Hernández Fernández, id.

Idem de Baza núm. 6:

Soldados Emilio Vega García, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Otro Gregorio Lozano Miguel, id. id.

Guardia civil, comandancia de Cuba:

Sargento Mariano Estropa Banzos, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Guardia primero José Tejeiro López, id. id.

Otro segundo Francisco Pizarro Rivera, id. id.

Otro Isidoro Boent Coder, id. id.

Regimiento Infantería de Isabel la Católica:

Guerrillero Francisco Buscat Calatayud, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Otro Joaquín Ventura Ventura, id.

Otro Enrique Noé Ollí, id.

Idem de María Cristina:

Soldado Eugenio Coso Hernández, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo, y la pensión mensual de 2.50 pesetas no vitalicia.

Por las operaciones practicadas en Cumanayagua, Soledad, Corralillo y río Lagunilla.

Instituto de voluntarios:

Capitán don José Villapol Fernández, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo.

Idem don Antonio Porrúa y Fernández, id. id.

Sargento Baldomero Concil Justurio, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Idem Bartolomé Martínez Zamora, id.

Idem Antonio Cambria Caballeira, id.

Idem Cabo Manuel Rodríguez López, id.

Idem Emilio Albuermes Argüelles, id.

Corneta Esteban Gisbert Ibáñez, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Voluntario Santiago Barrola Scherduahel, id.

Idem José López Alvarez, idem id.

Amadeo Cigarrán Laururo, id.

Idem José Lorenzo Rodríguez, id id.

Idem José Landa Aldecoa, id. id.

Idem Cándido Fernández López, id. id.

Idem Eugenio Allende Balbuena, id.

Idem Manuel Cueto Sánchez, id. id.

Idem Gumersindo López Fernández, Estanislao López García, Manuel Preire Estébez, Serafín Cambra Pardo, José del Busto Riestra, Domingo Acosta Vargas, id. id.

Idem de idem Tiradores:

Sargento Juan Grau Orivido, id. id.

Cabo Juan Rodríguez Guliener, id. id.

Voluntarios Cándido Díaz Alvarez, José Fernández Alvarez, Pedro Martínez Albuerne, José Rodríguez Suárez, id. id.

Idem idem.—Guías:



Casa caldera del ingenio "Armonía," quemada por los insurrectos.

Cabo Ismael Cebrián Roca, id. id.

Voluntarios Inocencio Enrique Quintana, Gregorio Espino Martínez, Andrés Madruga Castro, id. id.

Cabos Emilio Aragón Aragón, Francisco Alvarez Sánchez, id. id.

Idem de idem Ingenieros:

Cabo Juan Reyes Utra, id. id.

Voluntarios Tomás Lugones González, Aniceto Castro Trinidad, Federico Ramírez Jimenez, Clemente Hernández Trea, Valentín Cabrera Cabrera, Ramón Sánchez Sánchez, Tomás Torzado Llorente.

La Cruz Roja del mérito militar con distintivo rojo a los guardias segundos de la comandancia de Santa Clara Doroteo Martín Fernández, Fulgencio Pérez García, José Mateo Catalá, Jaime Alberti Marzo, por la defensa en el ataque y descarrilamiento del tren de pasajeros por una partida insurrecta el día 6 de Septiembre último.

Por las operaciones realizadas en la Gran Piedra:

Distinguidos.



Don Enrique Collazo, titulado general del ejército revolucionario cubano.

clase pensionada del mérito militar con distintivo rojo.

Primeros tenientes Alberto Jiménez Morales y José Freire Quintana, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo.



D. Manuel Céspedes, acaudalado revolucionario cubano.

Estado Mayor:

Comandante en Ultramar, capitán en la Península don Sebastián Ramos Serrano, empleo de comandante.

Teniente coronel don Eduardo Francés Polo, cruz de segunda clase del mérito militar con distintivo rojo.

Batallón infantería de Valladolid:

Capitán Pedro Bielsa, cruz de primera



Don Salvador Cisneros Bethancourt, marqués de Santa Lucía, titulado Presidente de la República Cubana.

Infantería C. A.:

Comandante Manuel Teijeiro Martín, cruz de segunda clase de María Cristina.

Primer teniente Manuel Sánchez Sánchez, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo pensionada.

Regimiento Infantería de Cuba:

Capitán don Ricardo Comas Ortas, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo.

Otro Juan Ravanet López id. id.

Primeros tenientes don Gaspar Tapía Ruano, don Manuel Martínez Ramos y José Santana Carbonell, id. id.

Caballería C. A. segundo teniente don José Martínez de Campos, mención honorífica.

Administración militar:

Oficial segundo don Federico Ayala Ubeda, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo.

Regimiento Infantería de Cuba:

Sargento Julián de la Cuesta López, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 25 pesetas no vitalicia.

Sargentos Timoteo Antón Lamas, Miguel Sancho Ramos, Miguel Mestre Herrera, Julián González Espinosa y Felipe Coto Llerande, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Cabos Ramón Sánchez Villacampa, Juan Narros Moreno, Eduardo Fernández Toro, Nicomedes Valle Hernández, Tomás Crespo Vaquero, Antonio Rondón Pena, Rafael Corre Romero, José Aquilino Cano, Salvador Vega Martínez, Emilio Gómez de Lara, Cruz Pérez Sáez y José Perechano Gómez, id. id.

Cornetas Domingo Martín Sánchez y Gregorio Herrero Lardón, idem idem.

Soldado de primera Manuel Agustín Ramos, id. id.

Soldados de segunda Gumersindo Costa Varela, Antonio Olivera Valle, Aquilino Iglesias Vaca, Gregorio Morales Rodríguez, José Fomento Jiménez, Ignacio Reina González, Salvador Silvestre Lledó, Bautista Camallonga Seguí, Juan Guerrero Martínez, Evaristo Gómez San Juan, Ramón Guardia Ventura, Juan Guillot Tomé, Marcelino Pacheco Moreno, Pascual Torres Estéban, Juan Muriel Moreno, Juan Várea Malagón, Alonso Pedreira Barroso, José García Segueda, Lorenzo Manero Castro, Lorenzo Llor Villagdia, Francisco Coll García, Jacinto Neira Saldeiro, Pablo García Lahoz, Antonio Aquilino Lardero, Salvador Doriado Delverne, Emilio Guitero Rodríguez, Juan Federo Castellano, José Reche López, Toribio Rojo San José, Sánchez Carbonera, Benigno Pérez León, Agustín Martín Lucas, Francisco Ricart Gil, José Valencia Villalón, Rafael Expósito Benítez, Vicente Nogales Durán, Francisco Benítez González, Juan Vicente Alarcón, José Boquet Boja, Gregorio Guirgas Fuentes, Francisco Vilches Muñoz, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Sargento don Andrés Girona Argamasilla, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 25 pesetas no vitalicia.

Batallón de Valladolid. núm. 21:

Sargentos Primitivo Sánchez Borrego, Manuel Estevez Pérez, Ricardo García Cuenca, Antonio Iñigo Aldecoa, Juan Ferrer Ramón, Valentín Gutiérrez Toribio, Benigno Mateo Salgado, Hipólito Guillén Núñez, Bernardino Bisier Oliva, Leoncio Román Román, Francisco Pradera

Iribarre, Joaquín Domínguez Flor, Raimundo Muñoz Benito, Julián Pérez Iturralde, Jorge Carrey Rasal, Emilio Izquierdo Pastor, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Corneta Juan Fernández González, id. id.

Soldados de primera Joaquín Gómez Gómez, José Hidalgo Pacheco, Antonio Gabarro Romero, Venancio Serrano Morales, José Sánchez Granero, Bernardino Clemente Ibón, Jesús Vázquez López.

Soldados de segunda Agustín Paniagua Sancho, Damián Carbó Juanales, José Romero Vega, Feliciano Justo Vicente, Juan Carreras Roura, Cipriano Zapico Robles, José Balboa López, Justo Vázquez Sánchez, Mariano Fernández Martín, Macario Noguerras Bernardo, Antonio Suárez Barrasa, Angel Quero Valenzuela, Jacinto Morán Vía, Juan Alonso Hernández y José García Cifuentes, id. id.

Idem cuarto Peninsular:

Soldado de segunda José Juncos, id.

Milicia local de Songo:

Guerrilleros Joaquín Gascón Carreño, Vicente Fuentes Torres, Bautista Durán Mauri, Valero Pérez Martínez, Juan Sorolla Marín, id.

Administración militar:

Factor de provisiones Felipe Casado Fernández. id.

Heridos.

Regimiento infantería de Cuba.

Soldado Pedro Perea Luna, cruz del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas no vitalicia.

Idem idem Agustín García Cantero, Francisco Real García, Miguel Cabos Montiel, id. id. id.

Idem idem Eustaquio Barrera, Francisco Col García, Manuel Rodríguez Rodríguez, José Sabater Pulido, Salvador Ayaras Alvarez, Agustín Ginés Cardona, cabo Tomás Crespo Vaquero, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Soldado Luciano Boza Boza, id. id. con pensión de 7'50 pesetas mensuales vitalicia.

Batallón de Valladolid:

Idem Francisco Calatayud Ayala, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Cruz de segunda clase del mérito militar con distintivo rojo al teniente coronel don Luís Otero Pimentel por los distinguidos servicios que viene practicando en Manzanillo.

Cruz de María Cristina al primer teniente de la guerrilla de Songo don Juan Carvajal.

Por las operaciones sobre el río Filipinas y encuentros de Vuelta, Costa, Paso Largo y Malat:

La cruz roja de tercera clase pensionada al coronel don Francisco de Borja Canella y Secades y la de segunda clase de la misma orden y distintivo sin pensión al teniente coronel don Francisco Zamora.

Distinguidos.

Estado mayor:

Capitán don Luis Irlés y Salas, cruz pensionada de primera clase del mérito militar con distintivo rojo.

Milicias:

Capitán don Gregorio Romero Pacheco, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo.

Infantería:

Capitanes don Pascual Rueda Llorca, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo, don Francisco Amador Vega, cruz pensionada de primera clase del mérito militar con distintivo rojo, don Rafael Navas Lucena, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo.

Primeros tenientes don José Miranda Longoria empleo de capitán, don Fernando Acevedo Espinosa, y don Federico Esparza Torres, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo.

Artillería:

Capitán don Joaquín Marmé Mas, id. id.

Sanidad militar:

Médico segundo don Rosendo Castell Ballespí, id. id.

Batallón de Talavera:

Soldado Joaquín Nieto Benito, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas vitalicia.

Soldados Juan Gargallo García, Pablo Antero Fuente, Juan Sánchez Marín, Indalecio Ferrer Albacete, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas no vitalicia.

Soldados José Tur Ferrer y Gregorio Navarro Orguete, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 2'50 pesetas no vitalicia.

Sargentos José Benito Aroza, Desiderio Cebollada García, Hermenegilco Santapau, Juan Colomar Juan y Francisco Diaz Ortiz, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Cabos Lorenzo Español Colás, Antonio Ruíz Guardado y Juan Miñano Fortosa, id. id.

Cornetas José Girón y Vicente Pérez, id. id.

Soldados de primera Alberto Marín Gil, Rafael Lafarga Sanz, Domingo Cardona Chacorroy y Gonzalo Gómez Brotóns, id. id.

Soldados de segunda Gregorio Gómez García, Lorenzo García Pérez,

Jenaro Ortega Pacino, Andrés Navarro Hernández, Fermín Bartell Aparicio, Evaristo Pérez, José Golmán Folguera, Jesús Palas Felá, Juan Esclusas Barons, Jaime Torres Medina, Joaquín Biesa Bleda, José Pastor García, José Valero Fernández, Julián Torrecilla López, José Dauran Manzano, Manuel Esquife Estévez, Manuel Martínez Crestay, Gonzalo Domingo Domingo, Cristino Pérez Olna, Esquerro Valero, Francisco Sánchez Calatallar, Mariano Ferrer Francés, Fernando Andrés, Justo Roldán, Lorenzo Ibañez, José Llopis Coll, Manuel Castillejos, Millán Allato Palacios, Pedro Segura Pariente, Jesús Cortés Doret, Amado Ibañez López, Marcelino Torres Boys, Andrés Peinado Esteller, Dámaso Escario Arnaldo, Germán Chesa Bellido, Juan Lahuerta Figueras, Domingo Sanz Campos, Agustín González Montarrana, Faustino Mario Martínez, Emilio Sánchez León, José Calabuch Martínez, Lorenzo Soria Pérez, Andrés Gil Company, Antonio Monforla Pradas, Antonio Giménez Torres, Andrés Puente Alós, Antonio Ferrero Baza, Alonso Huete Angulo, Bautista Boria Pascual, Bautista Vidal Llopis, Benito Blach Saez y Fernando de León, id. id.

Guerrilla local de Sagua:

Soldados Agustín López Vázquez, José Cantó Hernández, José Castañeda y Emilio Plasencia, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Artillería:

Cabo Ildefonso Francisco Blanco, id. id.

Soldados de segunda Plácido García Blas, Julián Juan Grial y Sotero Rodríguez Díaz, id. id.

Sargentos Pedro Hernández Durán, Mariano Hernández Palacios, Marcelino Ramirez Lamela, Blas Antonio Tolosa y Mariano Gaya Ventura, id. id.

Cabos Fernando Camacho Benitez, Juan Mendoza Sarmiento, Luis Milluria Sureda, José Romero Pacheco, Ezequiel Rojas Rojas, Sixto Romero Pacheco, Santiago Pérez, Honorato Suarez Arias, Pedro Herrero Bochino, Antonio Aldaba Calderón, Manuel Seret Boch, Luis Medina Expósito, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Cornetas Antonio Feijóo Perez y Salvador Llorent Monet, id. id.

Voluntarios Ildefonso Seijas Alonso, Pánfilo Castellano Prefi, Juan



D. Segundo Alvarez, exalcalde de la Habana y uno de los prohombres del partido autonomista de Cuba

Ramirez Millán, Atanasio Ruiz Miret, Salvador Colomer Martínez, Pantaleón Estévez Aguila, Marico Rojas Rojas, Apolonio Rojas Rojas, José Cañina Osés, Domingo García García, Pedro Hospital Rufal, Isidro Sereno Arroyo, Jaime Rué Ayemame, Pedro Marcial Alvarg, José Roque Campos, Antonio Elías Fernández, Santiago Lagarejo Mans y Desiderio Lara Rojas, id. id.

Heridos.

Cabos José Cambio Cavilla, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas vitalicia.

Daniel Padrón Ramírez, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7'50 pesetas no vitalicia.

Voluntario Alejo Pérez Pacheco, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 2'50 pesetas no vitalicia.

Cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo y la pensión de 7'50 pesetas mensuales, no vitalicia, al sargento de la comandancia de la guardia civil, de Cienfuegos, Luis Degorgue Nebreda, y la misma condecoración, sin pensión, á los guardias de dicha comandancia Luis Rodriguez Silva y Juan Gil García y á los voluntarios de la compañía de Arimao, Antonio Vera, Antonio García, Joaquín Vera y Rafael Moreno, en recompensa del distinguido comportamiento que observaron en el encuentro y captura de un grupo de insurrectos en el punto conocido por Milpa (Villas): el 1.º de Julio anterior.

Idem id. al soldado del batallón de Antequera número 9 Francisco Fernández Gómez, por su comportamiento y heridas que recibió en la acción de Dos Bocas.

Permuta por la cruz de María Cristina al capitán de artillería don Roman Grima y Cano, del empleo que le fué concedido por su comportamiento en el asalto y toma de Marahuit.

Por la acción de Piedra Picada.

Segundo batallón 2.º regimiento infantería de Marina:

Teniente don Juan Rufz Rufz, cruz de primera clase del mérito militar con distintivo rojo pensionada.

Guardia civil:

Cabo Manuel Cerezo Lanza, cruz de plata del mérito militar con distintivo rojo.

Regimiento infantería de la Habana:

Cabo Vicente López Durán, id. id.

Soldado de 1.ª Fermín Urraiz, id. id.

Otros de 2.ª Eustaquio Calvo, Francisco Chinestra, Mariano Armilla, Juan Velasco, Francisco López y Enrique Fuentes, id. id.

Segundo batallón 2.º regimiento infantería de marina:

Soldado de 2.ª Vicente Torres, id. id.



IV

ACCIDENTES



DESDE hacía algún tiempo merodeaban cercanas al poblado de Santa Ana pequeñas partidas de rebeldes. En la finca Santa Ana, que está á un kilómetro, se veía una docena de hombres correr enlazando caballos, y otros tantos diseminados por la sitiería.

En vista de estar las fuerzas de las Navas en operaciones y el pueblo sin tropa alguna, más que los voluntarios, el señor Alcalde municipal dispuso la salida de un tren embarcando una docena de voluntarios, cuatro guardias municipales y seis guardias civiles al mando del cabo Izquierdo; se hizo el recorrido de la línea, viéndose en el trayecto hacia la loma de los Colorados, pasar varias veces, en distintas direcciones, grupos de tres y cuatro individuos, cuando se llegó á dicha loma, el señor alcalde mandó que bajara la tropa y, puesto al frente de ella, hizo el reconocimiento de una manigua, lugar donde se les vió entrar, no dando resultado alguno y mucho menos yendo á pié como iban.

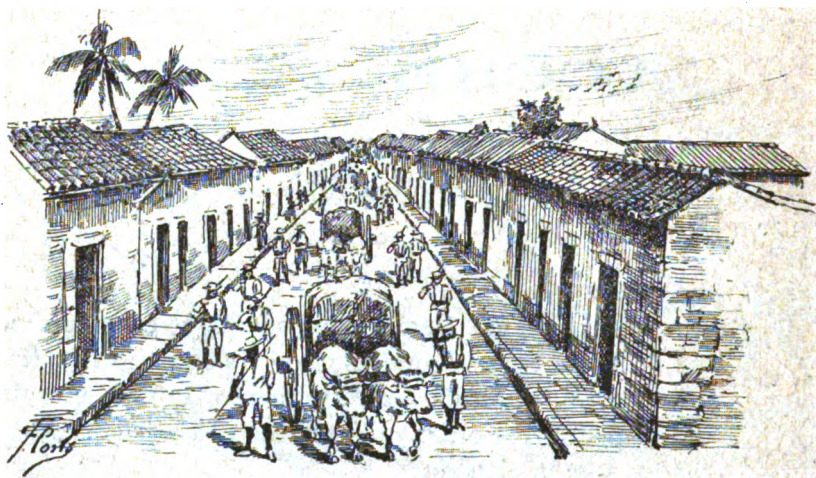
Como ya tenían conocimiento del descarrilamiento de la exploradora, esperaron el tren de auxilio que venía de Sagua y en él subieron para trasladarse al lugar del suceso; en dicho tren venía el señor Chía administrador de la empresa, que despreciando peligros, acude presuroso, allí donde sus deberes le reclaman, debido á esa infatigable actividad

que despliega en todos sus actos, venciendo todos los obstáculos en materia de descarrilamientos. El público que lo vé, le elogia y rinde un tributo de admiración.

A las dos llegaron al punto indicado, donde encontraron que la casilla blindada y el carro alijo estaban fuera de la vía y la máquina descarrilada montada en la alcantarilla.

Poco después pudieron pasar, por medio de unas tablas, al otro lado de la alcantarilla y el sargento del batallón de Navas relató el hecho:

Este sargento que tiene una herida y contusiones en las piernas, dice, que momentos antes de entrar el tren en la alcantarilla, una partida de insurrectos allí apostada, habían amarrado un carril con alambre y al pasar el tren tiraron fuertemente y sacaron de su sitio el rail de antemano desclavado; que el carro blindado y el alijo pasaron por encima de la alcantarilla, cayendo á la zanja y enterrándose las ruedas con-



La calle del Angel de Bayamo y llegada del primer convoy del Cauto.

tuvieron el empuje de la máquina que afortunadamente quedó sobre la alcantarilla; que el señor don Aquilino Cubillas, valiente y arrojado teniente del batallón de las Navas, venía en la puerta del carro blindado, y que allí recibió un balazo en el brazo izquierdo y como por la falta de fuerza perdió el equilibrio cayó á tierra; que, entonces, los rebeldes se le echaban encima y que los soldados, sin perder la serenidad y valentía, hicieron varias descargas, que los insurrectos contestaron, durando el fuego una media hora: que la partida pretendía apoderarse del teniente; pero que él (el sargento) viendo imposibilitado á su querido jefe, se hizo cargo de la fuerza y atacó rudamente al enemigo que al ver tanto denuedo y arrojo, huyó.

Que el número de los rebeldes ascendía á más de 300 hombres, todos bien montados, pero mal armados; que llevan dos muertos vistos y muchos heridos.

Puede decirse que la cosa tuvo que ser gorda, pues, cuando el enemigo vió el tren descarrilado, en masa se tiró encima y, como los soldados mandados por el sargento (que se llama Mariano Torres Cardiel) no salieron del carro á pesar de estar medio volcado, les pudo disparar á boca de jarro y contuvieron sus ímpetus de machetear al distinguido y valiente jefe.



Fuerzas de San Marcial, batiéndose detrás de una carreta.

Después de concluído el fuego, fueron á reconocer el sitio donde vieron caer dos hombres y encontraron dos caballos muertos, con sus monturas, y muchos rastros de sangre, en distintas direcciones, prueba inequívoca de haber heridos; el mismo sargento señor Torres dice que el caballo moro muerto es el de Aniceto Hernández, cabecilla de la partida, el cual, si esto es cierto, va muy mal herido, pues el punto donde el caballo tiene el balazo es precisamente debajo del lugar donde va el muslo derecho; se les vió también recoger dos individuos y echarlos sobre caballos, los que se supone vayan muertos; por tal los dá el sargento.

Una vez concluida allí la misión, el Dr. Laso, fué, en un tren á La-

jas, con objeto de curar al señor Cubillas, teniente herido, y allí encontró al Dr. don N. Ruíz Castro-Viejo, médico militar, que había hecho la cura de primera intención, pues que, tal vez, la de amputación se le hará en el hospital de Santa Clara: no se pudo hablar nada con el señor Cubillas, por no molestarle en aquellos momentos; seguidamente el distinguido médico Dr. Laso, se enteró que, en el cuartel, había un soldado herido en la misma acción y, con esa destreza y habilidad propias del que sabe lo que hace, curó de una pequeña herida de bala al soldado indicado Juan Vazquez Fernández, (le faltaba del pabellón de la oreja izquierda un pequeño fragmento de carne.)

Don Laureano Gutiérrez, rico propietario, de Lajas dió las siguientes impresiones, que honran sobre manera y ponen á gran altura, al pueblo de Lajas.

Los primeros auxilios que recibió la fuerza de la exploradora descarrilada, se los prestaron los voluntarios de caballería é infantería de Las Lajas, al mando del primer jefe de caballería señor don Elías Mora, que, en unión de los soldados que tan heroicamente se defendieron y de los guardias civiles que custodiaban el tren de pasajeros, empataron los hilos telegráficos y procedieron á hacer un reconocimiento por aquellos contornos, con el fin de impedir el nuevo ataque á que estaban expuestos los soldados.

La compañía y el escuadrón de voluntarios de Lajas, cuando tuvieron conocimiento del suceso, fieles al cumplimiento de sus sagrados deberes, viéndose solos por estar las fuerzas del ejército allí destacada, en operaciones, y dando una prueba más de su lealtad y patriotismo, cubrió y reforzó los siete fuertes con que cuenta la población, enviando la mayor parte al descarrilamiento; esos voluntarios que tan señalados servicios tienen prestados á la patria, han agregado una línea más en las páginas del libro de los héroes.

El Ayuntamiento de Lajas tiene acordado movilizar cincuenta voluntarios de caballería, seis clases y dos oficiales; lo cual es de aplaudir y más si al crear el personal, se prescinde de influencias y se nombra para el mando á aquellos individuos que, por sus méritos personales y por sus servicios prestados, tienen derecho á ello; teniéndose también presentes á los que han abandonado sus hogares é intereses y han salido á operaciones sin aspiraciones de ninguna clase.

Si así se procede, merece grandes aplausos la corporación citada, porque al mismo tiempo que crea una fuerza armada muy útil, da vida á aquellos que ya se han sacrificado por la patria.

Se olvidaba consignar que al chuchero don José Rodríguez le dieron varios planazos en las espaldas, por haber puesto bandera al tren explorador, en señal de aviso de peligro.



V

Otros encuentros



EL día 6 de Noviembre el coronel señor Hernández de Velasco, fraccionó en dos la columna que mandaba, para atacar al enemigo que se encontraba entre Punta Larga y Piñón, y dispuso que la segunda fracción al mando del capitán de Extremadura señor Sánchez, con 40 caballos de Sagunto y 20 de Camajuani, recorrieran los montes de Fondo de Peralta, Maniguas Bajai, Carbonera, Playa Estache, Punta Larga, Algodonera y Tiburón.

La primera á sus órdenes inmediatas tomó por el Armonía dirigiéndose á Piñón, pero antes de llegar la vanguardia, tuvo fuego con una emboscada del enemigo en el punto conocido por Carboneras de Parillas.

Para obligar á los rebeldes á empeñar combate y evitar que huyeran, mandó atacar de frente sus posiciones, con fuerzas de Extremadura, al mando del teniente coronel señor Posemal y con fuerzas de las Navas atacaba por el flanco el comandante Sánchez.

Combinadas ambas columnas después de alguna resistencia del enemigo, lograron penetrar en Linda Piñón en donde estaba el campamento, cogiéndoles efectos de medicina, 20 caballos con sus monturas, armas blancas y de fuego, relojes, impermeables, cartas y otros objetos de uso particular.

Después de haberse apoderado los nuestros de los efectos, siguió la

persecución hasta donde lo permitió la naturaleza del terreno, causándole dos muertos vistos y algunos heridos, cuyo número no se pudo precisar por haberlos retirado el enemigo y favorecerle lo espeso de la manigua.

Media hora después el capitán señor Vega encontró á varios rebeldes dispersos, atacándoles con las fuerzas de caballería á sus órdenes, causándoles un muerto, dos heridos, cogiéndoles cuatro caballos con monturas y algunos otros efectos.



El general Loño.

La columna no tuvo más que un caballo muerto del escuadrón de Sagunto, pernoctando en Armonía y regresando el 7 á Sagua.

Por equivocación díjose que el insurrecto muerto en un encuentro con la columna del general Valdés, era el cabecilla Carlos Aguilar y no fué éste sino un hermano llamado José María, al que le penetró la bala por la boca quedando muerto en el acto.

* * *

Después de nueve días de continuas operaciones, regresó el 10 la columna del general Suárez Valdés. La operación tenía por objeto conducir

un convoy á Manicaragua, llevada á cabo felizmente á pesar de los entorpecimientos de mala ley puestos por el enemigo.

Componían la columna fuerzas de San Marcial y América, 50 caballos del escuadrón Comercio núm. 1, el de Montesa, una pieza de artillería, y 25 guardias civiles protegiendo 42 carretas y 60 acémilas de la compañía de transportes á lomo, á más de las acémilas de las distintas unidades.

Organizado el convoy y la columna de protección en San Juan de las Yeras se emprendió la marcha el día 1.º, llegando á Fortuna, sin novedad; pero al llegar á Viajacas, donde se acampó, presentóse el enemigo que ocupaba posiciones dominantes, siendo batido en todas las líneas por la fuerza del Comercio y tres compañías de San Marcial, que observando una disciplina de fuego admirable, tomó todas las alturas.

Continuada la marcha sin más novedad que ligeros tiroteos llegó, la columna el 4 á Manicaragua y el convoy el 5, regresando el 6 y practicando reconocimientos en este día y los siguientes por la Moza, Caunao, Guabinas, Seibabo y los Gómez, sin encontrar al enemigo.

A causa de haber caído en un pozo, ha resultado con heridas graves un capitán del batallón de San Marcial, pero se cree sanará pronto. Este es el único percance que han sufrido nuestras tropas en esta excursión.

* * *

Para relevar el destacamento de Guandao, se organizó el día 6 en Baracoa una columna formada por medio batallón de Talavera al mando de su teniente coronel señor Zamora, operando, hasta la bahía de Mata, en combinación con el cañonero Alcedo.



D. Miguel Cavanellas.

En el Paso del Roble, Paso de Guirito y Dos Hermanos intentaron los rebeldes oponerse á la marcha de la columna, siendo rechazados con pérdida de 2 muertos vistos; por nuestra parte un cabo herido.

Al llegar á Mata, se sostuvo nuevamente fuego con el enemigo, jugando la artillería del Alcedo y del Alonso Pinzon que se encontraba en la bahía.

Relevado el destacamento de Guandao y después de sostener nuevamente fuego en Mata, y más nutrido en

Consolación ocupado por la partida de Fez, acampó la fuerza, en este último punto.

A las 5 de la mañana del 9 dice *El Avisador*, emprendió la columna la ascensión á los montes de Capiro, dividida en tres fracciones mandadas por los capitanes Calvo, Amador y comandante González Moro, que desde los primeros momentos encontraron las avanzadas enemigas, que disparando los tiros de aviso se internaron en la manigua, desde la mitad próximamente de la salida se hizo general el fuego, presentándose en las alturas más de 800 insurrectos, mandados por el titulado brigadier Gil, que fueron batidos y derrotados de posición en posición, terminando la toma de Capiro después de cinco horas de fuego, ocupándoles todas las alturas y la trinchera de piedras en que se hicieron fuertes en la última hora; el enemigo se retiró desordenadamente dejando en el campo catorce muertos, llevándose algunos más y gran número de heridos.

Reconocido el terreno de la acción se encontraron monturas, caballos, mulos y varios efectos, ocupándose en la casa Central de Capiro

carne de vaca recién muerta que tenían dispuesta para sus ranchos las fuerzas insurrectas.

La columna que ha realizado esta brillante operación tuvo un guerrillero muerto, otro herido muy grave y cuatro guerrilleros y un sargento de Talavera heridos, aunque de menos gravedad, resultando contuso de bala en la mano derecha el capitán don Claro Díaz, de la guerrilla local de Baracoa y seis soldados.

En los altos de Capiro descansó é hizo su primer rancho la columna, saliendo á las dos de la tarde á pernoctar en la Ceiba (Sabanilla).

En la madrugada regresó á esta población, acampando en la Pasada después de batir completamente á unos cuantos grupos de insurrectos que trataron de molestar á la columna y que salieron escarmentados por la fuerza de flanqueo, mandada por don Armando Altamira. En las intermediaciones de Cabacú tuvieron dos muertos los insurrectos, sin que hubiera novedad alguna por parte de la columna, que, según tenemos entendido, continuará operando por la jurisdicción durante algunos días.

Por noticias posteriores se sabe que los muertos han sido 38 y más de 80 los heridos, entre los muertos figura el cabecilla Faez.

* * *

El general Oliver desde el ingenio Santa Rosalía dice lo siguiente: Con fecha del 12, al amanecer continué operación que dí cuenta.

Saliendo del ingenio Julia á San Andrés retrocedí por tener noticias del paradero de varias partidas, pasando á buscarlas á Cien Rosas, donde esperaban emboscados.

Reunidos en número de 600 hombres, según confidencias, y mandados por Carrillo y Varona, rompióse el fuego por ambas partes, dando, el enemigo la voz de «al machete», intentándolo contra la vanguardia, que los rechazó, y perseguidos dejaron en el campo 10 muertos.

Dispersados, fueron alcanzados otra vez en el ingenio Julia, reunidos de nuevo, y donde hicieron pequeña resistencia, después en el ingenio Rosalía, donde se hicieron fuertes, continuando desalojados dejando rancho preparado, pasando á tomar posiciones en la loma Parejo, que abandonaron después de una hora de nutrido fuego y perseguidos hasta muy entrada la noche que volví para pernoctar en Santa Rosalía.

Fueron vistos en los tres últimos encuentros 20 muertos y gran número de caballos también muertos, otros abandonados, de los cuales algunos fueron recogidos, lo mismo que monturas, armas y efectos.

Suma total: bajas del enemigo, vistos 30 muertos y forzosamente tiene que llevar muchos más y mayor número de heridos.

Por nuestra parte un oficial herido y otro contuso, un soldado y dos caballos muertos y 4 heridos de la tropa.

En estos encuentros han jugado valerosamente las tres armas, contribuyendo la artillería con sus certeros disparos al pánico de los que huían.

El general Suárez Valdés participa que fuerzas del batallón de las Navas batieron el día 17, grupos enemigos en el ingenio Saratoga y Lomas Nieves, causándoles 3 heridos y cogiéndoles 3 caballos.

Movilizados de Santo Domingo batieron el día 18 á un grupo enemigo, en Yabú y Naranjo causándole un muerto y heridos y cogiéndole tres caballos.

En esta operación la tropa no tuvo novedad.

La columna de Ortiz Tovar sostuvo el día 19 un combate de dos horas con insurrectos numerosos en Loma Bacagual, haciéndoles 7 bajas.

La tropa tuvo un soldado contuso.

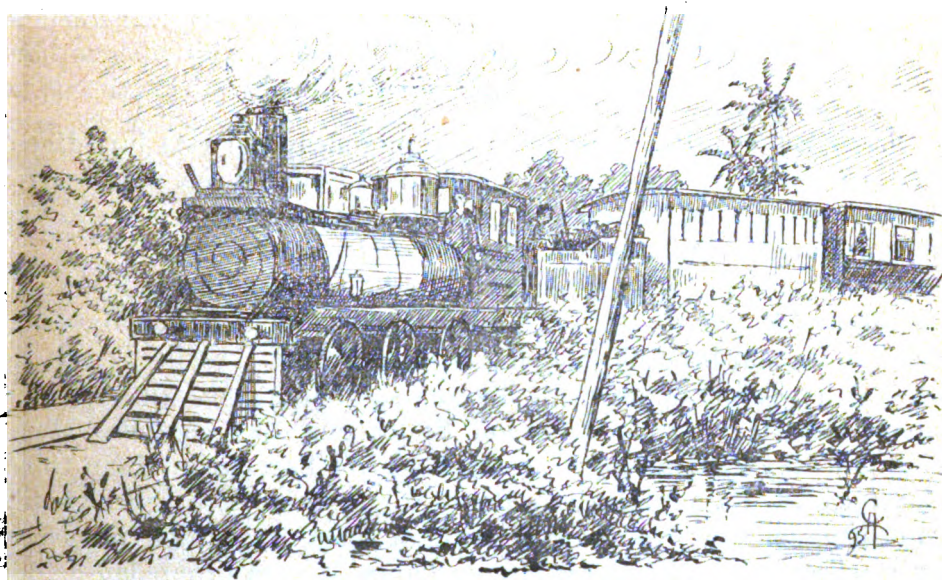
El general Jiménez Moreno llegó á Songo con guerrillas de Tejada que le acompañaron desde Perseverancia reconociendo Corralillo, Guanábana, Filipinas y varios potreros, teniendo en su marcha fuego con varias partidas, á las cuales batió, causándoles tres muertos vistos y cogiéndoles un armamento, dos acémilas, víveres, un botiquín y correspondencia.

La tropa tuvo tres heridos.

*
* *

A las seis de la mañana del día 16 de Noviembre se presentó una partida insurrecta en el ingenio de Occetania, pidiendo y llevándose las armas que allí había; acto seguido salí en su persecución con las dos secciones montadas de esta columna, disponiendo que los movilizados de Macagua saliesen desplegados á retaguardia del ingenio Semillero, á fin de cortar la retirada del enemigo si éste como era de suponer trataba de favorecerse en las sabanas del Mangal, colocándose en distancia de difícil alcance, mientras que una sección de infantería se apostaba en el camino del Semillero, que por la vía férrea da paso á los montes de Santa Rita y el jefe que suscribe con la sección de Dragones de Santiago me dirigí por el camino más recto al ingenio Occetania, haciendo escrupulosos reconocimientos en las colonias de don Francisco López, don Antonio Mondyar y Rodríguez, don Ramón Pérez y del Moreno Hemely, hasta llegar al ingenio Occetania donde adquirí los informes del suceso con sus más minuciosos detalles y se me incorporó la sección movilizados de Macagua, y tomando el rastro que el enemigo dejó, lo continué en dirección del ingenio Arango, habiendo podido averiguar en una confidencia que el enemigo seguía en dirección á Monte Alto, sin que pudieran precisarme el número de éste, siguiéndole la pista y haciendo numerosos reconocimientos en las colonias de los morenos Mateo, Ul-

en su colonia próxima á la finca de Calzadilla se encontraba una partida enemiga que sin duda era la que se perseguía; en su vista dispuso las medidas conducentes á fin de impedir su fuga, cortándole toda la retirada y cargando sobre ella entablóse el fuego que duró breves instantes, pues éstos se desparramaron y aprovechando el cansancio de nuestra caballería, los crecidos cañaverales, abundantes manigüas y los cercados de malla no se pudo hacer un movimiento envolvente para su total copo, resultando que éstos se pusieran en precipitada fuga y diseminados tomaron distintas direcciones, dejando varios rastros de sangre, con lo que demostraban



Tren con vagoneta blindada.

llevar muchos heridos; y haciéndose imposible continuar estos rastros por los muchos cañaverales que á cada paso se encontraban, ordené que Dragones de Santiago recogiesen las impresiones de los sitios colindantes en averiguación de la dirección que el enemigo hubiese tomado, mientras que los movilizados de Macagua reconocían el terreno de la acción en donde encontramos dos muertos, ambos pertenecientes á la raza de color, quienes identificados por el alcalde de barrio de Monte Alto, resultaron ser los morenos Cirilo Martiartu y Raimundo Martínez (a) Moñito, ocupándoseles un fusil Remington, una tercerola del mismo sistema, un revólver cargado, trece cápsulas de fusil Remington, un machete, dos cinturones y dos caballos con sus monturas, y por el suelo se vieron varias cápsulas disparadas.

Dicha partida, según noticias adquiridas, era de nueva creación que el cabecilla Socorro está reclutando.

Los dos cadáveres ya mencionados fueron enterrados por el alcalde

de barrio don Juan Domeuzain en el lindero E. del potrero del ingenio San Luciano, lindando con el camino real que va á la tienda de Monte Alto distante de dicha tienda como 300 metros y como 6 metros de la cerca del camino.

Habiéndose presentado á última hora el moreno Pancho Herrera, con un machete, diciendo que era de la partida dispersada y que en la misma reinaba gran espíritu de querer presentarse, manifestando á la vez tener una tercerola escondida, la que se recogerá, y haciéndose por sus inmediaciones varios reconocimientos por si resultaran ciertas dichas manifestaciones.

* *

De Sancti Spiritus

Una de las partidas insurrectas que merodean por esta jurisdicción, dieron candela á su paso por el poblado de Banao á seis casas correlativas de la propiedad de doña Monserrat Cañizares y don Aurelio Expirano, quedando todas ellas reducidas á cenizas.

Como á las cinco de la tarde del 17 de Noviembre uno de los centinelas del destacamento de Banao, dió la voz de candela, é inmediatamente el cabo de la guardia civil jefe del mismo, Cosme Castillo Torres, después de dejar la fuerza colocada en sus posiciones, salió sin reparar en ninguna clase de peligros, en unión de los guardias segundos Manuel Freo Simó, José Vicente Rosas, Antonio Andrés Paracuello, Juan González Palanquera, Rafael Carrasco Beito y Estanislao Rodríguez Castillo, para el sitio del siniestro, que á primera vista presentaba un aspecto aterrador, pues se hallaba envuelta en llamas la casa propiedad de doña Belén Pérez, habitada por su hija doña María Ortega, esposa del cabeoilla insurrecto Ramón Solanos y sus siete hijos. La citada fuerza al oír los gritos que exhalaban aquellas inocentes criaturas, se lanzaron á aquella inmensa hoguera sin reparar en el peligro que corrían y salvaron de una muerte segura á la citada señora doña Belén; anciana de 75 años y á tres niños de corta edad que en un rincón de la casa, se hallaban casi asfixiados por el humo, la citada casa se derrumbó á los pocos momentos, no quedando de aquel suntuoso edificio mas que un montón de escombros. Al lugar del siniestro no acudió ninguna autoridad por no haberla en el poblado, así como tampoco acudieron los vecinos por creer era un hecho de los insurrectos de las muchas partidas que merodean por aquellos contornos; así es, que toda la gloria corresponde al heróico cabo y guardias que le acompañaban.

Vean los enemigos de la madre patria como se porta el soldado español, aún con los mismos familiares de sus enemigos.

* *

Armiñán, el inagotable jefe de la guardia civil, á cuya indomable energía se debe que la vía férrea de Tunas á Sancti Spiritus funcione con igual regularidad que en tiempos normales, librando á la ciudad de la escasez de subsistencias con su desesperante cortejo del encarecimiento de la vida y del hambre de las clases pobres; el simpático jefe que tiene á raya á los dinamiteros de Roloff y reducido á impotencia en la zona de su mando el anarquismo revolucionario, acaba de realizar operaciones importantes lejos del ferrocarril y en aquellas vegas del caudaloso Zaza, donde en otro tiempo á la sombra bienhechora de la paz eran felices un centenar de familias.

La columna se componía de fuerzas pertenecientes á Chiclana, Tetuán y una sección de guardia civil, mientras el enemigo, doblemente superior en número le abandonó su campamento de San Carlos, replegándose sobre un fuerte que con ladrillo construyera en Casa Teja, cuya fortificación aspillerada en sus frentes, con tambores en los ángulos opuestos que la flanqueaban y con aspilleras además para fuegos divergentes, era en sí un lugar adecuado para medir sus armas con las de nuestros soldados. ¡Pero no fué así! Como abandonaron el campamento abandonaron el fuerte, sin que el humo de la pólvora ni los relampagueos del arma blanca justificaran el tiempo invertido en su construcción, sirviendo solo para que sin tirar un tiro nuestras tropas dispersaran en guerrilla millares de ladrillos acumulados allí por manos insurrectas.

No es lo mismo volar puentes indefensos y quemar casas no guardadas al Conde de Lersundi, que esperar tras de paredes de mampostería el empuje de las fuerzas españolas: esto no lo quieren hacer los sectarios del dominicano Gómez.

En la misma finca de Casa Teja también abandonaron otro campamento, y por la tarde dejaron ver un grupo de 40 ó 50 insurrectos mandados por el cabecilla Marín, los que Armiñán persiguió y dispersó con una sección montada y una compañía de Chiclana mandada por el teniente Martín, causándoles bastantes bajas, que vieron retirar.

Después en Corralillo se le presentó en son de combate el mulato Bartolomé Gómez con 80 ó 90 hombres emboscados en la manigta de una altura, desde donde rompieron el fuego sobre el flanco derecho de la columna; pero fuertes Tetuán y Chiclana en su fuego por descargas complementadas con una carga de los 25 caballos dispersaron en precipitada fuga al enemigo, que abandonó á nuestras tropas dos caballos de ginetes heridos. Cuando tenía lugar esta operación el cabecilla Mena con 100 hombres hostilizó la columna por el flanco izquierdo y sobre esta parte del enemigo se arrojó la reserva que tenía Armiñán, dispersándole y causando al Mena cinco bajas, cuyos caballos recogieron nuestros soldados.

Terminadas estas operaciones, sabiendo que las partidas tuvieron tres muertos y once heridos, se retiró la columna por Vendabal á Paredes y Guasima donde tiene su zona, realizándose el importantísimo servicio de asegurar el tráfico entre Tanas y la ciudad del Yayabo.

* * *

Una vez más, la decisión, arrojo y bravura del general Prats, su incansable vigilancia y su exquisito tacto, han salvado la provincia de Matanzas de los horrores de la guerra, evitando un serio levantamiento que se proyectaba y que ha hecho abortar completamente el veterano y activo general.

Hace cinco días tuvo noticias el general de que, en punto no muy lejano de esta ciudad, había de alzarse una gruesa partida, compuesta de individuos citados para un momento dado, la cual, inmediatamente después de reunida, operaría de acuerdo con las que se hallan en las Villas, que invadirían este territorio.



Don Domingo Gutiérrez de la Solana.

En el acto, el general, sin esperar fuerzas, en un impulso de temerario arrojo, salió de esta capital y montó á caballo, acompañado solamente del teniente coronel de la Guardia civil señor Rojo, de su ayudante el señor Revert y de cuatro guardias civiles y cuatro voluntarios, recorriendo todos los sitios del valle de Guacamaro, el

de Camarioca y las abruptas lomas de ese nombre, donde se hallaban citados los comprometidos para el levantamiento, arrastrando entusiasmados á su paso á los voluntarios de las inmediaciones, á los que acompañaban grupos de paisanos amantes del orden, quienes con las fuerzas que iban llegando, de María Cristina, Guardia civil, voluntarios de Cárdenas y del regimiento de caballería de esta ciudad, ha registrado minuciosamente todos los puntos mencionados y otros muchos más que no citamos, por no hacer interminable esta relación, impidiendo la reunión de los comprometidos para el alzamiento, que se han ocultado individualmente, ante tal alarde de actividad y energía.

En los tres días que han durado los reconocimientos, el general y las fuerzas, apenas han descansado, habiéndose instalado el cuartel general en el demolido ingenio Jesús María y potrero Conchita.

De los voluntarios y las fuerzas del ejército, todos los elogios que

puedan hacerse son pálidos ante la realidad. Nada les ha detenido, y á través de lodazales y pantanos y por medio de los abruptos *dientes de perro* de los montes, donde gran número de ellos perdieron los zapatos y parte de las ropas, cumplieron su deber, siguiendo el ejemplo del general, como buenos. Al vadear el río Canimar, uno de los voluntarios del segundo batallón de Cárdenas fué arrastrado por la corriente y hubiera perecido ahogado, á no ser por el auxilio que le prestaron sus compañeros.

Por la tarde, después de dejar en aquellos sitios 250 hombres montados, el general partió para Cárdenas, donde llegó á las 5, siendo recibido con verdadero entusiasmo.

También partieron para Cárdenas los voluntarios de aquella ciudad, regresando á Matanzas, los del regimiento de caballería, al mando del comandante don Alejandro Maruri y capitán don Antonio Fernández Piñeiro.

En resumen: una operación brillante: por la que, gracias á la actividad infatigable del general Prats, se ha evitado un alzamiento general en la provincia de Matanzas, que ha sabido conservar tranquila el mencionado general, ahogando las múltiples intenciones que para perturbarla se han llevado á cabo.

El día 15 del actual las partidas insurrectas capitaneadas por José Acebo y Aniceto Hernández, fuertes de 150 hombres, pretendieron atacar al ingenio Santa Catalina en la jurisdicción de Cruces, y con objeto de evitar que los rebeldes pudieran realizar lo que se proponían, salió de dicho pueblo el teniente coronel señor Brull con quince ginetes de su fuerza, siguiéndole la infantería.

Los insurrectos no esperaron la llegada de la fuerza y evitando un encuentro se dirigieron á este término sin sospechar que una vez sobre la pista, sería incansable en su persecución el señor Brull, como efectivamente sucedió, pues se adelantó con sus quince mal montados ginetes, hasta que después de perseguirlos cerca de ocho leguas los encontró en el ingenio Carmita, barrio San Vicente, de este término, y con esa energía que le es característica, se fué sobre ellos sin reparar que el número de sus soldados era diez veces menor que el del enemigo. Al ver los in-



Capitán don Francisco Agüero Hernández.

surrectos aquella fuerza que con tanta decisión tomaba la ofensiva, se figuraron que aquellos quince valientes eran un regimiento, y Aniceto Hernández, sin disparar un tiro, huyó á la desbandada con su gente. Acebo pretendió resistir y ordenó á los suyos que hicieran fuego, orden que fué ejecutada, pero los artilleros no se amedrentaron y contestando la agresión les fueron á la carga con tanto empuje que los hicieron huir en todas direcciones, dejando en el lugar de la acción quince caballos, cinco de ellos con monturas.

Tan mal efecto ha causado en el enemigo aquel puñado de valientes, que convencidos sin duda de lo mucho que valen nuestros soldados, y de la inutilidad y locura de ponérseles en frente, se han presentado muchos de ellos y de seguro que han de quedar *convidados*, como suele decirse, para no volverse á meter á redentores.



SALVAJADAS Y ENCUENTROS



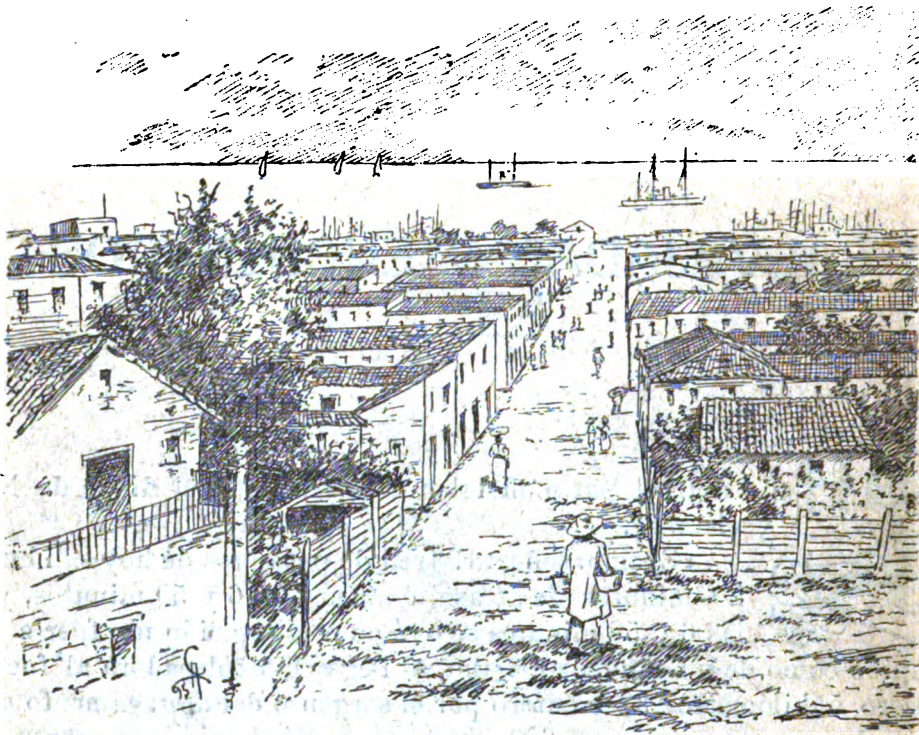
É aquí el parte oficial que se trasmitió el día 2 de Noviembre:

«Excmo. señor: El tren de pasajeros de hoy salió con 20 minutos de atraso, ó séase á las 6 y 50 minutos, y á las 6 y 52 minutos se oyó en esta estación un fuerte estampido como de un cañonazo lejano, al llegar la exploradora al fuerte número 5, kilómetro 23, se enteró por el sargento del destacamento que haciendo un reconocimiento 600 metros mas allá donde se encuentra la alcantarilla 11, de un cabo y cuatro números, en los momentos en que uno de los soldados descubrió un petardo, hizo éste explosión, hiriéndolo gravemente.

Los daños materiales han sido un larguero de la alcantarilla destruido, el muro de la mampostería y el cabezal de la misma, al Oeste, dirección del Príncipe, destruidos, veinte metros de terraplen destruidos, así como sus carriles y eclisas de acero y traviesas, rotos, doblados y astillados. Se advierte un hoyo en el terraplen de metro y medio de superficie con un metro de profundidad.

Toda la tropa embarcada en el tren de hoy continuó su viaje á pié en dirección á Dos Marías, retrocediendo el tren de pasajeros á esta ciudad. Entre una y dos de la tarde saldrá de aquí un tren con material

y personal necesario para las reparaciones que han de verificarse, rogando á V. E. disponga la asistencia de la fuerza necesaria para proteger los trabajos. De Minas podría venir la máquina que está allí con dos carros blindados y wagones para traer la tropa de Tarragona, cuya llegada á esta plaza es indispensable hoy. Esta máquina podría aguardar al otro lado de la alcantarilla para cruzar tan luego dieran paso á los trabajos que han de emprenderse, materialmente casi es imposible que hoy pueda salir de aquí tren, pues la línea vendrá á estar expedita próximo al anoecer. Si V. E. no dispone algo en contrario, esta ad-



Manzanillo: una calle de la ciudad.

ministración no dispone tren de pasajeros hasta el lunes 21 del actual, pues el movimiento de pasajeros y carga de hoy era insignificante y no amerita tal tren de pasajeros, habiendo además una máquina de Minas para cualquier combinación de movimientos de tropas.»

* * *

He aquí el parte oficial de lo ocurrido en el pueblo de Hato Nuevo, y que ha sido trasmitido á la primera autoridad Militar de Matanzas, por el teniente de la guardia don Mariano Ruiz, jefe de la línea del Recreo.

«Acabo de llegar á este punto con los 9 guardias del puesto, 14 soldados de María Cristina al mando del teniente señor Simón, 6 guardias municipales de Cárdenas y el capitán sargento Mayor de Plaza don Alejandro Menéndez.

Quemada estación ferrocarril y una casa. La partida atacó este pueblo como á las seis de la mañana; se componía de 60 á 80 hombres armados y montados, la mandaba Clotilde García y como segundo un tal Nodarse, vecino del Recreo.



Puente destruido por los insurrectos entre Jabanillas y Maroto.

El alcalde con fuerzas de policía, voluntarios y paisanos, hicieron defensa heroica, causando al enemigo un herido grave que quedó prisionero y dos caballos muertos. La partida debe llevar algunos heridos á juzgar por los rastros de sangre que se han visto en los reconocimientos practicados.

De la localidad han sido muertos por las partidas insurrectas los paisanos don Francisco López y la señorita Saturnina Rivero y herido el guardia municipal Diego Pelegrín.

A la una de la tarde se recibieron noticias por un propio de que la

misma partida como á las 8 de la mañana quemó el pueblo de Guamutás, desarmó á un voluntario y siguió rumbo á Colón.

Practico reconocimientos y se procede á la reparación de las líneas telegráfica y telefónica.»

* * *

Don Vicente Gómez, encargado de los guardias armados del ingenio Adela, jurisdicción de Placetas, con ocho de aquellos y el Administrador de la finca batieron como á las ocho de la mañana del 2 á un grupo de 40 á 50 insurrectos, que les hicieron fuego al reconocer el campo. Los ocho guardias cogieron á los insurrectos cuatro cajas de dinamita con peso de unas doce arrobas, cuatro caballos muertos, uno vivo y varios efectos.

El teniente de la guardia civil don Fausto Barrios con 25 soldados de Canarias y 8 guardias, batió y dispersó á un grupo insurrecto en los montes de Trujillo, causándole 2 muertos que fueron conducidos á Palmillas y quitándoles 5 caballos.

Aniceto Hernández y Roberto Bermúdez intimaron el día 3 de Noviembre por la mañana la rendición del destacamento del ingenio Santísima Trinidad.

El Comandante de armas de Lajas sospechó que era una aňagaza para dirigir el ataque á otro punto y se disponía á salir con fuerzas en dirección al Salto, cuando recibió confidencias de que el cabecilla Acebo con 50 ó 60 hombres estaba en las Nuevas.

El citado comandante salió con 16 guardias civiles, 9 municipales y 8 paisanos, haciéndose seguir por 50 hombres de artillería y de Canarias al mando de un capitán.

Llegó á las Nuevas y el enemigo se había marchado hacía una hora. Siguióle, forzando la marcha de la caballería, y le alcanzó á media legua mas allá. No hizo frente y se le persiguió hasta la Carmita, término de la Esperanza, quitándole un caballo con montura y otro con ropas y artículos de medicina, cesando la persecución.

Aniceto con 150 hombres estuvo en la Vega, marchando á las cinco de la tarde con rumbo á Seiba Hueca.

* * *

Hasta ahora, y sin duda por la falta de elementos de guerra en la insurrección después de la acción de Peralejo, no había habido motivo para ocuparse de los asuntos de la campaña en el distrito de Bayamo, y por estar además las fuerzas de esta brigada ocupadas principalmente, aprovechando la estación de la seca, en surtir de toda clase de artículos

las diferentes factorías enclavadas en el territorio; para cuyo efecto se han llevado á cabo una serie de convoyes que partiendo desde Manzanillo por las vías marítima y fluvial llegaban á Cauto Embarcadero, desde cuyo punto se encargaba una columna, dedicada exclusivamente á este objeto formada por el batallón de Alcántara Peninsular número 3, la tercera sección de artillería de montaña al mando del valiente teniente don José Company y la segunda compañía de transportes á lomo mandada por su capitán don Andrés Nuñez Portela de transportarlos á Bayamo.

Todos los convoyes se llevaron á cabo felizmente y en poco más de un mes se pusieron en la administración de subsistencias de esta plaza más de 250,000 raciones para dedicarse por último á los convoyes vadales y surtir de artículos las factorías dependientes de la de esta plaza, con lo que una vez terminada la operación del abastecimiento, se pensó en la persecución de los enemigos de la patria que parecía que se habían evaporado y únicamente se tenía conocimiento de su existencia por alguna que otra finca que incendiaban, creyendo que con esto realizaban un acto de valor.

Con la terminación del abastecimiento de las factorías coincidió la venida á esta brigada del Excmo. señor general don Federico Alonso Gasco, militar de brillante historia y que hacía concebir grandes esperanzas en pro de la causa nacional.

La fama no mintió en esta ocasión y tan pronto tomó posesión del mando, se advirtió hasta por los más profanos en el arte de la guerra, una actividad desusada en las operaciones; se envió una columna á Jiguaní dándole como campo de operaciones toda la zona comprendida entre los ríos Contramaestre, Cauto y Cautillo y cerrada por el Sur con la Sierra Maestra; el batallón cazadores de Colón batió al enemigo en el Corojo y finalmente la columna que opera en la zona de Jiguaní al mando del teniente coronel don Roque Rodon, hizo una operación á los Negros batiendo en el mismo día y en diferentes sitios á las fuerzas combinadas de Rabí y de Manava.

A juicio de militares, experimentados esta operación es una de las de más importancia de la actual campaña si se exceptúa la acción de Perales, tanto por el número de enemigos derrotados, como por ser una operación que ellos habían estado preparando con toda anticipación y con el solo objeto de ver si conseguían copar una columna como la que manda el teniente coronel Rodón, compuesta de las tres armas y que no les deja ni el tiempo suficiente para descansar; por lo que dedicamos especial atención á este hecho de armas y á las consecuencias probables que para el porvenir puede traer.

El día 4 del mes actual salió al amanecer de Jiguaní la mencionada columna fuerte de 500 hombres de infantería, 80 caballos de la guerrilla

del Batallón, una pieza de artillería al mando del primer teniente don José Company y una sección de la segunda compañía de transportes á lomo, mandada por el primer teniente de la misma don Felipe Carreras, agregada á la artillería para el transporte de municiones; el mismo día cuatro llegaba la fuerza á Baire sin ninguna novedad y descansaba todo el día. El jefe de la fuerza suponía que la jornada siguiente iba á ser dura y quería reservar las fuerzas de sus soldados para el movimiento decisivo, al amanecer del día siguiente 5, salió la columna de Baire y entró en los Negros por la vereda del Ajís sin novedad, á pesar de haberse visto en todo el camino grandes rastros de fuerzas insurrectas que llevaban la misma dirección y que hacía presumir un próximo combate, saliendo fallidas las esperanzas de los bravos que formaban la columna, porque se llegó al nacimiento de los Negros sin haber disparado un tiro, el jefe de la columna dispuso se hiciese el rancho y descansar hasta el día siguiente que pensaba ir al Cacao, suponiendo que el enemigo por huir de la activa persecución de que era objeto se habría retirado en aquella dirección.

El nacimiento de los Negros es una de las mejores posiciones que la naturaleza ha podido formar para llevar á cabo el plan que la astucia de los insurrectos había ideado, si no lo hubiese destruído el valor indomable de nuestros soldados y las condiciones de mando del jefe de la columna: hállese en la cumbre de una colinita que á su vez, se encuentra encerrada en un valle de entrada casi inaccesible, solamente es posible el acceso al mencionado valle por tres veredas escarpadísimas por las que no cabe más de un hombre de frente é impracticables dos de ellas para la caballería, por lo que hubo forzosamente que elegir la única que ofrecía garantías para el paso de la columna.

Durante el día 5 el enemigo hostilizó repetidas veces el campamento, si bien con un fuego poco nutrido, que hacía suponer pocas fuerzas insurrectas por aquellos contornos, por lo que se dispuso que por la tarde una compañía practicase un reconocimiento por los alrededores, no encontrando al enemigo ni rastro suyo.

Amaneció el día 6 y la columna emprendió la marcha con dirección al Cacao por la única vereda disponible; en el momento de ponerse en marcha sonaron en una loma vecina cuatro disparos con ligero inter-



D. Rafael Ripoll, capitán de artillería.

valo de tiempo entre uno y otro, señal del enemigo para avisar al que se encontraba emboscado al paso en la vereda del Ajís, que así se llama la que tomó la fuerza para salir de los Negros. Esta vereda pasa á través de una montaña de la que toma su nombre, por lo que tiene dos pendientes una de subida y otra de bajada; pues bien, el enemigo había tomado posiciones en la parte más escabrosa y más culminante, donde nuestros soldados no se podían mover por falta de espacio y donde el ganado no podía avanzar por resbalarle los cascos en la piedra; allí en formidables posiciones se hallaban las fuerzas de Rabí, habían cruzado el camino por una barricada y desde detrás de ella y por el flanco izquierdo, rompieron un nutrido fuego de fusilería sobre la 4.ª compañía que iba á vanguardia. Su capitán pronunció un enérgico ¡adelante! y la tropa ardiendo en indignación combatió aquel fuego como saben hacerlo los hijos de España. El enemigo muy superior en número no cejaba, las demás compañías no podían ayudar á la 4.ª por impedirlo las condiciones del terreno, el combate se prolongaba, cuando el teniente coronel Rodón que desde los primeros tiros había estado en las avanzadas multiplicándose por acudir á todos lados mandó avanzar la fuerza de artillería y su teniente don José Company, bajo una lluvia de balas mandó descargar las distintas partes, formó el todo, preparó las cargas é hizo el primer disparo que debió retumbar para los insurrectos como un eco de muerte: desde este momento el combate cambió de aspecto, la tenaz resistencia del enemigo cedió en parte y la compañía aprovechó aquel momento de vacilación del enemigo para tomar á la bayoneta la trinchera, teniendo únicamente que acudir á su flanco izquierdo puesto que el frente había sido despejado, el enemigo viendo que se le escapaba lo que él consideraba como su víctima redobló sus esfuerzos, tronó nuevamente por tres veces más el cañón y los insurrectos tuvieron que abandonar cobardemente el campo prodigando á nuestras fuerzas en su fuga los más groseros insultos.

Desde los primeros disparos cayó gravemente herido en un brazo el segundo teniente don Antonio Muñoz que mandaba la extrema vanguardia y más tarde hubo hasta cinco bajas más de tropa, un soldado muerto y cuatro heridos, entre ellos un cabo, pero en cambio el enemigo dejó en poder de nuestros soldados tres muertos entre la manigua á la orilla del camino. Los heridos fueron curados en el mismo sitio que cayeron y en el mismo momento por el médico del batallón don Federico Baeza.

Un detalle que pinta el espíritu de nuestras tropas: al observar el oficial de Administración militar don Felipe Carreras que la cuarta compañía había quedado sin subalternos puesto que no tenían más que el teniente herido y su capitán pidió y obtuvo del teniente coronel permiso para ocupar su puesto y bajo su mando se desarrollaron los combates sucesivos.

El enemigo en su huida se dividió en dos partes, una que bajó al llano á protegerse de la caballería insurrecta que esperaba á los nuestros mandada por Manava y otro grupo que se internó en la manigua.

Una vez curados los heridos y emprendida nuevamente la marcha, al bajar al llano se encontró la caballería que apoyada por los guerrilleros hacia aquella parte se dirigieron tratando de cargar sobre la vanguardia tan pronto como desembocó del monte, pero aquí las condiciones del terreno eran iguales para ambos; nuestra guerrilla á pesar de ser en número muy inferior protegida por la infantería que en columna de batalla les hizo varias descargas y por la fuerza de artillería que les envió cuatro granadas más, cargó sobre el enemigo quien aunque trató de hacer resistencia se vió obligado á retirarse nuevamente al monte, dejando tendidos en el campo 5 muertos más, por lo que se emprendió la marcha á Baíre, llegando cerca de la una y dando dos horas de descanso para continuar el viaje á Jiguaní para poder asistir como es debido á los heridos. El combate de la mañana había durado tres horas y media ó poco más.

A las tres de la tarde se volvió á emprender nuevamente la marcha y poco después y en el sitio conocido por la Cruz del Yarey, volvió el enemigo á romper el fuego por ambos flancos, sosteniéndose la cuarta compañía de vanguardia hasta que el jefe de la columna dispuso que la artillería rompiese el fuego, haciéndole tres disparos que le obligaron al enemigo á huir nuevamente, en este encuentro tuvimos un guerrillero herido en un pie.

La intención de los insurrectos era bien clara; trataban de encerrar nuestra columna en los Negros, medio destrozada y los restos que hubiesen salido al llano, la caballería hubiese acabado con ellos, pero no contaban con que los nuestros muy inferiores en número y posiciones desventajosas no se destrozaban de cualquier manera y que la oración se volviese por pasiva.

Un ejército que cuenta con jefe de la altura del teniente coronel Rodón, con artilleros como el teniente Company que en los momentos de la acción mandaba sus soldados y preparaba el material como en un día de formación y en que los oficiales de Administración saben, cuando llega el caso desnudar su espada y ocupar el sitio de peligro, como el oficial señor Carreras, ese ejército es invencible y con él se pueden volver á reanudar las pasadas glorias de Hernán Cortés y del Gran Capitán.





VII

OPERACIONES



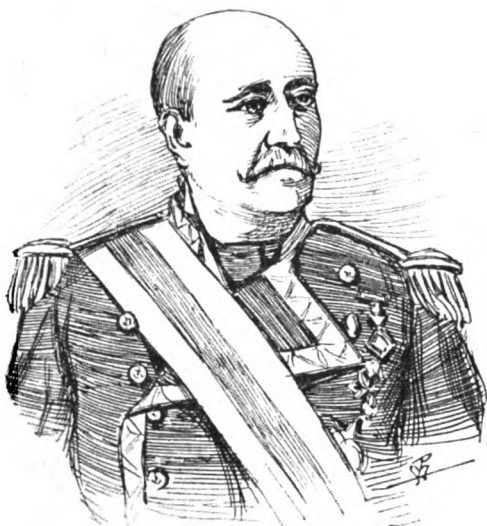
CN Hato Nuevo, se han hecho cuatro prisiones relacionadas al parecer con el ataque al poblado por los insurrectos y el herido que se cogió á la partida, ha sido trasladado ya á Matanzas é ingresado en la enfermería regimentaria en calidad de preso.

La prensa de Cárdenas dice que se llama Francisco López Iglesias y que es natural de León, pero según él es Benito Enrique Martínez y nacido en Ponferrada.

El día 7 por la mañana y con el fin de relevar ó reforzar los destacamentos de Siguapas y Guareiras, salió de Cárdenas con unos 40 hombres, el teniente Toledo, del regimiento infantería de María Cristina, y como á media legua del Cementerio una partida insurrecta que se hace ascender á 200 hombres y estaba emboscada, hizo una descarga á boca de jarro á la tropa, causándole una baja.

La fuerza, que no esperaba este ataque por no tener noticia de la existencia en aquel término de gente enemiga, tomó momentáneamente la defensiva, entablándose reñida lucha en la que segun noticias tuvo el enemigo algunos heridos y cuatro muertos que se vieron llevar atravesados en los caballos. La columna solamente tiene que lamentar la muerte del soldado que cayó en la primera descarga. Fuerzas de guardia civil, voluntarios y policía salieron en persecución.

Se dice que esta partida, no dejó entrar á ningún placero que iba á vender sus frutos á la ciudad, haciéndoles arrojar éstos al suelo y volver á sus domicilios ó fincas.



Contralmirante don Manuel Delgado Parejol.

Otra, cuyo número se ignora y según se dice van personas de viso de los poblados próximos, ha aparecido en territorio de Bermeja, yendo al frente de ella un tal Solcada.

En Galeón, término de Alfonso XII, ha visto la luz otra que se hace ascender á 180 hombres, ignorándose por quien son dirigi-



Don Genaro Cordero.

En la finca de don Miguel Peña, situada en San Ignacio, del término de Santa Ana, se presentaron de 15 á 20 hombres armados y montados que se dice van mandados por los hermanos Romero.



Excmo. Sr. D. José Navarro Fernández.

dos, pero se sabe que debe estar á poca altura en capital, porque han empezado por saquear dos bodegas. Para su persecución han llegado en tren extraordinario á Unión de Reyes á las ocho y media de la noche, fuerzas de ejército procedentes de Colón, que operarán á las órdenes del teniente coronel de la guardia civil señor García Rojo, quien desde la mañana se encontraba en Unión de Reyes, á donde

llegó de Jovellanos en el tren de las nueve.

Y últimamente, como á las 10 de la noche, otra partida de más de

100 hombres todos montados y armados, han quemado la tienda del Ingenio Carolana, situado en Caimito.

*
* *

El tren de Cienfuegos no llegó á esta ciudad hasta las ocho de la noche, por lo que se suponía había sucedido algo grave en la línea.

Al pasar por entre los paraderos de Camarones y Hormiguero el tren mixto que salió de esta ciudad para Cienfuegos á las 12, se le acercó una partida numerosa, pues se calcula en más de 300 hombres, la que hacía señas al maquinista.



Después de la batalla: Nuestras tropas entierran á los muertos.

El maquinista al principio creyó que eran fuerzas del ejército, y empezó á detener la velocidad del tren, pero segun se iban aproximando, comprendió que era el enemigo y abriendo la válvula de la máquina pasó á toda velocidad por entre una lluvia de balas de las descargas que hacían los insurrectos.

Diez guardias civiles que al mando de un cabo iban en el tren, estaban preparados, y al pasar por frente á la partida hicieron tres descargas, de las cuales dos debieron hacerles bajas, pues tiraron á la masa que formaban y á una distancia de 8 á 10 metros lo más.

El tren siguió su marcha y los insurrectos se fueron al ingenio Hormiguero, donde encontraron una máquina de vía estrecha de dicha finca.

Ordenaron al maquinista que parara y le pidieron una mandarria

y varias herramientas con las cuales levantaron un rail de la citada vía estrecha.

Después dijeron al maquinista que se apeara y le abriera toda la válvula á la máquina.

Así se hizo y la máquina al llegar donde habían arrancado el rail, se volcó destrozándose toda.

Llevada á cabo esta hazaña, volvieron los insurrectos á la línea de Cienfuegos y con las herramientas que le habían quitado al maquinista del ingenio, levantaron dos railes y cinco travesaños á pocos metros del paradero del citado ingenio Hormiguero, dejando así la línea, con la idea, al parecer, de que se estrellara el tren de pasajeros que venía de Cienfuegos; y después de cortar también las líneas telegráficas y telefónica se retiraron.

Al llegar á Palmira el tren de pasajeros que venía de Cienfuegos se enteró de lo ocurrido al tren mixto y temiendo le sucediera lo mismo salió con precauciones de este paradero.

Al llegar al de Hormiguero supieron lo que habían hecho los insurrectos en el ingenio y en la línea, en vista de lo cual se detuvieron para esperar auxilios.

El tren de pasajeros traía once guardias oiviles más los once del tren mixto que ingresaron también en el de pasajeros.

Del paradero de Camarones salió una máquina con fuerzas y enterados en el paradero de Cruces de que una partida numerosa había pasado en dirección á la línea férrea y en vista de la demora del tren, presumiendo ocurriera algo, también salió un tren con una compañía, que llegó hasta el lugar del suceso.

Ya con estas fuerzas se procedió á la reparación de la línea, para que pudiera pasar el tren de pasajeros, lo cual pudo efectuar después de tres horas de demora.

Las fuerzas practicaron un reconocimiento por aquellas inmediaciones, mientras se llevaba á cabo la reparación de la línea; y encontraron seis caballos completamente cansados que habían abandonado los insurrectos.

No se pudo inquirir el nombre del cabecilla que mandaba la partida.

Sólo se sabe que el que al parecer, hacía de jefe, era un hombre que usa patillas, pues fué el que mandó parar al maquinista y al que le oye-ron dar la voz de ¡fuego! al ver que el tren no paraba.

En el magnífico potrero Indio, propiedad del señor Batista y que se encuentra en el camino de Báez á Fomento, se reunieron el 9 las partidas insurrectas de Lino Pérez, Zayas, Machado y otros, en número más de dos mil hombres.

El objeto de la reunión era celebrar una junta para poner en conocimiento de Máximo Gómez las quejas que reciben diariamente de los

campesinos, por el mal comportamiento que observa el cabecilla Suárez.

Dicha junta fué presidida por un delegado de Roloff en comisión de Máximo Gómez.

*
* *

Una columna al mando del alcalde en comisión que salió el día 8 á operaciones, encontró á la partida insurrecta que manda un tal Acebo, en el callejón de la Carmita, á la que batió la vanguardia de dicha columna dispersándose los rebeldes y dejando en su huida dos acémilas cargadas de efectos.

El mismo día, mientras dicha columna se encontraba en operaciones, tres individuos armados llegaron á caballo, como á las cuatro de la tarde, á la tienda de don Antonio Rodríguez, que está á la entrada del pueblo, y se llevaron varios mazos de tabacos y efectos de poca importancia, retirándose sin causar otros daños.





VIII

NUEVOS ACCIDENTES



LA hora de costumbre, seis y media de la mañana del día 19, salió de Puerto Príncipe el tren de pasajeros para el vecino puerto de Nuevitas. Ocupaban los 22 carros de que se componía el tren varias personas particulares y todo el batallón de Gerona, destinado á prestar sus servicios en toda la línea férrea, relevando al regimiento de Tarragona, destacado en dicha línea.

Seguía á este tren otro llamado de carga, en el que iban dos brigadas de obreros á transportar madera del kilómetro 70 á esta capital.

Procedía á los trenes en marcha una máquina exploradora con un carro blindado que defendía á una escolta de 30 soldados.

Para llegar al kilómetro número 13 faltarían á la exploradora unos 300 metros, distancia igual á la que distaba la alcantarilla número 11, cuya longitud es de dos y medio metros. En este punto la máquina se detuvo por hacerle alto un grupo de cuatro soldados y un cabo, que obedeciendo órdenes de un sargento comandante del fortín número 5, que dista unos 500 metros de la alcantarilla citada, salieron á reconocer la vía.

El maquinista, como los pasajeros, nada sabían ni habían oído. Los soldados dijeron lo que pudieron decir, y el hecho se refiere de la manera siguiente:

Reconociendo la vía, llegaron los soldados á la proximidad de la alcantarilla, uno de éstos avanzaba dos ó tres pasos más que sus compañeros, cuando sintieron una descarga de ocho tiros de fusil, disparados desde la manigüa. Siguió á la descarga el estruendo producido por la explosión de un cartucho de dinamita colocado en la vía, que al estallar, hirió gravemente á uno de los soldados, quedando ilesos los restantes.

El lugar donde había existido el petardo ó bomba lo indicaba un ancho hoyo que medía como un metro de profundidad en la parte más honda y de una longitud de tres metros próximamente. El perno de la alcantarilla quedó destruído por completo, y doblado el rail, que medía 32 piés, cubierto todo de un polvo blancuzco; otro rail que se unía al doblado fué separado en la explosión á unos 50 metros de su primitivo asiento. La parte izquierda de la alcantarilla, donde fué colocado el petardo, quedó totalmente destruída é intacta la de la derecha. Arrastró tras de sí la explosión unos 20 metros de terraplén.

El médico del batallón de Girona curó de primera intención al infortunado soldado Juan Navarro Brovet, perteneciente á la cuarta compañía del segundo batallón del regimiento de Tarragona, y hecha la cura regresaron los trenes con el herido, tropas y pasajeros á esta capital, llegando á las diez de la mañana.

Si grande fué el pánico que se apoderó de todo el pasaje al tener conocimiento de lo sucedido, mayor fué la alarma que produjo en todo el vecindario de la capital, cuando á las siete de la mañana se sintió un estampido estruendoso que nadie se pudo explicar en el primer momento.

Desde que los libertadores del pueblo de Cuba empezaron á destruir los puentes de la vía con el hacha ó la tea, todo este vecindario se llenó de impaciencia por conocer la suerte que le había de caber al tren que de esta estación sale á las seis y media.

El uso de la dinamita, colocada en la vía por mano tan miserable como traidora, vino á llenar de angustia á los mismos vecinos desde el momento en que el tren hace su partida.

Rápidamente circuló por todas las calles la noticia de que habían



Señor Solana.

volado dos trenes, pero pronto salieron de la duda los que se dirigieron á la estación férrea de San José, en donde se dijo lo que acababa de suceder.

Este pueblo, siempre culto y sensato en su mayor parte, está completamente indignado contra los criminales que así atacan á vidas indefensas y condena atentados de esta naturaleza impropios hasta de los mismos anarquistas, pues el tristemente célebre Ravachol, al depositar una bomba de dinamita en el palacio de Mr. Benoit, magistrado de la Audiencia de París, dijo: «si no muero en la explosión, moriré en manos de la justicia, pero habré cumplido con mi deber.»

Aquí, el delito es condenado, pero queda impune por la inviolabilidad de la manigua; por esto se hace preciso y muy urgente es, que se determine el chapeo que á ambos lados de la vía se está haciendo, si no de 400 metros, como dispuso el general en jefe en la provincia de Santa Clara, á lo menos de 200, que es lo dispuesto. Despejado el campo y con las acertadas disposiciones que adopta nuestro comandante general señor Mella, se hará más difícil que el enemigo pueda burlar la vigilancia de los fuertes.

* * *

Una partida insurrecta, como de cuarenta hombres próximamente, mandada por Lino Mirabal y un tal Blanca, encontraron en la finca Dolores Boza, propiedad de don Francisco Correoso, á varios individuos, en su mayoría malojeros, que salían á cortar yerba para después venderla en esta ciudad y dedicar el producto á su sustento y al de su familia.

La partida despojó de todas sus ropas y efectos á doce de los que encontraron, dando muerte, á machetazos, á dos individuos, uno de ellos de apellido Morciego, de oficio malojero.

El infeliz Morciego fué muerto por el cabecilla Blanca, quien le dió de machetazos, á pesar de las súplicas de aquél, que rogó por sus hijos que no le mataran, pues era inocente. Blanca limpió las manchas de sangre de su machete, en el cadáver del desgraciado Morciego.

Se dice que enseguida que realizaron este inícuo acto, Blanca, que dijo tener mucha hambre, se puso á comer el pan que había quitado á uno de los individuos detenidos.





IX

Desde Bayamo



AS operaciones se animan. A pesar de las contínuas tormentas y frecuentes chubascos propios de la estación, el general Gasco, único jefe de esta brigada, halla modo de imprimir su actividad á las fuerzas que manda; y las columnas por él dirigidas con acierto sumo, marchan lo mismo por el llano que por las estribaciones de Sierra Maestra, hasta meterse en los intrincados senderos de los Negros, guarida predilecta de los libertadores.

Después de la tempestad de Peralejo, tuvieron por breve período de calma chicha; pero á la llegada del general Gasco sucedió inmediatamente un período de inusitada actividad, empleada primero en acabar de aprovisionar á Bayamo y los destacamentos, y en buscar y batir después al enemigo.

Resultado de esa actividad fueron los dos brillantes hechos de armas de que vamos á dar cuenta exacta, pues los conocemos por algunos de los que en ellos tomaron parte.

El primero de esos dos sucesos, por orden cronológico, es el combate del Corojo, que tuvo lugar el 24 de Septiembre. Por orden y con instrucciones del general Gasco salió de aquí el día 20 para Guisa el batallón de cazadores de Colón, el más simpático y marcial de los batallones

de esta brigada y el mismo que escarmentó duramente á Miró en San José de Aguarach.

Después de un reconocimiento por las inmediaciones de Guisa, partió el 24 para Santa Bárbara, componiendo la columna, al mando del teniente coronel señor Tovar, dos compañías del citado batallón y otras dos del sexto peninsular (Baza.) Descansaron en la confluencia de los ríos Guisa y Bayamo. Después del descenso continuaron la marcha en dirección á las lomas; y al llegar á las del Corojo, marchando por la margen derecha del río Bayamo, en el momento de empezar á vadearlo,



Santiago de Cuba: Fuerte de la Trocha á la entrada del camino del Morro.

el enemigo, que se hallaba emboscado en un mogote de enfrente del vado y á la izquierda del camino, rompió un vivo fuego, hiriendo dos caballos de la tercera compañía en la primera descarga.

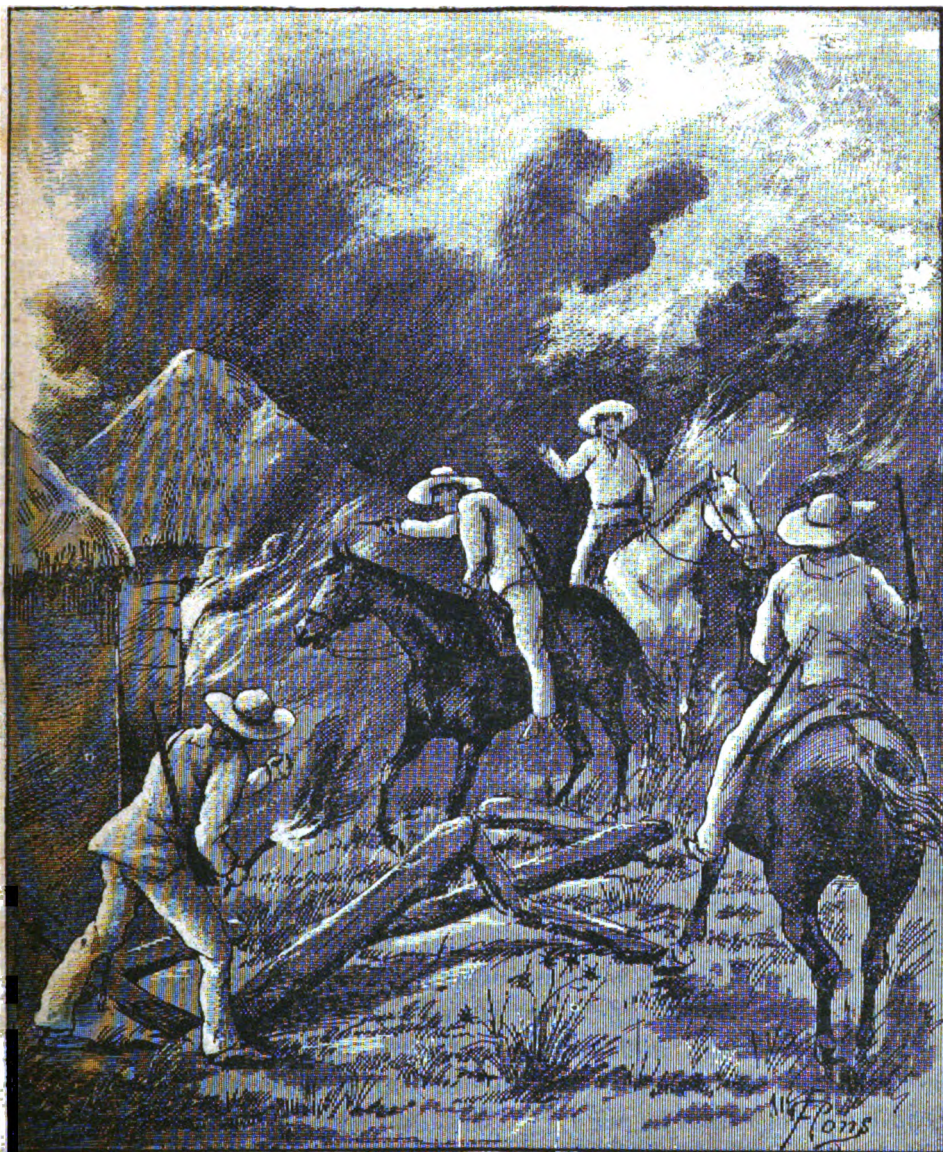
Al mismo tiempo, esta fuerza enemiga, situada en la orilla izquierda, hizo fuego también, cogiendo en medio á la tercera compañía de Colón que venía en vanguardia, la cual contestó en el acto á las dos partes con igual intensidad.

Mientras tanto la sección de exploradores Burguete y la de la guerrilla á las órdenes del teniente Paniagua pasaron el río á la carrera, haciendo salir chaquetando á las fuerzas montadas del enemigo que estaban allí. Por nuestra parte continuó el fuego contra el mogote, á una distan-

cia de 20 ó 30 pasos; pero con la circunstancia de que el enemigo se encontraba perfectamente atrincherado en lo alto, en hoyos de piedra y con mucha maleza por delante que nos impedía verlo, mientras que nosotros estábamos á pecho descubierto. Se autorizó á los soldados para que hiciesen fuego tendido, á pesar de lo cual se quedaron rodilla en tierra, ó sentados. Después de un buen rato de fuego se inició el avance, y á los gritos de ¡viva España! y ¡arriba Colón! dominamos la loma de la que huyó el enemigo así que iniciamos la subida. El resto de la columna pasó entonces el río.

En la posición conquistada encontramos un revólver al lado de una

mancha de sangre, tabacos, un mantón blanco, hamacas, sombreros, latas de carne, un cajón con medicamentos y otros efectos; y en la parte baja se cogieron cinco caballos.



Casas de los Maestros y poblado Salamancas, quemados por el cabecilla Pedro Díaz.

Además de la mancha de sangre que había al lado del revólver, los soldados vieron otras por distintos sitios, presumiendo por esto que debían tener bajas. Nosotros lamentamos las heridas del teniente Vidal y del soldado Expósito, ambos graves (murió el soldado) y otros dos individuos de tropa heridos leves.

Cuaderno 46—T. II.

Precio 10 cent.

Las fuerzas enemigas que ocupaban las posiciones pertenecían á la partida Estrada y estaban mandadas por el titulado coronel Montero, un pardito muy mimoso, á quien sus familiares llaman «Mi Vidita.» Tuvieron dos muertos y cinco heridos graves. Uno de los caballos ocupados era el del cabecilla Montero.

Al atravesar el río cayó del caballo el primer teniente don Ricardo Bona, recientemente ascendido por méritos contraídos en la acción del Peralejo, donde mandó la sección extrema de la vanguardia; dos días después falleció de una perniciosa en Bayamo.

La otra acción tuvo lugar en Los Negros el día 6 de Noviembre. El teniente coronel Sr. Rodón con su batallón, el tercero Peninsular, Alcántara, y una pieza de artillería de montaña, al mando del primer teniente del arma señor Company, salió de Jiguaní en la madrugada del 4, también por orden y con instrucciones del general Gasco, pasando por Taixecasne el mismo día, y acampando en Los Negros el 5 sin que apenas hubiese sido hostilizado.

Al volver por el mismo camino el día 6, encontró en la loma del Agís una trinchera que le cerraba el paso, y detrás de ella parapetadas fuerzas insurrectas de Rabí, y quizá de Maceo, en número considerable, las cuales rompieron el fuego al llegar la vanguardia de nuestra columna. Desde lo alto de la loma, al lado izquierdo de la columna, nutridas descargas del enemigo batían de flanco además á las fuerzas del ejército, entablándose entonces el combate, que duró más de una hora, y que concluyó como el de Corojo al iniciar nuestros bravos una carga á la bayoneta. No contribuyó poco al éxito de este primer encuentro la pieza de artillería, disparando granadas y metralla contra lo alto de la loma del Agís. Cada vez que sonaba el estampido del cañón cesaba por algunos momentos la infernal algarabía con que acompañaban sus ataques los mambises. ¡Ni que fuesen zulús!

Como si estuviese segura del triunfo y dispuesta á machetear á los desbandados, encontró la columna á la caballería de Rabí, machete en mano, al desembocar en el llano. Cargó varias veces, pero rechazada siempre por los fusiles de la vanguardia, tuvo al fin que aguantar la carga de la guerrilla, retirándose al monte, donde protegida por la enramada siguió tiroteando hasta que un par de granadas certeras la pusieron en precipitada fuga.

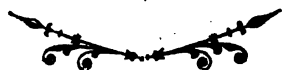
Ocho muertos vistos dejó el enemigo en el campo en este combate, en el que también se le ocuparon algunos caballos. Pero no concluyó todo aquí, porque después de repasar á Baire la columna, al llegar á la Cruz del Garey, otra emboscada rompió fuego por los dos flancos contra ella (la columna), teniendo que desalojar á los apostados con una hora de incesante fuego.

Las bajas del enemigo en todos estos encuentros fueron de 18 á 20

muertos, y más de 50 heridos. La columna tuvo un soldado muerto, Juan Fabra, y heridos graves el primer teniente don Antonio Muñoz García (que falleció) y seis soldados, y algunos oficiales contusos.

La marcha del coronel teniente coronel Rodón, tan brava é inteligentemente llevada á cabo, demuestra de una manera evidente que los insurrectos no disponen de un solo palmo de terreno seguro en esta comarca, al que pudieran considerar como asilo inviolable de sus huestes y de su gobierno en embrión, puesto que hasta su agreste santuario de Los Negros llega una columna cuando quiere, sin sufrir por ello gran extorsión.

En cuanto acaben las lluvias tendrán que refugiarse en las cuevas de las montañas.



X

COMBATE HERÓICO



E Cienfuegos comunican un combate verdaderamente heróico ocurrido en Ojo del Agua, cerca de aquella población.

Una columna compuesta de 60 hombres del batallón de Canarias y de un cabo de la Guardia civil, al mando de un capitán cuyo nombre no se conoce aún, recorrían la zona del Ojo del Agua á Portillo y orillas del río Caunao, cuya defensa le estaba encomendada, cuando fué sorprendida por muy numerosas fuerzas rebeldes al mando de los cabecillas Rego é Ignacio Suárez.

Por los informes, todavía incompletos, que del suceso han llegado á la Habana, se sabe que el cabecilla Rego, al tener noticia de que la expresada columna estaba descansando en Ojo del Agua, decidió coparla, y para que la operación no ofreciese duda de éxito avisó al cabecilla Suárez, á fin de que éste se le incorporase con su gente.

Unidas las dos partidas, formaban un contingente de 1.200 hombres.

El enemigo cayó de improviso sobre la columna de Canarias.

El capitán que mandaba los 60 hombres dispuso la escasa fuerza para resistir.

Una hora duró el combate.

Los insurrectos rodeaban á la columna haciendo sobre ella nutrido fuego.

Por tres veces sucesivas tuvieron los bravos soldados que formar el cuadro, resistiendo la avalancha de enemigos que sobre ellos caían.

Viendo el cabecilla Rego que era inútil insistir un ataque que ya le había costado bajas, se retiró con su gente.

El enemigo tuvo siete muertos y muchos heridos.

Nosotros 6 muertos y 12 heridos. Entre éstos se hallan el capitán y 11 soldados.

El general Martínez Campos, al tener noticia de la brillantísima resistencia de la columna de Canarias, ha dispuesto que tan heroico comportamiento se consigne en elogio en los despachos oficiales.

Un bando del general Martínez Campos.

El bando que, en defensa de los ferrocarriles, ha dictado el general Martínez Campos, dice así:

«Los atentados cometidos desde algún tiempo en las vías férreas, y más especialmente los de estos últimos días, que tantas víctimas han causado, me ponen en

la imperiosa necesidad de dictar disposiciones para evitar siga tan escandaloso y salvaje procedimiento, dirigido contra los trenes de pacíficos pasajeros.

ORDENO Y MANDO

1.º Se chapeará toda la manigüta y cercas que haya, en una extensión de 400 metros, á derecha é izquierda de la línea férrea de esta provincia.

2.º No se permitirá la continuación de bohíos sueltos á 200 metros de la línea, á no haber un puesto militar á tiro de fusil.

3.º En las cercanías de los puentes, aunque haya puesto militar, no se consentirá estén habitados los bohíos, si sus dueños no inspiran completa confianza y no dan parte oportuno de las novedades que ocurran.

4.º No se permitirá, en la expresada distancia de 200 metros, la circulación de hombres, sobre todo en las horas del paso de los trenes; los que vieren el tren y no se retirasen, serán sujetos á procedimiento ó



Don Florencio Lucas Marín.

averiguación brevísima para probar su culpabilidad ó inculpabilidad.
 Santa Clara 10 de Noviembre de 1895.—*Arsenio Martínez de Campos.*»

Víctimas de la fiebre y del vómito.

Recientemente han fallecido de esa horrible enfermedad, en Puerto Príncipe, los señores Barcina, capitán del batallón de Gerona; don Alfonso Villagómez, teniente del mismo batallón; don José Eguiluz, teniente del escuadrón de Tetuán, y Hoz, teniente del batallón de Cádiz.

En Sancti Spiritus han fallecido de la fiebre amarilla el señor Guerra, teniente de la guardia civil, y el señor García Cifuentes, teniente.

El señor Guerra fué á Cuba con toda su familia, compuesta de su esposa, de su suegra y de una hija de corta edad.

En un período de veinte días han muerto del vómito el teniente Guerra, su mujer y la madre de ésta, quedando la niña en el mayor desamparo.

Amigos de la desventurada familia han recogido á la niña, que viene á la Península en el vapor Alfonso XII.

Noticias de Caracas recibidas en esta corte, dan cuenta de que el cabecilla Quesada se encontraba tomando en Las Trincheras los baños termales que le han prescrito los médicos para los dolores reumáticos que padece.

Quesada se mostraba reservado y hasta receloso, creyéndose que le faltaba dinero y que el recuerdo de la venta de armas que efectuó en 1872 hace que los filibusteros miren con poco entusiasmo sus trabajos.

Aunque antes de salir de Nueva York ofreció organizar en Venezuela una expedición; todo hace creer que le será imposible cumplir su palabra.

El comandante Michelena, jefe de la Guardia civil, ha sido muerto en la Macagua.

De las averiguaciones hechas por el celador de Colón, en la Macagua, resulta que el señor Michelena les seguía la pista á cuatro individuos que se habían alzado, los cuales estaban emboscados á la orilla de un cañaveral como á dos kilómetros de dicho pueblo, y al pasar el señor Michelena le hicieron fuego dándole muerte.

Los cuatro individuos estaban armados de carabina, machete y revólver.

El alcalde de barrio de Camanayagua (Cienfuegos) participa que doña Paula Arteaga, vecina de aquel barrio, se ha ido al campo insurrecto.

Es extraordinaria la emigración que desde Camajuaní se está realizando para Canarias.

El María Herrera, que ha zarpado de Cayo Francés, lleva á su bordo para esas islas cerca de 1.000 individuos que se dedicaban en Camajuaní al cultivo del tabaco.

De otros puntos de la jurisdicción también emigran familias para Vuelta Abajo y de los pequeños caseríos y despoblados arriban los que no pueden salir del distrito á esta ciudad y pueblos mayores.

La escasez de braceros por efecto de esa emigración que se advierte, será extraordinaria en la época de la cosecha de la zafra.

Se dice que Seraffín Sánchez, con 800 hombres, se encuentra entre los paraderos de Remedios y Taguayabón, fraccionados en pequeños grupos, para imposibilitar la marcha de los trenes.

Se añade que están dispuestos á sacrificarse para impedirlo, si la empresa persiste en ser tenaz en su propósito.

Se desmienten las noticias que circularon acerca de la muerte de Roloff, jefe superior de los insurrectos en Las Villas.

Aseguran que ha sido nombrado jefe nato de las fuerzas insurrectas de Morón el cabecilla don Nicolás Hernández, quedando bajo sus órdenes todos los demás.

Se habla de un desembarco en la Guanaja, norte de Puerto Príncipe. Dicen los que se suponen enterados de tal suceso, que un pailebot de tres palos desembarcó una partida de 20 hombres y algun pertrecho de guerra por aquel lugar, y que á proteger el desembarco fué la fuerza de Alejandro Rodríguez Velasco.

Otro rumor que circula con bastante insistencia es el que se refiere á que Nicasio Mirabal está herido de Maüsser. Los que tal dicen aseguran que cuando el siniestro reciente en San Serapio, se recogió una capa de goma perteneciente á Mirabal y que se encontraba perforada por un proyectil.

Comunica el comandante militar de Remedios que algunas operaciones llevadas á cabo por tres columnas en combinación, han dado por resultado que una de ellas encontró al enemigo, que estaba emboscado en el monte Rivero, el cual hizo tres descargas á nuestras tropas, de las cuales cayó muerto el guardia civil Elías Pérez.

Contestado el fuego por descargas, huyó el enemigo, y hecho el reconocimiento, se les recogió un muerto, que no pudieron llevarse, debiendo ser muchas las bajas que se le hicieron.

Se les hizo un prisionero blanco, el cual sirvió de práctico para ir al campamento, que se ocupó con muchos efectos.

Tres guerrillas de Tejeda, que salieron de San Luis para proteger la reparación de la línea telegráfica de Palma Soriano, sorprendieron y batieron una partida insurrecta de 300 hombres mandada por el cabecilla Demetrio Castillo. Guerrilla de 25 caballos de Antequera y 25 del escuadrón del Rey, que estaban á media legua practicando un reconocimiento en el puente de las Chivas, quemado días pasados por el enemigo, oyeron fuego, acudiendo seguidamente y cargando á la partida en retirada, dispersándola completamente, dejando en nuestro poder tres muer-

tos, una acémila cargada de efectos, dos armamentos Remington y dos escopetas, machetes, municiones y víveres. Por nuestra parte, sin novedad.

Enviados posteriormente al sitio del combate 50 caballos del escuadrón del Rey á ocultarse en el monte próximo, por si los insurrectos volvían á buscar los muertos y armas abandonados, sorprendieron á varios, haciéndoles un prisionero con fusil Remington y municiones, recogiendo dos fusiles más y una tercerola. El prisionero declaró que la partida llevaba bastantes heridos.



Voladura del puente de hierro sobre el río Camajuani.

Los voluntarios de la Argentina.

A bordo del vapor San Francisco, llegaron á Santiago de Cuba, procedente de Buenos Aires, 860 hombres de los quintos indultados residentes en la Argentina, que van voluntariamente á hacer la campaña de esta isla.

Son en su mayor parte jóvenes robustos, llenos de patriótico ardimiento y dispuestos á salir á campaña cuanto antes á derramar su sangre en aras de la patria primitiva, que en no remoto tiempo abandonaron por libertarse de un servicio obligatorio que hoy, viéndola en peligro, vienen gustosos á prestar.

Saltaron á tierra y después de obsequiados en el Tinglado Nuevo por una comisión del Círculo Español con refrescos y bebidas de todas clases, emprendieron la marcha precedidos de la charanga del batallón hacia el convento de San Francisco y cuartel Reina Mercedes,

donde han sido alojados provisionalmente para ser repartidos en las compañías de los diferentes cuerpos que operan en esta jurisdicción.

Desde su llegada recorrieron las calles de la población en grupos de 40 y 50 individuos, entonando canciones populares y dando vivas á España y Cuba española en medio del mayor contento.

A campaña.

Por la noche embarcaron para Guantánamo en el vapor Benito Es-tenger unos 200 argentinos que, según se dice de público, solicitaron



Batalla del Ojo de Agua.

ir á prestar sus servicios á las órdenes del teniente coronel señor Garri-do, jefe de las guerrillas que operan en aquella zona. Mas para demos-trar una vez más el patriótico entusiasmo que les anima, dichos expe-dicionarios, antes de embarcar, recorrieron algunas calles principales precedidos de las escuadras de gastadores del batallón de voluntarios y del de bomberos que con hachones encendidos les acompañaron hasta el muelle, marchando á la cabeza de la comitiva una banda militar, cuyos atronadores sonos apagaban á cada momento los gritos de viva España, viva Cuba española, vivan los voluntarios de la Argentina, muera Ma-ceo, mueran los traidores, patrióticas exclamaciones que nos auguran la pronta terminación de la guerra en esta provincia, á juzgar por el en-tusiasmo con que tan valioso contingente emprenderá la próxima cam-paña.

Lo del barco apresado.

El *Dos de Mayo*, pequeño balandro, cuyas dimensiones no llegan tal vez á las de cualquier lancha común de carga, fué armado de guerra por

el Gobierno para prestar el servicio de pontón en algunos lugares de la costa, así como conducir pertrechos ó raciones á los distintos destacamentos que existen en el litoral, á pesar de no reunir condiciones para el caso. Al efecto se le colocó á popa una ametralladora y con su correspondiente parque y provisiones de boca se hallaba á principios de semana en el Aserradero al mando del teniente de navío de segunda clase señor don Francisco Gallegos Arnosa, de la dotación del crucero *Reina Mercedes*, marino de excelente reputación y que goza de legítimas simpatías.

Componían la dotación del balandro 12 ó 15 hombres de tropa y parece ser que en un extremo próximo al Aserradero hubo de mandar aquel oficial cinco hombres á tierra acompañados de un práctico (moreno conocedor de la localidad), en busca de agua, y he aquí que dichos individuos fueron sorprendidos y hechos prisioneros por una numerosa partida insurrecta, que se hace ascender á 600 hombres, cuyo jefe ó cabecilla intimó la rendición á los de abordó, que aun cuando intentaron cortar las amarras y separarse de la playa, no pudieron llevarlo á cabo por las continuas descargas que hacían aquéllos desde tierra, haciendo cierto blanco por las malísimas condiciones del barquito que, amarrado de proa, imposibilitaba el uso de la ametralladora.

Después de algunos momentos de duda el referido oficial tuvo que salvar la vida de los que componían las fuerzas á sus órdenes con la entrega de los armamentos, 5.000 tiros y la ametralladora, así como las provisiones de boca que tenían, cuyos efectos pasó á recoger á bordo dicho cabecilla, dejándoles solo los víveres necesarios para dos días. El día 10, por la mañana, entró en puerto el crucero de guerra *Reina Mercedes*, que al pasar por aquel lugar y encontrarse aquella fuerza desarmada, enterado su comandante de lo ocurrido, trajo á remolque la pequeña embarcación. Este hecho fué tan público en toda la ciudad, que continuamente había grupos en el muelle observando con mirada escudriñadora á el *Dos de Mayo* y haciendo los más vivos comentarios, asegurándose públicamente que dicho oficial de marina y demás tripulantes se encontraban detenidos en el expresado crucero *Reina Mercedes*, por haberse mandado instruir la oportuna sumaria en averiguación de los hechos ocurridos.

Dícese que el cabecilla de la partida insurrecta que ha llevado á cabo este atentado fué Evaristo Lugo, que merodea por aquellas inmediaciones y á quien ha dado por muerto dos veces la prensa de esta localidad, asegurándose por otros que ha sido Rabí, aun cuando esta última versión carece de fundamento.

En la madrugada del 20 de Noviembre salió de Tunas de Zaza, la lancha Ramona, de don José Casadevall, del comercio, para el estero lla-

mado Las Guásimas, al objeto de cargar guano y yarey que el indicado señor Casadevall tenía comprado.

El 21 salía ya cargada la lancha, y estando á la mitad del estero apareció una partida de insurrectos que á la voz de ¡alto! y apuntando los fusiles á la tripulación obligaron á ésta á detenerse y atracar la lancha.

Así que los rebeldes pusieron los piés en cubierta, su primera disposición fué echar todo el cargamento al agua y retroceder hasta el punto donde habían embarcado el guano y yarey.

Llegados á este punto, nueva fuerza de insurrectos esperaban la codiciada presa. Provisiones, batería de cocina, encerados, ropa de los tripulantes, todo desapareció en un santiamén. El velamen se lo partieron como si fuera la túnica de Cristo.—¡Qué buena lona para el aguante de la lluvia!—se decían. Hasta que fué reducida á la nada se hicieron reparticiones.

Quedaba la embarcación, la cual querían quemar sin consideración ninguna, y gracias á las súplicas de los marineros no lo hicieron y quedó allí tirada; pero no permitieron se la llevasen los tripulantes, prefiriendo darles una chalana para que regresaran á Tunas, haciéndoles presente que dijeran al dueño de la embarcación que fuera á buscarla si la quiere, pero que venga provisto de velas de buena luz, que hacían mucha falta.

Carta de un soldado.

La dirige á su familia un soldado de Lavadores (partido judicial de Vigo), desde Ciego de Avila, dando algunos detalles de la situación en que se encuentra y no dejan de ser curiosos.

«No hemos tenido todavía, dice, más que un cuarto de hora de fuego con los enemigos, sin que en ese tiempo hayan logrado causarnos ninguna baja. Verdad es que apenas nos divisan y se enteran de que nuestro armamento es el Matüser, se internan en la manigüa, pues tienen más miedo que vergüenza, porque saben que con estos fusiles ni les sirven los árboles de nada, porque atraviesan las balas la madera y hacen blanco con ellos, si se parapetan tras de los troncos.

A los que más atacan es á los que llevan fusiles Remingtón. A éstos les llaman ellos «los del humo.»

Por lo que yo veo, la guerra no es tanta como se dice por ahí, esta es la opinión de otros compañeros míos, que ya han estado en más combates.

De enfermedad mueren algunos. A mi el clima me parece tan bueno como ese. En lo que si encuentro gran diferencia es en los alimentos.

Agua no contamos con otra que la de la lluvia.

Gracias á que las frutas substituyen mucho su falta. De todos modos, algunas miserias se pasan; pero no hay más remedio que tener conformidad y llevarlo todo con paciencia.»

* * *

Encontrándose el teniente Cullen, del batallón Valladolid, de avanzada en las lomas de Daiquirí, divisó grupo enemigo, saliendo en su persecución con 40 hombres, siguiéndole hasta dos leguas de Daiquirí, rodeándole entonces partidas de 300 á 400 hombres. El teniente Alegre, al ver que no regresaba Cullen, fué en auxilio con 20 hombres y municiones de reserva, huyendo á su aproximación el enemigo, creyendo sin duda eran fuerzas numerosas, dejando en el campo dos muertos y cinco caballos. Por nuestra parte cuatro heridos. El general Navarro recomienda al teniente Cullen, á quien se le ha formado juicio de votación.

Ha quedado restablecida la comunicación telegráfica de Daiquirí.

* * *

Sábese de los laborantes que en torno de la Junta revolucionaria se agitan como mariposas negras los criollos desocupados que van al campo; pero conquistan al precio de sus exageraciones los dollars de la Junta. Esta ha cerrado ya la bolsa, cada día menos repleta, pues las cuotas extraordinarias ceden, y expediciones fracasadas ó felices gastaron los fondos recogidos en el período de preparación.

Aunque no tanto como el dinero, se van gastando también las ilusiones, y no son pocos ya los que, como Estrada Palma, admiten la posibilidad de la derrota, y se consuelan pensando en una nueva revolución; tampoco falta que dé vueltas á fórmulas de paz basadas en la autonomía impuesta por las armas. Los exaltados hablan de destruir la isla antes que dejarla poseer á España, y suponen conjurada contra nosotros la Providencia, que nos priva de barcos en castigo de nuestra soberbia.

La gente alegre se entretiene organizando tómbolas, bailes patrióticos, *soirées* musicales ó lecturas poéticas.

Se quejan de la difícil comunicación con sus amigos; en cuanto reciben una carta oficial se reúne el *cónclave* y sale pregonando la noticia de fantásticas victorias. No falta, sin embargo, cubano patrioteró á quien oír frases de desaliento y disgusto como ésta: «Yo no me meto en el campo para que me mande un negro, y además, amigo, la cosa no está muy segura.»

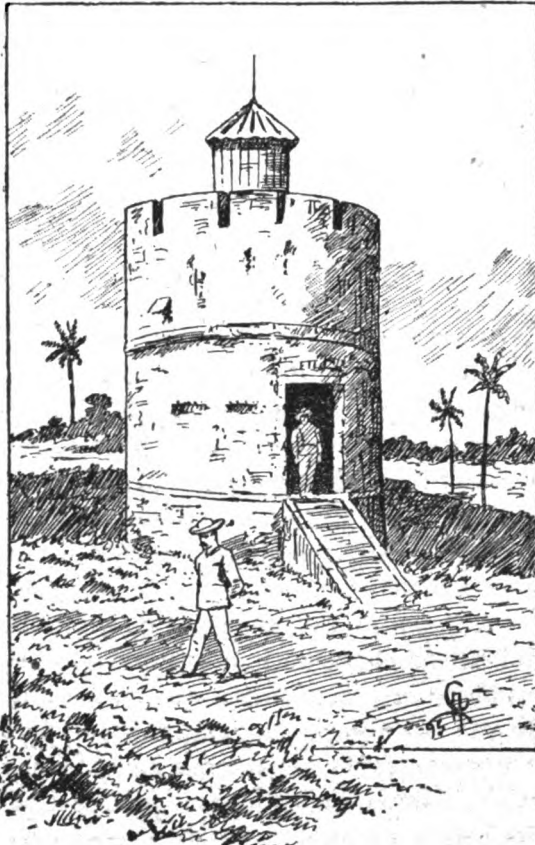
Se han enviado al campo instrucciones para que las partidas se retiren al monte cuando el ejército empiece á operar. La principal ventaja nuestra consiste en la prolongación indefinida de la guerra. Hay que estar diseminados y ocultos en el período de la seca, y cuando vuelvan

las lluvias reaparecer con brío. En la otra guerra, con menos de 8.000 hombres, resistimos diez años, y ahora, con más de 20.000, ¿permitiremos que se concluya en meses?

El día 15, por la mañana, salió de Manzanillo, un importantísimo convoy con destino á Veguita; convoy que debía salir tres días antes, pero á causa del fuerte temporal de agua que sufrían fué necesario suspender, cuando precisamente todo estaba listo. Hubiera sido una imprudencia haber emprendido la marcha, pues el río Yara había inundado no solo el camino y la sabana, sino también el poblado del Caño.

Todos sabían que el principal objeto del convoy era conducir 750 fusiles Maüsser y 300.000 cápsulas para los mismos. La noticia cundió muy pronto por todas partes, y con el excelente espionaje que tiene el enemigo, seguro es que conocía al detalle la importancia del convoy. Se supo que por las inmediaciones de Yara y por el camino de Veguita se estaban reuniendo numerosas partidas insurrectas, y todo hacía presumir que la columna habría de tener un encuentro reñidísimo, pues hallándose el enemigo escaso de armamento y más aún de municiones, lo natural era creer que su objeto al reunirse en tan considerable número, era seguramente para atacar el convoy.

La columna que salió custodiando éste se componía de unos 450 hombres del batallón de Vergara, una sección del de la Unión y las dos guerrillas de ambos. Mandaba esta fuerza el teniente coronel Tejerizo, jefe del de Vergara. Al llegar la fuerza al poblado del Caño, las confidencias que tuvo el señor Tejerizo fueron que el enemigo, en considerable número, se estaba reuniendo y que todo indicaba que su objeto era oponerse al paso del convoy. Así se lo comunicó al general Muñoz, en



Fuerte "La Matilde".

espera de órdenes. El general, acompañado de su cuartel general, salió inmediatamente para el Caño, y después de conferenciar con el jefe de la columna, ordenó que continuara la marcha, lo que se puso en práctica inmediatamente. El camino estaba horroroso; las carretas iban sumamente despacio, para evitar tropiezos; así llegaron á Cañada Honda, ó sea á unas cuatro leguas de aquí, donde se hizo alto y se prepararon á pasar la noche. Al siguiente día, emprendieron la marcha, habiendo llegado sin novedad á Soffá, y llegando á Veguita, sin haber oído en todo el trayecto ni un solo tiro.

La expectación, por parte de todos, grandísima, y se explicaba perfectamente; el enemigo está escasísimo de armamento y municiones, pues mejor oportunidad que aquella difícilmente se le ha de presentar.

Que hay que pelear; seguramente ese y no otro es el objeto de ir á la guerra. Ellos tienen facilidad de reunirse en considerable número: cómo les hubiera sido haberse agrupado, como lo han hecho otras veces, cinco ó seis mil, y librar combate; que éste sería rudo y pudiera haberles costado mucha sangre, es lógico; pero hubieran demostrado, por lo menos, deseos de luchar y afán de ponerse en buenas condiciones para lo sucesivo; mas al desperdiciar tan felicísima oportunidad, han venido á demostrar una vez más que no están dispuestos á la lucha y si solo á una resistencia pasiva; que entre ellos no hay buena organización ni disciplina, pues no hay un jefe bastante prestigioso que sepa obligarlos á combatir, y que por el camino que van cada día se desmoralizarán más y más.

Aun cuando el esperado combate no se haya efectuado, no por eso deja de tener grandísima importancia lo ocurrido con este convoy. Son muchas las reflexiones á que se presta, y entre ellas la muy importante de que al empezar la campaña que pronto se iniciará, las tropas no encontrarán seria resistencia en ninguna parte, y se verán los jefes precisados á tener que ir á perseguirlos á la sierra, pues ya donde se han fijado destacamentos no se ve al enemigo, y una vez emprendidas las operaciones con la actividad y energía que se espera, las presentaciones han de ser en considerable número, tanto que muy pronto mermarán sus huestes, reduciéndolas á un insignificante número de los más tenaces, que será facilísimo combatir y reducir á la obediencia.

No cabe duda, se comprende que entre ellos se ha perdido la fé, que hay un gran desaliento y que si aún están en el campo, es debido á que no se les hostiliza como se debiera, que por ahora aun no escasea de lo más necesario y que para la inmensa mayoría, encaja perfectamente esa vida de aventuras y de *dolce far niente* que llevan; pero cuando vean que se les acosa, que son perseguidos y no hay ya comodidades y buen pasar, entonces ya se verá como todo varía.

Los detalles del combate



EN la mañana del 21, un paisano que llegó al poblado de Ojo del Agua, dió noticia al capitán Valenzuela, que mandaba aquel destacamento, de que una partida de rebeldes, muy numerosa y bien armada, se dirigía al ingenio de Cantabria para destruirle y saquearle.

Al mismo tiempo el alcalde de Ojo del Agua recibía confidencias semejantes, que participó al capitán Valenzuela.

Este dispuso ir á buscar al enemigo para impedirle que llegara al ingenio, y ordenó al propio tiempo la distribución de su escasa fuerza de tal modo, que no quedara desguarnecido el poblado.

Valenzuela dejó en éste 16 hombres; estableció una avanzada con 12 soldados, al mando del sargento Juan Cancio, en las afueras del poblado, y salió de Ojo del Agua con 66 soldados, un cabo y un guardia civil, formando parte de esta fuerza el teniente Gómez.

A las dos y media de la tarde, cuando la columna acababa de emprender el camino del ingenio Cantabria, fué sorprendida por un inesperado y vivísimo fuego.

Una partida de 400 á 500 insurrectos acometió con gran empuje á las fuerzas de Valenzuela.

Al tratar éste de buscar posiciones defensivas, salióle al paso otra partida compuesta de 1.300 hombres, de infantería y caballería.

La columna de Valenzuela se halló entre dos fuegos y en situación comprometidísima, dada la superioridad numérica del enemigo.

Valenzuela destacó una vanguardia de 15 hombres, que rompió el fuego, generalizándose inmediatamente con el grueso de las fuerzas rebeldes.

Estas acometían por todas partes, rodeando de un círculo de fuego á los soldados de Canarias.

Fué preciso formar el cuadro y resistir varias cargas de caballería, en que el enemigo acometió con verdadero coraje.

Ni estas cargas, ni el nutrido fuego de la infantería rebelde consiguieron romper el cuadro.



Capitán don Antonio Valenzuela.

Los primeros disparos del enemigo fueron, desgraciadamente, certeros. Cayeron muertos tres soldados y cuatro heridos.

Los rebeldes acudieron á apoderarse de los últimos para rematarles, pero no consiguieron su propósito, porque el capitán Valenzuela logró recoger á los heridos bajo un fuego mortífero.

En este momento de la lucha, fué herido de un balazo en el hombro izquierdo el heroico capitán.

Pero la herida no fué para él obstáculo ninguno, y siguió peleando y animando á sus tropas, hasta que otra bala le alcanzó, hiriéndole en la pierna izquierda.

Aun quería seguir peleando, y con entusiastas voces alentaba á los soldados diciéndoles:

—¡Hay que morir con gloria!

Desangrábase rápidamente Valenzuela, por lo que el teniente González le obligó casi á viva fuerza á que se retirase, encargándose él del mando de las tropas.

Dos horas mas duró el fuego del enemigo, que parecía decidido á copar la pequeña columna.

El teniente don Miguel Gómez tuvo que ordenar que se hiciese fuego con lentitud, porque empezaban á escasear las municiones de los soldados.

Era imposible prolongar más la resistencia, y así principió la retirada, que se realizó en condiciones excepcionales de riesgo.

Contestando al fuego de los rebeldes, conteniendo á éstos en sus impetuosas acometidas y llevando á los heridos en angarillas improvisadas, siguieron las tropas de Canarias el camino de Ojo del Agua.

Fué imposible recoger á los muertos, sobre los que ejercieron los in-



Incendio de la fábrica de azúcar en Manzanillo.

surrectos, actos de salvaje ensañamiento, macheteándolos con furia y destrozándolos á palos.

La situación de nuestra columna era difícilísima.

Apenas quedaban ya cartuchos disponibles y el enemigo continuaba atacando, adelantándose al camino que debían recorrer los soldados en su retirada para foguearlos sobre seguro y cayendo sobre ellos en violentas acometidas.

Sin embargo, la tropa siguió retrocediendo hacia Ojo del Agua, en donde logró entrar sin perder un solo herido.

El estado de las tropas al llegar á aquel poblado era verdaderamente lastimoso. Cuantos elogios se hagan de su heroísmo y de su resistencia serán pocos.

Mientras estos sucesos ocurrían, otro grupo de rebeldes atacaba á Ojo del Agua, y hasta cinco veces trató de entrar en el caserío, que fué defendido con tanto valor como fortuna por el pequeño destacamento, que ocasionó tres muertos al enemigo.

Este tuvo en el combate referido 13 muertos y muchos heridos, y de los primeros quedaron cuatro abandonados en el campo.

La columna tuvo nueve muertos, entre ellos el cabo de la guardia civil Feliciano Robles, y trece heridos, cinco de ellos muy graves.

* * *

En la retirada que hizo la columna del capitán Valenzuela, desaparecieron quince soldados del regimiento de Canarias, los cuales cayeron en poder de los insurrectos.

Estos, que desde que comenzó la actual insurrección han combatido á nuestras tropas utilizando los medios más perversos é infames, propios de fieras y no de hombres, han realizado un acto digno de encomio, devolviendo á nuestro ejército aquellos quince valientes á quienes hicieron prisioneros.

El cabecilla Rego, con objeto de devolver á los prisioneros, celebró una conferencia en Cumanayaga, partido de Cienfuegos, con una comisión de nuestro ejército, compuesta del coronel Valle, el comandante Sánchez, de los capitanes Navarro y del Río y del médico señor Nieto.

El cabecilla se presentó á los jefes y oficiales del ejército llevando consigo á los prisioneros, que iban escoltados por un numeroso grupo de rebeldes.

Al entregar Rego los soldados prisioneros, pronunció estas palabras:

—Devuelvo al ejército ese puñado de héroes, que son honra de España, por su valor, por su patriotismo y por su entusiasmo por la causa que defienden.

Lo digo con orgullo: me siento satisfecho al devolver esos héroes españoles—á quienes admiro—á las filas de donde los arranqué, porque tengo en las venas sangre española.

Soy hijo de una gallega, y el entusiasmo por la causa que defenderé mientras me dure la vida, no ha de cerrarme los ojos para ver y aplaudir hechos heroicos de los que son hoy mis enemigos, compatriotas al fin, de quien heredé el valor para luchar en los campos.

El cabecilla Rego, terminadas sus palabras, que dijo con tono de sin-

ceridad, fué abrazando uno por uno, á todos los individuos que constituían la comisión militar.

Y al marcharse, un momento después, porque la entrevista fué corta, se volvió hacia los soldados y les dijo sonriendo:

—¡Adiós valientes!

Según ellos han declarado, el enemigo trató con grandes consideraciones á los prisioneros, mientras estuvieron en su poder.

* * *

En una correspondencia de Washington de pocos días ha, leemos lo siguiente:

«Tomás Estrada Palma es una persona en extremo vulgar, un profesor de colegio que ha tomado en serio el papel de presidente de república. Tiene un discursito de *cliché*, que repite siempre y que me atrevería á creer que ni siquiera es suyo. Habla mirando al espacio, se da regulares golpes de pecho al pronunciar la palabra *nosotros* y extiende los brazos con ademán profético al decir algo sobre la *libertad*.

Gonzalo de Quesada le sigue en importancia con respecto á su cargo oficial, pero á mi juicio es persona muy superior en cuanto á ilustración, y se muestra hombre de acción en grado más alto que Palma. Es decididor, habla con facilidad y sin afectación. Dijo que los orígenes de la insurrección son los que siempre ponen por delante, estar cansados de los continuos desmanes de los españoles, y añadió que Cuba era un pueblo mayor de edad, y que, por lo tanto, tenía derecho á conquistar su libertad; dió como seguro que se les concederá la beligerancia con la que piensan conseguir el triunfo. Habló de una Constitución excelente, de un progreso indudable, y á no atajarle, terminaría por hacer á Cuba libre la Metrópoli del mundo.»

* * *

También de Rabí hemos conocido los siguientes detalles:

Rabí es español, nacido en un pueblecito de la provincia de Logroño, muy próximo á esta villa.

Es tuerto y disimula su defecto con un ojo de cristal.

Actualmente tiene dos hermanos, uno de ellos dignísimo oficial de un instituto del ejército, y otro muy estimable hacendado.

Salió de su casa, como otros tantos jóvenes, en busca de mejor suerte, hacia aquellas mal gobernadas repúblicas americanas.

Levantisco de suyo y de aventurero espíritu, vino á parar, tras de mil azares, en la de Venezuela, agitada entonces, por uno de los muchos motines que han llegado á formar el estado constituido de aquellas ingratas hijas de esta noble madre España.

Cúpole por fortuna ó por desgracia pertenecer al bando triunfante que derrocó al presidente ó dictador. Fué nombrado coronel, y con tal título vino á España y verificó buena compra de armas en las fábricas de Eibar. Al siguiente año, es decir, hace dos, regresó á ésta su patria nativa; era ya general venezolano, según él dijo, y portador de una *comisión especial de su gobierno*.

Desde entonces se le pierde la pista, hasta que en la actual insurrección de Cuba aparece ostentando el pomposo título de *general*.

El autor de esta biografía dice que Rabí es mote, y que no se atreve á consignar el verdadero apellido de aquel aventurero, en honra á sus dignos deudos, que aborrecen de tal miembro de familia.

* * *

Otra vez el pueblo de Buenos Aires pudo darse cuenta del patriotismo de los españoles, con motivo del embarco de los que componen la segunda expedición de voluntarios á Cuba.

Nadie les forzaba á ir; no se ha hecho la recluta; los mismos á quienes este año correspondía entrar en quintas, hallándose á tantas leguas de distancia de la patria han podido eludir el cumplimiento de la ley; los prófugos que á su debido tiempo no ingresaron en las filas y los desertores, no tenían por qué pensar en volver al servicio de las armas; y, sin embargo, todos se han disputado el honor de alistarse para marchar á Cuba en defensa de la integridad de la patria y del honor de la siempre gloriosa bandera roja y gualda.

El espectáculo fué, realmente, conmovedor y se presta á muy elevadas consideraciones.

No se ve todos los días que jóvenes robustos, llenos de vida, gozando de relativas comodidades en países amigos y en hogares santificados por el amor y el respeto, abandonen sus habituales ocupaciones, rompan vínculos de amistad y estrechas relaciones de familia, para sujetarse á las severas ordenanzas militares; y marchar á un país de clima mortífero que causa más víctimas que el plomo enemigo, á combatir con los infames detractores del buen nombre español y ciegos instrumentos de gente que explota con espíritu mercantil la credulidad de los unos, la ignorancia de los otros y la mala fe de los más, que son los que medran en esa desdichada campaña de Cuba.

Porque es preciso decirlo; los compatriotas nuestros que han ido á Cuba, no son vagos de esos que aquí se llaman *atorrantes*, sino jóvenes trabajadores, honrados, que vivían bien, muchos de ellos en posición desahogada, rodeados casi todos de afectos y estimados por sus condiciones morales; vigorosos, fuertes, hombres de acción y, sobre todo, elementos útiles y provechosos que hacían honor á nuestra patria, porque daban muestras del vigor de la raza española.

No se trata, pues, de aventureros, sino de hombres de corazón, de verdaderos patriotas.

Otros en su caso habrían desmayado y en vista de cuanto se ha hecho para que no llevaran adelante sus propósitos, hubieran desistido del primer impulso; pero nuestros compatriotas han vencido todos los obstáculos y han perseverado en su noble idea con una actitud que mucho les honra.

La hora de la cita era la de las dos de la tarde; pero desde medio día los alrededores de la dársena sud, presentaban igual aspecto que el día que marchó la primera expedición.



Don Emilio Millan Ferriz.

La concurrencia fué menos numerosa que la otra vez, pero así y todo era extraordinaria, como pocas veces se habrá visto, formando grupos compactos en el espacio comprendido entre los galpones, al frente de los mismos, en los buques atracados á los muelles, sobre los pescantes de las cabrias hidráulicas y hasta encima de los vagones de carga del ferrocarril.

En la escollera había apiñada multitud de personas que por ambos lados de la dársena se extendían desde el galpón número 3 hasta la Boca del Riachuelo.

Imposible fijar el número de concurrentes, ni siquiera aproximadamente; pero á buen seguro que pasaban de diez mil, notándose gran afluencia de seño-

ras que veían partir con lágrimas en los ojos y dolor en el corazón á los seres queridos.

El embarco se hizo ordenadamente, habiéndose adoptado con anticipación las medidas necesarias para evitar molestias á los voluntarios y al público.

El vapor argentino San Martín, de 900 toneladas, de La Platense, que debía conducir á los expedicionarios, se hallaba atracado frente al galpón núm. 2 y la entrada de los voluntarios se hacía por el espacio que media entre el mencionado depósito y el señalado con el núm. 1.

Reinó mucho orden y no se produjo ningún incidente.

Concurrieron á bordo á despedir á los voluntarios el personal de la legación y del consulado de España, los miembros de la Comisión patriótica señores Hortal, Torroba, Somay, Goñi, Laclaustra, Llonch, Calzada, Urrutia, Villar, el director, los redactores, y el administrador de *El Correo Español* y otras distinguidas personas de la colectividad,

además de muchos representantes de sociedades que no pudieron abrirse camino á través de la gente que contestaba con vivas á los voluntarios, á los que éstos daban á España y á Cuba española.

El general don Luis M. Campos, exministro de la Guerra, vestido de uniforme y sus señores hermanos don Manuel, jefe de policía de la capital, y don Carlos, acompañados de otros dignos caballeros, honraron con su presencia á los voluntarios, de los cuales hicieron muchos elogios.

El exministro de la Guerra fué saludado por los voluntarios con vivas á la República Argentina y al general Campos, que éste agradeció sobremanera.

A bordo del San Martín fué saludado el señor jefe de policía por los miembros de la Comisión patriótica española.

Nuestros compatriotas deben agradecer la atención de que fueron objeto de parte de los nombrados personajes argentinos.

A las tres y media, se izó al tope del vapor San Martín, la bandera de guerra española, que fué saludada con estruendosos aplausos, aclamaciones y vivas.

Pocos momentos antes de zarpar el buque que condujo á Montevideo á los expedicionarios, muchos de éstos manifestaron que deseaban oír algunas palabras de *El Correo Español*, á lo cual no fué posible sustraerse, habiendo pronunciado el señor don Rosendo Ballesteros, las siguientes:

Señores:

Ya no es hora de hablar, sino de obrar.

Esta expedición y la conducta que habeis observado, prueban que sabeis cumplir como buenos; portaos en adelante como bravos, y cuando regreseis de Cuba victoriosos, luego de afianzar en la manigüa el poder de España, os recibiremos en nuestros brazos como lo merecen los leales defensores de la invicta bandera española.

Los que aquí quedamos, sabremos ir al lado vuestro, si fuere necesario, á defender la integridad de la patria, y en todo caso el pueblo de Buenos Aires será testigo de que no os habeis mostrado sordos á la voz del deber, y del patriotismo de los que por ir á defender el honor de España han abandonado las comodidades y los hogares de que aquí disfrutaban.

En nombre de *El Correo Español*, os digo ¡adiós! y os deseo buena suerte. Tened la seguridad de que no os olvidaremos, y de que dejaremos constancia en las columnas del diario de vuestra digna conducta, para que los que nos sucedan en la honrosa tarea de defender la causa española en el Rio de la Plata, sepan que habeis sentido patriotismo como lo decía Donoso Cortés, sintiendo, amando y aborreciendo, como siente, ama y aborrece la patria.

Decid ahora todos conmigo: ¡Viva España! ¡viva Cuba española!

Las voces, los vivos de los voluntarios ahogaron las últimas frases del señor Ballesteros y algunos de los expedicionarios conmovidos le abrazaron, de cuya manifestación fué partícipe también el administrador de este diario, don Ceferino Recio, que con tan cariñosa solicitud ha atendido durante más de dos meses á los voluntarios, de los cuales ha sido el paño de lágrimas.

* * *

Las operaciones

Están dispuestas de tal suerte las columnas en Las Villas—según escribe desde la Habana el director de *El Imparcial*—que un toque de corneta movilizará toda una línea de fuego que se extenderá de mar á mar. Hácese así punto menos que imposible el copo ó macheteo de un destacamento, porque á la media hora de sonar los primeros disparos estarán reunidas fuerzas considerables. Esta línea de columnas combinadas en el tablero de Las Villas y con el difícil ajedrez de la guerra, avanzará cuando cesen las lluvias, á fin de limpiar la riquísima provincia de insurrectos.

Los enemigos de España tienen también su plan: lo ha comunicado un *bijirita* elegante que blasona de español. Lo dijo con la fórmula adoptada por el laborantismo medroso.

«España ha realizado grande *esfuerzo*, pero la pobre no va á *podé*. Los cubanos, quiero *desí* los insurrectos, si *Matine* Campos les arpropieta en Las Villas, se retiran al monte ¿sabe? y *eperan* otra temporadita de verano y se *hasen* otra *ve* *señore* de la *ila*. Y así *varia vese*. Yo lamento que España tenga que *hasé* tantísimo *esfuerzo* y siento que no va á *podé*, ¿sabe?»

Este castellano corrompido es el propio del mambís. Hay muchos tímidos como el de que hablamos. Se contentan con odiarnos faltándoles el valor para lanzarse al campo. Por cierto que las señoritas mambises, para avergonzar á estos hojalateros y excitarles á irse á la manigüta han dado en la costumbre de enviarles un camisón de mujer con irónica dedicatoria; rasgo que pinta cuál es el estado de la opinión entre mucha parte de la población.»

La columna Landa se compone del primer batallón de Asturias (940 hombres) y 98 caballos del escuadrón España.

El batallón de Asturias lo manda un jefe de los más jóvenes de nuestro ejército, don José Moragas, entusiasta y de valor muy probado en la pasada guerra.

El jefe de la columna es el coronel de caballería don Pablo Landa, un gran guerrillero de los que presienten el enemigo donde nadie puede

imaginario. Lleva treinta y dos años en la isla, y ha asistido á todas las revueltas que la insurrección ha provocado. Este jefe no necesita prácticos.



Eyemo. José Navarro Fernández, contralmirante de la armada.

do nombre esta columna. Unicamente así se comprende el constante temor que revela Máximo Gómez á un encuentro con su antiguo amigo



Coronel Hernández Velasco.

manigüta, avistó al enemigo en su campamento á las primeras horas de la mañana. Los insurrectos huyeron rápidamente internándose en el

Cuando comenzó á operar en la zona de Contramaestre, de Puerto Príncipe, llevó diez y seis días de exploración, marchas y fatigas sin cuento, soportadas con entusiasmo desde el jefe hasta el último soldado. En tan breve plazo se ha crea-



General Gasco

Landa, el cual no deja de perseguirle.

El día 19, en espera de un convoy de la columna que de Puerto Príncipe debía llegar á Contramaestre (centro de operaciones), se recibió confidencia de que el enemigo había hostilizado la fuerza que lo conducía. Puestas en marcha cuatro compañías del batallón y 32 caballos del escuadrón de España, conducidas por Landa con rapidez inconcebible por el corazón de la

monte, abandonando el rancho que tenían preparado y varios caballos. De los informes adquiridos resultó ser las partidas dispersas por la fuerza del convoy en el ataque frustrado que al mismo hicieron, y reunidas otra vez en Songorrongo sin su jefe el titulado coronel Paco Recio, capitanes Varona, Biamonte y Agapito Gómez, muertas con 25 insurrectos más por las balas de nuestros valientes soldados al mando del bravo teniente coronel Moragas.

Continuada sin descanso la persecución, la vanguardia recibió una descarga del enemigo, siendo inmediatamente contestada por un fuego nutrido y certero, que dió por resultado tres muertos vistos, y que no pudieron retirar en su rápida fuga, ignorándose el número de heridos que como es sabido á todo trance recojen.

Por nuestra parte, hemos de llorar la muerte de dos oficiales y diecisiete individuos de tropa del batallón de Asturias, más un soldado del escuadrón de España.

*
* *

El corresponsal del *Heraldo* en Nueva York escribe lo siguiente:

«La expedición abortada en Inagua, poco importante por el valor y número de las armas, fué de efecto moral indisputable por la condición y prestigio de los detenidos.

Un detalle curioso: mientras en Wilmington, se tramitaba el juicio ordinario sobre la propiedad del cargamento aprehendido, Carrillo y sus compañeros absueltos por el fallo del Jurado, se embarcan convencidos de que el Commodore y su cargamento de guerra coincidiría con ellos en las costas de Cuba. El segundo embargo fué decretado cuatro horas después de zarpar el barco que conducía al aventurero separatista, y cuya pista, seguida por la policía, fué oportunamente hallada por las autoridades de Jamaica.

Ni uno solo de los detenidos lo fué por capricho injustificado; si Yero, Menocal y Betancourt consiguieron substraerse á la acción de nuestros agentes y arribar á Cuba, fué porque su partida se efectuó en instantes en que la prudencia no aconsejaba vigilarles de cerca. Carrillo, intentando inútilmente volver á Cuba, desde el día mismo que las autoridades de la Habana, ateniéndose á su condición de ciudadano americano, declararon su extrañamiento, es prueba completa de las dificultades que á las intentonas filibusteras crea la actividad de nuestro ministro.

Esta desventura de Carrillo y esta persecución constante de la policía española, constituye una obsesión para Estrada Palma, á cuya debilidad y apatía, atribuye la insurrección los fracasos de las expediciones últimas. Las acusaciones alcanzan al Dr. Betancourt, y tales disgustos,

que poco á poco se gradúan, confirman nuestra creencia de que las rencillas entre los separatistas serán nuestro más fuerte aliado, cuando los reveses comiencen para ellos y la desconfianza se avive en Cuba.

Una expedición fracasada, tras de consumir una parte de fondos con tanta fatiga reunidos, quebranta el crédito desfallecido de los laborantes y desalienta á los salvajes caudillos de la manigüa. La acción más fecunda de nuestro Gobierno la constituyen por tanto la actitud de la



Manzanillo: Edificio recientemente construido para Hospital militar.

diplomacia española en las ciudades americanas, y la vigilancia de nuestra Marina en las playas de Cuba.»

*
* *

Un diligente corresponsal ha celebrado en Cienfuegos una entrevista con un joven distinguido que estuvo en la manigüa y luego se presentó. Algunos detalles de ese interview merecen consignarse.

—¿Tendría V. la bondad de darme algunos datos de su estancia en el campamento de la Siguanea?

—Tendré verdadero gusto. Hace próximamente mes y medio que me ausenté del lado de mi familia, para unirme—animado de la mejor buena fe—á la partida insurrecta que manda el cabecilla Rego.

Salí de Cumanayagua con rumbo á la Siguanea, campamento general de los que por esta jurisdicción operan, y allí hice mi presentación al citado jefe, el cual me recibió afectuosamente.

A los pocos días de estar acampado observé con disgusto que allí no existía disciplina, llamándome poderosamente la atención ver, en la clase de soldados, á multitud de jóvenes procedentes de buenas familias y, por consiguiente, personas de trato culto y cierta ilustración, mientras los cargos de jefes y oficiales—salvo algunas excepciones—estaban

en poder de hombres rústicos, gran parte de ellos de la raza de color y que en su mayoría no saben leer ni escribir.

—¿Qué trato les daban?

—Figúrese V. qué miramientos y consideraciones pueden guardar esos hombres á sus subalternos.

—Hablando cierta noche con Rego, le hice tímidamente notar eso, que yo estimaba un contrasentido, y él me dijo:

—Amigo, yo también estoy disgustado de la marcha que lleva todo esto. Máximo Gómez me ha impuesto á ciertas gentes que no son de mi agrado, y como juzgo desde hace tiempo que esta situación se va haciendo insostenible, determiné escribirle, diciéndole que si no venía á imprimir una nueva organización á estas fuerzas, tuviera por presentada mi dimisión.

La muerte de Martí—continuó hablándome Rego—ha sido funesta para la causa revolucionaria, porque con su muerte va desapareciendo el espíritu de orden y disciplina que debe reinar en todos los ejércitos.





XII

Combate de Rincón Hondo



L ataque partió del enemigo, cuya fuerza era evidentemente superior en número.

Ocupaba éste un cerro, desde el que hizo nutridísimo fuego sobre las tropas, al darles vista. Era el día 20 de noviembre.

La columna operó un movimiento en distintas direcciones, y rompió inmediatamente el fuego, que duró cuatro horas.

Durante este tiempo, nuestras tropas se batieron con gran denuedo, sin el menor asomo de debilidad por parte de un solo hombre.

Las bajas que en la columna causaban las balas enemigas, excitaban á nuestros soldados, que parecían veteranos acostumbrados á la guerra.

A medida que los mambises iban dando muestras de su debilidad, ellos avanzaban, hostilizando constantemente al enemigo.

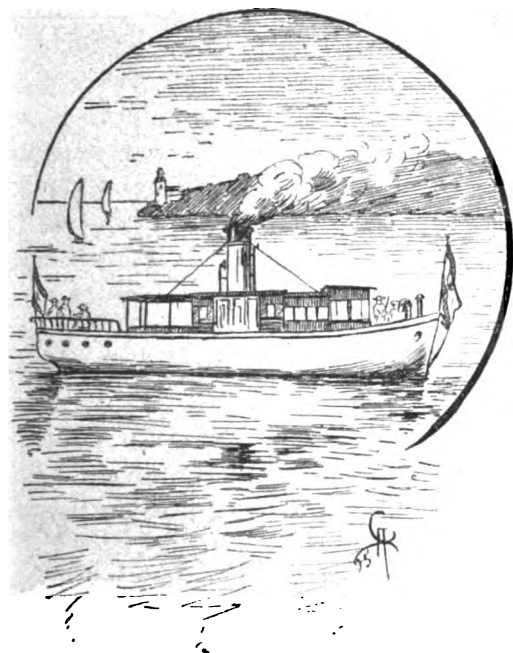
Al anochecer consideró el jefe de la columna llegado el momento decisivo.

Entonces se oyó el toque de ataque á la bayoneta, y nuestros valientes soldados se arrojaron furiosamente sobre las partidas.

El choque fué terrible.

El enemigo pretendió defenderse, pero el empuje de los leales fué

tan violento, que los mambises, desorganizados, concluyeron al fin por abandonar sus posiciones y disolverse, internándose en la manigua y dejando cadáveres, armas, municiones y caballos en poder de la columna.



Lancha cañonera regalada por el comercio de la Habana.

Reconocido el terreno, después de la huida de los rebeldes, fueron hallados 36 cadáveres de éstos.

Créese que los heridos han sido muchísimos, porque se vieron varias reatas de caballerías que llevaban a los lesionados, algunos de los cuales daban grandes gritos.

La columna experimentó también sensibles pérdidas.

El primer teniente de las guerrillas de María Cristina, don Arturo Lezcano Piedrahita, cayó muerto de varios balazos. Perecieron también siete soldados, y otros doce resultaron heridos.

La victoria alcanzada por la columna que manda el coronel

Molina es de gran importancia, no solo por el resultado material de ella, sino por el fracaso que supone para los planes de Máximo Gómez.

Conocidos eran; sabíase que el generalísimo, después de celebrar conferencias durante los días últimos con los principales jefes de las fuerzas rebeldes, había acordado realizar un esfuerzo supremo para que entrasen en la provincia de Matanzas tres ó cuatro mil hombres.

Una vez conseguido este objeto y forzada la línea de defensa de la provincia de Matanzas, las partidas que hubieran logrado penetrar en ésta se hubieran diseminado, para realizar ataques á la propiedad, incendios de fincas y otros desmanes. De esta manera se proponía Máximo Gómez distraer la atención de las tropas que van á dedicarse, principalmente, á arrojar de las Villas á los insurgentes.



Don Ricardo de Boria y Linares.

Por cartas particulares se conocen algunos detalles sobre la capitulación de dicho destacamento, después de hacer una heroica defensa y quedarse ya sin municiones.

El cabecilla Rabí, que lo atacó, había ocupado las casas del pueblo y desde ellas hacía un fuego horroroso al fuerte, situado en la plaza principal. Por último, los mambises con botellas de petróleo lograron incendiarlo, y la guarnición del sexto peninsular, mandada por un teniente, hubo de rendirse.

Después de apoderarse de las armas de la tropa, Rabí mandó un pliego al comandante militar de Figuani, para que éste enviase por dicha fuerza y tres carretas para recoger los víveres que ésta tenía en el fuerte.

Asegurábase entre los españoles que esta conducta de Rabí y otros cabecillas obedece á móviles que no son sólo humanitarios, pues con ella creen que así les ha de ser más fácil aprovecharse del armamento de las fuerzas que en pequeño número guarnecen algunos puestos; pero como el espíritu de las tropas es inmejorable, no les da, ni puede darles resultado esa maniobra.

Díganlo si no las defensas heroicas que han hecho después otros destacamentos atacados.

En una carta de Puerto Príncipe se leen los siguientes detalles de la manera de vivir de los insurrectos y como se arbitran recursos.

«Los insurgentes viven unas veces en constante peregrinación, otras habitando por espacio de algunos días un improvisado campamento, donde son muy raras las tiendas de campaña.

Duermen en hamacas, sobre tarimas y á menudo en el suelo.

Visten como pueden, si no tienen facilidad de renovar la ropa. Usan zapatos de baqueta ó van descalzos. Las comidas de la manigua dependen del azar; estando lejos de los poblados ó siendo muy activa la persecución, todo escasea. Pero cuando hay forma de visitar á menudo las tiendas de los caseríos, las estancias y los ingenios, sobre todo.

Después de un largo período de tranquilidad, no existe país de mayores recursos que la isla de Cuba. Las haciendas, fincas azucareras, estancias, sitios, vegas de tabaco, potreros y cafetales ascienden á 45,000, y son, en su mayor parte, almacenes abiertos á la insurrección, por carecer de defensa.

Los caballos pasan de 350,000; hay más de 800,000 reses de cerda y 5.260,000 reses vacunas.

Aparte de las contribuciones forzosas que imponen cabecillas, deben contarse con muchas voluntarias, merced á la amenaza de asaltar una finca ó de incendiar un cañaveral.

En las huertas de los poblados y de los ingenios se adquieren sin dificultad, aunque no intervenga el machete, los tesoros de la tierra; lo

mismo la piña, el níspero, quimbombó y el camistel, que la guanábana y el aguacate, los plátanos y los tamarindos; así como los dulces mameyes de Morón, como las exquisitas naranjas de los cafetales de Guantánamo.

Lejos ya de las poblaciones, y ateniéndose á los varios frutos que con más espontaneidad brinda allí la naturaleza, pueden gustar los insurrectos del ñame, la patata, el sagú, el boniato, la yuca, la malanga, el caimito y el zapote, y en último caso pueden sembrar y obtener cosecha rápida y abundante, porque la acción productiva del suelo cubano es 16 veces mayor que la de los países de Europa.

Apurados más los recursos, todavía tiene la insurrección la palma real, que le ofrece la vega como abrigo y el palmiche como alimento el árbol del pan, el árbol del agua y el coco, fábrica de artículos de primera necesidad, puesto que dan comida y bebida, azúcar, aceite, manteca, ropa y habitación.

Tienen también el gato salvaje, la jutia, el conejo, el pavo real, el cerdo cimarrón y la gallina de Guinea.

Para atender á su seguridad en las horas de descanso, las partidas establecen guardias avanzadas, centinelas y escuchas; los vigilantes se tienden pecho á tierra ó se suben á la copa de un árbol. Golpeando los troncos ó imitando el canto del sinsonte y de otras aves, dan los avisos oportunos.

Terrible enemigo de los insurrectos acampados es el buitre de los trópicos (*cuchaztisaura*), pues atraído por los despojos del campamento, se cierne sobre él á gran altura y sirve de guía inconsciente á los perseguidores.

No tienen médicos ni botiquines los guerrilleros, pero conocen y utilizan numerosas plantas medicinales.

Para curar las heridas, á falta de otro medio, ponen junto á ellas una tabla, sobre la que derraman con lentitud agua fresca y repiten el lavatorio muchas veces.

Según informes facilitados en los centros oficiales, los ingresos obtenidos en la gran Antilla durante el ejercicio económico de 1894 95 ascienden á 22.994,810 pesetas.

Los pagos ejecutados en aquel período ascienden á 25.601,236 pesos por el presupuesto ordinario, y á 4.870,816 por el de campaña; en total, 30.472.052 pesos.

La recaudación conseguida por cuenta del presupuesto de 1895-96 en el mes de Julio, asciende á 1.699,306 pesos, con alza de 536,588 sobre el mismo mes del año anterior.

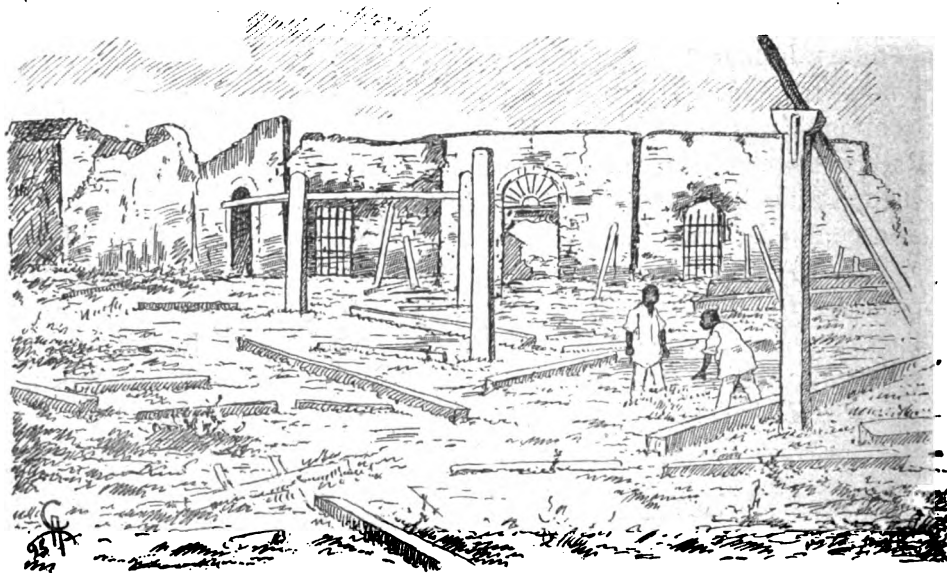
El sargento traidor.—El corneta patriota.

Mucho se habló de un acto de traición intentado por un sargento en la jurisdicción de Remedios.

He aquí la relación de lo sucedido:

El sargento de Isabel II Domingo Vicente Sánchez mandaba un pelotón de 15 soldados, que estaban encargados de impedir que los rebeldes se apoderasen de algunas fincas cercanas á Remedios.

Los insurrectos mandados por el cabecilla Pintado se acercaron al lugar donde estaba la tropa, y dijeron al sargento que se fuera con ellos y le darían dinero y el empleo de teniente.



Ruinas de la casa vivienda del Ingenio "Dos Amigos."

Domingo Vicente Sánchez tuvo la mala idea de escuchar tan indignas proposiciones. No se sabe si mediaron dádivas ó solo promesas. Solo se sabe que entre Sánchez y el cabecilla Pintado quedó decidido que el día 29 á primera hora se pasaría aquél con sus soldados al campo rebelde.

Hízolo Sánchez como estaba convenido. Antes de amanecer mandó á sus hombres armarse para salir á un reconocimiento. El montó en su caballo (le tienen casi todos los sargentos que mandan destacamentos), y al frente de los 15 soldados salió en dirección á una espesura donde le aguardaban los mambises.

El corneta Viguen iba delante, y notando que iban á llegar á sitio peligroso, lo advirtió al sargento, pero éste le ordenó seguir adelante.

Por algún antecedente que el corneta tendría y por la sospecha que le infundió aquella marcha, habló con dos soldados llamados Lamas y Barbero, y puestos de acuerdo, resolvieron esperar prevenidos.



... siendo el último que abandonó como era su deber la cubierta... (Pág. 127).

El sargento se detuvo y dijo á los soldados:

—Os he traído para que nos ganemos mucho dinero. Vamos á pasarnos á los cubanos, que nos pagarán bien.

Cuaderno 48—I. II.

Precio 10 cent.

El corneta Viguen se adelantó, y agarrando las bridas del caballo del sargento, le dijo:

—Ni nosotros nos pasamos, ni yo le dejo á usted que se pase. Esta felonía no se la consiento ni á mi padre.

Viguen, Lamas y Barbero agarraron al sargento y le obligaron á volver al puesto, entregándole á las autoridades superiores.

* * *

Dice un periódico de la Habana:

«Así como las madres peninsulares ven con dolor que sus hijos vayan á Cuba, así las madres insulares que sientan lo mismo al ir sus hijos á la península.

Las quintas en Cuba son una necesidad, una justicia.

El rasgo humanitario y patriótico de no establecer quintas por evitar una insurrección, ya no es un argumento. Con ó sin quintas, los que han de ir á la manigua, irán. Y si porque se establecen las quintas van algunos más, que vayan.

Haz lo que debas, suceda lo que suceda.

Ahora es la hora de establecer aquí las quintas.»

Y comenta otro diario:

«Muy bien dicho, compañero.

Y á Burges con ellos en invierno, ó á los Pirineos.»

* * *

Todos los indicios hacen creer que en el lugar de la provincia de Santa Clara donde habrá mayor resistencia por parte de los rebeldes será en la comarca de Sigüanea, montañosa á trechos, pantanosa en extensa parte.

En los montes de Sigüanea es donde Roloff ha acumulado mayor fuerza.

Allí tiene su cuartel general, un campamento de importancia y hasta se dice que obras de defensa, siquiera esto sea poco verosímil, teniendo en cuenta el habitual modo de pelear de los mambises. De todas suertes, si se logra arrojar de los montes de Sigüanea á los rebeldes, se habrá dado un gran paso para la pacificación de las Villas.

El valle de la Sigüanea está situado en los confusos grupos del Guamuhaya; tiene unas tres leguas de Este á Oeste, desde el abra por donde sale el Jibacoa (río del Ay) hasta el saltadero ó cascada de la Sigüanea, por donde corre el río de la Hanabanilla para confluir con el Arimao.

La mayor anchura del valle es de una legua y está sumamente cerrado por varias cadenas de lomas, como son las cadenas de Sigüanea

por el Sur, las lomas del Alcalde y de la Helladura del Cuabal al Oeste, la sierra de la Jara por el Norte y las lomas de Orano al Este. Limitan también al valle el abra del río Negro, por donde entra éste y le baña; el abra del Guanayara al Este-Noroeste, entre la sierra de la Jara y las lomas de Orano y el abra largo y sinuoso del Jibacoa, por donde sale este río para el valle llamado especialmente del Jibacoa, que se halla separado del de Siguanea por dichas lomas de Orano. Como el valle es muy bajo con respecto á las alturas que le ciñen y le riegan además del Hanabanillo, del río de los Negros y de los arroyos de Siguanea y de Guanayara, varios manantiales, está casi siempre anegado y lleno de lagunas, por lo que apenas es habitable y los combates han de ser en él penosísimos.

* * *

Un periódico publica un telegrama de Toledo dando cuenta de una interview celebrada por un corresponsal con el cardenal Monescillo.

Este, aunque careciendo casi en absoluto de fuerzas físicas, ha demostrado que conserva su espíritu enérgico y valiente.

Respecto de las grandes desgracias que afligen á España, el ilustre purpurado dice aun serán mayores las que vendrán, porque estamos pagando los sacrificios de sangre con dinero y humillaciones vergonzosas.

Declara que nuestro ejército yace en la inacción, y que lo mismo en Melilla que en Cuba somos deshonorados y humillados con transacciones vergonzosas que no pueden hacerse sino á costa de dinero.

Juzga el cardenal deplorable la política que sigue España en el exterior.

«Y en cuanto á política interior—ha añadido—está en la conciencia de todos que solo se piensa en el demonio llamado *céntimo* y en otras cosas semejantes, y que estamos como 24 horas antes del diluvio.»

Dice el sabio prelado que el ejército se bate heroicamente en Cuba para conservar el comedero á unos cuantos gorriones, pues ciertos políticos solo hacen de la guerra un negocio turbio.

Creo—ha añadido—que debe dejarse al general Martínez que desarrolle libremente su plan de campaña.

Yo le aconsejaría el exterminio de las hordas insurrectas si no quiere ser devorado por ellas.

Mi opinión es que todos deben tener mucho patriotismo y gran abnegación, pues creo que los verdaderos rebeldes están en Madrid.

Del mismo modo dije cuando lo de Melilla, que los verdaderos *riffeños* estaban en Madrid, y se ha comprobado después.

* * *

Nuevos detalles sobre el combate de Rincón Hondo.

Con referencia á un testigo presencial del combate victorioso sostenido por la columna del coronel Molina en Rincón Hondo, dice un despacho de la Habana que aquel digno jefe, que tan bizarramente se condujo en dicha acción, al encontrarse en un momento sin el corneta de órdenes á su lado, simuló los toques de ataque colocándose la mano en la boca en forma de bocina.

Un soldado se arriesgó tanto en el combate, llevado del ardor de la acometida, que se vió rodeado de enemigos, y hubiera perecido á manos de éstos, si con un arranque supremo, no hubiera conseguido abrirse paso reparatiendo bayonetazos á diestro y siniestro.

La lista completa de los muertos y heridos que tuvieron nuestras tropas en la heroica acción, es la siguiente:

Muertos: don Miguel Bisbal, teniente de voluntarios de Colón; el cabo Ricardo Miralles; los soldados José Fraga, Francisco Isabeu, Cristóbal Bermúdez, Manuel Collazo y Simón Borrell; el guardia civil Cesáreo Rodríguez y los voluntarios Manuel Alarnis, Ra-



Fuerte "San Juan de Dios" en el ingenio "Resulta".

món Barba y Liberato Pérez.

Heridos: los cabos Rafael Romero, Núñez, Gil y Robledo, y los soldados Cipriano Lavín, Jacinto García, Servando Chicote, Francisco González Bravo y José Alonso.

Aunque todas las fuerzas que tomaron parte en el combate se portaron admirablemente, hácese especial mención de la compañía del batallón del Rey, mandada por el capitán Villasevil y el teniente Moreno.

* * *

La columna Sandoval salió de Santiago el día 7, con objeto de recorrer varios pueblos, poblados y caseríos y desalojar de ellos á los rebeldes.

La primera etapa de la columna dió por resultado la toma de varios bohíos entre Vega Lucío y Dorados.

El enemigo no opuso en ninguno de estos lugares resistencia suficiente para que el tiroteo llegase á combate.

Continuando su marcha la columna Sandoval, estuvo en los pueblos de Caney, Sitio, Charco Redondo, Ramón, Palmarito, San Juan de Manacas, San Jorge, Santa Rita, Suená el Agua, Maboá y otros.

Todos estos pueblos hallábanse infestados de insurrectos y huyeron de todos ellos apenas se acercaban nuestros soldados.

Solo en San Juan de Manacas encontró la columna Sandoval una resistencia seria.

En dicho punto 500 insurgentes, mandados por los cabecillas Cherrico é Higinio Vázquez, se parapetaron en posiciones dominantes y se opusieron á la marcha de las tropas.

En San Juan de Manacas tenían establecido los rebeldes un campamento de alguna importancia.

Habían utilizado una multitud de bohíos, convirtiéndolos de depósitos de víveres y municiones. También tenían allí una enfermería con algunos elementos para la curación de los heridos.

A pesar de que para los insurrectos eran de indudable importancia conservar esta posición, solo pudieron resistir el empuje de los soldados durante una hora.

En este tiempo fué vivísimo el fuego de una y otra parte.

Al huir los rebeldes, las tropas avanzaron rápidamente y tomaron posesión del campamento de Higinio Vázquez, ocupando y destruyendo quince bohíos grandes y cien pequeños.

Por nuestra parte hemos tenido un muerto y siete heridos.

El enemigo dejó en el campo cinco muertos y en su precipitada fuga tuvo que abandonar quince caballos.

También se apoderaron las tropas de víveres, municiones y medicinas. Esto ocurría el día 8.

El día 9, continuando la columna Sandoval su movimiento de avance, ocupó y destruyó otro campamento en San Jorge.

Aunque en este punto la defensa intentada por los separatistas no fué muy tenaz, dejaron en el lugar de la lucha tres muertos.

Nosotros tuvimos dos heridos.

El mismo día 9 y el 10 la columna Sandoval desalojó de las posesiones y bohíos que ocupaban en las estribaciones de Sierra Maestra á varias partidas enemigas, haciendo á éstas un muerto.

Las fuerzas ya nombradas entraron el día 12 en Palma Soriano, donde descansaron un día para comenzar de nuevo sus victoriosas correrías por el campo rebelde.

*
*
*

Los laborantes de Tampa.

«Nuestros representantes—escribe el corresponsal del *Heraldo*, en Tampa—más que tales, son huéspedes sospechosos y vigilados. Los edi-

ficios públicos sirven para albergue de laborantes. La bandera de la estrella solitaria ondea en todas partes. Nadie cumple ni respeta el derecho internacional. En suma: los intereses de España sirven de juguete á estas autoridades soberanas, y no hay para nosotros más que afrentas y humillaciones diarias.

Con todo, Tampa no es la población donde estamos peor. En la numerosa colonia extranjera, pueden contarse hasta mil españoles peninsulares, que no solo no transigen con los insurrectos, sino que oponen á la propaganda de éstos el esfuerzo de su inteligencia y también el de sus capitales, pues algunos de ellos son ricos. A compatriotas tan dignos de aplauso, y lo mismo de afecto, debemos la constitución de un casino español, levantado en terreno y edificio propios, con un gasto de 17.000 duros.

Este casino es el único centro de acción que resueltamente se opone á la agitación filibustera y en parte la contraresta. Los primeros peninsulares que llegaron aquí, tenían que hacerse fuertes en sus casas y constituir guardias armadas por la noche para gozar de relativa tranquilidad. Hoy luchan al descubierto y públicamente sosteniendo la fe y el cariño á la patria.

Tan cierto es esto, que los emigrados cubanos van trasladando poco á poco su residencia. De ahí ha nacido un pueblo nuevo, ya importante, que está á un cuarto de hora de la ciudad y que ha sido bautizado con el nombre de West-Tampa. Establecimientos y casas particulares se cubren casi todas con la bandera de los insurrectos. Tiendas donde lee uno apellidos tan españoles como Ruiz, Bustillos, Pérez, son lugar de reunión de los que trabajan contra España. Todo respira allí odio á nuestro país.

Para colmo de afrentas, estos yankees que oficialmente se llaman amigos de España, han reconocido á West Tampa como municipalidad independiente, permitiendo que los cubanos nombren alcalde á Fernando Figueredo, coronel de la pasada insurrección y hoy tenedor de libros de una fábrica de tabacos y jefe supremo de los filibusteros de la Florida. El jefe de policía es otro insurrecto. Por manera que si el representante de España tuviese que hacer reclamaciones en West-Tampa, necesitaría entenderse con autoridades de ese linaje. Y es posible que todavía dijera, y que lo dijeren también ahí en Madrid nuestros hombres de gobierno, que el *Heraldo* habla con pasión en todo lo que atañe á los Estados Unidos. »

*
* *

Resistencia heroica.

A las dos de la madrugada del día 16 fué atacado un bohío del inge-

nio del Salvador, por una partida insurrecta compuesta de 90 á 100 hombres; muchos de ellos iban á caballo.

El jefe del fuerte inmediato, don Angel Peñalva Jiménez, primer teniente del regimiento de infantería de Galicia, ayudado valerosamente por la fuerza á sus órdenes, compuesta de un sargento, un cabo y 20 soldados, hizo una heroica resistencia las tres veces que los rebeldes atacaron el fuerte. Viendo éstos lo inútil de sus tentativas, le prendieron fuego rociándolo con petróleo.

Los soldados, después de heroicos esfuerzos, lograron sofocar el incendio, que empezaba á hacer presa en la parte de carpintería, y luego comenzando un fuego graneado, dispersaron al enemigo, que se declaró en vergonzosa fuga, dejando en poder de las fuerzas leales dos presos insurrectos, tres latas llenas de petróleo, un caballo y algunas armas.

Durante la refriega, el teniente Peñalva sacó roto el machete en dos pedazos y agujereado el sombrero por dos balazos.

Las bajas del enemigo debieron ser de importancia, á juzgar por los regueros de sangre que encontraron nuestros soldados al día siguiente al hacer la descubierta.

Por nuestra parte no hubo que lamentar pérdida ninguna.

Salieron contusos únicamente, el teniente, el sargento, y dos soldados.

Los prisioneros enemigos fueron conducidos el día 16 por la tarde á Sagua.

Mister Hill pertenece al partido republicano, y se le tiene por enemigo personal y político del presidente Cleveland. Impugnó el *bill* arancelario de Mr. Wilson, y se opuso tenazmente al impuesto del 2 por 100 sobre la renta. Es partidario de la plutocracia de Nueva York, excelente abogado, notable orador y uno de los miembros más influyentes del Senado. Tiene menos de 60 años, y su posición es desahogada. En política exterior, fué siempre muy hostil á España.

Mister Reed ocupó la presidencia del Congreso siendo Harrison presidente de la República. Es hombre inteligente, gran orador, de temperamento autoritario; propuso y logró la reforma del reglamento del Congreso. Pertenece mister Reed al partido Republicano, que está hoy en mayoría. Tiene unos 60 años de edad, y representa á Massachussetts. De ambos se habla como candidatos probables á la presidencia de la República; pero Reed dispone quizás de más elementos y tiene mayores simpatías que Hill.





XIII

Un artículo importante



IENTRAS personas importantes por su posición oficial ó por su riqueza en los Estados-Unidos ayudan material ó moralmente á los insurrectos de Cuba; mientras el senador Morgan, presidente de la comisión de asuntos exteriores, acaba de mostrar sus sentimientos favorables á la beligerancia y contrarios al derecho de España, encontramos en las colecciones de periódicos de América un artículo que nos ha producido impresión bastante lisonjera.

El *Home Journal*, semanario neoyorquino de gran mérito literario y de extensa circulación entre los elementos más cultos de los Estados-Unidos, y en el lugar de preferencia, publica un excelente artículo del notable escritor Mr. Hillary Bell, bajo el título «Cuba libre.»

El articulista comienza manifestando que las simpatías de los americanos por la insurrección, obedecen meramente al temperamento nacional, al que contribuyen mucho el espíritu impulsivo y la generosidad nativa de este pueblo.

«Si nos dejáramos llevar exclusivamente de estas emociones—dice Mr. Bell—viviríamos en guerra perpétua. Afortunadamente, gracias á la sabia y conservadora forma de gobierno ideada por aquel gran sol-

dato y aun más grande estadista que se llamó Washington, el cual quería que esta nación fundada por la guerra, se conservara por la paz, hemos progresado en prosperidad y felicidad....» «Pero—añade—á pesar de la política de paz de Washington, reñiremos innumerables batallas... con tinta de imprenta y desde la tribuna



Don Francisco Ibáñez Valera.



General Aldave.

demagógica. Felices somos, pues, de tener un gobierno sosegado, juicioso

y honrado para decidir entre el bien y el mal.»

Desde hace cinco años el partido revolucionario cubano ha estado publicando en nuestros periódicos declaraciones vehementes. España, por el contrario, ha guardado un silencio circunspecto y digno. La reticencia es cualidad eminentemente española. De donde resulta que la taciturnidad española y la volubilidad cubana, han conspirado al mismo fin de inflamar el entusiasmo generoso de nuestros ciudadanos. En realidad, Cuba no nos inspira más interés que Austria.»



Don José Calvet.

Entrando Mr. Bell en la exposición de los antecedentes del actual mo-

vimiento revolucionario en Cuba, refiere la inmigración cubana que sucedió á la rebelión terminada en 1878, y que trajo aquí gran número de personas que, cambiando el marcheté por la chabeta del tabaquero, se identificaron con el país, templándose sus ardores bélicos.

Mas he aquí que surge un espíritu inquieto, revoltoso, en la persona de José Martí, cuyos antecedentes y cualidades características describe el articulista haciendo notar el hecho de que Martí, aunque insurrecto irreconciliable, era hasta la médula de los huesos español de raza, y como tal nada amigo de predominios ó absorciones sajonas en la América Ibérica.

La riqueza adquirida por Martí con los donativos de los tabaqueros, hizo que acudieran á su lado algunos de los jefes de la antigua rebelión.

«Muchos—dice Mr. Bell—habíanse nacionalizado ya en los Estados Unidos, y nuestras leyes les prohibían tomar parte en expediciones contra un gobierno amigo de los Estados Unidos; pero los que han sido rebeldes en su patria, con dificultad son leales á las leyes de otros países, y estos tabaqueros no vacilaron en abandonar su ciudadanía para iniciar la actual insurrección de Cuba.»

Hablando luego del origen de la rebelión, Mr. Bell explica los antecedentes y nacionalidades de sus jefes: el dominicano Gómez, infiel á su promesa dada en el Zanjón, los mulatos Antonio y José Maceo, el judío polaco Roloff, y los bandidos Matagás y Mirabal, que se metieron á insurrectos cuando la insurrección brindó más ancho campo á su rapacidad.

Expone después el señor Bell la proporción numérica de las razas que habitan la isla, para venir á parar á la conclusión de que negreros y criollos, en su inmensa mayoría, no están con la insurrección, en la cual hay solo 15.000 hombres de color y unos 5.000 blancos. El hijo del país, de raza caucásica, por lo general es demasiado avisado para unirse á la presente rebelión; y prefiere ser autonomista y conquistar con discursos en las Cortes lo que sabe muy bien que no puede lograrse por la violencia.

Cuanto al peninsular, elemento si no el más numeroso, poderoso y rico, el articulista reconoce que al abandonar á la Península no ha abandonado su patriotismo, y desde la Habana mira el movimiento insurreccional con tanta indignación como si estuviera en Madrid.

El porvenir y prosperidad futuras de la isla—dice—están en manos de los insulares y peninsulares. El elemento negro no es más apto para los deberes del gobierno que los ciudadanos de este país de origen africano. Los cubanos desean la autonomía y las Cortes han venido á reconocer gradualmente la justicia de esta demanda, concediendo á la isla mucho de lo que piden los autonomistas.

Contra los esfuerzos de aventureros y de mulatos, lucha un ejército numeroso mandado por un gran general.

Estos hechos los conoce nuestro gobierno en Washington, que á pesar de los ruegos de muchas personas impulsivas, pero irreflexivas, se niega á conceder derechos de beligerantes á los insurrectos.

No es posible—y con esto termina el articulista su trabajo—que un ejército de 20.000 hombres, formado principalmente por negros sin ley y sin instrucción, y mandados por extranjeros, formase un gobierno permanente sobre un pueblo tan inteligente como el cubano.

* * *

La embarcación regalada por la colonia española de Nueva York, tiene un andar de 10 á 12 millas, y mide un largo de 50 pies y 5 de calado. Tiene dobles remaches en su casco de hierro, el cual se le ha puesto en la última reparación un nuevo fondo del mejor acero con nuevas costillas y nuevas planchas de acero intercostales. La parte más baja del casco ha sido cementada con cemento de portland, para preservar el hierro, y la parte alta, también interior, fuertemente pintada de almagre ó azarcón, con el mismo objeto. Por fuera, debajo de la línea de agua, se ha pintado de rojo, y desde dicha línea á la borda, de blanco zinc, con baranda de hierro pintada de negro. •

La cámara y casilla del timonel son sólidas, de caoba.

Hácense de este buque los mayores elogios, y se consideran como obras perfectas de la industria moderna los diferentes departamentos y la maquinaria del buque.

Los españoles residentes en Méjico regalan á las fuerzas de nuestro ejército, además de 500 mulos, 200.000 pesos, con los cuales se premiarán los actos heroicos de la campaña.

Con dicho donativo irá á Cuba una comisión presidida por don Telesforo García.

* * *

El primer teniente del batallón de Canarias don Miguel Gómez Martín, que tomó el mando de las fuerzas al caer herido de tres balazos el entonces capitán Valenzuela, en la acción de Ojo del Agua, es natural de Puerto Lápiche, Ciudad Real, y tiene treinta y cinco años.

A los diez y ocho sentó plaza, ingresando en el cuerpo de ingenieros.

Un año después pasó al ejército de Filipinas, donde permaneció seis años, alcanzando por su conducta y comportamiento en campaña la graduación de sargento primero.

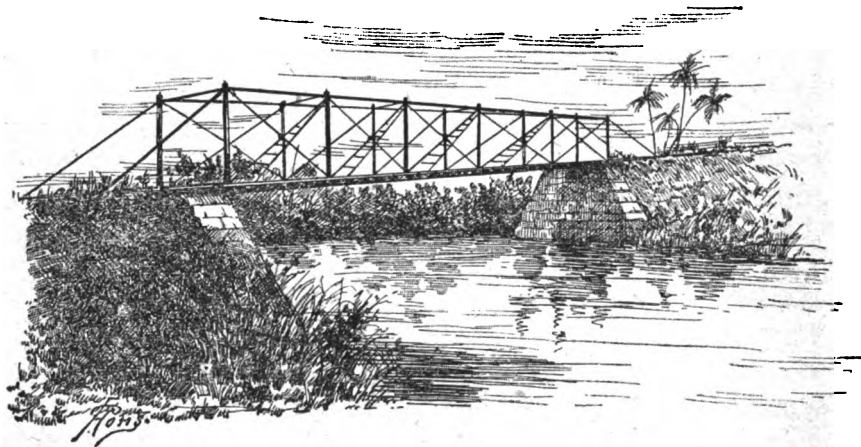
Fué de los comprendidos en el decreto del general Castillo, y no que-

riendo aceptar ni solicitar destino civil alguno, fué promovido al empleo de segundo teniente de la escala de reserva.

Llamado al servicio activo en abril último, costó mucho trabajo á su familia y amigos disuadirle del empeño de marchar voluntariamente á Cuba, y cuando fué destinado con su batallón recibió la noticia con verdadero júbilo.

*
* *

Ha fracasado el proyecto de celebrar en un día, que ya estaba seña-



Puente sobre el río Cacoyuglin.

lado, lo que algunos neoyorkinos han dado en llamar la fiesta de «Cuba libre.»

Los preparativos que se habían hecho no podían ofrecer más novedad: se anunciaba una patriótica peroración (!) del gobernador de Indiana, Mathews, con intermedios de fuegos artificiales. Para la fiesta se había invitado á la «Junta» insurrecta de Nueva York.

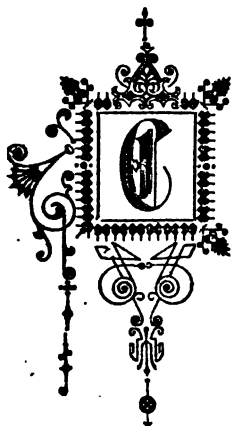
La prensa atribuye el fracaso á que, habiéndose enterado uno de los ministros, de que la *juerga* separatista no tenía otro objeto que atraer á los incautos á la Exposición algodonera que celebran los organizadores del meeting en la ciudad de Atlanta, tomando por pretexto el sentimiento patriótico para servir al lucro de una empresa particular, consiguieron el aplazamiento de la misma hasta Diciembre próximo, después que se haya reunido el Congreso, y en el intermedio se gestionará la prohibición de esa fiesta del filibusterismo.





XIV

CONSEJO DE GUERRA



El pailebot «Dos de Mayo».

COMO estaba dispuesto se reunieron los señores General de brigada Suero y Marcoleta, Coronel Copello, Capitán de Navío señor Pedemonte, Capitanes de fragata señores Lozano, Bayo, Eulate y García de la Vega; suplentes, señores Lasquetti, Capitán de fragata, y Casaus, teniente coronel de infantería de Marina; Juez instructor señor Triana, Secretario señor Freixas, Fiscal señor García Gutiérrez, Defensor teniente de Navío señor Andújar y el Asesor señor Montero, con objeto de celebrar la vista pública del Consejo de Guerra formado al teniente de Navío don Francisco Gallego y Arenosa, comandante del pailebot *Dos de Mayo*, que en el punto conocido por el Aserradero hubo de entregar á una fuerte partida insurrecta algunas carabinas, sables y cartuchos á cambio de cinco prisioneros hechos por los insurrectos en la dotación del pailebot por haberlos sorprendido cuando estaban tomando agua para la dotación del barco.

Después de haber oído los señores Generales y Jefes que formaban el Consejo de Guerra la misa del Espíritu Santo en la capilla de la Comandancia General del Apostadero, se constituyó el Consejo á las nueve menos cuarto de la mañana. Un numeroso público ocupaba el vasto salón y ocupaban los primeros asientos muchos oficiales y jefes de marina.

El teniente Gallego

Es natural de Jerez de la Frontera, provincia de Cádiz, casado y de 35 años de edad. Su aspecto sereno, su apostura gallarda y la varonil expresión de su rostro, ensombrecido por la melancolía, pero altivo y arrogante sin afectación, predispone al público en favor suyo. Todos sus rasgos, sus ademanes y su tranquilidad cuando habla contestando á las preguntas que el Tribunal le dirige, revelan en el señor Gallego al hombre de honor y al militar digno, que estima haber cumplido su deber en toda la medida de sus fuerzas.

Instrucción del proceso.

El Juez instructor señor Triana dió lectura á todos los documentos y actuaciones que contiene el proceso sumarísimo formado al teniente de navío señor Gallego. Resulta de la exposición de hechos, confirmados por todos los testigos que han prestado declaración, que el 2 del actual á las 2 y 30 de la noche se hizo á la mar el señor Gallego en el pailebot *Dos de Mayo* con objeto de vigilar las costas entre Cuba y Turquino, en una extensión de 60 millas. Llevaba un práctico, dos cabos de mar y diez marinos de la dotación del *Reina Mercedes* con otras tantas carabinas y sables de abordaje y mil cartuchos. Las condiciones marinerías del pailebot eran pésimas; carecía de espacio, pues no mide sino 8 metros de eslora por 2'50 de manga, no tenía cañón, ametralladora ni otro medio eficaz de defensa y era tan difícil y penoso dirigirlo que invirtió no menos de 36 horas para recorrer 6 millas antes de avistarse por vez primera con el *Reina Mercedes*.

Todo el día 2 de Octubre estuvo en el mar y al oscurecer entró en la boca del puerto, de donde salió á las pocas horas. En los días 3 y 4 no tuvo novedad; en este último día hizo aguada en Cayo Damas. El día 5 al amanecer vió en la playa una porción de hombres bañándose y supuso que pertenecían á una partida acampada; pero la falta de certeza sobre este particular y la recomendación que el comandante general de Santiago de Cuba le había hecho de que no buscase aventuras innecesarias ni se comunicase con la tierra, le inclinaron á abstenerse de agredirlos. En la tarde del mismo día comunicó con el *Reina Mercedes*.

El día 6 pasó por la Punta Tibijal y el 7 tocó en Cayo Damas. El día 9, encontrándose de nuevo en la necesidad de proveerse de agua, recaló sobre el Aserradero á las ocho de la mañana. No cesó de observar la costa, no percibiendo el menor indicio de que hubiese por allí partida alguna. Una vez fondeado el pailebot envió por agua á tres hombres y el práctico, á las órdenes del cabo Martínez. Desembarcaron sin dificultad. A poco de haberse internado en la playa los cinco hombres oyó el

teniente Gallego muchos disparos y recibió su pailebot, que estaba á unos 200 metros de la playa, un graneado fuego de fusilería.

Lo instantáneo é imprevisto del caso, lo incesante del fuego enemigo, que barría el barco, la imposibilidad de retroceder dadas las malas condiciones de éste y el peligro inminente que corrían cuantos estaban sobre cubierta, sirviendo de fácil blanco á centenares de individuos apostados en la manigua, impusieron al señor Gallego la necesidad de refugiarse en el sollado, después de contestar al fuego del enemigo, siendo el último que abandonó, como era su deber, la cubierta y recibiendo varios disparos, uno de los cuales destrozó los gemelos con que observaba la playa.

La situación era insostenible: no podía intentar maniobra alguna, pues tendría que sacar al menos cuatro hombres y aun así el intento era absurdo, pues necesitaba mucho tiempo para hacer la retirada y los marineros habrían sido necesariamente víctimas del fuego que se les hacía á boca de jarro. Como, por otra parte, carecían de medios ofensivos y defensivos, resolvió mantenerse así y al fin cesó el fuego y oyó el señor Gallego la voz del cabo Martínez que con los otros cuatro hombres había caído en poder del enemigo y que le decía que el jefe de la partida quería hablarle. Se le propuso ceder el armamento á cambio de dejarle marchar y entregarle los prisioneros y respondió que lo pensaría. La proposición, dadas las circunstancias, era evidentemente ventajosa, pero el señor Gallego no se decidía á tomar resolución alguna y volvió á responder otra vez que lo pensaría, cuando volvieron á pedirle que se decidiese pronto, pues sino sacrificarían á machetazos á los prisioneros. Al fin le propusieron que pasaran á bordo dos jefes de la partida; accedió y no tardaron en llegar en el bote del pailebot un negro y un mulato, segundo jefe éste de los insurrectos. El parlamentario manifestó al señor Gallego que había 500 hombres extendidos á lo largo de la playa y á poca distancia otros ciento y que contaban con dos cañones que, en efecto, vieron los marineros. Añadió que si no le entregaban las armas destruirían el barco y darían muerte á los prisioneros. De un lado estaba la muerte de los hombres y la pérdida del barco, ya acribillado á tiros; y de otro la salvación del barco y de la gente encomendada á su custodia, á cambio de las armas. El señor Gallego se decidió en este sentido. Pudo haber detenido al segundo jefe de los insurrectos; pero no lo hizo porque después de haberle permitido subir al barco, habría quebrantado así las leyes del honor.

Tal es la relación de hechos tal como resultan de las actuaciones, de la declaración del señor Gallego y del mismo dictámen fiscal.

Prueba de testigos.

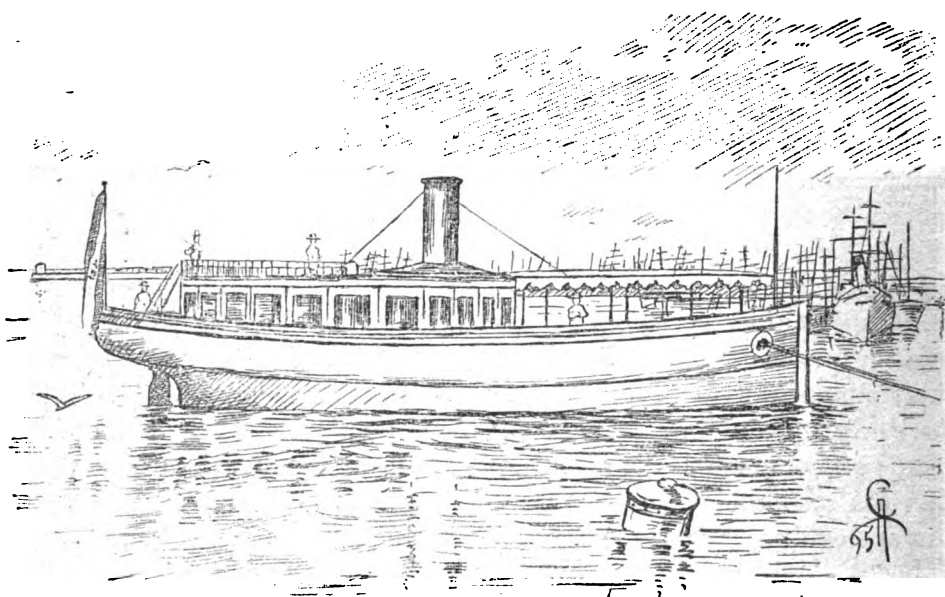
Fueron examinados por el Tribunal, el práctico Manuel López, los

cabos de mar y siete marineros, renunciándose á los demás testigos. Todos, salvo ligeras discrepancias de mero detalle, estuvieron de completo acuerdo en la exposición de lo sucedido.

El procesado.

En seguida el Tribunal dirigió al señor Gallego varias preguntas, siendo las más interesantes las que siguen:

—El fuego dirigido contra el pailebot, ¿fué muy intenso?



Lancha "Santocildes" adquirida en los Estados Unidos.

—Fuego graneado algunos ratos, pero no verdaderas descargas cerradas.

—¿No era posible emprender la retirada?

—Hubiera necesitado poner cuatro hombres y un cabo sobre cubierta á disposición del enemigo: estábamos indefensos ante trescientos ó cuatrocientos hombres y era preciso esperar al menos una hora larga.

—¿Entregó V. la bandera?

—No. (Con gran energía).

—¿Cómo estando V. frente al enemigo con un foso por medio no esperó V. para aceptar pactos á tener cierto número de bajas?

—Porque los prisioneros de mi dotación corrían un riesgo inminente y además poner á los marineros sobre cubierta era entregarlos casi indefensos al fuego del enemigo que estaba oculto, mientras ellos no podían parapetarse.

—¿Por qué entró V. en el Aserradero?

—Porque necesitaba proveerme de agua.

—Cuando comunicó usted con el *Reina Mercedes* ¿no tuvo usted



Ataque de un tren de pasajeros por la partida de Periquito Pérez.

ocasión de decirle que el pailebot tenía poca provisión de agua? ¿Por qué no pidió usted más barriles?

Cuaderno 49—T. II.

Precio 10 cent.

—Porque el barco no tenía capacidad para más de los cuatro barriles que llevaba.

—Pero las advertencias del Comandante general de Cuba acerca de que evitase aventuras, ¿no le aconsejaban á usted alejar su gente de sitios como el Aserradero?

—Sin duda; pero ante la necesidad de agua no tuve más remedio que hacerlo; tanto más cuanto amenazaba el ciclón.

El Fiscal.

Correspondía este cargo al ilustrado jefe señor García Gutiérrez, que leyó un informe sobrio, preciso y muy correcto.

Empezó manifestando que los rumores esparcidos al incoarse este proceso daban al hecho proporciones extraordinarias; pero que al fin la montaña se había reducido á microscópico grano de arena.

Hizo una relación fiel y detenida de los hechos y dijo que las responsabilidades por esta clase de sucesos pueden provenir, ya del hecho en sí, ya de sus consecuencias, ya de los antecedentes que lo han determinado.

En el caso que tenemos á la vista no hay responsabilidad por el hecho en sí. Un desembarco de cinco hombres para hacer provisión de agua en playa sólo provisionalmente enemiga es sorprendido y batido por el enemigo con fuerzas cuarenta ó cincuenta veces mayores. El resultado no es dudoso; no hay medio de luchar con éxito en un encuentro de esta naturaleza. Considero justificado el pacto en vista de que se trataba de salvar la vida de más de la tercera parte de la fuerza, prisionera por el enemigo. Las leyes admiten la rendición cuando no hay medio humano de resistir y se había llegado á este caso. Había por parte del enemigo superioridad de fuerza y de posición, y sin embargo el señor Gallego ha salvado en tales circunstancias la fuerza y el navío á sus órdenes. Por esto el fiscal no ha encontrado relación entre estos hechos y la sanción penal, y ha justificado el canje de los prisioneros y la nave por las armas.

La necesidad de proveerse de agua ha motivado el desembarco en el Aserradero. Pero el comandante estaba en el deber de preparar su barco en las condiciones debidas y por tanto debió solicitar aumento de agua, sobre todo cuando la experiencia le probó que no tenía otro medio que tocar tierra á cada paso. Le alcanza, pues, la responsabilidad del artículo 176 del Código Penal militar de Marina.

Las mismas reflexiones acuden al ánimo del fiscal por la falta de armas ofensivas y defensivas.

Mas como del espíritu y letra de lo declarado y actuado se induce que el comandante Gallego al proceder así lo hizo obedeciendo á estí-

mulos del honor para que no pudiera creerse que ponía obstáculos á la difícil misión que se le había encomendado, debe tenerse esto en cuenta como una circunstancia atenuante.

En vista de lo expuesto terminó el señor Fiscal pidiendo se condene al teniente Gallego á dos meses y un día de arresto militar, con la accesoría de pérdida de tiempo de servicios durante ese plazo.

El defensor.

El señor Andújar (don Manuel) encargado de la defensa, leyó un discurso elocuentísimo, rico en bellezas de dicción, en brillantes imágenes y en profundas ideas, analizando escrupulosamente los hechos y lo que resulta de las actuaciones para demostrar que el teniente Gallego ha procedido en todo y por todo como un hombre de honor y un militar valiente y pundonoroso.

Hizo un detenido estudio de las condiciones del barco *Dos de Mayo*, afirmando que jamás cruzó los mares embarcación tan mala. Carecía de capacidad, tenía el centro de gravedad muy alto, no obedecía á las maniobras y el espacio destinado al manejo del timón era tan pequeño que el timonel tenía forzosamente que estar en una postura violenta é incómoda, y cuando el comandante quiso ensayar otra, cayó al mar. Además el pailebot hacía constantemente agua y aunque el calafate no se daba mano para cumplir con su deber, entraban cada día más de doscientos galones en el barco. Invertía cuatro horas para andar dos millas estando el mar en calma; no hubiera podido resistir un temporal. Para llegar el día 5 al *Reina Mercedes*, que distaba seis millas, invirtió treinta y seis horas.

Consagró despues frases de gran elogio al teniente Gallego, á quien pintó como un hombre de valor, sereno y reflexivo, incapaz de desviarse un ápice del cumplimiento de sus deberes y analizando el Código con referencias á los de Francia y Alemania, sostuvo que allí no había existido capitulación, sino el cange, más que impuesto por las circunstancias, de nueve carabinas y sables viejos por las vidas preciosas de hombres que están dispuestos á derramar heroicamente su sangre por la patria.

Nada hay en ese hecho que pueda molestar en lo más mínimo la susceptibilidad nacional. No ha habido rendición, pero aun en este caso hubiera sido gloriosa, porque el heroismo nunca llega hasta el imposible y sostener una lucha desesperada en las condiciones en que estaba el *Dos de Mayo* no habría sido valor, ni temeridad, sino una tontería.

Rebatíó despues detenida y elocuentemente los argumentos del fiscal é hizo notar que los motivos de orden moral que el señor Fiscal considera circunstancias atenuantes son, en realidad, eximentes; pues el señor Gallego no incurrió en omisión alguna.

Si mi profundo convencimiento—dijo al terminar—no hubiera llegado á arraigarse en vuestras conciencias, sería llegado el momento de aumentar las tristezas de mi defendido con la falta de condiciones de su defensor. Señores: en nombre de las leyes del honor militar, en nombre de la patria que todos amamos, suplico, imploro y pido la libre absolución del teniente Gallego.

Hecha la pregunta al señor Fiscal de si modificaba sus conclusiones, las sostuvo y terminó el juicio público á las doce de la mañana, constituyéndose el consejo para deliberar.



Teniente coronel, don Ernesto Otero y Murillo.

* *

Se han aprobado las siguientes recompensas por los servicios prestados en la campaña de Cuba:

Cruz roja de tercera clase del Mérito militar, pensionada, al coronel de infantería don Santiago Díez de Ceballos, y de segunda clase, sin pensión, al teniente coronel don Carlos Moreno y Puig, por la acción de Melones y otras.

Cruz de segunda clase, roja, del Mérito militar, pensionada, al teniente coronel don Lázaro Argomaniz, y al de igual empleo de la Guardia civil, don Carlos Palanca.

Confirmando la concesión de la cruz de primera clase de María Cristina y empleo de segundo teniente de la escala de reserva retribuida al segundo teniente y sargento de infantería don Félix Molina y don Jesús Bocanegra.

Confirmando la concesión de la cruz roja pensionada al oficial segundo de administración militar, don Angel Llorente; cruz de María Cristina, pensionada, al capitán de infantería don Pedro Fajardo Blasco; la de primera clase del Mérito militar, á los médicos primero y segundo don Francisco Braña y don Sebastián Fosa; la de segunda clase, pensionada, al médico mayor don Antonio Araoz, y sin pensión al farmacéutico mayor don Manuel Castro, todos por servicios prestados en el Hospital de Manzanillo.

Por la defensa del convoy de San Miguel de Nuevitas á Guáimaro,

cruz roja del Mérito militar, pensionada, al capitán de infantería don Agustín Latorre, y sin pensión á los capitanes don Vicente Ripollés y don Jerónimo Aguirre, y á los tenientes don Cruz Puente y don Emilio Villacampa.

Por los combates de Melones y Gicotea: empleo de segundo teniente de la reserva al sargento de infantería don Arturo Villanueva; cruz roja del Mérito militar, pensionada al teniente de voluntarios don Bernardo Salgado; cruces rojas del Mérito militar, sin pensión á los capitanes don Gumersindo Proenz y don Francisco Meroño; á los tenientes don Alvaro González, don Antonio Martín Aguilar, don Juan Hernández, don José Reyes Morales y don Juan de la Puente y Rodríguez; de infantería; á los capitanes de caballería, don Florencio Ortega y don Antonio Jiménez, y al teniente de artillería don José Guerrero García.

Para la defensa del ingenio La Unión: cruz de María Cristina al teniente de infantería don Manuel Montero Navarro, y cruz roja del Mérito militar al teniente de la misma arma don Francisco Moll y Alba.

* *

El general Martínez Campos sostiene, desde la isla de Cuba, una numerosa y activa correspondencia con la Península. Y no nos referimos á la correspondencia oficial, que claro está, no abandona un solo día, sino á su correspondencia particular.

A compañeros de armas, á señoras, á amigos particulares, á personajes políticos, á todos los que le escriben contesta, y siempre su puño y letra, sin ayuda de escribiente y llenando muchas veces las cuatro carillas de papel.

El general tiene una letra de carácter español, muy clara, y su estilo varia según á la persona á quien se dirige, pero siendo en el fondo bueno y agradable con una facilidad muy propia del género epistolar.

Las cartas que dirige á las señoras son verdaderamente encantadoras, y al leerlas nadie diría que son las de un hombre al que abruman en el momento en que las escribe tan gravísimos cuidados.

Parece que está haciendo una expedición de recreo y cuenta de una manera amenísima los accidentes de la campaña.

Escribe desde todas partes, á bordo de los vapores, bajo la tienda de campaña, en las breves paradas que hace, y la publicación de muchas de estas epístolas han de ser algún día interesantísimas.

En las últimas que se han recibido en Madrid, dice el Ejército Español, se denota una serenidad de espíritu admirable en quien tiene tantas y tan graves preocupaciones, y denotan un buen humor, que es presagio de buenas nuevas.

En estas cartas particulares, se revela muy claramente la cultura del general, su espíritu caballeresco, la amabilidad y la franqueza, que son base de su carácter, y esas condiciones que hacen de él, no un soldado rudo, como se le ha querido pintar muchas veces, sino un hombre distinguidísimo y de condiciones nada vulgares.

La opinión en América.

Contestando á un periódico filibustero, dice el director de *El Progreso* de Nueva York:

«Con no poca sorpresa leí en su periódico el suelto titulado «Guerra á muerte», en el cual se aplaude el uso de la dinamita para destruir las poblaciones de Cuba. Si tal clase de guerra es lícita en época y países civilizados, pregunto: ¿Qué es barbarie? ¿Qué fin puede justificar un remedio tan salvaje?

La libertad de Cuba, dice el suelto.

Y ¿quiénes son los libertadores?

Allí se enumeran: Máximo Gómez, dominicano, que estuvo al servicio de España y después se volvió contra ella; Maceo, mulato cubano; Roloff y Merceroff, emigrados polacos y aventureros de profesión.

Estos son los hombres que, según el suelto, quieren dar á los cubanos una libertad contra la que éstos protestan. Véanse sino los manifiestos del partido autonomista, compuesto de los hombres que en la isla más valen. Si la mayoría de los habitantes de Cuba quisiera la *libertad*, no necesitaría de un jefe de color y tres extranjeros para obtenerla.

Si éstos son tan amantes de la libertad ¿por qué Máximo Gómez no libra á su patria del despotismo de Heureaux, y Roloff y Merceroff á la suya de la tiranía rusa? ¿Es la libertad de la República Dominicana y de Polonia la que pretenden estos redentores plantear en Cuba?

La destrucción de las poblaciones se dice que es con el objeto de que los peninsulares tengan que irse á los bosques y morir.

Al autor del horripilante suelto nada le importan los niños, mujeres, enfermos y ancianos, que forman entre todos la mayoría de la población, y serían los primeros en perecer; ni le importan tampoco un ardite las vidas y haciendas de los insulares que no quieren la libertad de manos de dominicanos, africanos y polacos.

¿Tendrá el apologista de la dinamita la bondad de decirme qué pensaría de los peninsulares si pusieran en práctica el sistema de guerra que él encomia? ¿Y qué diría de los españoles, franceses y alemanes si, al retirarse respectivamente de Santo Domingo, México y Francia, hubieran quemado las poblaciones y destruído todas las propiedades á su alcance, como hacen Gómez, Maceo y los polacos en Cuba?

Termina el suelto diciendo: «El hombre libre es el único capaz de

convertir las ruinas en centros de civilización y de riqueza.» ¿Son la Habana, Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos y demás poblaciones de la isla centros de *civilización y riqueza*? ¿Hay en toda la América hispana un solo pedazo de tierra igual á Cuba que le sobrepuje en civilización y se le aproxime en riqueza?

Yo no lo conozco, y hace cuarenta años que vivo en América.

Pues bien: esa riqueza y esa civilización se obtuvieron sin la *libertad* que los redentores dinamiteros quieren implantar en Cuba.»

La lección no puede ser más concluyente y oportuna.

* * *

Al penetrar en los vastos talleres de la Halloran Manufactory—escribo el corresponsal del *Heraldo* desde West Tampa—encontré algunos obreros que me recordaban desde mi estancia en Cuba y uno de los cuales se obstinó en obsequiarme galantemente con un puro que acababa de hacer.

—Estos son los tabaqueros que han contribuído á sostener la guerra de Cuba.—Y contribuiremos toda la vida—replicaron varios.—¿No decían que con la peseta de los tabaqueros no conquistaríamos la independencia? Ya ven lo que dá de si la pesetilla.

En la misma sala visitamos la sección de mujeres.

—También contribuyen estas pobres—observó un obrero.—Y proseguimos nuestro paseo por los talleres, entre los murmullos de los trabajadores.

—¿Qué se recauda?—pregunté.

—El 10 por 100 del jornal—me replicó Figueredo.—Entre este pueblo y Tampa recaudamos 6.000 pesos semanales, que remito en seguida á la Junta de Nueva York, y en Cayo Hueso se ingresan próximamente otros 4.000. Además percibimos una cuota especial para los heridos, deducida del jornal de un día de la semana, que llamamos *el día de la patria*.

—¿Y hace mucho que comenzaron esos descuentos?—Hace tres años se constituyó el partido revolucionario obrero y comenzaron los donativos, aunque con ciertas intermitencias, y siempre con carácter voluntario; pero desde que estalló la guerra, los obreros espontáneamente pactaron la cuota y se cobra con perfecta regularidad.

Contrabando de armas.

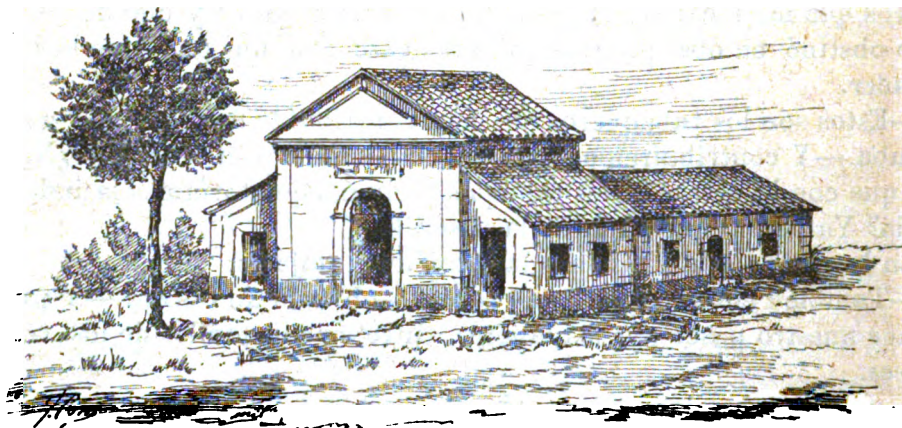
El *Heraldo* ha publicado un telegrama de la Habana, atribuyendo á Maceo una afirmación que no podemos menos de poner muy en duda, como todos los informes y referencias que proceden del filibusterismo.

Parece que ha dicho aquel cabecilla que la mayor parte de las armas y municiones introducidas de contrabando en la isla de Cuba con destino á los insurrectos, no proceden de los Estados Unidos, sino que han sido conducidos á aquellas costas en vapores ingleses, procedentes de las Antillas británicas.

En esta noticia cabe también una habilidad política, bien del periódico que la ha acogido en sus columnas ó de los centros laborantes que la han propalado.

Presentaciones.

El comandante general de Matanzas telegrafió lo siguiente al general en jefe:



Sancti Spiritus: Depósito de víveres y efectos de guerra.

«El coronel Molina, en telegrama de la una de la tarde, dice desde el ingenio Diana:

Reconocido el punto donde acampó una partida de 100 hombres, el lindero de dicha finca y potrero Andrea, fué diseminada y perseguida en su rumbo; quedan 60 hombres que persiguen el teniente coronel Rojo, abandonando los dispersos 16 tercerolas y 12 caballos que ocupó dicho jefe en el campamento.

Con motivo de la dispersión se han presentado 49 individuos en distintos puntos.»

Otro día se presentaron al alcalde de barrio de San Miguel, don Modesto Acosta, don Alfredo Lima, don R. Mazorra, don Pedro R. Acosta y don Alberto Rodríguez, pertenecientes á la partida que se levantó en Alfonso XII y Bermeja, cuya partida ha sido ya disuelta.

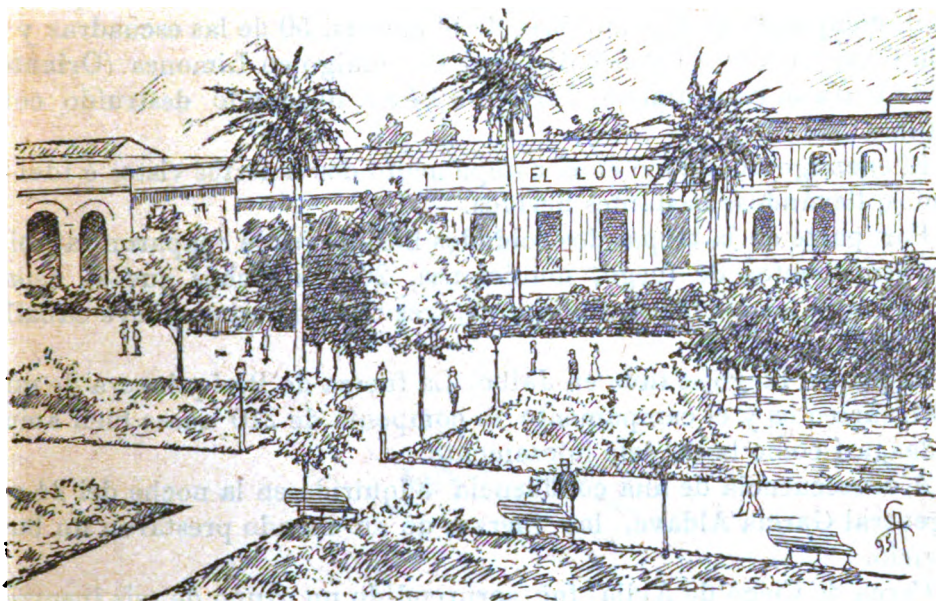
El señor Pérez, alcalde, presentó dichos individuos al alcalde municipal de este término, don Waldo Reguera, quien los trató muy bien.

Esos presentados lo hicieron con armas y caballos.

Manifestaron dichos individuos que en los montes de San Miguel habían dejado los de la partida varias armas, por lo que salió el alcalde con alguna fuerza á hacer un reconocimiento en el lugar indicado.

La causa Sanguily.

El día 28 de Noviembre, á las doce de la mañana, se celebró el juicio oral y público de la causa instruída en el Juzgado del Cerro, contra don Julio Sanguily, por el delito de rebelión.



Manzanillo: Plaza de Armas.

Dicho juicio se vió en la sección extraordinaria de lo Criminal, llevando la representación del ministerio fiscal el teniente fiscal señor Enjuto, y la defensa y representación del procesado el licenciado don Miguel F. Viondi, y procurador, don Luis P. Valdés, respectivamente.

En la fortaleza del Morro, en esta ciudad, han contraído matrimonio, que ha sido inscripto en el Juzgado municipal de Guadalupe, don Antonio de la Caridad López Coloma, que se halla detenido por los sucesos de actualidad, y la señorita doña Amparo Orbe y del Valle, que le acompañaba el día 24 de Febrero del año actual, al levantarse con una partida insurrecta en Ibarra, Matanzas.

*
* *

Susúrrase que Roloff, el cabecilla polaco, ha dispuesto que en adelante se reduzcan á infantería la mayor parte de las fuerzas insurrectas,

y que solo existan determinados escuadrones de caballería entre los *escogidos*, para proteger la infantería y hacer el servicio de avanzadas y postas de correo.

También se dice que ha dispuesto que se fraccionen todas las grandes partidas, de modo que ninguna pase de cien hombres. El mismo, se asegura, que sólo lleva 60 hombres.

* * *

La columna mandada por el señor comandante don José López Rozabal, compuesta de 200 hombres de Simancas, 50 de las escuadras y 20 de la Guardia civil, batió y dispersó al enemigo en Limones (Oriente), donde tenía su campamento Periquito Pérez, quedando destruído completamente.

El enemigo abandonó en el campamento dos muertos vistos é identificados, llevándose bastantes heridos.

Por parte de la tropa, dos soldados heridos; se le ocuparon también seis armamentos de fuego, municiones, 200 cartuchos que se repararon entre las escuadras, monturas, tres reses muertas, nueve caballos y un mulo.

El primer fuego se tuvo en Jaibo. La fuerza de Periquito era de unos 500 insurrectos y el campamento se componía de 210 casas bien amuebladas, así como la del jefe lujosamente.

A consecuencia de una confidencia adquirida en la noche del 24 por el general García Aldave, las fuerzas de su mando prestaron un buen servicio.

Cerca de Ciego de Avila fué sorprendido un grupo de seis insurrectos, que venían á aquel término con una comisión.

De los seis, en las descargas que les hicieron las fuerzas murieron tres, dos de ellos eran un tal Agramonte, de Puerto Príncipe; el bandido Evangelista, y el tercero no pudo ser identificado; los otros dos resultaron heridos, y fueron llevados á Ciego de Avila con los tres cadáveres de sus compañeros.

Dice un periódico de Puerto Príncipe:

«Según nuestros informes, que estimamos fidedignos, están ya haciendo los preparativos necesarios para la zafra, los ingenios Senadó y Lugareño, situados en las inmediaciones de la línea férrea.

En medio de la atonía que se experimenta en todas las manifestaciones de la vida, á consecuencia de la funesta lucha entablada, viene esta noticia á dar vida á la esperanza de que al cabo se normalice la marcha general de los asuntos financieros, y que hallen donde ganar el sustento centenares de padres de familia que son los más agraviados con la situación actual.

Los esfuerzos, pues, que para realizar la zafra hagan los señores Sánchez y Bernal, son verdaderamente laudables; y confiamos que sean beneficiosos al cabo, tanto para ellos que tienen invertidos en dichas fincas un capital inmenso, como para el país en general que mejorará su situación económica, bastante atrasada y difícil ciertamente.

Y poco ó nada más substancioso ocurre. Las operaciones permanecen inactivas aún, esperando los días secos, y por su parte, se dice que los insurrectos tienen órdenes de no aceptar combates.

Dentro de la guerra, tenemos, pues, algunos días de paz forzosa.



El complot separatista



ESDE el 24 de Octubre en que se facilitó á la prensa la noticia de haber sido atacada por unos campesinos, la guardia civil que conducía unos presos á Guayama, ni el Gobierno ni las informaciones particulares han vuelto á decir nada de aquel suceso que en centros oficiales se atribuyó á manejos socialistas.

La prensa de Puerto Rico aclara suficientemente el hecho, que es, sustancialmente, como sigue:

Por manifestaciones de un sujeto llamado Elías Vázquez, fué descubierta el 16 del pasado Octubre, en el pueblo de Arroyo (Puerto Rico), una conspiración *separatista*, organizada por una sociedad secreta que tiempo ha existía en el mismo punto.

Antes de ingresar en la Asociación el neófito, era conducido al campo, de noche, y sin más testigos que un individuo de los iniciados en el complot, juraba cooperar por las armas y por la propaganda de las ideas á que dejara de ser española la isla.

El juramento lo prestaba hincando la rodilla en tierra y sobre una cruz que trazaba con un machete el conjurado acompañante.

El premio ó recompensa de la conspiración consistía en la oferta de repartir tierras á cada separatista una vez lograda la libertad é inde-

pendencia de Puerto Rico. Por manera que, de un lado, la *conjura* era filibustera, y socialista por otro lado. Sorprendidos algunos conjurados, quedaron en poder de la guardia civil, la cual los condujo á Guayama,

no sin riesgo, pues en el camino, y machete en mano, salieron al encuentro de la benemérita unos 15 hombres, que lucharon en vano por conseguir la evasión de los detenidos. *La Integridad Nacional*, que ha publicado las noticias que anteceden, dice que los presos en los primeros momentos fueron 100, y la *Correspondencia de Puerto Rico* se hace eco del rumor de que iban á ser conducidos á San Juan el día 20 ó 21 de Octubre, 41 detenidos en Arroyo.

Gran importancia debió dar el capitán general señor Gamir al suceso, pues inmediatamente dirigió á las autoridades militares una circular de que tomamos estos párrafos.

«A la vez *encargo á los señores comandantes militares de los departamentos en que se halla dividida la isla que, sin invadir las atribuciones que corresponden á los señores alcaldes, como delegados que son de mi autoridad, antes bien con su conocimiento y acuerdo, tomen una activa y enérgica iniciativa, auxiliados por la guardia civil, en el descubrimiento y represión de tales reuniones ilegales, y hagan entregar á los que las preparan y á cuantos á ellas concurren á la acción del Tribunal competente.*



Don Manuel A'quesar.



Don Antonio Ruiz y Ruiz.

Por último, y *aprovechando la publicidad que ha de darse á la presente circular, haga un leal llamamiento á cuantos hombres de bien encierra esta hermosa y floreciente provincia, sin distinción de clase, condición ni origen, y sin exceptuar á los mismos ilusos comprometidos en tan peligrosas aventuras, para que me ayuden moral ó material-*

mente al logro de mi propósito, que no es otro que conservar la paz, la tranquilidad y el crédito de que por fortuna hoy se disfruta, y para cuya continuación no he de omitir ningún desvelo; pero empleando á la par la más severa aplicación de las leyes si este llamamiento fuese desoído.»

Es, por último, no menos interesante que lo copiado, esto que escribe *La Correspondencia* de Puerto Rico:

«Parece que no faltan emisarios, no sabemos de quién, que se ocupan de hacer propagandas maquiavélicas, sorprendiendo la buena fé y la candidez de nuestros campesinos, que, bajo ningún concepto, deben dejarse arrastrar por extrañas sugerencias. A eso y á las listas sorprendidas parece que obedecen los sucesos de Arroyo, donde se cuentan hasta la fecha unos 43 individuos detenidos. El general Gamir se ocupa con marcado interés, con celo digno de encomio, de averiguar la verdad de todas esas cosas, para obrar como lo aconsejan las circunstancias.»

* * *

El general Navarro, con Canella, y fuerzas llegaron á Perseverancia, reconociendo á Corralillo y Guanábana, Filipinas, potrero Casimba, La Toruna, Ramón, Palmarito, San Prudencio, Santa María, Sabana y Yerba de Guinea, habiendo tenido fuego durante la marcha con pequeñas partidas enemigas, que batió, causándoles tres muertos y recogiendo armas, municiones, dos acémilas cargadas de víveres, botiquín y correspondencia.

La tropa tuvo tres heridos.

El 27, á las nueve y media de la mañana, el comandante de la Guardia civil don Luis López Mijares, jefe de la zona de Aguada de Pasajeros, con una columna compuesta de 67 soldados de la segunda compañía del batallón de Barcelona, al mando de su capitán don Julio Llorente, y del segundo teniente de la misma, señor Rodríguez, y 25 guerrilleros del regimiento de Alfonso XII, al mando del primer teniente don Manuel Suero, dieron alcance, en el punto conocido por Galeón, próximo al río Hanábana, á una partida insurrecta de 400 á 500 hombres, bien armados, mandada por el cabecilla Pérez y el bandido Matagás.

Los insurrectos sostuvieron tres horas y media el fuego; dejaron doce muertos; se les calculan infinidad de heridos, y se les ocuparon 50 caballos con monturas.

Por parte de la tropa hubo tres heridos de la segunda compañía de Barcelona y el práctico don Mateo Carrazana, leve, de poca importancia.

En la colonia Santa Elena se encontraba destacado con 50 hombres el primer teniente del batallón de Canarias, don Alejandro López Molinero.

En la tarde del 29 se presentó ante la fuerza el referido oficial con raptos de enajenación mental, y haciéndoles cargos á los soldados por si se quejaban ó no del rancho, sacó su revólver y lo disparó sobre la fuerza, hiriendo á tres soldados, encerrándose en seguida en su habitación. A la mañana siguiente, al sentirse una detonación, se le encontró tendido en un charco de sangre, con una herida en la parte superior del cráneo, creyéndose que se hubiera suicidado.

* * *

El tren mixto que del ramal de San Juan se dirige á Cienfuegos por la tarde, fué tiroteado por una partida de 40 hombres bien armados y montados, que se supone sea la capitaneada por Núñez. La Guardia civil contestó al fuego. Uno de los carros está atravesado por las balas rebeldes de parte á parte.

Durante el tiroteo afirman, así el maquinista señor Fernández como el conductor señor Sardá, que una numerosa partida se encontraba acampada á no muy larga distancia del lugar.

Los centrales del término de Colón, en su mayoría, están dedicándose al arreglo de sus maquinarias para la próxima zafra, considerándose que ésta será buena, á juzgar por los cálculos siguientes:

Santa Gertrudis, de don Antonio González de Mendoza, 100.000 sacos.

Alava, de los herederos de Zulueta, 100.000.

Unión, del señor Lezama, 100 000.

Mercedes, de los herederos de Carrillo, 60.000.

Caney, de don Serafín Mederos, 50.000.

Aguedita, de don Francisco Rosell, 50.000.

España, de los herederos de Zulueta, 50.000.

Tinguaro, de don Carlos de la Rosa, 40.000.

La Vega, de don Serafín Mederos, 40.000.

Dulce Nombre, de don Emeterio Orruta, 40.000.

Occitania, de los señores Hauley y C.^a, 40.000.

Laberinto, de don Serafín Medero, 30.000.

No obstante lo poco atendidos que han sido los campos en este año, la caña se presenta gallarda y ufana.

Todas estas fincas y otras, cuyos nombres ignoro, comenzaron á moler desde el mes de Diciembre.

Las magníficas casas de la finca Céspedes, de don Ramón Rubio Hernández; las de Alonso Sánchez, del concurso de la Piña; otras cerca de

Tunicú y la de don Francisco Rodríguez, en Santa Lucía, han sido quemadas por los insurrectos.

El ingenio Jinaguayabo (a) San Rafael, en Remedios, ha sido incendiado por tres puntos distintos.

Continúan á diario los incendios de fincas en la provincia de Santa Clara.

Según nuestros informes, se presentaron, en Santa Clara, 80 insurrectos al general Suárez Valdés.

Dice un periódico de Santiago de Cuba:

Se nos ha informado haber llegado á Playa del Este el vapor San Fernando, conduciendo de Buenos Aires 1.300 hombres que vienen á esta isla á compartir las fatigas de la guerra defendiendo el pabellón nacional.

También hemos sabido que saldrá para aquel lugar el vapor Benito Estenger que con el Tomás Brooks que se encuentra en Caimanera harán el transbordo de los expedicionarios voluntarios.

Igualmente hemos sabido que se les prepara un espléndido y entusiasta recibimiento por el excelentísimo Ayuntamiento.»

El meeting filibustero se celebró en Filadelfia en el vastísimo salón de la Academia de Música, con asistencia de 2.000 personas, y entre ellas, lo más escogido de la sociedad laborante.

El corresponsal del *Heraldo* escribe los siguientes detalles desde Filadelfia:

«Presidía el general Fisher, y llevando la voz de aquel extraño concurso el Rdo. Russell, Conwell y el coronel Mac Cluve.

¿Sus discursos? Mezclen ustedes las mayores columnas con triviales vulgaridades, añadan algo de insustancialidad y un poco de la exageración á que son tan aficionados los americanos y tendrán idea de estos recitados del odio, en que el lugar común se repite con tal monotonía que Flaubert hubiera encontrado aquí *Bouvards* y *Pecuchets* á granel, sin tener que añadirles las galas maravillosas de su ingenio.

Anotemos algunos párrafos de la perorata del reverendo.

—Si en Cuba hubiera escuelas la tiranía española y sus sanguinarios procedimientos durarían poco; pero allí no se permite instruir á los niños y el padre que no los quiera en estado de salvaje, ha de enviarlos á los Estados Unidos, burlando las indagaciones de la policía.

El gobernador general de la isla es un tirano sediento de sangre y dueño de vidas y haciendas, de las que puede disponer á su capricho;



Mr. Richard Olney.

único ejemplo que resta ya en el mundo civilizado de una tiranía abolida en todas partes, llamada á desaparecer para el desarrollo del progreso.

Debemos emplear la persuasión con España; pero si no diera resultado y ésta no concede á Cuba la independencía, la conquistaremos, á la fuerza, con nuestro ejército y nuestra marina.



—¡Viva Cuba!—fué la unisona contestación de los rebeldes... (Pág. 155).

Y debió de pesar en el ánimo de los oyentes, el discurso del reverendo Conwell porque en el sentido de sus palabras se inspiraron las conclusiones del meeting enviadas al presidente de la república.

La última dice que «el espíritu de la doctrina de Monroe que protege á los pueblos de este continente de la opresión de los invasores extranjeros, debe sostenerse por el ejército y la marina cueste lo que cueste.»

La opinión pública.

Se ha verificado un cambio en la opinión de esta República, que en

Cuaderno 50—T. II.

Precio 10 cent.

nada favorece á España, y mío de entendimiento había de ser quien no lo viera á poco de permanecer en los Estados Unidos.

En los comienzos de la insurrección actual no contaban los separatistas aquí con más elementos que los propios, y á lo sumo la oculta simpatía del Gobierno; el país permanecía indiferente á los manejos filibusteros.

Causas diversas, entre las que hay que reconocer la extraordinaria actividad desplegada por la colonia insurrecta, han hecho variar ese estado de cosas, en términos que hoy el Gobierno, real ó aparentemente, que esto no me atrevo á asegurarlo, está á la zaga de la opinión, que simpatiza ostensiblemente con los insurrectos y busca ocasiones en que poder demostrarlo, asistiendo á los meetings de Chicago, de Washington, á los celebrados en distintas poblaciones de los Estados Unidos y al que acaba de verificarse en Filadelfia.

Los insurrectos acosados por las tropas decaen en su espíritu militar, y los cabecillas se ven obligados á combatir en primera línea para animarlos; débese á esto el considerable número de jefes que resultan heridos en los combates.

Máximo Gómez ha dictado una circular que revela gran enojo ante la flojedad de los insurrectos: manda á los jefes que sean inexorables con los desertores aprehendidos y con cuantos se muestren tibios en la refriega.

Recuerda á las fuerzas rebeldes que su principal objetivo es imposibilitar la circulación por las vías férreas y destruir los ingenios, incendiando los cañaverales. Será considerado como traidor, fusilándolo en el acto sin formación de juicio, todo cubano que, desobedeciendo las terminantes órdenes del generalísimo, preste el concurso de su esfuerzo personal á las faenas agrícolas ó al trabajo de las fábricas.

La circular del tristemente célebre cabecilla produce general indignación y revela que, lejos de disponerse á transigir, persevera en sus propósitos de arrasar la isla si no prospera la insurrección.

Es verdaderamente notable la operación realizada por la columna del teniente coronel señor Palanca, cerca de Placetas.

La columna era de 400 hombres y llevaba dos piezas de montaña.

El enemigo estaba oculto en un cañaveral, y recibió con dos descargas cerradas á nuestras tropas.

Para llegar al enemigo sólo había un mal camino en cuesta, por la cual el teniente coronel mandó avanzar la artillería, que se situó á la altura de las guerrillas. Retiráronse éstas para que los cañones hicieran fuego, y comenzaron los disparos á 700 metros. El enemigo huyó ante los terribles efectos de la metralla.

Los proyectiles les persiguieron hasta los mil metros, y después se

puso la columna en seguimiento de las fuerzas insurrectas, por una estrechísima vereda.

El teniente coronel preguntó al teniente de artillería, don Vicente Sebastián, si podría marchar por allí la artillería.

—Mi teniente coronel—contestó el oficial—la artillería de montaña puede ir á todas partes donde sea preciso.

Se entró en la vereda, abriendo paso con el machete. De vez en cuando un grueso tronco obstruía el camino, entonces los sirvientes de las piezas cogían á pulso á los mulos, y en hombros los pasaban al otro lado. Ni uno solo se cayó.

El efecto moral que hizo el fuego sobre los insurrectos, que no esperaban entrase allí la artillería, fué tremendo. Al poco rato corrían llenos de terror, encontrando nuestras fuerzas sombreros, hules, hamacas, comidas, monturas, impermeables, etc.

De vez en cuando los insurrectos hacían un pequeño alto y rompían el fuego; pero en seguida que la vanguardia les atacaba, volvían á correr, dejando efectos y abandonando un saco con municiones Maüsser.

Al amanecer hizo el enemigo nuevos disparos: se le contestó, haciéndole un muerto y un prisionero, continuando la columna recogiendo caballos y efectos.

A las once se encontró una charca fangosa. El médico analizó el agua, y mientras tanto se puso un guardia para que nadie bebiese. Dijo el médico que el agua era potable, y todos apagaron su sed con aquella agua mezclada de fango, pero que supo á gloria.

A la una de la tarde se llegó á unos bohíos, donde se dió rancho.

La tropa y el ganado llevaban 33 horas sin beber y sin comer.

El teniente coronel prodigó grandes elogios á la artillería.

Se cogieron 86 caballos, 57 monturas, 30 machetes, un botiquín y numerosos efectos.

* * *

Casas quemadas.

Tan sólo en el día 20 de Noviembre y pertenecientes á don Modesto, han destruído los insurrectos en Remedios, por medio del incendio, las casas de los siguientes arrendatarios: José María Torras, Pablo Rodríguez, Antonio León, José Tripita, Domingo Gabino, Domingo Rodríguez, Tomás Siete Cabezas, Vicente Cristo, José Hernández, viuda Carra, Isaac Martín, José Antonio Gutiérrez, José Basilio (casa tabaco), Blas Manuel Ruises, Panadero, Domingo Lavín, Juan Díaz, Domingo Gómez, Panchón, Petrona Pino, José Martínez (casa vivienda).

Algunos arrendatarios perecieron carbonizados.

Por noticias adquiridas al regreso de la columna del señor comandante don Ricardo Callol, que salió del poblado de San Juan de las Yeras en el día 27, se ha sabido que como á las diez de la mañana y en el lugar donde estuvo el poblado de Potrerillo, la vanguardia de la columna sostuvo fuego con las partidas insurrectas mandadas por los cabecillas José L. Cepero, Rojita y Sarduy, cogiendo prisionero y herido á un individuo blanco, natural de la Esperanza y nombrado Manuel de la Rosa.

Una sección de la columna del Comercio, al mando del teniente señor Solana y de órden del jefe de la misma, atacó con arma blanca á los rebeldes, teniendo la desgracia de perder á un soldado, que quedó muerto, y haber sido herido otro, de machete, en la cabeza.

Tanto el soldado como el insurrecto heridos han sido trasladados á aquel pueblo.

Además de los cabecillas citados, había otra partida, mandada por Carabalo, compuesta de ciento veinte hombres.

En este encuentro salió herido de bala en la cabeza el cabecilla Rojita y cinco más, que fueron curados en las casas de la loma de la Jutía.

Han sido vueltos á cortar los hilos telegráficos entre Mata y Cifuentes, y también fueron cortados entre ésta y Rodrigo. Los últimos han quedado arreglados ya por los reparadores de telégrafos que salieron en una casilla blindada, con fuerzas, á componerlos. Seguidamente siguieron á la línea de Camajuaní á componer los que están cortados entre Mata y Cifuentes. Es de suponer que este corte sea en el susodicho crucero del Líbano, puntos por donde, al parecer, se encuentran los insurrectos con mucha frecuencia.

Los insurrectos, en número de 800 á 1,000 hombres, atacaron con tesón y decidido empeño por tres puntos distintos el barrio de la Sábana de Camajuaní, logrando á duras penas, y por encontrarse los voluntarios en sus faenas agrícolas, quemar unas sesenta casas y teniendo que sostener un reñidísimo combate con aquellos infelices que dejan el humilde arado por el fusil y el azadón por el machete.

Inmediatamente salió el comandante militar de aquella villa con fuerzas de Burgos, San Marcial y voluntarios de Camajuaní, no pudiendo evitar el que quemaran muchas casas y mataran algunos de los voluntarios y paisanos.

Todo el día están llegando á Camajuaní familias cargadas con sus hijos, muchos descalzos y todos sin más ropa que la puesta.

* * *

Carta de un soldado.

Por el último correo se ha recibido carta de un soldado voluntario

del batallón peninsular número 1, y que se encuentra de guarnición en el fuertecillo de Manatí (Puerto Padre). La epístola en cuestión tiene párrafos dignos de ser conocidos, aun cuando solo fuese por la espontaneidad con que están escritos y porque pintan á lo vivo el espíritu que reina en el ejército de Cuba:

«Aquí—dice el soldado—hay una calma relativa, pues, según parece, se ha celebrado una reunión de cabecillas en un sitio denominado Sabana la Mar, distante de este poblado unas tres leguas, y el tema de dicha reunión creo que ha sido el ataque á este fuerte. Veremos si vienen.

Me parece que los insurrectos están pasando hambre, pues aquí no se deja sacar nada de los bohíos, según la orden estrecha que nos dió el teniente señor Vegas, y puedes creer que de aquí no sale una rata sin que la registremos. Nuestro teniente es el coco de la gente maleante y el sosiego y tranquilidad de las personas honradas de este poblado.

Excuso decirte que si los insurrectos tienen hígados para venir aquí (lo cual no harán hasta que se hayan reunido muchísimos), desgraciado del que veamos entre la ranura del alza y el punto de mira, porque se puede contar entre los difuntos.

Pero está visto que á esta gente le asusta la idea de morir vestido, pues baste decirte que hace unos días salimos 20 hombres al mando del teniente, y cuando las partidas que por aquí andan se enteraron de que íbamos á sus alcances, escaparon como gamos y no pudimos echarles la vista encima.

Las salidas secretas las hacemos con mucho sigilo, tanto que no lo saben ni los mismos vecinos de este poblado. De este modo no nos sorprenderán nunca los insurrectos, y cuando podamos cogerles va á ser para nosotros aquel día fiesta nacional.

Cuando vamos á hacer una salida, solo lo sabemos pocos momentos antes, y vamos saliendo del fuerte uno á uno. Los primeros dan un paseo alrededor del fuerte, como si buscaran caracoles para pescar; otros van con el machete cortando palos de la manigua, y los demás como quieren, y como la manigua comienza á 200 pasos del fuerte, en ella nos reunimos y nos internamos sin que nadie lo note.

Reunidos ya, el teniente nos dispone con nuestra pequeña vanguardia, retaguardia y flanqueos, como si se tratara de un pequeño ejército.

En fuerza de salir conocemos de tal modo el terreno, que aun cuando se quedara solo alguno de nosotros, volvería al fuerte con toda seguridad, aunque fuera á ojos cerrados. Así es que nunca llevamos práctico.

Hasta ahora no hemos rehuído ningún encuentro, al contrario, siempre estamos indagando por donde se encuentran los mambises para meterles mano, y nunca se nos ha ocurrido preguntar si van muchos ó pocos, porque lo mismo nos da.

¿Qué van tantos como nosotros? Pues á la bayoneta. ¿Que van ocho ó diez veces más que nosotros? Pues clavamos la rodilla en tierra y tiro va tiro viene, pero no nos hace retroceder ni una locomotora.

Tenemos un perro tremendo al que no he oído todavía ladrar, pero en cuanto hay un soldado fuera del fuerte ya está á su lado y da vueltas y olfatea, y como encuentre algo extraño no para hasta llamarle la atención y hacer que se vuelva al fortín.

Al lorito le hemos enseñado á decir: ¡Maceo, Maceo, qué apurado te veo!—¿Quién va ir á tierra?—¡Amador Guerra!—¿Y el de poca vida?—¡Santa Lucía! y otras cosas por el estilo que repite el animalito con una fruición verdaderamente española.

Las partidas que acuden por aquí son de 40, 50 y 70 hombres; en fin, de todo como en botica. En Sabana la Mar tienen taller de zapatería y de recomposición de armamento.

El comandante del Jorge Juan piensa hacer un desembarco con 80 hombres y alguna ametralladora á ver si puede apoderarse de esos talleres. Ojalá nos manden agregarnos á esa expedición, porque desde la acción de los Moscones no le he visto la cara á ningún insurrecto.»

*
* * *

Se ha concedido el empleo de segundo teniente, con destino á Cuba, al sargento Sebastián Core Adamero.

Se ha concedido el empleo de segundo teniente de la escala de reserva retribuida del arma de artillería, con destino al ejército de Cuba, á los sargentos D. Fernando Morales, D. José Veiga, D. Antonio Infantes, D. Juan Caballero, D. Manuel Rodríguez, D. Francisco Lliteras, D. Emiliano Antón, D. Salustiano Rodríguez, D. Dionisio Belmonta, D. José Lumpié y D. Jerónimo Serra.

Máximo Gómez.

La Bandera Española de Caracas, retrata así, al jefe insurrecto:

«En el año 1862 entregó su país, Santo Domingo, á España, á cambio DE TREINTA MONEDAS y del empleo de teniente coronel que le dió el Gobierno español.

Poco después de iniciada la insurrección de Cuba se vendió á los rebeldes, haciendo traición á España, su patria adoptiva.

En 1878, titulándose *generál libetadó*, firmó la capitulación mediante otro puñado de monedas, con las cuales compró una finca en Santo Domingo, traicionando de ese modo á los separatistas.

Y ahora, no sabemos á quién hará traición; por de pronto no permite hacer azúcar.

Anotamos estos rasgos del tío Máximo para que la *historia* se ocupe en su *diamantina página* der pretigio eplendoroso del egregio y exiomio generá libetadó.»

*
*
*

Se ha presentado en Santiago de Cuba el titulado oficial de la insurrección don Francisco García y García, natural de Asturias, antiguo sargento de la guardia civil, y que desde el 25 de Febrero se fué al campo insurrecto con Amador Guerra.

Interviewado por un corresponsal, éste refiere lo que sigue:

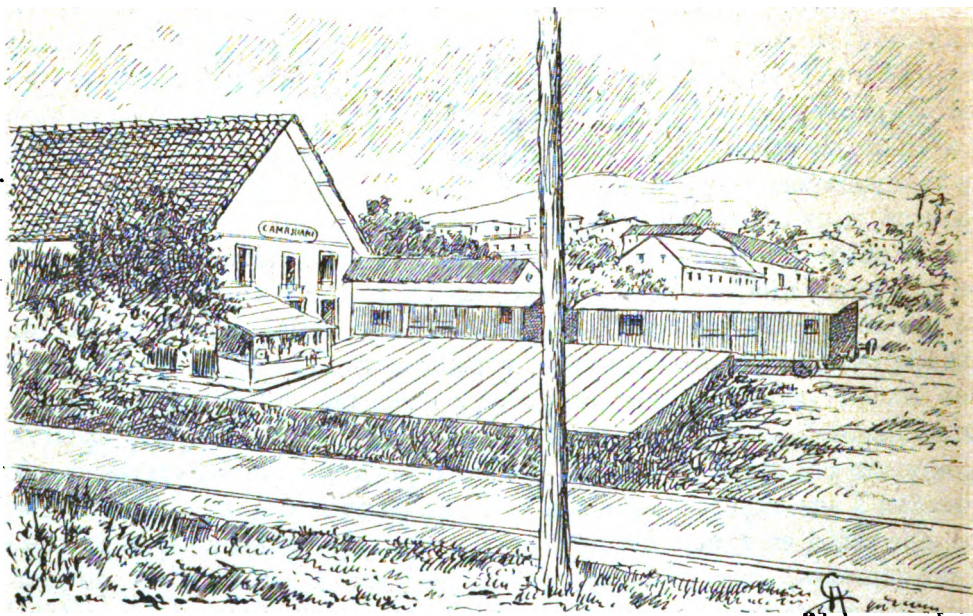
«Dice García lindezas de cuanto por allá está pasando. Estuvo con Máximo Gómez en la acción de Dos Ríos, y desde entonces no se había separado de él hasta el 24 de Septiembre, que obtuvo licencia para pasar á operar á su zona, en unión de Juan Vega, cabecilla que se había marchado de aquí disgustado con sus compañeros. Hablando del estado de la insurrección, dice que allí no hay entusiasmo ni nada que se le parezca; que todos van á su negocio; que los jefes de las partidas, según el punto por donde operan, permiten la extracción de reses á razón de tres pesos una, y que ese dinero no va á ninguna junta y sí al bolsillo particular de cada uno; que como consecuencia de esto, se han originado innumerables rivalidades y celos entre los jefes, pues aquellos que hacen poco negocio ó ninguno, no ven bien á los que á diario se están llenando el bolsillo; que los insurrectos empiezan ya á abrir los ojos y ver claro que solo están sirviendo para que unos cuantos se enriquezcan á sus expensas; que son la carne de cañón; que en el Camagüey los que están en armas claman por la paz; que Máximo Gómez tiene, efectivamente, llagas en una pierna, pero que á pesar de ese, monta á caballo, aunque se supone ha de sufrir horriblemente; que cuantos le rodean le odian, pero que no desertan, unos por temor y otros por la influencia de su segundo, Alejandro Rodríguez, á quien todos quieren por su carácter diametralmente opuesto al de su jefe.

Preguntado por las fuerzas que podría haber con armas entre el Camagüey y Oriente, contestó que en el Camagüey el número de armados no pasa de 1,000, y que les quedan muy pocas municiones en la actualidad; que en Oriente el número de hombres armados quizás pase de 4,000, y dispone de más municiones que los del Camagüey, pero no tantas que puedan desperdiciar un solo cartucho. También dijo que la dinamita de que disponían en el Camagüey procede de Cuba, donde fué precisamente, en unión de otros dos, á buscarla, junto con algunas municiones que llevó, todo en tres mulos.

Asimismo, que el marqués de Santa Lucía, titulado presidente de la república, acababa de venir á Oriente, en unión de López R. Recio,

R. Manduley y Enrique Céspedes, cuyos tres individuos son miembros del Gobierno; que su venida á Oriente tiene por objeto convencer á Massó que acepte el nombramiento de vicepresidente de la llamada república, á lo que se niega abiertamente aquél. Pretende también el marqués en su viaje á Oriente tratar de formar un contingente de 1,000 hombres que pase á Las Villas á sostener allí la insurrección, pues temen que si esto no se hace, aquello no tenga más remedio que ceder. Para jefe se desea que vaya Maceo, pero ni éste entra en esa arriesgada aventura, ni los de aquí quieren salir de los puntos donde son prácticos y están cerca de sus casas.

Al preguntarle su idea sobre el término que tendría esta guerra, con-



El paradero de Camajuaní en el momento de llegar el tren.

testó que durará lo que dure el ganado en el campo, y como ellos mismos lo están trayendo de las lomas para poder comerciar y hacer su agosto, de aquí que al paso que va antes de dos meses no habrá una res en el monte y no les quedará que comer.

Dijo asimismo que lo único que podrá demorar algo la pacificación es la perspectiva de la zafra, pues con ella se proponen pingües resultados, y naturalmente procuran sostenerse, interín puedan sacar algo del hacendado.

Que por aquí ya han pactado con algunos dueños de fincas á razon de 30 centavos por saco, y que por otros puntos piden más. Asegura que los únicos jefes de importancia de quienes nada se dice, ni se les conocen tratos de este género, ni que hayan incendiado, son Rabí y Massó.

También dijo que los de Oriente están disgustados con los de Camagüey y Las Villas, por no haber sacado la candidatura de Massó, y que Rabí está en completo desacuerdo con Maceo y Máximo Gómez, por las depredaciones que éstos cometen.

Dice que la política del general Campos trae desconcertados á los jefes, pues no pueden contar con la gente, ni obligar.



Rogelio Añino.

los á combatir, temiendo siempre apretarles la mano por el temor de que se les vayan, y á tal punto juzgan inconveniente y perjudicial para ellos este estado de cosas, que cuando se dice que se



Capitán Gabaldá.

trata de hacer la concentración, son los primeros en desearla, tanto porque con eso no podrá cada personalidad tratar particularmente con la independencia que hoy lo hace, como porque de esa manera todo individuo que se halle en el campo será considerado insurrecto, y por lo tanto, forzoso les será que haya más cohesión y más disciplina.

* * *

De Aguada Pasajeros, en tren expreso, salió á operaciones el día 27 de Noviembre, una co-

luna mandada por el comandante señor Mijares, y compuesta de 67



Juan B. Lisboa.

números de Barcelona á las órdenes de su capitán señor Llorente y teniente señor Rodríguez, guerrillas de Alfonso XIII con sus tenientes señores Suero y Pompido: más 4 guardias civiles: 103 hombres, en total.

La partida que el cabecilla insurrecto *Pancho Pérez* capitanea y á la que sirve de práctico Matagás, tuvo conocimiento de la salida de la columna, número de hombres que la componían, movimientos en proyecto y otros pormenores, y de Cayama, donde se encontraba acampada, se dirigió hacia Cocodrilo, con intento de pasar por Cayo Espino, primero, y más tarde por Jagüey Chico, vadear el Hanábana é introducirse en la provincia de Matanzas, incorporándose á las distintas partidas que por allí pululan.

Cuando el comandante Mijares llegó á Campiña y allí se enteró de lo que ocurría, por medio de exactas confidencias, determinó muy astutamente regresar á Aguada en el mismo tren, llegando á ésta á las cuatro de la madrugada, sin novedad alguna.

El señor Mijares, sin darse momento de reposo, tomó las medidas oportunas y á poco de llegar á ésta emprendió viaje nuevamente con su columna hacia determinado lugar, donde se proponía cortar la retirada á los rebeldes invasores.

Al pasar por Cocodrilo la partida de *Pancho Pérez*, su cabecilla dió órdenes de que le siguiesen, para utilizarles más tarde como prácticos, al vecino don Nadal Farragui y á sus hijos, que á viva fuerza arrancaron del hogar.

Pérez y los de su partida andaban lentamente, llenos de confianza, suponiendo á la columna en dirección opuesta á la por ellos emprendida.

Júzguese, pues, cuál no sería la sorpresa que experimentaron, cuando, llegando al Galeón, cerca de la laguna de Guevara y á dos leguas del río Hanábana, la tropa les salió al paso con el imponente ¡alto! y la pregunta de rigor: *¿Quién vive?*

--¡Cuba libre!—contestó, no obstante, la sorprendida gente y tras la contestación repetidos tiros hicieron creer por algunos momentos que estaban dispuestos á aceptar—¡cosa extraña en verdad!—un combate en toda forma. La columna comenzó sus movimientos convenientes, contestaba al fuego enemigo con otro más graneado y atenta siempre á la voz de sus jefes, con esa disciplina inimitable y ese arrojo que á toda ponderación excede, desbarataba de continuo el plan de los rebeldes, tendente á envolverla con su superioridad numérica, intentando el copo.

Al empuje indomable de aquellos hombres valerosos y disciplinados, los rebeldes comenzaron á ceder, fueron replegándose hacia la manigua y ejecutaron un simulacro cuyo maquiavelismo á poco se puso de manifiesto.

La contienda había durado tres horas y media.

Ya en la manigua, ocultos unos, otros reunidos en pequeños grupos, agitaron simultáneamente sus pañuelos, como indicando tregua.

—¡Alto el fuego!—ordenó el señor Mijares, y valiente, pero cauteloso, se adelantó á la columna.

Pancho Pérez le indica que se aproxime algo más, pero sin él abandonar su puesto.

—Señores—les gritó el comandante, que por momentos creyó en su indicado propósito—nuestro ilustre jefe, el general Martínez Campos, siempre magnánimo, por mi conducto les ofrece el indulto. Venid á nosotros y no seréis molestados; volved á vuestros hogares y decid conmigo: ¡viva España!

—¡Viva Cuba!—fué la unísona contestación de los rebeldes y más nutrido, más tenaz que el anterior, fué su fuego contra las filas leales á las que pretendieron engañar, salvándose milagrosamente el comandante, y alcanzando un proyectil al práctico Carrasana, que quedó herido, así como el asistente Pozo.

En estos instantes supremos, el guardia Agapito Saco hizo un disparo al abanderado de la partida, Bernardo Matos, tan certero, que á poco caía sin vida el *mambis*, hermano del célebre tuerto del mismo apellido.

El sargento Batalla mató de un tiro el caballo que montaba el cabecilla Pérez.

Los rebeldes, que se dispersaron por distintos lugares, dejaron sobre el campo algunos muertos y no pocos caballos abandonados.

La fuerza tuvo tres heridos y dos caballos muertos.

Créese que el intento del cabecilla Pérez era traer á la manigua á la fuerza, haciéndoles creer que pretendía rendirse, para una vez que se encontrase allí, darle una carga al machete por sorpresa y con fuerzas abrumadoras.

Como á las tres de la tarde, hora avanzada ya, dado que la columna no había tomado aún ningún rancho, decidió el comandante Mijares su regreso á Aguada, y así lo efectuó, siendo aquí recibido con vivas y calurosas felicitaciones.

El señor Mijares hace grandes elogios de sus soldados, y en particular de sus oficiales señores Llorente, Rodríguez, Suero y Pompido, así como también del sargento Batalla y del guardia primero don Agapito Saco.»

*
*
*

Dice *La Discusión*, de la Habana:

«Hace meses dijimos que había en la Habana una intriga, con su curso en Madrid, para lograr la dimisión del general Martínez Campos.

Este, á pesar de todas las concesiones que ha hecho al partido derechista, no ha logrado atraérselo.

Los constitucionales ponen sordina á su desagrado, pero siguen su trabajo en Madrid.

Cuentan con dos ministros, los señores Romero Robledo y Bosch, y esperan que éstos consigan la cooperación del señor Cánovas.

Es inevitable una crisis ministerial, originada por la cuestión de Cuba, á no ser que una de las dos tendencias que pugnan dentro del Gobierno, haga capitular á la otra.

Si la que vence es la tendencia romerista contraria á la política del general Martínez Campos, ya se sabe lo que le espera á este país, un régimen turco, una copiosa sangría en la población cubana y, como consecuencia, la intervención de los Estados Unidos.

Buenos españoles están los imprudentes que quieren crear en Cuba esa desastrosa situación!»

* * *

Son dignas de conocer las siguientes cartas mediadas entre el cabecilla moreno Falero y el guardia civil Cándido Santa Eulalia, comandante del puesto de Dolores:

«Señor comandante del puesto de la guardia civil de Dolores.—Muy señor mío: Por orden superior y que bajo ningún pretexto puedo dejar de cumplir, tengo que tomar el fuerte que usted ocupa, mañana, á las nueve, sin falta.

Yo, para no cometer un acto infame y dar muerte *Terrible* á ustedes que serán víctimas de un Gobierno... les advierto esto para si quieren entregarse sin *folmar combate* y librarse de perecer todos si se oponen al rendimiento.

»Usted si se entrega y quiere pasar á nuestras filas, *obtendrá* el grado de SARGENTO PRIMERO y en buena paz y unión, le ofrezco la mayor consideración y hermandá.

»Y si se oponen será destruído el fuerte por cuatro bombas de dinamita y 300 hombres que á las nueve próximamente les tendremos sitiados. La contesta la espero en seguida.

»Quedo de usted con consideración:—El capitan, José María Falero. Por orden, el ayudante, C. Crespo.»

A esta carta contestó el jefe del destacamento con la siguiente:

»Sr. D. José M. Falero.

»Muy señor mío: Enterado de su atenta carta, debo manifestar que yo soy español, y sobre todo que pertenezco á la benemérita Guardia civil; y que habiéndome mis dignos jefes honrado con el mando de este destacamento, primero prefiero mil veces la muerte, que yo serle traidor á mi patria y olvidar el juramento de fidelidad que presté á la gloriosa bandera española, en cuya defensa derramaré mi última gota de sangre

antes de cometer la vileza de entregarme con vida á los enemigos de España y de mi rey.

»El ascenso que me proponen para nada lo necesito, porque estoy orgulloso de vestir el uniforme de soldado, y mi mayor gloria sería morir con él. Mis jefes también saben premiar á los que saben defender su honra, y así es que reunidos aquí con todos mis dignos compañeros, rechazamos con energía todas vuestras predicciones y amenazas, y estrechados como buenos hermanos y como defensores de este pedazo de terreno, gritamos, pero muy alto, para que ustedes lo oigan: ¡Viva España!»



Lo que pasa en Matanzas



DESDE un importante poblado de Matanzas, personas conocedoras del país y de la guerra, escriben lo que sigue:

La importancia de la guerra es grande y cada día la tiene mayor. El enemigo no baja hoy de 40 á 45 mil hombres; menos de las capitales y poblados principales está enseñoreado de la extensa zona que comprende el departamento Oriental, donde no se hacen operaciones por nuestras fuerzas, porque en cuanto desalojasen un punto lo ocuparía en seguida el enemigo. Cuenta éste además con muchas fuerzas que tienen invadido el territorio de la provincia de Puerto Príncipe, y donde mejor organizadas están aquellas es en la de Santa Clara, donde las tienen en continuo movimiento por todo el espacio que comprende, conocido por el de Cinco Villas (Sagua, Remedios, Sancti Spiritus, Cienfuegos y Santa Clara). En esta última provincia es donde hoy realmente está el foco de la insurrección. Por su situación central con respecto á la isla recoge las fuerzas que le llegan al enemigo de otras provincias ó bien las dispersa por estas cuando le conviene. A las puertas mismas de cualquiera de dichas cinco importantes poblaciones hacen toda clase de estragos *diariamente* los insurrectos; en algunos barrios de las mismas han llegado á penetrar y cometido crímenes y llevado á cabo saqueos de establecimientos, y e

rarísimo el día que no sostienen tiroteo con las tropas que defienden los fuertes nuestros, procurando cuando menos, hacernos algunas bajas. De las seis provincias que tiene la isla, hasta hace unos 25 días se hallaban libres de insurrección las de Pinar del Río, Habana y esta de Matanzas. Hoy ya tenemos partidas en las tres. Comenzaron, como siempre, con levantamientos de 20 á 25 hombres, más tarde se fueron reuniendo, no obstante la inmediata persecución que se emprendió, y ahora ya hay alguna que cuenta con más de 200 hombres.

Tiene el enemigo sobre nosotros las siguientes ventajas: la falta de bajas por vómito, que nosotros, desgraciadamente, las hemos tenido numerosísimas y aun continuamos teniéndolas con una cifra muy considerable de mortalidad; facilidad de racionarse, pues que en los puntos donde se hallan tienen hechos sus plantíos de viandas, que aprovechan, como el abundante ganado de todas clases que existe en los potreros y demás fincas, del cual se han aprovechado, impidiendo la exportación bajo pena de la vida, en tanto que nuestras tropas tienen que cargar con las raciones cuando van á operar, sufriendo las penalidades de las marchas por caminos cenagosos, cruzando ríos con agua hasta el pecho, teniendo que acampar al descubierto y sin poderse defender de las agresiones de un enemigo que durante la marcha suele hacerle fuego desde el interior de alguna manigua, huyendo en seguida, sin haberse dejado ver y concentrándose donde está el grueso de sus fuerzas en grandes casas de hoja de palma ó de guano que les preservan del agua y de la intemperie; la simpatía con que todo lo que tiende á defender el separatismo es acogido siempre en este país por los aquí nacidos, que se excusan de darnos datos sobre la situación y elementos con que cuentan los insurrectos, lo cual siempre hemos de conocer á fuerza de fatigas y desvelos, y que en cambio les falta tiempo para informar á los rebeldes de todo cuanto saben sobre nuestras tropas y sobre todo la dirección de sus marchas y número de individuos que forman las columnas; por último, la falta de responsabilidad en que se deja á todos los que están en armas—no siendo cabecillas—pues cuando quieren, con solo presentarse á las autoridades, saben que éstas tienen orden de ponerles inmediatamente en libertad con solo la exigencia de anotar los nombres de los presentados. Estos, que en su inmensa mayoría hacen su presentación sin armas, que acostumbran á dejar escondidas en el campo, aprovechan su libertad para descansar, hacer propaganda de sus ideales, exagerando el poderío de los insurrectos, alentar á los irresolutos ó indiferentes, proveer de lo que necesitan cuando retornen al campo enemigo, adquirir nuevas sobre el espíritu, número y propósitos de las tropas, cualidades de los jefes que las mandan y si éstas hacen salidas, que número de raciones llevan y terrenos por donde van á operar.

Ha llegado el descaro al extremo de que algunos presentados llega-

ron á proponer á individuos de nuestro ejército la venta de sus municiones y hasta la entrega de edificios militares. Cosa corriente es que la propaganda de ideales y la impunidad de lanzarse al campo insurrecto dé sus frutos, y así en cuanto los propagandistas han conseguido 6 ú 8 adeptos, de la noche á la mañana desaparecen, toman (roban, es la palabra), en el primer potrero que encuentran los caballos que mejor les cuadra y nunca les falta, si carecen de armas, medio de proporcionárselas por algún individuo de Cuerpo de Voluntarios ó algún empleado armado de alguna finca, á quien, si no se las dá, se la quitan y para eludir la penalidad de ser cabecillas y estar en disposición de



Panorama de Tanarime.—Lego Nosi.

volver á presentarse, pasan á engrosar otra partida ó bien se incorporan á la de procedencia del que los ha sugestionado. Ya en esta forma roban, incendian los edificios de los que les son desafectos ó han prestado algún auxilio á nuestras tropas ó al Gobierno, levantan rails de los ferrocarriles para impedir la circulación de los trenes, satisfacen alguna venganza personal dando muerte á quien les parece; si tienen dinamita vuelan puentes y obras de fábrica, hacen alguna emboscada por donde saben que ha de pasar alguna fuerza del ejército, una descarga, y acto continuo á la huida; si han hecho alguna baja ya está logrado el propósito. Con el fruto de su rapiña y la satisfacción de sus hechos vuelven—sin armas—á presentarse en otro punto á las autoridades y á disfrutar inmediatamente de la libertad que utilizan para continuar su faena propagandista, gozar de lo robado y dar noticias útiles á los que dejaron en el campo. Hay individuos que se han presentado ya cinco y seis veces, cuyos nombres ha publicado la prensa y que á fuerza de im-

La dinamita en la Resbalosa. (Pág. 171.)



Manuel Doral Alonso; herido.



José Alvarez Fernández; herido.



Don Cosme Loise; pasajero muerto.



Maquinista.

Sr. Mendoza,
reporter del Diario de la Marina.

Conductor,
José Menéndez.

punidad se han acostumbrado á la vida del riesgo y hoy están mandando partidas. Lo que se hace incomprensible es que no se vaya aquí todo el mundo á la insurrección con las disposiciones que rigen para sofocarla, pues excepto los cabecillas y los que se hagan prisioneros en una acción ó encuentro, todos los demás disfrutan de la libertad seguidamente de su presentación; resúltales así la vida cómoda, y en cambio el que permanece tranquilo en su casa, se expone, si no hay tropas, ó las que hay se retiran para otro punto, después de estar trabajando para vivir, á que su persona y hacienda y animales estén á merced de los merodeadores que les acechan. Este sistema tiene muy disgustado al elemento sano español, que no protesta en alto por no amenguar el prestigio y autoridad del general en jefe, á quien conocen muy buenos deseos de dar término á la guerra, pero que entienden se equivoca con el plan actual—que es indefinido,—puesto que observan que la insurrección aumenta notablemente de día en día, y toma asiento en lugares á donde nunca llegó en la pasada guerra.

Contribuye mucho á la gravedad de la actual, la profunda división del partido español. Aun en estas circunstancias en que constitucionales y reformistas debieran unirse para combatir al enemigo común, pierden su tiempo entregándose á las más vivas polémicas por medio de la prensa y en sus círculos, olvidándose de auxiliar y acrecentar el entusiasmo del ejército, así es que éste, á diferencia de lo que en la pasada campaña ocurrió que por todas partes encontraba decidida protección y agasajos de los peninsulares representada en hechos prácticos, salvo en muy contadas localidades, cuanto disfruta se lo debe exclusivamente á la nación, que por medio de sus jefes y autoridades tiene que costear absolutamente todo cuanto necesita aquél. Crea usted, que cuando comparo el cuadro actual con el que en todas partes presencié en la guerra anterior, me produce verdadera tristeza reparando lo mucho que se han debilitado aquí los sentimientos patrios. Al hablarse de España, no produce este nombre aquella impresión grata que ponía á todos los defensores de nuestra causa en incesante movimiento, y que les hacía arriesgar con gusto su persona é intereses; noto mucha indiferencia y excesivo egoísmo.

El cuerpo de voluntarios, que en la anterior campaña tan buenos servicios prestó á nuestra patria, debido sin duda á la poca escrupulosidad con que se ha permitido en el mismo, el ingreso de hijos del país—probablemente con la idea de atraerlos más á nuestra bandera y demostrarles confianza,—está hoy minado por los separatistas, y es visto con no infundado recelo. Muchas, muchísimas han sido las deserciones que en él ha habido y siguen sucediéndose para el campo insurrecto. Podría citarle multitud de casos en que, contra la obligación que su reglamento les impone de acudir á la persecución inmediatamente que haya un le-

vantamiento de rebeldes donde exista fuerza de aquellos, han permanecido impasibles al ocurrir estos sucesos; en otros puntos, como en Mor-dazo por ejemplo, estando auxiliando á la fuerza de un puesto de la guardia civil, al ser éste atacado por el enemigo le abrieron las puertas para que machetease, como lo verificó, á los guardias defensores, incendiando después el edificio y yéndose con los insurrectos. Este mismo hecho se ha repetido en otros destacamentos. No hace dos días entregaron al enemigo un magnífico fuerte de mampostería confiado á su defensa, haciéndolo á la vez de 28 armamentos y algunos millares de municiones que había en depósito, agregándose en seguida á la partida rebelde. Todas las deserciones las ejecutan con armas y municiones, y los que pertenecen al instituto montado, además con sus caballos y equipos.

Ha favorecido mucho á la insurrección el extraño proceder de los Estados Unidos. Para no hacerse objeto de reclamaciones, esta nación, siempre que salía de alguno de sus puertos una expedición filibustera, á poco era seguida de un buque de guerra norteamericano que parecía que trataba de vigilarla, y la seguía á la vista hasta algún punto de desembarque en esta isla. Si una vez en aguas españolas ó en el momento de desembarcar se presentaba alguna embarcación ó fuerza nuestra, el buque expedicionario arbolaba la bandera norteamericana, y el de guerra de esta nación inmediatamente se hacía cargo de los expedicionarios y del contrabando de guerra para someterlo al fallo de un tribunal de su país, al cual regresaba con todo. Se hacía la fórmula del juicio, se condenaba á ligeras penas (ficticias, puesto que no se cumplían) á los expedicionarios, y se aguardaba ocasión para emprender de nuevo otra expedición con los mismos efectos ocupados. Si al desembarcar no había habido contratiempo, el buque de guerra extranjero se hacía visible en algún puerto nuestro ó regresaba á su país *sin haber notado nada de lo sucedido*. Así hemos estado desde el comienzo de esta campaña, sin que de nada valieran los avisos y reclamaciones de nuestros representantes en los Estados Unidos. La mayor vigilancia que ahora se ejerce y el conocimiento del anormal proceder de aquel país, disminuye el éxito de las expediciones, pero esto se repetirá mientras no tengamos los elementos que se necesitan para la vigilancia de las costas.

Soy de los que creen que la guerra ha de durar mucho tiempo, que no se acabará ni en este año ni en el próximo, costándonos mucha sangre y mucho dinero. En el país son muchos los que entienden que ha llegado la hora de la independencia con que sueñan, y el sacarlos de su error no ha de ser con el sistema de debilidad que se usa, probándolo el aumento de la insurrección de día en día. Esto solo puede conducir á aumentar el bandidaje, por la afición que se presenta á apoderarse de lo ajeno y la impunidad en que este hecho queda por el medio dicho,

que trae en continuo sobresalto á cuantos tienen intereses y no militan en las filas rebeldes ó les son adictos.

Con cargo al Estado se viene diariamente facilitando á todos los individuos de tropa del ejército é institutos 20 centígramos de sulfato quínico, ácido que se disuelve en el café que toman por desayuno. Dicha cantidad es para cada plaza, y después de 20 días consecutivos de tomar la referida dosis se les deja 10 días sin propinársela, continuando nuevamente 20 días con la mediación. Esto da resultado como preservativo de fiebres palúdicas, donde hay destacamentos en terrenos cenagosos ó cuando la tropa los recorre en operaciones, pero no da resultado para el mal endémico del país, la fiebre amarilla. Da inmensa pena la mortalidad que ésta nos causa en todas las clases; pero, como es natural, sobre todo en el soldado. Hasta ahora, ni hospitales ni enfermerías había para los atacados; muchos han muerto al ser trasladados á los que se encontraban á largas distancias en capitales de provincia. Ya se ha mejorado algo este servicio con la creación de establecimientos de este género, pero continuamos teniendo numerosas bajas.

El ejército cobra sus devengos al día. El último cuerpo que tiene orden de efectuarlo es la guardia civil. Los empleados civiles de todos los órdenes, llevan tres meses sin cobrar. Ahora se les ha abierto el pago de sus sueldos de Agosto. Esta diferencia ocasiona censuras y los empleados de la Administración, sobre todo, no se recatan de extralimitarse en abusos cuando pueden, diciendo que si no les dan sus pagas cuando les corresponde, de qué han de vivir, y que si no tienen el mismo derecho á percibir las que el ejército.

El comercio, sobre todo el que efectúan los grandes proveedores y almacenistas, está muy paralizado; pues como lo que facilitan á los establecimientos que venden al detall no tienen seguridad de realizarlo por los incendios de tiendas y saqueos á que se entregan los rebeldes, unos han limitado el servicio de pedidos y otros se retraen completamente. Los suministros al ejército se hacen al contado ó cortísimo plazo, pues reina el temor que produce á los abastecedores el recuerdo del célebre corte de cuentas con que terminó la anterior campaña, y como fueron muchos los arruinados y quebrados, y el mismo que lo llevó á cabo es el responsable ahora, nadie se fía; viniendo así á quedar nuestro ejército en la situación de cualquiera otro que no fuera nacional, teniendo que pagar en seguida cuanto consume, por falta de crédito.





XVII

Una interview con el general



L corresponsal de *El Imparcial*, señor López Allué, mandó al periódico de Madrid el siguiente extenso telegrama:

«Acabo de llegar á Santa Clara y sin tomar descanso alguno me he apresurado á ir á saludar al general Martínez Campos.

El aspecto de la población es el de un inmenso cuartel. En calles y en plazas hay jefes, oficiales y soldados. En todas direcciones van y vienen los soldados de administración militar encargados de racionar á las tropas.

Puede decirse que Santa Clara es un campamento donde por cada paisano hay 20 militares.

Encuétrase aquí la columna del general García Navarro.

Como es sabido, las columnas de los generales Suárez Valdés y Luque están en operaciones.

Aun así, es grande el número de tropas concentradas en la población.

Al mismo tiempo que yo ha llegado á Santa Clara el marqués de Apezteguia, que viene á ofrecer sus respetos al capitán general.

Hospédase éste en modestísima casa. Nada de bandera en el balcón ni de piquetes de honor en la puerta. Por eso nos costó trabajo encontrar el domicilio del general en jefe.

La única guardia que hay en el edificio donde vive el general Martínez Campos es un agente de policía municipal.

Recibíome el general con su amabilidad acostumbrada.

A mis preguntas contestó exponiéndome en breves palabras la situación de las operaciones, el resultado de las últimamente verificadas, las modificaciones que ha experimentado el plan del enemigo por efecto de la acción de las tropas.

Díjome que se carecía de noticias respecto de hechos concretos.

—Los últimos encuentros—añadió—son ya conocidos y los habrá usted teleografiado seguramente. Aunque no constituyen grandes ni importantes hechos de armas, han tenido un éxito muy feliz, no solo como preparación de la campaña, sino como indicio seguro de que la zafra se realizará con facilidad.

—Hoy mismo—me dijo después—ha comenzado la molienda en el ingenio de San Antonio de Abriu, que está cerca de Santa Clara. Los preparativos de los azucareros coincidirán con un período de relativa tranquilidad en Las Villas.

Refirióme después detalles de la acción sostenida en Jiquimas por la columna que manda el general Oliver.

Mandaba el enemigo—añadió—el cabecilla Seraffín Sánchez y trató de resistir cuanto pudo, pero la acción de la artillería sembró el pánico en las filas rebeldes. Una granada cayó dentro de un bohío donde se habían refugiado muchos insurrectos huyendo del fuego de nuestros fusiles. Reventó la granada y mató á nueve hombres, quedando otros heridos. El total de los muertos enemigos en esta acción es de veintidos, que fueron enterrados á poca distancia del lugar del combate.

—Es evidente—me dijo también el general—que Máximo Gómez se proponía atravesar Las Villas en rápido avance para llegar á Matanzas y proteger allí el aumento de la insurrección. Al efecto, había reunido hacia Taguasco todo el número de fuerzas de que podía disponer, reconcentrando en aquel punto partidas que se encontraban á muchas leguas de distancia. Si hubiera conseguido su propósito, no puede ocultarse que se hubiese agravado mucho la situación, pero hasta ahora los planes de Máximo Gómez no se han realizado. La acción de las columnas del general Oliver y del coronel Zubia ha sido eficazísima, y el resultado de sus movimientos excelente.

Oliver en Manacas y Zubia en Jatibonico han desbaratado los proyectos de Máximo Gómez.

En los dos combates de que ya se tiene noticia y en las marchas anteriores á ellos se ha evidenciado otra vez más la superioridad de nuestras tropas, y donde había contingentes armados de Maüsser, el enemigo no ha tenido alientos sino para huir. Máximo Gómez, y esta noticia

está ya comprobada por toda clase de informes, tuvo que pasar de nuevo á la desbandada y de cualquier modo el río Zaza,

Para que vea usted—añadió el general—cuanto empeño tenía el *generalísimo* en avanzar, conservando por lo menos sus posiciones en la orilla derecha del río Zaza, le diré que atacado por Oliver y como se viera obligado á pasar á la otra orilla hizo un esfuerzo supremo y volvió á pasar el río. Nuevamente fué rechazado, esta vez ya de un modo definitivo.

Manifestó el general Martínez Campos que la continuidad de las operaciones y el ataque sin descanso de las columnas á las partidas va demoralizando al enemigo.

—Nótase—me dijo—menor movimiento de los insurrectos en las jurisdicciones de Cienfuegos y Santa Clara, y aun en todo el radio de la riqueza azucarera, que es donde naturalmente han desplegado las tropas mayor actividad.

Esto es efecto de la persecución de las columnas, pero no negaré que también obedece á la concentración de insurrectos en Santi Spiritus.

Terminó el general manifestándome que nada se sabe positivo respecto al punto en que se encuentra Antonio Maceo. Hay quien supone que se ha incorporado á Máximo Gómez, pero hasta ahora no pasa de un rumor.

* *

Un colega habanero refiere que un tal Fajardo, que formaba parte de los presos en Santiago de Cuba, con destino á Ceuta, y que fué puesto en libertad antes de su embarque, ha llegado á Nueva York, diciendo públicamente, entre otras mil calumnias, que los soldados españoles venden los fusiles con 100 cápsulas por 10 pesos á los insurrectos.

* *

La voladura de un puente.

Son curiosos los siguientes detalles de la última hazaña de los insurrectos.

Entre las estaciones de Jicotea y Esperanza, en la línea férrea Cárdenas y Júcaro, en el sitio donde cruza la alcantarilla del ramal del ingenio de Santa Rita, la partida rebelde que manda el cabecilla Bermúdez había colocado un cartucho de dinamita que reventó al pasar un tren militar compuesto de material de la empresa de Cienfuegos y Santa Clara.

En este tren regresaba á Santa Clara el general Suárez Valdés con

su Estado Mayor y escolta y una escasa columna, compuesta de 25 soldados del regimiento de San Marcial, 8 guardias civiles y 16 soldados de otros cuerpos.

La explosión fué terrible, tanto, porque según parece, el cartucho era grande, cuanto por haber sido colocado con suma habilidad debajo de las traviesas.

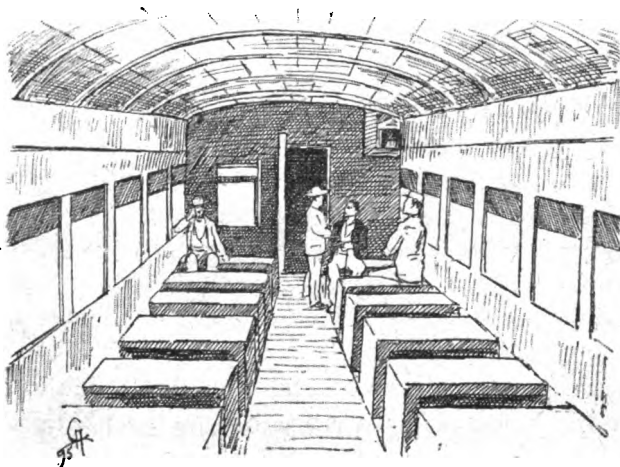
Descarrilaron la locomotora, el tender, el vagón blindado, un coche de primera y otro de tercera, el furgón de equipajes y otro que conducía caballos.



Abelardo Aru, herido grave en la mandíbula, mano y piernas, las cuales fueron amputadas, falleciendo al poco tiempo.

El puente quedó destrozado completamente, y todo su armazón cayó al río.

Un vagón de tercera y otro de primera en que iba el general Suárez Valdés, quedaron colgados sobre el abismo y pendientes no mas que de los enganches á los vagones posteriores.



Interior del carro destruido por la dinamita.

El pánico fué espantoso: la situación del general y de su escolta comprometidísima.

Todo el material del tren sufrió grandes desperfectos. Los broques quedaron desbaratados, los vagones volcados y los soldados encerrados en ellos sin poder salir en los primeros momentos.

Con gran dificultad consiguieron el general y la tropa ponerse á salvo,

pudiendo también sacar de los vagones á los caballos que llevaban el Estado Mayor y la escolta.

Esta y aquel, con el general á la cabeza, se pusieron en marcha en dirección á La Esperanza, dejando el tren custodiado por la fuerza de infantería.

A consecuencia de la explosión y del descarrilamiento resultaron he-

ridos 10 soldados, tres de ellos de gravedad, y con algunas lesiones el hijo y ayudante del general Suárez Valdés y el director de *El Nacional* de Santa Clara, señor Cancio.

Cuando el general, con su escolta, iba á continuar el camino hacia La Esperanza; aparecieron de entre la manigua inmediata grupos de rebeldes al mando del cabecilla Bermúdez, que comenzaron á hacer fuego.

El señor Suárez Valdés dió la orden en seguida para atacar, y por sí mismo dirigió la operación, persiguiendo á los insurrectos con la gente de á caballo.



Fuego á retaguardia.

A pesar de la superioridad del enemigo, de la alarma que había producido en las tropas la explosión y de que costó no poco trabajo encontrar las armas y los caballos, la persecución fué activa y el enemigo quedó destrozado.

Practicado un reconocimiento en las espesuras cercanas se halló en un bohío un enorme caldero, donde hervía un cerdo, preparado, sin duda, para el rancho de la partida.

El administrador de la empresa ferroviaria de Cienfuegos á Santa Clara, señor Paradela, telegrafió inmediatamente al general Suárez Valdés, felicitándole por haber salido ileso de la explosión, y diciéndole que preparaba un tren de auxilio á reserva de organizar otro para recoger los efectos que habían quedado en el lugar del descarrilamiento.

El general Suárez Valdés contestó que tomaba en La Esperanza el tren ascendente de la tarde que se dirigía á Santa Clara.

Hízolo así, en efecto, y al pasar este tren las estaciones de Esperanza y el Chucho de Gómez, fué tiroteado por los insurgentes, sin que ocurriera desgracia alguna.

Desde las ventanillas de los vagones contestaron los soldados con algunos disparos.

La guarnición que defiende el fortín del puente de Arroyo Grande hizo también fuego al enemigo, pudiendo continuar el tren su marcha sin otra novedad.

El general Suárez Valdés consiguió llegar á Santa Clara, siendo muy felicitado por el general Martínez Campos y por toda la población, no solo por haberse salvado, sino por el valor que demostró en tan difíciles circunstancias.

De municipal á cabo.

Una carta dirigida á *El Noticiero Sevillano* y fechada el 18 de Octubre en Ciego de Avila, es original y curiosísima. En ella relata el firmante José Amuedo su metamorfosis de guardia municipal sevillano en voluntario de la manigua.

Dejemos la palabra al exguardia en cuestión:

Por la patria.

«Como dejo dicho señor director, servía en la guardia municipal de esa capital como aventajado; estudié el ya citado real decreto dado en 23 de Julio del presente y sin consultarlo con persona alguna, ni con mi esposa, que hubiera sido lo natural, salí de mi casa, Bustos Tavera, 2, á eso de las cinco de la mañana del 15 de Septiembre, hora reglamentaria para dar principio al día y prestar el servicio de mi clase, dejando dormidos á mis cuatro hijos y á su madre, y sin despedirme de ellos por no dar á conocer mi resolución, me dirigí al estanco de la calle Placentines y en él estuve tomando la mañana con el célebre campanero de la Catedral y otros amigos hasta las siete de la misma, que le entregué al estanco un paquete dirigido al señor comandante de la guardia municipal don Isidoro García de la Mata, conteniendo varias órdenes de estadística, mi dimisión por escrito y una esquila notificándole mi resolución.

Partí y fui á embarcarme en el vapor San Telmo, no marchando por el tren por no ser visto de nadie en el tránsito hasta Cádiz, pues como hijo de los Palacios que soy, lo más natural hubiera sido que en las estaciones de Dos Hermanas ó Utrera me hubiese visto algún conocido. Así es que desembarqué en Sanlúcar y de allí pasé á Cádiz en el tren, donde

Llegué dicho día 15 á las nueve de la noche y me hospedé en una fonda en la plaza de San Juan de Dios, donde pasé la noche bien; amaneció el día 16 y me presenté en las oficinas del banderín al teniente, al que le manifesté mi resolución, contestándome que no podía filiarme por estar completo el cupo para el embarque del 18.»

El dinero y el uniforme

«Le supliqué varias veces que accediera á mis deseos, pero todo fué inútil; advirtiéndole á usted, señor director, que mis súplicas eran fundadas, pues me hallaba en Cádiz sin conocer á nadie y con siete céntimos en el bolsillo.

Me presenté al general gobernador y le conté lo que me pasaba; y entonces dicho señor por medio de un oficial, mandó al referido teniente que me admitiese. Firmé y desde aquel día pertenezco ya al cuerpo de voluntarios. Diéronme los cincuenta duros de ordenanza y acto seguido puse una letra de treinta duros á mi familia, envié el uniforme á su procedencia, pues que de uniforme salí de Sevilla corriendo el riesgo de ser detenido, y embarqué con mis compañeros.

El viaje fué muy distraído y llevamos buen tiempo. A bordo, me enteré de la última fechoría de los insurrectos ó sea del descarrilamiento de un tren en la Resbalosa. Dicen que este tren conducía pasajeros y algunos soldados, y que los mambises arrojaron al paso un cartucho de dinamita que estalló en el acto produciendo varios muertos y heridos.

Dimos vista á la costa de Puerto Rico el día 4, la alegría fué inmensa á bordo; llegamos á la bahía á las nueve de la mañana, sin novedad, la gente nos ha recibido bien. A orillas de mar hay un convento y salen las monjas con los pañuelos saludándonos por las ventanas.

Aquí han desembarcado 16 soldados del regimiento de León que se halla de guarnición en dicha plaza.

Llegamos á la Habana el día 8, á las ocho de la mañana, hemos invertido en la travesía de España á la isla 13 días justos; al llegar á la capital de la isla nos recibieron muy bien, con bandas de música tocando himnos nacionales, nos desembarcaron y llegamos á tierra á las nueve y nos metieron en el fuerte de la Cabaña, donde permanecemos dos días, trasladándonos al fuerte del Morro; aquí nos vistieron y fuimos destinados á cuerpo.

A campaña.

A las cuatro de la mañana del día 13 salí en el tren de la estación de Regla, y fuimos á Bayamo; en esta estación que está en un puerto

de mar, nos embarcamos en el vapor Josefita, llegando á Cienfuegos á las tres de la madrugada.

Salimos de este puerto á las once y á las cuatro de la tarde pasamos por Trinidad, donde quedó una poca fuerza para operar.

A las nueve de la noche llegamos á las Tunas, de Sancti Spiritus, y á las doce de la noche llegamos al Júcaro.

El día 15, á las seis de la mañana, recibí de un oficial de la guardia civil el pasaporte y embarqué en el tren, yo solo (porque la demás fuerza se había quedado en sus destinos), para Ciego de Avila, donde llegué el día 15, á las doce del mismo; me presenté en las oficinas del batallón de Puerto Rico, número 1, donde he sido destinado á la guerrilla montada.»

Alocución de Borrero.

El comandante en jefe del sexto cuerpo, según de Santander dicen, fué á bordo del Montevideo á despedir á las tropas expedicionarias á Cuba, y una vez en el buque, invitó al señor obispo á dar á los expedicionarios su bendición, como así lo verificó dicha autoridad eclesiástica; acto seguido mandó tocar atención, presentándose sobre el puente de la nave; á su derecha tenía al obispo y capitán del Montevideo; á su izquierda al alcalde y gobernador militar de Santander; el silencio era sepulcral; con tono enérgico llamó el general por su nombre á los batallones expedicionarios, diciéndoles:

«Acabais de recibir la bendición por el representante del Señor Todopoderoso, acabais de oír la palabra sagrada que vivifica y da fe al soldado que parte para la guerra; aquí viene también vuestro general para que oigáis la suya en nombre de la patria y del Rey; vengo á daros mi adios como español y á recordaros como general lo que á la nación deben sus hijos; váis á luchar con un enemigo á quien después de haberle dado religión, leyes y cultura, nos hace traición, reniega de nuestra raza, pisotea nuestra bandera y se subleva contra la que le dió sér y vida desde que nació, contra su madre patria; tal ingratitud y vileza merece duro castigo; á eso váis, váis á cumplir con lo que las leyes de la guerra mandan, que son duras y terribles, cuando de traidores y gente mal nacida se trata.

El valor ni os lo recuerdo, porque de él dará patente prueba el cañón de vuestros fusiles, las puntas de vuestras bayonetas; disciplina y moralidad es el escapulario que la nación coloca sobre el pecho de sus soldados, es la divisa de vuestra religión, es la religión de la disciplina militar; váis á defender la integridad de la patria que peligra, causa nacional, causa santa; España confía en vuestra bravura y en la inteligencia de vuestros jefes y oficiales; tened en ellos fe ciega, amor á vues-

tra patria y á vuestro Rey, y así saldréis siempre vencedores en cuantas empresas tengáis que afrontar.»

La concentración.—Un bando del general.

El señor Ordás, secretario del Gobierno civil de Santa Clara y gobernador interino en ausencia del señor general Luque, ha circulado á los alcaldes de esta provincia la siguiente disposición del general Martínez Campos y algunas reglas para su cumplimiento:

«El excelentísimo señor general en jefe desde esta capital donde se halla, se ha servido dictar la siguiente disposición:

Excelentísimo señor: El bando del cabecilla Roloff sobre la concentración al campo insurrecto de las familias y hombres que sirven cerca de los caminos y la amenaza de fusilar á los que se queden á menos de una legua de los poblados y fuertes, da á la guerra un carácter especial y sobre todo determina la concentración en los poblados de una porción de habitantes pacíficos; es claro que nos impone la penosa obligación de alimentarlos cuando carezcan de recursos, porque no podemos abandonar al hambre y á la miseria á pacíficos ciudadanos á quienes su misma laboriosidad y sus hábitos de moderación exponen á tan cruel contingencia; pero es necesario conciliar el interés del Estado, la evitación de convoyes y el deber ineludible de humanidad y de gobierno, que ya que no pueda por el carácter feroz que el enemigo da á esta guerra y por las costumbres de diseminación de la población rural evitar los padecimientos de ésta, está en el caso de aminorarles. Para conciliar atenciones tan contradictorias es preciso que las concentraciones á que obliga el enemigo se verifiquen en los poblados que tengan guarnición y estén en la línea férrea, y que por V. E. se dicten reglas á fin de que todos los terrenos incultos que están en las inmediaciones de dichos poblados, ya sean del Municipio ya de particulares, se dividan en porciones para que sean labrados y aprovechados por los emigrantes y les faciliten recursos al menos en parte, haciendo trabajar en ellos á fin de que no se recargen tanto las ya gravadísimas atenciones del Gobierno. Yo espero que ni los Municipios ni el Estado pondrán oposición ni harán reclamación alguna, pero si así no fuese se cumplirá de todos modos esta orden y se elevarán las reclamaciones de los propietarios al Gobierno general con el informe de los antecedentes morales y políticos de los reclamantes.»

Y al trasladar á V. S. dicha superior disposición, he resuelto en obediencia de lo que á mi autoridad se encomiende dictar las siguientes reglas para el más exacto cumplimiento de cuanto en ella se me ordena.

1.º En el acto de recibir V. E. la presente formará una relación de

los terrenos que se encuentran en las condiciones á que alude la preinserta circular y otra de las familias que sin recursos se hayan concentrado y puedan concentrarse en los poblados de este término que tengan guarnición y estén en la línea férrea.

2.º Con ambas relaciones dará V. S. cuenta al Ayuntamiento para que con toda equidad se haga la distribución de dichos terrenos y se faciliten á las familias á quienes se entreguen los más perentorios recursos á objeto de que puedan dar comienzo á sus faenas agrícolas, para lo que, si necesario fuera, se acudiría á los patrióticos sentimientos de los mayores contribuyentes de ese término.

Dada la urgencia que entraña este asunto, me prometo del celo y reconocida actividad de V. S. no descansará hasta dejar en un todo cumplida tan sabia disposición de S. E. y que me dará cuenta cada 10 días de los trabajos que en dicho sentido se hayan realizado.

Dios guarde, etc.

Sr. Alcalde municipal de...»

Un diálogo ejemplar.—Cuadro gráfico de la guerra.

En un periódico antillano encontramos un diálogo titulado *El insurrecto y su tía*, del cual reproducimos estas sabrosas líneas:

—«Pero muchacho, ¿cómo te atreves tú á andar por aquí así solo y con esas armas?

—No tenga usted cuidado, tía, si la fuerza está acampada ahí á la orilla del arrollo y yo le pedí licencia al capitán para venir aquí.

—¿Y si te ven los soldados?

—¡Qué va! si tenemos avanzás lo menos á una legua de aquí. Además que los soldados no andan ahora ni por todo esto.

—No te fíes, Juan, que luego...

—Mira, Chicho, tú no sabes nada de esto. Ayer de tarde estuvieron en el pueblo tras de la partida á enterarse por donde anda la tropa, y sabemos bien que por aquí no vienen ahora.

—¿Y cómo van al pueblo?

—Pues muy bien. Dejan las tercerolas en la partida, se cambian el sombrero que tiene la escarapela por otro y con su cédula en el bolsillo entran y salen sin novedad y como los patones que están en la entrada del pueblo no los conocen, les piden los documentos, se los enseñan y ná más; así se proveen de lo que necesitan, se enteran de lo que conviene y pa la manigüa otra vez.

—Hijo, ¿y tú por qué no te presentas?

—¿Quién? ¿yo? Vamos, tía Charito, no juegue. ¡Ahora es cuando la cosa está buena! ¡Con que vengo á ver si Chicho se determina á irse con nosotros!

—Ni loco...

—Mire, hijo, si usted quiere esté en el mohío hasta que le dé su gana, pero al Chicho déjemo quieto que yo no tengo ninguna necesidad de que me lo maten.

—Ni usted lo crea que maten á nadie.

—Mira, Juan, tú eres un inocente. Aquí trajo mi compadre Tomás el otro día un diario del pueblo y estuvo leyendo que eso que ustedes dicen no es posible porque para que les concedieran esa *beligería*, ó lo que sea, tenían ustedes que tener cogido un pueblo y un puerto de la mar, y de allá tampoco iban á mandar tropa ninguna y el arreglo que les va á dar Martínez Campos va á ser mucho tiro, porque dicen que en los papeles viene puesto que ahora vienen otros 20.000 ó no se cuantos hombres más de España.

—¡Oh, tía Charito! ¿Qué usted comulga con tortas de casave? Mire que ya usted es una mujer de edad para que ande creyendo esas cosas. Ya en España, como dice el capitán, no hay más gente ni hay un medio más que gastar.

—Yo de eso no sé, Juan, pero digo lo mismo que mamita, que va á haber mucho tiro, pues y que ahora la tropa trae de esos rifles que le dicen de Máusa.

—Lo mismo que ná, porque nosotros no nos ponemos á donde nos den y jugando tenemos la pelea ganada.

—Pero hijo, ustedes no pueden ganar, me parece á mí; pero ganen ó no, ¿qué te van á dar á tí ni á otros muchos cuando se acabe la guerra? De todos modos los que ganarían serían los gordos, pero vosotros, los pobres, lo más que podéis sacar es alguna pierna rota.

—Así está tu madre, que dicen que la pobrecita está cayéndose muerta, temiendo que te suceda alguna cosa.

—Lo que vais á conseguir es acabar con todo. Vamos á ver, ¿por qué quemáis las casas?

—Porque lo ha mandado el general Máximo Gómez.

—Ya lo creo, como él no tiene nada en Cuba.

Después que se acabe la guerra él se irá, si escapa vivo, y vosotros no tendréis donde ganar ni un medio.

—Mire, tía Charito. Usted no entiende de esto, y tu Chicho, eres muy cobarde y por eso no vas con los patriotas. Dame acá dos quesos y un poco de café y la azúcara que tengas aquí y ves cogiendo unos lechones que horita vendremos á buscarlos y déjate de dar parte ni andar con sinvergüenzuras, si no quieres que te guinden de una guásima ó que te den machete, porque los que defendemos la libertad no consentimos que nadie trabaje ni....

¡Ah, mira, y trae todo el tabaco que tengas, y la montura y una muda de ropa y las polainas, y ese hule, que la gente honrada no ha

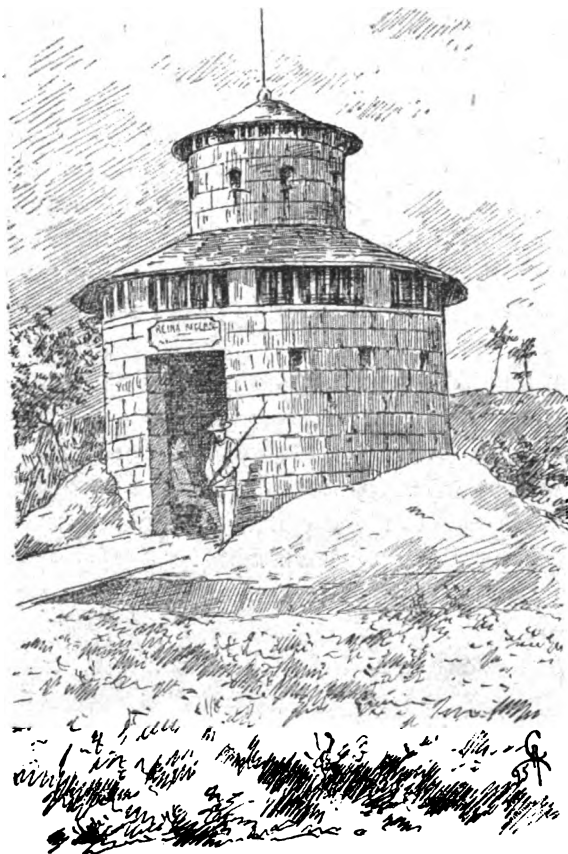
de carecer de nada, ya que anda exponiendo su vida para dar á Cuba la libertad.

—Vaya una libertad y una manera de entenderla! Llévate cuanto quieras, pero véte y déjame en paz. ¡Maldita sea la guerra que os está acabando, y el condenado que la inventó!

El tabaco en Vuelta Abajo.

En los primeros días de Diciembre, se han realizado varias ventas de tabaco en los términos de San Juan, Pinar del Río y Viñales, vendiéndose á precios proporcionados con la calidad y número de tercios de que se compone cada vega, con lo cual aquellos agricultores han recibido una verdadera satisfacción, pues además de realizar el trabajo del año pasado, les proporciona los recursos que necesitaban para emprender la nueva cosecha.

Esto, agregado á que no escasean las posturas, pues en su inmensa mayoría no tienen que comprarlas, y el que las compra lo hace en proporción, dá verdadero placer salir por el campo y ver á los vegueros contentos trabajando con la fé de que si logran un año regular, el fruto les proporcione el alimento y bienestar de su familia, pues presienten que lo han de



Fuerte "Reina Regente" en Sagua la Grande

vender bien y pronto.

Noble emulación.

Dice una carta de Manzanillo, describiendo la marcha del convoy llevado á Bayamo por el general González Muñoz:

«El entusiasmo de jefes, oficiales y soldados es grandísimo, y todos van ansiosos de batirse. Me daba pena el afán que todos los jefes y ofi-

ciales que encontrábamos al paso mostraban, solicitando del general el que se les concediera ir con la columna y lo tristes que quedaban al oír al general decir que era imposible que todos fueran; que era preciso guarnecer los fuertes y los poblados, pero que en la próxima expedi-



Díjole el oficial de Estado Mayor, que nadie le mataría... (Pág. 1ºº).

ción ya les tocaría á ellos. Hasta yo, que nada tengo de militar, sentía ver alejarse la columna y no poderlos acompañar. El tiempo es magnífico, y de seguir así, muy pronto estarán buenos los caminos y se podrá proceder á las operaciones activas.»

Cuaderno 52—T. II.

Precio 10 cent.

España y Santo Domingo.

Como ejemplo de corrección internacional y honrado y sincero cumplimiento de sus deberes, transcribimos igualmente el texto de la orden que el Gobierno de la república de Santo Domingo ha pasado á sus gobernadores, para que les sirva de norma en su conducta, con respecto á la insurrección cubana.

- Dice así:

«Ciudadano gobernador:

Los pactos internacionales vigentes entre esta república y el Gobierno de España, imponen, no solo el deber común de una neutralidad estricta, respecto de los sucesos políticos que comprometan la paz interior y exterior de ambos Estados, sino que establecen además el compromiso indeclinable de no consentir que desde ninguno de los respectivos territorios se conspire contra la seguridad ó tranquilidad de otro Estado.

Para cumplir el Gobierno dominicano esos deberes internacionales, sin reproche de su alto espíritu de lealtad, necesita no consentir en que por ningún medio se enardezca, excite ó auxilie desde nuestro territorio, el espíritu revolucionario que opera actualmente en la isla de Cuba el sangriento espectáculo de la guerra separatista.

A usted, ciudadano gobernador, encomiendo por tanto, no autorizar ni permitir, y ni siquiera tolerar acto alguno que, tendiendo al fin indicado, pueda causar agravio á la seguridad ó tranquilidad de España, en cualesquiera de sus dominios antillanos ó ultramarinos.»



XVIII

LA BATALLA DE CAYO ESPINO



GUADA de Pasajeros, 2 de Diciembre de 1895.

La sierra de madera de don Antonio Marcial, está enclavada en el asiento de Cayo Espino, distante una y media leguas de Aguada de Pasajeros y en la misma línea limítrofe de las provincias de Santa Clara y Matanzas.

Allí tuvo efecto el combate entre la columna del coronel Molina fuerte de 242 hombres y las gruesas partidas de Lacret, los Núñez, Pérez y otros cabecillas.

Cómo se presentaron en la sierra mencionada las partidas insurrectas que invadir se proponían la provincia de Matanzas y cómo á poco, cuando Lacret notificaba al señor Marcial algunas de las órdenes de *sus superiores* referentes á la suspensión de trabajos, hizo su aparición en el lugar la columna del señor Molina.

La columna del señor Molina, se componía de una compañía del batallón del Rey, compañía de María Cristina, la guerrilla de dicho batallón, voluntarios movilizados de la Macagua y guardia civil.

Entonces los insurrectos apercebidos de las fuerzas se dividieron en dos grupos, uno de los cuales se atrincheró en el edificio de la Sierra mientras el otro se replegaba en el batey.

Comenzó el fuego, nutrido, reñidísimo por ambas partes.

Hubo un momento en que la columna del coronel Molina cesó de disparar.

¡Hurra! de victoria brotaron de los labios del adversario. Su superioridad numérica y sus ventajosas posiciones se imponían.

Sueños que pronto se desvanecieron.

El coronel Molina había tomado determinaciones salvadoras y el momento de calma traería en pos de sí el triunfo para sus fuerzas.

De súbito aparecen por entre los cañaverales los tiradores de Matüser.

Un minuto después y el cornetín de orden toca ¡á la bayoneta!

La columna avanza y el enemigo, cuando menos se esperaba, abandona sus inexpugnables posiciones.

La tropa quedó dueña del terreno.

Habían transcurrido tres horas consecutivas de combate.

Ya de noche se procedió al reconocimiento del terreno.

Algunos pacíficos habían caído á los disparos de los combatientes.

Muchos de ellos, detenidos por los insurrectos, que en el momento de mayor ardor en la pelea corrían de aquí allá buscando protección para no encontrar la muerte.

Las familias que habitaban en la Sierra se refugiaron á los primeros disparos en el depósito del serrín.

Allí se creían libres de las balas.

Pero los prisioneros y algunos de las partidas al huir, sin rumbo fijo se refugiaron en el lugar, especie de pozo, al encontrarle á su paso como puerto de salvamento.

Los soldados les siguen y disparan hacia el hoyo aquel y en la confusión pretenden escapar con los condueños de la Sierra, don José y don Francisco González, con tan mala suerte que al intentarlo con algunos de los que acababan de meterse allí, son blanco de los proyectiles Matüser.



... y aquellos escaparon de segura muerte... (Pág. 181).

Afortunadamente, á tiempo se enteró la tropa que allí se encontraban algunas mujeres y no pocos niños.

Cesó el fuego y aquellos escaparon de segura muerte.

Cuando se reconoció el campo, se encontraron más de treinta cadáveres de paisanos. De la tropa: el del teniente movilizado de la Macagua, señor Versal; tres individuos de la guerrilla de María Cristina, tres voluntarios movilizados de la Macagua, un soldado del Rey, tres de María Cristina y dos guardias civiles.

Heridos y contusos, la tropa tuvo algunos.

Los insurrectos dejaron abandonados tantos caballos, que cuando la tropa regresó á la Aguada todos los de infantería fueron montados.

La columna hizo un prisionero que fué conducido á Aguada por el teniente de la guerrilla señor Lezcano.

El oficial muerto en el combate de Cayo Espino, era movilizado de la Macagua. Los soldados pertenecían al regimiento de María Cristina. De los heridos 10 pertenecen al regimiento de María Cristina. Y contusos, un capitán y un guerrillero del segundo batallón de dicho regimiento. Han desaparecido tres individuos del mismo regimiento.

El destructor de Hato Nuevo se presentó al frente de un pequeño grupo de rebeldes en el demolido ingenio Retribución en aquel término, exigiendo que para las 8 de aquella noche se le tuviera dispuesta una comida de 150 cubiertos (todo un banquete).

El cabecilla dejó á cinco de sus compañeros custodiando la finca y cuando regresó á ella, á la hora señalada, se llevó la comida y dejó un vale consignando que se había entregado á viva fuerza.

Por la madrugada una fracción de la partida estuvo en la finca de don Fermín Castanedo Amaro, á 2 kilómetros de Hato Navo, exigiendo armas y caballos y llevándose una montura.

Hizo acto de presencia en el batey del ingenio Precioso una partida numerosa capitaneada por Julio Rossell.

El cabecilla exigió al administrador de la finca armas y bestias y continuaron su marcha en dirección á Cantel.

El alcalde de Hato Nuevo ha participado al señor gobernador de la provincia haber sido puestos en libertad por la partida Felipe Martínez, los hijos de don Luis Triana y don Robustiano Martínez, vecinos del lugar, que se llevaron los rebeldes para que les sirviesen de prácticos.

Según informes del indicado Triana, en los portales de su finca Amerá se encontraban acampados buen número de rebeldes que constituyen la partida capitaneada por Junco.

Otra partida rebelde visitó la colonia Echevarría del ingenio Santa Gertrudis. Los visitantes se llevaron las armas del sereno de la colonia.

Más detalles.

El coronel Molina, comandante militar y alcalde corregidor, militar de un valor excesivo, casi temerario, no perdona medio para batir, donde quiera que estén, á las partidas insurrectas. Supo que los revolucionarios, en número considerable, al mando de Lacret, *Pancho Pérez*, los Núñez y otros cabecillas, venían de Santa Clara con intención de invadir la provincia de Matanzas.

Secundando los planes del general Prats, que á la vez obraba de acuerdo con el general Suárez Valdés, salió el citado coronel Molina de Aguada de Pasajeros al frente de 250 hombres con dirección á la finca llamada La Sierra,—nombrada así porque hay en ella un aserrío de maderas,—situada en Cayo Espino, á poco más de una legua de Aguada. Antes de llegar al batey encuéntrase con la avanzada de los insurrectos.

Se baten. Aquellos inician un movimiento de retirada hacia el batey; siguen nuestras tropas tras ellos, y al llegar á las casas de la finca, hállanse con el grueso de los revolucionarios, ascendentes, según dicen, á 1.200 hombres, parapetados unos en las casas, detrás de trincheras naturales formadas por objetos diseminados por el lugar, y otros formados en orden de combate sobre un punto determinado del campo de acción. Empéñase una lucha formidable; pero desigual. Nuestros soldados, sin cuidarse de las balas que los diezaban, avanzan decididos, frenéticos, con esa valentía y frenesí que agiganta el propio instinto de conservación; que adivina la muerte irremediable, y en el paroxismo de su manifestación, especie de consorcio del valor y la locura, quiere destruir, devastar, herir á la misma muerte, para caer, al fin, ni vencedor ni vencido; pero sí, al menos, bien acompañado.

Los revolucionarios comprenden su ventaja; arrecian el ataque: entre nubes de humo aparecen guerrilleros blandiendo su arma favorita, el terrible *machete*. Cae aquí el teniente movilizado Bisbal de un tremendo revés que le cercena la garganta; más allá es alcanzado un soldado: intenta disparar su fusil, y un tajo le arrolla, cortándole el brazo, destruyéndole, al propio tiempo, el arma. Aquel es el momento supremo; el coronel Molina comprende el peligro de un copo, y prepara su revólver para suicidarse antes que caer prisionero; conserva, no obstante, la serenidad, anima á su gente, á la que ya van escaseándole las municiones, y se sostiene un momento más, el preciso para recibir la ayuda de 80 tiradores Müsser, que desde los cañaverales próximos descargan con eficacia sobre aquella masa inmensa de hombres y caballos. Los insurrectos dejaron el campo. Poco después no había allí más que silencio; pero un silencio inmensamente más horrible que la batalla misma, turbado á ratos por los gemidos de los heridos, por estertores de alguno que

agonizaba, por el pataleo de algún caballo despanzurrado en un lecho de fango y sangre.

Las tropas que constituyeron la columna á las órdenes del coronel Molina se componía de las secciones siguientes:

32 Guardias civiles, montados, al mando del teniente don Estéban Castelló.

37 Guerrilleros del 2.º batallón de María Cristina, á las órdenes del capitán don Ricardo Villar y don Arturo Lezcano.

20 del tercer batallón de María Cristina, á las órdenes del teniente don José Carbonell.

25 voluntarios de los escuadrones de Colón y Macagua, á las órdenes del teniente don Miguel Bisbal, que perteneció al 2.º escuadrón de Colón.

50 infantes del regimiento María Cristina, á las órdenes de su capitán, don Manuel Cabello.

80 de la 3.ª compañía del batallón Inmemorial del Rey, núm. 1, á las órdenes del capitán don Leocadio Villasevell y teniente don Clemente Moreno.

Las bajas del enemigo son considerables, pues ha tenido 37 muertos vistos, unos 200 heridos, un prisionero, unos 75 caballos y mulos en poder de la tropa, é infinidad de muertos, heridos y extraviados por el monte.

Se asegura que al día siguiente al de la acción pasó por aquellos terrenos la columna del comandante Mijares y encontró unos 50 muertos enemigos en un montón, caballos en buen estado sueltos y muertos y heridos otros.

Consisten las bajas de la columna en un teniente del segundo escuadrón de movilizados del regimiento caballería de Colón, y diez de tropa y voluntarios, muertos; heridos ocho y dos contusos.

Muertos.—Teniente don Miguel Bisbal Rancervilla.—Cabo don Ricardo Miralles Muñoz.—Soldados: don José Fraga López, don Francisco Irabén Romero, don Cristóbal Bermúdez Ponce, don Manuel Collazo Gómez y don Simón Borrell Sagra.—Guardia civil don Cesáreo Rodríguez Bráñas.—Voluntarios: don Manuel Alamis, don Ramón Barba y don Liberato Pérez.

Heridos.—Soldados: don Cipriano Lavín Laprada, don Jacinto García Alvarez, don Servando Chicote Lucas, don Francisco González Bravo, don Salvador Espinosa y don José Alonso Pomedio.—Cabos: don Rafael Romero Robledo y C. Núñez Gil.

Contusos.—Capitán don Ricardo Villar de los Reyes.—Soldado don Casimiro Bartolomé Grijalba.

* *

Hé aquí las fuerzas que constará para primeros de año el ejército de Cuba:

<i>Existían antes de estallar la guerra.</i> —Quince batallones de infantería, dos regimientos, ocho escuadrones de caballería, un batallón de artillería de plaza, una batería de montaña, un batallón mixto de ingenieros, tres tercios de la guardia civil, un batallón de orden público, una brigada disciplinaria y varios cuerpos de milicias locales con un total de hombres.		17.000
<i>Se han enviado.</i> —Primera expedición: siete batallones y 2.500 reclutas.		9.000



... para llevar carne fresca de vacas... (Pág. 187).

Segunda idem: dos batallones y 4.000 soldados sueltos para las quintas y sextas compañías.	6.000
Tercera idem: cuatro batallones de Puerto Rico.. . . .	4.000
Cuarta idem: diez batallones del ejército peninsular, diez escuadrones, un batallón de artillería de plaza.. . . .	12.000
Quinta idem: veinte batallones idem idem, uno idem de ingenieros, ocho escuadrones y cinco baterías.	28.000
Organizados por el comercio: dos escuadrones.	300
Infantería de marina enviada.	3.000
Dos terceros batallones organizados con voluntarios reclutas.	2.000
Soldados de la recluta voluntaria peninsular.	2.500
Idem de prófugos y desertores y corrigendos indultados (de la península y de las repúblicas Sud-americanas).	2.700

<i>Total tropas enviadas hasta la fecha.</i>	65.000
<i>Están en marcha.</i> —Veintiun batallones de infantería; uno idem de idem de Marina, y fuerzas de caballería y artille- ría para cubrir bajas, más una compañía de Telégrafos. .	23.000

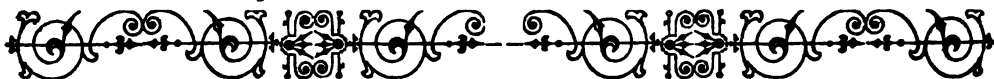


... la caballería de Pizarro, que dió una brillante carga... (Pág. 187).

<i>Se preparan.</i> —Reclutas del reemplazo actual que recibirán instrucción el mes próximo y marcharán en seguida. . .	8.000
<i>Total general.</i>	<u>113.000</u>

De los cuales 96.000 se habrán enviado desde Marzo á fines de 1895.
A estas fuerzas hay que añadir más de 50.000 hombres del instituto
de voluntarios de Cuba, de los cuales hay unos cinco ó seis mil movi-
lizados.





XIX

DE CASCORRO



E aquí lo que ha acontecido en Cascorro segun los datos que nos suministran:

«Existe allí un hermoso fuerte construído por tropas del batallón de infantería de María Cristina, bajo la dirección del inteligente y modesto capitán don Aniceto Castañeda. A mediados del mes último comenzó á circular el rumor de que los insurrectos proyectaban sitiar por hambre el destacamento del fuerte. El rumor, tenía efectivamente fundamento, pues se vió que las familias abandonaban el poblado. La noche del día que siguió á ese abandono entraron los insurrectos en el pueblo, saqueando las casas que el fuerte no podía proteger con sus fuegos. Retiráronse después al circular la noticia de que se aproximaba una columna del ejército; mas como no se confirmara aquella, volvieron dos días más tarde enarbolando bandera y haciendo al fuerte durante unas setenta horas un fuego bastante nutrido.

Cesó éste, y regresaron el 20 por la mañana las familias, anunciando la proximidad del batallón de Cádiz.

Los insurrectos iban mandados por el titulado cabecilla Primelles, los hermanos Rodriguez, Labrada y Miranda. Se sabe que el último quedó herido, así como otro que iba á su lado.

El destacamento del fuerte solo consumió 863 cartuchos, pues el

enemigo disparaba sin presentar la cara. No hubo en el fuerte otra novedad que la limitación de galleta, pues en previsión de un sitio en regla se cercenó desde el primer día un tercio de este alimento.

Detalle interesante: los soldados del destacamento—catalanes en su mayoría—que habían formado una especie de orfeón y acostumbraban á amenizar las retretas en la plaza pública cantando en coro, pasaron los días de fuego entonando cantos patrióticos. A uno de ellos ocurriósele colocar en uno de los lienzos unos maniqués de paja, contra los que disparaban los insurrectos creyendo que eran soldados. Cuando un muñeco era derribado, enseguida volvía á alzársele, fingiendo sustituir la baja. De ese modo se consiguió que el enemigo gastase infinidad de municiones.

Una heroína.

Entre los diversos incidentes á que dió ocasión el ataque, hay uno que no debe pasar en silencio.

Una agraciada joven, Amada Serra (la heroína de Cascorro la denominan hoy los soldados del fuerte) expuso más de una vez su vida, arras trándose desde una casa próxima á aquel para llevar carne fresca de vaca y de puerco á la fuerza del destacamento, echándola al foso de la fortaleza, de donde valiéndose de hábiles arbitrios la sacaban los soldados.

Amada Serra y la señora doña Eloisa de Armas, que la acompañó algunas veces en esas peligrosas y laudatorias excursiones, pidieron—y obtuvieron como era natural—que se les facilitase á ellas y á sus familias sitio en las carretas para venir á Puerto Príncipe, al regreso de la columna, á causa de haberles mandado á decir los insurrectos que habían sido condenadas á muerte por españolas.

La columna Suárez Valdés.

El día 11 de diciembre salió á operaciones desde Santa Clara una columna compuesta de tres compañías de San Marcial y una de Soria, 40 caballos de Pizarro, 25 del escuadrón de Montesa, 30 guerrilleros de San Diego, 20 guardias civiles de caballería y una pieza de artillería al mando del general Suárez Valdés.

Sin más incidentes que algún tiroteo en los reconocimientos practicados, pernoctó la fuerza en Zuazo, siguiendo la marcha al día siguiente hasta Nueces, donde encontró al enemigo en número de unos 800 hombres, mandados por Zayas y parapetados en fuertes posiciones, de donde fueron desalojados después de una hora de nutrido fuego á cuyo resultado contribuyó la caballería de Pizarro que dió una brillante carga, mandada por sus tenientes Gólfín y Saez.

Al declararse en fuga el enemigo la artillería hizo dos disparos de cañón, lo que les hizo precipitarse en su huida siendo activamente perseguidos por el Provisional, Roqueta y Casanova donde se disponían á acampar los enemigos, siendo desalojados del campamento después de un combate librado por la caballería de Pizarro y una compañía de infantería siguiendo en su persecución hasta Cardoso donde pernoctó la fuerza.

En los dos días siguientes se continuó persiguiendo á los insurrectos por Robles, Vegas Nuevas y Anton Díaz, sin poderlos dar alcance.

La columna no ha tenido novedad en estas operaciones.

Captura del cabecilla Acebo.



... y un tajo le arrolla... (Pág. 182).

Entre diez y diez y media de la mañana del día 8 de diciembre marchaba la columna del comandante Moreno, compuesta de doscientos cincuenta infantes del batallón Barcelona llevando en vanguardia veintiocho voluntarios del escuadrón tiradores de Cienfuegos al mando del primer teniente del mismo don Gabino Revuelta, y á retaguardia, cuarenta y ocho voluntarios de la sección movilizada de Rodas al mando del capitán de dicho instituto don Enrique Melkon y el incansable capitán de Estado Mayor señor Gil, por la sabana de la Redonda, en dirección á la colonia del mismo

nombre y al encuentro de las partidas reunidas de los Núñez, Muñoz, brigadier Panchito Pérez, Bermudez, parte de la de Matagas mandada por un tal Herrera y la de Rafael Rivas, constituyendo entre todas unos mil doscientos á mil quinientos hombres armados de rifles relámpagos, tercerolas y revolvers, con un titulado escuadrón de macheteros y unos cien hombres á pié regados por los flancos y retaguardia en grupos de unos ocho ó diez, incendiando, desorientando y sirviendo como de velo al grueso de las partidas, con las cuales iba el cabecilla Laet,

para intentar por segunda vez su paso á la provincia de Matanzas cruzando el Hanabana por Tierras Nuevas ó Voladoras.

Todos estos extremos fueron escrupulosamente compulsados y verificados en el campamento del potrero Las Animas donde las partidas reunidas con avanzadas á mucha distancia pernoctaron el día cuatro y al cual llegó la columna entre diez y once de la mañana del cinco, encontrando además de numerosas hogueras, restos de gallinas y cerdos, plátanos y boniatos, algunos sombreros, monturas viejas, arreos y varios regueros de cápsulas de rifle relámpago, tercerola y revolver.

Comprobadas la presencia de Lacret, Pancho Pérez y demás cabecillas, número aproximado de rebeldes y dirección que llevaban por diversos sitios y vecinos de los bohíos de dicho potrero en uno de los cuales se alojó Lacret, y sabiendo iban en vuelta de Voladores por Jabacoa y Medidas se hicieron dos marchas forzadas los días 6 y 7, llegando al medio día de éste á Voladoras para ganar la delantera de seis horas que llevaba la partida y atajarles contramarchando por toda la margen izquierda del Hanabana, cubriendo los pasos de Voladores, Boquerones, Talmilla, Novillo y Palma Sola de dicho río, pues los de Venero y Jagüey estaban guarnecidos por fuerzas de Colón.

Cerca de Santiago se encontró la partida de Muñóz que era la segunda de vanguardia la cual se dispersó en dirección al Novillo al aviso de una avanzada. Practicado un reconocimiento en la colonia y paso de de dicho nombre por el capitán Gil de Estado Mayor con el teniente y guerrilleros de Cienfuegos, divisaron al huir é internarse en la manigua del borde del Hanabana un moreno que según confesó un colono iba armado de un cuchillo bayoneta Maüsser y tercerola, preguntando por el camino de Voladoras y las partidas de Muñóz y Núñez.

Emprendida de nuevo la marcha al atravesar la sabana y cerca de la bifurcación de los caminos de Medidas y Palma Sola, apareció de pronto á la vista de la vanguardia un grupo de exploradores enemigos, uno de los cuales apuntó con su tercerola y sin dispararla huyó hacia el río. La vanguardia hizo alto desplegando sus tiradores y avisando la novedad, pocos instantes después empezó el fuego graneado por el flanco izquierdo hacia donde hizo frente el grueso de la columna, mientras la sección de voluntarios de Rodas corrióse hacia la derecha formando martillo. Reunida ya la vanguardia cayó sobre el flanco izquierdo de la partida que se dispersó huyendo en retirada y corriendo la pareja de tiradores de Cienfuegos Manuel Linares y José Indarte tras del individuo que entre ambos frentes corría hacia el extremo derecho de su gente, fué alcanzado al saltar su caballo un arroyo y derribado del mismo arroyo por el cordón del revólver. En este preciso instante llegó al borde del arroyo el teniente de voluntarios señor Revuelta y tras de él el capitán de Estado Mayor al cual se acogió el prisionero suplicándole no per-

mitiera le matasen y entregándole su sombrero para que le arrancase la escarapela estampada que en él lleva, bordada de pliegues en raso de azul y blanco y con un alfiler de metal dorado atravesado.

Díjole el oficial de Estado Mayor que nadie le mataría ni permitiría se le maltratase mientras estuviese en su poder, y condújosele ante el señor comandante Moreno, jefe de la columna, al que también ofreció su sombrero y le dijo éste que lo conservase, puesto que lo llevaba con tanto orgullo. Montaba, en el acto de la captura, un hermoso caballo castaño con una montura cuidada con mucho esmero, llevando 2 carteritas á ambos lados, en una de las cuales se encontró un paquete de sulfato de sosa y en la otra trece cápsulas de revolver. Vestía botinas de cuero color avellana con pezpuntos, calzoneras guajiras muy sudadas, pero con correas en buen estado, pantalón blanco, chaleco y chaqueta de paño negro y sombrero de jipijapa muy bueno con la escarapela descrita; iba armado de revolver Smit, americano bastante bueno con cordón negro y corchete dorado, machete ordinario y sucio con vaina de cuero adornada con tachuelas. Dijo que su rifle relámpago lo llevaba su secretario.

Al incorporarse de nuevo á la columna en la colonia La Luisa el capitán de E. M. que con el de los 48 voluntarios del Escuadrón de Rodas marchó practicando reconocimiento y en persecución de un grupo que fué dejando regado sus caballos y sombrero en el camino de Palma Sola, el prisionero que resultó ser el cabecilla Acebo, se le dió de comer y sereno ya por completo aun durmió un rato de siesta montando luego en un caballo con gran soltura, no obstante llevar atados los brazos y permaneciendo con la cara levantada y fumando tabacos puros todo el resto del día muy atento pero quejándose de una ligera fiebre que no acusaba su pulso normal.

Fué entregado aquella noche al comandante del destacamento de San Lino, quedando custodiado en uno de los fortines de dicho central y satisfecho de que ningún individuo le hubiese insultado ni de obra ni de palabra y se le diese de comer y una manta para dormir. Al amanecer del día siguiente la columna continuó sus operaciones dejando allí al prisionero. Su partida se componía de 100 á 120 hombres todos montados y armados.

* * *

La noche del día 10 desde dicha hora á dos de la madrugada atacaron las tropas rebeldes el poblado del Songo guarnecido por el batallón de la Constitución, resultando un centinela muerto por una descarga hecha por los incendiarios. Los rebeldes, envueltos en las sombras de la noche, tuvieron varias bajas, según los ayes lastimeros que dejábanse oír. Su idea sería sin duda saquear el mencionado poblado, en vista de

haber salido fuerzas de dicho batallón, á custodiar un convoy, pero no contaban que allí quedaban un puñado de valientes.

Personas de entero crédito aseguran que es mucho el deseo que tienen los individuos del repetido batallón de la Constitución de entrar en fuego; baste solo decir que se compone en su mayor parte de aragoneses y navarros, siendo objeto de los mayores elogios por parte del valiente y nunca bien ponderado coronel Tejada.

Aquella tarde entró el batallón de León que operaba por las minas de Firmeza, atravesando las calles principales acompañado por la música del regimiento de Cuba.

En esta provincia parece que los *doncellos* no desean por ahora más que desaparecer é ir á otros puntos más vacíos de tropa, y poder así trabajar por su libeltá.

En verdad que los generales Navarro, Canella y coronel Tejada han hecho una limpia..... ¡pero qué limpia, Señor! solo la parte de Guantánamo es la que, aunque en corta escala, está asediada por esos criminales é incendiarios, siendo digna de las frases más encomiásticas, entre otras fuerzas, la de la Guardia Civil que hoy está al mando del capitán don Francisco Martí Aramburo, conocedor práctico del terreno, ya hace años, y que el valiente general Canella lleva á sus órdenes.

Para los laborantes brasileños.

Dice *La España Moderna*, de Montevideo:

«Suponiendo que los Gobiernos americanos no echaran al canasto, que sí la echarán, la petición de los brasileños que capitanea el *doctor* (¿no será *general* también?) Timoteo, es casi seguro que enviarán estas respuestas:

República Argentina.—Las relaciones de amistad que mantiene la república con España, nos obligan á hacer respetar el derecho de esta nación; por lo tanto, el Gobierno prohibirá cualquier manifestación que pueda ofender á la nación española.

Perú.—«Mientras yo esté en el Gobierno, trataré de mantener las más estrechas relaciones con la madre patria, cuyos derechos no deben ser jamás motivo de discusión por parte de las repúblicas americanas.»

Chile.—(Por boca de Korner): Estamos muy ocupados en desasnar reclutas, y en coser rotos.

Uruguay.—Estamos en muy buena harmonia con España y los 45.000 españoles que aquí hay, y no queremos romperla para dar gusto á ustedes.—¡Perdonen, otra vez será!

Paraguay.—Cuando el papel esté á la par (es decir, el día del Juicio, á las cuatro de la tarde) hablaremos de eso; pero pueden ustedes entenderse mientras tanto, con los diputados Decould y Baez, que son buenos cebadores de mate.

Venezuela.—Después que hayamos dado satisfacciones á los ingleses por la detención ilegal de dos agentes de policía de la Gran Bretaña, estudiaremos el asunto.

Colombia.—Tenemos ahora disturbios que sofocar y coroneles que ascender; otra vez será, *hermanitos*.

Brasil.—¿Ora isto? No nos conviene alentar á los insurrectos de las Antillas para que no cobren alas los de Rio Grande do Sul, y además, aquí tenemos á los ingleses en Trinidad y á los franceses en Amapá, que ya, ya...

Ecuador.—¿No saben ustedes que aquí la gente

también se escalda
por aquel asunttie
de la *Esmeralda*?



... escaparon de segura muerte... (Pág. 181).

Nicaragua.—Está muy reciente lo de Corinto para meternos en otras bre-gas.

Bolivia.—Primero tenemos que re-solver algunas cuestiones de límites.

México.—Nuestro presidente ha brindado por el pueblo español y gritado ¡Viva España! por lo tanto, no quiere ni puede contradecirse.

Resúmen: que los *libertadores* de Rio Janeiro sacarán de su propaganda lo que el negro del sermón.

Movimiento de fuerzas.

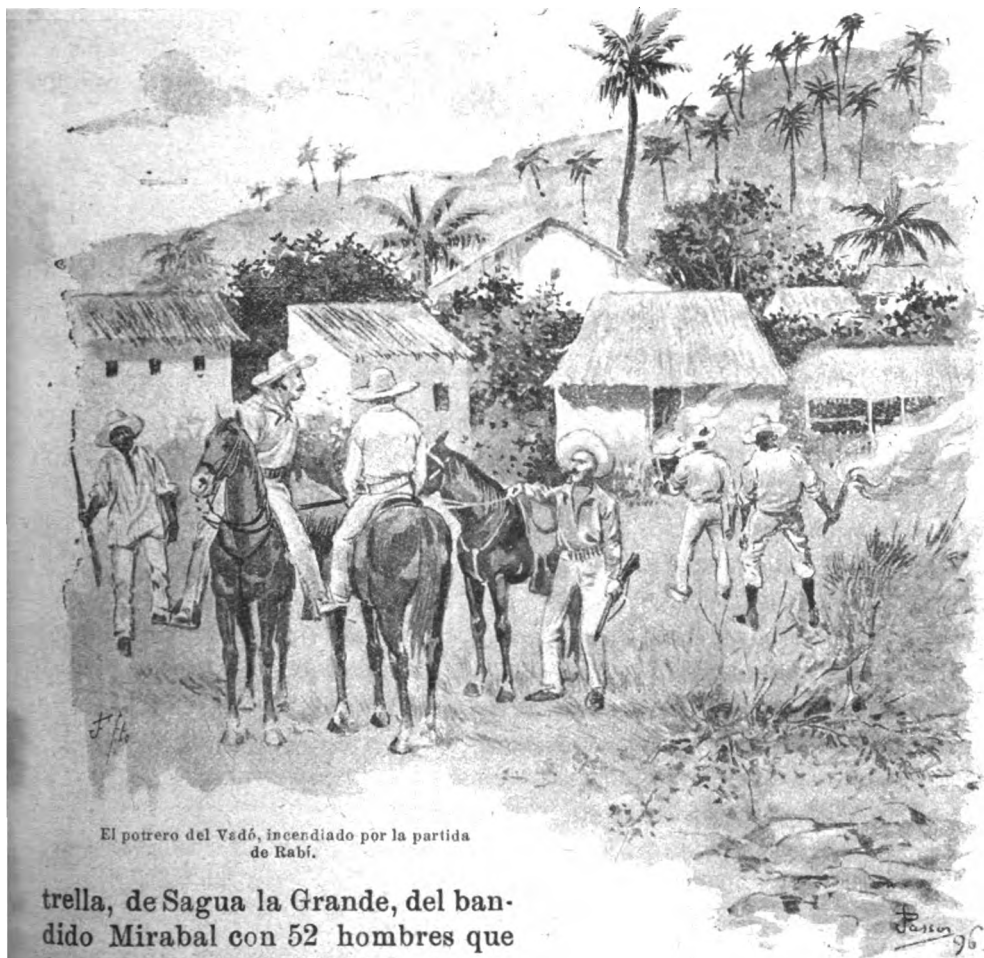
Se espéran en las Villas sucesos de consideración. La llegada de Máximo Gómez es un hecho, que se comprobará con el movimiento extraordinario de las tropas.

Llegó á Cienfuegos en el vapor M. L. Villaverde, procedente de Santiago de Cuba, el general de brigada don José García Navarró, con los batallones de Infantería Valladolid y Cuba y dos piezas de artillería.

De Ciego de Avila ha salido el general Aldave; de Sancti Spiritus, Garrich; de Santa Clara, Suárez Valdés; de Sagua, más de mil plazas, e iguales fuerzas de Trinidad y Remedios.

También llegaron á Cienfuegos los generales subinspectores de Artillería é Ingenieros respectivamente, señores Lachambre y Borrero.

Más se comprueba la estancia de Máximo Gómez en Las Villas por la presencia indudable en los montes del ingenio Natalia y del potrero Es-



El potrero del Vadó, incendiado por la partida de Rabí.

trella, de Sagua la Grande, del bandido Mirabal con 52 hombres que forman la vanguardia del generalísimo insurrecto.

Santiago de Cuba.

Cuando la alegría empezaba á despuntar en nuestro ánimo, pues creímos ya limpios los campos de esta Provincia aunque relativamente, según reconocimientos y batidas llevadas á cabo por el nunca bien ponderado general Navarro, he aquí que ha marchado éste con parte de su

Cuaderno 53—T. II.

Precio 10 cent.

brigada por orden superior á Cienfuegos, aparece una plaga vandálica, que otro nombre no merecen, ascendentes á 1500 hombres por los altos de Escandell y Villalón, mandados por el mulato Valeriano Hierrezuelo, Eduardo Domínguez y Lino Ramos.

Distribuída, además, fuerza de dicho Instituto en pequeños destacamentos por ingenios y cafetales protejen, merced á su celo por la concentración de las propiedades, la zafra que á toda costa quieren los insurrectos evitar.

En Santiago de Cuba se prepara un entusiasta recibimiento para los próximos á llegar, expedicionarios montevidéanos. Entre los festejos será digna de verse una rondalla aragonesa que bajará al muelle á recibirlos, compuesta de militares de la tierra de Agustina de Aragón.

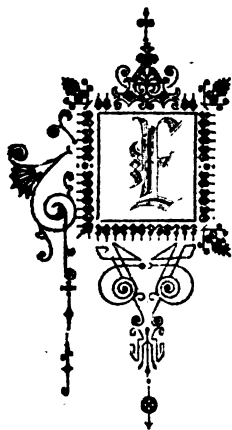
Un hurra á los entusiastas aragoneses.





XX

POR LA PAZ



L *Fénix* de Sancti Spiritus ha publicado en suplemento extraordinario una carta abierta que *El Pueblo* de Puerto Príncipe ha dirigido á los cubanos levantados en armas, y, en uno de sus últimos números, un artículo titulado «A los campesinos»; documentos que reproducimos á continuación, aunque no estamos conformes con las apreciaciones de carácter autonómico que contiene, pues sabido es que nuestra bandera son las reformas aprobadas por las Cortes y las consignadas en el programa del partido reformista, á fin de que aquí y fuera de aquí pueda conocerse el concepto que la insurrección merece á muchos y muy ilustrados elementos de este país.

Dicen así:

¡POR LA PAZ!

En nuestro afán sin límites de contribuir por todos los medios posibles á salvar á Cuba de su ruina, á los cubanos que ciegos y equivocados, ó fanatizados y arrastrados por una obra antipatriótica y desoladora, empuñan hoy las armas contra la legalidad y el porvenir y la felicidad de Cuba, y complaciendo, á la vez, á las numerosas personas

que desean conocer y extender la notable y razonada «Carta abierta», que *El Pueblo* de Puerto Príncipe dirige á los insurrectos, damos una edición extraordinaria de *El Fénix*, de cinco mil ejemplares, para que la voz del convencimiento llegue á todas partes y en aras del deber y de la justicia, de la salvación y de la libertad de Cuba, depongan las armas los cubanos levantados en hora funesta, y vengan á la razón que es la paz.

La edición de *El Fénix* de hoy se ha agotado, pues la «Carta abierta» ha producido gran impresión, como era natural sucediera.

Y para ver si ese consejo reflexivo, humano y justo resuena en el corazón de los obcecados y dominados por una idea suicida y devastadora, no solo hacemos esta gran tirada que se repartirá gratuitamente al pueblo, sino también publicamos dos oportunos documentos del ilustre Pacificador, tendentes á salvar á Cuba de su ruina.



Lucio Gutiérrez.

El general Martínez Campos, con sus levantados sentimientos humanitarios, no cierra jamás su gran corazón al perdón y se interesa porque los habitantes leales del campo y de los pueblos no sean maltratados, sino considerados «como corresponde á la nobleza del ejército español y á las conveniencias de la patria.»—

¡Honor siempre á ese gran patriota!

El indulto está vigente; el plazo está abierto. Deponed las armas.

¡Qué Dios abra los ojos de los cubanos levantados en guerra, que inspiren sus sentimientos y no aniquilen un día más la patria, el hogar de sus hijos, el fruto de sus trabajos.....!

¡Basta de sangre, lágrimas y luto!

¡A LA PAZ TODOS! ¡A LA PAZ!

A continuación publicamos la «Carta abierta» y los bandos del generoso é hidalgo Pacificador de Cuba.

A los cubanos levantados en armas.

CARTA ABIERTA.

Hace siete meses que se inició el actual levantamiento y puede decirse que aún no ha comenzado la guerra.

Cuanto ha sucedido, es el prólogo de cuanto va á suceder. De lo pasado puede deducirse el porvenir.

Antes de que la lucha comience con toda su intensidad, con todo su ciego ardor, habeis creído necesario devastar dos provincias; y el mismo procedimiento se ha aplicado á las Villas.

La labor acumulada durante varias generaciones, las manifestaciones de una cultura conquistada á duras penas, la sólida base de un grande y futuro engrandecimiento, va desapareciendo con espantosa velocidad, á guisa de preparación para una lucha, en la cual desaparecerá lo que queda.

Dentro de breves días, setenta ú ochenta mil combatientes que han de estar siempre entremezclados y á tiro de fusil, darán principio á una lucha cruel, en las tres cuartas partes del territorio cubano.

Casi sin concretar un plan; sin disputar posiciones, ni tener por objetivo el ocupar este ó aquel distrito; sino con el sólo fin de encontrarse y matarse en cualquier sitio y como haya lugar; teniendo todo el país como campo de batalla; utilizando sus pasos, y accidentes, para guarecerse ó atacar, siendo hoy dueño uno de lo que el otro ocupará mañana; esa hueste inmensa, en su constante moverse y destruir, arrasará forzosamente todo el país, que quedará desolado.

La insurrección duplicará acaso el número de sus afiliados, y el gobierno, seguramente doblará el de sus soldados.

Entonces serán ciento cincuenta ó doscientos mil, los que en realización de sus empeños, se encargarán de acortar la vida de esta sociedad. ¡Cuba está perdida!

Su suelo no podrá resistir el esfuerzo y su ánimo decaerá ante la oleada de sangre y de destrucción que se viene encima.

La miseria, con sus aliados, el hambre y la epidemia, harán en las ciudades lo que las armas y el incendio harán en los campos; y para que el cuadro sea más sombrío, más repugnante, la prostitución de un sexo y la degradación del otro, seguirán por los senderos que la desesperación y la angustia sin término, abran bajo los piés de sus sometidos.

Si el cuadro que acabamos de bosquejar no pareciese exacto, será por falta de colorido y no por error en las apreciaciones.

No hay un solo individuo dotado de buen juicio y dueño de sus facultades, que no se haya pintado á sí mismo el funesto espectáculo que hemos intentado describir, cualesquiera sean sus aficiones y compromisos políticos.

Hay que detenerse, pues; hay que reflexionar, antes de seguir adelante. No se trata ya de recabar más ó menos libertades para un pueblo; de hacer una sociedad más ó menos dueña de su destino; de encauzarla por este ó aquel camino.

El problema es otro.

Tal cual está planteado, el problema es: si se aniquilará ó no la sociedad cubana; si se lanzará al caos á un pueblo en masa; si para recabar más ó menos libertad de acción en un tiempo más ó menos corto, se pueden jugar al azar de una lucha desesperada, la vida misma de la sociedad que se pretende favorecer.

Todas las piezas de la horrible maquinaria de la guerra están ya preparadas, todos los engranajes están engrasados, y de un momento á otro comenzará el terrible funcionamiento de tantas energías acumuladas.

Y la cuestión, para todo espíritu noble y generoso es: ¿dónde estará Cuba cuando todo haya concluido? ¿Dónde habrán ido á parar su riqueza, su cultura, sus esperanzas, su significación, su vida?

¿Quedarán energías para reconstruir, iguales á las que se emplearán en destruir?

¿Cuántas generaciones habrán de consumirse antes de que las dulzuras de la paz y las venturas de la civilización, vuelvan á hacer la vida amable en nuestro país?

Hay que detenerse y reflexionar antes de seguir adelante, como se detuvo Coriolano, victorioso, á las puertas de Roma, prefiriendo la salvación de la patria á la propia satisfacción.

Hay que detenerse y pensar si es lícito llevar la guerra hasta la degradación de la patria.

Porque cuando el triunfo de los más nobles y legítimas causas compelen á sus defensores en el campo de batalla, á herir con el mismo golpe al adversario y á la patria, la guerra cesa de ser lícita, de ser moral.

Por eso Napoleón capituló en Fontainebleau; por eso Lee entregó su espada á Grant.

Eran los más grandes capitanes de sus tiempos; acaudillaban pueblos heroicos; podían seguir luchando; y aún vencer podían, pero..... era menester desgarrar la patria y para eso no quisieron seguir siendo caudillos!

El espíritu de cultura moderna condena con los esfuerzos suicidas.

El aniquilamiento de una sociedad ya no se decreta, sin que la protesta del mundo civilizado se formule.

Una causa es simpática, en tanto no se toman los senderos vedados para hacerla triunfar.

Cuba arrasada, debilitada, prostituida, será presa de horrores anárquicos que repugnan al espíritu moderno.

Los que persistan en ese camino tienen que ir solos, y la historia no recogerá sus nombres para bendecirlos.

Sí; es fuerza detenerse y desistir del empeño, antes de consumar la obra de destrucción que se va á emprender.

Los que se han lanzado, al terminar la lucha han de preguntarse á sí mismos: ¿dónde está la patria?

* * *

Cuba no puede ni debe fundar sus esperanzas del porvenir en sus contingentes de guerra.

Aparte de otras razones, debe bastar la de que su población y modo de ser la condenan á una guerra de exterminio.

Nuestro vigor, nuestras energías reales, nuestro valer intrínseco é indiscutible está en el poder del pensamiento; y ante su empuje todas las resistencias habían cedido ya.

Los odios y las explotaciones seculares se disfrazaban ya y las intransigencias políticas desenfrenadas habían reducido sus vociferaciones á un sordo murmurar.

La verdad y la justicia; lo propio y correcto habían conquistado todas las conciencias; y nuestra causa, la de las reivindicaciones cubanas, iba triunfando gallardamente sin costar al país ni una vida ni una lágrima.

Nuestros hombres políticos tan cultos y bien inspirados, añadían cada año una conquista á las ya obtenidas y que debían dar colorido é impulso á la vida cubana.

Las manifestaciones de nuestros progresos en los últimos años llamaban la atención del mundo culto, ya en el terreno de las artes y ciencias, ya en el de las industrias.

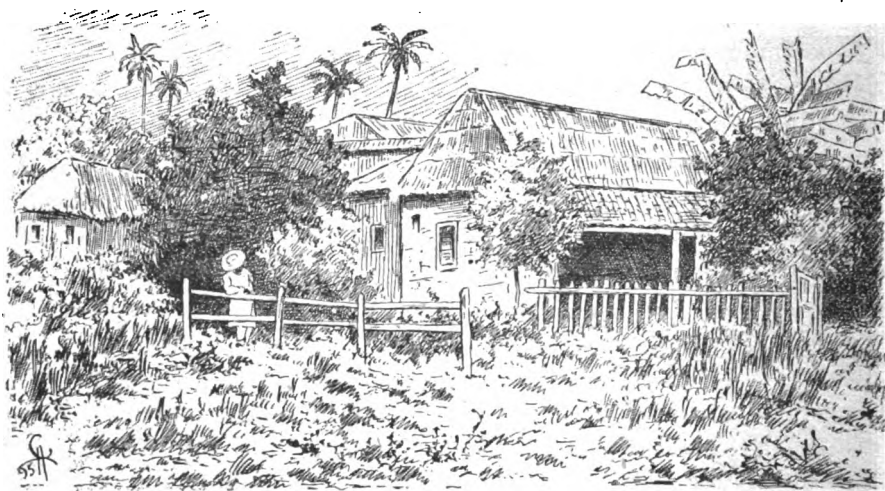
Vencido y postrado en tierra el viejo espíritu de resistencia, sin fuerzas para sostenerse en pie frente á la cultura cubana, habíamos despertado la fe en la eficacia de las libertades modernas en la mayor parte de los peninsulares, y conquistado la conciencia política de la Nación, al grado de obtener, por voto unánime, las reformas, que han de ser la puerta por donde vendrá la autonomía.

Nuestra riqueza iba salvándose de la universal crisis, y en pocos años nuestros productos principales han podido obtenerse por la mitad del precio á que antes se creía necesario producirlos.

La confianza renacía, poco á poco, y los capitales extranjeros venían á Cuba á explotar minas, á explotar ferrocarriles, á establecer grandes manufacturas de tabaco; y en los últimos meses, casas inglesas solicitaban permisos para establecer bancos agrícolas entre nosotros.

Despejábase la atmósfera, desaparecían las brumas que envolvían nuestro porvenir, y parecía próxima, muy próxima la hora en que Cuba, rica y feliz, recogiera el premio de su perseverancia y de sus desvelos.

Eramos y aun somos uno de los pueblos más ricos de los de nuestra extirpe y circunstancias; nuestras cosechas aumentaban; nuestro crédito se rehacía; nuestra laboriosidad nos conquistaba un lugar de preferencia en el mundo del trabajo; nuestras ciencias y letras nos hacían amados de propios y extraños; las conquistas políticas nos habían dado un puesto prominente, entre los grupos que luchan y vencen con la inteligencia, y la certeza del próximo triunfo final y decisivo, nos llenaba de satisfacción.



Poblado de Demajua incendiado por los insurrectos.

Cuba marchaba por triunfal senda, guiada por el pensamiento cubano; y á la hora de las mieses habéis prendido fuego al campo tan cuidadosamente cultivado.

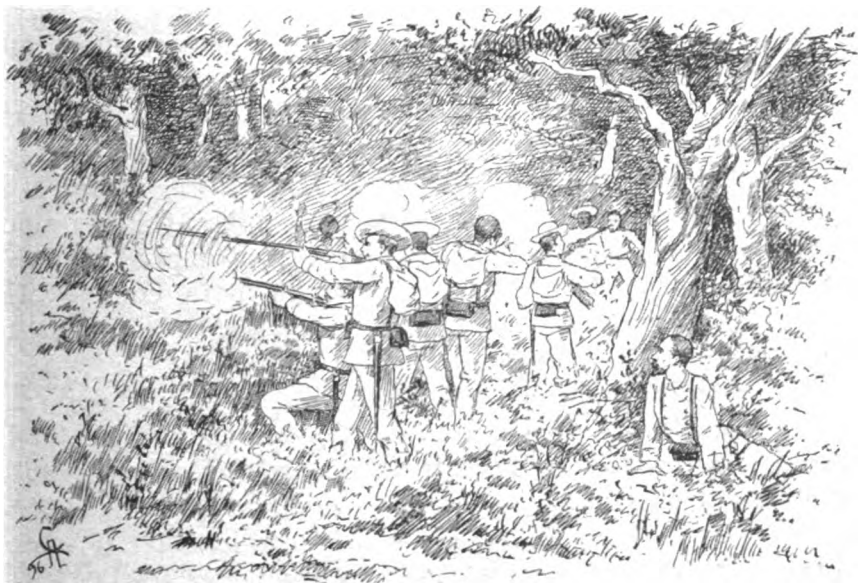
Maquiavelo, ese hombre que simbolizó la maldad, la intriga, la hipocresía y la mentira, aquel genio poderoso de la decadencia italiana, según nos lo pinta Macaulay, ideó sus más torvas combinaciones, formuló sus más tenebrosos consejos, quebrantó quizás su aptitud republicana alguna vez, por salvar la resplandeciente civilización de las repúblicas italianas, amenazadas por la contundencia estúpida de las bárbaras huestes del Norte de Europa. No fué sólo el amor al hogar, al terruño, lo que movió á aquel grande hombre á desplegar las maravillosas energías de que estaba dotado tan ricamente; fué también el amor culto y delicado que su espíritu elevado había concebido por aquellas acumulaciones tan bellas, del humano saber y del trabajo humano.

No podía ver profanar, sin revelarse, las más amables conquistas de su tiempo; no podía resignarse á ver desaparecer las manifestaciones de la cultura de su época, ante las torpezas de guerras destructoras, que jamás devolvían las energías que consumían.

¿No habrá entre nosotros tanto culto y humano amor á las amables conquistas de nuestro espíritu y á la acumulación de bienes adquiridos durante varias generaciones que todo, todo lo lancemos á la hoguera, en un día de impaciente desesperación?

Si hemos de salvar esta sociedad, ¿por qué la destruimos? Si amamos nuestro genio ¿por qué lo despeñamos en la anárquica sima que va á abrirse al porvenir de Cuba?

Si amamos nuestras madres, hijas, esposas y hermanas; y si gimien-



Una emboscada en la manigua.

do por sus desdichas y las nuestras, apelamos á recursos de fuerza, ¿por qué continuarlos, si ellos han de conducir á la degradación de los que amamos?

No lo fieis todo á la fiera de la guerra, que ya está juzgada.

Ese procedimiento desolador es el de los reaccionarios, y su naturaleza tal, que sirve á los propósitos más opuestos y asegura el triunfo tan sólo á la mayor fuerza.

Teníamos abierto el camino, que quizás la lucha pasada preparó. Volved á él y tened la abnegación necesaria para salvar á Cuba del desastre que le aguarda.

La inmensa mayoría de los habitantes de Cuba, acepta reformas autonómicas como el mayor bien.

La paz se recibiría hoy en Cuba como la señal inequívoca de la intervención del Cielo.

Los más excépticos, los más enardecidos, los más ciegos, verían con

gozo llegada la hora de poder, decorosamente, dejar una actitud que ha conducido, por forzosa senda, á la aniquilación de la patria.

Elevad vuestros corazones, tened la abnegación necesaria en tan suprema hora, y deponed las armas en manos de los defensores de las libertades cubanas,

El Partido Autonomista ha sufrido mucho por Cuba y mucho ha conquistado para la felicidad de esta sociedad.

Su obra ha sido interrumpida por la rebelión. El porvenir que tenía conquistado hálo trocado la guerra en piélago de miserias y de desgracias.

Pero aún hay un grupo fuerte, enérgico, amante de Cuba, que no odia á nadie, que será oído y atendido, que quiere ahorrar sangre y provocar inteligencias, que no hallará desabrida ninguna tarea y está dispuesto á intentarlo por la paz.

Acudid á él sin vacilar, y aún podemos, entre todos, salvar á Cuba.

No desdeñeis el consejo. No lo formula un corazón tímido, sino antes bien una conciencia justa, reflexiva, humana y amante del país.

En el corazón firme del guerrero se albergan, para ennoblecerlo, al lado de la resolución sensible de morir ó vencer, los sentimientos más suaves que adornan al sér humano.

¡Sólo los valientes se vencen á sí mismos!

Levantad vuestros corazones y salvad vuestro país. Las inteligencias cubanas más preclaras; los espíritus más robustos y sagaces; los hijos de este suelo más capaces de recoger el espíritu de su tiempo, y más dignos de representarlo, serán los sacerdotes del altar donde depositeis vuestra fe. Salvad la patria y sereis bendecidos.

(*El Pueblo de Puerto Príncipe*).





XXI

EL COMANDANTE VALENZUELA



He tenido el honor de estrechar la mano del heróico comandante Valenzuela, herido en Ojo de Agua, dice un periodista cubano.

¿Cómo había de pasar yo por Cienfuegos, sin disfrutar de e'a satisfacción inmensa?

Inmensa y me quedo corto. Porque en el héroe, se admira al lado del valor, la modestia, la sencillez en el relato, la naturalidad con que juzga su conducta en el combate, como cosa corriente, que cualquiera realiza.

Es hoy comandante militar de Cienfuegos, el comandante de infantería de Marina don José Cebrian, persona que une á la actividad incansable la amenidad en el trato. El, aprovechando el primer momento de descanso que tuve, me llevó á la enfermería que aquí tiene establecida la Marina.

Agradecidísimo estoy á las atenciones de este ilustrado comandante. No he visto en nuestros dominios, hospital mejor montado que la enfermería de que me ocupo. La limpieza, el orden, el cariño, la competencia profesional, la higiene, todo allí brilla y se advierte desde el primer momento. En medio de tantas condiciones, casi es imposible morirse. Y en efecto, muchos heridos y muy graves se salvan y salvaron en

aquel establecimiento, admirablemente dirigido por el médico Ulloa, á quien secunda el médico del 2.º de infantería de Marina don Aureliano Guerrero. Esos dos señores merecen todo género de alabanzas.

Allí ví, al entrar, en limpiísimas camas, al herido de la escolta del ilustre general en jefe, que el doctor Semprún preparó á bordo del Villaverde. Está casi sano.

En la misma sala, se halla un herido grave de la acción de Ojo de Agua, una bala le dió en la cartuchera inflamándose los cartuchos. Más ser que en él llevaba y la explosión le produjo una brecha enorme en la nalga y espalda derecha de la que se han extraído trozos de uniforme y pedazos de casquillos y de proyectiles; este herido está muy grave.

Hay otro trepanado por los doctores Ulloa y Guerrero, otro atravesado de parte á parte, otros varios con balazos en los brazos, otro con un machetazo en el cogote; todos curan, todos van mejorando.

Y después de atravesar esta sala se entra en la de los oficiales. Allí está el comandante Valenzuela. Al verle se siente profunda emoción.

—Mi comandante—le dije—permítame que estreche su mano. ¿Cómo se encuentra?

—Con mucho gusto—me contestó—me hallo bien gracias á estos buenos amigos. Ya las heridas del hombro, del dedo y de la nariz las tengo casi curadas, la pierna—agregó levantando la sábana—véala usted, la inflamación cedió, los dolores son menos, es cuestión de paciencia, y aun cuando he perdido mucha sangre, yo soy fuerte y tal vez me sirva para librarme del vómito.

—¿Cómo ocurrió ese combate extraordinario?

—Permítame que le conteste que no tiene nada de extraordinario. Es una acción corriente la que yo hice. Otro cualquiera hubiera hecho lo mismo. Se lo aseguro sin falsa modestia. Yo recibí la noticia de que una gruesa partida estaba cerca del ingenio Cantabria, veía arder la caña, pero más me preocupaba el pequeño destacamento del ingenio que corría peligro. Salí del fuerte con mis 65 hombres. Subíamos una loma y al llegar á la cresta nos encontramos en una pendiente suave del otro lado con la partida. Eran muchos, muchos, muchísimos, una nube, el sol nos daba de cara, el humo y el calor de la caña ardiendo nos sofocaba, comprendí el peligro, nos hicieron las primeras descargas casi á 40 metros de distancia. Hubo un momento en que suspendí el fuego porque ví entre ellos uniformes parecidos á los nuestros, más al verles entonces tirar de machete, y dispuestos á echársenos encima mandé formar el cuadro, agrupándose los que pudieron, y dí orden al teniente Gómez, un valiente, para que por escalones nos retirásemos á ganar el monte. Pronto me sentí herido en el hombro. No fué nada.

Seguí en mi puesto hasta que una bala me dió en la pierna, cerca de la rodilla y caí sentado. Entonces mi asistente y otro soldado á los que

debo la vida, me agarraron, yo echaba mi pierna izquierda rota sobre la derecha y arrastrando, me fueron retirando hacia la manigua, siempre sufriendo el fuego, allí encontré algunos de los míos, improvisaron una camilla con los fusiles y las correas y salimos con grandes trabajos, llegando á las diez de la noche al fuerte, donde me hicieron una cura, era la primera desde las cuatro de la tarde que me hirieron. El enemigo era 20 veces más que nosotros, pero sufrió grandes pérdidas por el fuego de nuestros Maüsser.

Hé ahí todo lo que pasó.

Según me dijeron los médicos, el estado del comandante Valenzuela es satisfactorio y seguro ya que salva la pierna. Esta tiene rota la tibia y el peroné, por bajo de la rodilla.

S. M. la Reina, preguntó por cable por la salud del herido, enviándole un abrazo de sus padres, y diciéndole que estaban buenos. Este hermoso rasgo, hizo saltar lágrimas de agradecimiento al herido. Cada dos días se dá cuenta á S. M. del estado en que se encuentra.

El comandante Valenzuela tiene 35 años, hace 5 que ascendió á capitán, es de Madrid, vino con el batallón de Canarias.

Uno de los heridos que cayeron prisioneros, me contó que lo trataron bien. Rego le hizo proposiciones de dinero para quedarse entre ellos. Las rechazaron todos y entonces los entregaron. Comían con el cabecilla. No estaban en el campamento principal, y solo veían á uno que había de aposentador y llevaba una banda de cinta azul y blanca con esta inscripción *Jefe de día*.

El comandante Valenzuela, obtendrá la cruz laureada. Ha sido visitado por el general Lachambre con el general Barraquer, comandante Cabello, capitán Gómez Núñez, comandante Ochoa y capitán Monteverde. El general Lachambre le manifestó cuanto honor tenía en saludarle y estrechar su mano, agregando que había conquistado una gloria más para la infantería española. El comandante Valenzuela, contestó como siempre hace, que está agradecidísimo á esos inmerecidos elogios, que él ha hecho lo que cualquier otro hubiera hecho.



Un sargento murciano.

De una carta que el sargento de la guardia civil, Pedro Peñaranda, dirige desde Caracúcey con fecha 5 de Noviembre pasado á sus padres, entresacamos los siguientes párrafos, que demuestran la infame guerra que se hace en Cuba y el valor indomable de nuestros soldados.

«El día 29 de Septiembre que tan presente tienen ustedes y yo, por que nos recuerda la muerte de mi hermano, será recordado por mí con doble motivo, por que en ese día, tuvimos un encuentro con los insurrectos, en el que oí perder la vida y no volver á ver á ustedes.

Contaré como fué ese encuentro.

El día 27 del pasado, después de haber tenido á raya unas partidas insurrectas, compuestas de 50 ó 60 hombres de caballería y otros tantos de infantería, en las llanas llamadas El Griton, llegamos á Palmarejo.

A las dos horas de llegar recibimos orden por teléfono de salir el 28 de madrugada á perseguir las partidas de Perico Muñoz y Serafín Sanchez, que eran las mismas á que antes me refiero, pero reforzadas por la del cabecilla Juan Bravo, que lleva unos 100 hombres á caballo y algunos á pié, constituyendo entre todos unos 250 hombres, las tres cuartas partes de caballería.

En efecto, salimos el 28 de madrugada, yendo á hacer noche en la casa del cabecilla Perico Muñoz.

El 29 á las seis de la mañana salimos para buscar á las citadas partidas, las que enteradas de que las íbamos persiguiendo se retiraron á un sitio llamado San Ambrosio.

A las once de la mañana y en ocasión en que estábamos haciendo el rancho á la orilla de un río, un centinela que estaba en un punto elevado vió con los gemelos á tres ginetes con armas que venían á la carrera y que eran exploradores de las partidas.

El centinela les disparó después de darles el alto y ellos hicieron fuego echando á correr.

Subimos casi todos nosotros á la montaña en donde estaba el centinela y les hicimos fuego á diez ó doce ginetes que habían aparecido ya, tirando á tierra cuatro y cogiéndoles los fusiles, las municiones, los machetes y dos caballos, quedándome yo con el mejor de éstos.

No ocurrió otra novedad, nos comimos el rancho y salimos para San Ambrosio, andando por entre dos montañas cubiertas de manigua como una hora y media escasas.

Tuvimos que empezar á pasar un río con agua hasta la cintura y encontrándose la mitad de la columna en el agua y la otra mitad en la orilla, el guardia que iba de guía dió el alto é hizo fuego, por haber visto en la manigua que había en la montaña de la derecha, á los mam-bises.

Figúrense ustedes lo crítico de nuestra situación.

El enemigo que estaba emboscado y atrincherado en dicha montaña, empezó á hacernos descargas cerradas como á unos 20 pasos de distancia.

En medio del río hicimos una descarga, adelantando hacia ellos, que estaban como á 15 pasos de la orilla.

Pasamos los primeros cuatro guardias civiles de la vanguardia, el cabo farriel y dos guardias de mi compañía y yo.

Al pasar el río cayó muerto un guardia de un balazo que le partió el corazón y otro resultó herido en un brazo.

Echamos nosotros rodilla en tierra y rompimos el fuego contra aquella canalla, que nos tiraba á mansalva, hasta que pasó toda la vanguardia, compuesta de 25 hombres de mi compañía, dos cabos, un sargento y un teniente.

Entonces nos levantamos y emprendimos la marcha, hacia donde estaban los que nos asaban á balazos.

Padre, yo no debo decirlo, pero sé que al acabar el combate me hubiera usted abrazado como me abrazó el comandante jefe de la columna y el capitán de mi compañía.

Empezamos á subir y ellos á retirarse haciéndonos fuego en la retirada.

Yo delante de todos les gritaba á los nuestros: «¡Arriba valientes, no hay que tener temor!» y el teniente les decía:

«¡Vamos á recuperarnos del muerto que nos han hecho y del herido que tenemos!»

De repente y á boca de jarro nos hacen una descarga desde una trinchera, que ya casi alcanzábamos ocho soldados y yo, resultando de nosotros tres heridos más, pero leves.

No por esto desmayaron los valientes que me acompañaban; ellos mismos decían: «¡Adelante compañeros! ¡Arriba la cuarta!»

Probamos á escalar la trinchera y no lo conseguimos; damos la vuelta y machete en mano entramos por un costado, pero solo había en ella dos insurrectos muertos y cuatro heridos que aún empuñaban las armas.

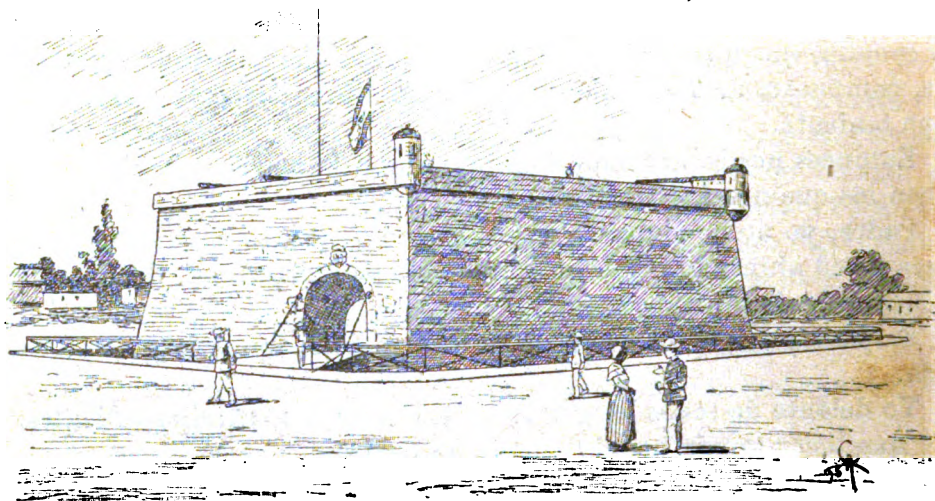
Uno de ellos quiso matarme, pero ¡desgraciado de él! aún no lo había intentado, cuando ya mi machete le enseñó á no ser imprudente, partiéndole la cabeza en dos partes; entregándonos los otros las armas.

Al rato de estar allí solos los cinco guardias y yo, con los muertos y heridos insurrectos, llegó el oficial con 10 ó 12 soldados y un cabo.

Vuelvo á gritar á los cinco valientes que me acompañaron á tomar la trinchera: ¡Muchachos, vamos por la segunda y hemos ganado la acción! ¡arriba! gritan ellos y tomamos loma arriba por entre zarzales, que teníamos que cortar con los machetes para poder pasar, acompañados esta vez de seis soldados además de mis cinco héroes.

«¡Arriba y á ellos!» decían todos, echábamos rodilla á tierra, disparábamos nuestros fusiles y avanzábamos ocho ó diez pasos; otra descarga y otros tantos pasos de avance, y de este modo llegamos á tomar la segunda trinchera, que el enemigo abandonó al ver que los que habían tomado la primera iban por la segunda también.

El enemigo abandonó las armas y municiones y dos heridos, los que nos pidieron por Dios les dejáramos con vida, lo que hicimos, entregándolos al oficial que llegó muy poco tiempo después de ser nosotros dueños de la trinchera.



Fuerte "Pelayo."

Habíamos ganado la acción pero aún nos quedaba trabajo, por haberse corrido el enemigo á la izquierda tomando nuevas posiciones, aunque no tan buenas como las primeras.

No habíamos andado 50 pasos cuando nos hicieron una descarga á la que no contestamos, con la idea de cogerlos en medio como sucedió.

Llegó el centro de la columna frente á ellos, hizo derecha y fuego; la vanguardia hicimos cabeza variación derecha y la retaguardia variación izquierda.

Vanguardia y retaguardia no hacíamos fuego, pero avanzábamos para cojerlos en el centro.

Como ellos son tan conocedores del terreno, antes que cerráramos del todo huyeron por una cerca que tenían detrás, dejando cinco caballos con sus monturas y un machete con puño de plata.

Debieron llevarse muchos heridos, porque los seguimos hasta que se hizo de noche y fuimos viendo un gran rastro de sangre.

Llegamos á Palmarejo á las once de la noche y á esa hora se empezó á hacer el segundo rancho, que comimos á otro día al amanecer.

liendo á las ocho de la mañana otra vez de operaciones, hasta que llegamos á Caracucey, donde me encuentro bien y donde me dirigirán ustedes ahora las cartas.»



... agarrar una tranca, con la que se defendió hasta verse libre... (Pág. 216).

En el ingenio Dolores.

Una partida insurrecta como de 80 hombres de caballería, se apostó el día 2 de Diciembre, á unos 500 metros del batey del ingenio Dolores, haciendo varios disparos contra el fuerte que allí existe y el cual está defendido por unos ocho soldados del batallón de Isabel segunda, quie-

Cuaderno 34—T. II.

Precio 10 cent.º

nes contestaron á la agresión de los insurgentes con varias descargas, las que dieron origen á que se generalizara un fuego graneado por espacio de media hora.

Los disparos de los individuos que defendían el fuerte fueron tan certeros, que se le causaron al enemigo varios heridos y un muerto que se llevaron.

La fuerza del gobierno no tuvo novedad alguna.

Se supone que la partida que atacó el ingenio Dolores, sea la capitaneada por Carrillo el joven.

Se presentó al comandante militar de esta jurisdicción, el paisano don Antonio Roque Conte, vecino de Taguayabón, en solicitud de indulto.

Dicho individuo hacía como un mes se lanzó al campo insurrecto, habiendo pertenecido á la partida que capitanea el cabecilla Nápoles.

El presentado quedó en libertad.

En el tren general de pasajeros, llegaron procedentes de la cárcel de Santa Clara, y custodiados por fuerzas de la Guardia Civil, los penados don Joaquín Clara Monte, don Alvaro Prendes González y don Camilo Rodríguez; morenos Domingo Mir, José Font González y Joaquín Medina; pardos Teodoro Ramos y José Ramón Reyes; y asiático José Achón, los cuales vienen á cumplir condena en la cárcel de esta jurisdicción por disposición del general Luque.

Probablemente saldrá á operaciones el general, siendo su principal propósito el de traer la dinamita que fué ocupada por el capitán González á una partida de insurgentes en el ingenio Dolores.

Se esperan fuerzas de Placetas para reforzar la columna que ha de salir á operaciones y dejar aquí el contingente necesario para la defensa de la plaza.

En San Diego del Valle no se han tenido noticias de circulación de partidas cuyos jefes alcancen alguna popularidad, y sí sólo de la aparición de unos cuantos grupos de plateados que roban y saquean, llevando, con su proceder, á todas partes el malestar y la angustia.

Como á las 7 de la mañana del 6 de Diciembre compareció ante las autoridades del poblado el honrado vecino de Sitio Nuevo don Seraffín Hernández Perdomo, exponiendo que en la noche anterior, tres morenos desconocidos se presentaron en su morada exigiéndole 8 centenes, y como les contestara que no los tenía, trataron de amarrarlo, á lo que hizo resistencia, viéndose entonces acometido por los tres bandidos con machete en mano.

Durante esto, pudo el señor Hernández agarrar una tranca con la que se defendió hasta verse libre de las garras de los invasores que emprendieron la fuga.

Como resultado de este acto violento tanto el referido Hernández

como su señora esposa, que no lo abandonó un momento, salieron lesionados, si bien las heridas producidas por los machetes son de carácter leve.

El día 7 salieron á recorrer parte de la demarcación, dos columnas; una mandada por el señor teniente coronel Jefe de la Zona y otra por el capitán de la quinta compañía del Soria, don Manuel Molina Alcántara.

Esta última que tomó el camino de Yabú, divisó el enemigo á larga distancia, en el punto denominado Blanquizar, en número de 15 á 20 hombres, los que, á los primeros disparos del Matússer, emprendieron la fuga, dejando carnes y otros efectos de primera necesidad. A las seis de la tarde regresaron, nuestras fuerzas, sin novedad.

Después se supo por personas que lo presenciaron, que por la Tena-za, distante dos kilómetros del poblado, pasó Bacallao con su partida, llevándose á los vecinos don Feliciano Moíño y moreno Liborio León que se hallaban forrajeando en un sitio de labor.

De Matanzas.

El 9 se presentó al comandante de voluntarios, de Corral Falso, don Alonso Manzano Penichet, quien dijo que había sido llevado á la fuerza por un grupo de Unión de Reyes, á la partida levantada en los Palos, de la cual se escapó al llegar á la Ciénaga de Zapata.

También se presentaron al jefe del puesto de la guardia civil de Zapata, los vecinos de Alfonso XII, don Ramiro Acosta y pardo Juan Sánchez, procedente de la misma partida citada.

Igualmente se presentaron al jefe del puesto de la guardia civil de Sopapo, Cabezas, desprendidos de la mencionada partida, los hermanos don Carlos y don Antonio González Torres.

El 29 se presentó al comandante militar de Alfonso XII procedente de la partida de Palos, el vecino de aquel término don Francisco de León Rosales.

En la noche del 29 una partida compuesta de unos 9 hombres armados y montados se presentó en una colonia próxima al «chucho» San Pedro, en el ingenio Valiente ó Tolón, Alfonso XII, llevándose un caballo y dos monturas.

En la mañana del 9, tres hombres blancos, armados y montados, se presentaron en las colindantes fincas de don Ramón Sardiñas y Las Guásimas, en el término del Roque, apoderándose de varias piezas de ropa de uso, dos sombreros y un caballo de la última.

De allí pasaron á la colonia Magnolia, de don Pedro C. Caneda, pidiendo las armas que tuvieran, exigencia que no pudo satisfacerse, por no haber ninguna.

Al marcharse los citados hombres dijeron á Caneda que no saliera á dar parte, pues en el monte estaba el grueso de la partida y podía costarle la vida.

En persecución de la partida, salió el Alcalde municipal del Roque, con seis guardias.

En la noche del mismo día se presentó en el ingenio San Rafael de Jorrín, sito en el término de Bolondrón, una partida fuerte de 150 hombres, la cual saqueó la tienda de la finca, apoderándose además de varias armas y cuatro caballos.



... forrajeando en un sitio de labor. (Pág. 211).

En la noche del 9 estuvo una partida cuyo número se ignora, pero que se supone sea la misma que estuvo en San Rafael, en el ingenio demolido Dichoso, sito en la Güira, Bolondrón, siendo rechazada á tiros por un pequeño destacamento allí existente que le hizo dos heridos.

Otra partida que cruzó por la línea férrea de la Empresa de Matanzas, entre Baró y Guareiras, cortó los hilos del telégrafo y del teléfono, siguiendo su camino sin causar otro daño.

*
* *

Noticiosos la guardia civil y el juez municipal de Seiba Mocha, de que en un bohío en el barrio de San Francisco de Paula, había un moreno gravemente herido, se personaron allí, hallándose al moreno Juan Fernández herido, de un machetazo en la cabeza.

El herido Fernández, dijo que dicha herida se la infirieron dos hombres blancos desconocidos, que por allí pasaron y que según informes fueron á incorporarse á una partidita que se levantó en la finca Echegaray, del término de Santa Ana.

El Correo de Matanzas ampliando la noticia del encuentro tenido el domingo por una columna al mando del comandante don Luis López Mijares con las partidas de Francisco Pérez y Matagás, en Aguada de Pasajeros, en los límites de esta provincia, publica los siguientes deta-

lles que al *Eco de Cárdenas* envía su corresponsal de aquel punto, que dice así:

«Entre los doce insurrectos muertos se halla el titulado abanderado Bernardo Matos, hermano del Tuerto, á quien se le ocupó un sombrero con su escarapela. En esa acción se distinguieron los prácticos Federico Prendes y Mateo Carranzada y el sargento de la guerrilla, que iba á la extrema vanguardia, Juan Batalla, de Alfonso XIII.

Los insurrectos trataron de copar, por tres veces, á nuestras fuerzas, y el comandante señor Mijares, ordenó varios ataques á la bayoneta.

El teniente señor Suero se vió varias veces en peligro ante un grupo de más de 100 insurrectos, los que fueron derrotados por 12 hombres de la guerrilla y 15 soldados de infantería, al mando del teniente Rodríguez.

Aún se continúan las operaciones. Los insurrectos han invadido esta zona, y se calcula su número en 1,200.

El teniente don Ramon Pumpido y Puga tuvo la suerte de hacer una baja al enemigo, con su revólver, al ir al mando de un grupo.

El práctico Luciano Prendes, con cinco números, les cortó la retirada á los rebeldes por el flanco izquierdo.

Es digna de elogio la columna que manda el señor comandante don Luís López Mijares.»

De Bocas de Camarioca.

Persona que nos merece entero crédito nos escribe desde Bocas de Camarioca, con fecha 30 de Noviembre, refiriéndose á la operación de guerra llevada á cabo por la fuerza á las órdenes del teniente señor Martínez Bernabeu, en las inmediaciones de Cárdenas.

La fuerza salió á las cuatro y cuarto, por lo que en el momento de principiar la acción estaba clareando el día. No conducía acémilas, sino seis caballos sin montura é inútiles, ni más carga que un rancho para 25 hombres, y no tuvo ningún herido y sí un muerto.

El señor Martínez Bernabeu no fué á Cárdenas, ni se separó un segundo de sus soldados, sino el señor Toledo, y esto cuando llegaron los refuerzos sin llevar municiones.

Todo esto es público, y parte de ello lo presencié el licenciado en Medicina don Enrique Pascual, el cual se ofreció al jefe de la pequeña columna para todo lo que de su profesión dependiera.

*
* * *

Según comunican varios pasajeros que llegaron en el tren de Vuelta Arriba, el 9 por la mañana una partida de insurrectos, compuesta

de unos 50 individuos á caballo, estaba cortando las líneas telegráficas, entre los kilómetros 55 y 56, ó sea entre Santo Domingo y San Marcos. Al ver que la máquina se aproximaba emprendieron la fuga, sin que se les pudiese hacer fuego, á causa de impedirlo un cayo de monte.

Un suceso lamentable:

En la noche del 29 de noviembre puso fin á su vida disparándose un tiro de revólver en la sien derecha, el teniente del segundo batallón del regimiento de María Cristina, don Ceferino Bajo Nieto, jefe del destacamento situado en el barrio del Estanque, término de Alfonso XII, donde cometió el hecho.

El teniente Bajo, que tenía 40 años de edad y llevaba 20 en el ejército, hace muy pocos días que salió del hospital, donde había estado en observación por presentar síntomas de enagenación mental.

Según todo lo indica, Bajo que no se hallaba curado, se ha matado en un acceso de locura.

* *

Barcos para Cuba.


Los cruceros Alfonso XIII y Marqués de la Ensenada irán á prestar el servicio que antes estaba confiado al Sánchez Barcáiztegui y al Colón. El primero de aquellos marchará en breve y el segundo acompañará á los tres cañoneros de 200 toneladas construidos en Glasgow.

* *

Según noticias recibidas, se han presentado 49 individuos procedentes de las partidas insurrectas que se habían alzado en Matanzas.

Esta presentación se debe á la batida que les dió el coronel Molina. Seguramente muy pronto se quedarán las partidas reducidas á pequeños grupos de bandoleros, que en su mayor parte son los que merodean por esa provincia.

* *

Dos columnas del general Linares y coronel Tejada salieron á operaciones. 

Fuerzas del general Navarro practicaron reconocimiento en Santa Rosa, Desierto y Unión, sin novedad.

Según parte del general Navarro desde Firmeza, dice que llegaron las fuerzas de Cuba, Valladolid y León en número de 300 hombres, salieron con impedimenta y mal tiempo de viento y agua á las órdenes del teniente coronel Francés y comandante Izquierdo, sin novedad.

Han practicado marcha asombrosa de más de doce leguas por alturas inaccesibles y barrancos profundos; han estado en la cima de la Gran Piedra donde no han encontrado indicio de persona y si una escala de árboles para subir el vigía á la Piedra y las señales de los Touristas que visitaron aquel punto, pudiendo afirmarse que allí no pueden existir partidas ni heridos, pues no hay agua ni comida ni manera de subirla, porque no existe tampoco en gran extensión ni reses ni el más pequeño bohío. El subir allí ha sido para probar que estas fuerzas van á todas partes y para destruir los trabajos de los laborantes que hacían creer que en la Gran Piedra estaban 400 insurrectos y tenían establecidos hospitales de sangre muy seguros, porque allí no podían subir las fuerzas.

Se reconocieron después los altos de la Merced, Paraíso y Las Cuchillas sin un tiro siquiera. Los soldados de Cuba y Valladolid se portaron como siempre, los de León llegados últimamente de la Península no desmerecieron de sus compañeros.

* * *

Recompensas concedidas á las fuerzas que acompañaron al general Martínez Campos en su viaje de Ciego de Avila á Santi Spiritus:

Guerrilla de Yero.

Capitán don Nicolás Yero Pérez, cruz de María Cristina.

Cabos Antonio Poblet y José Guerrero, cruz roja sencilla de mérito militar.

Cabo José Alonso Bolaños y trompeta Victoriano Tobías, cruz roja de mérito militar vitalicia de 7'50.

Guerrilleros Juan Expósito, Francisco Montes, José Ruiz Montero, Manuel Toyos, Celedonio González y José González Parada, cruz roja sencilla de mérito militar.

Guerrilla de Lersundi.

Capitán de milicias y primer teniente de la guerrilla don Cecilio Ortega, mención honorífica.

Capitán de voluntarios de la Habana y primer teniente de la guerrilla don Rosendo Espina Díaz, cruz roja del mérito militar pensionada.

Sargento Angel Candosa Valle, empleo de segundo teniente.

Sargento Demetrio Barrueco Cura, cruz roja sencilla de mérito militar.

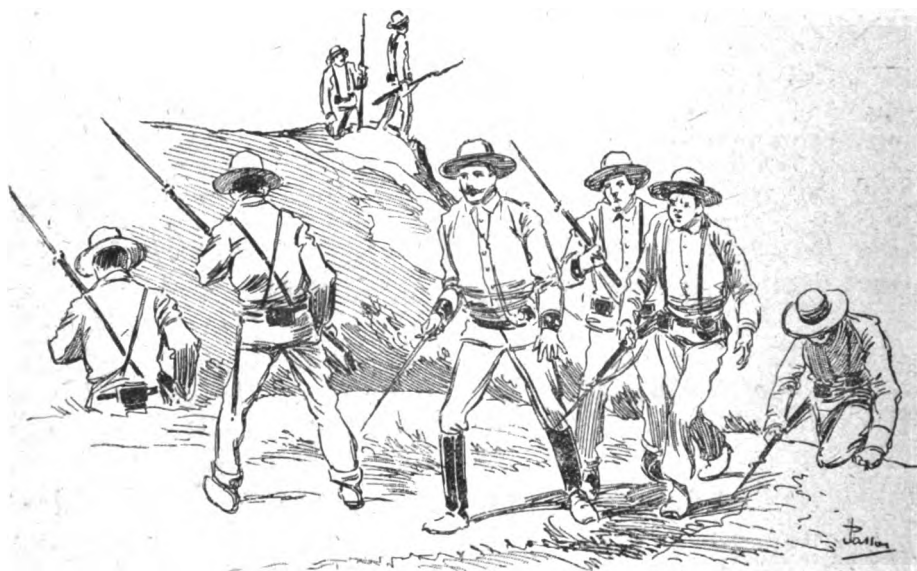
Cabo Dionisio Saez Izquierdo, empleo de sargento.

Guerrilleros heridos Carlos Silva Valdés y Pedro Vidal Chabrán, cruz roja de mérito militar pensionada.

Guerrilleros Donato Benavente Arenilla, Antonio Carrera González, Enrique Sevane González, José Cavelo Olivera, Luis Tornoll Pujol, Juan González Rubiales, Navor Adán Alvarez, Faustino Rodríguez Castro, Blas Fustet Agulló, Francisco Capilla Mateos, Enrique González Rodríguez, Manuel García Sánchez y Jaime Pasis Arnal, cruz roja de mérito militar.

Primera compañía de Chiclana.

Capitán don Florentino Fernández Gómez, cruz roja de mérito militar pensionada.



... marcha asembroas de más de 12 leguas... (Pág. 215).

Sargento Sebastián Jiménez Martínez, cruz roja de mérito militar pensionada 3'75.

Cabo Manuel Campos, cruz roja de Mérito militar pensionada con 2'50.

Soldados Manuel Berrospe, Manuel Amor Martínez, José Oliveras, Francisco Cantalejo, Emilio Martín, Manuel Santiago Vicente, German Cifuentes, Francisco Jarri Guada, Miguel Campa, Rufino Ucate, Gregorio Corra, Antonio Sarona y Lucas Pascual García, cruz roja de mérito militar sencilla.

Cuarta compañía de Chiclana.

Primer teniente don José Franco, cruz roja de mérito militar pensionada.

Sargento Eusebio Romeo, cruz roja sencilla de mérito militar pensionada con 25 pesetas.

Cabo Constantino Díaz, cruz roja sencilla de mérito militar.

Soldado José Arbe Alemán, cruz roja de mérito militar pensionada con 2'50.

Soldados Pablo Cireit Pereda, Miguel Ausan, Miguel Gori Garayalde, Pedro Cole Altamira, Antonio Gama, Antonio Doval, Ramón Lezanu, Felipe Lodosa, Alfonso Cabello, Jaime Domestre, Juan Alexanco y Teodoro Santa María, cruz sencilla de mérito militar.



... á la primera descarga de la avanzada... (Pág. 219).

Segunda compañía de Tetuán.

Capitán don Jaime Ortiz, cruz roja de primera clase de mérito militar pensionada.

Segundo teniente don Cándido García, cruz roja de primera clase de mérito militar.

Sargento José Corzo, cruz roja sencilla de mérito militar.

Cabo Roque Espinosa, cruz roja de mérito militar 7'50.

Cabo Grislea Carrión, cruz roja de mérito militar.

Soldado Martín Soler, herido, cruz roja de mérito militar con 7'50 vitalicia.

Soldados Vicente Vives, José Puig, José Martínez, José Sanz, Secundino Tomás Muñoz, Miguel Martínez, José Berenguer, Eulogio Montesinos, Pedro Romero, José Ferri y Ramón Nava Noya, cruz roja sencilla de mérito militar.

Tercera compañía de Tetuán.

Primer teniente don Ricardo Silla Roca, cruz roja de mérito militar de primera clase.

Cabos Alfredo Lluste y Fernando Beltrán, cruz roja sencilla de mérito militar.

Soldado José Moya López, herido, cruz roja de mérito militar con 7'50.

Soldados Ramón Peiró, Santiago Armán, Tofino García, Vicente Llavalayes, Francisco Monelena, Pío Ventura, Antonio Llavalayes, Rafael Rubio López, José Ortiz, Bernardo Martínez, Juan Gavaldá, Vicente Pina y Juan Beltrán Jiménez, cruz roja sencilla de mérito militar.



GUANTÁNAMO



N el Diario de aquella población encontramos importantes detalles de la operación realizada por la columna que manda el teniente coronel don Tomás Rotger.

El día 29 de Noviembre salió la columna compuesta del 2.º batallón de Simancas y las guerrillas del Guaso, por el camino de Jamaica y Casimba hasta el Palmar, donde quedó el convoy que custodiaba siguiendo su marcha hasta San Fernando, donde tuvo fuego en el cafetal del mismo con unos grupos insurrectos, á los que batió y dispersó.

En la madrugada del siguiente día ordenó el bravo y aguerrido señor Rotger la marcha hacia el Arroyo de los Camarones, donde suponía encontrar el campamento de las fuerzas enemigas, fueron tan acertadas las disposiciones que adoptó, y tan bien ejecutadas por todos los dignísimos oficiales, y tal el silencio con que caminaba la columna que al llegar á la cumbre de una cuesta que va á caer al mencionado Arroyo; de improviso se encontró con la avanzada enemiga que estaba parapetada tras de una fuerte y bien construida trinchera de piedras perfectamente colocadas, la cual abandonaron enseguida al ímpetu de nuestros guerrilleros al mando de su valiente capitán don Nicanor Reyes, que á la primera descarga de la avanzada les atacó con tan denuedo, que los co-

bardes sin reparar en lo casi inexpugnable de su posición se lanzaron hacia el campamento donde estaba el grueso de la partida, pero estaba tan cerca la columna y marchaba con tal rapidez que enseguida cayó sobre el campamento, el cual abandonaron también precipitadamente tras de un ligero fuego, dejando en nuestro poder 11 tercerolas y escopetas, 8 revólvers, 32 machetes, una buena cantidad de municiones remington, un saco con ropas de vestir, correspondencia, carne en abundancia, 3 caballos, 5 monturas y varios efectos, las fuerzas allí acampadas pasaban de trescientos hombres. Nuestro dignísimo teniente coronel después de perseguirlos y hacer un escrupuloso reconocimiento y dar un rato de descanso á la columna mandó incendiar el campamento y destruir las trincheras, lo que se efectuó acto seguido, sin tener que lamentar por nuestra parte bajas ni herido alguno, ignorando las que tuviera el enemigo, pues si bien no se encontró ningún muerto ni herido, debió tenerlos por algunos rastros de sangre que se vieron.

Después de practicadas dichas operaciones se puso en marcha la columna con dirección al sitio llamado la Palmira, á donde adoptando iguales precauciones llegó, encontrando un soberbio campamento como para unos 600 hombres recientemente abandonado por la partida del titulado teniente coronel León, el que sin duda habiéndose apercebido de que nuestras fuerzas se dirigían con dirección á él, temió presentarnos batalla y lo abandonó cobardemente. Después de reconocidas perfectamente sus inmediaciones y no encontrando enemigo á quien batir, fué incendiado y destruído el campamento, continuando la columna con dirección al ingenio Santa Fé, en donde pernoctó sin novedad. Al amanecer del siguiente día regresó la columna á Guaso, haciendo en el trayecto minuciosos reconocimientos y en dicho punto descansó un rato, continuando después hácia San Miguel, al pasar por el referido sitio el peninsular don Mariano de Santiago, que fué cantinero en Guaso, regaló un ternero á unos soldados conocidos suyos y otro individuo repartió cigarros á la tropa. Continuando su marcha la columna por el ingenio Santa María y llegando sin novedad á esta población á las cinco de la tarde próximamente.

* * *



Capitán don Máximo Requejo y Lobo.

La columna Lomo tuvo un buen encuentro con una numerosa partida y como ese veterano cuando dá con ellos es incansable en la persecución, los batió y persiguió hasta acosarlos y hacerlos desaparecer fraccionados y sin mas alientos que para eludir el bulto.

En las lomas de Juan Labado había una ó dos partidas, pero en conjunto con unos 700 hombres en su mayoría montados y que tenían excelentes posiciones para la defensa. El señor Lomo fué á encontrarlos, les atacó por dos direcciones, fogueándolos y luego persiguiéndolos con energía.

El enemigo dejó en el campo dos muertos, retiró larga fila de heridos en camillas por el monte, se les cogió un prisionero, 33 caballos con monturas, 5 mulos cargados con infinidad de efectos, municiones, correspondencia, etc., y varios armamentos.

Los 700 hombres fueron batidos por 205 que llevaba Lomo y esta acción le ha valido la felicitación del General en Jefe que como siempre sabe apreciar los esfuerzos de las tropas.

Felicitamos al comandante Lomo ó mejor dicho *don Lomo*, pues así le dicen por estos campos donde es muy conocido.

* * *



Teniente coronel don Francisco San Martín.

Es interesantísima la interview que el corresponsal de un diario de la Habana, ha celebrado con una señora cam-

pesina recién mudada á Santa Clara, y que habitaba en un sitio tan montañoso y aislado, que diariamente era visitada por los insurrectos.

A las muchas preguntas ha respondido, en síntesis lo siguiente:—No pasaba día sin que una ó dos partidas visitaran mi casa ya suplicándome que les cocinara reses que hechas trozos traían en sacos, ya pidiéndome lo necesario para hacerlo ellos.

Al principio me infundía su visita gran pavor, pero después me acostumbré y solo temía siempre que se figurase el gobierno que yo hacía con agrado lo que solo me imponía la fuerza.

Varias veces estuvieron allí también las tropas y sus jefes me trataron con gran cortesía.

Solo me pidieron informes y un poco de aguardiente, cuyo cobro me exigieron.

«Este cruceo de enemigos» me hizo presumir que el día menos pen-

ado habrían de contender en mi misma casa y aunque pobre, temí por mis hijos, hice un sacrificio y me mudé al pueblo.

* * *

Siguen los insurrectos haciendo disparos de rifle contra los fortines que defienden en Camagüey que se hallan situados cerca del cementerio. El fuego es contestado por la fuerza que guarnece en dicho fortín, con varias descargas.

Hace poco los insurrectos, al retirarse, incendiaron la casa de tabla de una finca, cerca del cementerio, de la propiedad de don Angelino Morales, cuya casa se hallaba desocupada y fué totalmente destruida por las llamas.

* * *

La tarde del 7 de Diciembre llegaron á Holguín con destino al regimiento de la Habana, 200 españoles procedentes de las repúblicas de Sur América, alistados voluntariamente para defender la honra nacional y el derecho indiscutible que tenemos á conservar á esta Isla unida á la Metrópoli que le dió civilización, cultura y progreso.

En la estación del ferrocarril esperaban á aquel núcleo de patriotas todos los jefes y oficiales presentes en la plaza, cambiándose entre todos frases de cariño y entusiasmo mezclada, con los mágicos gritos de ¡Viva España! y ¡Cuba española!

Ya en formación los nuevos soldados en el patio del cuartel se apareció, acompañado de sus ayudantes y lucida escolta el valeroso general Echagüe, quien con vigorosa entonación y reflejando en el semblante la más grata de las emociones, dirigió á los recién llegados la preciosa arenga que incluyo para valor de corazones españoles:

«Soldados, en nombre de este ejército os saludo y os doy la bienvenida. El ejemplo de patriotismo que habeis dado acudiendo de lejanas tierras de América para pelear en defensa de este pedazo de tierra española, á todos nos llena de orgullo y entusiasmo, unidos á vosotros lucharemos, y todos juntos, pronto muy pronto daremos fin á esta guerra por la fuerza de las armas.

«Habéis venido como leales y valientes á defender en unión de nuestros hermanos, la bandera de la Patria, ante esta bandera que os recibe con cariño, gritad conmigo ¡¡Viva España!!»

Un grito aterrador que revelaba el mayor entusiasmo brotó de todos los labios para contestar al general Echagüe y decirle que á sus órdenes morirían gustosos por la patria todos los allí presentes.

«Ahora, siguió el general, inspiraos siempre en la mas severa disciplina, pues siendo disciplinados, somos invencibles.»

Al día siguiente los nuevos reclutas satisfechos de su nobilísima acción juraron la bandera, siendo obsequiados con un rancho succulento proporcionado por ambos batallones y 1,000 tabacos, donación del comerciante don Julian García Zuballa. Ya se les está instruyendo en el manejo del Maüsser y muy pronto medirán gustosos sus armas con el enemigo.

* * *

Por Colón reina tranquilidad completa desde la brillante acción del coronel Molina, de la cual vamos á narrar algunos hechos que no deben quedar oscurecidos. Sabido es que la caballería de la guardia civil formaba la vanguardia de esta pequeña columna cuando sostuvo fuego con las avanzadas de la gruesa partida de Cayo Espino, y que la guerrilla apoyó esta fuerza, siendo todas arrolladas por las del enemigo, la situación era difícilísima, el coronel Molina, con el revólver en la mano, animaba la fuerza que cuerpo á cuerpo combatían uno contra ocho, en estos momentos logran abrirse paso varios insurrectos y acometen furiosos al coronel Molina, que apuntaba con su revólver y derriba dos de los combatientes, pero la avalancha era grande y no había salvación para este jefe, entonces su ordenanza que no se le separó un momento dispara su Maüsser contra un negro que con el machete levantado iba á descargar sobre Molina, con tanto acierto, que cae rodando sin vida, las tropas rodeados por tres puntos sufrían el encuentro al arma blanca, un oficial y ocho soldados caen al machete, era grande el número de enemigos, la infantería no llegaba y no había más remedio que dejarle el campo á los insurrectos. En estas circunstancias el coronel Molina alienta nuevamente á su gente y les dice: «Cuando yo me mate, antes de ser macheteado, será la señal de retirada. Adelante valientes.»

Nuevo empuje y nuevo esfuerzo. En este momento aparece la infantería, verdadera salvadora de la acción, el coronel Molina le ordena: «en línea y fuego por descargas.» Dos horas de fuego y se acababan las municiones. Era preciso atacar á la bayoneta, así lo comprendió el coronel Molina y lo mandó, tomando el campamento y acampando en el sitio desalojado, 1 oficial y 11 soldados muertos y 9 heridos más, un capitán contuso costó esta jornada, 30 muertos fueron enterrados del enemigo que se dispersó en dirección á montes Galeon, ocupándoseles 70 caballos. Esta acción es una de las más importantes que se ha dado, pues según versiones de algunos campesinos ha costado al enemigo como 200 bajas, ha desbaratado los planes de los rebeldes de invadir la provincia y ha sembrado el pánico en ellos.

Para que sean conocidos van los nombres de los oficiales que más se distinguieron.

Capitanes don Leocadio Villaservil, don Manuel Cabello y don Ricardo Villar; teniente de la Guardia Civil don Estéban Castelló y de milicias don Alejandro Fresnillo. Los muertos son: tenientes movilizados de Macagua don Miguel Bisval, cabo del Rey Ricardo Miralles, soldados José Fraga, Cristóbal Bermúdez, Francisco Iribao, Manuel Collazo, Simón Borrell de María Cristina, Cesáreo Rodríguez de la Guardia Civil y voluntarios Manuel Alcumí, Ramón Barba y Liberato Pérez: heridos Cipriano Saem, Jacinto García, Francisco Sánchez, Servando Chicote del Rey, cabos Rafael Romero y Casto Núñez, soldado Salvador Espino, guerrilleros José Alonso, contusos capitán Villar y soldado Casimiro Bartolomé.

Al día siguiente la columna que llegó en auxilio del coronel Molina, pudo ver en el extenso reconocimiento que hizo por los montes de Galeón, punto por donde se retiró el enemigo, vió multitud de cadáveres de rebeldes recién enterrados y con tanta precipitación hecho, que les quedaban á algunos los piés fuera.

También cogieron 40 caballos abandonados.

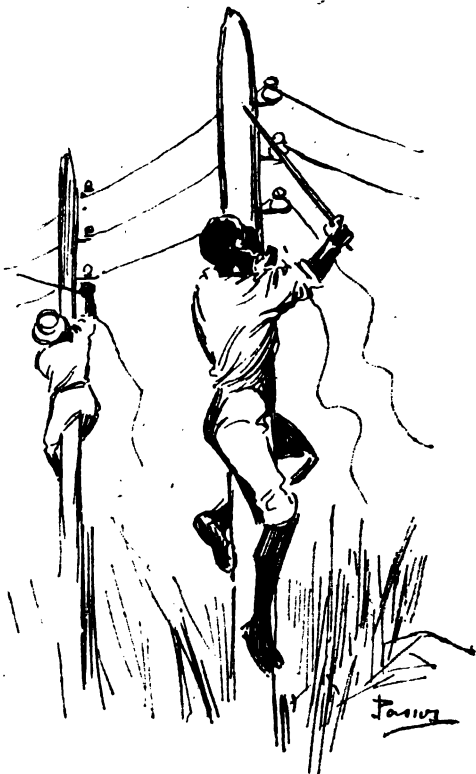
* * *

Por Pijuán ha circulado un bando del cabecilla Pancho Pérez titulado general de brigada del 5.º distrito de las Villas, en el que dice que los dueños de ingenio y propietarios no den trabajo á nadie, y amenazaba con darles candela á el campo y fábricas si contraviniesen su mandato.

* * *

De otro encuentro reciente, se sabe que el cabo Cuevas con 9 soldados dispersó una partida de 30 hombres en la finca Ordeta (San Pedro de Mayabón), mandada por un tal Modesto López, quitándole tres caballos con monturas, machetes y otros objetos.

* * *



... cortó los hilos del telégrafo... (Pág. 213).

La fuerza movilizada del escuadrón de voluntarios de Cienfuegos, yendo á las inmediatas órdenes del primer teniente señor Salinas, encontró el 6 en terrenos de la finca Santa Rosa, á un carretero que con-



... al coronel Molina que apuntaba con su revolver... (Pág. 225).

ducía leña y carbón para Jicotea, y á quien Víctor Acea acababa de dar órdenes de que no condujese más combustible para las máquinas del Acueducto.

Enterado el señor Salinas de la presencia de la partida, forzó la marcha y logró alcanzarla en un callejón.

Al ver Acea los tres voluntarios que iban en la vanguardia, se volvió, diciendo á su genté «á ellos, que no son más que tres.....»

El que mandaba la vanguardia de la columna, al oír la orden de Acea, dijo al machete, voz que puso en precipitada fuga á los insurrectos que se encontraron con la retirada cortada.

En tan crítica situación los insurrectos se dispusieron á la defensa, los nuestros avanzan y cae Acea herido de bala, que se defiende tenazmente disparando con su revólver, hasta que uno de los guerrilleros le asesta un tremendo machetazo del cual muere casi en el acto.

El primo de Acea, Cayetano, cae también á los pocos pasos del cabecilla, y con ellos otro individuo llamado Cristóbal, de Caunao.

Los insurrectos pasaron el río, llevando varios heridos y muertos más, según nuestras noticias, y quedando en poder de nuestras tropas tres cadáveres que trajeron á Caunao para ser identificados.

Los vecinos del poblado declararon en seguida que uno de los muertos era Víctor Acea, al cual se encontraron papeles de interés, entre ellos una orden del cabecilla Rego, para quemar sin contemplaciones toda la zona de cultivo de Cienfuegos.

Recibido el parte, el señor don Luís Ramos Izquierdo, jefe del escuadrón, con el ayudante don Darío M. de Labra y el jefe de policía señor don José Merino, con guardias á sus órdenes, salieron para Caunao, con objeto de identificar los cadáveres y conducirlos á dicha ciudad.

A las tres y media de la tarde entraban en Cienfuegos los cadáveres.

En el camino de Caunao, el cabecilla Víctor Acea y su primo Cayetano, fueron reconocidos por el señor don Francisco Acea, que se presentó allí con el corresponsal de *La Discusión*, señor Nethol.

Colocados los cadáveres en el depósito del hospital, se trasladó allí el jefe de la zona señor Arizón, ante el cual volvió á reconocer los cadáveres el señor don Francisco Acea, presentándose allí también la madre y hermanas de Víctor, dando esto lugar á una escena triste, que fué inevitable por obstinarse ellas en ver el cadáver.

El cabecilla Víctor Acea, resultaba temible por su temperamento criminal.

Había exigido á algunos propietarios, el día antes, dinero y ahorcado á un lechero.

* *

Muchas veces se ha dicho que, cuanto más lejos se vive de la patria, mayor y más intenso es el cariño que por ella se siente.

Así lo han demostrado los españoles residentes en Mérida (Méjico), los cuales en una reunión celebrada en aquella ciudad el día 27 de Octubre último dieron elocuentes pruebas de cuán arraigado vive en ellos el sentimiento del patriotismo.

En dicha reunión y después de ofrecer á España un testimonio de ardiente amor, los señores don Norberto Otero y don Miguel Nogués, dieron á conocer un proyecto altamente patriótico.

Abrir una suscripción general entre todos los españoles que hay en América, cuyo número calculan en 3.000.000.

La suscripción durará 60 meses y será de 50 centavos mensuales.

Los proyectistas calculan reunir, sin contar el exceso que resulte por la infinidad de personas que seguramente se suscribirán con una cuota mayor de 50 centavos, pesos fuertes 1 500.000 mensuales, que convertidos á oro español al 80 por 100, serán pesos fuertes 833.333 sin contar que hay algunos países donde el talón es oro, y por lo tanto la cuota será de dicho metal, y no tendrá el descuento arriba consignado.

Es decir que, al cabo de los 60 meses, habrá en el Banco de España la importantísima suma de 50.000.000 de pesos en oro.

Con esta suma quieren dotar á nuestra querida España de veintidos buques de combate: veintiuno que cuesten á pesos 2.000.000 cada uno, y otro que será el más grande y que llevará el nombre de «España», costará cuatro millones de pesos.

¡Grandiosa idea!

¡Cuánto patriotismo encierra, y á qué altura colocaría á nuestra patria como potencia marítima y á sus hijos de América como patriotas!

Los señores proyectistas quieren que el dinero se mande al Banco de España, y á la disposición de los señores marqués de Comillas, don Emilio Castelar y don José Echegaray.

¡Qué gloria para los iniciadores! ¡Qué orgullo para los españoles de América y qué alta significación de la virtud del patriotismo, dada por los hijos de España!

¡Adelante!

La Zafra.

Toda la atención de la campaña de Cuba se ha concretado en esta pregunta: ¿se hará la zafra? Y con el fin de ilustrar la opinión, basándonos en informes que tenemos por fidedignos, vamos á hacer algunas consideraciones sobre el asunto.

La zafra es la época de la elaboración del azúcar. Antiguamente, diez años há, el agricultor y el fabricante eran uno mismo en la isla de Cuba. El ingenio que elaboraba 2.000 bocoyes de azúcar (1500 toneladas), era una finca importante, y sus beneficios como industrial se agregaban á los que obtenía como agricultor. Cuidaba de cultivar sus campos lo más cerca posible de la fábrica para limitar los gastos de acarreo y dominaba con la vista en un radio reducido, al que servía de centro su *batey*, toda la caña que había de moler. Los ingenios estaban

á cierta distancia unos de otros en las comarcas azucareras y se auxiliaban mutuamente en los casos de fuegos, interrupciones en la maquinaria y, muy principalmente, en evitar las depredaciones de los insurrectos durante la pasada guerra.

En esta fecha, algo más remota, existía aún la esclavitud, y á pesar de las amenazas de los enemigos, los negros eran llevados al trabajo del campo con una escolta de movilizados, fuerza armada que sostenían los hacendados en el número correspondiente al que, en la zona respectiva, exigiera el del enemigo. Los brazos esclavos no costaban nada, la alimentación era barata y el precio del azúcar, subido. De suerte, que el hacendado, además de costear la defensa de su ingenio, pagar al

Estado cuantiosas contribuciones directas y sufrir enormes derechos sobre el azúcar, aun tenía sobrante para capitalizar. Se les oía decir, cuando en las Cortes se agitaba la idea de libertar á los esclavos: «¡Una zafra más!»

Creían que sin negros no se podía trabajar y hablaban de *una zafra más*, como para significar que, con el producto de ella abandonarían el negocio. No pocos escritores de aquella época y de otras anteriores, creyeron cierta esa afirmación y asustaban á los liberales peninsulares con la pérdida de la riqueza cubana el día que fuera emancipado el negro.



A ellos, que no son más que tres... (Pág. 226).

Se impuso, como siempre, la justicia y tras el patronato vino la abolición y con ella, esto fué más grave, una crisis azucarera.

De todo esto nació la grande, la admirable transformación de la industria de Cuba. El negro fué substituído por la maquinaria, el 5 y 6 por 100 de azúcar que sacaban á la caña los más laboriosos, se aumentó por medio de dobles y triples presiones en los trapiches al 8 y 9 por 100; y por último logró perfeccionarse por entonces el «horno de quemar bagazo verde.» Es el bagazo el residuo de la caña después que se ha exprimido y éste, al salir de las mazas de los trapiches, va automáticamente á quemarse en los hornos y servir como único combustible para generar el vapor que ha de mover toda aquella maquinaria pesada y

enorme y hacer evaporar la inmensa cantidad de líquido que se ha extraído de la caña.

Así montada la fábrica, necesitaba, para producir barato, elaborar mucho en poco tiempo, y el ingenio más pequeño (arreglado ya á la moderna), necesita, cuando menos, hacer el doble de azúcar que el más grande de los antiguos. Ya la caña, pues, no podía limitarse á cortas distancias; ya no era un hombre solo el que podía dirigir y cultivar con acierto tanta extensión de terreno, y de aquí nació que los ingenios situados al rededor de alguno que mejoró sus fábricas, destruyeron las suyas y muelen sus cañas en las del mejorador; que otros dueños de terrenos cambiaron sus cultivos con el propio fin y que el mismo dueño entregó sus tierras y aún sus cañas ya sembradas, á agricultores que las atendieran más especialmente y poner él su sola atención á la fábrica con el fin de obtener la mayor extracción de azúcar, éxito que se logra con un excesivo cuidado en la elaboración y extracción del jugo. Para esta concurrencia, fué necesario también cambiar los medios de acarreo, y la carreta antigua con sus 3 y 4 yuntas de bueyes que tardaban á veces medio día, y aún más para llegar á echar la caña al trapiche, fué substituída por carros preparados *ad hoc*, conducidos por líneas de ferrocarril y arrastrados por locomotoras.

Las fincas que, por su situación han podido, usan de las vías públicas para este transporte, pero las que están apartadas de las mismas, ó les ha convenido buscar tierras vírgenes, han construído sus líneas particulares, de las cuales está cruzado casi todo el territorio de Las Villas. Estas líneas tienen una distancia de 30 pulgadas inglesas de rail á rail y soportan locomotoras de 16 á 18 y 20 toneladas de peso, que arrastran de 20 á 30 carros de caña (según los desniveles del terreno) con mil arrobas ó más cada carro.

El tipo corriente de un ingenio es de 25 á 30.000 mil sacos, hasta llegar á 130.000, como el Caracas del señor don Emilio Ferry, situado cerca de los cruces y que se tiene por el mayor ingenio del mundo. El del marqués de Apezteguia, Constancia, le sigue en producción y se cuentan muchos, tanto en las provincias de Matanzas, Remedios, Las Villas y aun en las de Santiago de Cuba y Habana, que llegan á 90 y 100.000 sacos. Los que aun no alcanzan esta cifra es porque les falta caña ó no han concluído de arreglar su maquinaria.

Para que el trabajo sea reproductivo á un central, tiene que moler, el que menos, 1.500 arrobas de caña por hora, sin interrupción alguna. Cada interrupción le representa el gasto de combustible con que ha de substituir el *bagazo* que deja de salir del trapiche para quemarse en el horno *por sí solo*, y además del combustible los jornales que ha de emplear en llevarlo á la fornalla ú hogar. Esta caña la recibe el central por su línea particular á distancia, por lo general, de tres ó cuatro le-

guas (los señores Ferry, Coitizolo, Apezteguia y otros tienen 10, 12 y hasta 20), con alcantarillas y puentes, disponiendo, según la importancia, de dos ó tres locomotoras. (El central Caracas tiene siete locomotoras particulares en movimiento) y los carros para la caña que sean necesarios; y los que usan las vías de servicio público no tienen límites en las distancias, pues hay agricultor, por ejemplo, de la provincia de Santa Clara que vende su caña á un central de Matanzas, y viceversa, pues el precio de la caña se regula por la necesidad que el central tiene de ella; y como le cuesta lo mismo moler 15.000 arrobas que 20.000, la toma á cualquier precio. Hemos dicho mal, le cuesta más moler 15.000 que 20.000, si no tiene con ese número regularizado el trabajo, según hemos explicado al hablar del combustible.

La caña al tiempo de cortarse tiene á su pie todas las hojas de que ha ido despojándose durante su crecimiento, de suerte que el espacio que ocupa un cañaveral en esta época está cubierto por un espeso colchón de hojas secas. Este es siempre un gran peligro, porque esa hojarasca arde con tal facilidad, que basta un poco de brisa para propagar el incendio que en muy pocos segundos produce la cola de un cigarrillo tirado sobre la paja, y si reina el viento Sur se destruyen inmensos sembrados, porque las chispas que vuelan de un cañaveral encendido se comunican al inmediato, á pesar de la ancha calle que se deja entre uno y otro y de la *contra candela* que, al primer indicio de fuego, se ha dado en el campo. Esta operación consiste en tumbar alguna caña y quemar la paja en dirección contraria al viento, para que, al llegar allí el incendio, encuentre una trocha de ceniza y se detenga.

Cuanto hemos escrito dará una idea de lo que representa el azúcar en la isla de Cuba y el trabajo y la zozobra con que en tiempos normales se lleva á cabo la zafra. Es un trabajo incesante, vertiginoso, amenazado constantemente por inmensas contrariedades.

Así es que, en el presente estado de cosas, la amenaza de los rebeldes imponiendo la suspensión de los trabajos, reviste unos caracteres tan alarmantes, que solo pensar que se obstinen en llevar á cabo sus propósitos, pasma el ánimo y contrista el espíritu.

En efecto, tres son los medios que pueden los insurrectos emplear para evitar la zafra, si los hacendados no se someten á sus exigencias. La destrucción de las máquinas más indispensables, suponiendo que no obtasen por la destrucción total de la fábrica. El incendio de los campos cosa para lo que basta un solo hombre. La destrucción de las locomotoras y carros para cargar la caña ó de los puentes y alcantarillas; pues si las demás mercancías pueden trasbordarse fácilmente, en cuanto á la caña es casi imposible el trasbordo, primero, porque no hay compañía, ni particular que tenga el doble juego de carros necesario para ello, y segundo, porque sería irreproductivo el costo del trasbordo, que

encarecería de una manera tal la caña, que llegaría al ingenio con un valor que no cubre el precio actual del azúcar.

En la isla de Cuba todos viven de la caña y el tabaco. Todo se importa para el sostenimiento de sus habitantes y destruidas como están las escasas haciendas de labranza y diseminado el ganado por las extensas praderas en que el enemigo vive, considérese qué situación no se creará en aquella rica y antes próspera antilla si de un solo golpe se secan sus fuentes de riqueza.

Tal es la situación actual. La batalla se prepara en las Villas y Matanzas, no solo entre soldados, sino entre el *ser* y *no ser* de aquella riqueza y todo hemos de saberlo y resolverlo en los meses de Diciembre y Enero.

Por eso es tan grande la expectación, y no se oye entre los que saben lo que es la isla de Cuba, otra cosa que esta:

¿Se hará la zafra?

En el dilema que de esa pregunta se deriva está encerrado el porvenir de Cuba y por consiguiente el mayor interés de España.

Poco tiempo falta para que sepamos á qué atenernos, pues si pasasen los meses de Enero y Febrero sin que nuestras tropas se impongan á los rebeldes en las Villas y Matanzas, los colonos no tendrán tiempo para prepararse á cortar sus cañas ni los centrales para recibirla, esto suponiendo que en esos dos meses no hayan los insurrectos destruido maquinaria, campos ó vías ferroviarias.

* * *

La prensa europea ha dado cuenta de una extensa carta de Cuba publicada por el *Times*, pero las opiniones que emite la redacción de este importante periódico, necesitan, por su gravedad, ser conocidas en España.

Dice así el referido artículo:

«Nuestro corresponsal especial en Cuba ha tenido ocasión de oír de labios del general Martínez Campos el concepto que éste tiene de la situación militar, política y económica de la isla de Cuba.

El general parece animado de un invencible optimismo, manifestando que ni la más desfavorable combinación de circunstancias adversas podrá deprimirle ni desalentarle.

El desenfado (*air of detachment*) con que ha hablado el general Martínez Campos de la situación militar, parece increíble en hombre sobre quién pesan las gravísimas responsabilidades del mando de un ejército tan numeroso. Martínez Campos tiene todas sus ideas perfectamente clasificadas, etiquetadas y encasilladas, y las vierte (para satisfacción de nuestro corresponsal) exactamente lo mismo que un imperturbable

empleado de un departamento estadístico pueda ir mostrando sus taquillas á un visitante engolfado en sutiles investigaciones.

Con respecto á los asuntos militares dice que las operaciones marchan ahora más lánguidas que en los últimos meses. Es completamente exacto, añade, que los rebeldes han aumentado mucho, especialmente en la provincia de Santa Clara, que parece es donde tienen ahora su cuartel general. Pero de todos modos, no han sido capaces de obtener ninguna ventaja positiva. El aumento de rebeldes no debía haber ocurrido, sin embargo, pues las personas más influyentes le habían asegurado positivamente que las poblaciones de Puerto Príncipe y Santa Clara no se unirían á la insurrección; y de esto se queja amargamente el general.



... que le quedaban á algunos, los piés fuera... (Pág. 224).

Pero, después de todo—dice,—sólo dos destacamentos de caballería irregular (voluntarios) han sufrido, realmente, y sólo dos fuertes guarnecidos de tropas se han rendido á los rebeldes. Con un ejército que así conserva su espíritu y el dominio de la situación en presencia de un enemigo cada vez más numeroso, no hay motivo sino para estar muy satisfecho.

Algunas veces ha lamentado las deficiencias de la Marina, que no ha impedido el desembarco de elementos de guerra para los insurrectos; pero reconoce que la línea de la costa es sumamente extensa y muy difícil de guardar, por lo cual, consideradas todas las cosas en conjunto, los resultados han sido todo lo bueno que podía esperarse. Pensó un tiempo poner un cordón de destacamentos á lo largo de la costa, pero su extensión de dos mil millas requerían un número incalculable de sol-

dados. Así, pues, ha aceptado la llegada de armas y municiones para los rebeldes como un mal irremediable, y destina gran número de soldados á guarnecer pequeños fuertes donde quiera que hay un puente, una factoría, una estación de ferro carril, algo, en fin, que proteger. Al mismo tiempo, pequeñas columnas están en constante movimiento, y cuerpos numerosos hay siempre dispuestos á atacar al enemigo cuando éste se aventura á reunirse en núcleos importantes. Los insurrectos se hallan generalmente montados, y pueden hacer movimientos rápidos, mientras que las tropas tienen que operar en sitios donde no hay caminos.

Nuestro corresponsal (el del *Times*) no muestra, sin embargo, el mismo optimismo respecto á las operaciones de las tropas. Los rebeldes



... tomando el campamento y acampando en el sitio desalojado .. (Pág. 223).

tienen órdenes estrictas de no pelear, sino de dispersarse en cuanto vean asomar una de las columnas del ejército. Así es que las columnas quedan siempre victoriosas; pero al mismo tiempo, los insurrectos no lo pasan mal.

Es cosa de sospechar que los rebeldes toman el asunto tan despacio como el ejército, á no ser cuando se reúnen en un número extraordinariamente superior al de las tropas. Por otra parte, la gente del país tiene sus asuntos á que atender, sus granjas, sus plantaciones de caña ó de tabaco que cuidar; considerando todo esto, se comprende que la población apenas puede hacer otra cosa que *jugar á la insurrección* de la forma y manera que ligeramente indicamos.

Positivamente, después de todo, sólo un corto número de descontentos ó desgraciados ú holgazanes incorregibles son los que se mantienen á modo de ejército permanente mostrándose aquí y allá. Pero de todos

modos, es evidente que el ejército español hace poco para sofocar el movimiento, el cual puede prolongarse indefinidamente, continuando en las mismas condiciones.

Si el general Martínez Campos podrá ó no hacer más progresos partiendo de las ideas políticas que profesa, es ya otra cuestión. Hasta ahora no tiene la menor intención de poner fin al movimiento concediendo lo que los rebeldes demandan; pero, por otra parte, prohíbe emplear la severidad, con objeto de inducirles á que abandonen sus pretensiones, y ofrece perdón completo á todos los que vuelvan á la obediencia. La masa de los insurrectos parece estar formada de jornaleros que no encuentran trabajo, ó gente turbulenta sin ocupación conocida, y que hallan más de su gusto una vida de semi bandolerismo que la monotonía del trabajo. De todos modos, tanto la insurrección como la represión de ésta, marcha de un modo lánguido, calmoso é inconsistente, posible sólo en hombres de sangre española en un clima donde las necesidades de la vida se satisfacen con facilidad.

El general Martínez Campos nos dice que la condición económica del país es mala, y esto explica en cierto modo la situación militar y política. El azúcar es la producción principal de la isla; pero los precios son ahora tan bajos, que no compensan el esfuerzo de cultivadores y comerciantes. De aquí resulta que hay poco trabajo para las clases obreras y que las necesidades del país suponen muy poca demanda del comercio y la industria en los momentos actuales y la paralización de los negocios. De esta manera, la pereza y el descontento aparecen como primeros factores, del estado calamitoso del país; y á éstos debemos añadir el hecho de que las necesidades de la vida puramente material pueden allí satisfacerse fácilmente. En suma, la pintura que se nos hace de los asuntos de Cuba, es la de un país que marcha hacia la más completa anarquía por falta de plan definitivo, de meditación y de actividad ordenada en todos los ramos de gobierno.

La Vuelta Abajo, ó sea el principal distrito tabaquero, conserva cierto grado de prosperidad y se mantiene asimismo en calma y libre del movimiento insurreccional.

En el resto de la isla, tanto el Gobierno como los rebeldes, parecen obrar sin orden ni concierto más bien que con un propósito concreto y una política definida.

La autonomía de Cuba es una frase inevitable, pero nos equivocáramos lastimosamente si asignáramos á dicha expresión igual significación que la que tiene el *Home Rule* de los países septentrionales. Toda forma de actividad en Cuba presenta un caracter muy poco intenso, y las fuerzas, tanto de orden como de desorden, se desarrollan de un modo tan perezosos, que no cabe en la comprensión de las razas vigorosas.

* * *

He aquí la única estadística que hemos podido encontrar de las fuerzas con que cuentan los insurrectos.

Procede de un periódico yankee, y por tanto es dudosa su existencia:

ORIENTE		Hombres.			Hombres.
Cabecilla Echevarría		1.600	Cabecilla Bernúdez.		570
» Gil.		400	» Rafael Socorro (Herrera)		800
» Cabreco.		1.800	» Zayas.		2.000
» Massó.		2.500	» Roqueta.		200
» José Maceo.		3.000	» González.		200
» Antonio Maceo.		4.000	» Cleto Argüelles.		250
» Miró.		300	» Cepero.		150
» Yero.		500	» Sarduy.		100
» Quintín Banderas.		2.500	» Núñez.		390
<i>Total.</i>		15.600	» Bacallao.		250
CAMAGUEY			» Jiménez.		280
Cabecilla Castillo.		1.200	» Rivandecira.		100
» Hernández.		700	» Pajarito.		150
» Valdés.		300	» Espinosa.		200
» López Recio.		3.000	<i>Total.</i>		14.030
» Agramonte.		500	MATANZAS		
» Recio Bethancourt.		1.000	Cabecilla Lacret.		2.500
» Varona.		500	» Regino Alfonso (bandi-		
<i>Total.</i>		7.200	do).		250
LAS VILLAS			» José La Muerte (id.)		200
Cabecilla Serafin Sánchez.		2.300	» El Iglesiasito.		200
» Roloff.		2.100	» Fraga.		150
» Fleites.		900	<i>Total.</i>		3.300
» Alberdi.		500	Agreguemos á estas sumas las		
» Roban.		800	partidas sueltas, sin jurisdicción		
» Paco Carrillo.		700	fija, de los cabecillas Rabi,		
» M. Castillo.		500	Buen, Basilio Guerra, Perico		
» Arce.		250	Díaz, Alemán, Leoncio Vidal		
» Socorro Pérez.		300	y otros, que se les pueden juz-		
» Suárez.		300	gar por lo bajo.		3.300
» Rego.		1.000	Todas estas fuerzas sumadas dan		
			un total de insurrectos de.		53.130

* *

El *New York Herald* publica una correspondencia de su corresponsal, Mr. Brysou, dando cuenta de una conferencia que celebró en el Camagüey con el general don Pedro Mella y Montenegro, gobernador civil y militar de la provincia de Puerto Príncipe.

Y dijo el general al periodista yankee:

Situación de las cosas.

En esta provincia y la de Santa Clara la campaña será muy corta. En Oriente, sin embargo, los rebeldes podrán sostenerse por algún tiempo más en las montañas.

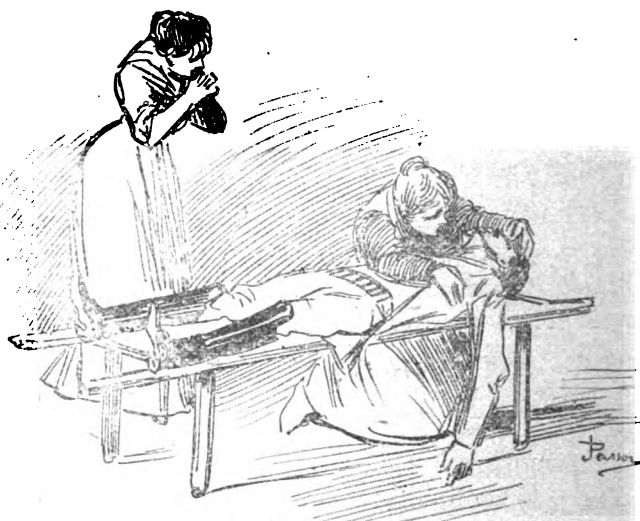
Considero á Maceo la figura principal de este movimiento, y los hombres que le siguen, negros y mulatos, debido á su constitución á prueba de trabajos y fatigas, pueden estimarse como la espina dorsal de la revolución. Demasiado haraganes para consagrarse al trabajo, se encuentran á sus anchas en la manigua y pueden sostenerse durante muchas semanas con el jugo de la caña, y las viandas y raíces de plantas silvestres y acostumbrados á vivir á la intemperie, duermen tranquila y cómodamente sobre la yerba, y ni el sol ni la lluvia les molesta en lo más mínimo.

Aquí en Puerto Príncipe la inactividad de Máximo Gómez ha llenado de sorpresa á sus antiguos admiradores.

Hasta el presente, no ha sostenido un solo encuentro, contentándose por cinco meses largos que llevamos, con correrías é incendios de peque-

ños poblados como Altagracia y San Gerónimo, la captura de dos pequeños fuertes, ambos protegidos solamente por pequeñas insignificantes guarniciones hostilizar por distintas veces nuestros convoyes, destruir puentes ferroviarias y quemar fincas alejadas de la población. El fracaso de no obtener la cooperación que él esperaba entre los sanos elementos de este pueblo al llamarle á las armas parecen haber agriado al general Gómez contra todos, incluyendo los pacíficos habitantes de los campos y algunos de sus decretos prohibiendo á éstos la conducción y venta de leche ó vegetales sin su especial permiso resultan por demás ridículos.

El ejército de Gómez lo componen tres elementos, á saber: unos cuantos aventureros, el primero, veteranos de la guerra pasada, sin propiedades en la isla ni intereses en parte alguna, que se han mezclado



... una escena triste, que fué inevitable... (Pág. 226).

en el movimiento con miras especulativas; vecinos de la provincia que á los bordes de la bancarrota se han lanzado á la manigüa para evadir sus compromisos, y jóvenes inexpertos de 16 á 20 años, pertenecientes á las principales familias, poco acostumbrados á las penalidades del campo é incapaces de prestar servicio alguno de utilidad, los cuales, probablemente, nunca han llegado á darse cuenta de la trascendencia del paso dado por ellos al dejarse conducir á las filas de Gómez por el marqués de Santa Lucía y otros de su especie cuya única característica es su fanática y consistente odiosidad, injustificada, al Gobierno español.

El mal está en la enseñanza.

Desgraciadamente, el sistema escolar en Cuba

no es ni con mucho, lo que debiera ser. Los maestros con especialidad en las clases primarias, debían hacer materia de predilección la historia de España, de modo que los niños bajo su guía conociesen más, mucho más, las glorias de Castilla y León, se sintiesen orgullosos de sus inmediatos antecesores llegados de aquellas playas y creciesen, hasta hacerse hombres, inspirados por nuestro espíritu y nuestro carácter nacional. A las familias principales de Cuba debiera alentarles semioficialmente á mandar

... vanguardia de esta pequeña columna. (Pág. 228).

á sus hijos á completar sus estudios

á España en vez de los Estados Unidos, de los cuales regresan los jóvenes, las más de las veces, llenos de ideas imposibles de llevar aquí á la práctica y opuestas por completo á nuestro sistema de gobierno.

Cuba española.

Cuba jamás será independiente. Como parte integrante del reino español no tiene más derecho á su independencia que el que tuvo para pretender separarse de la Unión el Estado de la Carolina del Sur en los comienzos de la guerra del 61. Y España—agrega el señor Mella—como

uno de nuestros ministros ha dicho á un reporter del *Herald* en Madrid, algunos meses hace, está tan determinada ahora como lo estuvo el Gobierno de Washington entonces á sofocar la rebelión y mantener la integridad nacional. El presidente del Consejo de ministros señor Cánovas y el general señor Martínez Campos están tan dispuestos hoy como ayer lo estuvieron Lincoln y Grant á hacer cualquier sacrificio de hombres ó de dinero para mantener la unión. Y con la entera península secundándoles y refuerzos nuevos llegándoles por cada vapor, yo creo que el general logrará sofocar el movimiento para el primero de Mayo.

—No habrá arreglos ni concesiones de ninguna clase. La sumisión incondicional es lo único que podría salvar á los rebeldes de ser totalmente exterminados. Puedo afirmaros que si fuese necesario, España está dispuesta á poner doscientos mil hombres en Cuba y el Gobierno para llevar á cabo las medidas que estimase necesarias contará siempre con el consentimiento patriótico y unánime de todos los partidos políticos de la Península.

En una palabra, que estamos dispuestos á concluir con la guerra y á concluirla pronto, cueste lo que cueste.

No habrá concesiones

Cuba hoy, se encuentra representada en las Cortes de Madrid, tal y como lo están las otras provincias españolas.

Los tribunales de justicia están constituidos sobre el mismo plan. Como en los Estados Unidos las altas autoridades federales y los administradores de rentas son nombrados y enviados por el Gobierno Central; pero EL PUEBLO DE CUBA forma sus propias asambleas provinciales y municipales y se guarda muchos puestos de responsabilidad á las órdenes del Gobierno general. Y España está dispuesta á remediar los males del sistema administrativo actual dando á los cubanos mayor representación en los asuntos de la isla tan pronto como la guerra sea sofocada y las elecciones puedan celebrarse.

Ni autonomía, ni anexión.

Cuba se encuentra aún incapacitada para un Gobierno autonómico como el concedido por la Gran Bretaña al dominio de Canadá, aparte de que el Gobierno español no podría otorgar á la isla privilegios que en la Península no disfruta provincia alguna. Para hacerlo tendríamos que reconstruir nuestra Constitución y cambiar radicalmente nuestro sistema nacional de gobierno.

Tengo la plena seguridad, por más que ciertas cosas no necesitan ni mencionarse, que España jamás venderá á Cuba y yo creo que la mayo-

ría de los que piensan en el pueblo americano nunca han pensado seriamente en la anexión de la isla. El gobierno americano, se ha demostrado claramente en los casos de San Thomas, Santo Domingo y Haití, no está dispuesto aún á lanzarse en empresas conquistadoras, sobre todo tratándose de pueblos diferentes abiertamente al tipo anglosajón yankée en raza, lenguaje y carácter personal.

El yankée desea el mercado de Cuba y nada más. Si los cubanos lo gran causar ocasionalmente molestias á España, las ocasionaría en mayor escala á los americanos si los anexionasen y el gobierno yankée es lo bastante astuto para guardarse de poner su mano allí.

El gobierno yankée necesita completar su nueva armada y desarrollar sus riquezas en el vasto Oeste antes que buscarse complicaciones en el exterior.

Con la continuación de las relaciones amistosas entre España y los Estados Unidos podrían éstos obtener de Cuba, bajo la bandera española, por medio de tratados de equitativa reciprocidad, aquella porción del comercio de la isla que por derecho natural les pertenece.

* *

Por las cualidades de hábil diplomático, militar experto en las lides de la guerra y escritor culto y brillante que concurren en el general Riva Palacio, siempre concedimos importancia á las manifestaciones que pudiera hacernos sobre el problema capitalísimo para España de la insurrección cubana.

No resultó equivocada nuestra creencia. En la entrevista con que el general nos ha honrado, presidió á sus palabras, unas veces la prudente mesura á que le inclina la misión que su gobierno le confiara en nuestra corte, abandonóse otras á la sinceridad propia del militar avezado á la vida de los campamentos; pero en sus reservas, como en sus expansiones, animó sus frases con el espíritu de observación propio de su gran cultura, al cual no pasa desapercibido aspecto alguno de las cuestiones actuales.

Nada he de añadir á las manifestaciones de mi gobierno sobre la actitud de Méjico respecto de los separatistas cubanos—comenzó diciendo el general.—Todo el mundo la conoce, y el gobierno español ha quedado de ella plenamente satisfecho, apreciando en cuanto vale y significa la buena amistad de Méjico en estas circunstancias. Demuéstralo bien á las claras el hecho de haber otorgado al presidente de la República una distinción tan estimada por cuantos se dedican á la profesión de las armas como la gran cruz del Mérito militar.

Siempre es sensible la guerra, y lo es mucho más cuando se desarrolla entre hijos de una misma patria y entre descendientes de una misma

raza. Para mí, mejicano, es tan español y tan hermano el que muere en España como el compatriota que espira en Méjico. Así podrá apreciarse la tristísima y amarga impresión que en mí produce el espectáculo de la manigüa, donde los cubanos insurrectos, al combatir con los soldados españoles, reproducen con sus guerrillas el mismo sistema de lucha que los españoles emplearan en 1808 durante la invasión francesa. Este sólo detalle demuestra que los cubanos llevan en las venas sangre española, sangre inquieta, ardiente, que impulsa al individuo á la aventura, y que, lo mismo en la Península que en el territorio sudamericano y en la manigüa cubana, inducen á la rebelión aislada ó colectiva contra toda manifestación arbitraria del poder y de la autoridad.

Varias son las causas de la insurrección que diezma y empobrece á la isla; pero la principal entre todas reside, á no dudarlo, en nuestro temperamento y en el especial carácter de nuestra raza.

Háblase estos días de disgustos entre el gobierno y el general Martínez Campos y hasta se asegura que existen propósitos de relevar á éste de su cargo. No sé lo que en esos rumores habrá de cierto;

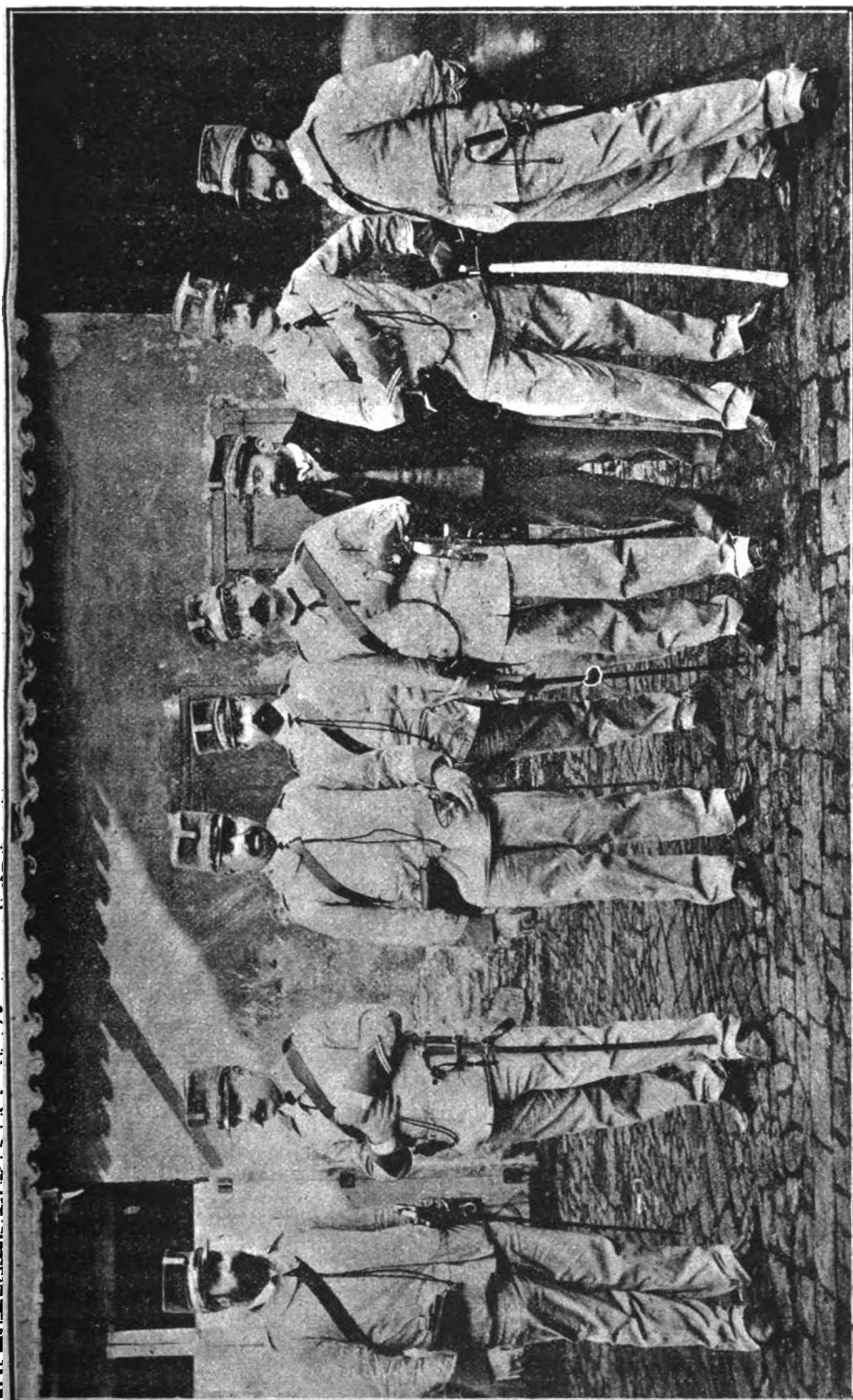
pero yo, como militar acostumbrado á combatir en climas semejantes, en terrenos análogos y contra parecidos enemigos á los que España combate hoy en Cuba; en mi país unas veces, fuera de mi patria y en plena Europa otras; en Francia, cuando la guerra del 70 al lado de los franceses; en España cuando la guerra carlista, al lado de los liberales, opino que al nombrar un gobierno á un general de prestigio y de capacidad para desempeñar el más difícil de los cargos, debe otorgársele la más absoluta confianza: de no existir ésta, la designación no debe hacerse, porque la trascendencia de tales resoluciones no permite los términos medios ni las reservas mentales.

Nadie como el soldado es esclavo del dios Éxito; pueden los políticos, los hombres civiles sortear los peligros sin desmerecer en el concepto general; pero el militar tiene forzosamente para vencer, necesidad de



¡Viva España!... (Pág. 222).

Embarque del día 25 de Enero.



Oficiales del escuadrón de Alcántara.

Cuaderno 56—T. II.

Precio 10 cent. •

luchar con lo imprevisto, de estudiar el detalle más nimio, y de ligarse en fatídico pacto con la suerte. Si esta le es favorable, si la victoria le sonríe, el plan más descabellado, lejos de provocar censuras, será objeto de triunfos ruidosos y de frenéticos entusiasmos.

Cuando un general se coloca al frente de un ejército hay que reconocer siempre en él, que pone por su parte todo, vida, inteligencia, honor para salir airoso en la empresa encomendada. Si se le regatean los medios, si se les suscitan dificultades en vez de allanárselas, la situación del caudillo es insostenible y hasta peligrosa.

Soy testigo de mayor excepción: en una de mis campañas de Méjico fuí objeto de censuras y de requerimientos por mi gobierno que discutía mis planes é intentaba rectificarlos; yo los sostuve y logré la victoria, consiguiendo con ella uno de los más brillantes triunfos políticos para el partido gobernante. Al mantener aquellos planes yo no procedía caprichosamente, sino impulsado por circunstancias imprevistas, por incidentes que surgían á cada paso y sobre un terreno cuyas exigencias podía yo comprender, apreciar y corregir, puesto que tocaba de cerca los inconvenientes, mucho mejor que los que se hallaban distantes.

Preocúpase en estos momentos España el posible reconocimiento de la beligerancia á favor del separatismo por parte de los Estados Unidos. Y con este motivo háblase de la actitud que en tal caso adoptarían los demás países americanos.

Para mí, analizando fría y serenamente este punto del conflicto, creo que ese movimiento de la opinión, lo mismo que otros movimientos sociales de gran trascendencia para la vida de los pueblos, como las revoluciones, son efecto de un contagio moral del individuo á las grandes masas, y del grado mayor ó menor de intensidad que reviste tal contagio, dependen sólo sus consecuencias.

Constituye esto un fenómeno análogo al de las imposiciones de la moda, que se desarrolla sin que los mismos que las patrocinan puedan explicar satisfactoriamente la causa de la adopción de un objeto ó de un capricho indumentario. Otro tanto acontece en la literatura y con cierta clase de ideas y de estudios. Hace años el romanticismo imperó en Europa con verdadero furor: se pensaba, se escribía, se hablaba, en una palabra, se sentía, en romántico. Pasó aquel estado psicológico; ¿cómo no, si nada hay eterno en la vida! Varió el gusto, se impuso otra tendencia literaria, y las gentes vieron entonces que el romanticismo no era de todo punto indispensable para el funcionamiento de la vida espiritual y social.

Fué aquel un caso contagioso, á cuya influencia nadie pudo sustraerse, como nadie se exime de pagar un tributo á los agentes morbosos de las epidemias que de vez en cuando diezman la humanidad.

Así, pues, para mí el contagio lo explica todo, y lo que hoy ocurre

con la beligerancia puede llegar á constituir una acción sugestiva de resultados inevitables. Si ese fenómeno moral se inicia y se desarrolla allende el Atlántico en pro de los intereses de España, ésta puede permanecer tranquila; pero si, por el contrario, se opera en sentido hóstil, puede temerse que no haya nadie con fuerza ni autoridad bastantes á contener sus fatales efectos.»



RELEVO DEL GENERAL MARTINEZ CAMPOS



El general Martínez Campos fué relevado, después de ver como en las puertas de la Habana llamaban los insurrectos con los pomos de sus machetes.

El Gobierno del señor Cánovas del Castillo, que nombró á Martínez Campos general en jefe del ejército de Cuba, que le confirmó en su confianza cuantas veces se puso á debate el problema de la conducta militar y política que convenía seguir contra la insurrección, que negaba que hubiese pensado en la destitución del que consideraba caudillo de la patria, ha acordado su relevo y su vuelta á la Península.

Negaban ministros y ministeriales que se hubiese pensado en el relevo del general Martínez Campos. La nota oficiosa del Consejo celebrado el día 17 de Enero que en él quedó acordado ese relevo.

Lo peor de este sistema de negar los hechos hasta que la realidad hace imposible la negación, es el excepticismo que para todos los asertos oficiosos y hasta oficiales produce en el espíritu público. El tal sistema ó no conduce á nada ó lleva á empeorar las cosas con las dudas é inquietudes que engendra. De semejantes consecuencias se han de tocar con mayor efecto que nunca los resultados en el período que de la guerra comienza ahora.

El general Martínez Campos está relevado ya. Para ello ha sido preciso que de una manera tan continua y sostenida los sucesos de la guerra hayan hecho inevitable esa disposición de gobierno; que la opinión se haya determinado en tal sentido y con tan rara unanimidad en la Península, y que esta opinión haya sido reforzada, con tanto vigor por dos partidos políticos de Cuba. Tan significativos datos no son para olvidados por los que se imaginan que el general había rectificado su sistema ó habría caído mucho antes si media docena de periódicos de la Península le hubiera sometido á sus críticas desde hace algunos meses.

En la conciencia de todo el mundo estaba que era imposible prolongar por más tiempo la situación violenta en que el país se encontraba por las noticias que de Cuba se recibían.

Aguardar noticias faustas significaba tanto como esperar nuevos engaños.

La solución se imponía con fuerza incontrastable.

Aunque el Gobierno, teniendo en cuenta razones tal vez dignas de respeto, pero que ya á nadie podían convencer, puesto que los sucesos con su abrumadora pesadumbre ejercían formidable presión en los espíritus, trataba de calmar las impaciencias, abrigando esperanzas consoladoras de triunfos que nunca acababan de llegar, sus esfuerzos estrellábanse contra la fatalidad que parecía empeñarse en oponer á esos deseos el dique de lo imposible.

Entonces fué cuando surgieron aquellos tremendos pesimismos; entonces fué cuando los propios ministeriales dieron muestras palmarias de alarma en frases que se suponían mal interpretadas y en silencios sospechosos; entonces fué cuando los rumores de graves acontecimientos motivaron noticias estupendas; entonces fué cuando la general zozobra marcó al Gobierno el rumbo que debía seguir, apelando á procedimientos enérgicos sin detenerse ante ningún género de contemplaciones.

A pesar de que el señor Cánovas se decidió al parecer, á adoptar resoluciones en armonía con las noticias recibidas de Cuba, es indudable que en el ánimo del presidente ya antes habían surtido efecto los clamores de la opinión pública.

De ahí que no sorprendiera tanto como se creía la resolución adoptada en el Consejo de ministros.

La odisea, pues, del general Martínez Campos en Cuba ha terminado de un modo triste, dejando la insurrección á las puertas de la isla.

Telegrama del general.

Después de la visita que el señor Cánovas hizo á la Regente, como de costumbre, declaró ante varios periodistas que había habido cambio

- de opinión y que en el Consejo se ocuparían de los sucesos de Cuba y del relevo del general.

La causa de este cambio fué el siguiente telegrama:

«Habana 16 de Enero.

El gobernador general al señor ministro:

Ayer se acentuó más el movimiento de opinión en la mayoría del partido constitucional, y algo en el reformista: la junta directiva del partido constitucional calmó los ánimos, y resolvió en vista del conflicto influir en Madrid para mi separación: los reformistas han publicado artículos respetuosos para mí, pero indudablemente con la misma tendencia. En su vista, he reunido tres personas de cada partido, y he tenido una entrevista de exposición de hechos: los conservadores y reformistas, ante la gravedad del conflicto, y porque han perdido la fe en mis procedimientos, creen que debo ser relevado; los autonomistas, por el contrario, creen que debo continuar. El gobierno resolverá.—*Campos.*»

El Consejo.

Fué corto.

Estaba convocado para las cuatro y media y mientras iban reuniéndose los ministros en el salón de Consejos, conferenciaron con el señor Cánovas en su despacho el duque de Tetuán y el general Azcárraga.

La entrevista tuvo verdadera importancia, pues en ella el duque de Tetuán que se halla unido con lazos de intimidad con el general Martínez Campos, expondría al presidente las razones que tenía para considerar que el relevo del general le obligaba á no seguir formando parte del gobierno.

El presidente debió oponer al ministro de Estado sus puntos de vista en el asunto, insistiendo en que para nada se relacionaba con la marcha política del gabinete la venida del general en jefe del ejército de Cuba. Es más, probablemente el señor Cánovas fortificaría sus argumentos, diciendo que la suerte de un gobierno no podía en modo alguno ir unida á la de un jefe del ejército que se equivoca en una campaña, pues de sus errores militares él sólo debe ser el responsable.

Algo habló sobre esto el general Azcárraga, y parece que el duque no quedó muy convencido de las razones expuestas por el señor Cánovas.

Poco después de las cinco empezó el consejo.

¿Qué pasó en el consejo relativamente á la cuestión que principal y puede decirse que exclusivamente lo motivaba?

No tenemos la ridícula pretensión de saberlo en todos sus pormenores.

Lo único que podemos afirmar es que el señor Cánovas planteó el asunto, dando lectura del telegrama, y al final, su opinión, resueltamente inclinada á sustituir al general Martínez Campos en el mando de Cuba; que excitó á sus compañeros á que, individualmente, expusiesen la suya; que hablaron todos los ministros, empezando el señor Cos Gayón y siguiéndole el conde de Tejada de Valdosera, el señor Linares Rivas, el duque de Tetuán, el señor Castellano, los generales Azcárraga y Beranger, siendo el último el señor Navarro Reverter, y que el acuerdo de aceptar la dimisión al general Martínez Campos se tomó *por unanimidad*, según manifestaban más tarde los ministros, con visible empeño de que divulgase este dato.

¿Hubo—dentro de esa *unanimidad*—notas discordes, no respecto al relevo del general, sino á las consecuencias lógicas que tal acuerdo debía producir para la existencia del gabinete?

Hay quien afirma que sí, añadiendo que pudo conjurarse una crisis general, claramente planteada.

La contestación.

Tomado el acuerdo, el Sr. Cánovas del Castillo—á quien correspondía de derecho el cumplimiento de la misión—se encargó de redactar un despacho para contestar al del general Martínez Campos.

La contestación fué la siguiente:

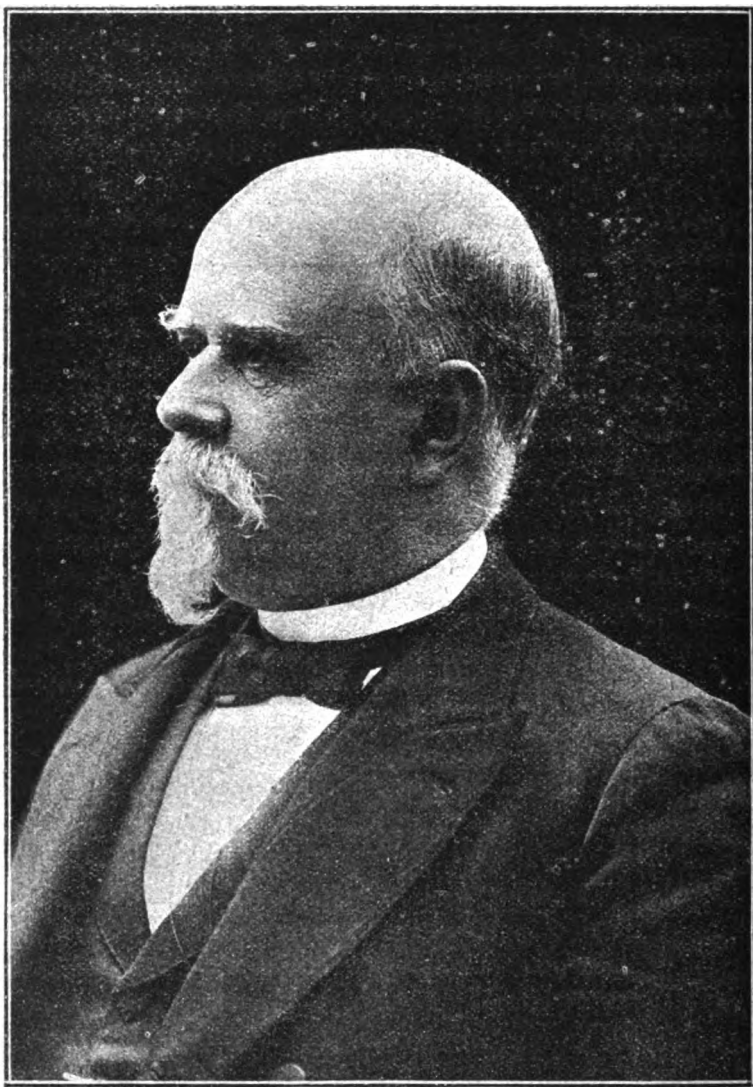
«El Gobierno, apreciando en todo su valor los nobilísimos y patrióticos sentimientos que han inspirado su telegrama del 16, autoriza á V. E. para entregar el gobierno general y el mando del ejército de operaciones de esa isla al teniente general D. Sabas Marín, y regresar á la Península en el vapor ordinario ó en uno extraordinario que se pondrá á disposición de V. E. si le conviene.»

El sucesor.

También acordó el Consejo llamar al comandante general de Cataluña, general Weyler, para celebrar una conferencia con el Sr. Cánovas y conocer sus puntos de vista respecto de Cuba.

Discutióse después la forma que se daría al decreto de relevo, conviniéndose en que al cesar en el mando del ejército de Cuba, apareciera en la *Gaceta* el nombramiento del general Martínez Campos para la presidencia del Consejo Supremo de Guerra y Marina; y por consecuencia inevitable se habló, también, acerca de quién habría de sustituir en la gran Antilla al general dimisionario.

Por razones que desconocemos quedó—según se asegura—descartado el nombre del general Polavieja; del mismo modo fué excluido el capitán general de Puerto Rico, señor Gamir, entre otras razones por la verda-



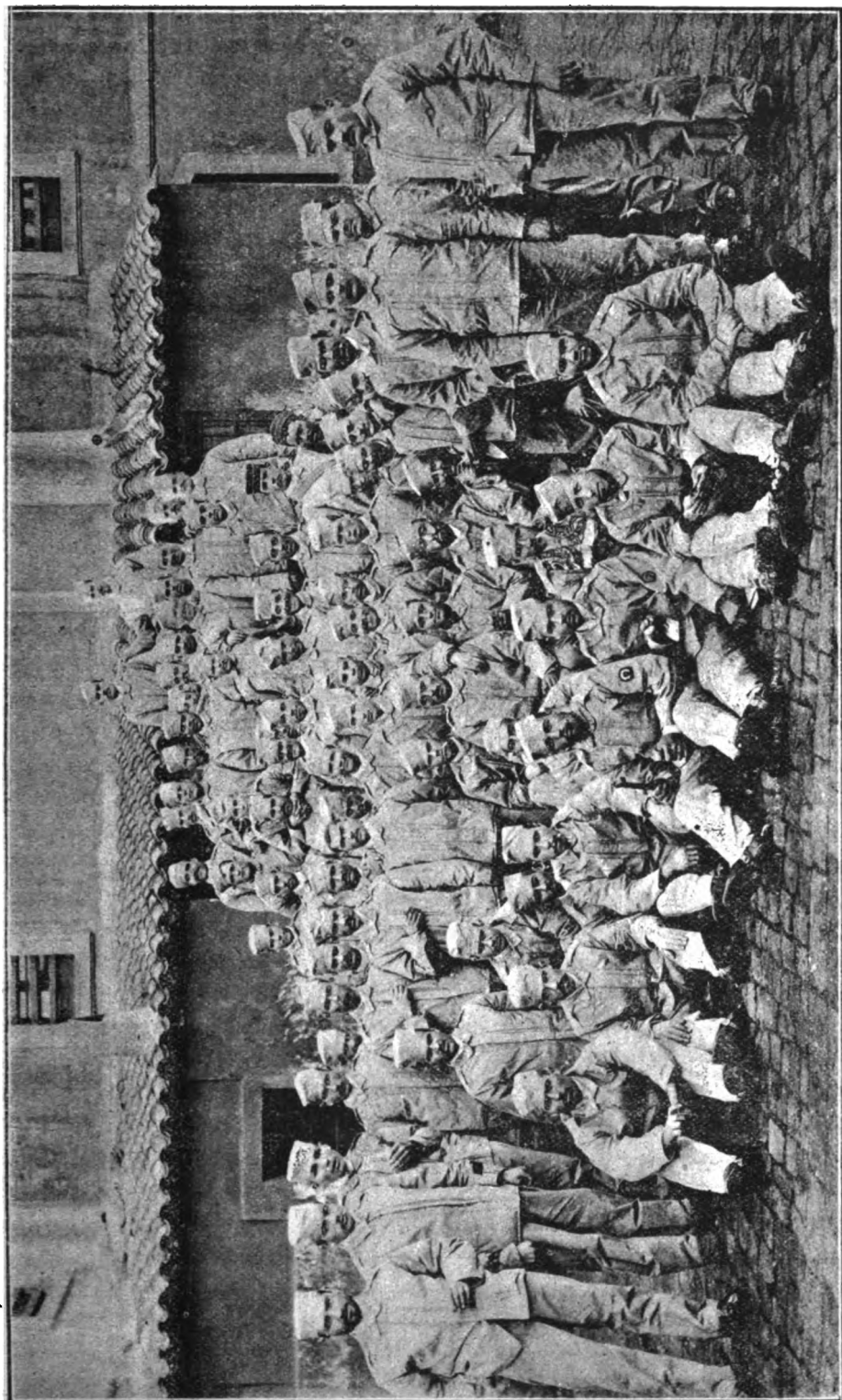
General Aniceto Arraga, Ministro de la Guerra.

deramente sensible de hallarse gravemente enfermo, atacado por el vómito, y por último, quedó designado el general Weyler para reemplazar al general Martínez Campos.

* * *

El *Diario Oficial* publicó la Real orden, dictando reglas para el envío

Embarque del día 25 de Enero.



Soldados del escuadrón de caballería de Alcañara.

á Cuba de los 10 escuadrones de Caballería pedidos por el general en jefe del Ejército de operaciones.

La plantilla de jefes, oficiales, tropa y ganado de cada uno de dichos escuadrones, fué la siguiente:

Un comandante; dos capitanes; tres primeros tenientes, uno de ellos ayudante; tres segundos; un médico segundo; un segundo profesor veterinario; cinco sargentos; 16 cabos; cuatro trompetas; cuatro herradores; un forjador; cuatro soldados de primera y 126 de segunda; 11 caballos de oficial y 120 de tropa.

Los jefes y oficiales de los 10 escuadrones, excepción de dos segundos tenientes que fueron designados por el ministerio de la Guerra, entre los sargentos ascendidos de la escala de reserva retribuída, fueron elegidos entre los que lo solicitaron.

Los médicos y profesores veterinarios nombráronse por el ministerio de la Guerra.

Las clases é individuos de tropa de cada escuadrón, fueron elegidos por sorteo dentro de cada regimiento, entre los que hubieron ingresado en el servicio antes de 1.º de Octubre anterior.

Los sorteos de jefes, oficiales y asimilados, se verificó el día 16, en los respectivos cuerpos de Ejército.

Los sorteos de tropa el día 17.

Los sargentos propuestos para destinos civiles, así como los alumnos de las Academias y colegios militares, fueron excluídos del sorteo.

Estos escuadrones, recibirán á su llegada á Cuba armamento Matússer, así como el ganado.

Los individuos de tropa llevan sable, el vestuario de rayadillo y los demás útiles, como bolsas de curación y fornituras, bridas, silla de montar, etc.



EL EMBARQUE

EL nombramiento del general Weyler fué muy bien recibido por la opinión pública, y la capital más entusiasta por este nombramiento, Barcelona. Era natural: allí se conocía perfectamente al nuevo general en jefe, y con justicia, mucho se esperaba de él. Por eso, al solo anuncio de su salida, preparóse la población á tributarle una despedida cariñosa. Al efecto, vinieron comisiones de los Ayuntamientos del llano, de algunas provincias, y fueron innumerables las pruebas inequívocas de cariño y respeto que el general recibió, tan pronto como llegó á Barcelona, de vuelta de la Corte, á donde fué llamado por el Gobierno á una conferencia.

El día 25 de Enero á las diez de la mañana, era el designado para el embarque.

El Ministro de la Guerra ordenó todo lo conveniente para que los diez escuadrones que habían de marchar estuvieran dispuestos, y en muy pocos días quedaron concluidos los preparativos.

A las 7 de la mañana del día 25, los empleados de mayordomía del Ayuntamiento fueron á los cuarteles de Jaime I, San Fernando de la Barceloneta y los Docks, donde se hallaban alojados respectivamente, los escuadrones de caballería de Castillejo y Lesma, de Alcántara y de Borbón, y allí repartieron en la misma forma que en los embarques anteriores, dinero y cigarros á la tropa.

También, un fabricante repartió en el cuartel de los Dock, cordones para los zapatos. Los jefes y oficiales fueron obsequiados con tabacos hábanos.

Los escuadrones de Borbón y Alcántara, después de comer el rancho, oyeron una misa en la iglesia de San Miguel del Puerto, encaminándose después al muelle, así como los otros escuadrones.

La animación era extraordinaria desde las primeras horas. Numerosos grupos se dirigían al puerto y tomaban posiciones para presenciar de cerca el espectáculo.

Todos los vapores surtos en el puerto estaban engalanados, y no quedaba embarcación pequeña que no fuera cuajada de gente.

A las ocho y cuarto empezaron á llegar al muelle los piquetes de las fuerzas de la guarnición, situándose en el muelle alto de la Riba. Las bandas de los regimientos infantería de Luchana y Almansa y de los batallones de Figueras y Alfonso XII, colocáronse junto al embarcadero de los vapores golondrinas. La afluencia de gente al muelle nuevo de la Riba era mayor á medida que se acercaba la hora del embarque; á las ocho y media, era tal la aglomeración, que hacía punto menos que imposible, el tránsito por aquel sitio. Entonces empezaron á llegar las tropas expedicionarias, por el orden siguiente:

El de Alcántara formaba en la cabeza de la línea, llevando el estandarte de su cuerpo. Después, Castillejos, Lesma y Borbón.

La concurrencia recibió á los soldados con grandes aplausos y ¡Vivas á España!

Los soldados vestían traje de rayadillo, zapatos, manta y gorra azul. Momentos antes que las tropas expedicionarias, llegó al muelle el general Ahumada, junto con sus ayudantes.

Inmediatamente embarcó, imitándole después las fuerzas de caballería. En media hora, los vapores golondrinas, trasladaron á los expedicionarios. También embarcaron 40 voluntarios rezagados. Los soldados iban muy animosos, y cosa rara, no se desarrollaron escenas tristes, como en embarques anteriores.

El aspecto que presentaba el muelle al verificarse el embarque, era por demás, animado y pintoresco. Una muchedumbre inmensa hermigueaba en los muelles que se hallaban ya materialmente ocupados.

Las músicas militares tocaban alternando, aires populares, acompañándoles las bandas de cornetas y tambores, y surcaban el mar gran número de lanchas, botes y otras embarcaciones de pequeño porte, llenas de gente deseosa de contemplar, sin las apreturas con que tenían que luchar los espectadores.

Mientras esto ocurría en el muelle, celebrábase en la iglesia de la Merced, la anunciada misa. Una hora antes, de empezar el acto, se hallaba la iglesia ocupada por numeroso gentío. En la plaza de la Merced,

dos parejas de guardia municipal montada, y varios individuos de á pie y agentes de vigilancia, cuidaban de evitar la aglomeración de gente, manteniendo expedita la entrada al templo.

El templo, estaba profusamente iluminado.

A las 9, llegó el general Weyler y el órgano entonó la marcha real. El obispo se revistió de los ornamentos sagrados, el general con su estado mayor y las autoridades tomaron asiento en el presbiterio y empezó el sacrificio de la misa.

Mientras duró la ceremonia, la escolanía cantó algunos fragmentos religiosos. Se rezó la oración *pro tempora belli*, terminando el acto, con una plática del obispo, diciéndole al general que al saludarle, hacía extensivo su saludo, á los demás generales, al ejército que pelea en Cuba y á España, por cuya honra é integridad, sostiene la lucha. Dirigió elogios á la reina y una calurosa invocación á la misión que la patria ha encomendado al general Weyler al confiarle la defensa de su bandera. Hizo un brillante panegírico de las cualidades del general, que toda Barcelona ha tenido ocasión de apreciar, por lo cual, su marcha será muy sentida.

Imploró para él y para todo el ejército la protección de la Virgen de las Mercedes, patrona de Barcelona, que inspiró á los Reyes la idea de la conquista de Mallorca infundiéndoles alientos, entusiasmos, y fuerzas para realizar su cristiana misión, terminando con una hermosa invocación á la corona que ciñe las sienes de la Virgen, reina de la ciudad, deseando que ilumine con sus destellos al ejército y sea feliz presagio de la victoria que el país ansía.

A pesar de la santidad del templo, algunos no pudieron contener el entusiasmo y resonaron fuertes vivas á España, al ejército, y al general Weyler.

El general con el prelado, el gobernador y el alcalde, fueron rodeados en la misma iglesia por una masa de público entusiasta, que empezó á aclamar al marqués de Tenerife. Las voces resonaban en el templo, en cuyas bóvedas repercutían, siendo impotentes los esfuerzos de algunos devotos que intentaron acallarles, por respeto á la santidad del lugar.

Al aparecer en la puerta, el público que aguardaba, se precipitó á saludarle, arrollando á los guardias que á pie y á caballo, intentaban abrir paso.

Un ¡viva! unánime, atronador, entusiasta, le acogió y el general empujado, materialmente, separado por el oleaje humano, de su acompañamiento, pudo llegar á duras penas á su palacio. Allí se le reunieron el obispo, el gobernador, el alcalde y otras personas, quedando el público estacionado, creyendo, volvería salir, pero lejos de ello, cruzaron todos con paso ligero el patio de la capitanía, huyendo de ovaciones y salieron por la puerta que da al Paseo de Colón.

La comitiva oficial se dirigió á pié al embarcadero de la capitania donde el general, embarcó en una canoa del cañonero *Pilar*, junto con el obispo, alcalde, gobernador civil, y su secretario, el general Ahumada (don Joaquín) con su ayudante.

Al cruzar, dichas autoridades el muelle, fueron vitoreadas por el público que ocupaba las embarcaciones.

La proximidad del general Weyler al muelle de la Riba, puso en movimiento á la multitud que esperaba ansiosa su llegada.

La guardia civil tuvo que entrar en funciones para hacer retirar á aquella mole compacta que se estrujaba, bullía y rebullía para ocupar los primeros sitios. Hubo un momento de verdadera confusión en que anduvieron revueltos uniformes, blusas, levitas; en una palabra, la indumentaria que revelaba la presencia de todas las clases sociales.

Las bandas y músicas atronan los aires con la marcha real, los vítores se multiplican y se agolpa la multitud para ver de cerca al general, que después de haber saludado á las autoridades militares fué llevado en andas por la multitud, que no se cansa de dar vivas á España, al ejército, al honor nacional y á Weyler.

El general palidece de emoción, y después de saludar á todos con el ros y estrechar la mano á algunos obreros, embarcó otra vez con las autoridades que le acompañaron y se dirigieron todos al trasatlántico *Santo Domingo*. Continuaron los aplausos y vítores.

La falúa del general fué escoltada por una infinidad de pequeños botes, que se colocaron después alrededor del *Santo Domingo*. En la cubierta de este buque no podía darse un paso. Sería interminable publicar la lista de personalidades importantes en la ciencia, arte, literatura, industria y comercio, diputados, senadores, representaciones de diversos centros y autoridades civiles y militares y particulares que estuvieron á bordo para despedirse.

El general Weyler estrechó á todos la mano efusivamente; dando un fuerte abrazo á su hijo don Fernando.

El vapor rebosaba con ello vida y animación; los soldados expedicionarios agrupados en la parte de proa, subidos unos en las vergas, otros donde podían con objeto de dominar el hermoso espectáculo que presentaba el puerto, no cesaban de dar vivas y saludar al público que les rodeaba. Á cubierta iban desfilando ante los generales Weyler y Ahumada los que allí se hallaban y para todos tenía el jefe del ejército de Cuba frases de afecto y cariño. Los vivas y aclamaciones no cesaban y á todo ello uníase el estrépito de la sirena del vapor, cuyas vibraciones ensordecían.

El señor obispo, después de dirigir palabras de aliento á los expedicionarios, repartióles como recuerdo medallas de plata de la Virgen de la Merced, que todos ansiaban poseer. Todas las autoridades, excepto el

señor Sánchez de Toledo, que había salido ya poco antes con objeto de ir á recibir al general Despujol, se despidieron del señor Weyler, abrazándole y haciendo votos por el buen éxito de su cometido. Varias personas de su intimidad también aguardaron el último instante y así, á las once y cuatro minutos, cuando el buque se puso en movimiento aun quedaban á bordo dos ó tres personas que tuvieron para salir algunas dificultades.

Resultaría pálido todo cuanto dijéramos para describir el aspecto del puerto al empezar á moverse el *Santo Domingo*. Los muelles de la Paz, Barcelona, Riba, la terraza de la Capitanía, las escolleras, todos aparecían bordeados de público, que se había encaramado en las grúas y demás cuerpos elevados; las cubiertas de los buques vecinos estaban cuajadas de público y alrededor del trasatlántico centenares de botes, skifs, falúas, vaporcitos, golondrinas y hasta barquitos de pesca alquilados á los curiosos. La masa de pequeñas embarcaciones formaba calle al vapor hasta el antepuerto, sin que, á pesar de tal aglomeración, ocurriera incidente alguno desagradable.

Apenas hubo hecho el vapor algunas brazas, el general se asomó á la baranda del entrepuente; al verlo el público prorrumpió en un clamoreo entusiasta, atronador, incesante de aplausos, vivas y aclamaciones. Las señoras agitaban sus pañuelos, los hombres las gorras y sombreros, todos los buques hicieron vibrar sus *sirenas* saludando con las banderolas al *Santo Domingo*. Weyler contestaba quitándose el ros, mientras los soldados expedicionarios coreaban los vivas del pueblo con los suyos, tan entusiastas como los de éste.

Hasta el último momento permaneció Weyler en el entrepuente contestando los saludos; á las once y cuarto, el *Setanti* en el que iba el que relata, viró de rumbo en demanda de puerto, mientras el *Santo Domingo* proseguía magestuosamente su camino, llevándose la personalidad sobre la cual tendrá en breve fija su atención España entera.

Embarcaron también, además de los generales Weyler y Ahumada, los coroneles de infantería don Juan Hernández y don Tirso Albert, los tenientes coroneles don Guillermo Pintos, don Narciso Acosta y don Adolfo Villa, los comandantes don Servando Rodríguez, don Narciso Fonsdeviela y don Ataulfo Ayala y el capitán don Valerio Todo, los comandantes de caballería don José Gregorich, don Rafael Girón y Aragón, don Federico Rodríguez Fito y don Fernando Pastor, el primer teniente don Eulogio Despujol y los segundos tenientes don Ignacio Sierra y don Eusebio Grau, los capitanes de Estado Mayor don Antonio Boca Simó y don Rafael Mucientes, el médico mayor de Sanidad militar don Ceferino Rives, el comisario de guerra don Leopoldo Rich y los oficiales segundos de oficinas militares don Alberto Pampillón y don Antonio Maeso.

El general Weyler recibió una manifestación de simpatía muy calurosa, cosa rara en nuestro pueblo que no es dado á grandes entusiasmos porque no responde á su modo de ser, y solo se entrega á ellos cuando cree que hay motivo fundado para hacerlo. Agradecido se mostró el general y podía estarlo de veras; que nada puede satisfacer más que ser llamado por una nación cuando ésta pasa un período difícil. La misión de pacificar la isla es espinosa, pero por lo mismo honra muchísimo más á quien está llamado á llevarla á cabo.

A las once, dióse orden de despejar el vapor y diez minutos después, este levaba anclas dirigiéndose á la boca del puerto, seguido de infinidad de canoas, falúas, botes, lanchas y demás embarcaciones de pequeño porte, repitiéndose los vivas á España, al general Weyler y á la integridad nacional.

Con satisfacción consignamos aquí la respuesta que el general dió á un individuo que le decía:

—Mi general, hay que ganar el tercer entorchado.

—Los muertos únicamente, son los que no pueden ganarlo.

* * *

La despedida que Logroño hizo al escuadrón expedicionario del regimiento de Albuera, supera á toda ponderación.

Vamos á insertar los documentos y discursos publicados y nuestros lectores harán los elogios que todos ellos merecen.

ORDEN DEL CUERPO

Orden del 20 de enero de 1896, en Logroño, despidiendo al escuadrón expedicionario:

En el tren que partirá á las cuatro de la tarde de mañana saldréis de esta hospitalaria capital de la Rioja, donde tantas pruebas de afecto habéis recibido de todas las clases sociales, para embarcar el 23 en Santander, con rumbo á la isla de Cuba. Váis á combatir allí con dos enemigos, mas temidos que temibles; el clima y los insurrectos. Estad seguros de que las enfermedades endémicas se ceban generalmente en las personas viciosas; pero no en las de morigeradas costumbres, y menos observáis las reglas de higiene que se os han enseñado.

Los separatistas se presentan en hordas semi-salvajes, acompañados por unos cuantos mercenarios que á pretexto de libertar á Cuba de la opresión que jamás se ha hecho sentir sobre la isla más libre del mundo, saquean, incendian y devastan aquel hermoso suelo, regado con el sudor de nuestros ascendientes durante 400 años; importando poco á los miserables extranjeros que perezca la familia cubana, sucumba la na-

Embarque del día 25 de Enero.



Bargentos y cabos del escuadrón de caballería de Alcántara.

gión, se destruya la propiedad y demás fuentes de la riqueza pública, que constituyen los principales elementos de toda sociedad civilizada.

Fácil os será comprender que quien, para hacer la guerra, echa mano de medios tan cobardes y villanos, es poco temible en el combate, por eso lo rehuye siempre que puede para proseguir su innoble tarea, cayendo alguna vez de improviso sobre descuidadas columnas.

Afortunadamente vais mandados por un jefe y oficiales de gran experiencia, que sabrán libraros de las asechanzas del enemigo; en vuestras conciencias lleváis grabada la justicia de la santa causa que váis á defender, *la integridad de la patria*; y en vuestros sables la fuerza que mantendrá ese derecho; mas si esto no fuera bastante, que si lo es, para hacer rugir de ira vuestros pechos, *acordaos* que pertenecéis al regimiento creado para perpetuar la memoria de la más gloriosa acción librada en la guerra de la Independencia, la batalla de la Albuera, donde quedaron abatidas las orgullosas águilas francesas; *no olvidéis* que soís dignos descendientes de los que en los Castillejos, Tetuan y Wad-Rás, hicieron morder el polvo á los bárbaros africanos; y por último, aunque con menos gloria por tratarse de españoles, *recordad* que en el Norte vencisteis siempre.

Sí, valientes de Albuera, la nobleza de vuestro abolengo, consignada está en la historia del regimiento, llena de brillantes acciones y vuestro escudo ornado de inmarcesibles laureles, que espero reverdecéis en Cuba, con nuevas victorias. Abiertas quedan las páginas que llenaréis con vuestro heroísmo, para honra del regimiento y gloria de la patria.

Entre tanto, nosotros que por ministerio de la ley no podemos acompañaros, nos embarga la pena de despediros; nuestro espíritu y nuestro corazón estará siempre con vosotros, siguiendo anhelante las vicisitudes de la campaña, y rogando al Dios de los ejércitos os proteja y dé alientos para pacificar la hermosa antilla cubana, y volver sanos, honrados y satisfechos á vuestros hogares.—El coronel, *Ricardo de Ojeda*.

ALOCUCION

Durante la misa, el distinguido capellán del cuerpo, señor Carpintero, dirigió á los expedicionarios la siguiente plática:

Nisi quod lex tua meditatio mea est, tunc forte periissem in humilitate mea.

Si tu ley no hubiera sido mi meditación, entonces de cierto hubiera perecido en mi pequeñez.

Ps. 118, v. 92.

EXCELENTISIMOS SEÑORES:

Al dirigiros la palabra, expedicionarios de Albuera, con motivo de vuestra próxima marcha á la isla de Cuba, ya que no puedo ni debo

extenderme mucho en esta plática ó alocución de despedida, me veo, sin embargo, precisado á recomendaros muy eficazmente la observancia de la ley de Dios y la práctica de las virtudes cristianas, para que siendo buenos cristianos seais tambien al mismo tiempo fuertes guerreros y victoriosos soldados.

Lo acabáis de oír en las significativas palabras del real Profeta David, tipo y ejemplar de esclarecidos guerreros, que acabo de pronunciar y que voy á repetir. «Si tu ley no hubiera sido mi meditación, entonces de cierto hubiera perecido en mi pequeñez.»

Y efectivamente, señores ¿qué es el soldado, por sí solo sin la inquebrantable ayuda del auxilio del Señor? Abierto está para todos el gran libro de la historia, y en él vemos consignado con letras de oro, que muy poco ó nada puede el guerrero sin la protección de Dios, al paso que lo alcanza todo con su dirección y apoyo. ¡Ah! ¿En qué vinieron á parar los formidables ejércitos de los asirios, persas y medos, no obstante el asombroso número de sus aguerridos soldados?

Pues no ignoráis, queridos expedicionarios, que aquellos innumerables ejércitos, con increíble facilidad y prontitud se dispersaron y disiparon como el humo. Y es que donde no se halla el espíritu del Señor, allí falta la cohesión, la disciplina y la fortaleza. Sí, en todas las páginas de la historia vemos consignado lo mismo: donde se halla el hombre sin la ayuda del cielo, allí está la debilidad, la flaqueza y la impotencia: donde se halla el espíritu de Dios sosteniendo, conformando y robusteciendo al hombre, allí la inteligencia, allí la sabiduría, allí la destreza, allí el acierto y allí la incontrastable fortaleza.

Por todo lo cual, señores, el militar cristiano para llegar á ser discreto y valiente, es preciso que comience por ser temeroso de Dios, religioso y puntual observante de la ley santa del Altísimo.

¡Ah queridos expedicionarios! No de otra manera ni por otros medios adquirieron los celosos macabeos aquel valor y fortaleza indomables que les alentaron, aún antes de organizarse, para defender su religión y su patria y reconstituir su nacionalidad injusta y sacrílegamente dominada y sojuzgada por el formidable ejército del rey Antioco.

Ante todo, se humillaron en la presencia del Señor y le suplicaron rendidamente su gracia y perdón, y después de reconciliados con Dios, comenzaron aquella guerra gloriosa de pocos contra muchos que terminó finalmente con la más completa victoria los que peleaban en nombre del Señor.

Por tanto, soldados expedicionarios de Albura, no dejéis de guardar fiel y constantemente la ley santa del Señor: además, distinguíos en aquellas remotas tierras, entre todos, por vuestra piedad y devoción, por el amor que os tengáis unos á otros, por el exacto cumplimiento de vuestras obligaciones, por la observancia de los divinos mandamientos,

por la honestidad de vuestras costumbres, por el odio al vicio, por el horror á la blasfemia, por vuestro amor y respeto á vuestros dignísimos jefes, y por todo aquello, en fin, que os constituya buenos cristianos, temerosos de Dios y de los hombres para que seais fuertes guerreros y victoriosos soldados en los combates que tengáis que sostener. ¡Ah! contad, contad desde luego y mientras dure el tiempo de prueba y de la lucha con las oraciones de todos y muy especialmente contad con la

oración y las plegarias de este noble pueblo de Logroño que os ve partir para vuestro destino con el corazón angustiado presa del más acervo dolor.

Nadie, nadie querrá negaros su concurso en esta obra.

El sacerdote entre el vestíbulo y el altar, religiosa en las soledades del claustro, las familias cristianas en el hogar, la inocente niñez en los Colegios y la orfandad en los Asilos donde el amor la alberga; todos, todos harán violencia al cielo y estrecharán el corazón amantísimo de Jesús hasta confundir á nuestros enemigos.

Ejemplo elocuentísimo de esto tenemos en la historia militar de todos los pueblos, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días: al

lado del ejército que combate se vé al pueblo que ora, ya sea con la oración de la inquietud y de la tristeza, ya sea con la oración de la gratitud y de la acción de gracias.

Pues bien, dignísimo Jefe, bizarros oficiales y queridos soldados expedicionarios: el Dios de los hebreos en el Desierto y de los Israelitas en el mar Rojo, es el Dios de Covadonga y de Lepanto: el mismo que llevó á cabo la obra de la gloriosa reconquista con San Fernando; que decidió la victoria de Clavijo con Santiago; que con Isabel la Católica lanzó al Africa á los hijos de Mahoma, y que extenderá sobre vosotros el manto de su soberana protección.

Prenda segura de esta misericordia, son estas demostraciones piado-



El general, marqués de Abumada.

sas que hacéis ante los santos altares para implorar la asistencia de la Santísima Virgen, antes de partir para el teatro de la guerra; y sean cuales fueren los accidentes de la campaña, bastará á sostener y afirmar nuestra esperanza la hermosa y tierna ceremonia de imponeros el Santo Escapulario de la Virgen del Carmen con la medalla de Nuestra Señora del Pilar, que con tanta solicitud y esmero os ha preparado una piadosa señora, para que en las horas de angustia y en los momentos de peligro, la imagen de la Virgen Santísima, sea vuestro consuelo, vuestro refugio y vuestro amparo.

Acto tan tierno me obliga á manifestaros lo que siente mi corazón. ¡Ah! Yo te saludo, brillante regimiento cazadores de Albuera, gloria y ornamento del ejército español, decoro y modelo de todos los regimientos del Arma; tú, tú que mil veces has dado grandes pruebas de virtud y de sufrimiento, tú que en cien combates has conseguido coronarte con otros tantos laureles, tú que en mil ocasiones has proporcionado con la mayor abnegación días de gloria á la patria, tú que lleno de fé y entusiasmo vienes en este día á postrarte ante tu querida protectora la Santísima Virgen del Pilar, recibe, recibe el más cumplido parabién; y vosotros, mis queridos expedicionarios, repetid hoy entusiasmados en presencia de esa vuestra protectora, lo que el pueblo de Betania al contemplar la insigne victoria que sobre los asirios consiguiera su famosa heroína. «Tu gloria Jerusalem, tu letitia Israel, tu honorificentia populi nostri.»

Sí, expedicionario de Albuera, á María Santísima han acudido siempre los más insignes capitanes y los guerreros de más renombre. Ricardo, Corazón de León, llevaba camisas tocadas á la de la imagen de María Santísima de Chartres; Dugueselín, hacía prodigios de valor al grito de Nuestra Señora; Jaime de Aragón, lanzaba las huestes agarenas de su reino y las hacía huir ante los estandartes de María; Alfonso de Castilla, derrotaba doscientos mil moros auxiliado por Ella y el gran Colón la invocaba como á su consuelo en todos sus conflictos. ¡Ah! No dejéis, queridos expedicionarios, no dejéis, de acudir á María en todas vuestras necesidades, pues Ella es la Reina de las victorias y también el auxilio de los cristianos, «auxilium christianorum.»

Por lo que á mí toca, todos los días, en el altar del sacrificio, tendré para vosotros amantes y piadosos recuerdos, rogando al Señor, por mediación de la Virgen del Pilar, nuestra protectora, y del gran Apóstol Santiago, nuestro Patrón, que haga próspera vuestra navegación, conserve vuestra salud, defienda vuestra vida y os conceda pronta y señalada victoria.

Ahora bien, señores, no sería justo ni nada caritativo que yo diera fin á esta desaliñada plática sin dedicar un recuerdo á los que fueron valientes oficiales de Bailén, hijos queridos de esta nobilísima ciudad,

que con un valor á toda prueba, y pensando tal vez en su querida patria han muerto heroicamente al frente de sus soldados en defensa de la honra y de la integridad nacional.

Y como en pechos católicos la forma de la gratitud es el sufragio, por ellos hemos pedido todos al Dios de las misericordias, que premie con gloria eterna los aumentos de gloria que han dado á su querido país.

Finalmente, señores, haga el Señor, por su bondad infinita, que se convierta en bien el mal que hoy nos aflige y que gocemos pronto, muy pronto, los beneficios de la paz que es principio de toda prosperidad.

Sea prenda segura de estos votos la bendición que desde el fondo de mi alma os doy en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Carlos Carpintero Burillo.

Bando de la alcaldía.

Logroñenses:--A la hora de las tres de la tarde del día de mañana saldrá de esta ciudad el escuadrón expedicionario del regimiento caballería de Albuera destinado á la campaña de Cuba, en donde va á defender la integridad del territorio español.

Ya en otras ocasiones semejantes habéis demostrado vuestro cariño al valeroso ejército de la patria y no duda el municipio que, en esta nueva ocasión seguiréis dando muestras inequívocas de vuestra generosa hidalguía, acudiendo á despedir á esos queridos hijos de nuestra nación que van á sacrificarlo todo en honor de sus banderas.

Así mismo os ruego, en nombre de la representación popular, engalanéis los balcones de vuestras viviendas, principalmente en las calles del Mercado, Sagasta, Estación y muro del Siete y de los Reyes, contando siempre con la gratitud del municipio y de la alcaldía.

Logroño, 20 de Enero, de 1896.—*Vicente Infante.*

* * *

El viaje del general Weyler, desde Barcelona á Cadiz, fué en extremo feliz.

El día 27 de Enero, á las ocho de la mañana, fondeó el *Santo Domingo*.

La población esperaba con ansias la llegada de los expedicionarios, y apenas tuvo noticias del fondeamiento, acudió al muelle, deseosa de recibirle.

Las autoridades civiles y militares, á bordo de un remolcador estuvieron á visitarle. El general, recordaba emocionado, y así lo refería,

la despedida que le hizo Barcelona, y solo sentía que el *Alfonso XIII* no zarpara en el acto, porque le impacientaba ya el tiempo que había de tardar en llegar á Cuba.

El general Fernández Rodas, gobernador militar felicitó al nuevo gobernador general de Cuba, quien contestó emocionado que sentía honda ansiedad por llegar á la Habana, que le abrumba el peso de las responsabilidades contraídas y que piensa en lo horroroso que sería su fracaso, pero que está orgulloso de su misión dispuesto á todo para cumplirla y confiado en el valor, en el heroísmo de los soldados.

De haber sido posible, quería el general Weyler transbordar al *Alfonso XIII* y zarpar enseguida.

No aceptó el convite del general Fernández Rodas, quien esperaba tenerle á comer, resuelto á permanecer á bordo del *Santo Domingo*.

A las once de la mañana, almorzó el general y después, paseando por la toldilla del buque, declaró á varios de los señores que habían acudido á saludarle, que le preocupaba el porvenir, y expresó sus temores ante la enorme responsabilidad que asume, de la confianza que en él ha puesto la nación.

Entonces quedóse un rato pensativo y el general Ahumada le sacó de su ensimismamiento, diciéndole:

—General, tengo fe ciega en que la victoria será suya..... No caben discusiones ni recelos..... Es una corazonada de todo el pueblo español.

En tales momentos se iba efectuando el trasbordo de los escuadrones embarcados en Barcelona, que llevaban al *Alfonso XIII* un auxiliar de la Trasatlántica y el vapor *Trocadero*.

Los soldados no cesaban de dar vivas, todo era alegría y confianza.

El general no quería bajar á tierra por miedo á las ovaciones, y y mucho más en las circunstancias excepcionales en que se encontraba por las recientes desgracias de familia que había sufrido.

A las dos de la tarde, transbordó el general al *Alfonso XIII*, y durante la travesía, fué hablando de Cuba, de sus importantes progresos en las ciencias y en las industrias. Antes que la Península—decía el general—tuvo Cuba, sus tranvías, sus redes telefónicas, etc.

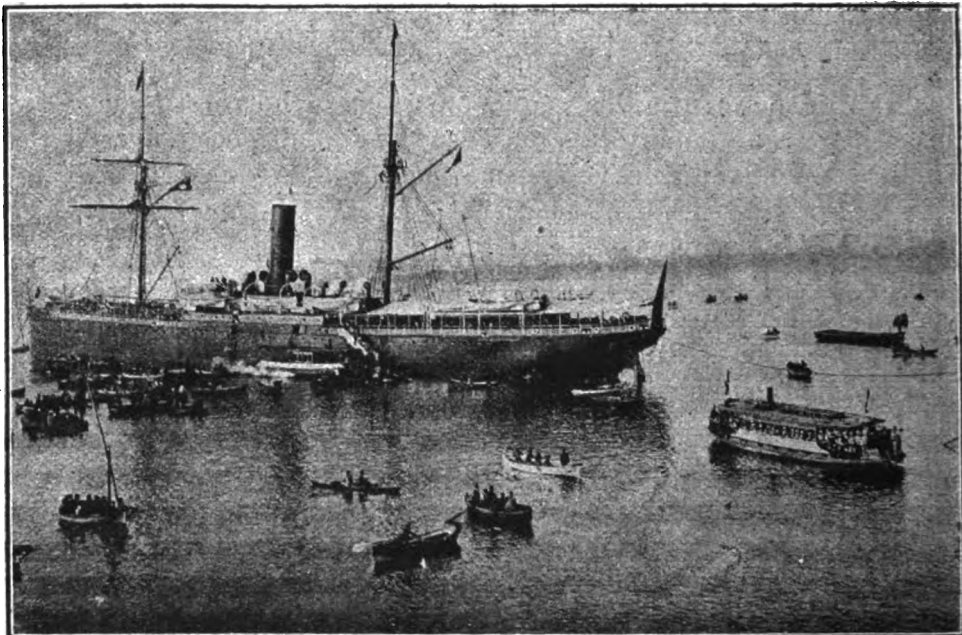
Es innegable—añadía—que la hace progresiva la vecindad de los Estados Unidos; pero en progreso está, y por ello es un error el negarle libertades y reformas que la vida progresiva requiere.

«Triste error—exclamó,—que tanta sangre y tanto dinero ha costado!»

Sofocada la rebelión, el general Weyler opina que debe concederse á Cuba todas cuantas libertades y mejoras políticas y administrativas son compatibles con la vida nacional.

Como se repitiera la noticia de que está herido Máximo Gómez, observó el general Weyler que sería de lamentar su muerte, pues conviene

el dualismo entre Gómez y Maceo al frente de la insurrección, del cual han surgido divergencias que han de ser mayores, y han de beneficiar á nuestra causa.



Embarque del escuadrón de caballería de Alcántara, en el vapor "Santo Domingo".



El vapor "Santo Domingo", sale del puerto de Barcelona.

Insistió mucho el gobernador general de Cuba en las demostraciones de que jamás fué ni ha de ser su política la de la crueldad; y reclamó de la prensa el servicio de desmentir tal especie, del todo infundada.

Una vez en el *Alfonso XIII*, abrió la correspondencia y transmitió á Barcelona el siguiente telegrama:

«*Gobernador general electo de Cuba á alcalde Barcelona.*

»Al llegar á Cádiz ruego interprete á ese pueblo que tanto quiero mi



El general Weyler.

agradecimiento por las pruebas de afecto de que fui objeto á mi despedida; deseando hacerme acreedor á tal confianza, realizando las esperanzas que en mí tienen.—WEYLER.

Tan impaciente estaba el general por cumplir su misión, que quería que aquella misma noche zarpara el *Alfonso XIII*.

Vista la imposibilidad de ello ordenó que se alistase todo, á fin de zarpar á las ocho de la mañana.

Suprimió la escala de Canarias para ganar uno ó dos días; tal era su impaciencia.

Saltó á tierra el general Weyler acompañado del general Ahumada y sus ayudantes, á las siete y media de la noche, no queriendo hacerlo oficialmente.

A pié recorrió parte de la ciudad, visitando al gobernador civil, al alcalde, y al gobernador militar.

En el domicilio del general Fernández Rodas aceptó una taza de café, en espera de la llegada del tren en que venían los generales destinados á Cuba.

El Casino Gaditano convidó á tomar una copa de Jerez al gobernador general de Cuba, quien aceptó á condición de que fuese estrictamente íntima la reunión, sin el menor carácter de fiesta, rogando que respetaran su luto.

—Bebo—dijo—por el primer triunfo que alcance en Cuba. En esa hermosa perla de las Antillas que algunos pesimistas dicen que se ha de perder y que yo aseguro lo contrario. Perder á Cuba, sería la ruina de España, y una deshonra nacional.

A las ocho y media entraba el tren en la estación, donde aguardaban nutridas comisiones militares y gentes del pueblo venidas en parte de las poblaciones vecinas.

Llegaron los generales Ochando, Bargés y Arolas, destinados á Cuba.

En Córdoba tomó el tren el general Monroy, venido expresamente á saludar al general Weyler.

Los cuatro generales se fueron directamente al Gobierno militar.

El general Weyler abrazó fuertemente al general Arolas, diciéndole:

—¡Vamos á otro Joló! Hay que dejar bien puesto el pabellón como en Filipinas... Juntos peleamos y juntos vencimos.»

La entrevista de los generales en el gobierno general fué en extremo afectuosa.

La escena suscitó el entusiasmo de los generales presentes que eran Ochando, Bargés, Monroy, Ahumada, Bernal, Fernández Rodas y Castillejos.

Aquella misma tarde á las cinco y media llegó en tren, el escuadrón de caballería de Vitoria, procedente de Jerez.

Los jerezanos hicieron al escuadrón una despedida delirante.

En Cádiz tuvo un gran recibimiento, asistiendo las autoridades, generales, jefes y oficiales, músicas y mucha gente.

Seguidamente embarcaron los expedicionarios en los remolcadores que les traspasaron al *Alfonso XIII*.

EN PALENCIA



A despedida que Palencia hizo al escuadrón expedicionario de Farnesio, fué brillantísima.

El banquete que en el Continental se dió á la oficialidad de dicho escuadrón resultó conmovedor y entusiasta.

Después de pronunciarse elocuentes y patrióticos brindis, leyóse la siguiente composición poética, original del señor Cadavieso Calderón.

Al escuadrón de Farnesio destinado á la campaña de Cuba.

En el fecundo suelo americano
que Colón descubrió, la patria amada
tiene su honra hoy, allí empeñada
que á defenderla vais contra el villano.

Dos enemigos son; el clima insano
y la guerra traidora de emboscada,
pero os sobra valor y fe sagrada

para vencer, al clima y al tirano.

Más solos no partís, que os acompaña
en el mar de la *Antilla tenebrosa*
y en el rudo sufrir de la campaña.
el corazón amante y cariñoso
de sacrosanta Madre... de la España
que vela por su ejército glorioso.

Antes que se leyera este soneto que fué muy aplaudido, pronunció un periodista el improvisado brindis, que copiamos.

Mientras haya un corazón
que encierre sangre española
ni con los yankés, ni sola,
vencerá la insurrección.
Y este brillante escuadrón
de Farnesio, que ahora va
á la guerra, ayudará
á conseguir la victoria,
y con laureles y gloria
á Palencia volverá.

—
Que ha de vencer, lo atestigua
el renombre que alcanzó
cuantas veces se batió,
porque su historia es antigua.
Y en la cubana manigua

luchará siempre animoso
y sin tregua, ni reposo,
que es cada soldado un Marte
por haber formado parte
de Farnesio, el valeroso.

—
Y como espero, señores,
que ha de quedar nuestra España
victoriosa en la campaña
contra ingratos y traidores,
brindo por los defensores
de su honor inmaculado
y de su nombre sagrado;
por los dignos generales,
por los jefes y oficiales
y por el pobre soldado.

A las dos y media de la tarde salieron del cuartel los individuos todos del escuadrón expedicionario, precedidos y acompañados de todos los jefes y oficiales del regimiento, presididos por el señor coronel.

El alcalde y diez ó doce concejales con los porteros, guardas municipales y seguidos de la banda de música que tocaba entusiastas himnos, formaba parte principal de la comitiva, así como todas las autoridades y comisiones de los cuerpos militares y centros oficiales.

Las calles del tránsito desde el cuartel á la estación estaban cuajadas de curiosos, y los balcones de las casas, vistosamente engalanados.

En la estación aguardaba ya un numeroso gentío, deseoso de despedir y saludar á los valientes soldados de Farnesio, y entre ese gentío estaban los alumnos del Instituto, Escuela Normal y colegio de San Isidoro, con banderas de colores, predominando el morado de la de Castilla y la que simboliza las glorias de la patria.

El estampido de las bombas y cohetes anunció la llegada del tren expedicionario, como también su salida de la estación.

Hubo escenas conmovedoras al despedirse los expedicionarios de sus familias y amigos, y muchos de estos quisieron acompañar por algunas horas á los bravos defensores de la integridad nacional y subieron al tren que les conducía. El Sr. Polanco, alcalde de la ciudad, y algunos concejales, diputados y oficiales les acompañaron hasta Osorio ó Alar, y se asegura que algunos llegaron hasta Santander.

El Ayuntamiento obsequió á la oficialidad, clases y tropa del escuadrón expedicionario, con una docena de cajas de cigarros habanos: con diez reales á cada soldado, cinco pesetas á los cabos y siete cincuenta á cada sargento.

El Sr. Rodríguez Lagunilla, diputado á Cortes, les regaló treinta y cinco arrobas de vino blanco de su cosecha.

La sociedad *El Casino* también obsequió en metálico á la tropa, y regaló algunas cajas de cigarros á los oficiales.

Era imposible dar un paso por el anchuroso andén, ocupado por las dos terceras partes de la población, y la guardia civil empleaba un im-

probo trabajo para lograr abrir paso, por entre la apiñada muchedumbre, á las autoridades y corporaciones oficiales que tenían el deber y la satisfacción de acompañar hasta la partida del tren á los soldados de la patria.

Sonó el silbato de la máquina anunciando la marcha, y estalló una salva de entusiastas aplausos por todos los ámbitos del andén; hubo vivas á la patria, al ejército, á Farnesio y al triunfo de España en la fratricida guerra; millares de manos se agitaban, saludando frenéticamente á los que, hasta hoy, han sido, más que huéspedes molestos, amigos cariñosos de los vecinos de Palencia, y entre estrepitosos vivas y aclamaciones salió de la estación la magestuosa máquina que



El general Barga.

acercará al puerto de embarque para Cuba á los que la suerte ha designado para que representen en aquel sufrido y valeroso ejército al bizarro regimiento, de brillante y larga y gloriosa historia; al de Farnesio. Quiera el cielo que vuelvan pronto ilesos y victoriosos, al regazo de sus madres, á los amantes brazos de sus desconsoladas esposas y á recibir las dulces caricias de sus tiernos hijos cuantos han abandonado la península para ir, allende el irascible Océano, á correr los azares y peligros de una ruda y cruenta guerra y á sufrir los rigores de un clima tan cruel, como mortífero.





XXVI

OPINIONES DE UN SOLDADO



En un colega militar ha publicado un soldado algunas observaciones encaminadas á demostrar que los preceptos del arte de la guerra son aplicables, así como los modernos adelantos de la ciencia militar, á la campaña de Cuba, con las modificaciones propias de la condición especial que la misma tiene.

Así, pues,—dice—en la guerra de Cuba nuestro ejército tiene que vencer forzosamente, no sólo por su valor heróico, sino porque nuestros generales, jefes y oficiales conocen la ciencia militar, que los insurrectos desconocen, y por lo que es de esperar llegue pronto el día en el que, obedeciendo las operaciones de nuestras columnas á un plan general de campaña cualquiera, reduciendo cada vez más el teatro de las operaciones de la insurrección, no sólo no le sirva el fraccionarse, sino que no pudiendo hacerlo, no tenga más remedio que combatir siempre que nosotros lo deseemos y donde más nos convenga.

* * *

El establecimiento de líneas que tienen por objeto llevar la insurrec-

oión delante de nuestras columnas, reduciendo cada vez más el teatro de operaciones para terminar por acorralarla en el extremo oriental de la isla y una vez allí, obligarla á rendirse ó á batirse para ser *positivamente vencida*, es uno de los puntos esenciales en el plan que nos ocupa.

Estas líneas son trece: de Matanzas á Santa Clara; de Remedios á Cienfuegos por Santa Clara; de Remedios á Trinidad por Sancti Spiritus; de Remedios á Tunas de Zaza por Sancti Spiritus; de Júcaro á Morón por Ciego de Avila; de Nuevitas á Santa Cruz del Sur por Puerto Príncipe; de San Miguel á Zanga por Guaimaro; de Manati á Cauto Embarcadero por Victoria de las Tunas; de Mayari á Cauto Embarcadero por Cauto Cristo; de Mayari á Santiago por San Luis; de Manzanillo á Santiago por Bayamo; de Sagua de Tánamo á Caimanera por Santa Catalina de Guantánamo y Santa Catalina á Baracoa por Puertral.

Las líneas antes expresadas con sus vías férreas militares y el número de fuertes necesarios (se calculan en unos 144), pueden quedar establecidas en menos de mes y medio.

La longitud total de las vías férreas será de 640 kilómetros, y suponiendo que el precio kilométrico de esta clase de vías con el material militar móvil correspondiente sea de pesetas 20,000, entregado en cualquiera de los puertos de la isla, resulta que su coste será de 12.800,000 pesetas.

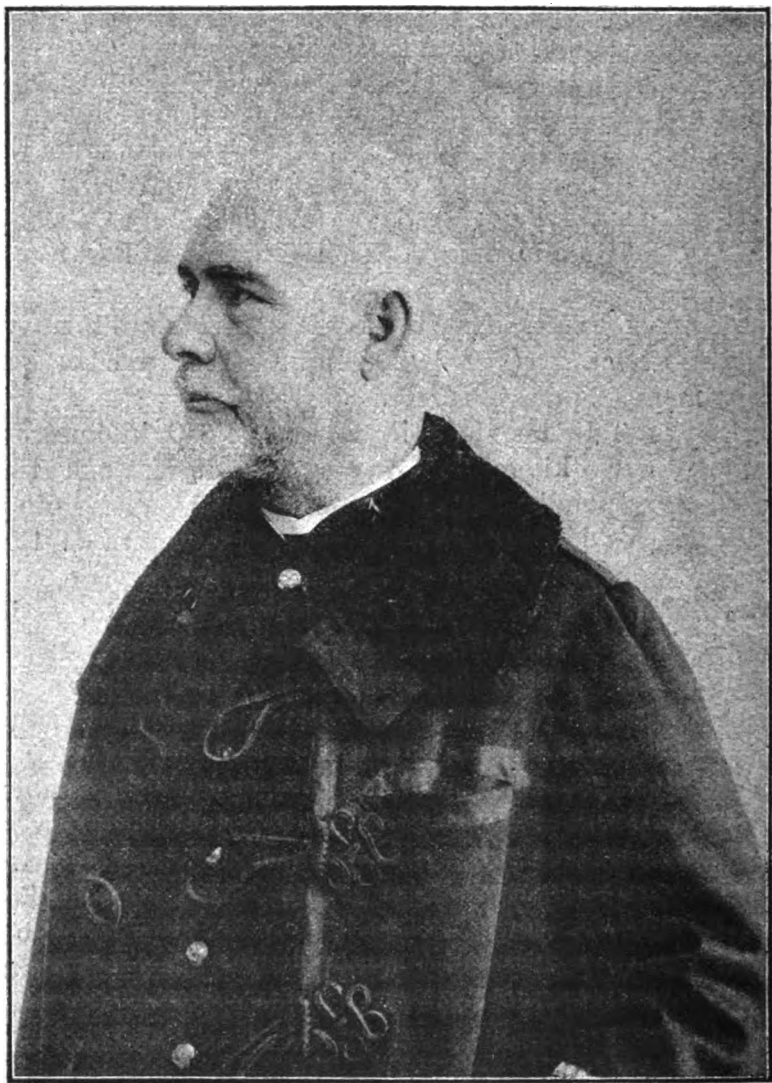
Esta cantidad, aunque á primera vista parece crecida, es insignificante—dice el autor—si se considera que merced á ese gasto se acelera la feliz terminación de la campaña, con lo que se economiza la sangre de nuestros soldados, sus fatigas y la suma enorme que diariamente nos cuesta aquella guerra.

Además—añade—una vez conseguida la victoria y restablecida la paz, esas vías férreas militares constituyen una red de ferro-carriles económicos que contribuirán al desarrollo de la riqueza comercial, agrícola, industrial y minera de la isla, y que siendo del Estado, su exportación será fuente de abundantes ingresos, que contribuirá poderosamente á enjugar el déficit que en el Tesoro ha producido la guerra.

* * *

A juicio de *un soldado* y corroborando las afirmaciones públicamente hechas no hace mucho por un distinguido general, que conoce aquella guerra, las fuerzas militares, dentro del plan indicado, deben dividirse en tropas de ocupación, guarniciones de posiciones y líneas y tropas de operaciones.

Y partiendo de esta división esencial, empezaría por destinar al departamento Oriental 25,000 hombres y al Camagüey 15,000, cuyo objeto sería, no solo mantener en respeto, sino perseguir sin descanso á las partidas que andan hoy por esa comarca é ir estableciendo las vías



General Arolas.

militares antes señaladas. A Pinar del Río irían 5,000 hombres, que se consideran suficientes para su ocupación militar.

Las líneas no habían de establecerse hasta que las fuerzas de operaciones llegaran al terreno en que se habían de emplazar, y batido, por tanto, todo el que dejan á retaguardia.

¿Qué fuerzas son necesarias para la realización del plan? El autor calcula en 40,000 hombres las que exigen la ocupación y guarnición de las líneas y en 80,000 las de combate.



Los tres héroes, con serenidad pasmosa... (Pág. 284).

La misión de estas fuerzas de combate, organizadas en dos cuerpos de 40,000, uno de vanguardia y otro de retaguardia, y divididos en columnas, convenientemente situadas, empujarían la insurrección hacia

Cuaderno 58—T. II.

Precio 10 cent.

el extremo oriental, en cuya situación, aumentando el ejército de operaciones con los 40,000 que desde el principio tenemos en el Camagüey y en Santiago y apoyándose en las líneas de esta provincia, envolvería al enemigo fácilmente, concluyendo por derrotarlo.

Resulta, pues, que según este plan son precisos 160,000 hombres efectivos en Cuba, y que teniendo en cuenta las bajas, habrá que contar además con el 15 por 100. El tiempo que exige para su desarrollo no llega á cinco meses.

Notas importantes.

De una carta del señor Gasset, fechada en Puerto Padre, á 18 Diciembre, tomamos los siguientes párrafos:

«El día anterior había llegado á Puerto Padre una columna que pasaba de 1,000 hombres, compuesta de fuerzas de Bailén, Aragón y Habana, un escuadrón de Hernán Cortés, una pieza de montaña y varias guerrillas.»

Las aguas, que por caso extraordinario en esta época, lejos de cesar, arrecian, son causa de que infinidad de soldados terminen descalzos las marchas; así es que da grima verlos andar con los piés estropeados sobre piedras y malezas.

Confírmase en estos párrafos lo que no nos cansaremos de sostener para ilustrar la opinión, y evitar el peor de los pesimismos en una campaña, que es la desconfianza en los que la dirigen.

El temporal ha sido excepcionalmente desfavorable para las operaciones y la salud de las tropas. Véase que para formar una columna de poco más de 1.000 hombres entre infantes, ginetes y artilleros, se necesitan tres cuerpos de infantería. Calcúlese además la celeridad que pueden alcanzar marchas en que los soldados europeos acaban por caminar con los piés descalzos.

Ante estas contrariedades es preciso recordar lo que Felipe II dijo al saber la destrucción de la gran armada, y hay que confiar en que ha de acabar el mal tiempo, y con el aprovechamiento de los nuevos refuerzos, ha de tomar otro giro favorable la campaña en el centro de la isla de Cuba.



Los combates de la Trocha



En la noche del 3 al 4 de diciembre atravesó la Trocha el titulado general insurgente Máximo Gómez con 800 caballos y 300 infantes, y el 5 lo verificó una fuerza de 200 ginetes negros y mulatos que volviendo grupas me rodean por la vía férrea. Siguiendo las instrucciones de sus jefes pretenden volar los puentes por medio de la dinamita, no habiéndolo conseguido todavía merced á las disposiciones adoptadas, tiroteando sin embargo todos los trenes que circulan por la Trocha. Pero no adelantemos los sucesos.

El 5, y una vez que hubo regresado la columna que condujo un convoy á San Nicolás, fuerte que dista de aquí siete leguas, salió en persecución del viejo dominicano á las órdenes del señor Rizo, coronel del regimiento infantería de Alfonso XIII.

Dicha columna, de unos 1500 hombres, está compuesta de fuerzas del segundo batallón de dicho cuerpo, todo el batallón provisional de Puerto Rico número 1, mandado por su digno teniente coronel don Arturo Ruiz, dos compañías del de Reus y los escuadrones de caballería de Numancia y Lusitania con más las guerrillas montadas de los dos primeros cuerpos.

Debido á la interrupción de las líneas telefónicas y telegráficas, nada

se sabe de dichas fuerzas, únicamente sí, por guajiros llegados de Rio-Grande, que en las Cejas del Revarcadero y Santa Fé tuvieron un encuentro con el enemigo que tras alguna resistencia huyó por la espesura, siendo perseguido muy de cerca por nuestras tropas.

Los sitios indicados son peligrosísimos para las columnas, pues debido á la espesa manigüta que existe á ambos lados del camino, siempre son tiroteadas. Con un poco de serenidad por parte del insurrecto ten-

dríamos que lamentar un sinnúmero de bajas, porque disparando á muy corta distancia serían aprovechados todos sus proyectiles.

El 8 de diciembre tuvimos que lamentar una de tantas salvajadas como á diario son víctimas los que por lavar el borrón que pretenden echar sobre la hispana nación los hijos de la hermosa Cuba, arrostran todas las incoherencias y para quienes todos los sacrificios son pequeños.

Llegada con retraso al paradero la fuerza del batallón de Reus que había de escoltar el tren al Júcaro, salió á pié por la vía. Es-



Un buen americano, excelente caballero... (Pág. 288).

ta fuerza, compuesta de 60 hombres, iba al mando de dos oficiales del citado batallón, cuando al llegar cerca de una alcantarilla suena una terrible detonación y una lluvia de tierra cae sobre ellos. Inmediatamente les hacen dos descargas, que ocasionan 14 bajas por heridos, entre ellos un primer teniente y un sargento atravesado por el cuello y tres soldados muertos.

El gastador Francisco García Fernández fué un héroe.

Es un hombre alto, de atléticas formas y tiene una herida leve en el hombro derecho.

Explicaba lo sucedido, intercalando en su relato bastantes palabras en su lengua:

—Caminábamos por la línea y por un sitio muy estrecho donde la manigüta llega casi hasta los mismos railes. Estábamos cerca de una alcantarilla cuando sonó una grandísima detonación é inmediatamente dos descargas, de las que cayeron tres soldados nuestros muertos y los heridos que se ven aquí, más uno que murió anoche y el teniente. Antes de que pudiéramos darnos cuenta de lo que ocurría y no repuestos de la primera impresión oímos desaforados gritos y voces de ¡al

machete que son pocos!», y en el mismo momento salieron de la manigua muchos insurrectos que nos cercaron.

Yo—continuó diciendo—me ví sujeto por tres que se me agarraron á este brazo (y señalaba el izquierdo), agregando «¡pobre galleguito, dónde has venido á morir!» (palabras textuales); inmediatamente con el fusil que tenía en la mano derecha dí á uno un golpe en el pecho, que cayó á mis piés, desasiéndome de los otros dos, no sin que uno de ellos me tirase un machetazo que cortó la hamaca que llevaba en bandolera y la correa hombrera del corraje, como se puede ver, pues ahí está... y, efectivamente, estaba cortada como con una navaja de afeitar.

—Libre de aquellos tres enemigos—siguió—que no me querían dejar volver á España, corrí á retaguardia y disparando mi Maüsser logré dar muerte á tres más, y al ver que Nicolás Prada, ese herido que está más allá, y señalaba dos camas más arriba de la suya, sostenía rudo combate con unos cuantos, me uní á él, procurando dar muerte á cuatro más, de modo que entre los dos matamos siete sin el del culatazo en el pecho que no sé si moriría, pero créame usted, le dí bien y fuerte, por lo cual creo moriría. Efectivamente, un hércules como él es capaz de dar muerte no á un hombre, sino á un buey.

—Nada pido, señor,—continuó,—pero «malus demos os leven», que como pudiera mover bien el brazo mañana volvería á buscarlos.

El oficial á quien quedó la bala alojada en un testículo (que perderá) se encuentra relativamente bien, dentro de su gravedad, como así mismo el sargento que, como arriba digo, tiene atravesado el cuello, costándole sumo trabajo el hablar. De los demás heridos han fallecido tres.

Practicado al día siguiente un reconocimiento en el lugar de la acción, se vió muchísima sangre en todas direcciones, signo evidente de que sus bajas han debido ser bastantes. La alcantarilla quedó arreglada al siguiente día.

Siendo la Trocha militar del Oeste de Júcaro á Morón un punto tan importante para las operaciones, es una lástima se encuentre tan descuidada. Hay en Ciego una sola brigada que no para nada en el poblado; siempre está recorriendo el distrito de una á otra parte, mientras que la línea se encuentra únicamente defendida por dos compañías del batallón de Reus y un escuadrón de caballería. ¿Son suficientes estas fuerzas para vigilar una extensión de catorce leguas? ¿Y cómo impedir, sin exponerse á ser exterminados, el paso de numerosas fuerzas enemigas? Mientras la línea no esté perfectamente defendida, el enemigo pasará del Camagüey á Las Villas y de Las Villas al Camagüey, y cuando y por donde bien le parezca. Ciego de Avila, situado en un punto medio, se encuentra defendido únicamente por un par de compañías y alguna fuerza de la guardia civil, más los enfermos del hospital que todos están armados. Su perímetro es grande y en caso de alarma las fuerzas de las

representaciones de los cuerpos tienen señalado su puesto de defensa. Está rodeado de una valla de madera de jiqui, durísima, terminada en afiladas puntas, y tan espesa, que no puede penetrar por entre ellas el brazo de un hombre; los fortines están dispuestos de tal manera, que en cualquiera calle que se esté está dominada por dos de ellos y por la parte de la manigüa cualquiera de ellos está defendido por los adyacentes.

A pesar de todo ello, es muy escasa su guarnición, siendo, como es, objeto principal de las miras de Máximo Gómez, aunque no se determina á atacarlo.»

Un bando del general

El general Martínez Campos ha hecho circular á primeros del mes de Diciembre este bando:

«Habiendo llegado á mi conocimiento que se ha esparcido el rumor de que ha cesado el plazo para admitir presentaciones, juzgo prudente desmentir este aserto y hacer saber á los que se hallan en las filas de la insurrección, que continúa vigente la circular que dí el día 16 de Abril al tomar posesión del mando del ejército, que previene lo siguiente:

«Los presentados serán puestos en libertad, excepto los que tengan graduación de jefe y los cabecillas, á los cuales se retendrá presos esperando mis órdenes: para poder resolver yo según los casos, se me dará cuenta detallada sobre ellos, expresando los nombres, profesión, vecindad, graduación, si tomaron parte en la otra insurrección y si en esta guerra han cometido alguna tropelía.

Como la suerte de los prisioneros y de los presentados ha de ser muy distinta, encargo á los señores jefes de columna me manifiesten para cada uno las condiciones en que han sido apresados ó se han presentado.

El trato con los habitantes del campo y de los pueblos ha de ser el que corresponde á la nobleza del ejército español y á las conveniencias de la patria; en ocasiones, en esta clase de guerra, el mal trato ó la indisciplina, dan lugar á la exacerbación de ella.—*Arsenio Martínez de Campos.*»

El combate de Rebarcadero.

El día 31 de Diciembre la columna mandada por el teniente coronel don José Salamanca, compuesta de dos compañías del regimiento de Tarragona y un escuadrón de Pizarro y la del comandante don Ernesto Araujo, que la componían tres compañías del primer batallón de Alfonso XIII y una sección de caballería de Talavera y otra de Almansa, unidas todas muy escasas de fuerza, atravesaba la ceja del monte Rebarcadero con dirección á Río Grande; á la salida de la ceja el enemigo que

la había obstruido atravesando tres grandes árboles y alambres de cercas, hizo una descarga al cabo y seis soldados de caballería que iban de extrema vanguardia, hiriendo gravemente á un soldado y matando un caballo.

En seguida se retiró el enemigo, pasando la columna sin novedad, hasta que al atravesar el obstáculo el capitán de la tercera compañía del primero de Alfonso XIII, don Mariano Gran, que venía mandando la extrema retaguardia, recibió una descarga casi á quema ropa, de la que por fortuna salió ileso, sosteniendo dicho capitán el fuego con su revólver, que descargó dos veces sobre el grupo enemigo, hasta tanto que habiendo pasado su compañía, compuesta de 44 hombres, empezó el fuego por descargas, rechazando á aquéllos. La columna había hecho alto á unos cien metros para tomar disposiciones, y al incorporarse la tercera compañía con un soldado herido, volvió á ser tiroteada por el enemigo siempre emboscado, siendo contestado con solo nueve hombres desplegados á retaguardia, no pudiendo responder al fuego que hacía el enemigo por derecha é izquierda, por haberse recibido aviso de haber salido flaqueos.

El enemigo, siempre astuto y sagaz, se retiraba cuando éstos se acercaban, volviendo de nuevo á hostilizar la retaguardia cuando aquellos habían pasado, no pudiendo evitar, sin embargo, que el flaqueo de la izquierda, compuesto de la cuarta compañía de Alfonso XIII, mandada por su capitán don José Rodrigo Longo, sostuviera con él dos nutridos tiroteos.

Nuestra brillante caballería no pudo maniobrar por impedírselo lo montañoso del terreno.

Ocurrió un hecho que es digno de mencionarse: hallándose el médico primero del escuadrón de Talavera, don Ricardo Pérez Rodríguez, en las guerrillas, bajo el fuego enemigo, curando al soldado herido de la tercera compañía Agustín Bardagi, emprendió la marcha la columna, y preguntando dicho médico al capitán señor Gran «si se iba á quedar solo», éste le contestó: «mientras usted y el herido no vayan delante, la tercera compañía sabrá morir aquí toda.

Las familias de los que mueren en Cuba.

Ha producido el mejor efecto en las clases militares, y de seguro también en la opinión pública, el decreto firmado por la regente, y que publica la *Gaceta*, concediendo determinados beneficios á los huérfanos de los oficiales que mueren en Cuba del vómito.

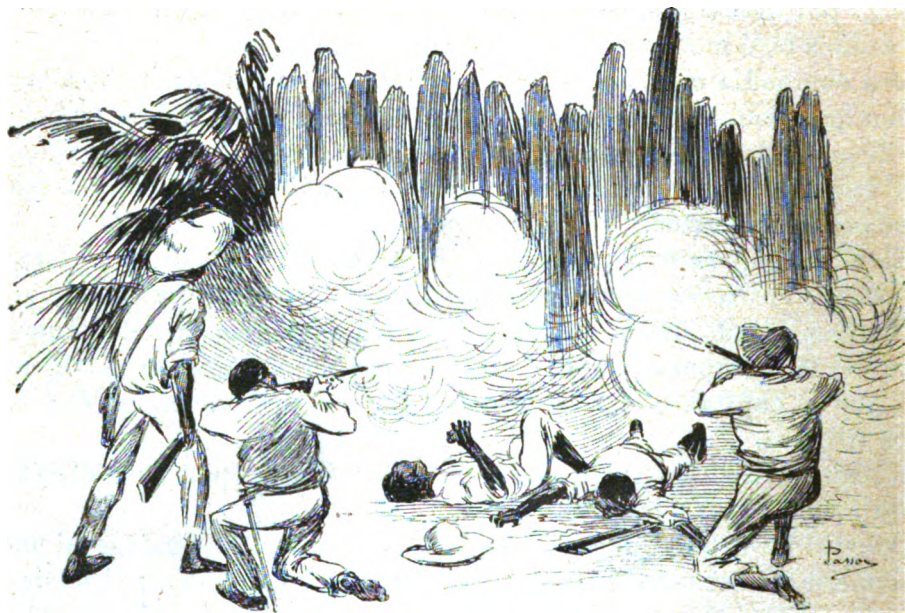
La parte dispositiva de dicho decreto dice así:

Todas las ventajas concedidas por las disposiciones vigentes respecto al ingreso y permanencia en las Academias militares á los huérfanos de

generales, jefes y oficiales y sus asimilados, muertos en acción de guerra, á consecuencia de heridas recibidas en campaña ó por enfermedad adquirida en la misma, serán igualmente aplicables á los hijos de las expresadas clases que fallezcan durante la actual guerra de Cuba á causa de la fiebre amarilla.

Lo que sería la república cubana.

Un admirador de Maceo ha publicado un folleto en el que entre otras cosas dice que la república negra ó mixta de Cuba sería lo siguiente:



... por el enemigo siempre emboscado... (Pág. 279).

Los liberales de Cuba han conservado el color como irremostamia agravante en el Código penal vigente. Otro testimonio de amor á sus antiguos esclavos.

Es preciso que la ley sea nuestra y lo será. ¿Hay que fundar una sociedad nueva? La fundaremos.

Cuba será la cuna gloriosa del Estado donde el color no constituya desigualdad ninguna. ¿Cómo admitís para la insurrección, se dirá, el auxilio de los blancos? Máximo Gómez, Rolof y tantos cabecillas no son de nuestra raza, es cierto; pero pertenecen en cuerpo y alma á nuestras ideas, á nuestros sentimientos. Por eso hemos organizado la actual insurrección fuera de Cuba, con revolucionarios verdaderos, con filibusteros de buena cepa, con hombres sin patria que se dirigen á la conquista, de la que han de fundar unidos á nosotros.

La actual insurrección es cosmopolita, revolucionaria.

Ciego está el que no vea su carácter y su tendencia. No pregunta á nadie de donde viene; bástele saber á donde va. Por eso admite á cuantos quieren incorporarse á ella. Socialistas, colectivistas, anarquistas de



... pero no antes de que una descarga les acompañara por el camino... (Pág. 285).

Europa, esclavos de Africa, parias de la India, judíos, expulsos, emigrados de todas partes están llamados á ella y serán bien recibidos.

Como no vamos á rescatar el sepulcro de Cristo, no necesitamos los caballeros de las cruzadas.



XXVIII

Lucha de 20 contra 200



Un pequeño destacamento mandado por el teniente Aguilar y compuesto de un sargento, dos cabos y 25 soldados de la guerrilla montada de Isabel la Católica, sostuvo el día 29 del pasado noviembre en el ingenio Tranquilidad, cerca de Manzanillo, una encarnizada lucha con una partida facciosa, formada por 200 hombres.

Hallábase nuestra escasa fuerza forrajeando, cuando de improvisto vióse rodeada por los rebeldes, que á los gritos de ¡al machete! cayeron sobre los descuidados guerrilleros.

El teniente, señor Aguilar, reunió sus hombres, dispuestos á morir antes que rendirse.

Cerca de una hora resistió aquel puñado de héroes, rodilla en tierra, las furiosas arremetidas de los mambises.

A los primeros disparos habían caído muerto, el guerrillero Pedro Porcel, y gravemente heridos el teniente señor Aguilar, el sargento, uno de los cabos y seis soldados.

El resto de la fuerza estrechó las filas defendiendo á los heridos y haciendo fuego por descargas cerradas, cuando el enemigo, cada vez más envalentonado, caía sobre el grupo machete en mano.

En lo más recio de la desesperada pelea notaron los bravos guerrilleros que tenían casi agotadas las municiones.

Uno de ellos se ofreció voluntariamente á ir al ingenio Tranquilidad en busca de municiones, y así lo hizo, teniendo que atravesar entre una lluvia de balas las líneas enemigas.

A todo esto en Manzanillo, donde se tuvo noticia de lo que ocurría, se organizó á toda prisa una columna que, al mando del general señor González Muñoz, salió inmediatamente en socorro de los guerrilleros.

Cuando llegaron al sitio donde se había librado la sangrienta acción, encontraron al puñado de bravos dueños del campo y custodiando los heridos.

El enemigo se había desbandado, dejando en el campo cinco muertos con armas y municiones y 14 caballos con monturas y equipos.

Sólo pudo retirar y llevarse los heridos.

El general González Muñoz se acercó al grupo de heróicos guerrilleros, en el centro del cual el teniente Aguilar, mal herido en el pecho, hacía esfuerzos para incorporarse.

—¿Qué ha sido eso, Aguilar?—preguntó el general.

El valiente Aguilar contestó con naturalidad, descubriendo la herida del pecho.

—Mi general, me han matado; pero creo que no he sido cobarde.

Además del señor Aguilar, resultaron heridos en el combate el sargento Heradio Jiménez, el cabo Braulio Maillo y los soldados Castillo, Esparza (grave), Pérez Incógnito (grave), Sentí Bartolomé (grave) y Juan Moreno.

Este ha fallecido á consecuencia de las heridas.

De los siete soldados que formaban la avanzada, cuatro dispersáronse y tres fueron hechos prisioneros por los rebeldes, que, después de quitarles las armas, los dejaron en libertad.

Defensa de Guayabales.

Una carta de nuestro activo corresponsal nos relata extensamente el ataque de los insurrectos al poblado y fuerte de Guayabales; un fuerte de tabla y teja, con unas malas trincheras, guarnecido por un sargento, un cabo y once números del batallón de Barcelona. Las malas condiciones de la defensa están acrecentadas con la situación del fuerte en el centro de la población, rodeado de casas.

Doscientos insurrectos montados y bien armados, al mando de los cabecillas Fleites y Sotolongo, pusieron cerco al fortín el 29 de octubre á las diez de la noche, tomando posiciones con tanto sigilo, que á no apercibirse en el fuerte de que no funcionaba el teléfono no habrían sospechado nada.

El sargento Puchol, comandante del destacamento, tomó entonces las precauciones convenientes, y al poco rato se presentó un vecino del pueblo con un papel de Fleites en que le intimaba la rendición.

El sargento distribuyó su gente en tres grupos con la orden de disparar contra cualquiera que se aproximara, y contestó así al cabecilla:

«Sr. Fleites: Agradezco sus nobles promesas, y puede usted proceder á la toma del cuartel; pero antes de entregar las armas, gastaremos el último cartucho ó moriremos todos en defensa de la patria y de las armas que están á mi custodia. Puede usted romper el fuego en seguida. Su atento y s. s.—JUAN PUCHOL, jefe del destacamento.»

Nueva intimación del cabecilla, contestada con la orden de que no se acercara nadie al fuerte, pues se le recibiría á balazos.

Pronto se generalizó el fuego.

Los tres héroes, con serenidad pasmosa, aguantaban la lluvia de balas procurando ahorrar las municiones, disparando contra el sitio desde el cuál salían los disparos más nutridos. Finalmente uno de los más *valientes* avanzó y fué herido. Entonces se retiró el enemigo al grito de ¡Viva Cuba libre! mientras los del fuerte prorrumpían en vivas á España.

Los insurrectos saquearon la tienda del asiático Quirino Aquí, y fueron tiroteados por un pequeño destacamento salido del fuerte. Otra patrulla hizo luego prisionero á un sujeto armado con una carabina recortada.

Los vecinos de Guayabales piden el ascenso para el sargento y una recompensa para los soldados.

He aquí los nombres de los defensores de Guayabales:

Sargento.—Juan Puchol Casalta.

Cabo.—Juan Escuela Larramona.

Soldados.—José Ramirez Galdón (con fiebre de 39 grados), Vicente Calatayud Borro (enfermo), Joaquín Dominguez Asencio, José Bau Bineta, Francisco Puerto Miralles, Francisco Alejandro Serrano, Pascual Catalá Broch, Manuel Viñals Carbonell, Miguel Querol Fons, Vicente Collaso Colás y Teodoro Lorrión Juan, casi todos catalanes.

En una carta que tenemos á la vista, dice uno de los defensores de Guayabales:

«Ayer los tuvimos (á los insurrectos) acampados á tres kilómetros de



—Mientras usted y el herido no vayan delante... (Pág. 279).

aquí; pero se guardaron muy bien de venir, por más que han prometido dar candela á todo el pueblo, y de nosotros dicen que harán embutidos. Pero ya saben que les queremos mucho, y nos desvivimos por obsequiarles con el Maüsser; sino que ellos son tan tontos que no les gusta esa fiesta; empiezan á gritar: «¡que llevan *el vichito!*» como ellos llaman al Maüsser, y se echan á correr.

«Para que vea quien son esa gente, durante el combate vinieron tres bastante cerca del fuerte, arrastrándose por junto de unas tapias, para pegarnos fuego á la casa; sucedió que por aquella parte no se hacía fuego, pero yo estaba apuntando, y como se perfilaban tres sombras que se movían en las tapias de la casa del vecino Crespo, les envié una bala Maüsser, y allí había de verles usted correr y desaparecer en un abrir y cerrar de ojos; pero no antes de que una descarga les acompañara por el camino.»

El incendio de Pijuán.

Pijuán es la quinta estación del ferrocarril de Cárdenas y Júcaro, en la línea que termina en Yaguaramas y está situada en el kilómetro 40, distando 5 de Altamisal (entronque del ramal de Banagüises) 17 de Recreo (entronque del ramal á Itabo) y 24 de San Antón.

En la historia del desenvolvimiento de las ricas empresas de Cárdenas y Júcaro, ocupa un lugar de nota. Antes de la fusión de ambas, fué el término de las líneas de la segunda, que se constituyó para hacer un ferrocarril desde el embarcadero de Júcaro hasta el caserío de Pijuán, en la hacienda de Laguna Grande.

El primer tramo del Júcaro á San Antón, de 10 kilómetros, se puso en explotación en agosto de 1842. El de San Antón á Recreo, 6 kilómetros en septiembre del mismo año; el de Recreo á Altamisal en enero de 1843 y el de Altamisal á Pijuán en 1844.

Pijuán formó en esta época un centro de mucha animación, por virtud de los muchos ingenios que por allí remitían sus azúcares á Cárdenas.

Ultimamente solo depositaba los frutos del gran central Tinguaro, del señor don Carlos de la Rosa, de cuyo batey solo separa á la estación una distancia menor de medio kilómetro.

El poblado lo constituían 12 casas.

De Pijuán á Colón, por ferrocarril, hay unos kilómetros.

Por la mañana seis hombres bien armados y montados se presentaron en el caserío, dirigiéndose á la tienda de don José María Gaimetea.

Tomaron la *mañana*, pidieron armas, que no se les dieron por no haberlas, y se marcharon rumbo al ingenio Neda.

Como á las cinco de la tarde aquellos mismos hombres, acompaña-

dos de algunos otros, en número de 25 á 30, aparecieron de nuevo frente á la tienda ya citada.

—Salga la familia,—exclamó uno de ellos,—pues vamos á quemar la casa.

El señor Gaimetea, hombre bondadoso, si los hay, empezó á suplicar á los rebeldes no llevasen á cabo su amenaza, súplica en que le secundó su familia toda y de la que hicieron caso omiso, contentándose con indicarles que era orden de sus superiores y solo les competía cumplir con ella.

Permitieron solo que cada uno de los habitantes de aquella casa sacase de ella una muda de ropa, á más de la puesta, y embadurnando de petróleo el mostrador y paredes del edificio, aplicaron la tea rebelde, en medio de sus atronadores vivas á Guba libre.

Después de la casa tienda, los invasores quemaron, ó comenzaron á quemar, la de don Alfredo Zayas, ocupada por un establecimiento chino, del que sacaron tabacos y cigarros en no poca cantidad.

A más de los indicados edificios las llamas se cebaron en la casa cuartel de la guardia civil, desocupada, casa vivienda del señor Gaimetea, panadería, alcaldía de barrio, casa del señor don José Miguel Añibano y una casa de vecindad, compuesta de unos diez cuartos.

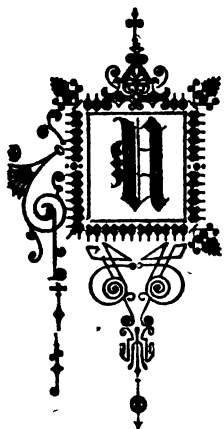
La partida, cortado que hubo los hilos telegráficos de la Empresa de Cárdenas y Júcaro, notificó á los vecinos, por conducto de su jefe, hombre de campo, de unos treinta años de edad, desconocido del lugar, que se mudasen, pues allí regresaría en el plazo de quince días á concluir la obra comenzada, quemando lo que quedase del poblado en pie. Dicho esto, se retiraron muy tranquilamente camino del Neda, á las dos horas de encontrarse aquí.

Como es lógico suponer, Pijuán comienza á despoblarse, las familias recogen su equipaje y por todas partes en medio de las lamentaciones consiguientes, solo se ven preparativos de marcha.

Pijuán se quedará sin gente.



Historia de unos expedicionarios



N periódico de Filadelfia, refiriéndose á los cubanos detenidos en la isla Inagua por las autoridades inglesas como filibusteros, recoge los informes que el doctor don Juan Guiteras de aquella ciudad le facilita.

El doctor Guiteras es primo de L. Domínguez, uno de los detenidos, y éste le ha enviado en extensa carta los datos suministrados á la prensa.

«Llegamos á Inagua—ha escrito el señor Domínguez—el 18 de Octubre al mediodía. Allí nos esperaba ya un buque de guerra inglés: el *Patridge*.

Tan pronto como el vapor americano Delaware echó anclas, le abordaron un oficial del *Patridge* y el gobernador de la isla. Nos inspeccionaron y se nos permitió desembarcar.

Cuando desembarcamos se hizo minucioso registro de nuestro equipaje y nos vimos obligados á pagar derechos de importación por las hamacas y otros efectos.

Se nos preguntó si llevábamos armas y se nos dijo que ellas estaban prohibidas en la Inagua.

Hicimos entrega de nuestros revólvers y fueron depositados por el gobernador de la isla, quien nos manifestó que nos serían devueltos al embarcarnos para Nueva York.

Poseíamos comestibles por valor de 500 pesos y desembarcamos de ellos los que estimamos necesarios para nuestro consumo durante los diez días que esperábamos permanecer allí. Se nos hizo pagar tres pesos de derechos por los comestibles.

Habíamos, pues, cumplido exactamente con todos los requisitos legales.

Un buen americano, excelente caballero que allí reside, Mr. Darrell, se hizo cargo de buscarnos hospedaje y pronto; siguiendo sus consejos, tomamos una pequeña casa en alquiler por un mes, pagando 10 pesos adelantados, que era su importe.



... empezó á suplicar á los rebeldes no llevasen á cabo su amenaza... (Pág. 286).

Al mediodía el gobernador y Mr. Darrell nos hicieron una visita y quedamos citados á una conferencia privada con los mismos.

Cuatro de nosotros acudimos á la cita que se nos diera.

El gobernador nos manifestó que el capitán Macallister del Patridge, obligado á hacer un viaje á Nassau y temiendo dejarnos en la Inagua, nos invitaba á hacer el viaje como amigos, regresando á tiempo para alcanzar el Delaware en su viaje á New York.

Rehusamos aceptar el ofrecimiento y expusimos al gobernador nuestro derecho á permanecer en la Inagua, toda vez

que en nada habíamos faltado á los preceptos legales que en ella rigen. No teníamos armas, ni buque, ni nada que pudiese dar lugar á sospecha de que tratásemos de ir á Cuba en forma de expedición organizada; que habíamos prometido regresar á New York por el Delaware al regreso de éste, y que con esa condición se nos había permitido desembarcar en la isla; que en nada habíamos alterado el orden allí subsistente y hasta habíamos satisfecho con escrupulosidad los derechos de importación señalados á nuestros efectos. Estábamos dispuestos, pues, á permanecer en Inagua, á menos de no ser obligados por la fuerza á salir de ella. Llegamos tan lejos, hasta proponer que uno de nosotros quedase detenido como garantía de que no habríamos de quebrantar las leyes de la neutralidad.

Después de esta entrevista, el gobernador y Mr. Darrell desapare-

cieron. Más tarde el gobernador vino á vernos y nos dijo que el capitán del buque de guerra estaba dispuesto á arrestarnos, y que dentro de media hora desembarcaría tropas para llevarlo á efecto. Preparamos nuestros equipajes y esperamos. Pronto aparecieron un teniente y nueve



—¡Pobre galleguito: donde has venido á morir...! (Pág. 277).

números con sables desenvainados. El teniente inquirió quién de nosotros era el jefe del grupo. Contestamos, que no teníamos jefe, y entonces nos habló colectivamente, informándonos que éramos prisioneros y nos dispusiéramos á acompañarle á bordo. Cuatro de nosotros—ciudadanos americanos—pedimos permiso para presentar protesta á nuestro cónsul y el oficial nos lo otorgó. Le habíamos visitado durante la mañana, y nos recibió muy cariñosamente.

Le informamos entonces de la situación en que nos encontrábamos; de modo que, cuando llegamos al consulado por segunda vez, ya allí, se nos esperaba con la protesta lista para ser signada. La firmamos, y el cónsul nos entregó copia de ella con una carta lacrada y sellada para el representante de nuestro país en Nassau.

Lo que pasamos á bordo del Patridge no es para narrado; baste consignar que se nos quiso obligar á comer el rancho de la tripulación, á menos que pagásemos, como lo hicimos, peso y medio diario por cabeza.

Salimos de la Inagua el 19 y arribamos á Nassau el 21, desembarcando en la tarde del siguiente día.

Al desembarcar fuimos inspeccionados y registrados por 20 ó 30 policíacos, que nos condujeron luego á las barracas. Enviamos por nuestro cónsul, y nos enteramos de que el capitán del buque le había hecho ya entrega de nuestra protesta. El cónsul americano y un sacerdote católico de América se tomaron considerable interés por nosotros. Nuestro abogado afirma que el caso está perfectamente claro, y que el gobernador de Inagua ha procedido con completa ignorancia de la ley. El gobernador en estas circunstancias ha comunicado al de Nassau que declina toda responsabilidad en el comandante del Patridge, mientras éste declara que el gobernador es el solo causante de tan escandaloso ultraje.

Trabajos filibusteros.

El colega *Las Novedades* de Nueva York, da la noticia de que el señor Ortíz de Zugasti, cónsul de España en Santo Domingo, se ha visto obligado á trasladarse á Cuba para conferenciar con el general Martínez Campos, en vista de que se están importando constantemente grandes cantidades de armas y municiones procedentes de los Estados Unidos, Santo Domingo, Haití y Europa con destino á Cuba, á pesar de las reiteradas protestas de amistad á España hechas por el representante dominicano en Madrid, por su gobierno y particularmente por el presidente Heureaux, á quien el gabinete de Madrid ha concedido últimamente una alta condecoración española.

Estas noticias revisten suma gravedad por las circunstancias de vecindad entre Cuba y Santo Domingo y por ser dominicano el titulado general insurrecto Gómez, á parte la coincidencia de haber surgido últimamente graves disensiones interiores en la dominicana, donde han tenido efecto combates entre los insurgentes y las tropas de aquel Gobierno en la frontera de Haití; habiéndose corrido los insurrectos después de estos encuentros á territorio haitiano. Añádese que el presidente Heureaux ha pedido la cooperación del presidente Hippolite para reprimi-

mir la insurrección, y que éste se ha negado á concedérsela, lo cual podría reanimar las antiguas discordias entre la parte española y la parte francesa de la isla, contenidas hasta el presente por exquisita prudencia y armonía que ambos presidentes han procurado robustecer para seguridad de sus respectivos gobiernos y países. En realidad, hasta el presente, el gobierno del general Hippolite, sin expontanearse en oficiosos sentimientos de lealtad hacia España, no ha dado motivo alguno de sospecha al gabinete de Madrid en lo referente á la cuestión cubana, habiendo permanecido completamente neutral y dado pruebas de su lealtad en dos ocasiones distintas, en las cuales se colocó al lado de España impidiendo el desembarque de filibusteros cubanos en la costa de Haiti.

De todos modos, será muy conveniente que nuestro gobierno y sus consulados, redoblen su vigilancia en la segunda Antilla, para contrarrestar los manejos de los cubanos de Santo Domingo, siendo una buena señal de esta actividad la prudente iniciativa del señor Zugasti.





xxx

Un encuentro con Rego



El día 19 de Diciembre á las cuatro y media de la madrugada y á un cuarto de legua de Barajanas, fueron sorprendidas las fuerzas del cabecilla Rego, en su primer campamento, por las de Alfonso XIII que en combinación operaban por aquellos contornos.

Después de un reñido combate, Rego abandonó el campamento con los suyos dejando algunas armas y municiones, yéndose á refugiar á otro campamento situado próximo al Hanabanilla, donde ya fuerzas del mismo batallón se disponían á atacarlo.

Hubo un nutrido tiroteo y algunos cañonazos disparados por la artillería, que obligaron al enemigo á refugiarse en otro tercer campamento, situado en la vereda del Centurión y camino de la Sigüanea.

En este último campamento fué batido y dispersado por 1500 hombres que le atacaron esforzadamente.

*
*
*

El día 15 de Diciembre, salieron de las Cruces tres columnas para operar en combinación, en terrenos de Lomas Grandes entre Potrerillo, Cupelles y el Roble.

Mandaba una de estas columnas, el teniente coronel Rio, y se componía de una sección de Treviño, una compañía de Canarias y dos de Bailén.

La otra columna, estaba formada por una compañía de infantería de Marina, y dos de Barbastro.

Otra columna, estaba mandada por el teniente coronel de Bailén, y constaba de dos compañías de Barbastro. La columna de Rio, tomó la dirección de Maltiempo y durante una hora marchó sin inconveniente alguno y sin que se divisara al enemigo.

Pasaba por un callejón bordeado de espesos cañaverales, y de improviso, la vanguardia de la columna fué atacada por considerables fuerzas rebeldes.

Hallábanse estas ocultas tras los cañaverales y ocupaban posiciones ventajosísimas. Nuestras fuerzas se pusieron inmediatamente en condiciones de hacer resistencia al enemigo, tomando con gran rapidéz y extraordinaria energía, las posiciones menos desfavorables para hacer frente al ataque.

Desplegóse por la izquierda la compañía de Canarias; por la derecha y centro, las dos compañías de Bailén, dejando á la re-



... muchísima sangre en todas direcciones... (Pág. 277).

taguardia la caballería y las acémilas.

Al punto se generalizó el fuego en toda la línea, que era muy extensa. Millares de enemigos emboscados en la manigua, disparaban sobre seguro, sin dejarse ver.

Al mismo tiempo, resonaban en todas partes los disparos, sin que las tropas tuvieran á cara descubierta un solo mambís sobre quien tomar la revancha.

La emboscada había sido dispuesta con toda la artería que es costumbre de los separatistas.

La línea de éstos, formaba una herradura cuyos extremos iban aproximándose poco á poco, operando un movimiento envolvente. De pronto surgiendo de entre los cañaverales, se precipitó sobre las tropas un inmenso tropel de ginetes enemigos.

Los soldados de Canarias, resistieron la acometida con un brío, verdaderamente inverosímil. El capitán que los mandaba, D. Máximo Reguejo, hizo formar rápidamente el cuadro. Quedaron á retaguardia las acémilas y los rebeldes se apoderaron de ellas.

En este momento supremo, apareció en el lugar del combate el coronel Arizón, que había salido de las Cruces, con 25 caballos de Treviño.

En el camino se le había incorporado la columna mandada por el teniente coronel de Bailén y que según dijimos, estaba formada por dos compañías de Barbastro.

Arizón, al frente de dichas compañías y seguido de los 25 caballos, lanzóse al combate apoyando la tenáz y heroica resistencia de la compañía de Canarias que seguía formando un cuadro apretado é imposible de romper.

Las tropas de Bailén que se hallaban en el centro de la línea de fuego cooperando al ataque, se echaron sobre las masas rebeldes.

En este momento, la lucha adquirió caracteres espantosos.

Al fin, logró el coronel Arizón, recuperar las posiciones y rescatar los muertos y heridos, que estaban ya en poder de los insurgentes, concluyendo por rechazar á éstos.

No acabó, sin embargo, con esto la pelea. Dos horas más se prolongó el fuego, que fué verdaderamente formidable.

Muchas veces, entraban en tropel los rebeldes sobre las líneas españolas. Los soldados, con una bravura extraordinaria, resistían las acometidas.

Después, las partidas en tres fuertes columnas mandadas por Máximo Gómez y Antonio Maceo y Cebresco, retiráronse conduciendo más de 200 heridos y gran número de muertos, á terrenos de la finca llamada Flora.

Dejaron en el campo de la acción diez y siete muertos los que cayeron en los últimos momentos de la lucha y á los que inútilmente trataron de retirar.

Nuestras bajas han sido: 4 oficiales y 14 individuos de tropa, muertos.

Los heridos son: los tenientes don José Rich, de Treviño; don Gabino Fernández, de Canarias; don José Pradas, de Bailén; diez individuos de tropa, de Canarias; dos de Treviño; trece de Bailén y uno de Barbastro.

El médico del escuadrón de Treviño, señor Madariaga, curó sobre el terreno á nuestros heridos, conduciéndose con sangre fría ejemplar, y con admirable valor.

Dicho señor médico, condujo á Santa Clara, los heridos del combate, é ingresaron en el hospital.

Según opinión facultativa, solo dos de ellos ofrecen gravedad, sin que por eso desespere de salvarlos.

Allí había también, tendido en su lecho, un soldado de Salamanca, llamado García. Tiene siete machetazos en la cabeza.

Al preguntarle el médico si quería algo, contestó:

—Lo único que quiero es, curarme pronto para ir á combatir con esa canalla.

* * *

De una carta que tenemos á la vista, fechada en Ciego de Avila, entresacamos los siguientes pormenores que revelan el carácter de aquella lucha.

«No pudo sorprendernos el paso de Máximo Gómez por la trocha, porque esta trocha la pasan y pasarán cómo y cuando quieran, sin más cuidado que esquivar el cruce de alguna columna que por ella circule incidentalmente; pues, hoy por hoy, ni están los pasos defendidos ni se han establecido fuertes más que en aquellos puntos de la vía que mayor peligro ofrecen á la circulación de los trenes. En la guerra anterior había 25 entre Júcaro y el Ciego, y 33 entre éste y Morón, á un kilómetro de distancia, estacada alta y segura y patrullas que recorrían la vía continuamente. Hoy existen ocho en reemplazo de los 25 citados, y cinco en la dirección de Morón, hasta Sánchez, pues la línea no está aun terminada, y un batallón, que es de cazadores de Reus, para cubrir y guarnecer tan considerable extensión, con distancias entre algunos fuertes que exceden de cinco kilómetros.»

«Aquí, el camino está constantemente interceptado por partidas insurrectas ó comisiones, como aquí dicen, encargadas de levantar el espíritu del país, penetrar en los pueblos donde no hay guarnición, cobrar tributos, quemar las casas de propietarios sospechosos ó que no les auxilian, *guindar* ó ahorcar á los que prestan su cooperación á la fuerza armada llevando partes, víveres ó materiales de construcción, tirar desde el monte unos cuantos tiros al aproximarse la tropa, para echar á correr, salirle al encuentro un par de leguas más arriba, y si no les conviene repetir la función, esperar el paso, después de esconder las armas de fuego, y presentarse con la consabida sonrisa y la humildad de siempre, contestando que no saben ni han oído, ni han visto nada.»

«Hace días, los dueños de Las Colonias, serrería mecánica establecida á seis kilómetros de Ciego, recibieron orden de Seraffín de girar mil pesos á una casa de Nueva York, en concepto de contribución anual; y como los hermanos Iriondo, asturianos, que saben batir el cobre y tienen armado con rifles relámpagos el personal de confianza de la fábrica, no reconocen el miedo, y cuenta además con un destacamento de trein-

ta hombres próximo á la serrería, contestaron que fueran á ella por el dinero, que se lo darían en onzas de plomo.»

Organización de las fuerzas.

Primer cuerpo de ejército, departamento Oriental: comandante en jefe, general Pando.

Primera división, general Moreno.

Primera brigada, de la parte Occidental del mismo departamento, general Linares. Medias brigadas: coroneles Sandoval y Maroto.



... rodilla en tierra, las furiosas arremetidas... (Pág. 282).

Cuerpos: Antequera, Baleares, San Fernando, Asia; sección de artillería de montaña.

Segunda brigada; de Oriente, general Navarro.

Media brigada, coronel Zakowski.

Cuerpos: Cuba, Valladolid, Constitución, sección de artillería de montaña.

Tercera brigada, general Canella.

Media brigada, coronel Vaquero.

Cuerpos: Simancas, Luchana, Príncipe, escuadrón de Guantánamo, escuadrón de María Cristina y una sección de artillería de montaña.

Cuarta brigada, Baracoa, Sagua Mayari, general Obregón. Media brigada (el nombre del jefe que la manda aparece completamente ilegible en el despacho).

Cuerpos: Talavera, Guadaján, Córdoba.

Anexo: Media brigada, coronel Tejeda.

Cuerpos: Toledo, León, de guarnición en Yuragua y Daiquiri guerrillas; escuadrón del Rey; una compañía de ingenieros; guerrillas locales y Guardia civil.

Segunda división, general Muñoz.

Primera brigada, distrito de Bayamo, general Gascó.

Medias brigadas, á las órdenes de Vara, Rey, Lezpuru.

Cuerpos: Colón, Alcántara, Baza, Andalucía y una sección de artillería de montaña.



—Mi general, me han matado... (Pág. 238).

Segunda brigada, en Manzanillo, general Ordóñez.

Medias brigadas, Echevarría, Figueroa.

Cuerpos: Isabel la Católica, Unión, Vergara; sección de artillería de montaña; dos compañías de ingenieros; escuadrón de Arlabán; guerrillas de Guisa y Bayamo, Guardia civil y guerrillas locales.

Tercera división, general Pin.

Primera brigada, distrito de Holguín, general Echagüe. Media brigada, Ceballos.

Cuerpos: regimiento de la Habana, dos batallones de infantería de marina y batallón de Sicilia.

Segunda brigada, general Toral. Media brigada, Marín.

Cuerpos: Aragón, Bailén.

Tercera brigada. Cuerpos: infantería de marina, una sección de artillería de montaña, una compañía de ingenieros, escuadrones de Herólan Cortés, guerrillas, Guardia civil.

Segundo cuerpo de ejército, Las Villas y Ciego de Avila, general Marín.

Primera división, general Suárez Valdés.

Primera brigada, en los distritos de Villa Clara y Trinidad, general Luque. Medias brigadas, Holguín, Osés, Lara.

Cuerpos: Soria, San Quintín, Alfonso XII, América, Alava; columnas de Vizcaya, Castilla, Barbastro; escuadrones del Comercio y de Pizarro.

Segunda brigada, en Cienfuegos, general Cornel. Medias brigadas, Arizon, Salmero.

Cuerpos: Barcelona, Bailén, Peninsular, Canarias, infantería de Marina, Cantabria, guerrillas de Alfonso XII; escuadrones de Montesa y Treviño.

Tercera brigada, en Sagua, general Godoy. Medias brigadas, Vicuña, Hernández.

Cuerpos: Saboya, Galicia, Extremadura, Zaragoza, Navas; escuadrones de Sagunto, movilizados, Santo Domingo; sección de artillería de montaña, batallón de artillería, civiles, voluntarios movilizados de la Habana.

Segunda división, general Castellanos.

Primera brigada, en Remedios, general Oliver. Medias brigadas, Amer, Romaquera.

Cuerpos: Isabel II, Cataluña, Burgos, San Marcial, Pavía, Borbón; escuadrones de Pavía y Camajuaní y una sección de artillería de montaña.

Segunda brigada, en Sancti Spiritus, general Aizpurúa. Medias brigadas, Martín, Rubín, Segura.

Cuerpos: Mérida, España, Granada, Zamora, Chiclana, Puerto Rico; escuadrón primero, guerrilla de Sancti Spiritus y una sección de artillería de montaña.

Tercera brigada, en Ciego de Avila, general Aldave. Medias brigadas, Rizo, Galbis.

Cuerpos: Alfonso XII, primer batallón de Reus, provisional, uno de Valencia; dos compañías de ingenieros, escuadrones de Talavera, Lusitania, Pizarro, Numancia; sección de artillería de montaña, guerrillas locales, guardia civil, movilizados de la Habana.

* * *

Comandante del Camagüey, general Mella.

Segundo comandante general de las fuerzas de Matanzas, Habana y Pinar del Rio y encargado del despacho, general Arderius.

La brigada de Matanzas quedará organizada con los batallones de María Cristina, Rey, Cuenca y escuadrón de Santiago.

Alocución del general Pando.

La alocución que el general Pando ha dirigido á los habitantes de Santiago de Cuba es un documento notabilísimo del que entresacamos estos salientes párrafos:

«Tengo la seguridad de que si en breve plazo, no ha de llegar á seis meses, no viera coronado con el éxito mis esfuerzos, será mía la culpa.

Sabré cumplir con mi deber de soldado. Hónrame la condición cubana. Sé que á vosotros como á mí sublevará el antipatriótico proceder de aquellos que, olvidándose de lo que la dignidad cubana exige, prefieren, sirviendo órdenes extranjeras, la ruina y la desolación de la isla á su prosperidad y encumbramiento con la vida de adhesión á la madre patria.

Sé que los que olvidan tan sagrado deber son los menos, lo que prueba que los más son hombres de prestigio.

Mi política por deber de mi cargo como subordinado será acatar y cumplir las órdenes del general en jefe, y como superior en esta región no será otra que el perdón para los arrepentidos y los rigores de la ley para los delincuentes. Si algunos de los últimos estuvieren entre nosotros, le aconsejo que abandone la actual situación, porque, aun siéndome muy sensible, tendría que ser inexorable en la aplicación del castigo.»

* * *

Lista de recompensas.

La cruz roja del mérito militar, pensionada por servicios de campaña en Cuba, á los siguientes jefes y oficiales: cruz de tercera clase al coronel de infantería don Manuel Nario; de segunda clase al teniente coronel don Luis Cénzano y al comandante don Luis Fridrich; de primera clase al capitán don Luis Jiménez, al de igual empleo don Friolán Vázquez y al teniente de caballería don Francisco Coloma.

Cruz de María Cristina al capitán de infantería don Eduardo Catalán.

Cruz roja del mérito militar de primera clase al médico municipal de la Habana don Antonio Dubio.

Cruz de María Cristina al teniente de infantería de marina don Francisco Salas.

Cruz roja del mérito militar de primera clase al médico primero don Ricardo Pérez y al primer teniente de caballería don Arturo López.

Empleo de segundo teniente de la escala de reserva retribuida á los

sargentos de infantería don Antonio Andrés Partida y don Manuel López.

Empleo de capitán al teniente de infantería don Mateo Alvarez.

Cruz roja del mérito militar de primera clase, sin pensión, á los tenientes de infantería don Federico Gamir, don Enrique Marbo, don Arturo Nario y don Manuel de la Torre; al médico segundo don Antonio Solduga; al teniente de caballería don Juan Borca y al práctico don Lorenzo García.

El mensaje de Cleveland.

En lo referente á la guerra de Cuba, dijo textualmente el presidente de los Estados Unidos:

«Cuba vuelve á estar gravemente perturbada. La actual insurrección es en cierto modo más activa que la sostenida desde 1868 á 1878.

»Se extiende la rebeldía por gran parte del interior de la isla, y amenaza también algunas poblaciones de la costa.

»La actual revolución ha producido honda perturbación en el comercio, que en su mayor parte está relacionado con los intereses de nuestro país, y ha despertado sentimientos de simpatía en nuestro pueblo.

»El Gobierno se ha esforzado por observar las leyes de la neutralidad, impidiendo que el suelo de los Estados Unidos sirviese de ventajosa base á los que pelean contra la soberanía de España, cualquiera que pueda ser la tradicional é individual simpatía de nuestros conciudadanos hacia un pueblo que se alza en armas pidiendo más autonomía y mayor libertad y aun despertando sentimientos más profundos á causa de la vecindad.

»Por cima de todo está el deber del Gobierno, que se reduce á observar fielmente y de buena fe las reconocidas obligaciones de las leyes internacionales. Para el cumplimiento de este deber es necesario que no opongan dificultades los ciudadanos desatendiendo sus obligaciones y la lealtad del propio país, la cual deberá obligarlos á no violar individualmente la neutralidad sostenida por la nación con otras amigas.

»Sin embargo, ni la ardorosa simpatía de nuestro pueblo hacia los insurrectos cubanos, ni nuestras pérdidas ó perjuicios materiales, ni los efectos producidos en nuestras fincas, sensibles en alto grado por las crueldades que aparecen como notas especiales y características de esta sangrientísima y fiera guerra, han hecho vacilar en lo más mínimo, en el cumplimiento de las obligaciones internacionales al Gobierno, que espera, fundándose en serias razones, que la devastación producida por el actual conflicto terminará en breve, quedando restaurados el orden y la tranquilidad en la perturbada isla de Cuba y surgiendo, por consiguiente, otra vez la prosperidad.

»Por eso en marzo último, cuando el vapor *Alliance*, que navegaba siguiendo la ruta ordinaria de la compañía de barcos á que ese buque pertenece, fué blanco de disparos hechos por un cañonero español fuera de los límites de tres millas, hasta el cual se extienden las aguas jurisdiccionales, el Gobierno de los Estados Unidos protestó contra ese acto, que no justificaba el estado de guerra ni es lícito respecto de barcos que siguen su carrera natural ni tolerable considerando el peligro que los de su especie hacen correr á las vidas y haciendas de personas inocentes.

»España dió cumplida satisfacción á los Estados Unidos, expresando su sentimiento por aquel hecho dando seguridades de que no se repetiría y relevando al comandante del cañonero *Conde de Venadito*.

»Las detenciones de ciudadanos norteamericanos por las autoridades españolas en la isla de Cuba, ocasionaron también constantes reclamaciones de mi Gobierno.

»Cuando los detenidos lo fueron por delitos, estuvieron sometidos á los tribunales ordinarios, como exigen los tratados vigentes. Cuando los ciudadanos norteamericanos fueron



... entre ellos un primer teniente y un sargento... (Pág. 276).

detenidos sin que se formulase acusación determinada y como consecuencia del estado de sitio, fueron puestos en libertad después de breve examen, consignándose inmediatamente el derecho de los agentes consulares norteamericanos á tratar de asuntos políticos.

»A pesar de que las autoridades insulares disientían de esa opinión, el derecho en cuestión quedó de manifiesto, en atención á que Alemania goza de él apoyándose en la cláusula de nación más favorecida, que España la concedió el 14 de septiembre último.

»Ha quedado terminada la llamada reclamación Mora contra España, y su importe ha sido distribuido entre los reclamantes.

»A los productos de este país importados de las islas de Cuba y Puerto Rico se les ha aplicado la tarifa mínima en virtud del convenio comercial concluido en enero último, y en reciprocidad del trato que obtienen los productos españoles en el territorio de los Estados Unidos. Vigorosas protestas contra el proceder de los empleados de Aduanas de Cuba y Puerto Rico, que impusieron multas sobre barcos y mercancías por triviales errores, provocaron la devolución del dinero en casos en que no eran evidentes las transgresiones de los reglamentos.

Un bando.

He aquí el bando publicado por el jefe del poblado Contramaestre, haciendo un patriótico llamamiento á los vecinos que huyeron temerosos de ser objeto de venganza por nuestras tropas:

«Don Pablo Landa y Arrieta, coronel de caballería y jefe de media brigada:

Señalado por la superioridad para formar el poblado de Contramaestre, á vosotros, honrados vecinos, dirijo mi palabra autorizada por delegación del Excmo. señor comandante general de este distrito, don Pedro Mella, que fiel intérprete de los sentimientos que animan á la madre España, desea paz, progreso y unión entre sus hijos, peninsulares é insulares.

Vosotros, los que por temor imaginario, por error de ideas, hijos de la miserable calumnia tramada por los que ven en estas revueltas un medio criminal de medrar; vosotros, los que os colocáis fuera de la ley, siendo buenos y honrados, oid mi autorizada palabra y mi consejo leal.

España, siempre noble y generosa, siempre perdonando los momentáneos extravíos de sus hijos, os ofrece la tranquilidad y bienestar. En Contramaestre hallaréis hogar, alimento para vosotros y modo digno de vivir. El que por sus aptitudes y servicios sea merecedor de recompensa señalada, la tendrá. El que laborioso y activo quiera trabajar, recibirá decidida protección, y el que tan solo aspire á la tranquilidad perdida por esta situación anómala, creada por miserables dignos de nuestro desprecio, y nunca temor, también, bajo el pabellón que cubre el fuerte de dicho poblado, hallará protección decidida.

España siempre ha querido á sus hijos de Cuba. Su Gobierno, tan dignamente representado por el excelentísimo señor capitán general Martínez Campos, desea probaros con su conducta cuán nobles y generosos son los sentimientos que le animan para con vosotros. Prefiere desengañaros por afecto más bien que por la fuerza de las armas tan temidas, como habéis demostrado por esa vergonzosa y constante huida, de los que á sus intereses particulares blasfeman del sagrado nombre de la patria.

Venid á mí; yo os empeño mi palabra honrada de que en Contra-maestre seréis recibidos con verdadero afecto por vuestros conciudadanos y comandante de zona,

LANDA.»

Tipos insurrectos.

Ya se ha dicho quien es Lacret; de haber realizado un negocio de abonarés que le inquietaba, no hubiera trocado los blandos divanes de la Cervecería Inglesa por las fragosidades ásperas de la manigua.

Zayas no habría ido al campo insurrecto si la titular de médico de un poblado de 20 casas se trocara en un partido de numerosos vecinos á quienes administrar los recursos de su ciencia.

El titulado general Suárez, ese libertador de nuevo cuño, no se contentaba con menos de una administración de Aduanas; no la consiguó y, claro, acordóse de que Cuba podía ser independiente, y sin fe en la causa, según su misma afirmación, marchó al campo por *sport*, pues le encanta la vida aventurera.

También Pepe Alemán es un patriota: después que fué diputado provincial se entrampó de firme, y para atender á sus deudas, fijóse en el empleo de contador de este Ayuntamiento; no se le nombró, y héteme á Periquito hecho fraile, es decir, al buen Alemán separatista furibundo.

López Legua, que tuvo la frente bastante firme para no perder la serenidad ante ciertos hechos domésticos, piérdela en cuanto se acuerda que sus hermanos están en peligro, y allá se va á engrosar las huestes libertadoras.

¿Pues y Bermúdez, ese pobrecito á quien malas querencias de envidiosos, sin duda, de sus méritos, le procesaron por cuatrero?

Monteagudo, ocioso en su farmacia por falta de parroquianos, pensó que tanto importaba despachar recetas como mandar guerrilleros, y en el campo está el bueno del boticario campando por sus respetos.

Y así muchos: Cayito Alvarez, de una reputación hampesca, Basilio Guerra, desertor de presidio, y Matagás, y el Tuerto, y Matos, émulos del guapo Francisco Estéban, que entre las coles de sus secuestros mezclan la lechuga de la redención cubana.

Y es sensible que entre esos tipos esté un Antonio Núñez, de tan probada fe en la causa separatista, que incendió su casa para no dar albergue en ella al soldado español.

De Rego sólo puedo indicar que es insoportable por su carácter violento, de herrero modesto pasó á periodista en la Encrucijada, Santo Domingo y Lajas, promoviendo á diario agrios altercados. De Roloff ya se ha dicho cuanto hay que decir, y á Serafín Sánchez se han concedido los honores de la biografía.

El batallón de Luchana.

Hemos visto una carta que, entre otras cosas, dice:

«Al llegar el batallón de Luchana casi nos revientan con la dinamita; á los pocos días nos hacen subir á un monte para copar al enemigo al campamento de la *La Piedra*, sin poder llevar bagajes ni nada. Estuvimos seis horas sin ver el sol; parecíamos los ángeles del sueño de Jacob.

No tardamos en tomar otro campamento, y finalmente, tuvimos un recio combate en la *Cristalina* con el titulado brigadier Gil. Ne exagero si digo que los mambises sienten cierto asco á pelear cuando saben que Luchana entra en fuego; á esto se debe que las jurisdicciones de Guanátame y Jamaica, donde operamos nosotros, se vean libres de enemigos.

A nuestro teniente coronel don Manuel Ruiz le dió la fiebre amarilla el día de la Virgen del Pilar, y ha salido de la enfermedad bastante quebrantado.



El cabecilla Acaño.

De la guerra.

Creo que tenemos para rato, si continuamos andando en contemplaciones y no nos decidimos á dar duro y á la cabeza.

Venimos viendo que las familias de los rebeldes, acampando con ellos en la manigua, vienen impunemente á refugiarse y buscar víveres en los ingenios, algunos de los cuales al acercarse tropas, izan la bandera francesa, obligándonos á cruzarnos de brazos y á renegar lo renegable.

La valerosa infantería trabajando á más no poder, pues se ha ido acostumbrando á ir sin alpargatas, con barro hasta la cintura y sufriendo constantes lluvias, acampando los soldados mojados en la tierra húmeda.

Aquí nos llama la atención ver pocos barcos de guerra en la costa, y mucho más nos extraña que al pasar el vapor en que venimos de España cerca del Reina Mercedes, este crucero no nos saludó, y en cambio fuimos saludados por cuantos buques extranjeros encontramos en la travesía.»

Relación de las recompensas que el excelentísimo señor Capitán general de la isla de Cuba ha concedido al batallón de Luchana, que salió



Se enarbolan los bastones y la policía interviene... (Pág. 812).

de esta capital al mando del teniente coronel don Manuel Ruiz, por el combate sostenido en la línea férrea de la Caimanera á Guantánamo:

No heridos.

Con la cruz del mérito militar: Primer teniente don Luis Sanarre Pérez, sargentos Jacinto Buscas Guillén, Vicente Pinquillo Bou, José Labuso Garces, don Antonio Santos Ribí, Manuel Gabardo Babilonio, Cecilio Aljobín Lacambra, Emilio Lafuente Arnal, don Ramón San-

Cuaderno 60—T. II.

Precio 10 cent.

tos Rivé, corneta Manuel Germán González, cabos id. Emilio Bello Mateo, Melchor Palacios Bueso, Salvador Cerriné Imánez, Manuel Pérez Xifré, cornetas Juan Pijoán Ferrer, Juan Salamaño Font, Daniel Valero Bajo, Domingo Quinto Valero, soldados Nicolás Lacruz Mené, José Godas Naralón, José Colas Soler, Joaquín Sieso Cayeras, Joaquín Cerezo Martín, Tomás Pedro Matamalella, Martín Matasó Franch, Armenгол Marsech Marsesch, Roque Sesi Murillo, Pedro Castelló Ferrer, Antonio Mergades Casañes, Francisco Rodríguez Martínez, Pablo Barberó Crucando, Isidoro Larramona Palau, Vicente Ruiz Rosillo, José Murguet Surroca, Miguel Mousugas López, Marcelino Díaz Aryameni, Salvador Ravelo Messeguer, Juan Toini Serra, Miguel Llopis, José Casañes Silbert, Mariano Figuero Camels, José Michape Portada, Mariano Cancer Bernat, José Olivella Rafols, Juan Roca Manso, Eugenio Estanislao Chorer, Gaspar Ballón Botella, José Pujols Oriols, Juan Gabedia Serra, Juan Soye Siré, Miguel Ifaro, Diego Almoner, Joaquín Torrents, Arturo Catata Gastaldo, Joaquín Freixas Millán, Germán Guardiola Mas, Pedro Requeséns Masmiguel, José Martínez Pellicer, Juan Oliver Casanello, Pedro Bioro Rovira.

Heridos.

Soldados Juan Cruz Pellicer, cruz del Mérito militar 7'50 pesetas, vitalicia; Juan Sadurní Monet, id. 2'50 id.; Pedro Genet Cruset, id. 7'50 id.; Lorenzo Sellés Luseda, id. 2'50 id. José Domingo Mausit, id. 7'50 id.; Santos Salvador Beltrán, id. 7'50 id.; Joaquín Cuenill Ferrer, idem 2'50 id.; Lorenzo Sellés Suseda, id. 2'50 id.; Luis Collado Polo, id. 2'50 id.; cornetas Vicente Toroncher Buendía, id. 2'50 id.; José Alvarez Alvarez, id. 2'50 id.; soldados José Bodena Odonez, id. 7'50 id.; Juan Roll Palau, id. 2'50 id.; Julián Puerta Villa, id. 7'50 id., vitalicia; Pedro Poles Pons, id. 2'50 id.; Miguel Milá Domenech, id. 2'50 id.; José López Otit, id. 2'50 id.; armero Victor Oset Rodríguez, id. 7'50 idem, vitalicia.



La muerte de un cabecilla



ON curiosos los detalles siguientes sobre la muerte de Masferrer, uno de los cabecillas insurrectos.

Este jefe de partida se había hecho célebre por su crueldad. Así nos lo dice nuestro corresponsal en Cuba.

En Mata (Santa Clara), á comienzos de la actual guerra macheteó á un teniente y diez soldados de nuestro ejército, los cuales sufrieron tan terrible pena por sostener y defender el honor de la patria y la integridad del territorio español.

A los pocos momentos de estar en este bendito pueblo, se produjo una alarma por haber aparecido un grupo insurrecto en el punto conocido por la Quinta, distante un kilómetro del perímetro de la población, habiendo detenido y *componteado* á varios campesinos que se ocupaban en cortar hierba para su venta.

Seguidamente el capitán de la quinta compañía del batallón de Galicia, señor Espeleta, y teniente de la guardia civil señor Vera, se dispusieron á combatir al enemigo, á cuyo efecto reunieron toda la fuerza disponible, formando una pequeña columna como de 40 hombres de infantería y 20 caballos. A esta fuerza se agregaron varios vecinos armados, entre ellos el teniente de voluntarios don Cristóbal Llanes.

Serían próximamente las diez y media cuando la fuerza se puso en

marcha al mando del teniente de la guardia civil señor Vera, tomó por la vía férrea para ir á salir por detrás de la loma de Reforma, y el otro grupo, que tomó por el camino de Sitio Grande, iba á las órdenes del pundonoroso militar señor Espeleta.

Mientras salía la tropa—dice nuestro corresponsal—me fuí á la azotea de la iglesia, con varios amigos, y desde allí estuvimos, por espacio de media hora, viendo la marcha de la columna, hasta que la vanguardia de la fuerza del capitán Espeleta tomó el rastro del enemigo y fué en su busca.

Al desaparecer la tropa de nuestra vista, quise que el amigo Plazaola me presentase á los *componteados*.

Estos eran don Juan López (a) *El curro sin zapatos*, don Victoriano Ferrán, don Ramón Barrallo, Feliciano Amodor, un niño de diez años, y otros más, cuyos nombres no pude adquirir.

Refirieron que el grupo insurrecto lo componían Agustín Vidal, conocido por *Tintín*; un individuo blanco, casi un niño, y tres morenos, tres de ellos con tercerolas y rifles y los otros dos con machetes.

Cuando los *componteados* fueron presos, se los llevaron detrás de la loma Reforma, y allí les obligaron á ponerse boca abajo y les dieron de planazos hasta hacerles salir la sangre.

Para algunos de estos infelices el susto fué mayor, pues les llegaron á poner una cuerda al cuello y trataron de colgarlos, pero luego se arrepintieron y los dejaron en libertad.

Tintín y sus compañeros les dijeron que como volvieran por hierba ó cualquier otro artículo para Cifuentes, los iban á ahorcar de veras, y que cuando salieran al campo procurasen llevarles municiones.

Con objeto de hacer tiempo, mientras llegase el tren que había de conducirme á Camajuani, me entretuve paseando por los alrededores, viendo los fuertes que se han construido y las barricadas levantadas, en que durante la noche prestan servicio los paisanos.

Después de haber recorrido la población, hallándome frente al fortín España, me sorprendió un gran vocerío que se dejaba oír á la parte



... pudieron tomar sus caballos... (Pág. 810).

opuesta del pueblo, y que cada vez se hacía más perceptible, hasta que pude oír claramente ¡Viva España!

Me dirigí á la plaza de la Iglesia, pero en el camino me encontré con varios soldados que venían muy contentos y conduciendo gran número de caballos.

—¿Qué sucede, amigo?—le pregunté á uno de ellos.

—Pues nada, que hemos *morto* al cabecilla.

Lleno de curiosidad llegué corriendo á la plaza de la Iglesia, observando que frente al Ayuntamiento había un numeroso grupo de gente del pueblo que vitoreaba á España, al ejército y á los voluntarios.

Apenas me encontré cerca de aquel remolino de gente, pude saber que el muerto que había traído sobre un caballo el soldado Antonio López era el cabecilla Masferrer.

Pude observar, aunque con algún trabajo, pues era casi imposible aproximarse á la mesa en que estaba el cadáver, que éste era un joven como de veintiocho á treinta años, de fisonomía simpática, teniendo ensangrentado el pecho y parte de la ropa.

Todos cuantos salían de ver el cadáver, decían: «Es el mismo; Masferrer, es el que nos tenía sitiados.»

Allí, en el Ayuntamiento, estaban el alcalde, el cura párroco, el capitán Espeleta, el teniente Vera y otras personas caracterizadas del poblado.

El doctor Plazaola examinó el cadáver, observando que en la espalda, lado izquierdo, tenía una herida causada por proyectil Mausser, la cual, entrando por el séptimo espacio intercostal, salió por la región cardíaca izquierda, atravesando seguidamente el corazón y la arteria carótida.

Masferrer usaba bigote y pera, vistiendo camiseta de cropé á rayas rojas, pantalón de dril oscuro, chaleco negro, trochana de Holanda, medias negras y zapatos borcegués con hebilla.

Su cadáver quedó en el Ayuntamiento para ser conducido á la necrópolis, donde se entregará á sus familiares para su inhumación, según lo solicitado.

He aquí ahora los detalles que he podido adquirir sobre la muerte de Masferrer:

Al salir del poblado la fuerza que mandaba el capitán señor Espeleta, tomó el camino de Sitio Grande hasta la loma del potrero Reforma, siguiendo después por la colonia conocida por la de Mulata Pola, terrenos del ingenio Unidad.

Al llegar la vanguardia de la fuerza, que la componían el cabo de la guardia civil Matías Guijarro, el guardia de primera Isaac Crego, los soldados del batallón de Galicia, Valero Falo y Juan Antía, y los paisanos Cristóbal Llanes y Francisco Carbajo, observaron que en la casa de vivienda de la colonia Pola había como unos 30 caballos, por

lo que comprendiendo que era la partida que perseguían, echaron pié á tierra.

La vanguardia de nuestra fuerza estaba en esos momentos como á unos 60 metros de la avanzada insurrecta, que se hallaba en la portada de la finca, y que al ver la tropa dió la voz de alarma.

En estos instantes ordenó el cabo Guijarro hacer una descarga, que desconcertó por completo al enemigo, huyendo á la desbandada, sin poder disparar un tiro.

Los insurgentes que estaban por el frente del edificio pudieron tomar sus caballos, pero no así los del fondo, pues era el sitio por donde la tropa les hacía fuego.

De los dos últimos que salieron de la casa disparó contra uno de ellos el soldado Valero Falo, que le hizo caer en tierra en los momentos en que se agarraba á la cola del caballo para montar. Este individuo no volvió á levantarse y corrió unos cinco pasos, cayendo de nuevo al disparar su remington el cabo Guijarro.

El compañero del individuo que cayó, al ver que no le seguía, volvió el caballo con intención de recogerle, pero nuevos tiros de la vanguardia le hicieron desistir de sus propósitos, abandonar la cabalgadura á internarse entre los cañaverales, donde desapareció.

Al desaparecer los insurrectos, el guardia de primera Isaac Crego recogió el cadáver del individuo que cayó en tierra, que resultó ser el del cabecilla Masferrer, ocupándole revólver, machete, una bandolera, en cuya costera tiene la siguiente inscripción: «Comandante R. Masferrer. Ejército Libertador de Cuba, núm. 3». Un peto niquelado y un reloj.

Al llegar el capitán Espeleta y teniente Vera con el resto de la fuerza, pues oyeron los tiros de la vanguardia, se encontraron que ésta se ocupaba en recoger el cadáver y los diferentes objetos que allí abandonaron los insurgentes.

Se dice que el número de insurgentes reunidos en la casa vivienda de la colonia Pola ascendían á unos 30 ó 40, y que estaban mandados por Masferrer, Tapanes y Tintín Vidal.

Fueron ocupados 14 caballos, nueve de ellos con monturas, un mulo, hamacas, machetes, impermeables, municiones y otros objetos más.

En el campo del suceso quedaron dos caballos muertos, que parecen ser el de Masferrer y el de su compañero.

La colonia de la Mulata Pola dista un kilómetro del ingenio Unidad y legua y media de Cifuentes.

Según los informes que á la carrera pude adquirir, Rafael Masferrer fué empleado de la empresa del ferrocarril de Sagua por espacio de nueve años, hasta el mes de Abril de 1893, en que se le despidió por su carácter violento y negligencia en el desempeño de su cometido.

Masferrer hace próximamente unos cuatro meses que se lanzó al campo insurrecto, y por su causa se halla desterrado en Ceuta un hermano suyo, que era guarda almacén de la estación de Cifuentes.

De público se dice que tomó parte en los sucesos del ingenio Macagua, cuando fué muerto el teniente Cobos y 14 soldados.

Incendio de la estación de Sitio Grande.

Id. de los tejares de García y Caparó.

Id. ingenio de los Angeles.

Destrucción de las alcantarillas de la línea férrea á los ingenios Libano y Los Angeles.

Levantamiento de los rails frente á la loma de Tomás Pérez, cuyo desperfecto fué avisado por un ciego y su lazarillo al conductor de pasajeros señor Gutierrez, que sin pérdida de tiempo reparó el mal y además abrió muchos hechos.

Conferencia separatista.

El 12 de Noviembre se dió en Montevideo una conferencia pública á favor de los separatistas cubanos, siendo el conferenciante un señor á quien los insurrectos darán cuando triunfen la exclusiva para importar en Cuba una *carne líquida* de su invención, substituta del tasajo. Reseñando la conferencia, dice un diario del Plata:

«Abrese el acto. á las ocho y media de la noche. La concurrencia la componen unas 350 personas, de las cuales la mitad son orientales y la otra mitad españoles. Entre los orientales, muchos compadres orilleros; entre los compatriotas, hombres del pueblo dispuestos á defender la patria.

Mucha policía de uniforme y secreta. En la calle algunos grupos, cree de compatriotas, que fueron dispersados por la policía.

En el escenario de la sociedad «Stella d'Italia» hay dos banderas orientales y en medio un escudo cubano.

Aparece Valdés García, que es recibido entre aplausos y silbidos, predominando éstos.

Reina gran confusión y hay corridas. Interviene la policía. Cállese el público, y, restablecido el orden, comienza el conferenciante diciendo que admira á la España antigua y que aprecia á los españoles aquí residentes.

Hace la historia de nuestras glorias pasadas, para venir á parar en que nuestra patria no es hoy potencia militar ni marítima.

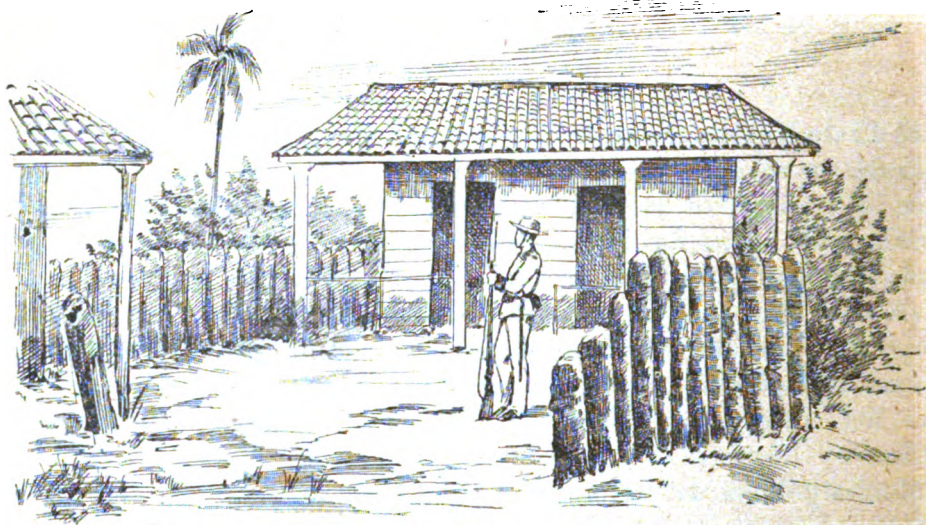
Al llegar á este pueblo se oyen voces de ¡Fuera! ¡Que se calle! ¡Viva España!

Nuevas corridas y bochinche infernal que hace necesaria la intervención de la policía. Restablécese el orden.

Continúa el orador, pero temblando, pues ve que la tempestad se aproxima. Vuelve á ensalzar á España y se oyen gritos de «no queremos que nos alaben los laborantes.» Confusión otra vez. Restablécese la calma.

Llega á hablar sobre la insurrección y grita: «¡Viva Cuba libre!» á lo que contesta otro: «¡Viva Cuba española!» cuya voz repitieron otros, añadiendo: «¡Viva España!» Mas sustos y corridas.

Se enarbolan los bastones y la policía interviene. Muchos escapan. Nuestros compatriotas se mantienen en sus puestos. Un anciano español colócase en la puerta gritando: ¡Viva España! ¡Viva Cuba española! La policía pretende llevárselo preso; pero no lo permite un grupo de com-



“La Quinta” (distante un kilómetro de Santa Clara.)

patriotas. Reina tremenda confusión y se dan pisotones que hacen ver las estrellas. Por fin la policía y algunos consiguen restablecer el orden, pero se observa que el famoso orador filibustero ha desaparecido del escenario y no se sabe dónde para.

Sale al fin y siempre mirando alrededor, temeroso, prosigue, dando lectura á un artículo de *La Epoca* que habla sobre la administración en Cuba. Despues dice: «Voy á leer unas cartas de Martínez Campos.» Una voz: «Las ha recibido certificadas?» (risas y bromas). En seguida vuelve á tocar el punto revolucionario y cuando indica que Cuba tiene derecho á ser independiente, resuenan nuevos vivas á Cuba española.

¡Viva España! ¡viva España! grítase ahogando los vivas á Cuba libre. Al llegar aquí hay corridas y suenan algunas bofetadas.

Indudablemente nuestros compatriotas podían armar una que fuera

sonada como la de San Quintín, pues van decididos; pero confórmanse con las protestas y vivas, impidiendo, sin derramar sangre, que se nos ultraje.

Todo va á nuestro favor; pero la policía procede arbitrariamente.»

Un decreto insurrecto.

Es corto y humanitario el decreto de los que quieren libertar á Cuba.
«República de Cuba.—Ejército libertador.—4.º cuerpo.—2.ª división.—2.ª brigada.



Serán próximamente las diez y media cuando la fuerza... (Pág. 307).

CIENFUEGOS

Capitán Víctor Acea:

Queda V. autorizado para quemar toda la caña que encuentre á su paso.

Igualmente procederá V. á avisar á todos los que se dispongan á trabajar en las faenas de caña, que serán pasados por las armas en el acto de caer prisioneros.

Cuartel general á 21 de noviembre.

El coronel primer jefe.

P. O.

E. Gómez.»





XXXII

NOTAS Y COMENTARIOS



Los grandes ingenios de azúcar, pertenecientes á americanos en Cuba, cuyo valor se calcula en unos 20 millones de pesos, están amenazados seriamente con las recientes órdenes del general Máximo Gómez, que quiere destruir todos los ingenios cuyos propietarios traten de hacer azúcar este año. El cónsul general de la Habana, Mr. Williams, que ha estado por espacio de más de 40 años en el negocio de azúcar, ó en relación con él, cree que no es exagerado el valor que se atribuye á los ingenios americanos.

Las órdenes de Gómez, son más ó menos como siguen:

«Artículo 1.º Todos los plantíos serán totalmente destruídos; las casas y maquinarias se quemarán, así como las líneas férreas.

Art. 2.º Todo trabajador que preste su concurso á los manufactureros de azúcar, será considerado como traidor á la patria.

Art. 3.º Cualquiera persona que se sorprenda en flagrante delito, ó no se sujete estrictamente al art. 2.º será pasado por las armas.»

La mayor parte de los ingenios azucareros de Santa Clara, han sido fundados con capitales extranjeros. Los propietarios españoles están en minoría, y los cubanos tienen más que los peninsulares.

Los inmensos ingenios llamados Caracas y Los Hermanos son propiedades de cubanos. El primero que es el más grande del mundo, pertenece á la sucesión Terry. He aquí algunos de los que explotan capitales americanos: Soledad, cerca de Arimao; Hormigueros, La Constancia, San Agustín y Lequeito.

Los del distrito de Cienfuegos representan en buenos tiempos 7 millones de pesos. En Trinidad hay propiedades de un sindicato de Nueva York. En Sagua, tres ingenios; su valor aproximado es de dos millones 700 mil pesos. En la provincia de Puerto Príncipe trabajan capitales americanos que no bajan de 1.600.000 pesos. En Santiago hay también importantes ingenios americanos. Muchos de los ingenios americanos irán á la bancarrota, si no se les permite trabajar este año.

Los representantes de estos ingenios hablan con pena de la barbaridad de una guerra tan destructora, trayendo á colación el recuerdo de los grandes ingenios de Santo Domingo que, destruidos por los negros, no han vuelto á levantarse jamás. Uno de ellos dice que si la guerra continúa, el porvenir de Cuba será el mismo de Haity. El general Martínez Campos colocará en Santa Clara el nuevo contingente de tropas, asegurando á los dueños de ingenios que empleará cuantos medios estén á su alcance para protegerles. Tengo motivos para creer que el ilustre general seguirá con los incendiarios y aquellos que tratan de entorpecer los trabajos, una política diferente de la seguida con sus antagonistas en el campo. Los extranjeros califican de bárbaras é indignas del pueblo más salvaje, las prácticas de conflagración y destrucción de los insurrectos.

El bajo precio á que se vendió el azúcar el año pasado dejó á los cosecheros casi exhaustos. Si no pueden verificar la zafra este año, solo espera desconsoladora ruina á muchos que fueron un tiempo prósperos y florecientes ingenios azucareros. Algunos cosecheros, imposibilitados de limpiar la cizaña de los plantíos nuevos, tienen en perspectiva una pérdida de las tres cuartas partes de la producción, aun en el caso de que puedan verificar la zafra. Algunos ingenios han limpiado los plantíos una sola vez. Basta saber con cuanta rapidez crece y se desarrolla la cizaña en los trópicos, para comprender lo que esto significa.

En las Villas.

El general en jefe participa desde Santa Clara, con fecha 4 de Diciembre, que el general Suárez Valdés, desde Ciego de Avila, le comunica que salió el día 30 de Arroyo Blanco, con parte de una columna, á Bellamota y Jobosí, reconociendo á Juan Criollo, Zagitas, Demajagua y Reforma.

Al acampar, dice, en Rusos, á legua y media de la Reforma, y en

los momentos en que varios vecinos de aquella me aseguraban que Maceo se había reunido aquella mañana á Máximo Gómez, y que éste se hallaba desde el día 18 acampado, con 2,000 hombres, entre Santa Inés y Reforma, grupos del enemigo rompieron fuego sobre las avanzadas, continuándolo por la noche.

Al día siguiente, desde las cinco de la mañana hasta las once, sostuve combate con fuerzas reunidas de Máximo Gómez y Maceo, que se hallaban situados desde tres kilómetros de micampamento hasta la parte alta del potrero La Reforma, en dirección á Guayos; les fueron tomadas sus posiciones y campamentos y perseguidos hasta Tri lladeras.

Mi columna se componía de los batallones de Cuba y Valladolid, 30 caballos de la guerrilla de Yero, 40 del escuadrón de Pizarro, una sección de artillería y una compañía de Chiclana.

Total, 1,250 hombres.

La fuerza enemiga, según sus cam-

pamentos, restos de reses sacrificadas y ordenación de combate, ascendía á 4,000 hombres de caballería é infantería.

Sólo he tenido 7 heridos. Se le cogieron al enemigo algunos caballos, ranchos y efectos de campamento. El general Navarro mandaba fuerzas de caballería é infantería en vanguardia.

Con el mayor gusto significo á V. E. la serenidad é intrepidez con que los oficiales del ejército inglés Mr. Spencer, Churchill y Reginal Bando han seguido los incidentes de las operaciones del combate, al que asistieron á mi lado.

Las fuerzas que combatieron con entusiasmo después de marchas penosas y lanzaron á Máximo Gómez y Maceo de sus campamentos en



En estos instantes, ordenó el cabo Guijarro... (Pág. 310).

combate inmediato á la reunión de las fuerzas de estos cabecillas en la Reforma, en cuyo punto—según noticias,—se hallaban también los que ellos llaman su gobierno, son recomendables.

El enemigo ha salido muy castigado, como lo demuestran en primer término, las doce señales evidentes que de sus bajas han dejado en el lugar del combate.

Se recogieron algunos caballos con monturas y se vieron varios muertos.

Y en segundo término, que al regreso de la columna desde el monte de Guayos á Jicotea, atravesando toda la Reforma y Río Grande, no ha disparado un solo tiro.

Entre Río Grande y Jicotea me alcanzó el general Aldecoa, que había dejado una columna de 300 hombres en marcha en el camino de Lázaro López á Hoyos sobre el rastro del enemigo.

A este general impuse la dirección que el enemigo al salir del monte de Guayos había tomado, y me manifestó que precisaba acampar en la Ciénaga, á la entrada de la Reforma, para continuar la persecución de las partidas.

En Santa Cruz del Sur.

El día 6 incendiaron los insurrectos la barca de dos palos Sultana, tripulada por cuatro individuos y que se dedicaban al transporte de puercos.

Refieren los tripulantes que hallándose dicho día en el estero llamado Polisón, como á las dos de la tarde, se apareció un bote en que iban ocho individuos armados, los cuales les gritaron que se pusieran al pariro, una vez que llegaron á bordo, cogieron ropas y efectos que más necesarios les parecían, y embarcando á los tripulantes los llevaron á tierra, donde los dejaron custodiados por 10 ó 12 individuos también armados, prendiéndole fuego á la embarcación.

El patrón y los tres marineros fueron después conducidos por dos parejas hasta el campamento de Maceo cerca de las Guásimas, y en el que había unos 2.500 hombres. Maceo se mostró disgustado por el hecho, y ha prometido al patrón pagarle el importe de la embarcación y que los custodiase una pareja hasta cerca de Santa Cruz.

* * *

El general en jefe ha escrito al señor coronel Arizón enviando 100 pesos para el asistente de Valenzuela.

Esos 100 pesos con 100 más los donó un señor Mazorra para que se entregaran á dos soldados distinguidos.

Tengo entendido que los otros 100 pesos fueron entregados al soldado que tanto se distinguió en la Trocha.

Creo que han sido acertadamente distribuidas esas cantidades.

A las once de la mañana salió el día 5 de Santa Clara, el general Martínez Campos, acompañado de sus ayudantes y del coronel de Estado Mayor, señor Ramos.

Al llegar á Santo Domingo, el coronel señor Ramos se dirigió por el ferrocarril de Sagua á Remedios, Camajuaní y Caibarién, para recibir á los batallones que, como refuerzos, son destinados á dichas jurisdicciones.

El general Martínez Campos tuvo que detenerse un buen rato en Santo Domingo por estar terminando la recomposición de una alcantarrilla que entre dicha estación y la de Manacas habían destruído en la noche anterior los insurrectos.

Franca la vía siguió su viaje el tren general de pasajeros, donde venía S. E., sin que en todo el camino ocurriera el incidente más insignificante.

Durante el trayecto, el general en jefe inspeccionó los destacamentos, habló con los jefes y cambió impresiones con algunas autoridades del orden civil.

Encontró á las fuerzas en buen estado, salvo en un punto, donde según hemos oído, tuvo necesidad de imponer correctivos por observar que no se cumplían instrucciones terminantes que tiene dadas, para que las tropas no dejen ni un momento alguno sus armas.

Las impresiones que recibió en Matanzas fueron satisfactorias.

La muerte de Fraga, el incógnito que guardó Regino Alfonso desde que se le desertaron unos cuantos de su partida, el relativo alejamiento de la de Clotilde García y el no haber logrado cruzar la línea de los límites las partidas de las Villas, han influído en que se levante el espíritu público y ofrezcan los campos el aspecto lisonjero del trabajo en estos críticos momentos de la zafra.

Algún ingenio ya está moliendo y otros se preparan para hacer lo propio.

A las siete de la noche llegó á Regla, donde le esperaban el general Arderius, el señor Calvo Muñoz y otras personas.

Al tomar su carruaje en Luz se le cayó á un maletero un bulto que llevaba en la mano; cayó sobre una pierna del general.

Por fortuna era ropa y no pasó nada.

No se sabe el tiempo que durará su estancia en la Habana después que lleguen los generales y los refuerzos; pero lo aprovechará en el despacho de los asuntos generales del gobierno, sin perder de vista el detalle de las operaciones militares, á que consagra su principalísima atención.

* * *

Como documento histórico y curioso, publicamos la orden general de la plaza de 22 de Marzo de 1869 en la Habana, por la cual se ve que el ministro de la Guerra don Juan Prim comunica al capitán general de Cuba, don Domingo Dulce, que aprueba la resolución de su antecesor don Francisco Lersundi, al dar de baja en el ejército al entonces comandante de Caballería del mismo don Máximo Gómez y á otros cabezillas separatistas que, como el mariscal de campo don Modesto Díaz y el coronel Heredia, venían figurando en las filas españolas.

«Orden general del Ejército de 22 de Marzo de 1869 en la Habana. —Capitanía general de la siempre fiel isla de Cuba.—Estado Mayor.—Sección 5.ª

El Excmo. señor Ministro de la Guerra, con fecha 31 de Enero último dice al Excmo. señor Capitán general de esta isla lo siguiente.—Excelentísimo señor.—En vista de la carta número 1.103 de 22 de Diciembre próximo pasado en que participa V. E. á este ministerio que por no haber justificado su existencia en dicho mes y tener la convicción moral de que se hallaba con los insurrectos, había dispuesto se diera de baja en las nóminas de su clase para el percibo de sus haberes al general don Modesto Díaz Alvarez, coronel don Francisto Heredia Solá, tenientes coroneles don Santiago Pérez Gómez y don Jerónimo de Castro Báez, comandantes don Máximo Gómez Báez, don Ceferino Martínez Mejía y don Juan Cruz Figueredo; capitán don Carlos de Soto Araujo; tenientes don Félix Marcano Alvarez y don Francisco Marcano Alvarez, y alférez don Ignacio Díaz Alvarez, procedentes todos de las reservas de Santo Domingo; el Gobierno Provisional ha tenido á bien aprobar lo dispuesto por V. E., previniéndole que una vez terminada la pacificación de esa isla no deberá admitir las solicitudes, caso de que en súplica de *re. fies* las hiciesen los individuos mencionados, á menos de que patenticen de una manera indudable la inocencia de su conducta.—Lo que participo á V. E. para su conocimiento y efectos consiguientes.—Lo que de orden de S. E. se hace saber en la general de este día para los fines de ordenanza.—El brigadier jefe de Estado Mayor, *Cárlos Navarro.*»

Distribución de fuerzas insurrectas.

Los rebeldes han hecho la siguiente distribución de fuerzas: Maceo combatirá en la provincia de Santa Clara, asumiendo allí el mando; Máximo Gómez se encarga del gobierno y de la guerra en el Camagüey, y Quintín Banderas operará en los límites de Matanzas y Santa Clara.

La disgregación de fuerzas apareciendo núcleos numerosos de partidas rebeldes cerca de Cárdenas, mientras que otras se hallan cerca de Sancti Spiritus, hace difícil encuentros decisivos y fácil los ataques á potreros y á ingenios; pero al mismo tiempo impide ataques serios por

parte de ellos, así como cualquiera intentona sobre poblaciones de alguna importancia.

El jefe de los rebeldes camagüeyanos, don José María Rodríguez (a) *Mayia*, á imitación de lo que Roloff ha hecho en las Villas, ha ordenado que los vecinos del campo adictos á la revolución, se alejen de las fincas inmediatas á la ciudad y á los campamentos, y que los que no simpaticen con la insurrección abandonen el campo, dando, al efecto,

ocho días de término para que se cumpla lo ordenado, en el concepto de que pasado el plazo sufrirán la pena de muerte los infractores.

Por este motivo están afluyendo á la ciudad y campamentos los pacíficos habitantes del campo, quienes no contando con medios de subsistencia; tendrán que ser socorridos por el gobierno.

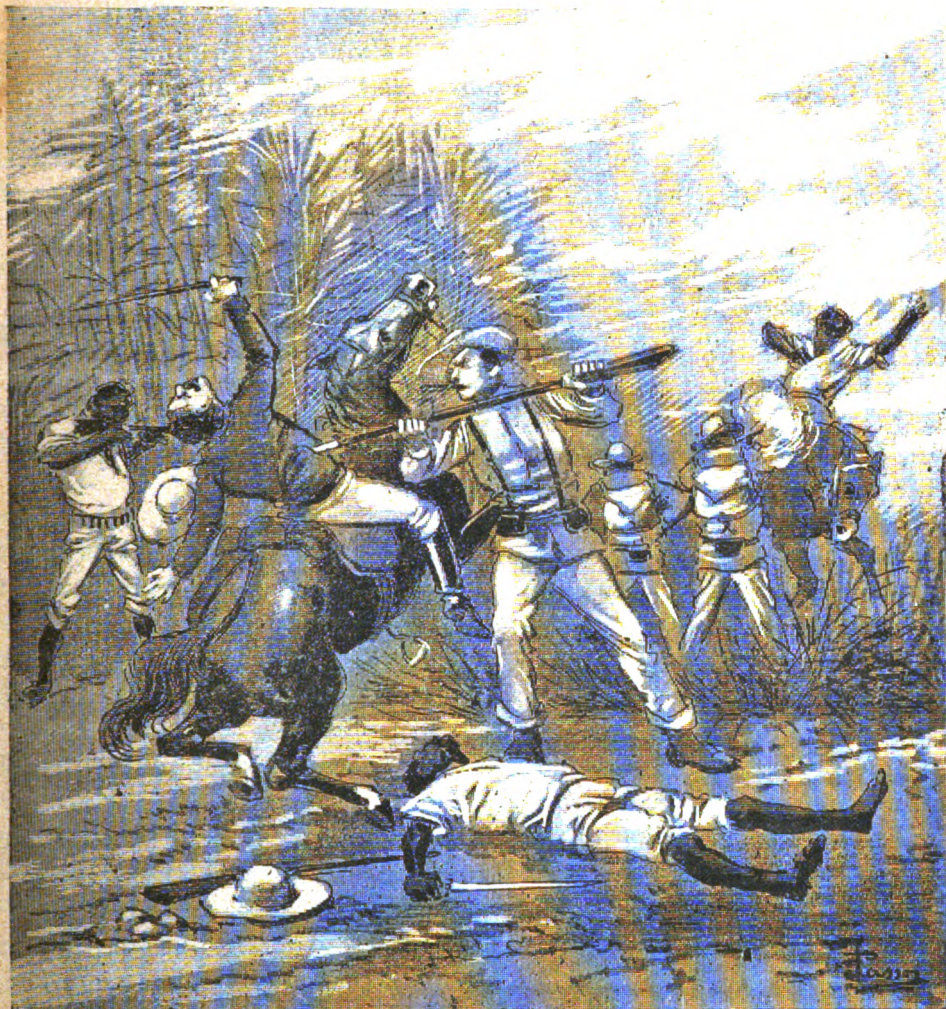
También ha ordenado *Mayia* que no se permita absolutamente la entrada en la ciudad de leche, carbón, leña, forraje, ni ningún otro

Una pequeña columna como de 40 hombres de infantería y 20 caballos... (Pág. 307.)

producto del campo, bajo pena de muerte á los infractores.

Se dice que algunos cabecillas han notificado á los campesinos de la comarca de San Diego del Valle (Santa Clara) una orden que les previene retirar lo más lejos posible las casas inmediatas á los caminos, así como la prohibición absoluta de dar conocimiento á las autoridades de la llegada de ellos á dichas casas.

FÍN DE LA PRIMERA PARTE.



(SEGUNDA PARTE)

I

FUSILAMIENTO DE UN DESERTOR



GNACIO Valdés Gómez, natural de la Habana, de 33 años de edad, soltero, de oficio talabartero, de estatura regular, blanco, de espesa barba recortada, entró á servir en la guerrilla del segundo batallón del regimiento de la Habana con el nombre de Manuel Santa Cruz, el 1.º de Mayo del pasado año. El día 2 del mismo mes desertó Valdés, llevándose consigo el caballo, montura, equipo, tercerola Maüsser y 150 cápsulas.

Cuaderno 61—I. II.

Precio 10 cent.

Ingresó en la partida de Miró y se halló presente, prestando servicios á los grupos revolucionarios en la acción de Canajan, en que fué herido el teniente coronel Arizón.

Todo el resto del tiempo que permaneció en la manigüa, ó séase hasta que fué hecho prisionero, en 5 de Julio, por la columna del general Echagüe, en Arenas (Tunas), se le destinó á una zona de cultivo.

Ignacio Valdés Gómez había sido condenado por la Audiencia de Matanzas á diecisiete años, cuatro meses y veintidós días de presidio y trasladado al departamento de la Habana, se fugó de éste cuando aún le faltaban por cumplir doce años y días.

A las nueve de la noche del 21, le fué leída la sentencia al reo por el juez instructor, primer teniente del segundo batallón de la Habana, don Miguel Martín Pérez.

Cuando á Valdés Gómez le leyeron el terrible fallo, solo tenía puesta una prenda de vestir; una mala camiseta gris cubría las desnudeces de aquel sér lleno de vida, que en breve iba á pagar con ella su deslealtad.

El estado de excitación nerviosa en que se hallaba era terrible, pronunciaba quejas incomprensibles, quería articular frases de arrepentimiento ó amenazas ó ahullidos lastimeros, ininteligibles, solo brotaban de sus labios.

Se le pidió que firmase la sentencia y se negó decididamente á hacerlo.

Y cuando se le indicara la necesidad de que cubriese su cuerpo con algunas vestiduras se dispuso á hacerlo con esta sola observación: «no habrán de ponerle más la ropa de soldado.»

En el mismo calabozo que ocupaba se le arregló la capilla cuyo altar era modesto, propiedad del regimiento de la Habana, en cuyo cuartel se encontraba el reo.

El piquete que había de formar en el acto de la ejecución fué mandado por el primer teniente de la reserva don José Jimeno y se componía de un sargento, dos cabos, un corneta y 20 guerrilleros de la misma fracción á que el reo pertenecía.

A las diez comenzó á tranquilizarse Valdés—cediendo un tanto su excitación nerviosa—y tomando una silla se sentó, á repetidos ruegos del padre Herránz.

A las diez y veinte llamó al capitán del cuartel don Manuel Alendés, y le suplicó mandase conducir á su presencia al maestro talabartero don Luis Melandieras, pues quería encargarle pidiese á su familia el modelo de una silla de montar por él confeccionado y que se envió á Chicago durante la Exposición.

A las diez y media llegó á la capilla el señor Melandieras, y Valdés Gómez le recibió afectuosamente, departió con él con suma afabilidad y le hizo los siguientes encargos:

Que escribiese á una de sus hermanas—cuya dirección le entregó—pidiéndole la fotografía de una silla de montar remitida á la Exposición de Chicago y que *aunque mamarracho* (palabras textuales) fué premiada. La fotografía—dijo—es obra de un capataz del presidio de la Habana.

Ya más calmado, de un nuevo ataque de excitación nerviosa, sostuvo amena conversación con el capitán Alendao.

—El año 89—decía—¡bien lo recuerdo! pasaba yo por Holguín en la cuadrilla de presidiarios destinada á los trabajos de canalización del río Cauto. Me impresionó vivamente la vista de Holguín. Lo atribuí entonces al recuerdo de mi madre, cuyas *holguineras* eran deliciosas. Más tarde, cuando deserté del presidio, fué mi primera idea trasladarme á esta. Era mi constante *barrenillo*. Hoy me lo explico: era mi estrella que me guiaba hacia el lugar donde había de desaparecer para siempre del mundo de los vivos.

Llegó á el cuadro y se dirigió á la bandera del segundo batallón, al que pertenecía, y al estar frente al comandante don Isidoro de Castro, le dijo: «¿Mi comandante, me perdona usted?» y entonces contestóle dicho jefe: «Sí, hijo, que Dios te perdone, como yo te perdono.»

Se le leyó nuevamente la sentencia, la que escuchó de rodillas, y en seguida se dirigió al sitio designado para tan trágico suceso; se reconcilió, cargaron los cuatro guerrilleros, dispararon y cayó al suelo Valdés; pero como de esta descarga no muriese, fué preciso darle el tiro llamado de *gracia*.

Seguidamente el coronel Ceballos dirigió unas sentidas y lacónicas frases á las tropas allí reunidas y empezó el desfile de las mismas.

Un testigo.

Un diligente corresponsal en campaña, que acompañó al general Suárez Valdés en sus últimas operaciones, da cuenta del siguiente diálogo, en el que se retrata el carácter de nuestros guajiros.

«No sé—escribe Ayala—si el general Valdés, en el parte oficial que dé del encuentro de las Nueces, consignará ó no las bajas hechas al enemigo, dado que no acostumbra á hacerlo cuando no las ve «con sus propios ojos»; pero como la información no tiene que ver nada con el parte oficial, yendo un corresponsal en la columna para tener impresiones propias, puedo decir que el enemigo en ese encuentro tuvo las bajas que se desprenden del siguiente diálogo que sostuve con un guajiro, por cuya casa pasó la partida, deteniéndose varios de ella breves segundos para tomar agua. Hay que tener en cuenta que cuesta más trabajo sacarle á un campesino una declaración que á cualquier hombre de Estado. Y se encuentran algunos con los que no hay diálogo posible.

- Buenas tardes; ¿qué tal por aquí, no le han quemado nada?
- Todavía no me han quemado naítica.
- Pero á usted no le quemarán la casa, porque serán conocidos.
- ¿Quién sabe? ¡Tóo pué suceder!
- ¿Y cómo á qué hora pasaron por aquí?
- Eso, ¿quién lo sabe? Figúrese que, como no hay mucho sol, no puede uno medir bié la hora.
- Bueno, ¿pero hace mucho?
- Ya hace bastante rato.
- Y dígame, paisano, porque yo tengo una disputa con un amigo,

los heridos que llevaban, ¿eran seis ú ocho? Yo creo que no pasaban de seis.

—De eso sí que yo no le puedo dar cuenta fija-mente, porque como uno está metío aquí en el monte, ¿sabe?, y se dedica á un trabajo...

—Eso sí, porque daba la casualidad que había tenido que traer la novilla que se me soltó hace lo menos tres días con hoy, y yo, aunque...

—Bien; pero usted, ¿no pudo contarlos?

—Si le he de decir la verdad pura, no, señor, porque pasaron asina, por esa vereda de largo huyen-do mucho... Pero aquí es-



—Me han herido aquí, pero no han podido vencirme... (Pág. 327).

tuvo tomando agua Sensión, que es compadre de Regina, desde que le bautizó el hijo antes de irse pa el monte, y dijo que no habían heridos más que cinco, pero que uno no tenía ná y que mañana ya estaba bueno.

—Ya ve usted, si es lo que yo decía, que no podían pasar de seis. Y dígame, los dos muertos no los traerían aquí, los dejarían enterrados.

—De eso si que no sé yo ni esto.

—(Regina, desde el colgadizo). ¿Tú ves, Juan Manuel? Ese era el que iba en el serón. ¿No te lo decía yo á tí?

—Mire, ni ésta ni yo sabemos ná; porque imagínese usted si no podía ir vivo, que era lo que yo le porfiaba á ésta.

—Bueno, paisano, adiós y gracias, y no tenga cuidado, que á usted no le queman la casa.

* * *

El convoy más importante de cuantos han cruzado el río Cauto desde el principio de la guerra, es el que, consistente en mil fusiles Mauser, 400.000 cartuchos y 70.000 raciones, salió de Manzanillo, custodiado por la columna del general Gascó, para Bayamo.

Ocupaba once embarcaciones y no tuvo la menor novedad en su curso, no obstante decirse de público que fuerzas rebeldes en número de cuatro mil, tenían ocupada parte considerable de la travesía.

Con tan importante operación se han completado las que vienen efectuándose hace meses en aquella provincia, para la distribución de nuevo armamento á las tropas, y el provisionamiento de las zonas militares.

Nuestro corresponsal en Manzanillo, nos suministra todos los detalles referentes á la acción que el día 29 de Diciembre, tuvieron nuestras tropas con los insurrectos. Estos datos vienen á completar el relato que habíamos hecho anteriormente y por eso los consignamos.

El día 29 de Noviembre, á las siete de la mañana, salieron del ingenio Tranquilidad, propiedad de la señora viuda de don Roque Reig—á tres cuartos de legua de Manzanillo—28 números de la guerrilla montada del segundo batallón del regimiento de Isabel la Católica, á las órdenes del primer teniente don Pedro Aguilar y González, alejándose del ingenio media legua hacia el interior, con objeto de hacer forraje.

Una vez llegada al punto que se proponía la pequeña columna, se procedió á establecer una avanzada de cuatro hombres en el punto que indicaba más peligro, y en esta operación apareció por el frente de dicha avanzada el enemigo, que se le echó encima y á caballo, dispersándose dicha avanzada, por no tener tiempo para otra cosa, pero sin que sonara un tiro, el cual le sirvió de aviso al grueso de la fuerza para aprestarse á la defensa.

No pudiendo hacer presa el enemigo de los cuatro guerrilleros, avanzó rápidamente, y á corta distancia intimó la rendición al pequeño número, que contestó con una descarga cerrada, mientras aquél, haciendo fuego, al propio tiempo daba el grito de «¡al machete, que están solos!»

Viendo la fuerza enemiga que aquellos héroes no sólo no se rendían, sino que no daban ocasión á que entrasen al machete, porque rechazaban á cuantos pretendían avanzar, cargó por el ala izquierda de la fuerza otro número superior, también de caballería, que se hallaba escondida en un cañaveral, y en esta sorpresa, víctimas de una descarga, cayeron heridos el primer teniente señor Aguilar, el sargento Heraclio Jiménez Calvo y el cabo Braulio Maillo, lo cual no fué obstáculo para

que cada cual siguiera en sus puestos, y formando el cuadro hicieron frente con valor sosteniendo á la fuerza enemiga.

Duplicada ésta y atacando por dos flancos, intentó varias cargas al machete, siendo rechazada por descargas cerradas y con la misma valentía de antes.

Viendo el enemigo la tenacidad de los guerrilleros en no rendirse, avanzó por la retaguardia de éstos, que formaba en un manigual otro crecido número de rebeldes, también á caballo, y entonces el teniente Aguilar, viendo la superioridad numérica y el grave riesgo que corría de ser copado, sin perder la serenidad buscó ventajas sobre el propio terreno: á pesar de tener ya un guerrillero muerto (que no abandonó), forma el cuadro nuevamente dando á tres caras y replegándose á una cerca de alambre que tenía á la derecha, donde formó un semicírculo, y ofreciendo de este modo el frente al enemigo y la espalda á la cerca, quedando él y el sargento en medio del grupo.

No se llevó empero á cabo este movimiento sin que el enemigo, viendo que la presa se le escapaba, se avalanzara por medio de un movimiento envolvente, ante el cual hubo, por parte de los soldados, verdaderos prodigios de valor.

Uno de ellos herido de machete en el brazo izquierdo, y rápido como una centella tira también del machete, y de un tajo separó la cabeza de su agresor; á otro soldado, herido y tendido en tierra, se le aproximó otro insurrecto para rematarlo, y de un tajo le abrió el pecho al caballo de éste, que cayó á pocos pasos; el asistente del teniente Aguilar fué envuelto por el enemigo después de batirse heroicamente, haciendo morir el polvo á varios enemigos, cayendo por fin prisionero.

También lo fueron dos soldados más, uno de ellos después de herido.

Mientras la pequeña columna se batía al pie de la cerca, abrieron un pequeño paso en aquélla para tener segura la retirada, y escaseándose las municiones salió rápido de la fila un soldado á buscarlas al destacamento del ingenio Tranquilidad, regresando con ellas y repartiéndolas entre sus compañeros.

El enemigo, efectuada esta operación, empezó á desanimarse y á retirarse, convencido de lo imposible de su empeño.

Auxilios.

Habiéndose avisado al general González Muñoz por un propio que le enviaron del destacamento del ingenio, salió inmediatamente para el lugar del suceso con fuerzas de Alcántara y la guerrilla volante que manda el capitán don José Fernández; también salieron los aguerriados tenientes don Bernardo Manzano con cuatro guerrilleros y Castellón, el coronel señor Sánchez Echevarría, que manda el regimiento de Isabel

Católica, y un oficial y catorce guardias civiles montados como escolta del general.

Cuando los auxilios llegaron al lugar del suceso, ya el enemigo había desaparecido, siendo, recibidos por aquellos valientes con un ¡Viva España!

El enemigo dejó en poder de los soldados un muerto.

Detalles.

Cuando el coronel Echevarría llegó hasta donde se encontraba el teniente Aguilar y le preguntó que «qué tal»; aquel se desabrochó la guerrera y enseñándole la herida de bala que le interesa el pulmón izquierdo, contestó á su coronel:

«Me han herido aquí, pero no han podido vencerme.»

Muerto: el soldado guerrillero, Pedro Porcel Gómez.

Heridos: teniente, don Pedro Aguilar y González Lauzán (gravísimo).

Sargento: Heraclio Jiménez.

Cabo: Braulio Maillo Domínguez.

Soldados: Juan Castillo Esparza (grave), Gumersindo Pérez Incógnito (grave), Juan Senti Bartolomé (grave), y levemente Juan Moreno Gago, Juan Muerto Torres Zurita.

Mientras parte de la fuerza que fué en auxilio atendía al soldado muerto y á los heridos se los trasladaba á esta población, dando sobre el terreno sepultura al muerto del enemigo, la otra parte se dedicó á perseguirlo y á practicar un minucioso reconocimiento en el sitio de la acción y sus alrededores, encontrando tres muertos del enemigo, así como catorce caballos, y entre ellos el del titulado brigadier, don Salvador Ríos. También se encontraron cinco caballos heridos, unos y otros con monturas y equipos. Al enemigo no se le pudo dar alcance.

Personas bien informadas hacen ascender sus muertos á diez y ocho, barajando entre ellos los nombres conocidos en Manzanillo de Manuel González Vázquez, José Millán, Camares y Riverón, suponiéndose que el número de heridos sea crecidísimo, porque la acción se desarrolló en un rectángulo plano de 100 por 60 metros.

Los cabecillas que atacaron á la reducida fuerza fueron el titulado brigadier don Salvador Ríos, jefe de aquella zona, y don Manuel León Antúnez, don Evaristo Rodríguez y algún otro, con fuerza montada de 250 á 300 hombres.

Bajas de la tropa. Dispersos, cuatro; prisioneros, tres; muertos, uno; heridos, ocho. Total, 16.

Fuerza que quedaba últimamente para combatir, 13.

El teniente Aguilar no dejó el mando de su fuerza hasta que llegaron los auxilios.

Los cuatro guerrilleros dispersos se presentaron en Calicito con sus armas.

Los tres guerrilleros prisioneros fueron desarmados por el enemigo y puestos en libertad, pasando al hospital el herido al presentarse en el ingenio Tranquilidad.

El general señor González Muñoz elogió sobre el terreno la heroica



... al propio tiempo, daba el grito de "al machete que están solos". (Pág. 325).

conducta de esos soldados, y les dió de su bolsillo particular dos centes á cada uno.

Y como prueba de hallarse satisfecho de su comportamiento, expidió una orden del día haciéndolo constar.

El primer teniente don Pedro Aguilar y González Lauzán es camagüeyano, sobrino del conde de Palatino é hijo del general Aguilar, que fué gobernador de Puerto Príncipe.

Nació el 18 de Abril de 1866, ingresó en el servicio en 1.º de Octubre de 1884, y es primer teniente desde 6 de Diciembre de 1889.

En una casa de campo, al final del rectángulo donde se desarrolló la acción cerca de Calisito, vive un pobre hombre de apellido Saborí.

Cuando empezó la acción se hallaba una hijita suya en la puerta de la casa, y al reconvenirle su padre para que entrara, una bala la atravesó dejándola muerta en el acto.

Cuenta uno de los soldados, que al principio fué hecho prisionero por la avalancha insurrecta; pero que cuando lo llevaban en precipitada fuga, volvió la cabeza para tratar de ver lo que era de sus compa-

ñeros y aun divisó aquel grupo de valientes que no cesaba de disparar y que entre todos en pié vió claramente los dos únicos que había vestidos de rayadillo, que eran el oficial y el sargento.

Cuando nosotros llegamos dice un corresponsal, el teniente Aguilar estaba tendido en tierra, muy pálido, pero animoso y tranquilo; la pérdida de sangre había sido mucha.

Un detalle de la mayor importancia es el siguiente. Al ver que po-



... un oficial y 14 guardias civiles montados, como escolta... (Pág. 327).

drían faltar las municiones, ordenó el oficial á un soldado fuera al ingenio á proveerse de algunas, y el soldado aquel, sin titubear ni un instante, arranca su caballo á escape, pasa por entre las filas insurrectas y vuelve á poco con cuantas municiones podía cargar.

En este hecho se revela el magnífico espíritu de disciplina de nuestros soldados, que á pesar de verse sin oficial y sin clases, obedecen ciegamente el mandato de su oficial herido y se disponen á vender caras sus vidas. Momento hubo en que la lucha fué cuerpo á cuerpo; pero no decae el ánimo y obligan á aquellos numerosos enemigos á replegarse y huir sin duda avergonzados y corridos ante aquel puñado de hombres.

El entierro del soldado muerto fué una manifestación espléndida, á la que concurrieron no solo todos los jefes y oficiales exentos de servicio, sino todo el elemento civil y muchos particulares. El duelo lo presidió el general González Muñoz en persona. El féretro iba materialmente cubierto de coronas, obsequio de distintos cuerpos, entre las que sobresalía una del general, con la dedicatoria siguiente: «Al valiente soldado Pedro Porcel Gómez, el general González Muñoz.»



II

La opinión de un autonomista



L señor Cabarroca, uno de los principales autonomistas de Las Villas ha dicho lo siguiente:

---«Es un error grande suponer que el partido autonomista se ha disuelto por haberse marchado al campo sus partidarios.

»Se habrán ido algunos; pero mientras V. no sepa que están en el monte hombres como Estévez, Abréu y Arencibia, de Santa Clara; Márcos García, de Sancti Spiritus; Pastor Valera, de Remedios; y otros de igual significación, puede afirmar que no hay en las partidas de las Villas personas de verdadero prestigio ni influencia.

»Por hoy, lo que existe en el monte es una anarquía. Ahora bien, si se prolonga este estado más allá de marzo, quizá la ola creciera, constituyendo un movimiento político.

»No soy revolucionario. Creo que el país tiene motivos de disgusto con los gobiernos; pero esa revolución es el suicidio del país, y yo amo á mi pueblo lo bastante para no contribuir á esa gran desgracia.

—«Puede V. tener la seguridad de que la guerra era para todos rechazada cuando se inició, y diga que es una guerra importada, porque no procedió ese trabajo de conspiración activa que es siempre precursor de estos movimientos; no hubo ese tacto de codos que precede al acuer-

do, y de que no le hubo- soy testigo de mayor excepción, porque yo no lo sentí, y por mi posición no habría sido de los últimos en apercibirme de haberle habido.

»El mismo Pancho Carrille, que tiene temperamento de guerrillero y revolucionario, conoció lo de Oriente estando en la Valla de Gallos, por haberle avisado un amigo de que le iban á prender, y tan lejos estaba del compromiso, que no tuvo inconveniente en advertirlo.

»Es una guerra importada que se aprovechó de la miseria del país y arrastró, entre aventureros inconscientes y obreros sin trabajo, esas masas que hoy van de un lado para otro sin concierto.

»Lo que le pasa al partido autonomista, es que no puede decir lo que ha evitado con la actitud serena y juiciosa de sus hombres. No suena más que lo que le perjudica, pero no se determina el beneficio que hace.

»Le pasa lo mismo al general Martínez Campos, á quien no conozco, pero cuya generosidad, desinterés y alteza de miras han contribuído en proporciones considerables á restar elementos valiosos á esa insurrección, que, repito, es una locura, que en cambio de no poder triunfar produce la ruína del país.

»No puede perderse de vista por el gobierno ni por nadie, sin embargo, la gravedad de la situación económica, revelada por la falta de crédito.

—»Hoy mismo se va á negociar un pagaré de persona cuya fortuna en el campo es grande, y no le aceptan ó le someten á un quebranto considerable; y esto, si la zafra no se hiciera, daría forma á tristes presentimientos, por cuya razón es necesario que la cosecha se recoja y se dé un golpe de muerte antes de marzo.

»Fíjese V., Santa Clara es un pueblo eminentemente autonomista, como lo demuestra que el Ayuntamiento tiene hace muchos años esa significación, á pesar de haber hecho los gobernadores lo imposible para cambiar su carácter, pues de Santa Clara no se ha marchado nadie de prestigio.

»Si de aquí se hubieran ido al campo los que pesan en el partido autonomista, la guerra tendría en Las Villas gravedad extraordinaria.

»Yo mismo arrastraría mucha gente con el hecho solo de tomar parte en la revolución.

»Por esto, cuando se recela del partido autonomista se hace muy mal.»

Los fondos de la insurrección.

Un diario norteamericano publica un extenso artículo acerca de la gestión de la Junta cubana de Nueva York y de la inversión de las cantidades recaudadas por ella.

Empieza diciendo que la Junta basó sus trabajos en el deseo de establecer una República en Cuba y que hubiera realizado su propósito á no haberse vendido muchos de sus jefes á las autoridades españolas. Esto lo saben los verdaderos amigos de Cuba, así como también que el movimiento actual no es sino una granjería para los que lo dirigen, en tanto que los que luchan en el campo están pobres y sin armas.

Según las deslumbradoras promesas, públicas y secretas de la Junta, la revolución tenía seguro el triunfo á los tres meses de estallar, y el plan de campaña quedó aprobado cuando todavía no se habían enviado refuerzos de la Península que pudieran oponerse al éxito esperado. Sin

embargo, la Junta ha invertido en empresas desconocidas el dinero suministrado por los patriotas y no ha hecho nada.

Dice luego el diario neoyorquino que el dinero no se ha empleado en fletar expediciones, ni en compra de armas ni municiones.

Enumera á seguida los clubs cubanos de los Estados Unidos: En Cayo Hueso existen 63; en Tampa, 15; en Nueva York, 10; 7 en Méjico; 6 en Filadelfia, Ocala y Jamaica; 4 en Atlanta; 3 en Nueva Orleans y 1 en Boston, Santo Domingo, Jacksonville, Thomarville, Chicago, Brooklyn y Panamá.

Se establecieron hace ya cinco años, y se comprometieron

á dar el 10 por 100 de sus ingresos semanales, para contribuir al triunfo de la causa revolucionaria. Este donativo se trocó más tarde en un día de haber semanal á petición del partido revolucionario. La mayoría de los *clubistas* son tabaqueros.

Desde los comienzos de la revolución en febrero pasado, la Junta ha hecho salir para Cuba 16 expediciones. Diez de ellas costaron muy poco, y no tuvieron resultado alguno para la revolución. Los hombres enviados se calculan en 800, y de tan malas condiciones para la guerra, que fué preciso pedir que solo fuesen jefes. La mayor parte de estos reclutas se pagaron sus gastos á ruego de la Junta.

Céspedes logró, á mediados de julio, reunir cierto número de hombres con objeto de llevarlos á Cuba; y como la Junta dijo que no tenía dine-



... haciendo morder el polvo á varios enemigos... (Pág. 326).

ro, fué preciso abrir suscripciones para que la expedición saliera en octubre.

Muchos cubanos, en los primeros momentos, se ofrecieron á salir para Cuba, sacrificando sus propios intereses; pero la Junta les manifestó que sus servicios no se habían solicitado.

Los caudillos que dirigen la campaña son todos extranjeros: Máximo Gómez es de Santo Domingo, y es autor además de un libro en el que se demuestra que no es posible á Cuba conquistar la libertad por medio de una revolución. Rolooff es polaco y anarquista. El fué quien ideó el empleo de la dinamita en la campaña; Dionisio Gil es dominicano, y dos cabecillas más nacieron en Venezuela. No son, pues, todos ellos sino aventureros, sin arraigo ni antecedentes en Cuba, y sólo buscan el modo de apropiarse lo que puedan durante la guerra, y en caso de que triunfe la insurrección aquello que tengan por conveniente.

El ejército de negros consta de cuadrillas de facinerosos, que incendian pueblos y que ultrajan mujeres y niños donde quiera que van, pues la guerra sólo significa para ellos la satisfacción de todos los apetitos y de todos los odios de raza; como que nada de cuanto ha pasado en la campaña chino japonesa puede igualar á las atrocidades cometidas por esas hordas de malhechores en Cuba en nombre de la libertad.

El artículo termina preguntando cuánto dinero ha dado la Junta para sostener á esos bandidos; qué ha sido del dinero recaudado, y cuánto durará esta revolución de granjerías, de infamias y de crímenes.

*
*
*

Las impresiones que ha recogido en Cadiz nuestro corresponsal, de los viajeros llegados en el Correo de la Gran Antilla son las siguientes:

Hay que hacer una salvedad, á saber, que sin excepción de clases, todos están conformes, en lo que respecta al soldado español, siempre sufrido y resignado; dispuesto á la lucha, pronto al sacrificio cuando el deber lo exige, sobrio en sus necesidades, valeroso en el peligro y mártir, en una palabra, de sus deberes para con la patria.

Ni las privaciones materiales que necesariamente se sienten en las guerras, ni las largas y penosas marchas por terrenos pantanosos, con los pies llagados y á veces descalzos, caminando con las ropas empapadas en agua y sudor, viendo á cada paso caer á un compañero, bajo el peso de la fiebre, para no levantarse más, ni otras tantas calamidades como allí sufren, imponen tibieza en su ánimo, que antes al contrario, el soldado aparece cada vez más grande y más valiente, viendo en el compañero que cae una nueva ofensa que vengar, un nuevo motivo para que se desarrollen sus afanes de lucha, pocas veces conseguido en buena lid, porque el filibustero hiere por la espalda cobardemente y no se pre-

senta con la nobleza que debe reconocérsele á los enemigos, cuando pelean frente á frente.

Así se da el caso, no pocas veces, de que las heridas de bala que reciben nuestros soldados sean por la espalda, y está comprobado por cuantos asistieron al teatro de la guerra que los insurrectos atacan casi siempre por retaguardia.

El teniente coronel del batallón de la Constitución, señor Echenique, trae una bala enemiga que hirió á uno de sus soldados en la columna vertebral, dejándole muerto.

Hay otro detalle que también confirma que causa más estrago el clima que las balas. De 900 hombres que tenía el batallón arriba citado, fueron baja 300 en tres meses, por consecuencia de la fiebre amarilla; y *La Lucha*, de la Habana, ha dicho resientemente que las bajas por muertes ó enfermedades de nuestro ejército, desde los comienzos de la guerra, ascienden á 14,000, cifra que si en un principio pareció exagerada por las opiniones del periódico citado, fué considerada luego como verídica.

Es rigurosamente exacto que Maceo aconseja á sus parciales que rehuyan los encuentros, y él mismo da el ejemplo evitándolos, porque se propone, como han dicho los corresponsales telegráficos, cansar á la tropa, impedir la zafra y dar tregua á la campaña para que los estragos sean mayores en la época en que la fiebre amarilla está en su período álgido.

No hace mucho tiempo un distinguido militar se encontró á muy corta distancia de Maceo. Avanzó con cerca de 1.000 hombres que llevaba con Matússer y abundantes provisiones, y cuando el cabecilla se hizo cargo de que iba á empezar el ataque, desapareció con sus parciales por sitios que solo él conocía, dejando burlados los propósitos del jefe militar de referencia.

La expectación que existe hoy en la gran Antilla y la ansiedad que se experimenta por conocer el resultado de las operaciones emprendidas, no tiene límite.

Los hacendados de la isla quedaban á la salida del vapor con la esperanza de que Maceo fuera copado, como única solución para llevar á efecto la zafra, pero ese codiciado propósito es de difícil realidad, según opiniones.

El nombre de Maceo es temido en toda la isla. Hombres de campo, hasta de los más leales á España, prestan, si se les exigen, sus servicios al cabecilla, por el terror que éste infunde; los ricos y los hacendados le guardan también respeto por recelo de venganza.

La política de atracción que sigue el general—decía un pasajero—todo el país la detesta, sin distinción de clases. Hace falta mucho rigor si aquello ha de terminarse pronto, pues de lo contrario no adelantaremos un paso.

Esa política de atracción es la causa de que en la misma capital de la isla existan focos separatistas; y en los cafés y otros establecimientos públicos puede escuchar el que no sea sordo, cómo se manifiestan sin recato ni pudor las simpatías por los insurrectos, y casi á diario se tiene noticia de tales ó cuales jóvenes de familias acomodadas que marchan al campo enemigo.

Otros focos principales de laborantismo existen en las repúblicas americanas y en algunas de ellas, como en Santo Domingo, se califica de guerra santa la que hacen los insurrectos. Vivo está aun el recuerdo del cónsul español que fué allí destituido por supuesta complicidad con aquellos.

Los desembarcos de hombres y armas para la insurrección se hacen frecuentemente, aun que no en la proporción que ellos quisieran porque no tienen los grandes elementos que se necesitan, pero se precisa mayor vigilancia en las costas para evitarlos por completo; esto es, más barcos, porque los que hay hasta ahora, con ser muchos, no son en absoluto bastantes para la extensa vigilancia que se requiere.

Los ocho vapores con tropas que han llegado recientemente á la isla, y el rompimiento, ya confirmado de Maceo y Massó, por diversidad de criterio en operaciones militares, han reanimado el espíritu público, haciendo concebir esperanzas de próximo desenlace favorable para nuestra causa.

Que así sea es de desear, para que no se confirmen las siguientes frases que se le atribuyen á Maceo, dichas una tarde en que rodeado de su estado mayor, hablaba de la campaña y de su éxito, si lograba prolongarla mucho tiempo.

—Tengo tres magníficos, excelentes generales, para combatir contra el ejército español, que son: Julio, Agosto y Septiembre.

De paso para Ceuta han llegado á Cadiz á bordo del Alfonso XII los separatistas Julián Bauza, de 18 años; pertenecía á la partida de Roberto Bermúdez, y fué preso por nuestras tropas en el rancho Veloz, término de Sagua, en cuyo sitio quedóse rezagado.

Abraham Conté, de raza negra, preso en el ingenio de Santo Domingo.

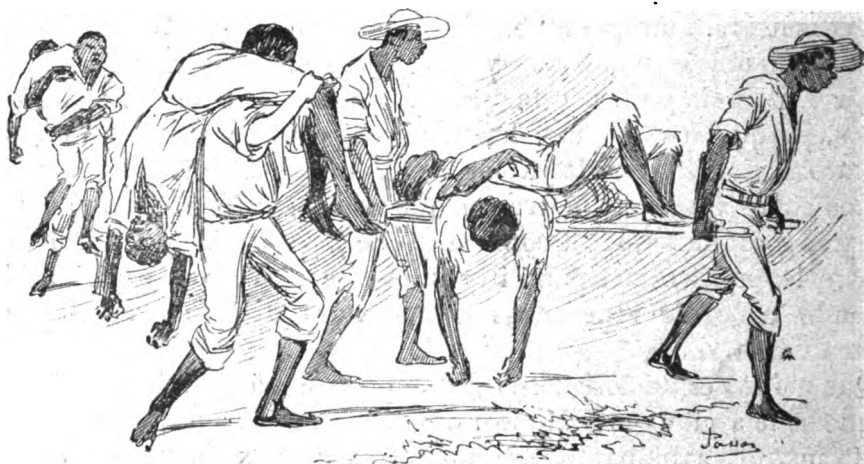
José de Seran, natural de Canarias, preso en Sagua; éste y el anterior eran espías del enemigo; y Ramon Soto, perteneciente á la partida de Federico Toledo, hecho prisionero en la acción sostenida en Loma de Santander.

Algunos periodistas han tratado de celebrar una interview con los ~~ciudadanos~~ filibusteros, quienes recibieron de muy mala gana á los periodistas, negándose á contestar sus preguntas y renegando de España en términos duros.

* * *

Con verdadero sigilo y una habilidad admirable realizó el coronel Hernández una de esas operaciones que si su importancia material no es inmensa, tienen, en cambio, un efecto moral de suma importancia, pues prueba al enemigo lo que son y lo que valen nuestros soldados, y que frente á la agilidad y astucia está la astucia y la agilidad de jefes tan conocedores de esta guerra, como lo es el digno coronel Hernández.

A las tres salió la columna del Santo, donde algunas horas después era enterrado el cadáver del infortunado soldado Jacinto Gargallo, bravo soldado de Galicia. Con las carretas vacías, todos supusieron se iban á conducir éstas á la Enrucijada. Llegada la columna al embarcadero, pernoctó allí.

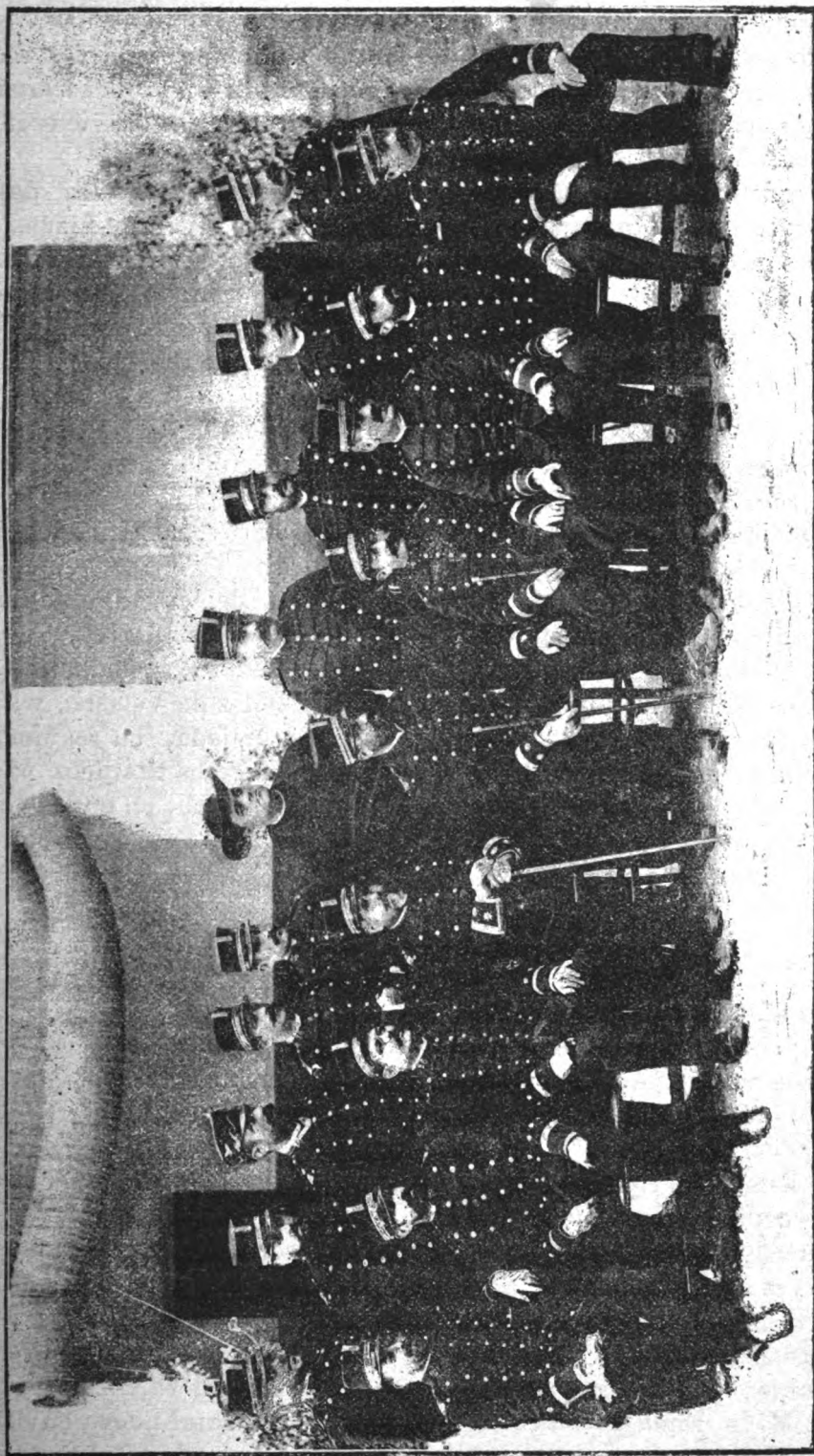


Los insurrectos retiran los heridos y muertos.

A las once y media de la noche el capitán de Estado Mayor Ortiz Cabana y oficial de órdenes teniente Amado transmitieron las disposiciones convenientes para que la columna se dividiera en dos, conduciendo una parte, según lo dispuesto por el coronel, el primer jefe de Extremadura, señor Pascual, que llevó las acémilas y carretas á la Enrucijada, y marchando con 180 hombres á San Juan de Truffin, donde después de cuatro horas de una marcha penosísima, con más de tres palmos de lodo, se llegó, sorprendiendo al enemigo. Con una rapidez admirable dispuso el coronel Hernández el ataque al demolido ingenio de San Juan de Truffin, donde 400 insurrectos, locos de espanto, buscaban su salvación en la huida, y en la que hacía un fuego nutrido. La sección de las Navas al mando del comandante Pérez Blanco, rompió el fuego por descargas sobre el batey mientras la Guardia civil y caballería de Sagunto lo iban envolviendo por la derecha.

El bravo teniente Ortega de Armas fué uno de los primeros en pasar la alambrada bajo el fuego enemigo. A los pocos minutos sonó el toque

Embarque del día 13 de Febrero.



Oficialidad del batallón de Albuera.

Cuaderno 62—r. II.

Precio 10 cent. =

del cornetín de órdenes lanzando las notas de «ataque,» y las Navas y la caballería, protegidos por la tercera de Galicia, se lanzaron á él entrando en el batey, á la cabeza de todos, el brave coronel Hernández, seguido del comandante Pérez Blanco, capitán de estado mayor y tenientes Amado, Huidobro y Rodríguez.

Al mismo Cortiña algunos momentos antes se le vió huir despavorido, y se supone fué herido por el nutrido fuego que se le hizo.

Se continuó durante media hora la persecución del enemigo con nutridas descargas, dejando aquél dos muertos, y llevándose, según buenas noticias, de 17 á 20 heridos.

Las bajas de la columna fueron dos soldados heridos y 23 contusos.

Un detalle: el cabecilla Cortiña había reprendido la víspera de este hecho á su gente por lo cobarde que estuvieron al atacar el convoy en Cavarroca.

¿Qué dirán ahora los subordinados del *bravo general* al verlo huir despavorido sin dar una sola orden á su gente?

Probado queda una vez más que la táctica del enemigo consiste en huir, salvo en aquellos casos de 10 contra uno ó á mansalva.

La conducción del convoy ha puesto de relieve las brillantes cualidades del jefe de la columna el coronel Hernández de Velasco, y su paso por la comarca del Santo, Calabazar y Encrucijada, ha reanimado el espíritu de los buenos patriotas que hacen esfuerzos titánicos para auxiliar en la medida de sus fuerzas al jefe de la zona, en cuyas dotes de mando y celo exquisito confían para devolver á esta rica jurisdicción la tranquilidad perdida.

Los padres de Valenzuela.

Su aflicción es inmensa.

—¡Yo, que esperaba abrazarle para enero y salir á esperarlo á una estación vecina para que nadie me robase su primer abrazo!

Esto decía entre sollozos la desdichada madre del malogrado héroe de Ojo del Agua.

—Estaba escrito que no habíamos de volverle á ver—exclamaba el padre conteniendo el llanto.

Sucedíanse los abrazos silenciosos y los sentidos apretones de manos cada vez que llegaba un amigo ó algún entusiasta del valor de aquel bizarro militar.

Grande ha sido su desgracia, pero grande é imperecedero el recuerdo que en los fastos de la guerra de Cuba deja impreso Valenzuela.

S. M. la reina al tener conocimiento de la fatal nueva envió á uno de los oficiales del cuarto militar á casa de los padres del finado para

que en su nombre les manifestara el profundo sentimiento que embargaba su ánimo por tan irreparable pérdida.

También el señor ministro de la Guerra general Azcárraga, les ha enviado el pésame con uno de sus ayudantes.

Son infinitas las pruebas de adhesión y sentimiento que los padres de Valenzuela están recibiendo estos días.

* *

Las señoras de la capital de la pequeña Antilla han bordado una riquísima bandera de combate para el cañonero de primera clase «Ponce de León», que se ha construído en Glasgow.

El acto de la entrega de la insignia patria fué muy solemne, según lo describen los periódicos portorriqueños últimamente llegados.

El alcalde de San Juan de Puerto Rico, señor Potous, interpretando los sentimientos de aquella leal población, pronunció con tal motivo un elocuente discurso, del que reproducimos este hermoso párrafo:

«Delante de este pequeño casco que extiende por los mares el territorio español, delante de esta bandera que ha proyectado su sombra en el mundo entero, desde las heladas márgenes del Báltico á los arenales del Africa abrasada, desde las placenteras playas de la Grecia y del Asia Menor hasta los remotos pantanos de la Cochinchina, á la que debe casi exclusivamente su civilización el rico continente americano y la mayor y mejor parte del novísimo cuanto placentero mundo marítimo, afirmamos una vez más nuestro amor á España, declarando solemne y formalmente nuestro constante deseo de ser una parte integrante, un miembro propio de la nación española, que no puede cortarse ni arrancarse sin que resulte una mutilación que, aunque no produzca la muerte, constituye una desgracia horrible para el cuerpo que la haya de sufrir.»

* *

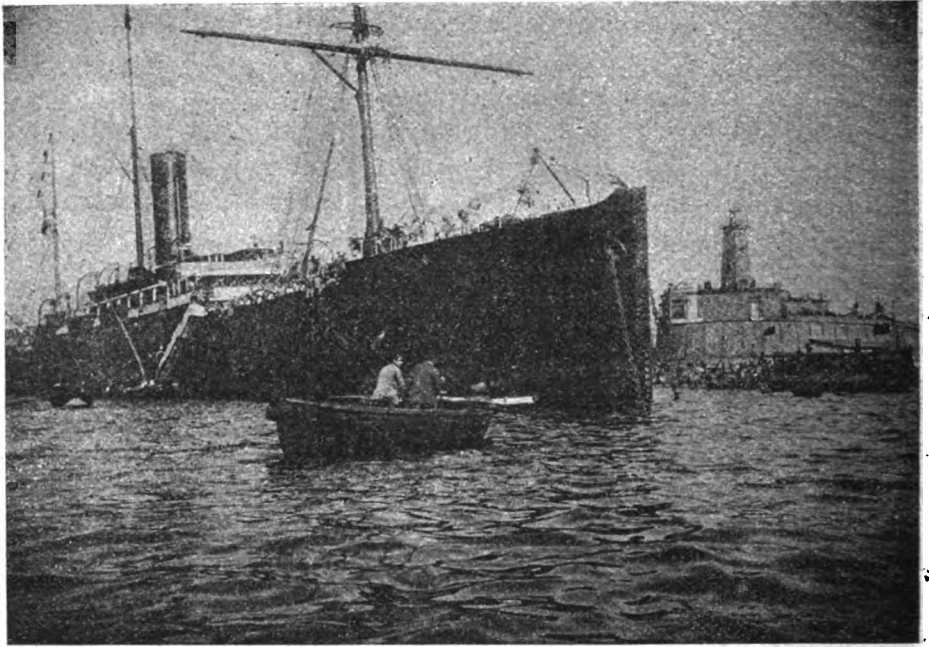
«Collazo con 115 expedicionarios, entre ellos los titulados comandantes Rodríguez, Vázquez, Cuspiére, el célebre químico Julet, que tiene inventos que han de sorprender al orbe, O'Farrill, Dres. Antigas y Neyra, se encontraban hace un mes en *Cabo Sable*, punto deshabitado y distante de aquí unas 40 millas, esperando el vapor que los había de conducir á Cuba.

Conocida la idea de los expedicionarios, para que el fracaso fuera completo, era preciso darles el golpe de gracia en el momento preciso, porque así éste era contundente y les acarreaba todo el gasto de cosa realizada.

Así fué; en el momento oportuno, cuando el vapor, con cuatro caño-

nes, 200,000 cartuchos de fusiles y rifles, dinamita, medicinas y otros pertrechos de guerra, se disponía á tomarlos, se denunció el hecho, saliendo inmediatamente un guardacostas para el lugar, deshaciendo todos los planes.

Al efectuar el desembarco la tripulación del guardacostas, vieron huir á los expedicionarios hacia el monte, cargando cada uno de ellos con los pertrechos que pudo, dejando el resto en el campamento; en éste se apoderaron los marinos de 2.000 cartuchos, 200 disparos eléctricos,



Vapor San Fernando recibiendo á bordo á los batallones de Almanza y Albuera.—Día 18.

cien pares de zapatos nuevos, hamacas, mantas y otra porción de enseres propios de campaña.

También condujo el guardacostas á un joven de 18 años en lamentable estado de salud.

El vapor no ha sido habido, y lo mismo puede haber arrojado los pertrechos al mar por no poder entrar en ningún puerto con ellos, como haberse lanzado á la aventura de querer desembarcarlos en Cuba; veremos lo que resulta.

Al siguiente día, en grupos de quince y veinte, fueron llegando en pequeñas embarcaciones que les mandaron los jefes de la *cosa cubana* en esta ciudad, habiéndolo realizado ya la mayor parte, incluso los titulados jefes que dejo mencionados, á excepción de Collazo, que no se sabe de fijo donde se halla, á pesar de asegurarse que está aquí con los demás.

Los expedicionarios, en su mayor parte jóvenes de familias pudientes de la Habana, como el hijo del conde de Diaña, Cárdenas, O'Farrill, Lezpa y otros, que hacen muy buenos muchachos de salón, pero muy malos soldados, han llegado en deplorable estado de salud y trajes.

La mala alimentación, los mosquitos, el ejercicio militar, guardias, etcétera, á que los tenían sujetos en el improvisado campamento, se aviene mal con estos señoritos, y por ello su salud se ha resentido mucho.

La denominación que tendrán en campaña estos pollos—si á ella llegan—será «Rifleros de la acera.»

Por ahora tendremos ocho ó diez días de calma, mientras reponen sus fuerzas y estudian el nuevo plan de expedición; luego la salida en grupos para los cayos, la espera del vapor, las vicisitudes citadas, la agonía natural del que hace algo malo y espera lo necesario para realizar su deseo, la nueva captura, etc.

Propios y extraños comentan muy favorablemente la actividad de nuestro ministro en Washington, así como la del cónsul y vice cónsul en esta, que no descansan día y noche deshaciendo planes filibusteros.

Bien por todos, puesto que vemos el provecho de sus esfuerzos.

Esta es la tercera vez que nuestras autoridades allí han hecho fracasar esta expedición, que á estas horas les cuesta á los mambises más de ciento cincuenta mil duros.»



III

TROPAS EXPEDICIONARIAS



RAIZ del nombramiento del general Weyler para el mando del ejército de operaciones en Cuba, acordó el Gobierno, en vista de las exigencias de la guerra, enviar nuevo contingente de fuerza.

El ministro de la Guerra, general Azcárraga, dispuso todo lo necesario y con una actividad digna del mayor elogio, combináronse los embarques, en la forma que indica el siguiente cuadro:

Día 12, de Cádiz, cazadores de Tarifa, vapor «Cataluña».

Idem 12, de Barcelona, batallón de Otumba, vapor «San Francisco».

Idem 13, de Coruña, batallón Luzón, vapor «Montevideo».

Idem 13, de Cádiz, Reina y Wad-Rás, vapor «Buenos Aires».

Idem 13, de Barcelona, Almansa y Albuera, vapor «San Fernando».

Idem 13, de Alicante, batallón Princesa, vapor «San Agustín».

Idem 14, de Vigo, batallón Murcia, vapor «Montevideo».

Idem 14, de Barcelona, batallón Guipúzcoa é Infante, vapor «Colón».

Idem 15, de Cádiz, batallón cazadores Arapiles y Covadonga, vapor «León XIII».

Idem 18, de Santander, batallón Llerena y Garellano, vapor «Alfonso XII».

Idem 19, de Santander, resto Garellano y Lealtad, vapor «Santa Bárbara».

En efecto, el día 12 á las diez de la mañana, llegó de Jerez á Cádiz el batallón de cazadores de Tarifa.

El recibimiento que se hizo á la tropa supera á toda ponderación.

Esperaban en el andén de la estación, el general Castillejos al frente de varias comisiones militares y civiles, y un gentío innumerable.

La despedida de Jerez fué magnífica. La población entera acudió á la estación prorumpiendo en vivas al ejército, á España y á Cuba española.

En las estaciones del tránsito se repitieron las ovaciones á los cazadores.

Inmediatamente se llevó á cabo el embarque en remolcadores, haciendo penosa la operación un Levante impetuoso que con dificultad permitía el atracar al costado del trasatlántico «Cataluña».

En la puerta del muelle tocaba una música militar y una charanga de cazadores, mientras llenaban los aires vivas atronadores.

El teniente coronel jefe del batallón de Tarifa don Antonio Cano abrazó á los jerezanos que fueron á despedirle.

El maestro de escuela señor Ibáñez, fué aclamado con gritos salidos del corazón del pueblo.

Un accidente ocurrió al embarcar las tropas, que pudo tener fatales consecuencias.

Cuando el vaporcito «Trocadero» se hallaba ya al costado del «Cataluña», se rompió el cable de remolque, saliendo disparadas de garete las dos barcasas que llevaba, cargadas de soldados.

Cuantos estaban en el muelle sufrieron una violenta emoción durante algunos instantes, mientras los vapores auxiliares de la Trasatlántica y el vapor «Trocadero» salían con toda la rapidez posible al encuentro de las barcasas, impelidas sin gobierno.

Por fortuna, los patrones de las barcasas no perdieron la serenidad y dieron fondo instantáneamente, aguantándose al poco rato sobre las anclas, y evitando de esta manera las desgracias que eran de temer.

La serenidad y acierto de los patrones fueron unánimemente celebrados, pues supieron evitar todo riesgo mientras llegaban los auxilios.

En cambio, fué censurada la disposición de hacer fondear tan lejos del muelle los vapores de la Trasatlántica en días de embarque de tropas.

El gobernador militar se ha quejado otras veces de ello.

En todos los trenes llegaron familias de Jerez á despedir los cazadores de Tarifa.

En la despedida que les han hecho ha habido rasgos de cariño indescriptibles.

Los alumnos del colegio de San Juan habían reunido mil reales, que

los entregaron al coronel Cano para el primer soldado del batallón que se distingua en la campaña.

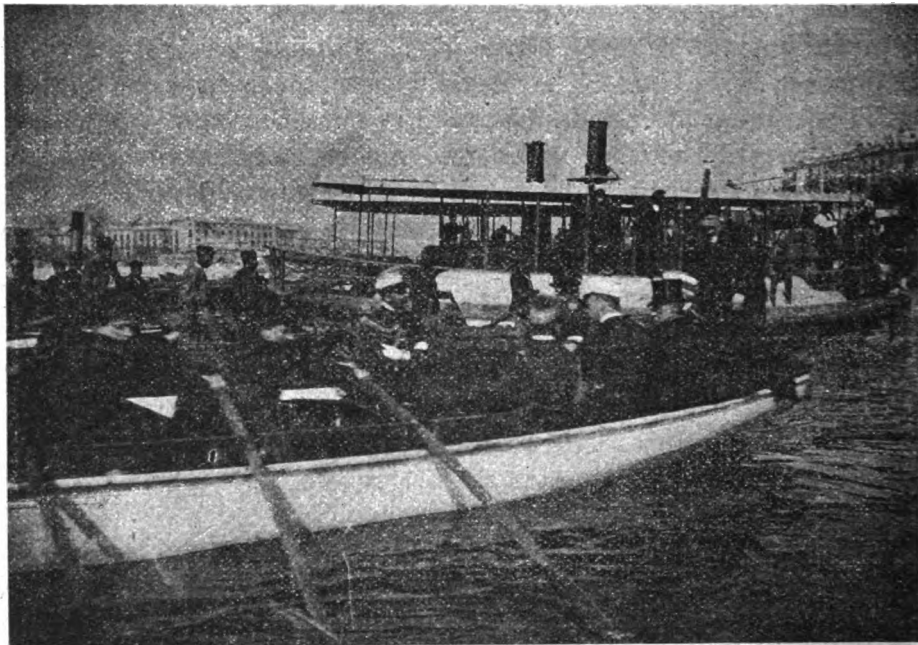
En la oficina del Giro Mútuo se presentó un soldado á cobrar una libranza. Pero se le negó el pago por falta de aviso. Un sacerdote que estaba presente abonó en seguida la cantidad.

Numerosos grupos esperaban en el muelle y en las murallas á que zarpare el «Cataluña.»

El estado del mar impedía salir en botes como en otras ocasiones.

A las cuatro y media zarpó el vapor «Cataluña.»

Llevaba 3 jefes, 28 oficiales, 37 sargentos, 1,037 soldados del bata-



Autoridades civiles y militares, dirigiéndose á bordo.—Día 18.

llón de Tarifa, 20 jefes y oficiales de distintas procedencias y 53 pasajeros.

Los soldados iban animosos y contentos.

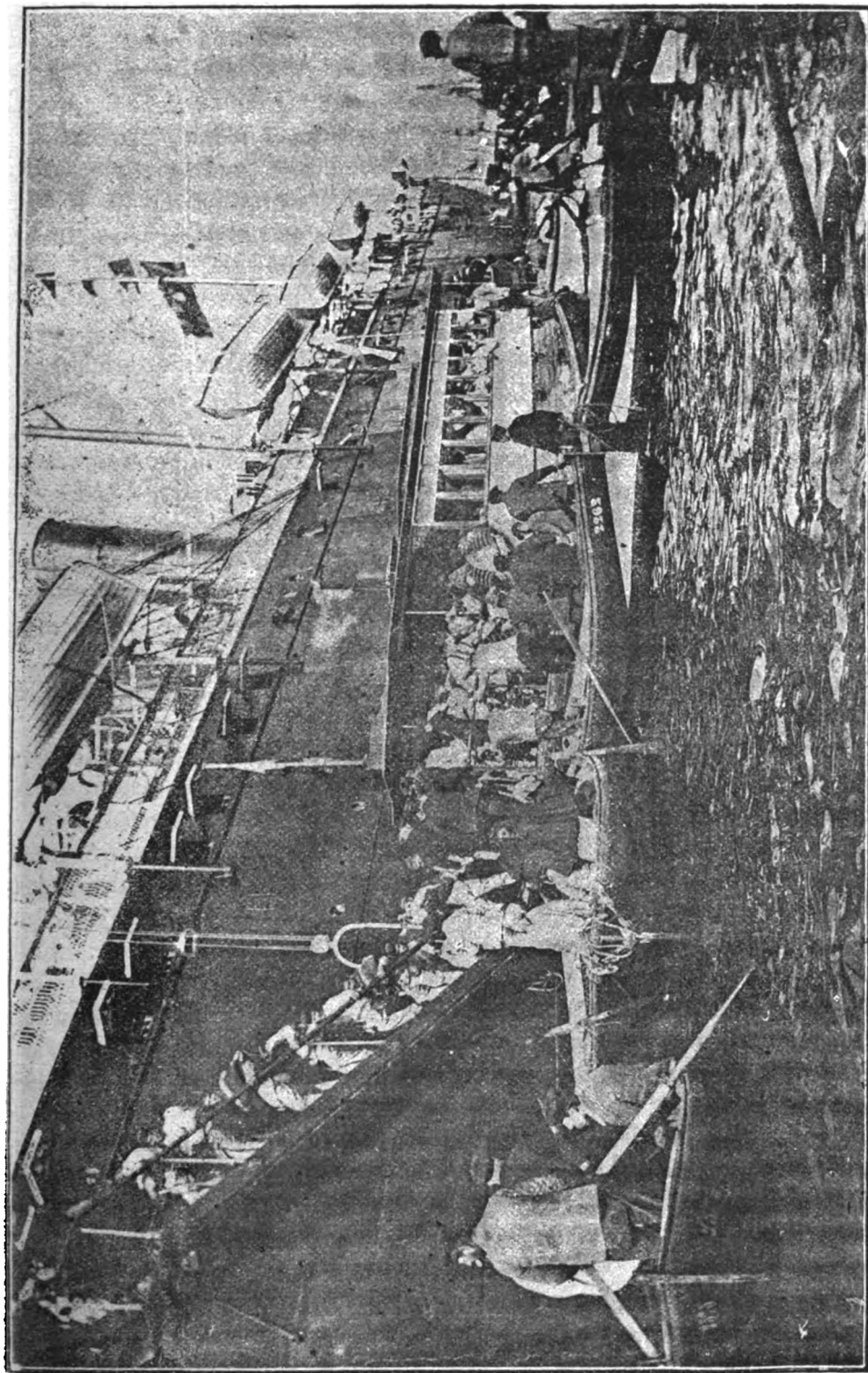
La tarde del día 11 salieron de Madrid hacia Cádiz las tropas expedicionarias que componen el batallón de Wad-Rás.

La Cuesta de San Francisco, calles de Bailén, Mayor, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo y paseo del Prado, estaban totalmente llenas de público que aguardaba el paso de las tropas.

Al salir del tren, resonaron vivas á España y al ejército.

Entre la multitud reunida en los andenes de la estación se hallaban los generales Azoárraga, Martitegui, López Dominguez, Primo de Rivera y otros, además de todas las autoridades civiles. La despedida ha sido entusiasta.

Expedición del día 14 de febrero.



Embarque del batallón de Guipúzcoa.—Vapor Colón.

A las cinco salió para Cádiz el batallón expedicionario.

Se comentó mucho que no hubiese bajado á despedir á las tropas el general Martínez Campos.

Una señora colgó un medallón del cuello del coronel, y entonces un caballero le entregó la cadena del reloj, de valor bastante apreciable, diciendo que la regalaba al coronel; pero éste contestó que de ello haría presente al primer soldado del batallón que se distinguiera en Cuba.

El día 13 á las tres y media de la tarde salió de Madrid el batallón de Covadonga, tributándose una despedida cariñosísima.

Al pasar por frente á Palacio, estaban Sus Majestades en el balcón.

Las tropas saludaron á las reales personas y dieron repetidos vivas á España y á los reyes, en tanto que éstos respondían al saludo de los defensores de la patria.

En la Puerta del Sol y en la Carrera de San Jerónimo, una muchedumbre enorme impedía casi el paso á las tropas. Las aclamaciones se sucedían sin interrupción.

Cuando el batallón pasó frente al Congreso, la música tocó la marcha Real, las tropas saludaron y todos los diputados que se habían reunido en el vestíbulo y en el pórtico, se descubrieron, en tanto que atronaba los aires un ¡viva España! proferido por millares de voces. Fué un momento solemne.

Después las tropas continuaron por el Prado y el Botánico hasta la estación, donde á las cinco embarcaron.

En los andenes y para despedir á los expedicionarios, había los generales Azcárraga, Primo de Rivera, Sánchez, Gómez, Martitegui—éste en representación de S. M. la Reina Regente—y otros varios.

Casi todos los balcones de las calles por donde pasó el batallón estaban engalanados. Mucho entusiasmo en el público y buen talante en los soldados.

Los soldados de Covadonga han recogido infinidad de dinero. Además de la importante suscripción del comercio madrileño, varias señoras les han repartido hoy dinero á razón de una peseta por individuo; una señora daba dos pesetas á cada uno de los soldados, que han correspondido á las demostraciones de cariño y de entusiasmo con manifestaciones semejantes.

En Getafe ha sido despedido también magníficamente el batallón de cazadores de Arapiles.

Se han repartido entre los soldados tabacos y dinero, producto de los donativos de la reina y varios particulares.

* * *

Procedente de Castellón de la Plana, llegó á Barcelona el día 12 á

las 10 de la mañana el batallón expedicionario de Otumba, á quien recibió en la estación el comisario de guerra don César Costa, el capitán de estado mayor don Ignacio Despujol, otros militares y algunos parientes y amigos de los que marchan á lejanas tierras á defender la integridad de la patria.

La plantilla de los jefes y oficiales del batallón expedicionario es la siguiente:

Teniente coronel, don Luis Nueveiglesias López; comandante, don Juan Aragonés Carsi; capitanes: don Juan García Orovio, don Luis Rodríguez Gallén, don Joaquín José García, don Francisco García Cardona, don Francisco Gómez Estrada y don Rafael Núñez Morales; primer teniente, don Antonio Sanz Masana; segundos tenientes, escala reserva: don Mariano Guirao Gambín, don Vicente Mallens Albalat, don Vicente Estévez Monzabal, don José Álvarez Reus, don Eusebio Pastor Luis y don Lorenzo Miró Margalet; segundos tenientes, escala activa: don Antonio López Martínez, don Rafael Bernabéu Masip y don Antonio Trucharte Samper; segundos tenientes, escala reserva: don Miguel González Salinas, don Juan Navarro Pardo, don Gabriel Izquierdo Silva, don Juan Frau Gasco, don Bartolomé Caro Ibáñez, don José Albertos Rodríguez, don José Estévez Calcines y don Julián María del Pozo; segundo teniente reserva gratuita, don Antonio Hernández Mata; médico primero, don Eustaquio González Velasco.

La fuerza total del batallón se compone de 1,050 hombres, habiendo embarcado además 139 voluntarios y rezagados de anteriores expediciones y 19 individuos de Sanidad militar.

El batallón expedicionario estaba muy satisfecho de los agasajos que se le habían hecho en metálico y cajas de tabaco, pues hasta el Casino le dió á los oficiales un espléndido banquete, en el cual se pronunciaron elocuentes y patrióticos brindis.

Una vez en la estación de Barcelona, pasóse lista á los soldados y enseguida se dirigieron al cuartel de San Fernando de la Barceloneta, donde se les sirvió el desayuno, compuesto de café, pan y una copa de ron. Los oficiales fueron obsequiados con un *lunch* en el cuarto de Banderas.

Entre tanto, la gente comenzaba á llegar al muelle cogiendo los mejores sitios para desde allí presenciar el embarque y dar el adiós á los soldados expedicionarios.

También fueron muchos los obsequios que recibieron en Barcelona.

Don Carlos Godó, esta vez como siempre, envió una cantidad para repartir entre sargentos cabos y soldados. El Ayuntamiento hizo lo propio.

Poco después de las once tocóse á formación en el patio del cuartel

de San Fernando, saliendo luego el batallón expedicionario en dirección al andén bajo del muelle nuevo de la Barceloneta, donde se hallaban de antemano el capitán general don Eulogio Despujol, el segundo jefe de este cuerpo de ejército teniente general don Joaquín Ahumada, los generales de división señor duque de Aumada y don Luis Castellví, los de brigada don Eduardo Soler, don Alberto Borbón, don Aureo Payueta, don Luis Mackenna, don Joaquín Buega, don José de Luna, don Froilán Fernández, el auditor de guerra, don Mariano Giménez, el intendente señor Portas, el comandante de Marina don Ismael Warleta, el subinspector de la guardia civil don Bartolomé Juliá, el de carabineros don Juan Pozzi, la mayor parte de jefes de cuerpo, jefes y oficiales libres de servicio, el gobernador civil señor Sánchez de Toledo, el secretario del gobierno civil señor Aspiazú, el alcalde señor Rius y Badía, presidiendo una comisión del Ayuntamiento de la que formaban parte los ediles señores Ravetllat, Martí Thomas, Escuder, Travé, Martínez, Vallés y Masferrer y Rovira (cuatro republicanos y tres fusionistas), el diputado provincial don Dario Rumeu, el vicario general castrense don Pedro Figueroa, el jefe del tercer tercio de la guardia civil don Jaime Izoard, el director del hospital militar señor Carreras, el ingeniero director de las obras del Puerto don Carlos Mondéjar, el ayudante de la misma dependencia señor Opiso, el director de Sanidad marítima don Rafael Bianchi, una comisión de la Cruz Roja presidida por el señor Pujol Fernández, otra de voluntarios catalanes á cuyo frente se hallaba el coronel Sanfeliu y el señor Bau, y muchas otras personas distinguidas.

A las diez y cuarto estaban formados en el Paseo Nacional de la Barceloneta, frente al embarcadero de los vapores golondrinas, los piquetes de los cuerpos de esta guarnición. Dicha fuerza estaba al mando del coronel de artillería señor Salas.

El embarque empezó á las doce menos cuarto; siendo los primeros en verificarlo 139 voluntarios del banderín de enganche y 29 sanitarios.

Un cuarto de hora después llegaban al muelle las fuerzas de Otumba. Inmediatamente se procedió al embarque, empleando los vapores golondrinas 40 minutos en trasladarlas al trasatlántico «San Francisco».

Cuando salían los últimos soldados, el general Despujol, el gobernador civil y militar, la comisión del Ayuntamiento y otras personalidades se dirigieron al «San Francisco».

El general Despujol reunió en la toldilla de popa á los jefes y oficiales de Otumba, á quienes dirigió sentidas frases, diciéndoles que aunque procediesen de otra región y se hallasen de paso en la nuestra, no quería dejar de darles el adiós de despedida, confiando que el batallón dejará bien sentado en Cuba el nombre glorioso que ostenta y que no tardará en regresar cargado de laureles á la madre patria.

«Como viejo soldado que soy—dijo—quisiera daros consejos sobre el modo como se hace la guerra en el país á donde dentro de breves momentos os conducirá el «San Francisco»; pero este deber ha debido llenarlo con creces el general Salinas, quien por encargo del comandante en jefe del tercer cuerpo de ejército, señor Lasso, general valeroso y experimentado, tuvo el encargo de despediros en su nombre. Os veo partir con envidia, porque mi más ferviente deseo es ir á pelear por la patria donde quiera que ésta tenga empeñado su honor; pero deberes cuyo cumplimiento es ineludible para los que visten uniforme militar me impiden hacerlo.

El general Despujol terminó su patriótica arenga, dando gritos de viva el Rey, viva España y viva Cuba española, siempre, siempre, siempre.

A la una de la tarde salieron las autoridades del «San Francisco», empezando á levar anclas dicho trasatlántico.

Mientras se verificó el embarque diéronse vivas á España y al ejército, que eran contestados por los soldados y los curiosos, que en menos número que en otras expediciones, ocupaban el muelle y algunas pequeñas embarcaciones.

Amenizaron el acto algunas músicas militares, y la del Asilo Naval, que estuvo ejecutando alegres piezas, con regocijo de los soldados.

Al zarpar el buque, el público en general prorrumpió en un viva, nutrido y espontáneo. Agitáronse los pañuelos, las músicas batieron marcha, y á los pocos instantes, abandonaba el puerto el vapor «San Francisco.»

* * *

Tarragona hizo cuanto pudo por alcanzar del Gobierno que permitiese embarcar en aquel puerto al batallón de Albuerca, pero las necesidades del servicio, acaso la buena organización ó razones particulares impidieron satisfacer los patrióticos deseos de los tarraconenses.

Ello es que, no por esto se entibió el entusiasmo para la despedida, y el día 12, á las ocho y media de la noche empezó la función benéfica organizada por varios jóvenes de aquella ciudad, con el fin de obsequiar al batallón expedicionario.

La función fué desempeñada por dos distinguidas señoritas y por algunos de los jóvenes organizadores, amenizando los entreaños la brillante música de Navarra.

La música de Albuerca, que es la que se solicitó, no pudo complacer el deseo de los organizadores por sus muchas ocupaciones; en cambio, al solicitarse la de Navarra, que estaba tan atareada como la primera, accedió gustosa.

La cantidad líquida de dicha función fué entregada al teniente coronel señor Soriano.

Toda la noche estuvo encendido el alumbrado de la población y algunos edificios públicos, sociedades y particulares iluminaron sus balcones; muchos establecimientos no se cerraron y el aspecto de la ciudad era en extremo como el de las grandes solemnidades.

A las dos y media de la madrugada las cornetas tocaron diana y comenzó el movimiento.

Frente al cuartel ya se había formado un compacto grupo deseoso de despedir al batallón, atraído por el clamor de las cornetas.

La rambla de San Carlos, frente al cuartel, estaba repleta de gente á las tres de la madrugada y llegaron las autoridades, varias comisiones de sociedades, entre ellas del Ateneo, Fomento, Renacimiento y otras, entrando en el cuartel, cuya puerta después de darles paso volvió á cerrarse.

Momentos después salió un pelotón de los soldados que se quedan para tomar las puertas de la estación.

La carrera por donde debían pasar los expedicionarios estaba muy animada. A través de los cristales de los balcones se veía luz, lo que indicaba que no se dormía por despedir al batallón.

El batallón formado en el patio preparábase para la marcha. Comenzó á tocar la música; abriéronse de par en par las puertas del cuartel y varios niños con hachas de viento iluminaban aquel cuadro lleno de vida y sentimiento.

Los gastadores fueron aclamados por la multitud.

Allí había socios de varias sociedades con hachas, la música de Albuera, las autoridades civiles y militares, sociedades, el Ateneo con su estandarte, siguiendo el batallón y terminando con la música de Navarra, que tocaba alegres piezas. Alumbraba al batallón con hachas la brigada de bomberos.

La carrera seguida fué Rambla de San Carlos, calle de San Agustín, Rambla de San Juan, calles de la Unión, Apodaca, Barcelona, á la estación del ferrocarril.

A pesar de lo intempestivo de la hora, las calles estaban concurridísimas, vitoreando á la fuerza expedicionaria con delirante entusiasmo.

Los balcones asimismo estaban ocupados por los vecinos.

En la estación se produjeron escenas tristes.

Fueron ocupando el tren militar que estaba preparado, amenizando en los andenes las dos músicas.

Entre la multitud que se reunió en la estación para despedir á los expedicionarios, se vieron varias señoras y señoritas.

El *Diario del Comercio* repartió entre los expedicionarios números de la edición del día.

Las cuatro y 43 señalaba el reloj: los jefes y oficialidad del batallón se despidieron de los generales, jefes y oficiales y autoridades civiles; partiendo poco después el tren entre estruendosas aclamaciones del pueblo y de la tropa.

Los vítores se centuplicaron y se oían hasta que el tren había desaparecido.

El día 13 por la mañana llegaba á Barcelona y como el batallón de Otumba, fué recibido en la estación por el elemento civil y militar, sociedades, particulares y un inmenso gentío que le aguardaba para vitorrearle.

En el cuartel, fueron obsequiados los soldados con un desayuno: los jefes y oficiales con un *lunch* costado por sus compañeros, y el Ayuntamiento y el señor Godó, hicieron repartir á los soldados, cabos y sargentos, los donativos hechos anteriormente á los demás expedicionarios.

Llegaron al muelle los batallones de Almansa y Albuerá, empezando á embarcar acto seguido en los vapores golondrinas.

En el embarcadero hallábanse las autoridades, los piquetes, las músicas y bandas militares.

La banda municipal se situó en la terraza de la capitanía del puerto.

La comisión del Ayuntamiento, presidida por el señor Rius y Badá, se componía del teniente de alcalde señor Lallave y de los concejales señores Gallard, Bofill y Bosch, Ribalta, Galindo, Ravetllat, Martínez y Vallés y Masferrer.

Representaban á la Diputación provincial los señores Roig Bergadá, Calvell y Godó (don Juan).

Cuando terminaba el embarque del batallón de Almansa, llegó el de Albuerá, y á su frente el coronel del mismo don José Camprubí, que vino desde Tarragona acompañándole para despedir á sus subordinados.

Terminado el embarque, el general Despujol, reunió en el comedor del vapor «San Fernando» á los jefes y oficiales de los batallones expedicionarios y les dijo:

Soldados: vais á partir para Cuba, yo os vengo á dar el adiós de despedida cumpliendo así, tanto yo como los militares que aquí nos hallamos presentes, con un gratísimo deber de compañerismo, al cual se asocian las clases todas de esta culta capital, representadas por su digno gobernador civil, alcalde y demás entidades, las cuales se compenetran de la alta misión que os ha sido confiada por la patria.

Respecto á la guerra de Cuba, y como he sido algo guerrillero en las Antillas, me permitiré deciros dos palabras.

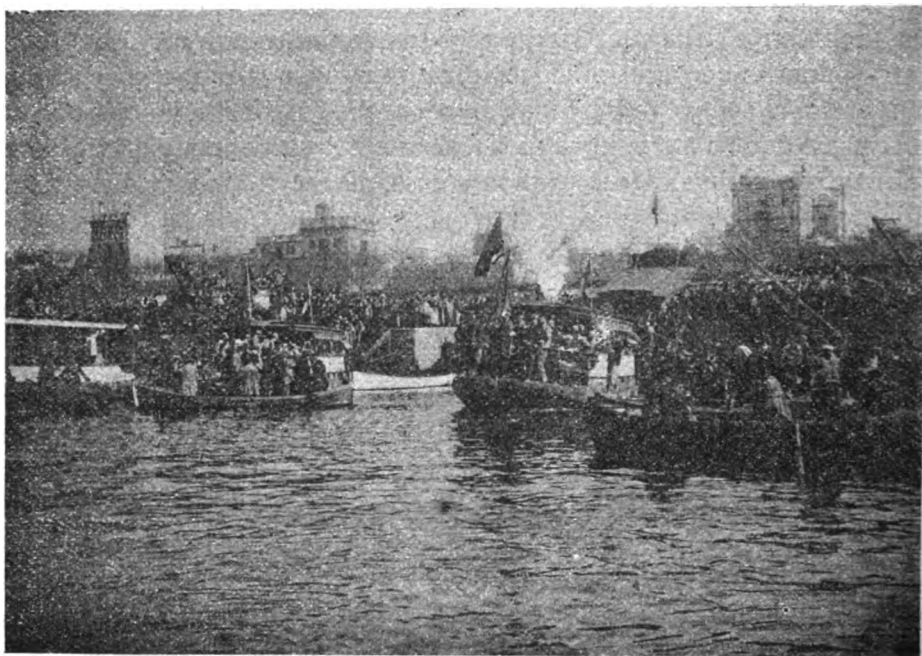
El enemigo que vais á tener enfrente no tiene otra bandera que la deslealtad y la ingratitud, está mal armado y es cobarde por todo extremo.

Pero debéis advertir que es maestro, muy maestro, en preparar trai-

doras emboscadas, y cuando por inmensa superioridad numérica ve facilísimo el triunfo, no vacila en presentar la cara, convirtiéndose entonces en cruel y despiadado.

En Cuba, señores, más que á los insurrectos, hay que temer al clima, que por desgracia es asaz mortífero; pero esto no empece para que con una buena regla de conducta pueda combatirse semejante contratiempo, y al efecto circula por allí con profusión entre las tropas una cartilla en la que se consignan reglas previsoras que os recomiendo sigáis.

Ante todo, y sobre todo, procurad por la salud del soldado y de la



Embarque de la bandera del batallón de Almansa.—Día 18 en el vapor San Fernando.

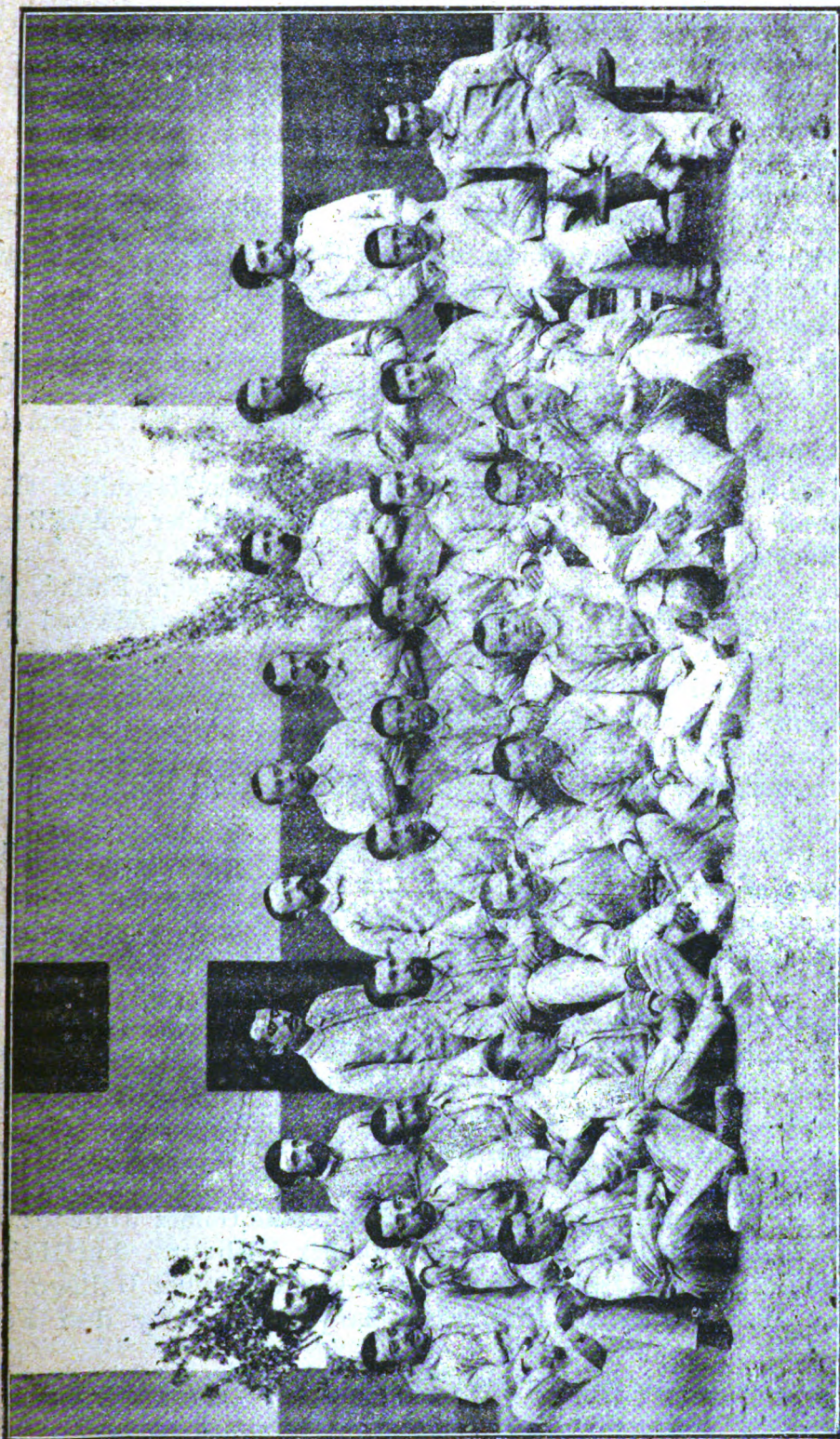
vuestra, y no dudo que así lo haréis, teniendo en cuenta que aquí quedan las madres de todos los expedicionarios, que esperan con ansia volverlos á abrazar.

Esta es también mi esperanza y la de cuantos nos hallamos aquí presentes.

Para terminar, debo deciros que vais á ponerlos á las órdenes del ilustre general que hasta hace poco ha tenido la honra de mandaros y que de seguro os conducirá á la victoria, terminando en breve la guerra, y confío que los batallones de Almansa y de Albuera regresaréis á la patria, donde os esperamos con los brazos abiertos, con nuevos timbres que añadir á los gloriosos que ostentan vuestras banderas.

A las dos, zarpó el «San Fernando,» rodeado de innumerables embar-

Embarque del día 13 de Febrero.



Sargentos y cabos del batallón de Albuera.

caciones cuajadas de gente, que agitaban los pañuelos y prorumpían en vítores atronadores.

La plantilla de jefes y oficiales de ambos cuerpos expedicionarios es la siguiente:

Almansa.—Teniente coronel, don Rafael Alvarado Garzón.

Comandante, don Ramón Pérez Fernández.

Capitanes: don Braulio Robles García, don Vicente Sevil Peralta, don Nicolás Martín Gómez, don Manuel Moyano Bargas, don Matías Gutiérrez Cruz y don Francisco Ballesta González.

Primer teniente, don Antonio Roldán Muñoz.

Segundos tenientes escala reserva: don Mariano Lanao Arias, don Pedro Uget Bayo, don Pedro Prieto Alvarez, don Simón Bermejo Gil, don Agustín Planas Riazuelo, don Juan Puig Jiménez, don Miguel Cabestre Ortiz y don Francisco Salamero Grudas.

Segundos tenientes escala activa: don Francisco Morquillas Chía, don Francisco Romera Vares, don José Llovera Dolader y don Benjamín Romero Bertomeu.

Segundos tenientes escala reserva: don José Hidalgo Fluixá, don Bernardo Costell Ferrer, don Enrique Arbolí Borja, don Manuel Guerrero Lorenzo y don Luis Gelabert Caberra.

Segundo teniente reserva gratuita, don Balbino Agudo Pintado.

Médico primero, don Genaro González Rico y Grana.

Albuera.—Teniente coronel, don Trinidad Soriano Clemente.

Comandantes: don Eulogio Rufz Ramirez y don Enrique Tirado Millán.

Capitanes: don Gregorio Ibáñez González, don Rafael Figueroa Sánchez, don Fernando Dolsa Ramón, don Ciriaco Tejerina Acero, don Daniel Prats Perales y don Manuel Ponce de León.

Primeros tenientes: don Apolinar Revuelta García y José Dalmau Piñol.

Segundos tenientes escala reserva: don Mariano Escudero Torres, don Nemesio Hernando González, don Ramón Pérez González, don Pablo Artero Campos, don Dionisio Izquierdo Calvo y don Agustín Mediavilla Claramunt.

Segundos tenientes escala activa: don Juan Oller Piñol y don José Batlle de Valle.

Segundos tenientes escala reserva: don Emilio Gómez Jiménez, don Rafael Millán Blazquez, don Florencio Ibáñez Basbastro, don Mariano Argota Gómez, don José Poch Juli, don Ginés Martínez Gallego, don Miguel Massot Petro, don Francisco Marqués Amador y don Felipe Sanz Coll.

Segundo teniente reserva gratuita, don Antonio Ramos García.

Médico primero, don Venancio Plaza Blanco.

Las clases y soldados del batallón de Albueria ascienden á 1,043 y á 1,047 las de Almansa.

*
*
*

Los batallones de Infante y Guipúzcoa, embarcaron en Barcelona el día 14, y su despedida fué una no interrumpida série de ovaciones.

Ya en Zaragoza, habían tributado al dicho batallón una despedida cariñosa, y en Gerona á Guipúzcoa, pero como si todas las provincias quisieran tomar parte en estos actos, Barcelona, que aunque no se entusiasma fácilmente sabe sentir hondo y demostrar lo que siente, al dar el adiós á los batallones antes citados, probó cuan arraigado está en ella el sentimiento de patriotismo.

El Ayuntamiento, el Sr. Godó, y algunos otros particulares obsequiaron á la tropa con donativos en metálico, y el elemento oficial acudió solícito así como la población á decirles á los soldados expedicionarios, que los que aquí quedan, toman parte en su sentimiento y desean que el triunfo corone la obra comenzada.

En el muelle, la aglomeración no era menos que en los días anteriores cuando embarcaban los batallones de Almansa, Albueria y Otumba. Los barcos estaban empavesados y multitud de lanchas y botes rodeaban el «Colón», que era el buque designado para conducir las tropas á Cuba.

Las bandas municipal y del Asilo Naval, situada la primera en la terraza de la comandancia de Marina y la segunda en una lancha que fué remolcada hasta el costado del trasatlántico por la golondrina que salió del muelle conduciendo á la primera compañía de Guipúzcoa, saludaron con la marcha real al general Despujol, á quien acompañaban el gobernador civil señor Sánchez de Toledo, el alcalde señor Rius y Badía, el teniente coronel del Infante y el capellán del mismo cuerpo. Este vestía el traje de campaña, incluso el sombrero de jipijapa con los galones y escarapela correspondientes á su cargo.

El general, después de examinar todas las dependencias del buque, reunió á los jefes y oficiales y les dijo:

«Señores jefes y oficiales del Infante y de Guipúzcoa.

Al daros mi bienvenida, debo haceros presente que conmigo os la dan también las autoridades civiles de esta capital, que una vez más, en representación de la provincia y de la ciudad de Barcelona, han querido daros el adiós de despedida, que no dudo ha de ser el precursor de vuestro glorioso y pronto regreso á la madre patria.

Seguro como estoy de las brillantes condiciones que reúnen los cuerpos de que formáis parte, nada tengo que decir que de antemano no sepáis.

Ambas unidades recordarán la ley del honor que la patria les ha confiado, y no dudo que recordarán también la hermosa misión de velar por la salud del soldado.

Todo cuidado para con éste es poco. Nuestro soldado es un niño, niño heróico, es verdad, y cuyas naturales imprevisiones es necesario corregir como corrige un padre á sus hijos, sin olvidar por esto lo que disponan las ordenanzas por que nos regimos los militares.»

Les recomendó que no se apartasen de las reglas que marca la cartilla sanitaria redactada por distinguidos militares del ejército, añadiendo:

«Merced á los sabios consejos de la digna clase facultativa del ejército español, durante la presente guerra de Cuba las calenturas y las fiebres palúdicas propias de aquel clima han causado menos víctimas que en las anteriores campañas, registrándose asimismo escasas víctimas ocasionadas por la fiebre amarilla ó por el vómito.

No he dudado nunca, ni dudo ahora, que puesto que vais á ser mandados por el ilustre general Weyler, él os llevará á la victoria, y ayudados por la Providencia, que no os desamparará jamás, conseguiréis lo que todos anhelamos: dejar incólume la integridad de la patria.

Así sea, y hasta luego.

Entre tanto, y mientras peleéis en Cuba, aquí quedo, para servirlos en cuanto pueda seros útil cerca de vuestras esposas, vuestras madres y vuestros hijos, deseando me reconozcáis como vuestro apoderado.

Adiós, señores, y hasta muy pronto.»

Un viva España, el ejército y Cuba, atronó el espacio, y tras muchos apretones de manos, frases cariñosas y no pocas escenas conmovedoras, despidióse el elemento oficial, y el «Colón» comenzó á levar anclas.

Poco después de la una, salía del puerto, para dirigirse á las costas antillanas.

Los vivos se prolongaron bastante tiempo y las pequeñas embarcaciones le escoltaron hasta la salida.

Las plantillas de los jefes y oficiales de los batallones que han embarcado, son las siguientes:

Infante.—Teniente coronel, don Ricardo Torrado Ramos.

Comandantes: don Pío Riba Orbea y don Cesáreo Martínez Díez.

Capitanes: don José Pérez Guerrero, don Angel Ibáñez Navarro, don Antonio Lorenzo Fuertes, don Mariano Gutiérrez González, don Matías Valencia Uncué y don Hipólito González Serrano.

Primeros tenientes: don Pascual Baños Torres, don Mariano Ballarín Fuentes, don Lorenzo Marín Espinosa, don Eugenio Pin Colás, don Narciso García del Busto y don Eusebio Borrajo Viñas.

Segundos tenientes de la escala activa: don Francisco Gómez Suárez, don Eusebio Sierra Forniers, don Angel Bartolomé Fernández, don

Rufino Ginés Marqués, don Antonio Perales Lavallén, don Enrique Cruz Morales, don Julio Morán Otaria y don Manuel Lon Laga.

Segundos tenientes de la escala de reserva retribuida: don Santos Morón Villar, don Frutos Velasco Dictado, don Bonifacio Hernández Manero y don Benito Formigós Lafuerza.

Segundo teniente de la escala de reserva gratuita, don Clemente Li-rón López.

Médico primero, don Celestino Alemany.

Guipúzcoa.—Teniente coronel, don Ignacio de Torres y Pérez.

Comandantes: don Enrique Liévana Fernández y don León Gaona Gabriel.

Capitanes: don Pedro Adrobán Mas, don Cipriano Ferrón Delgado, don Luciano Merino Miguel, don Faustino Renedo López, don Francisco Gil Martín y don Pascual Sanz de No.

Primeros tenientes: don Rafael Martí Torralba, don Félix Contreras Cano y don Francisco Buerba Buerba.

Segundos tenientes escala reserva: don Enrique García Marcos, don Manuel Herrero Lastra, don Valentín Torrado Santana, don Clemente Serrano Sáez y don Amador López Patón.

Segundos tenientes escala activa: don Ascensio Pérez Martínez, don Enrique Vila Dura, don Dionisio Ortega Ferrer, don Enrique Paz Elena y don Antonio García Vieytez.

Segundos tenientes escala reserva: don Enrique Alfaro Triay, don Ignacio Brizuela Gutiérrez, don Bernardo Tello Pérez, don Vicente Juan Velles y don Juan Rodríguez García.

Médico primero, don José Lorente Gallego.

Las clases y soldados de los cuerpos que han marchado á Cuba son: 1.020 del Infante y 1.034 de Guipúzcoa, habiendo embarcado además el médico y el maestro armero del batallón de Almansa.





IV

MAS TROPAS



El vecindario de Leganés dedicó todo el día 13 de Febrero á agasajar á la oficialidad y soldados del batallón que por la tarde habían de salir de Getafe con objeto de partir por la noche para Cádiz.

El pueblo en masa obsequió á los soldados, de Arapiles y en todas las tiendas del pueblo tenían carta blanca los soldados para hacer el consumo que desearan.

El entusiasmo fué grande, pues los oficiales y soldados que en la mencionada villa han residido por espacio de ocho meses próximamente, se captaron las simpatías del vecindario, acentuándose el afecto en el día en que había de partir para defender la integridad de la patria.

En el salón de sesiones del Ayuntamiento congregó éste por la tarde á la oficialidad, obsequiándola con un espléndido *lunch*.

Reinó la mayor alegría y entusiasmo indecible, brindándose por España, por el ejército y por S. M. la reina regente.

Muchas y muy distinguidas señoras de Madrid, unidas con vínculos de parentesco con los oficiales, fueron también galantemente invitadas.

También acudieron á Leganés muchos oficiales de otros regimientos á dar el último adiós á sus compañeros.

La música del batallón de Arapiles ejecutó varios aires populares,

bailando los vecinos del pueblo en la plaza, en la cual á los soldados se les obsequió con una espléndida merienda.

También se hizo entrega al batallón de un donativo igual al que se ha hecho en Madrid al batallón de Covadonga.

Por encargo de S. M. la reina regente se entregó á cada soldado un pan, dos chorizos y una cajetilla, y los oficiales fueron obsequiados, también por encargo de S. M., con 30 cajas de cigarros habanos.

El ex-vicepresidente de la Diputación provincial de Madrid, señor Romero, entregó al teniente coronel don Joaquín Romero, en nombre de la expresada corporación, 2,000 pesetas.

* * *

A las cuatro en punto salió el batallón, batiendo marcha, en dirección de Getafe, acompañado del Ayuntamiento en pleno y de multitud de vecinos de Leganés, precedidos de los niños de la escuela de primera enseñanza, llevando uno de ellos una preciosa bandera.

En la mitad del camino hallábase aguardando al batallón expedicionario el juez de primera instancia de Getafe, señor Entrambasaguas; el alcalde don Mariano Cervera, con el Ayuntamiento en pleno; el comandante de la remonta establecida en Getafe, señor San Cristóbal; la oficialidad del mismo, los profesores y alumnos de la Academia de sargentos para oficiales de la guardia civil.

Las campanas de la iglesia parroquial se echaron á vuelo, y los vivos á España y al batallón expedicionario se sucedían.

Presenciaron la entrada los generales Palacios, Mesa, Vallarino y Martitegui, éste en nombre de S. M. la reina regente.

En el Ayuntamiento se repitieron los agasajos á la oficialidad y volvieron á escucharse las manifestaciones patrióticas que en Leganés habían tenido efecto.

Los soldados fueron obsequiados con esplendidez por el Ayuntamiento y por el vecindario en masa, y la banda de Arapiles demostró en la plaza su gratitud á los honrados y patrióticos pueblos de Leganés y Getafe ejecutando números bailables, que los mozos y mozas del pueblo no desperdiciaron.

Solamente las madres y familias de los expedicionarios que habían llegado de Madrid para despedir á sus seres queridos, conversaban y lloraban al que dentro de pocas horas había de darles el adiós de despedida.

Todo el pueblo de Jetafe, en unión de gran número de vecinos de Leganés, invadían el andén, y los últimos abrazos se mezclaban con acervo llanto y dolorosas exclamaciones, mientras que la banda de Arapiles se despedía del pueblo de Jetafe ejecutando la marcha del *Tambor de granaderos*, desde el carruaje que ocupaba.

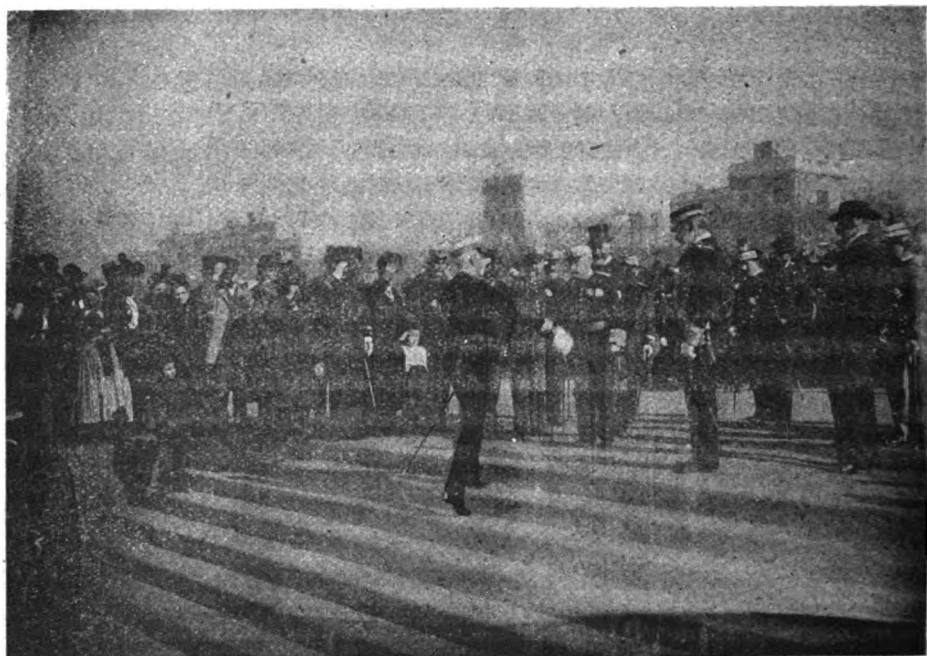
El anciano padre del segundo teniente señor Marchamalo, despidió á su hijo diciendo:

«Hijo mío, sé valiente, que no te maten por la espalda y mira por los soldados de tu compañía.»

El señor Marchamalo fué abrazado por gran número de circuns-
tantes.

* * *

Forman parte del batallón expedicionario, como jefes, el expresado



Llegada del general Despujol al muelle nuevo de la Barceloneta para despedir á las tropas.
Instantáneas de nuestro corresponsal artístico señor Roig Rodón.

teniente coronel señor Romero y los comandantes señores Durán y Cijujeda; van además 8 capitanes y 18 tenientes.

* * *

Los pueblos de Leganés y Jetafe han demostrado su amor patrio y merecen mil plácemes.

El día 15 á las 4 de la madrugada llegó á Cádiz el batallón expedicionario de Arapiles.

El de Covadonga verificó su entrada á las 7 de la mañana.

A esta misma hora empezó el embarque de las fuerzas en el vapor «León XIII,» que se hizo con toda felicidad, ayudado del buen tiempo que reina.

En el muelle cambiaron las tropas de capotes, entregándoseles mantas.

Despidieron á los expedicionarios el general Castillejos, comisiones de los cuerpos de la guarnición y numeroso público.

El gobernador no pudo asistir á la despedida por encontrarse enfermo.

Se mostraron agradecidísimos á la despedida que se hizo en Madrid á los batallones que mandan.

El viaje seguramente será feliz dadas las buenas condiciones que reúne el vapor «León XIII.»



Soldados del Infante y Gulpácoas, embarcando en las golondrinas para ser conducidos á bordo.—Día 14.
Instantáneas de nuestro corresponsal artístico señor Roig Rodón.

Entre los rasgos de hermosa fraternidad del pueblo y del ejército á que dió motivo el desfile del batallón de Covadonga por las calles de Madrid, desuellan por espontáneos y conmovedores éstos que nos complacemos en reproducir.

Al llegar cerca de la calle Mayor, salió del numeroso grupo de personas que marchaban rodeando á los jefes del batallón, un obrero, de aspecto simpático, que llevaba una hermosa pierna de cecina en las manos.

—Mi teniente coronel—dijo dirigiéndose al señor Lastra,—que salgan ustedes victoriosos en Cuba de aquellos malos patriotas, y tenga us-

ted esta cecina para que la coman en mi nombre esos valientes que van á sus órdenes.

El jefe le dió las gracias muy afectuosamente, y dispuso se llevara el obsequio al carro del batallón.

En la estación, un caballero, desprendiéndose de un hermoso reloj de oro, se lo dió á un soldado y le dijo:

—Para que sepas á qué hora matas á un insurrecto.

En la explanada de la estación, un soldado marchaba sonriente empujando de vez en cuando una bota de vino completamente exhausta.

—Toma para que la llenes—dijo un joven, alargándole un duro.

—Gracias, dijo el soldado, tomando la moneda.—¿Y á la salud de quien he de beberlo?

—De un estudiante de derecho—contestó el joven.

—Pues que á la vuelta le vea á usted de «licenciado.»

—Y yo á tí lo mismo—dijo el estudiante aprovechando el equívoco.

Al pasar por la calle Mayor, un soldado abrazó, sin conocerla, á una linda muchacha que presenciaba, llena de viva emoción, el paso de las tropas expedicionarias. La joven, aunque algo sorprendida por el brusco é inesperado homenaje, respondió al abrazo con otro, provocando la escena, por lo espontánea y exenta de malicia, una salva de aplausos.

Un anciano se acercó al señor Lastra, y cogiéndole la mano, se la besó, diciéndole:

—Mi coronel, ahí lleva usted un hijo mío; si cumple con su deber, cuídemelo usted, porque será mi único amparo.

El teniente coronel apuntó el nombre del soldado, y dijo que no olvidaría la recomendación.

Varios soldados, al salir del cuartel, repartieron algunas prendas de païsano en un grupo de mendigos, que se hallaba en el paseo, frente á la calle Luisa Fernanda, y les dijeron:

—Tomad esas ropas para que os acordéis de los soldados de Covadonga; si volvemos, ya nos darán para otras cuando cumplamos y si nos quedamos allá, disfrutadlas con salud.

* * *

A las cuatro y media de la madrugada del día 14 de Febrero, Alicante se dispuso á despedir al batallón de la Princesa.

Después de tocar diana, dióse un rancho extraordinario al batallón.

Este oyó después misa en la colegiata de San Nicolás, en donde se distribuyeron escapularios entre las fuerzas.

Terminado el solemne acto, las tropas acompañadas de las autoridades, de bandas de música y de un numeroso gentío, se dirigieron al muelle.

El batallón embarcó á bordo del «San Agustín» en medio del mayor orden.

El pueblo en masa presenció el embarque.

El general gobernador y el teniente coronel jefe del batallón expedicionario arengaron á éste á bordo del buque que lo ha de conducir á Cuba.

Esta población eleva sus preces al Todopoderoso para que nos devuelva pronto y victorioso al batallón de la Princesa, juntamente con el resto de las fuerzas que pelean en Cuba.

A las 3 y 15 minutos de la tarde, zarpó de aquel puerto con rumbo á Cuba, el vapor trasatlántico «San Agustín» conduciendo al batallón de la Princesa, compuesto de unas mil cien plazas, entre jefes, oficiales é individuos de tropa.

Desde el viernes último las autoridades, sociedades y el vecindario han rivalizado en obsequio al batallón.

Han sido varios los banquetes dados en honor de la oficialidad expedicionaria.

Entre los soldados se han distribuido más de 8,000 pesetas.

Es indescriptible el entusiasmo de que están poseídos los que muy en breve han de soportar las penalidades de la guerra.

Todos los buques españoles surtos en el puerto izaron las banderas y saludaron con las sirenas la salida del trasatlántico.

Este fué acompañado hasta fuera del muelle por gran número de botes lujosamente empavesados y por el cañonero «Diligente», el cual hizo los honores de ordenanza disparando tres cañonazos al levar anclas el «San Agustín».

Las autoridades despidieron al batallón de la Princesa á bordo del cañonero «Diligente».

* * *

Procedente de Lugo llegó el día 13 á Coruña el batallón expedicionario de Luzón, el cual, juntamente con una compañía del batallón de Murcia, que se encontraba destacada en ésta, embarcaron á bordo del «Montevideo».

El general Moltó pasó revista á las fuerzas, las cuales estaban alojadas en el cuartel de Alfonso XII.

Con frases elocuentes y patrióticas arengó á los soldados, quienes contestaron entusiasmados con vivas á la patria y al ejército.

Las calles que recorrieron las tropas desde el cuartel al muelle se hallaban invadidas por numeroso público, el cual saludaba á los expedicionarios.

Muchas casas de las situadas en la carrera, estaban engalanadas.

El embarque se verificó en medio del mayor orden y sin que hubiera que lamentar incidente alguno.

El vapor «Montevideo» hará escala en Vigo con objeto de recoger en este puerto al resto del batallón de Murcia, que reside en aquella ciudad.

A bordo va el general Moltó, acompañado de sus ayudantes, para asistir á la despedida que proyecta hacer en Vigo á los expedicionarios, que se espera sea brillante.

El «Montevideo» zarpó á las 3 y media de la tarde.

* * *

El 18 á las diez de la mañana salió del cuartel de San Francisco de Bilbao el batallón expedicionario de Garellano.

Rompía la marcha el batallón infantil y la música del regimiento, siguiendo las bandas municipal y de Santa Cecilia. Seguía el batallón con sus jefes á la cabeza.

Todas las casas de las calles del tránsito estaban engalanadas con colgaduras.

Un gentío inmenso presenciaba el paso del batallón, saludándolo con vivas á España, al ejército y á Garellano.

A los jefes oficiales y soldados se les repartió la merienda costeada por suscripción pública, iniciada por el periódico local *El Nervión*.

La merienda á los jefes y oficiales se componía de las siguientes viandas:

Pollo, jamón en dulce, lomo, merluza frita, salchichón, frutas, pastas finas y vino del Riscal. Todo encerrado en elegante cesta con los accesorios necesarios para la merienda.

La merienda de las clases y soldados consistía: en una libra de pan de primera clase, chorizos, bacalao frito, huevos cocidos, galletas finas, naranjas y un cuartillo de vino por plaza.

Al pasar el batallón por bajo de los balcones de la redacción fueron vitoreados. Los redactores arrojaron flores y una corona de laurel para la bandera del batallón.

En el muelle de Ripa, donde tomó el tren la fuerza, la concurrencia era numerosísima.

Culcúlase en 20.000 el número de las personas que allí había.

Efecto de la aglomeración, cuatro personas cayeron á la ría, siendo sacadas inmediatamente.

Despidieron á las tropas: los gobernadores civil y militar, el alcalde y concejales, jefe de la brigada, comandante marina, presidente de la Diputación provincial, director de los astilleros de El Nervión y comisiones de jefes y oficiales de la guarnición.

El entusiasmo fué grandísimo. Los vivas á España, al ejército y al

batallón de Garellano repitiéronse sin cesar, habiendo un verdadero desbordamiento de entusiasmo al partir el tren.

La despedida hecha á los bravos soldados es innarrable por lo grandiosa.

Hasta la estación de Zorroza acompañaron al batallón, el gobernador militar, alcalde de Bilbao, concejales y diputados provinciales.





V

En el terreno



DESCONOCIDO completamente se encuentra hoy el pueblo de Colón por el movimiento, animación, vida y originalidad que produce la reunión de mucha fuerza, y hoy dá este pueblo hospitalidad relativa á más de 3.000 hombres pertenecientes á las columnas de los generales Navarro y Aldecoa. Decimos hospitalidad relativa, pues si bien los oficiales y jefes han sido alojados en casas particulares, los soldados han dormido y permanecen en las calles, no estando á la intemperie, gracias á que las construcciones dan á las casas en su frente galerías cubiertas.

No sabemos si la ley de alojamientos es extensiva á esta isla y si no fuese creemos que debía haberse hecho, yo solo puedo expresar el mal efecto, el disgusto que dominaba ver llegar á nuestros bravos soldados, fatigados por largas jornadas, aunque la última, es verdad, la verificaron en ferrocarril, cansados de permanecer largo tiempo en su lugar descanso interín se decidió, y por último, hallándose en la población, verlos arrojar al suelo sobre su manta (que más falta les hacía para cubrirse) como si estuviesen en el campo; yo recordaba en pueblos más pequeños, otra hospitalidad á los que representan la garantía del orden y acaban de exponer su vida, en cumplimiento de su deber; creía yo acordarme de otras disposiciones y por último hasta veía ante mis ojos un hermoso cuadro que lleva por nombre, «La boleta de alojamiento» y al hacer comparaciones en mi fuero interno, sufría, dándome lástima, no del soldado, de los demás.

Pero en tanto que hacía las anteriores reflexiones, la fuerza, que como española va al combate con la sonrisa en los labios, demostrando,

no es petulancia, el arrojo ingénito en ella, formaba corrillos, prevenía acordeones aquí, templaba las guitarras allá, y se disponía á mirar la vida por el lado más agradable, olvidando con coplas de malagueñas, zortzicos y jotas, los trabajos pasados y los peligros futuros, y ahogando en vino ó caña el sentimiento que la ausencia de los seres queridos pudiera producirles. ¡Bendito carácter el del español, que lo mismo va á un entierro que á un bautizo!

Como decimos, llegaron las columnas de Navarro y Aldecoa, y así simultáneamente el excelentísimo señor general en jefe, saliendo la de Aldecoa al poco tiempo á situarse más al límite de esta provincia, con dirección á la de Santa Clara.

Por aquí no ha ocurrido nada absolutamente que merezca los honores de mencionarse; pues no creo que lo sean, robos de cerdos, gallinas, y uno que otro caballo, corte de comunicaciones telegráficas, á las que estamos acostumbrados; pero como caso raro en mí, que solo me gusta hablar de hechos, voy, si usted me lo permite, á entrar en los *se dice*.

Se dice que el general en jefe establece allí su cuartel general ó centro de operaciones; que Maceo y Máximo Gómez, con fuerza de 6.000 hombres, ha penetrado en la provincia, con ánimo de dirigirse sobre Matanzas.

Se dice que no ha entrado, pero que intenta hacerlo, pretendiendo caer sobre Cárdenas; que haya entrado ó entre, se limitará á quemar ingenios y campos de caña, haciendo cumplir las órdenes emanadas de su cuartel general.

Se dice que va á ser fortificada aquella villa con cuatro piezas de artillería de gran calibre, siéndolo provisionalmente con artillería de montaña.

Y son tantas las cosas que se dicen, y entre ellas algunas que sin pruebas no se pueden repetir, que vale más dejarlas pasar por alto.

Insertamos un autógrafo que hemos podido conseguir, y que es la circular siguiente del titulado brigadier Francisco J. Pérez, conocido por Pancho Pérez, cuya circular fué encontrada en los bolsillos de un colono de Yaguaramas, ahorcado por los insurrectos próximo á dicho punto. He aquí la circular con su propia ortografía:

Ejército libertador de Cuba

5.º cuerpo

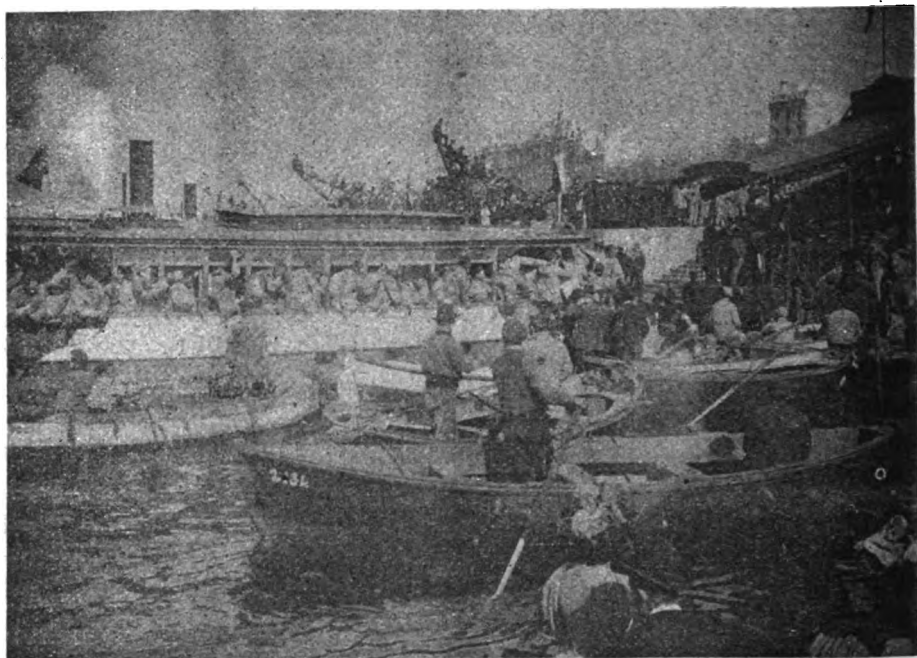
CIRCULAR:

En consonancia con lo dispuesto por el Gobierno de nuestra República, y teniendo en cuenta las disposiciones del Cuartel General, debo recordar, encareciendo el cumplimiento exacto de las siguientes disposiciones, cuya observancia es indispensable y en ningún caso motivo á discusión.

1.º El deber que á todo cubano lo obliga al servicio de la patria le

impide en absoluto la vida y el trato comercial con los adictos al Gobierno español; por lo tanto, la disposición del general Roloff que señala la imperiosa necesidad de que los que estén con nosotros lo estén en un todo, ha llegado ya el momento de cumplirla.

2.^a Decididos á impedir bajo todo los medios la zafra, se prohíbe á los propietarios de fincas azucareras que se preparen para la molienda, pues serán bastantes los preparativos de molienda para que en seguida



Soldados de Otumba á bordo de las golondrinas, se despiden al grito de ¡Viva España! ¡Viva Castellón de la Plana! Instantáneas de nuestro corresponsal artístico señor Roig Rodón.

se ordene la quema de los campos de caña. Así como también si los dueños, protegidos por fuerzas enemigas, quiciesen hacerse fuertes en sus propósitos de molienda.

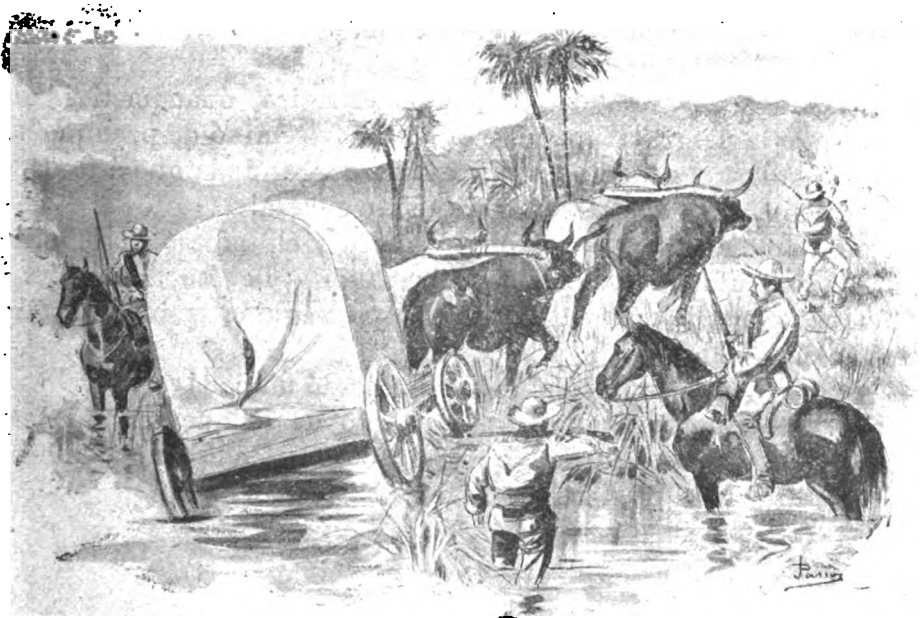
3.^a También se recuerda que está completamente prohibido toda clase de comercio entre los hombres del campo con los pueblos; esto es, que no se puede yevar carga alguna ni cambiar efectos del campo por los de los pueblos.

4.^a Los trabajadores de fortificaciones, cortes de leña, ferrocarriles y todos aquellos en que pueda ser utilizado el bracero por el enemigo, no solamente quedan prohibidos, sino que aquel que se prestase á ello quedará sujeto á los castigos que nuestras leyes señalan.—Cúmplase con P. y L.—Cuartel General en operaciones, Noviembre 27 de 1895.

El jefe de la brigada, FRANCISCO J. PÉREZ. — El secretario, A. Nodarse.

La muerte de Santocildes.

Corrió como válida la noticia de que el general Santocildes en el combate de Peralejo recibió una herida en un brazo y siguió dirigiendo la acción; que poco después fué herido en el pecho y continuó peleando, hasta que una tercera bala le atravesó el cráneo. El relato parecía inverosímil y ahora ha venido á confirmarlo lo que el señor Primo de Rivera, que asistió á la acción, en los siguientes términos:



Conducción de un convoy. (Pág. 371).

No hay tal cosa—dijo á un corresponsal—tiene V. razón al suponer que no podía dejarse luchar á un hombre con dos heridas graves y menos aún dirigir el combate á quien por momentos le abandonan las fuerzas con la pérdida de sangre. El general no pereció tal y como V. nos dice que se ha contado en España. Son tristes momentos que no se olvidan jamás, recuerdo con angustiosa exactitud aquel instante.

Estábamos haciéndonos fuego muy de cerca, cuando el viento levantaba la humareda de la pólvora nos veíamos las caras; habría por aquel lado algunos treinta ó cuarenta pasos desde la línea de fuego enemiga á la nuestra.

El general Santocildes tenía una serenidad que rayaba en lo incomprendible; de su bravura se ha dicho poco con haberse hablado mucho,

y además le era en la guerra tan propicia la fortuna que jamás recibió ni un ligero rasguño, habiendo asistido á combates como el célebre de las Guaximas, donde sólo quedó en pie el *diez por ciento* de su fuerza.

Estaba el general en la avanzada nuestra, montado á caballo, muy cerca de la linea de tiradores y con el caballo quieto.

Como nos hallábamos tan próximos al enemigo todo se podía observar, y un oficial vió que varios insurrectos apuntaban alto, es decir, dirigían sus disparos al general.

Mi general—exclamó—retírese de ahí ó mueva el caballo que le apuntan á V.

El general sonriente y con aquella tranquilidad que él tenía en los trances apurados, contestó:

—Pierda V. cuidado, todavía no se ha fundido la bala que ha de matarme.

¡Caprichos y rarezas de la suerte que se retira, ó acometividades y arranques de la desgracia que llega, apenas terminó de pronunciar las palabras citadas, el general recibió una descarga, de la que á un tiempo hicieron blanco tres balazos y los tres en la cabeza!

Recibió uno en el cuello, otro en la boca y el tercero en el oráneo.

El bravo Santocildes no pudo decir palabra; llevóse á la cara ambas manos, que se le tiñeron de sangre, y enseguida se inclinó sobre el cuello de su caballo.

El primero que se acercó al general recogió un cadáver.

Ya V. puede notar cuan distinto es esto de lo que se ha referido; como V. ve, no cabe aquello de seguir combatiendo luego de herido, cosa que en realidad no debe practicarse en la guerra.



VI

Conducción de un convoy



A LAS siete de la mañana del día 18 de Diciembre salió un convoy de la Enrucijada con dirección al Santo, escoltado por la columna que manda el bizarro coronel Hernández, jefe de esta zona, compuesta de 200 hombres de Galicia, 50 de las Navas, 22 guardias civiles montados, 10 del escuadrón de Sagunto y 20 movilizados de Santo

Domingo: total, unos 300 hombres, número muy reducido dadas las noticias que había de la reconcentración de partidas enemigas por el lugar que iba á atravesarse.

Los días 18 y 19 la marcha fué penosísima por el estado infernal de los caminos.

Se tuvieron confidencias de que lo más *granado* de las partidas de la jurisdicción y algunas de las de Remedios, al mando todas del titulado brigadier Cortiña, trataban, no sólo de atacar al convoy, sino tomarlo.

Sitieros y guajiros habían visto todo el día 18 gran movimiento de reconcentración de enemigos hacia Pavón y Santa María.

El 19 á las tres de la tarde, al llegar la vanguardia de la columna á

la Piragua, una emboscada enemiga rompió el fuego sobre su frente, y al mismo tiempo la partida de Indalecio González por la derecha desde la orilla opuesta del Rio Sagua la Chica.

La vanguardia, mandada por el bravo comandante Pérez Blanco, contestó con nutrido fuego al del enemigo; formaban dicha vanguardia 20 movilizados de Santo Domingo, al mando del teniente Rodríguez y tercera compañía de Galicia, mandada por su capitán García Viana. Rechazado el enemigo, avanzó la columna, y al llegar una hora después á Santa Rosa, vuelven los insurrectos á romper el fuego sobre la vanguardia, que contesta enérgicamente, y toma las casas de Santa Rosa, de las que huyó el enemigo, llevando un muerto y tres heridos, dejando sobre el camino un caballo muerto.

En dicho punto pernoctó la columna, y antes de oscurecer, el coronel Hernández de Velasco con la 3.^a de Galicia y toda la caballería, practicó un minucioso reconocimiento sobre la orilla izquierda del rio, dispersando con algunas descargas diversos grupos, que huyeron precipitadamente.

Súpose en dicho día que los cabecillas Jesús Rodríguez, Sánchez el Pelao, Peraza, Paz, Ruperto Sánchez, Montes de Oca, Gonzalo Morales y otros, secundando las órdenes de Cortiña, trataban de parapetarse en la orilla izquierda del rio y que Indalecio González y Enrique Veitia, con su gente en la derecha, complementarían el ataque.

El enemigo, reconcentrado hacia Siete Pasos y Cavarroca, se hacía ascender de 800 á 1,200 hombres, todos ellos perfectamente armados.

El 20 al anochecer salió la columna de Santa Rosa en el orden siguiente:

La vanguardia, al mando del comandante de las Navas don Rafael Pérez Blanco, compuesta de diez caballos de Sagunto, mandados por el teniente Ortega de Armas, 22 guardias civiles por los tenientes Martínez Breija y Pereda, cuarta compañía de Galicia al del capitán Valdés. Coronel Hernández, jefe de la columna con su estado mayor y escolta, una sección de las Navas, mandada por el teniente Díaz Huidobro, acémilas, convoy, al mando del teniente coronel de Extremadura don Enrique Pascual con una sección de inmediata escolta. Retaguardia, al mando del capitán de Galicia García Viana con la tercera compañía de dicho cuerpo y 20 movilizados de Santo Domingo.

Al llegar á las seis y media al callejón de Siete Pasos suenan las descargas de la primera avanzada enemiga, mandada por el moreno Ruperto Sánchez, en ocasión de hallarse el capitán de Estado Mayor señor Ortiz comunicando órdenes al comandante Pérez Blanco. Nuestra vanguardia rompe el fuego y avanza; pero al salir á un claro, el fuego enemigo aumenta considerablemente, y allí murió el infortunado soldado Jacinto Gargallo Ibáñez y caen dos más heridos. El comandante Pérez

Blanco sitúa convenientemente sus fuerzas, y con descargas cerradas limpia la manigua del enemigo, que se retiró hacia el embarcadero de Cavarroca. El coronel Hernández ordena al capitán Sánchez que con la sección de las Navas refuerce la vanguardia, pues el teniente Ayguavives, de Sagunto, oficial á las órdenes del jefe de la vanguardia, le da parte de que el enemigo está atrincherado en Cavarroca y sus inmediaciones, y en el embarcadero va el convoy, y frente á él en posiciones la cuarta de Galicia y sección de las Navas, toma personalmente el mando de la acción el coronel Hernández.



... nuestra vanguardia rompe el fuego... (Pág. 372).

Ante el fuego continuo de los insurrectos, parapetados en trincheras que cubren las gavetas del demolido ingenio de Cavarroca, ordena el coronel se conteste con descargas cerradas, y con verdadero espanto del enemigo, admirablemente fortificado, atraviesan los proyectiles Matisser las potentes planchas de hierro.

En la misma línea de guerrillas se ve al valiente coronel Hernández de Velasco, y secundando sus órdenes, al capitán Ortíz, de Estado Mayor, y oficial á sus órdenes el ilustrado teniente Amado, de

caballería.

Mientras tanto, la tercera de Galicia, al mando del teniente coronel Pascual, desde las casas del embarcadero, y situado allí por orden del coronel, contesta al fuego que desde la orilla opuesta del Sagua la Chica, y también por retaguardia, hacen los insurrectos.

Es decir: el convoy está encerrado en un círculo de fuego, que la pericia del coronel y valor de nuestras tropas tarda muy poco en romper y apagar.

Dominado en gran parte el fuego, ordenó el jefe de la columna al comandante Pérez Blanco avanzase para atacar de frente y por el costado derecho al batey de Cavarroca, haciéndose por fuegos escalonados; el convoy se puso en marcha, y cuando las fuerzas del comandante Pérez Blanco llegaban á la mitad del potrero Cavarroca, el teniente Ama-

do, al galope, llevó la orden de ataque. La infantería, de frente y por la derecha, al mando del comandante Pérez Blanco y capitán Valdés, y la caballería al mando del teniente Ortega, de Armas y Martínez Breija, atacaron al arma blanca la posición; pero el enemigo que progresivamente había ido huyendo al ver iniciarse el ataque, se retiró precipitadamente hacia la manigua próxima al ingenio donde se ocultó perfectamente. Inmediatamente dispuso el comandante Pérez Blanco que el bizarro teniente de caballería don Joaquín Ayguavives, como más antiguo, tomase el mando de toda la caballería y practicase un extenso reconocimiento, que dió por resultado encontrar varias armas y señales de las bajas que el enemigo sufrió allí y que posteriormente se supo eran 10 muertos y de 25 á 30 heridos. Terminado este reconocimiento uniósse á la columna la fuerza del comandante Pérez Blanco.

Mientras tanto el convoy seguía avanzando con una pequeña vanguardia por el camino real, y esta fuerza iba contestando el fuego que nuevas emboscadas, desde las guayabales hacían sin cesar, y la retaguardia, cuando divisaba los grupos de Indalecio González y Veitia, contestaba con descargas á sus disparos.

A las puertas mismas del Santo y desde terrenos de Gesoria, aun continuaba el enemigo haciendo fuego, contestándole la caballería de Sagunto y uno de los fuertes del poblado, cuyos vecinos, con verdadero entusiasmo, recibieron al digno coronel y su columna.

En las Villas ha habido algún movimiento entre las columnas que por aquella región operan.

El encuentro de Rego, en Hanabanilla, del cual salió aquél herido, y el anuncio de su intención de presentarse acompañado de 250 de sus parciales, son dos noticias que no han dejado de promover alguna agitación en la opinión y dado margen á toda clase de comentarios, según los gustos y aficiones de los comentaristas.

La prisión del cabecilla Suárez y su conducción á la presencia de Máximo Gómez, con una fuerza de 300 hombres mandada por el *Mexicano*, también ha dado pasto á la insaciable voracidad de los ansiosos y de los impacientes, que así han entretenido su curiosidad y su expectación.

Asegúrase que Suárez pensaba presentarse con toda su gente y que, con noticias de su intención y de otros hechos que al referido cabecilla se le atribuyen, parece que será tratado con rigor extremado por Máximo Gómez.

El encuentro de la columna de Zubia, con la avanzada de Máximo Gómez en Yaguajay, motivo por el cual se supone que ha tenido que retroceder en su marcha, es tambien objeto de acaloradas discusiones, refiriendo y contando cada cual el suceso á su gusto y sabor; sin que se sepa, sin embargo, si la noticia referida es tal y como la gente la comenta.

Lo que sí es cierto es la voladura del fuerte Pelayo, en la provincia de Sancti Spiritus, y la presentación en aquella población de un oficial y once soldados desarmados pertenecientes á la guarnición de aquel fuerte destruido por Máximo Gómez.

Otro suceso semejante, el de la voladura del tren en que iba el general Suárez Valdés, saliendo ileso de tamaño peligro, como también lo han respetado las balas en los encuentros que hasta ahora ha tenido.

En dicha catástrofe sufrieron heridas y contusiones algunos de los que viajaban en aquel tren.

Por lo que se dice entre el público, hay que registrar entre los sucesos la entrada en la isla de algunas expediciones y el apresamiento de un bote en Aguadores (Santiago de Cuba), no por la marina de guerra, sino por un cabo del ejército que pertenece á la guarnición de uno de los fuertes que por allí se han levantado para proteger las costas.

También ocupa la atención pública la quema del pueblo de Güinfa de Miranda, por las fuerzas revolucionarias.

Recompensas.

Se han concedido las siguientes:

Cruz del mérito militar, con distintivo rojo, pensionada con 7'50 pesetas mensuales, al soldado del regimiento de Tarragona Juan Navarro Bonal, que perdió la vista á consecuencia de la explosión de un petardo colocado por los insurrectos en la vía férrea de Puerto Príncipe.

Por el encuentro de Saboruquito, á los individuos del batallón de Guadalajara sargento Ceferino Gómez, cruz sencilla pensionada con 25 pesetas mensuales; id. id. id. con 7'50 pesetas, sargento Francisco Castaño y soldado José Gemitar; id. id. id. 2'50 pesetas, cabo Gabriel Bernabé y soldados Antonio Sero, Pablo Sebastián, José Hernández, Bautista Java, Juan López y Mateo Zaragoza.

Cruz sencilla, pensionada con 7'50 pesetas mensuales, al cabo del regimiento de Cuba, Vicente Franquet.

Cruz sencilla, pensionada con 2'50 pesetas mensuales, al cabo del regimiento de Tarragona, Modesto Mirasierra.

Tretas de los insurrectos.

Con motivo de los sucesos ocurridos en algún ingenio de la provincia de Matanzas se dice lo siguiente:

«Los alzados en armas en esta provincia, á los que no nos atrevemos á calificar ni de insurrectos ni de bandidos, exigen á los dueños de fincas, según nuestras noticias, una fuerte contribución en armas y municiones, á fin de no quemarles los campos de caña y las fábricas de los bateyes.

La entrega de las armas ha de efectuarse en los mismos bateyes, para lo cual ordenan que se pida permiso al gobierno para armar 20 ó 30 hombres, y después de concedido y cuando ya las armas y municiones estén en las fincas, se presentarán de día ó de noche á buscarlas y les serán entregadas con mucha tranquilidad, dando de ello después parte á la autoridad correspondiente.

El medio escogido nos parece mal, pero nos figuramos que las autoridades militares sabrán ponerle el remedio oportuno y estarán ojo alerta para castigar del modo que se merecen los que son traidores á la patria facilitando armas al enemigo.



... atraviesan los proyectiles Maüser las potentes... (Pág. 373).

Es necesario proceder con energía y el que engañe á la patria obtenga el castigo que se haga acreedor por tan enorme delito.»

La prensa norteamericana

En una correspondencia de Nueva York leemos lo siguiente:

«Llama la atención pública un segundo artículo publicado por el *Recorder*, referente al dinero recolectado por la Junta, para fomentar la guerra de Cuba. El objeto de este oportuno trabajo es para demostrar que la insurrección es un

pretexto para enriquecerse unos cuantos camastrones que viven en los Estados Unidos. Pruébese por medio de guarismos, que de las fabulosas sumas recibidas por la Junta sólo una mínima cantidad se ha gastado para sostener la insurrección. Susúrrase que este importante trabajo es debido á la pluma de un joven portugués.

Se nota en la prensa metropolitana una reacción favorable á España, como habíamos anticipado. El *World*, que nos ha hecho de continuo guerra de tan mala ley, censura duramente á los rebeldes por el incendio de propiedades de particulares. El *Journal*, que tantas barbaridades ha soltado contra España en sus artículos de fondo, casi siempre se calla ahora. Los periódicos del interior, que por lo regular reflejan las miras de sus colegas del Este, se han vuelto muy comedidos, y dicho está que esta nueva actitud quita fuerzas al proyecto de la beligerancia.»

Cosas de la guerra.

Ofrece la actual guerra de Cuba, una particularidad que no recordamos presentase la anterior. Y consiste en que los insurrectos, en vez de combatir en todas partes, según y conforme las circunstancias del momento les proporcionaban ocasión, demuestran poseer, al menos de un mes á esta parte, lo que se llama un objetivo estratégico. Esto hace que tengamos asimismo el de impedir que ellos realicen el suyo.

No es la guerra regular, porque evitan presentar batalla no fiando el éxito á la suerte de las armas, pero tampoco es en absoluto la guerra de partidarios como lo fué en los primeros días de la insurrección. Y como



Mientras tanto, el convoy seguía avanzando... (Pág. 374).

quizás sigue siéndolo aún en el departamento Oriental y en el Camagüey.

Gruesas partidas que ora se reúnen ora se separan, pero bajo la acción directa de Máximo Gómez y Maceo, recorren Las Villas, rodeadas de columnas, que en ocasiones logran alcanzarlas y sostener con ellas tiroteos más ó menos prolongados.

El objetivo estratégico consiste en pasar á Matanzas é impedir la zafra, así como en Las Villas; el procedimiento aplicado es mantener á las tropas, por medio de una movilidad constante, en otra más fatigosa; y la táctica empleada no es otra que la de entretener con el fuego de algunos centenares de insurrectos á la columna perseguidora, mientras el grueso de las partidas marcha en la dirección que le conviene.

Las restantes fuerzas de la rebelión excepto algunas que á guisa de avanzadas merodean en Matanzas y hasta en Pinar del Río, parece como que esparcidas y muy dispersas por las otras dos provincias sublevadas, dedícanse á conservar en ellas un estado entre de guerra y de paz; es

decir, la suficiente intranquilidad para que de esas provincias no pueda distraerse un batallón para Las Villas, pero sin que haya ocasión de verdaderas operaciones.

Suponiendo que la cifra de rebeldes ascienda (eso se ha dicho) á 25 mil, 20.000 de ellos en tal maniobra pasiva (llamémosla así) se emplean, y los otros 5.000 son los que con el *generalísimo* mambí y su colega Maceo procuran realizar el plan que á éstos se atribuye.

Algo parecido sucede á las tropas: de los 100.000 hombres á que próximamente sube aquel ejército, 90.000 están dedicados á ser entretenidos por los 20.000 rebeldes de que antes hablamos, y los otros 10.000 son los que forman la media docena de columnas encargadas de operar en torno de los 5.000 blancos y negros del dominicano y su negro adláter.

A la vista de esto se ocurre preguntar: Si el número de tropas que maniobra en torno de los dos jefes separatistas fuese, por ejemplo, triple del de hoy; si en vez de diez ó doce mil hombres hubiese treinta mil á los alcances de Máximo Gómez y Maceo, ¿por mucho que éstos extremaran su habilidad y conocimiento del territorio, no caerían en una especie de ratonera ó se dispersarían en retirada hacia Puerto Príncipe? Podrán evitar el choque con seis columnas, pero no con dieciocho.

Ahora bien, de los 30.000 soldados distribuidos en fuertes y columnas volantes por casi toda la isla, ¿no se podrían reconcentrar siquiera 20.000 que se uniesen á los que maniobran en Las Villas? Eso es lo que se preguntan muchos militares entre los que no pocos contestan afirmativamente.»

* * *

Con el epígrafe *España y Cuba* ha escrito el distinguido literato yankée Mr. Paul Vane un artículo que viene á justificar que en los Estados Unidos también hay escritores y personas que saben aplicar á la cuestión de Cuba un criterio imparcial y razonado, como, desgraciadamente, no sucede con aquellos que, por mala fé ó por ignorancia, se han dado á discurrir y á fantasear sobre lo que no conocen ni entienden, cuando presentan á los filibusteros como unos mártires, y á Cuba como un país esclavo y digno de mejor suerte.

El señor Paul Vane encabeza su artículo con las siguientes palabras:

«Me avergüenza la conducta de nuestro pueblo, de nuestros principales periódicos y de nuestros oradores y reverendos. ¡Qué desgracia para nuestra patria!

Centenares de redactores se han negado á publicar todo aquello que en esclarecimiento de la verdad y de la situación de Cuba podía favorecer á los intereses españoles.»

Y luego añade:

«Lo más extraño acerca de las manifestaciones y meetings de Chicago en favor de los insurgentes, era lo siguiente: que según las aserciones de Quesada, el representante de la junta de Nueva York, la rebelión tuvo poca importancia, hasta que algunos extranjeros vinieron y le dieron estímulo y fuerza, dijo que Gómez (un extranjero súbdito de la Gran Bretaña) vino en Febrero y levantó una fuerza de 1.200 hombres; que en Marzo 22 oficiales (extranjeros) llegaron de Costa Rica con unas centenares de hombres; que varias partidas de americanos desembarcaron poco después y con ellos se empezaron las operaciones en Noviembre.

Supóngase que extranjeros hayan intervenido en los asuntos de nuestras numerosas huelgas de trabajadores, pretendiendo que *Debs* y sus compañeros estaban luchando por la libertad contra sus tiránicos opresores, ¡qué hubiéramos pensado de aquella nación!

Entre todos los que tomaron parte en el meeting de Chicago, ni uno sabía de fijo cuáles eran las condiciones que imperaban en Cuba, ¡y qué absurdo y ridículo el comparar estas hordas de vampiros dinamiteros, salidos de la manigua, con Washington y sus conciudadanos! Qué lógica tan digna de esta declaración: «España se portó mal con nosotros cuando reconoció la beligerancia del Sur; ahora nosotros, para enmendar aquella falta, hemos de cometer otra peor y declarar legítimos soldados de un *bona fide* gobierno equipado con todos los atributos de nacionalidad, á unas cuantas hordas de vándalos! ¡Qué página más vergonzosa para nuestra historia, si semejante absurdo fuese sancionado por nuestro gobierno!

¿No será esta la misma España cuyo valor, fama y virtudes cristianas tanto ponderaron durante la Exposición de Chicago? ¿No agotaron entonces sus manantiales de adjetivos elogiadores, cantando sus glorias estos mismos redactores, oradores y reverendos, que tanto se empeñan ahora en rebajarla? ¿No es ahora la misma España de antes?

No faltaron entonces críticos que dijeran que la causa de nuestro fervor era debida á nuestra afición al dollar, que entonces nos arrastrábamos para aprovecharnos mejor después, ¡Realmente no podemos permitir que parezcan proféticas tan vergonzosas afirmaciones! ¡Cómo puede ninguna persona sensata creer esos cuentos de crueldades ejercidas sobre los prisioneros!

Todo el pasado de la historia no demuestra semejante conducta de parte de los soldados españoles. El valiente nunca es cruel; hidalgo y héroe son sinónimos. Parece mentira que estemos tan mal enterados de las cualidades que caracterizan á España y demos crédito á esos cuentos y barbarismos; y más raro es todavía que hayamos olvidado tan pronto lo que dijimos acerca de nuestros propios actos de crueldad durante

nuestra última guerra civil. ¿Qué derecho tenemos de hablar acerca de la inhumanidad de los españoles? ¿Acaso hemos olvidado que España y los sublevados de entonces pidieron una tregua, en la cual ambos protestaron contra el tratamiento cruel de los del Norte?

Refresquemos nuestra memoria un poco, haciendo un examen de conciencia; otorguemos justicia, hidalguía y otras virtudes que caracterizan á la nación española, á la cual somos deudores del descubrimiento y civilización del Nuevo Mundo, y confiemos en que España sabrá implantar en Cuba todas las reformas que exijan el bienestar y el progreso de aquella gran Antilla.

* * *

Unos cuantos disparos hechos por la parte oeste de Santa Clara, llenaron de confusión á las gentes. Corrían los muchachos, gritaban las mujeres, se cerraban con estrépito las puertas, herían el espacio con sus notas bélicas los clarines llamando á la tropa con la contraseña de *á la carrera*; todo parecía indicar, que con un golpe de audacia los insurrectos habían invadido la población convertida hoy en cuartel general.

Las exageraciones eran muy grandes. Ni en la plaza se había hecho disparo alguno, ni los insurrectos llegaron al puente.

Esto ocurría el día 29 de Diciembre.

La tranquila curiosidad con que muchos observaban lo que ocurría, desde las más altas azoteas, indicaba que todo estaba fuera del pueblo, y en efecto, desde una de aquellas se veía todavía el espectáculo, siempre triste, es verdad, pero también menos importante de lo que al principio parecía.

Un grupo de 40 hombres, obedeciendo sin duda á la consigna de dar un golpe de efecto y aprovechando confianzas rastreras y miserables, se adelantó protegido por manigüas, cercas y edificios hasta cien metros escasos de la antigua estación agronómica, convertida en fuerte.

El centinela que vigilaba en lo alto les dió el ¡quién vive!, y ellos, al mismo tiempo que contestaban ¡Cuba libre!, avanzaron hasta llegar á las mismas paredes del edificio, sin que el centinela lograra hacerles más que cinco ó seis disparos.

La guarnición, que se componía de seis voluntarios y un cabo estaba disminuida en dos, á quienes correspondía almorzar en sus casas; de suerte que sólo había en el fuerte un cabo y cuatro números. De éstos, uno, que era el centinela, estaba en lo alto de la torre.

Su armamento consistía en carabinas Remington; ni siquiera había allí un Mátisser.

Sabían, pues, los insurrectos, que podían dar un buen golpe, más que por los resultados materiales, por el efecto moral que dentro y fuera produciría la hazaña.

Intimaron la rendición, amenazando con la dinamita; pretendieron forzar la puerta; llegaron á picar una de las paredes; pero los de dentro, ni se rendían ante las amenazas, ni ante el número, ni ante el fuego que les hacían desde las mismas bocas de las aspilleras.

Como no eran más que cuatro, sólo podían cubrir cuatro huecos, y los insurrectos aprovecharon los restantes para llenar de balas el interior del fortín.

Una de ellas fué la que mató al voluntario Ramón Nordelo; ese tiroteo fué el que produjo la alarma en la población, y el que puso en movimiento las escasas fuerzas que la guarnecen.

En una loma cercana que no dista del fuerte 200 metros se veía una línea enemiga que protegía al grupo que llegó al fortín.

Apenas salieron los primeros soldados por el pueblo, huyeron los 40 del ataque hasta incorporarse á la línea que los protegía.

No había trascurrido un cuarto de hora y ya se veía trepar por aquellas cuestas la pequeña columna que formó el bravo capitán de Estado Mayor señor Inzenga.

Aquel pequeño espacio de tiempo fué interesante para los que contemplamos desde la ciudad el suceso, pues difícilmente se presenta ocasión de ver tan cerca hechos análogos.

Reforzado el fortín desplegó el señor Inzenga á sus tiradores y avanzó siempre entre zarzales, cercas elevadas y no poco fango.

Mientras no rompió el fuego y no lo hizo hasta estar á la menor distancia posible, caracoleaban por las lomas los insurrectos ó se les veía ir y venir, correr y saltar en una especie de táctica rifeña; pero en cuanto sonó el primer disparo descargaron en confusión sus armas y huyeron, desapareciendo hacia la sabana que aquellas lomas ocultaban, donde tenían el grueso de la partida que se aproximaba á 500 hombres, mandados por Zayas y Leoncio Vidal.

Continuó avanzando la columna y siguieron ellos retirándose hasta un palmar espeso, donde pretendieron resistir.



... sufrieron heridas y contusiones algunos de los que viajaban... (Pág. 375).

El capitán Inzenga, que por ganar tiempo fué sin revólver, ni machete, ni sable, ni nada, creyó que al ver la diferencia tan grande de fuerzas resistirían, y en efecto, marchaba á la cabeza lleno de entusiasmo; se entabló la lucha, iniciaron las partidas un movimiento envolvente, y alguno de la fuerza no se pudo contener y dijo: «¡Estamos copados, mi capitán!»

El señor Inzenga acude al sitio amenazado, y diciéndoles: ¡Son nuestros, á ellos, muchachos! desbarató el plan del enemigo que se puso en dispersión con arreglo á su táctica, fraccionándose en grupos.

Cuando la columna regresaba de esta operación, no se veían por los lugares del suceso, mas que despojos, huellas y sobresaltos.

El campo estaba sembrado de casquillos de Mauser; la manigüta aparecía en grandes trechos, trillada por el paso de peatones y caballos y entre los guajiros de los sitios y trabajadores de los hornos de cal, inquietudes y temores, ¡quién sabe si fingidos muchos!

En las entradas y fortines, se veían guardias reforzadas y centinelas en los reductos provisionales; el cuadro, en fin, que ofrece una plaza amenazada.

Los insurrectos podrán tener valor individual, pero su fracaso en ese golpe de audacia es una prueba más de su cobardía colectiva.

Sabían con todos sus pelos y señales lo que había en el fuerte, y se propusieron arrebatarlo. Comisionaron á un titulado capitán, Pancho Garcés para que realizara el atentado y su fracaso le valió la destitución.

Es detalle característico de la forma en que hacen la campaña, el apoderarse de lo ajeno; ¡pero con qué miseria!

En su huida fueron llevándose de los potreros hasta la camisa de cuantos hombres y mujeres encontraron á su paso.

¡Qué redentores!

Esperaba todo el mundo en Santa Clara que por la noche, protegidos por la obscuridad, volverían á molestarnos, pero huyeron de veras y no han vuelto á parecer.

Gran enemigo éste, que huye á toda hora.

Cuando Manuel García pululaba con el pomposo título de *Rey de los campos* de Cuba, solía presentar la cara alguna vez; éstos ni siquiera tienen el valor de aquel bandolero famoso.

Podrá encontrarse en este suceso el fenómeno extraño de que se acercaran á la capital, residencia del cuartel general, sin ser vistos; podrá añadirse que es esto más inexplicable cuanto mayor era el número de la partida, pero es lo cierto que llegaron como matuteros y se retiraron como patulea.

Que no le den vueltas: enemigo de estas condiciones dará qué hacer, no lo dudamos, pero no es fuerza que representa una idea, porque por

la idea se pelea y se muere á toda hora; ellos huyen siempre, y sólo mueren cuando se les caza á tenazón.

Para ellos es superior la vida que la idea, porque viviéndo pueden realizar sus propósitos; vengar supuestos agravios, popularizar nombres oscuros, constituir medios de vivir holgadamente, pero nunca hubo mártires que pospusieran la idea al provecho personal.

El encuentro de Segura.

La columna mandada por el señor coronel don Enrique Segura cumplió la misión que le fué confiada por el general Suárez Valdés, de conducir un convoy de 20,000 raciones á Iguará, Arroyo Blanco, Jobosí y Bellamota, saliendo de Alonso Sánchez el 27 de Noviembre último, compuesta de los batallones de Granada y Cuba, guerrilla montada de Chiclaná y algunos caballos de Pizarro. Acampó en Ojo de Agua y aquella noche fué hostilizada por el enemigo, que tuvo fuego con las avanzadas, de que resultó muerto un soldado del batallón de Granada.

El 28 continuó la marcha á Iguará, racionando dicho punto, y el 29 siguió á Arroyo Blanco, donde por disposición de los generales Suárez Valdés y Navarro, parte de la fuerza de esta columna se unió á las de aquellos, quedando solo á las órdenes del coronel señor Segura 450 hombres del batallón de Granada y 60 guerrilleros montados del de Chiclaná.

El día 30 salió esta pequeña columna para Jobosí, y bien temprano rompió el fuego sobre el enemigo, que aunque corto en número, aprovechó ventajosas posiciones para atacar al coronel Segura, que no tardó en hacerle huir, llevando seis bajas que se le vió recoger, teniendo nosotros que lamentar la de un guerrillero de la vanguardia.

El día 1.º de Diciembre continuó la marcha para el fuerte de Bellamota, y desde las seis de la mañana que empezó la columna á internarse en un camino cubierto de manigua, fué hostilizada por emboscadas que le hacían fuego á quema ropa; pero sus descargas fueron contestadas con tal oportunidad por la vanguardia, mandada por el capitán don Antonio Sandino, que trabado el combate en la loma de la Longaniza, fué derrotado el enemigo, dejando en poder de la tropa tres muertos, armas, municiones y caballos, viéndosele recoger en la huida más de quince heridos. Por nuestra parte dos heridos y muerto el caballo que montaba el capitán Sandino. Este encuentro fué con las partidas de Basilio Guerra, Periquín y el tuerto Rodríguez.

El día 2 la columna siguió su marcha para Arroyo Blanco, siendo ligeramente hostilizada por el enemigo en las lomas del Peregril.

El día 3 salió esta pequeña columna, compuesta, como se ha dicho, de 450 infantes y 60 caballos, llegando á Iguará con 39 enfermos y 300 acémilas: y habiendo sabido el coronel señor Segura que las partidas de

Maceo, Máximo Gómez, Serafín Sánchez y Roloff habían sido arrojados de su campamento de la Reforma por alguna columna de las que lo persiguen, y que huían en la misma dirección que su columna llevaba, decidió batirlos, á pesar de la escasa fuerza con que contaba y la mucha impedimenta que tenía que defender.

Al efecto concedió á su fuerza un pequeño descanso de media hora, y salió de Iguará á las nueve y media de la mañana. No bien había rebasado la vanguardia, mandada por el teniente señor Guillén, el río Jatibonico, rompió el fuego sobre ella el enemigo, que fué contenido por las certeras descargas de nuestros soldados, hechas á la voz de mando



... dispersando con algunas descargas... (Pág. 872).

del expresado teniente, que con su serenidad y arrojo dió tiempo á que el coronel jefe de la columna dictara las acertadísimas disposiciones por las cuales fué una victoria la que pudo ser un hecho desgraciado, pues los rebeldes eran más de 4.500, teniendo por lo tanto, que luchar cada uno de nuestros bravos soldados con diez contrarios,

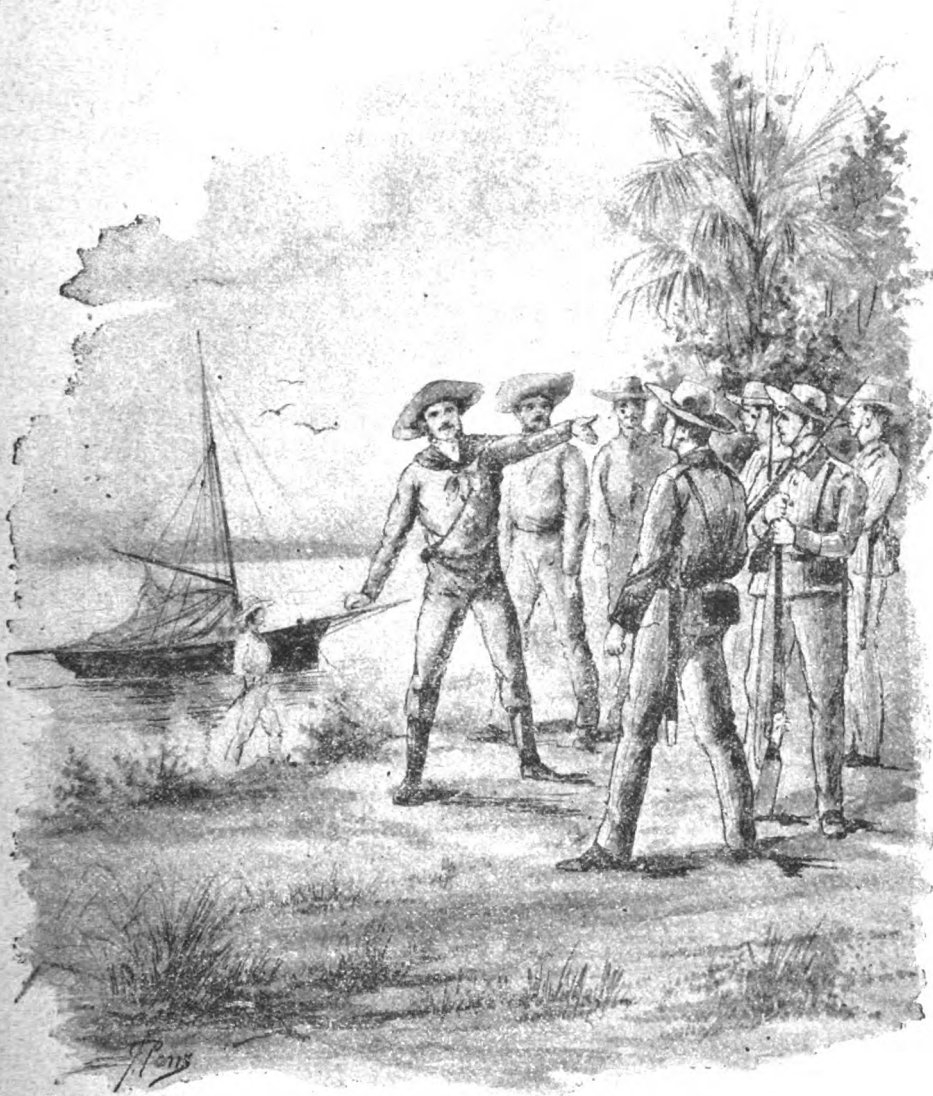
El enemigo entró con tal decisión y en tal forma situado, que á no ser por la serenidad, inteligencia y conocimiento de esta guerra que tiene el coronel Segura, la columna se hubiera visto en gran aprieto.

En seguida se hizo tan bizarro jefe cargo de la situación y superioridad numérica del enemigo, así como de su propósito de

envolver á la reducida columna, y supo atender á la vez á la vanguardia y retaguardia, pues por ambas era atacado simultáneamente, con terribles cargas de la numerosa caballería insurrecta.

La salida del río Jatibonico, desde Iguará, la forma un callejón que desemboca en el extenso potrero del Guasimal, por monte y espesa manigua rodeado. En él entró la vanguardia, atacando al enemigo, y á paso largo el resto de la columna; el fuego se generalizó enseguida por todos los flancos y hubo momentos supremos. El valiente coronel Segura, estando al lado del teniente coronel primer jefe del batallón de Granada, señor Amayas, que con tres compañías de su batallón atacaba con arrojo á las fuerzas enemigas, que machete en mano le iban enci-

ma, vió que un grupo como de quinientos ginetes insurrectos se corría por el flanco izquierdo para envolver á la columna y cortarle la retirada, y marchó á escape á la retaguardia, mandada por el bravo coman-



... una lancha pintada de negro, de la cual saltaron á tierra... (Pág. 391).

dante de Granada, señor Massuti, viendo con satisfacción que ya este jefe rechazaba con fuego por descargas al enemigo que le cargaba con tremendo empuje.

Esta defensa se hacía con tal entusiasmo, que los soldados vitoreaban á su comandante y éste contestaba con vivas á España y á Granada, alternados con las voces de mando, logrando rechazar al enemigo

Cuaderno 63—T. II.

Precio 10 cent.

por esta parte, no sin que llegara á combatirse cuerpo á cuerpo. No obstante contar con tan valientes defensores la retaguardia, el coronel Segura, personalmente, y con solo doce números de la compañía con que el valiente capitán Sandino defendía el ala derecha, corrió á la salida del callejón por el paso del río, donde ya encontró al enemigo, al que desalojó de aquel punto, dejando expedita la retirada, que aquél quería cortar á toda costa.

Para proteger la numerosa impedimenta fué necesario formar el cuadro, de una sola fila, por la escasez de fuerza y lo extenso del perímetro que habían que defender, y fué tal la decisión con que cargaban los insurrectos, que nueve de éstos lograron penetrar dentro del cuadro, donde fué necesario matarlos.

Una vez tomadas las posiciones por el valiente teniente coronel señor Amayas, rechazadas las tenaces cargas de la caballería enemiga por el valiente comandante señor Massuti y cubiertas las posiciones de retaguardia por el bizarro coronel señor Segura, el enemigo hizo su reconcentración y el jefe de la columna mandó recoger sus muertos y heridos y ordenó la retirada á Iguará, haciéndolo primero la impedimenta y después las fuerzas con el mayor orden, no sin haber reconocido antes las inmediaciones del campo, donde dejó el enemigo 19 caballos muertos. Los rebeldes puede asegurarse tuvieron más de 150 bajas. Por nuestra parte hay que lamentar siete muertos y 26 heridos, de ellos un oficial y un extraviado y tres caballos y nueve acémilas muertas y 13 extraviadas. Siete de nuestras bajas lo fueron por arma blanca.

La acción duró dos horas.

Hijo adoptivo de Trinidad.

A continuación reproducimos la carta que el general en jefe ha enviado al alcalde municipal de Trinidad con motivo de haberle dirigido éste una muy expresiva, en la que le participaba el feliz acuerdo de la Corporación municipal, al nombrarle hijo adoptivo de dicha ciudad:

«Muy señor mío y de mi más distinguida consideración:

Con su atenta comunicación del 25 de Noviembre he recibido la copia certificada del acuerdo tomado por ese Ayuntamiento nombrándome hijo adoptivo de esa población.

Como encargado del mando superior de esta isla mi deber es procurar por todos los medios posibles de que puedo disponer, el contribuir al bienestar de ella, y en este concepto, lo que he hecho por Trinidad no tiene más mérito ni merece más gratitud que lo que he procurado hacer por las demás poblaciones, aun cuando en sus manifestaciones de reconocimiento no hayan sido para mí tan expresivas y lisonjeras, como en esta ocasión lo es Trinidad.

Agradezco profundamente la inmerecida distinción con que ese Ayuntamiento me ha honrado, y ruego á usted que, como presidente, y en nombre mío, haga extensivo mi reconocimiento á todos los señores concejales que con sus votos me han favorecido, y de los cuales, como de usted especialmente, se ofrece como amigo y servidor muy afectísimo q. b. s. m.—*Arsenio Martínez de Campos.*»

Situación de los barcos.

Están en la Habana el Alfonso-XII y el Magallanes.

En la línea exterior el Infanta Isabel y el Conde de Venadito, hasta el Cabo de San Antonio.

El Diégo Velázquez hasta Cienfuegos, recorriendo 290 millas. Desde este punto á Santa Cruz el Cuba Española.

En la costa Sur de Oriente Vicente Pinzón, Nueva España, Marqués de Molins y Galicia. Desde la punta de Maisí, por la costa del Norte, el Alcedo, el Sandoval, el Baracoa, el M. A. Pinzón, que recorre 102 millas; el Mercedes y el Jorge Juan, que vigilan 82 millas.

Sin lo interior, para la custodia de los cayos: por los Colorados, el Mensajero, la Intrépida y la Cristina. Sigue por la costa Sur de Pinar del Río, el Almendares y el Aguila.

De Batabanó á Cienfuegos, el Dardo y el Guardian.

Por Santa Cruz, desde Tunas, el Contramaestre, la Ardilla y el Cometa.

Desde Manzanillo, por la costa Sur de Cuba, que siendo de piedra viva se vigila por la línea exterior.

En el Norte, hay en Cayo Romero, el Valiente; en los de la Herradura, el Relámpago; en Cayo Fragoso, la Lealtad. En la boca de Sagua, La Caridad, y en Cayo Cruz del Padre, el Antonio López.

Pontones.—En Nipe, el Cortés. En Santa Cruz estero del Humo, el María. En la boca del Cauto, el Centinela.





VII

Voladura de un tren



N vista de que el tren correo del día 20 de Diciembre no llegaba á la hora de costumbre á Santa Clara, y de que la línea telegráfica central estaba interrumpida, se supuso que algo grave había pasado en la línea férrea, y desde las cinco á las siete de la tarde, que se tuvieron las primeras noticias, reinó en dicha capital gran ansiedad en todos los círculos y sitios públicos, comentando cada uno con arreglo á su modo de pensar, lo que pudiera haber sucedido.

Próximamente á las siete llegó el tren de Cienfuegos, y entonces se supo lo ocurrido.

Entre las estaciones de Jicotea y Esperanza se encuentra un puente alcantarilla, cerca del chucho de Santa Rita, en el cual la partida insurrecta de Bermúdez había colocado un cartucho de dinamita con la idea de volar el tren que momentos después había de cruzar por aquel sitio.

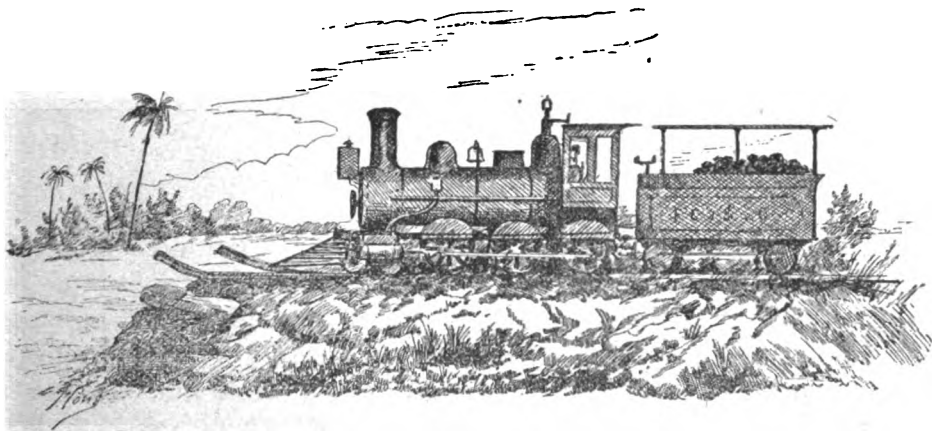
Como á la una de la tarde un tren especial que conducía al general Suárez Valdés, procedente de Camajuaní, sufrió las terribles consecuencias de la dinamita colocada por los insurrectos, pues al pasar la máquina estalló el cartucho, volando los rails de la línea y destrozando el carro blindado y cuatro casillas más, sufriendo averías el coche de pri-

mera donde iba el general con su Estado Mayor, y quedando el carro de tercera colgando de un lado del puente.

Acompañaban al general Suárez Valdés el teniente coronel de Estado Mayor señor Benzo, teniente coronel de la Guardia civil señor Teruel, médico militar señor Ríos, ayudante del general señor Méndez, 25 soldados al mando de un teniente del batallón de San Marcial y ocho guardias civiles.

Han resultado cuatro heridos, dos de ellos muy graves, y doce contusos, todos de la clase de tropa.

El teniente de San Marcial, que venía en la plataforma del coche de primera, fué lanzado á la vía por la trepidación del descarrilamiento,



... volando los rails de la línea, y destrozado... (Pág. 388).

sin que, afortunadamente, haya recibido más que una ligera contusión.

Uno de los soldados heridos graves, le fué producida la herida en la cabeza por un pedazo de rail que entró por la ventanilla del carro, impulsado por la fuerza explosiva de la dinamita.

En los momentos del descarrilamiento, el enemigo, que se hallaba emboscado, hizo varias descargas que fueron contestadas por las fuerzas que venían en el tren y que, á pesar de lo sucedido, no habían perdido su serenidad.

El señor Suárez Valdés dispuso que se desembarcaran los caballos que venían, unos catorce, en los cuales cabalgaron el general y su estado mayor y los ocho guardias civiles, dirigiéndose á la Esperanza, donde tomaron el tren de pasajeros de Cienfuegos para Santa Clara.

Los insurrectos, no contentos con lo que había pasado, se corrieron al mismo tiempo que el general á la línea de Cienfuegos y al pasar el tren cerca del Caimital le hicieron una descarga que contestó inmediatamente la guardia civil que venía.

Al llegar el tren de pasajeros á Santo Domingo, enterado de lo que había pasado en la línea, pidió permiso á la empresa del ferrocarril de

Sagua para pasar por su vía el tramo que había obstruido el tren des-carrilado.

Los pasajeros y correspondencia llegaron á Santa Clara á las nueve de la noche.

El conocimiento de este suceso ha producido en la Habana profunda impresión, desmintiéndose con él los rumores que circulaban acerca de proyectos de paz.

* * *

Sigue hablándose con insistencia de los intentos de presentación del importante cabecilla Alfredo Rego.

A esta noticia se une la de que 250 insurrectos desean deponer las armas ante las autoridades de Cifuentes.

Pero de una y de otra no se tiene confirmación oficial.

* * *

El día 25, á las doce del día, cuando todo el mundo estaba en sus ocupaciones habituales, en Santa Cruz del Sur, se oyeron de repente varios disparos de fusilería, y enseguida los toques de corneta llamando á los voluntarios. A los pocos momentos se hicieron los disparos repetidos.

Frente al fuerte Fluriach, y á una distancia de 400 metros á lo más, se hallaba una gruesa partida como de unos 200 hombres.

El fuego duró unos tres cuartos de hora, y fué defendido heroicamente el fuerte por el primer teniente del batallón de Cádiz don José Manuel Armiñán y 20 números, que son los que componen la guardia de dicho fuerte.

A los primeros disparos fué la puntería tan certera, que cayó el cabecilla herido en la nuca, lo mismo que el caballo que montaba, traspasado completamente de parte á parte, y tres heridos más vistos perfectamente.

Según se supo después, era la partida de Waldo Viamonte y Sarduy, comisionado por el cabecilla José M. Rodríguez para vigilar las pequeñas partidas que operan por ésta.

* * *

Güinía de Miranda ha sido un pueblo de los más importantes de la jurisdicción de Trinidad, y con sus principales producciones abastecía este mercado, llevando gran parte de ellos, por la fácil comunicación, á Placetas.

El pueblo era en su mayoría de mampostería, y tejas y embarro, existiendo de éstas 24 ó 25, y el resto hasta 50, de guano.

Su principal riqueza consistía en tabaco, café y ganado.

Desde los comienzos de esta guerra y cuando ocurrió el levantamiento de Lino Pérez y los demás de aquel barrio, sufrió mucho su pequeño comercio, pues se encontraba con escasísima fuerza.

Era el punto más estratégico de dicha jurisdicción por su posición topográfica y por encontrarse á seis leguas de la Siguanea y á cuatro de Manicaragua y Fomento.

Tenía 4.500 habitantes, que en su mayoría han tenido que refugiarse en el monte.

Ha sido reducido á cenizas todo el poblado, defendiéndose la pequeña fuerza allí destacada contra el grueso de la partida de Roloff que asciende á 1.500 hombres.

Hacia cinco días que recibieron órdenes de dicho cabecilla en el poblado de abandonar inmediatamente sus casas, y que los que no quisieran engrosar las filas rebeldes, si no cumplían dicha orden sufrirían la pena capital.

En la madrugada del día 17 se vió muy próxima al Fuerte de Aguadores, en Santiago de Cuba, una lancha pintada de negro, de la cual saltaron á tierra cinco individuos bien vestidos, que por desembarcar cerca de la caseta donde está sumergido el cable francés, supuso la guarnición del fuerte Teniente Torres que serían reparadores de dicha empresa.

En estas circunstancias, y después de atravesar el puente, fueron detenidos á la voz de ¡alto! dada por el centinela del fuerte, cuyo comandante es el cabo del regimiento de Cuba, don Guillermo Sáez.

En un principio manifestaron los detenidos que ellos habían llegado á Aguadores impulsados por las corrientes de la mar; que habían salido de Kingston (Jamaica), pero que un temporal los sorprendió por el camino, y sin que en sus manos estuviese el evitarlo, vinieron á recalar allí, todo esto después de haber pasado dos días de mortales angustias, sin comer ni beber, y rendidos por el cansancio de la navegación.

Dijeron que ellos salieron de Kingston el jueves de la semana anterior, estando, por consiguiente, cuatro días en la mar.

Después de estas declaraciones, manifestaron que el propósito de ellos era unirse á las fuerzas rebeldes; que les extrañó no encontrar ninguna partida en la playa, y que el hambre les decidió á presentarse en el fuerte, que conocieron por tener izada la bandera española.

Los detenidos son cinco, cubanos de nacimiento, los cuales iban á las órdenes de un tal Fernando P. Alvarez á quien se le encontró en los bolsillos un título de general venezolano firmado por el presidente de esa República, don Joaquín Crespo.

Leonardo Vicent (moreno), Manuel Arozarena, Fernando Méndez y

Francisco Zaldivar. Todos venían provistos de rifles y 500 cápsulas que arrojaron al mar antes de presentarse.

Al tenerse noticia en Santiago de Cuba de la prisión de esos individuos, se dispuso la salida del remolcador Conchita; pero la mucha mar no le permitió acercarse á la playa, por lo que se ordenó la salida de la columna al mando del capitán don Eduardo Alegre, acompañado del juez instructor, capitán don Sandalio Pérez.

A las doce y cuarto de la tarde siguiente salió la columna del fuerte Santa Ursula, compuesta de las siguientes fuerzas: 100 hombres de la brigada disciplinaria de Baleares con tres oficiales, 30 hombres de Baleares con dos oficiales, 25 ginetes del escuadrón de Hernán Cortés, al mando de un oficial, y 30 hombres de la guerrilla local de Cuba al mando de un teniente.



... siendo más tarde, conducidos á la fortaleza del Morro. (Pág. 392).

Como se suponía que los presos eran ciudadanos americanos, iba agregado á la columna el intérprete del Gobierno, señor Agostini.

Perfectamente organizada la columna, se emprendió la marcha, llegando sin novedad al teatro de los sucesos, donde el juez instructor tomó las correspondientes declaraciones, haciéndose cargo de algunos documentos y efectos que en poder de los presos se hallaron, tales como escobillones, desarmadores, etc., emprendiendo el regreso al oscurecer, y entrando sin novedad en Cuba como á las nueve de la noche.

El preso don Francisco Zaldivar—una especie de Hércules mal encarado,—al llegar á las inmediaciones del pueblo se arrojó á tierra dando gritos, repitiéndolo varias veces al pasar por las calles de la ciudad.

Los presos quedaron en el cuartel de Dolores, á disposición del fiscal militar, siendo más tarde conducidos á la fortaleza del Morro.

* * *

Un detalle verdaderamente importante, que ocurrió en el combate de Guasimal, tenemos que consignar porque es justo.

En una de las ocasiones en que la lucha era cuerpo á cuerpo, un guerrillero de Chiclana al verse agredido por un insurrecto machete en mano, le hizo fuego á quema ropa, atravesándole el pecho y matando también á otro insurrecto que estaba detrás del primero.

Un acemilero vió que un negro de gran corpulencia levantaba el machete para matar á un compañero de aquél; en esto le dispara un tiro de revólver dejando muerto al audaz insurgente.

Uno de los soldados enfermos que llevaba la columna desde Arroyo Blanco y que iban sin armas, tomó la de uno de los heridos y dejó



A los primeros disparos, fué la puntería tan certera, que cayó el cabecilla herido... (Pág. 890).

muerto de un balazo á un insurrecto que se le acercaba en actitud amenazadora.

Muertos y heridos.

Batallón de Granada.—Muertos: Soldados Pedro Barón Guirado, Francisco Portillo Lomero, José Serrano Redondo.

Heridos: Segundo teniente Enrique Linares Casals, herida de bala atravesando el muslo derecho.

Práctico segundo Juan Pujol Abelló, rozadura de bala, región dorsal, mano derecha y clavícula izquierda.

Sargento Genaro Quizán Fernández, herida de bala que atraviesa la pierna derecha.

Sargento Eusebio Fuentes Sáinz, herida de bala con fractura doble, pierna izquierda.

Sargento Jacinto Mañez González, herida de bala que atraviesa la región submaxilar.

Sargento Francisco Gil Navarro, rozadura de bala.

Cabo corneta Francisco Díaz Fernández, rozadura de bala índice izquierda y herida pié derecho por cerca de alambre.

Soldados: José López Cabezas, Ramón Ruiz Santiago, José Serrano Bertos, Juan Anguita Polaina, Manuel Rechi Agudo, Domingo Caballero Agudo, Pedro Martínez Alvarez, Ramón López Herrero, Francisco Borrero Serrano, Manuel Santiago Lozano, Pablo Rubio Martín, Juan Rodríguez Palomares, Jaime Pérez Rincón, Angel Muñoz Sillero.

Un soldado del batallón de Soria que venía agregado, por ser convaleciente, abierta la cabeza de un machetazo. Está en el hospital.

Guerrilla de Chiclana.—Heridos: Guerrilleros: Segundo Ochoa, Pedro Casares, Antonio Palao, Clemente Tellechea, y Lucio Pérez Moreno.

7.ª *Compañía de transportes.*—Muertos: Acemileros: Juan de Dios Casanova, Ramón Real, Aniceto Diaz y José Vega García (hallado su cadáver al día siguiente á gran distancia del sitio de la acción, esposado y macheteado).

Herido: Acemilero, Teodoro Rodríguez.

Por confidencias se sabe que en aquel glorioso hecho de armas murió el pardo Cebreiro, segundo de Maceo.

También se dice que una bala atravesó el sombrero de Máximo Gómez.

El valor, inteligencia y actividad del coronel señor Segura son elogiados por cuantos se encontraron á sus órdenes en la acción del Guasimal, una de las más importantes de la campaña.

Las bajas de las Minas.

En la sorpresa ocurrida en el sitio las Minas, cerca de Nuevitas, tuvimos las siguientes bajas:

Batallón de Gerona.—Heridos graves: Francisco Bariandarán, soldado; Cándido Barrueto, id.; Ricardo Mijares, id.

Muertos: D. Narciso Ardieta, 2.º teniente; Gregorio Ballojera, soldado; Juan Gailuno, id.; Pedro Aranramundi, id.; Constantino Ruiz, corneta; Manuel Clavel, soldado; Manuel San Antonio, id.; Alejandro Albisu, id.

Batallón provisional de Puerto Rico número 2.—Heridos graves: Pedro Gamundi Lerda, soldado; Arturo Mariano Ortiz, id.; Baldomero Castell Soldevilla, id.

Muertos: Francisco Amorós Marco, soldado; Gaspar Palmer Tarraza, id.; Juan Momplot Xamainé, id.; Santos San José Caballero, corneta; Domingo Torres Riera, soldado; Ramón Valls Carbonell, id.; Jaime Barceló Sabater, id.; Ramón Ferrer Gallar, id.

Ingenieros zapadores.—Heridos graves: Juan Espinosa, soldado; José López Marfil, soldado.

Muertos: Antonio Moreno, sargento; Juan Bertuci, soldado; Miguel Beranguer, id.; Antonio Baltazo, id.; Pascual Martí Meló, id.; Antonio Romo, id.; Custodio Mas, id.

Cayeron en poder del enemigo.—Del batallón de Gerona: don José Aznar, primer teniente; don Luis Mesa, segundo teniente; Baltasar Roca, soldado; Estéban Erdorain, id.; Juan Gutiérrez, id.; Lorenzo Hernández Gimeno, id.; Doroteo Alfaro, id.

Provisional de Puerto Rico núm. 2.—Juan Soret Baldrín, soldado; Francisco Ortíz Maluenda, id.; Pedro Pérez, id.; Juan Jiménez Monné, idem; Antonio Castaño Lliopar, id.; Antonio Ramos Ferrer, id.; Pedro Nova Rodríguez, id.

Ingenieros zapadores.—Salvador Campillo, soldado; Antonio Murcia Gallego, id.; Miguel Prado, id.; Manuel Guzmán, id.

Fueron dispersos: don Higinio Borrego Vega, capitán; Miguel Nicolau, práctico; Pedro Labastida, id.; José Fernández Rutia, cabo; Juan Urraco, corneta; Alfonso de Gracia, soldado; Felipe Drudis Aisú, id.; Felipe Saiz Arozamena, id.; Pedro Martínez, id.; Joaquín Bometón, id.; Ambrosio Arreguá, id.; Eliodoro Alemán Moncada, id.; Filiberto Fernández, id.; Ramón Gil, paisano y carretero.



VIII

La "doctrina" de Monroe y la América latina



EL mensaje inopinado y ya famoso del presidente de los Estados Unidos de la América del Norte, ha puesto nuevamente sobre el tapete la grave cuestión de las relaciones políticas entre los dos mundos. M. Cleveland imita, con sesenta años de intervalo, á Monroe: «Quien toque cualquier Estado americano me toca;» y añade no menos explícitamente: «y si me tocan... ya veremos.»

Queda un punto á dilucidar: ¿Las repúblicas americanas quieren ir con Cleveland?

Al *Petit Temps* de París le ha parecido interesante averiguar si esta especie de protectorado que les ofrece M. Cleveland á las repúblicas del Centro y Sud América, lo aceptarían éstas y cual era la opinión de sus diplomáticos respecto á la «doctrina» de Monroe.

He aquí las opiniones privadas de los ministros que representan á las Repúblicas americanas en París.

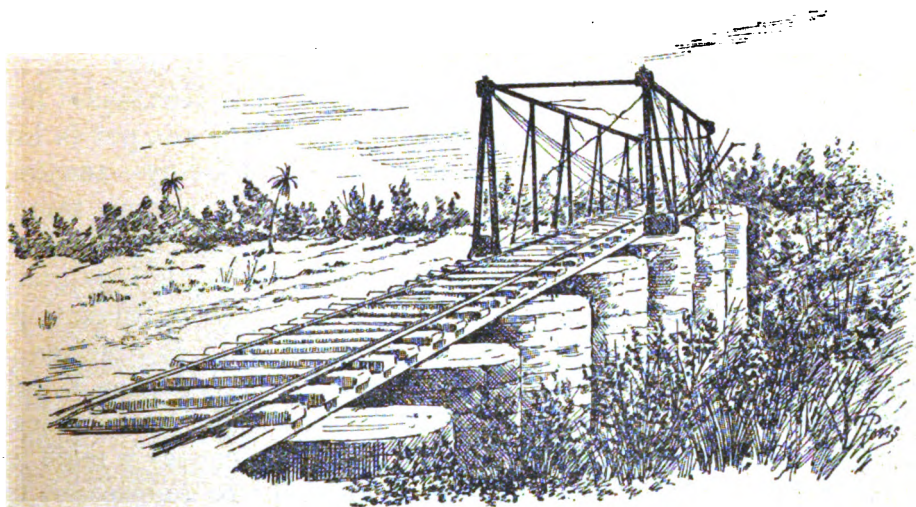
República Argentina.

«La doctrina de Monroe, declara el ministro de la República Argentina, no es, según mi manera de ver más que el deseo vehemente de un pueblo que formula así la expresión de sus intereses materiales y morales. Pero no puede ser un principio de derecho público. Lejos de mi

discutir esta aspiración nacional; pero no está revestida, según mi parecer de los caracteres de justicia y derecho natural capaces de imponerse por sí mismos á toda la América.

»Yo creo que, en el estado actual de cosas el principio sobre el cual se apoya esta doctrina no tiene razón de ser. ¿Es qué en lo porvenir España puede acariciar la idea de reivindicar sus antiguos privilegios coloniales, la Gran Bretaña atraerse las colonias emancipadas en 1776? La independencia de América es un hecho y un derecho, y nadie tiene la idea de volver sobre los hechos consumados. Han pasado los tiempos de una intervención anglo francesa en el Plata ó en México.»

Este lenguaje es claro: para los argentinos, Monroe ha hablado como



Puente de Santa Rita, entre Jicotea y Esperanza. (Pág. 888).

un americano excelente... de los Estados Unidos, y las palabras de Cleveland no han producido en aquellos el menor entusiasmo.

Bolivia.

El mensaje altisonante de Cleveland no ha preocupado en lo más mínimo á los habitantes de Bolivia. El ministro de esta república se muestra celoso de la independencia de los Estados americanos. «Cada uno en su casa es el amo», repitió. No quiere en tierra americana la menor sombra de protectorado, aun el ejercido por un Estado americano. Hasta si el peligro fuese grande, si se tratase de oponerse á un ataque europeo, desearía que cada uno luchase por su cuenta y esto basta.—Es verdad que Bolivia, esta Suiza americana, gracias á su situación geográfica no tiene que temer un ataque parecido.

Haití.

La república de Haití está colocada entre Europa y América y en-

medio de colonias europeas; su ministro creyó oportuno guardar una reserva que nuestros lectores deplorarán. Parece admitir, no obstante, que la «doctrina» de Monroe no es aplicable sino en caso de guerra declarada; pues, las dificultades que han puesto obstáculo á las buenas relaciones anglo venezolanas no han perdido aún el carácter de simple incidente diplomático; séanos permitido sacar esta conclusión.

México.

Uno de los mexicanos de París, que es de los primeros por su carácter, mérito y situación, nos ha dicho:

«Lo que se llama doctrina de Monroe, no es más que una opinión particular de los americanos del Norte. Las repúblicas latinas no han dado nunca sobre esta doctrina su opinión oficial. No se han adherido tampoco á esta pretendida doctrina, ni la han jamás rechazado; les ha faltado la ocasión. Venezuela que ve su causa fortificada por la intervención de Cleveland, muestra, con su actitud, que—hoy—acepta las consecuencias de esa doctrina. Y esto parece natural porque tampoco es cierto que Inglaterra y los Estados Unidos no se entiendan sobre las espaldas de Venezuela. Pero nosotros, los demás pueblos latinos guardemos nuestra «América para los americanos;» pero no únicamente para los americanos del Norte. Es necesario que cada trozo de América pertenezca exclusivamente al Estado que ocupa. Y, aquí, déjeme V. hacer intervenir una cuestión de forma. Habrá V. notado que los americanos del Norte no se dan otro nombre que el de «americanos» y nada más. Pero nosotros, los Estados Unidos mexicanos, somos americanos también y por esto no llamamos jamás á nuestro potente vecino más que: Estados Unidos de la América del Norte.»

—Usted parece muy poco partidario de los proyectos de confederación panamericana.

—Estos proyectos, señor, cuyo padre fué Bolívar, son una pura quimera. En el congreso de Panamá, los delegados no hicieron otra cosa que coger la fiebre. En el congreso que debía celebrarse en casa, México, no vino nadie. ¿Por qué no se unieron los americanos? Medianamente poblados, poco industriales, y además celosos uno de otro. El Perú se bate con Chile que quiere pelear con la Argentina. Ved, pues, cómo es mejor que cada uno se quede en su casa arreglando sus negocios.

—Tal vez México, según algunos, tiene sus razones particulares.

—¿Se refiere V. al miedo que podamos tener á los americanos del Norte? Ciertamente, en el tratado de Guadalupe Hidalgo, fuimos tratados con dureza. En 1848, cada uno, en América, nos abandonó, como en 1871 en Europa abandonaron á ustedes. Los mejicanos perdimos la mitad de nuestro territorio; ¿quién, en esta época invocó la doctrina de

«Monroe» y la inalienabilidad del suelo americano? Mas nuestros temores se han disipado. Después de la guerra de Sucesión, el poder en los Estados Unidos pertenece á los hombres del Norte; tarde ó temprano, tengo de ello la convicción, el Sud formará una república independiente, y contra ésta, la república del Norte será nuestra aliada.

—Pero en la hora actual....

—En la hora actual, se lo repito, que cada uno trabaje por su cuenta! Para los republicanos latinos de América, el temor á cualquier liga ó protectorado es el principio de la sabiduría.

—No obstante, si el país de V. se viese atacado por una potencia europea, ¿confiarían Vds., como Venezuela, sus intereses á un tercero?

—Tal vez, si hubiese peligro, y hasta en ese caso... no tendríamos razón.»

Mexicanos, haitianos, bolivianos, argentinos, á nadie le gusta la «doctrina.» La desconfianza parece ser general.

Venezuela.

Los Estados Unidos de Venezuela no están en relaciones diplomáticas con Francia; pero pasó casualmente por París Mr. Gil Fortoul, ministro de Venezuela en Suiza, y el redactor de *Le Temps* aprovechó esta coincidencia para entrevistar á dicho señor.

«La intervención—dijo—de los Estados Unidos era esperada y fué legítima. El mensaje Cleveland es conforme absolutamente á la «doctrina de Monroe.» Esta «doctrina» puede resumirse así: impedir á una nación europea aumentar, por la fuerza, la extensión de sus posesiones en América. Y digo por la fuerza, porque si un Estado americano consiente en alienar una parte de su territorio, es claro que no puede haber materia de intervención. En cuanto á Venezuela, cualquier enagenación de territorio le está absolutamente prohibida por su Constitución.

—Y en el conflicto actual...

—En el conflicto actual la «doctrina» es aplicable absolutamente. Inglaterra, sin ningún derecho, ha hecho ocupar, por fuerzas de policía, un territorio en interdicto. A nuestras reclamaciones nos propuso un arbitraje ridículo é inaceptable... y haciendo ocupar un territorio objeto de litigio, ha demostrado claramente que quería emplear la fuerza; ha justificado, pues, la intervención de los Estados Unidos.»

En cuanto á la «doctrina» de Monroe se expresó así:

«La «doctrina» de Monroe, que no es admitida por la Europa en el derecho internacional teórico, que no lo será probablemente jamás, es necesaria á las repúblicas americanas, hasta el día que estén ligadas. Lo que hay que desear, no es el protectorado de los Estados Unidos, sino una liga de todos los Estados americanos, comprendiendo naturalmente

en ella á los Estados Unidos. La formación de esta liga sería una cosa buena también para Europa; aseguraría las relaciones comerciales entre los dos mundos y las desarrollaría. Ninguna violación de derechos sería entonces posible; cualquier dificultad entre los Estados americanos y europeos sería arreglada entre iguales, por un acuerdo amistoso ó por arbitraje. Tal es el deseo de Venezuela.»

Menos esta república, las demás latinas de América no creen en la «doctrina» de Monroe, prefieren más su independencia absoluta.



Noche Buena en el fuerte.

Lo que es aquella guerra.

«Comprendemos, dice un órgano militar, el asombro de los extranjeros y aun de los españoles paisanos al ver que en la guerra de Cuba ejercen tan escasa influencia los combates, hasta el punto de que no solamente ninguno de ellos puede ser calificado de decisivo, sino que la mayor parte apenas si hacen modificar á los

insurrectos los planes que bien ó mal se trazan.

Y es que para hacerse cargo de las causas que tal ocasionan, es preciso conocer perfectamente la guerra de guerrilleros ó partidarios en general y la de Cuba en particular.

Si en cualquier campaña regular resultase un destacamento de tropas puesto en fuga después de abandonar las posiciones por él ocupadas, se le considerará completamente derrotado y habrá de pasar bastante tiempo antes de que la gente que logró salvarse puede volver á combatir.

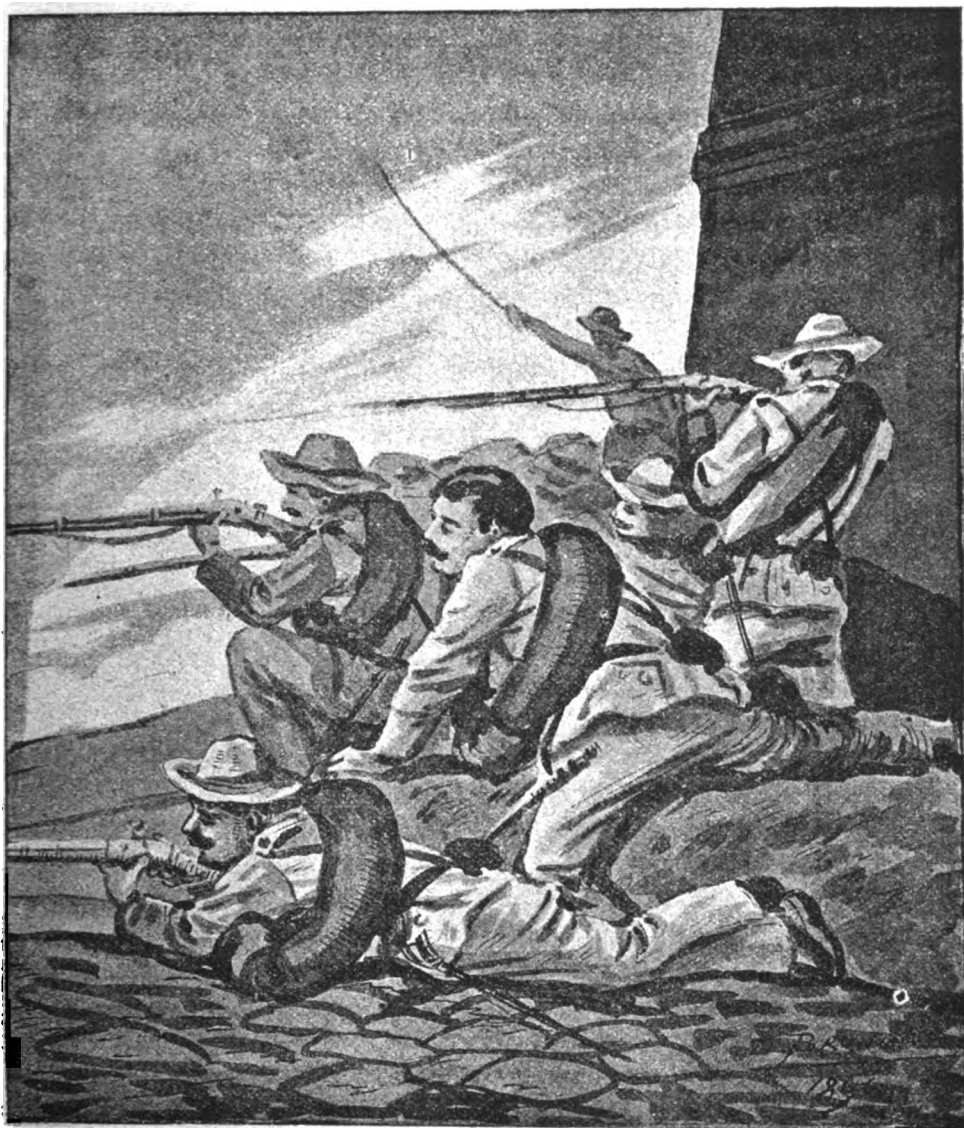
En Cuba no ocurre nada de eso; á las partidas, se entiende.

Que podrían ser comparadas á esos insectos que no mueren porque se les seccione un trozo de su cuerpo. Y la situación no es igual para las tropas. Lo vamos á demostrar con dos ejemplos:

Primero. La columna A, compuesta de un batallón de infantería, un escuadrón de caballería y una sección de artillería, mas alguna fuerza de guerrillas volantes, maniobra en persecución de las partidas X y Z. Tras de penosos esfuerzos y marchas difícilísimas; con la impedimen-

ta (necesaria toda), aumentada por los enfermos y por los heridos que tuvo en varios tiroteos de avanzadas, consigue encontrar al enemigo en posiciones y como desafiándola á combatir.

Al verlo, ya sabe que ese enemigo le es, por lo menos, tres veces su.



... con su oficial y á pecho descubierto, rodilla en tierra... (Pág. 416).

perior en número, pues si ne lo fuese no esperaría el ataque. Sin embargo, el jefe de la columna no vacila; no piensa ni en rehuir el combate realizando un movimiento que le permita seguir su camino sin pelear. El honor de las armas le exige que acometa á los contrarios y así lo

Cuaderno 66—T. II.

Precio 10 cent.

hace. Rómpease el fuego, y tras de mayor ó menor lucha llégase al fin de la acción.

Si el resultado es favorable, si logró imponerse al enemigo, en cuanto éste lo ha comprendido así emprende la retirada primero, la huida después, dispersándose por el bosque ó la espesa manigua. Dejando unos cuantos muertos y armas, y como bandada de gorriónes se pusieron en salvo los mambises. La persecución no pudo prolongarse más que hasta el oscurecer.

Pero volviéronse las tornas y la columna fué rechazada, y el enemigo, merced á su superioridad numérica, la envolvió en un cinturón de fuego, llegando el combate á ser heroico por parte de los nuestros, que al fin lograron rechazar á los rebeldes. Concentrándose luego, y con la considerable impedimenta de heridos, tiene que marchar al pueblo ó fuerte más cercano para dejar aquéllos en el hospital y reponerse de víveres y municiones.

Mas si por desgracia (lo que en esta guerra no ha ocurrido aún, ni quiera Dios, pero si en la otra), sobreviene un momento de confusión y el pánico consiguiente y se dispersa la tropa, entonces los que no caen bajo el machete mambís, piérdense en el bosque desconocido para ellos, donde pasan mil penalidades, y la derrota es tremenda. Hasta aquí el primer ejemplo. ¿Victoria? de escasas consecuencias. ¿Fracaso? de muchísimas. Ahora vamos con el

Segundo. La partida X se vé muy acosada y perseguida, y se decide á aceptar combate con alguna de las fuerzas que le persiguen, si considera que van en grupos no muy numerosos.

Toma posiciones: procura atraer á los nuestros á una emboscada. Si lo consigue, ya trazamos antes el cuadro de lo que sucede; pero si, según es más probable, vé que el éxito le es difícil, deja el campo de la acción y se marcha, sin creer que por ello perdió nada el honor de las armas ni el propio concepto ante los suyos. Pero si el combate se formaliza y las tropas atacan con tal vigor que el tropel insurrecto solo puede salvarse por piés, á ese recurso acuden, y como gente práctica en el país y ducha en correr por entre la espesura del bosque, pronto se dispersan para unirse en el punto señalado de antemano.

¿Quebranto material de la partida? las bajas que sufrió. ¿Idem moral? poco, porque para ellos no es vergonzosa la huida.

¿Quiere decir esto que no se pueda terminar la insurrección por la fuerza de las armas? Sí que se terminará, pero no con dos ó tres combates decisivos, sino por medio de una persecución incesante; de ~~en~~ en que solo suenan algunos disparos durante todo un día, pero que ~~que~~ fatiga á los nuestros, desmoraliza y rinde á los secuaces del separatismo.

INVASIÓN DE LAS VILLAS



RA el objetivo de la operación, que el grueso de las partidas al mando de Gómez y Maceo no pasaran á las Villas.

El general Martínez Campos combinó las fuerzas, en términos tales, que parecía que habría de responder todo á su pensamiento.

Con informes positivos de que el grueso de las partidas se había concentrado en los bosques de Reforma y que su propósito era avanzar, se dejó la Trocha cubierta lo posible con la brigada Alcázar y se colocó en línea avanzada sobre el campo insurrecto y en combinación mútua á la brigada Aldecoa y media brigada de Galvis, las cuales debían avanzar cubriendo la retirada del enemigo.

A la vez cubrió la línea estratégica del río Zaza con las fuerzas de Garrich, Oliver, Palanca, Zubia y Lara, dejando en Sancti Spiritus elementos en expectativa para que el coronel Rubín pudiera formar una columna en caso necesario, que se dirigiera al límite y encomendó á la brigada Navarro con el general Suárez Valdés la misión importante de contener al enemigo al avanzar sobre las Villas.

Tal era la combinación.

Las partidas eran numerosas. Con Maceo habían venido de Oriente

fuerzas de su confianza y cabecillas audaces. Gómez tenía allí las propias, las de Roloff, Serafín Sánchez, Castillo y otras, el núcleo de sus elementos, al extremo de haberse traído á esos bosques ese gobierno que ejerce de *cómico de la legua*.

Por nuestra parte se habían acumulado también tropas en número considerable: bien puede asegurarse que en ese tablero se reunían por ambos lados 12.000 hombres.

Aunque es perfectamente conocido el propósito de rehuir encuentros serios, todo hacía sospechar que, quisieran ó no, se entablaría un combate formal.

No hay por qué decir que desde el general en jefe al último que conocía ó sospechaba el alcance de la combinación, sintieron gran impaciencia desde el día 28, en que se inició el movimiento; hasta el día 3, en que vinieron las primeras noticias.

El general Valdés con la brigada Navarro rebasó el límite del Jaticónico, llegó á Arroyo Blanco y encontró el día 1.º al enemigo que ofreció escasa resistencia, pero la bastante para que Navarro se batiera en la vanguardia como un soldado y pudieran los oficiales ingleses formar concepto de nuestra Infantería, de lo que es el enemigo y lo que es esta guerra.

Vino el parte oficial, y al ver que el encuentro había sido insignificante que nosotros tuvimos siete heridos, que no se precisó una baja suya y que en vez de hacer caer al enemigo sobre las brigadas de retaguardia, eran los generales Valdés y Aldecoa los que se reunían en Jicotea, no pudimos contener una expresión de contrariedad, que tenía bien poco valor por lo mismo que no somos versados en el arte de la guerra.

Supimos entonces que una gruesa columna iba detrás del enemigo y que éste tangenteando el movimiento de nuestras tropas al amparo de los espesos bosques de Reforma se corría hacia el Sur para cruzar los límites.

Continuaron las impaciencias y vuelve á hablar el telégrafo cuarenta y ocho horas después para decirnos tímidamente que el coronel Segura había entrado con heridos en Iguará, circulando al poco tiempo el rumor de que algo importante había ocurrido.

Por fin se habló claro y se supo toda la verdad, que vino á dar fuerza al presentimiento que abrigamos desde que conocimos el primer parte.

La acción librada por el coronel Segura no era más que un accidente, no sabemos todavía si glorioso ó fatal, pero un accidente, al fin, de la operación, porque ni él salió de Iguará, creyendo encontrar á las partidas, ni éstas suponían que iban á tropezar con él.

Segura, después de dejar un convoy en Iguará, se puso en camino para regresar á Sancti Spiritus con una columna de 400 hombres y una impedimenta de 200 mules.

No se había alejado una legua de la población, y se encontró con las fuerzas de Maceo y Gómez, que en junto sumaban, según versiones oficiales, unos 6.000 hombres.

Pudo regresar al pueblo, pero no le pareció honroso retirarse sin probar sus armas, y sin tener en cuenta la diferencia del número, se batió denodadamente, tanto que evitó el copo, y si bien es cierto que dejó en el campo nueve muertos y se vió imposibilitado de recoger algunos heridos, no dejó ni un fusil y causó al enemigo 78 bajas, según dice el alcalde de Sancti Spiritus, bajas que no sabemos si serán de muertos y heridos ó muertos solo.

Este fué el primer accidente, porque la operación tenía su base en el paso de las partidas á las Villas.

Del fraccionamiento de ellas deducen algunos que les fracasó el propósito de ir con todos sus elementos á la jurisdicción de Remedios, pero hay motivos para suponer, dicho sea en honor de la verdad, que el desprendimiento del negro Quintín Banderas con 800 hombres en dirección á Trinidad, tuvo por objeto distraer fuerzas para cortar el paso, por



... poner en comunicación interior... (Pág. 416).

si pretendían correrse por Cienfuegos con apoyo en la Ciénaga, en dirección á Matanzas.

Previsto el caso, no variaron de posición las fuerzas que contenían la línea del Zaza á Remedios, y se encomendó á Zubia la operación de cortarle el camino, ó al menos entretenerle mientras se reforzaba la línea de Matanzas con los nuevos batallones.

Los momentos, pues, eran muy críticos. Seis días más tarde quizá sería conveniente que se reconcentraran ahí las operaciones; hoy todavía tiene sus peligros, á pesar de que los batallones de Bailén y Cantabria salieron á las pocas horas de su llegada, aquél para Cienfuegos por mar, para reforzar la línea de Cruces en la zona de San Juan de las Yeras, éste por Mordazo, para cubrir la línea desde Colón á Santo Domingo con los batallones del Rey, las Navas y el de artillería.

Al mismo tiempo dos batallones nuevos reforzaban la línea de Sagua

y Pavía, y Cataluña aumentaba el contingente de Caibarien, Remedios y Yaguajay.

Las brigadas Navarro y Aldecoa, que habían quedado á retaguardia de las partidas, y cuya dirección fija se desconocía, parecen situadas, la primera por el Norte, con apoyo en el Seborucal; la segunda por el Sur, con apoyo en el Jatibonico y Sancti Spiritus.

¿Qué sucederá en esta segunda parte?

Hasta la hora en que se conocen estos detalles no hay nuevas noticias, pero se esperan con impaciencia y han de revestir excepcional interés.

Si en esta segunda línea se obtiene el resultado apetecido y se obliga nuevamente á las partidas á retroceder, y hay la fortuna de que la ejecución responda al pensamiento, y son batidas y escarmentadas con dureza, no se habrán perdido más que seis ú ocho días, y la alteración experimentada en estas últimas cuarenta y ocho horas no tendrá resultado alguno.

Si, por el contrario, permanecieran allí algún tiempo ó logran avanzar hacia Sagua por un lado y Cienfuegos por el otro, las cosas variarían de aspecto y renacerían pesimismo que ya iban perdiéndose, porque los hacendados se llenarían de temor, sería difícilísima la molienda y entraríamos en un periodo de cuidado.

Ahora bien; si, como es de esperar, las cosas van como deben ir y resultan como deben resultar, por muchas razones, y esa gente retrocede escarmentada, la situación de las Villas mejorará rápidamente, porque con los nuevos elementos acumulados, no sólo se podrá aumentar la garantía á la propiedad y desarrollar operaciones activas, sino que podrán combinarse dos acometidas esenciales; una á la Ciénaga de Zapata y otra á la encrespada y abrupta Siguanea.

Al dar cuenta por cable de la situación de las fuerzas, dijeron que sobre la Ciénaga se había realizado un movimiento de columnas mandadas por el general Prast y coroneles Molina y Arizón, y teniente coronel Brull.

En efecto, así sucedió; entraron hasta donde pudieron entrar, por que todavía no aguanta á la gente aquel terreno de tembladera.

Al interior de esa Ciénaga, refugio siempre seguro de bandidos, fortaleza inexpugnable de Matagás, sólo pueden llegar ellos por veredas intrincadas, y por eso han establecido dentro campamentos y talleres.

Allí tienen mecánicos que les arreglen armas, y hasta alguna zona de cultivo.

Se impone, pues, el lanzarlos de ahí; pero para esto se necesita algún tiempo.

Otro tanto sucede con la Siguanea. En lo más alto de esta montaña, que divide la jurisdicción de Cienfuegos de la Trinidad, tienen los ins-

rectos sus hospitales y zonas extensas de cultivo. Allí se reunieron los alzados hoy en armas para esperar el momento de salir al campo, allí se instruyeron, allí se está curando Rego las heridas que le hizo en un encuentro la columna de Arizón.

Hay quien se apena porque no se procuró fortificar con tiempo, como hay quien no se explica que no se fortificara en lo posible la línea del Jatibonico Norte y Sur, como hay quien lamenta que las fuerzas de Valdés no se contuvieran en la defensa de los límites para cortarles allí el paso mientras los refuerzos llegaban y entraban en operaciones, puesto que había necesidad de ganar días; pero son todas estas cuestiones temas de excesiva importancia que requieren mayor estudio.

Carta de un marino.

Son interesantes los siguientes párrafos de la carta que un marino murciano al servicio de un buque de guerra dirige á su familia desde Santiago de Cuba.

«Respecto á como se va en este país, dice, te digo que hasta la presente no puedo quejarme, si bien he pasado algunos días con calenturas, teniendo que salir de á bordo para una Casa de Salud, donde estuve cinco días, después de estar en cama en el buque otros tantos, con el correspondiente temor por si se convertían en fiebre amarilla, que es en lo que degeneran todas las enfermedades en este rico país y muy particularmente á los que por primera vez vienen á él.

Y no era infundado mi temor, porque todos los enfermos que salieron en esa época de á bordo fueron muy raros los que no la tuvieron y seis de ellos se fueron al otro mundo.

Estábamos en Manzanillo, añade, desde la acción de Peralejo á las órdenes del general de división del primer punto citado, y por lo tanto, siempre que había que llevar un convoy por el rio Cauto, de nuestro buque salía un oficial y 10 ó 12 hombres, los cuales iban en el barco que dirigía los movimientos y que remolcaba á los demás, durante la travesía por el rio.

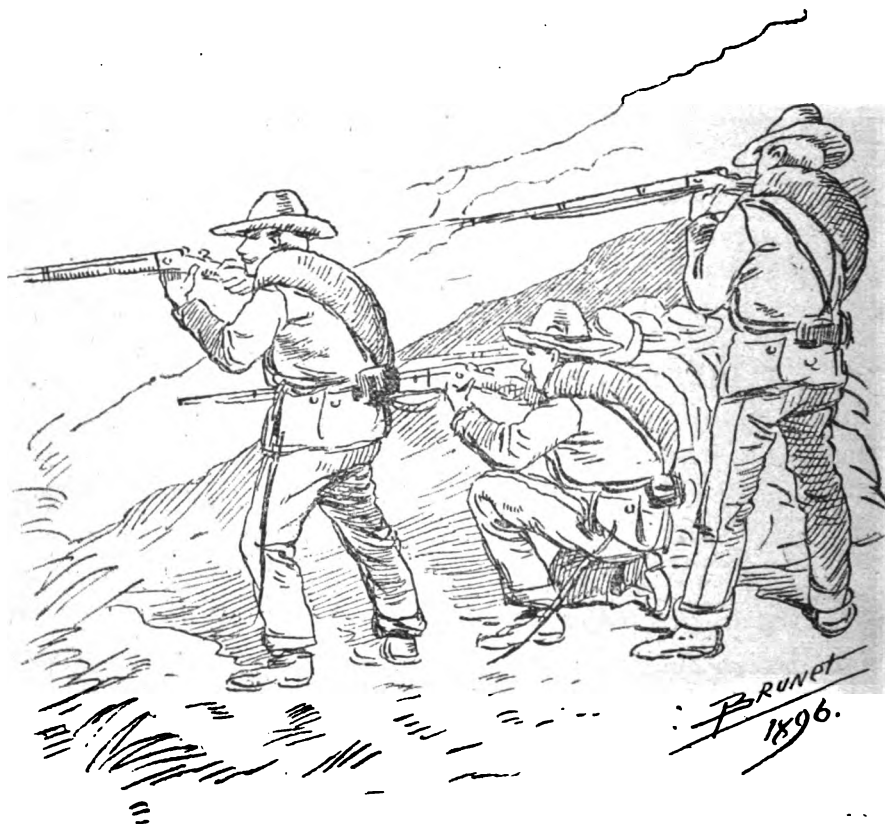
En los buques remolcados iban los efectos que constituía el convoy custodiados por tropas del ejército y también iban algunos pasajeros de ambos sexos, que aprovechaban esta ocasión para ir de un punto á otro.

En el primer convoy que se llevó, esperaban por banda y banda del rio, una columna de nuestras tropas, y por lo tanto, no hubo novedad.

En el segundo, tan solo fueron tropas por una banda y en muy escaso número, y también llegó sin novedad y de este modo fueron disminuyendo las precauciones, hasta que en el cuarto lo dejaron á la vo-

luntad de Dios, y como los insurrectos lo saben todo, escogieron en el río un sitio donde las tropas no podían molestarles por tierra, y aguardaron á que por allí pasaran los barcos y á boca de jarro les hicieron varias descargas; pero no por eso los nuestros callaron, porque de cada buque hacían un fuego atroz y los cobardes y canallas se escondieron para no dar la cara más.

Nos mataron á dos comerciantes que iban en uno de los buques, á pesar de estar detrás de una plancha de hierro de siete milímetros de



... los Mañessers de los de Asturias de la esquina opuesta... (Pág. 416).

grueso é hirieron á unos cuantos más, pero no pudieron lograr matar á ningún militar, ni de marina ni de tierra.

A la gente de mi barco tan solo al oficial encargado de él le tocó una bala de rebote y le hizo un morado en la rodilla, y al condestable, estando apuntando para hacer fuego le dió una bala en el cañón de su carabina y se la dejó inútil, pero sin tocarle á él nada. Esto fué lo que pasó en este convoy.

En el siguiente también tuvieron fuego, pero sin consecuencias, pues es tanta la valentía de nuestras tropas que estos sin vergüenzas salen en

seguida *chaqueteando*, como dicen por aquí, ó lo que es lo mismo que si dijéramos, salen corriendo.

Es preciso estar aquí y ver lo que es este país, en el cual, por numeroso que sea el ejército que venga, si los insurrectos quieren no hay quien los encuentre y con seguridad que ellos verían cuanto hiciera el ejército.

Ahora en toda la jurisdicción de Manzanillo y Santiago de Cuba no se encuentra un insurrecto, tanto que las tropas salen en busca de ellos



... por las descargas de estos valerosos soldados... (Pág. 416).

y se vuelven después de una porción de días de campaña, sin haber disparado un tiro. En cambio no dejan transitar por el campo una vaca que vaya para un pueblo, sin que les abonen tres pesos.

Esto te lo digo para que veas como se presentan cuando les conviene, y cuando no, nadie los encuentra.

No puedes figurarte cuántas ganas tengo de que cojan ó cojamos á esos cabecillas como Maceo, Máximo y otros piratas y destructores de este país. Al personal de todos los barcos que hay en esta jurisdicción, nos tienen reventados de tanto cruzar, y puedes figurarte los ratos que llevamos; unas veces con el enemigo constante que tenemos debajo de los plés y otras que hasta carecemos de víveres en algunos cruceros. Así es,

que todos estamos deseando que se nos presente un barco donde se sepa va gente de esta, para hacerlos pedazos, si podemos coparlos.

Pero créeme que si esta suerte le tocara á mi barco reventaba las calderas, con objeto de conseguir que se pusieran bajo el alcance de nuestros cañones.»





X

COLOMBIA Y ESPAÑA



os telegramas dan cuenta estos días de una noticia grave, la de haber sido objeto nuestro representante en Colombia de una severa medida por parte de aquel Gobierno á causa de no sabemos qué afinidades de dicho representante con el de Inglaterra en la misma república.

Este suceso parece acusar en Colombia ciertas actitudes nada gratas para España, pero al tiempo mismo en que los referidos telegramas, nos llegan periódicos venezolanos y colombianos atestiguando lo contrario.

En primer lugar, véanse los siguientes documentos que transcribimos de *El Telegrama*, de Bogotá, del 12 de noviembre.

Neutralidad de Colombia.

MEMORIAL.

Cartagena, 26 de octubre de 1895.

Señor Presidente de la República.

Bogotá.

Los suscriptos, en representación de los cubanos residentes en esta ciudad, deseosos de prestar ayuda pacífica á nuestros compatriotas que

luchan por la independencia de Cuba, hemos acordado organizar, con el título «Club Once de Noviembre,» una asociación patriótica cubana en armonía con el derecho que consagra el artículo 47 de la Constitución. Y teniendo en cuenta la resolución núm. 122 de 13 de marzo de 93 (*Diario Oficial*, núm. 9.105) del ministerio de Gobierno, venimos á solicitar de S. E. la necesaria aprobación, con la súplica de que nos sea transmitida telegráficamente y á nuestras costas lo que resolviere.

Dios guarde á S. E.

Fulgencio Segrera.—Eugenio Quesada.

Juzgado 1.º del Circuito.—Cartagena, 26 de octubre de 1895.

Este memorial ha sido presentado en papel sellado de primera clase en la fecha y horas de audiencia pública al suscrito juez, presente el secretario, por el señor doctor Eugenio Quesada en persona, á quien se le devuelve con la presente nota.

Luis F. Scholborgh.—Mamerto E. Bernal, secretario interino.

En papel sellado.

Cabrera, telegrafista.

Resolución.

República de Colombia.—Poder Ejecutivo.—Bogotá, 8 de noviembre de 1895.

En vista de la consulta elevada al Gobierno por el señor gobernador de Antioquia, con fecha 25 de octubre, y del memorial de Fulgencio Segrera y Eugenio Quesada, fechado en Cartagena á 26 del mismo mes;

Y teniendo en cuenta los deberes del Gobierno en sus relaciones con naciones amigas, con arreglo á tratados públicos y solemnes, el Gobierno ha jurado cumplir como leyes de la república, y al principio del respeto que recíprocamente se deben las naciones como cuerpos políticos, como garantía suprema de la soberanía de cada una de ellas, principio invocado ya por el mismo Gobierno tratándose de la neutralidad de otros Gobiernos respecto de las cuestiones internas de Colombia,

Se resuelve

1.º Es prohibida toda organización, reunión ó suscripción de fondos que tenga por objeto auxiliar insurrecciones en el exterior.

2.º Las suscripciones promovidas con el objeto de socorrer heridos en tierra extranjera, no serán autorizadas sino bajo la condición de que los fondos que se recauden sean remitidos bajo la inspección de la autoridad con las necesarias seguridades de que serán exclusivamente aplicados al objeto humanitario con que se haya abierto la suscripción.

3.º Los gobernadores de departamentos, y en su caso el ministro

de Gobierno, quedan encargados de ejecutar y hacer que se cumpla la presente resolución.

M. A. CARO.

El subsecretario de Gobierno, encargado del despacho,

Luis M. Holguín.

Colombia y Cuba.

El citado colega colombiano *El Telegrama* publica un artículo, cuya lectura revela cuán acentuada es la reacción operada en la opinión pública de aquel país, contra los insurrectos que siembran de ruinas y de devastaciones el territorio cubano.

El articulista, precedido de un excelente sentido, ridiculiza la campaña periodística filibustera y pinta con mano maestra el error de los que tenazmente pretenden convertir la hermosa Antilla en un verdadero erial y en degradado burdel de la más baja orgía.

Un pueblo civilizado como el de Colombia, cuna de verdaderos hombres de Estado, y que no en vano su capital Bogotá ha merecido el nombre de Atenas de América, al tratar de esa guerra, por ningún concepto justificable, ha podido dejar de hacerle con la sensatez y cordura que le es peculiar á una



... cinco caballos vivos... (Pág. 418).

nación que, como Colombia, por su cultura y civilización forma en el concierto de las naciones europeas.

La opinión nacional de aquella república reprueba el movimiento insurreccional de Cuba, no solo desde las esferas gubernamentales, conforme lo vemos en la resolución trascrita, sino por los órganos de la prensa del país.

España en Venezuela.

La recepción por el presidente accidental de la República de Vene-

zuela de nuestro nuevo ministro en aquella nación señor Castro y Casaleiz, fué un suceso demostrativo de cuán afectuosas relaciones unen á la metrópoli con una de las naciones hijas suyas más cultas y adelantadas.

Hé aquí el artículo de *El telegrama*:

«EL AUXILIO PARA CUBA

Máximo Gómez, el jefe de los insurrectos de Cuba ha proclamado y puesto en práctica una guerra devastadora en que el incendio y la destrucción entran como principales elementos; guerra á lo Atila ó á lo Tamerlán, que siempre ha sido mirada con horror, pero mucho más en estas postrimerías del siglo XIX en que la civilización cristiana se ha abierto ancho campo en el mundo entero. Ya no hay nación ni pueblo culto que no esté convencido de que todo lo que sea destrucción, no puede en manera alguna ser útil para ninguna causa, por buena que ésta sea, y por lo mismo todo lo que sea emplear el terror y la desolación inspira repugnancia y vuelve antipática la causa que tales medios emplea.

Pero hay algo más chocante todavía que ese aspecto salvaje y bárbaro que se le ha dado á la actual revolución de Cuba, y es que á muchas leguas de distancia del teatro de esos sucesos se reúnan clubs y comisiones para colectar fondos con el fin de dar auxilio á los que so pretexto de libertad, violan todas las leyes que la humanidad mira como sagradas en cualquier tiempo y circunstancia. Algunos de esos clubs ó comisiones, á cara descubierta confiesan que los fondos que recaudan son para sostener aquella revolución; otros toman la capa de la *filantropía*, y dicen que son para atender á los heridos ó inválidos de los insurrectos. A nadie engaña este disfraz y todos están convencidos, que tanto lo que consigan recoger los unos y los otros, será exclusivamente para proporcionar á los revolucionarios toda clase de elementos para que lleven adelante su obra.

Nada más ilógico, nada más inverosímil que decir que se recaudan fondos para atender á las necesidades de esos heridos y demás revoltosos, que son los primeros, con su modo de hacer la guerra, en hacer casi imposible cierta clase de auxilios, porque talando los campos y reduciendo á cenizas las poblaciones, necesariamente tienen que sembrar á su alrededor el hambre y la escasez con todo su cortejo de calamidades.

Proceder así, es decirles: sigan ustedes su obra de destrucción, no dejen piedra sobre piedra en el suelo de su patria, que nosotros para que no les vayan á faltar las fuerzas antes de dar remate á tan grandiosa empresa, les enviaremos cuanto recurso esté á nuestra mano. Así, por una aberración inconcebible, con el pretexto de amor á la libertad, van muchos hombres de buenos principios á coadyuvar á una obra incalificable.

El general Posada en sus Memorias dice que la guerra de la Independencia entre nosotros fué una guerra civil, y así lo habíamos pensado siempre nosotros aún antes de leer las Memorias del ilustre general. Pues bien, si eso se dice y puede admitirse respecto de nosotros, ¿con cuánta mayor razón no lo será respecto á Cuba, que hace tiempo es parte integrante de España, y como tal goza de las prerogativas y derechos de cualquier provincia española?

Ahora bien: si lo que allí hay es una guerra civil, ¿con qué derecho se mete nadie á dar ninguna clase de auxilios á los revolucionarios? ¿No miramos nosotros como indebida y atentatoria la intervención de los venezolanos que tomaron parte y proporcionaron elementos á los revolucionarios de nuestra última contienda?

Fomentar ó proteger en cualquier sentido las revoluciones de los otros países no es otra cosa que prepararlas y animarlas entre nosotros mismos: y si las que se apoyan son como la actual de Cuba, nada tendrán que objetar ni por qué quejarse, los que tal paso dan, el día que entre nosotros, cualquier partido, por hacerse del poder, haga las mismas cosas y emplee los mismos medios que aplaudimos en los de allá.

Más caritativo y más cristiano sería reunir fondos, no para enviarlos á insurrectos cuyos manejos tenemos que condenar, sino para distribuirlos entre los huérfanos y las viudas de los que murieron en la pasada revolución, sin distinción de colores políticos, pues todos ellos si son acreedores á nuestra conmiseración y lástima.

Nosotros lo proponemos así y creemos que no habrá colombiano que en este sentido no esté con nosotros.»

La defensa de la cárcel de Bejucal.

Persona que nos merece entero crédito nos remite la siguiente descripción de la heroica defensa hecha en la cárcel y el Ayuntamiento de Bejucal, el 13 de enero, al ser atacada por Máximo Gómez y otros cabecillas:

Bejucal 17 de Enero.

Como á las doce del día 13 del actual fuimos sorprendidos por las huestes de Máximo Gómez y otros cabecillas que con la velocidad del rayo se esparcieron por toda la ciudad. Tan pronto nos apercibimos, se empezó la defensa en esta forma.

El frente de la cárcel y por las espilleras que dos días antes se construyeron, por los ocho voluntarios, dos escoltas y Guardia Municipal. Ricardo Sardá y el Alcalde don Celestino Mier, que colocó al llavero y dos escoltas en el patio al cuidado de los presos y á dominar el tejado de la misma.

En el costado derecho entrando, que forma tres bocas calles, un gru-

po de los valientes soldados de Asturias, con su oficial y á pecho descubierto, rodilla en tierra, resistieron el empuje y las descargas que de las tres boca calles les dirigía el enemigo, no dejándolos avanzar de las esquinas anteriores á la Plaza. Al lado de este puñado de valientes se hallaba el Guardia civil de primera Jesus García Fernández y el capitán de Caballería de Voluntarios señor Oliva, y en esta posición es donde recibieron las bajas los valerosos soldados de Asturias.

El fondo de todo el edificio, que fué atacado por la numerosa infantería enemiga lo defendieron el resto de los cuarenta hombres de Asturias, los oficiales y el capitán de los mismos señor Serrano, quien, dirigió el combate.

El costado izquierdo, que es el Ayuntamiento fué defendido por diez y seis soldados de San Quintín, al mando de su teniente don Agustín Alvarez de Toledo, y algunos voluntarios, guardias municipales y celador gubernativo, habiéndose dispuesto perforar la pared que separa la cárcel del Ayuntamiento y poner en comunicación interior hasta el costado izquierdo del mismo, abriéndose agujeros en las puertas y asegurándolas por dentro hasta po-

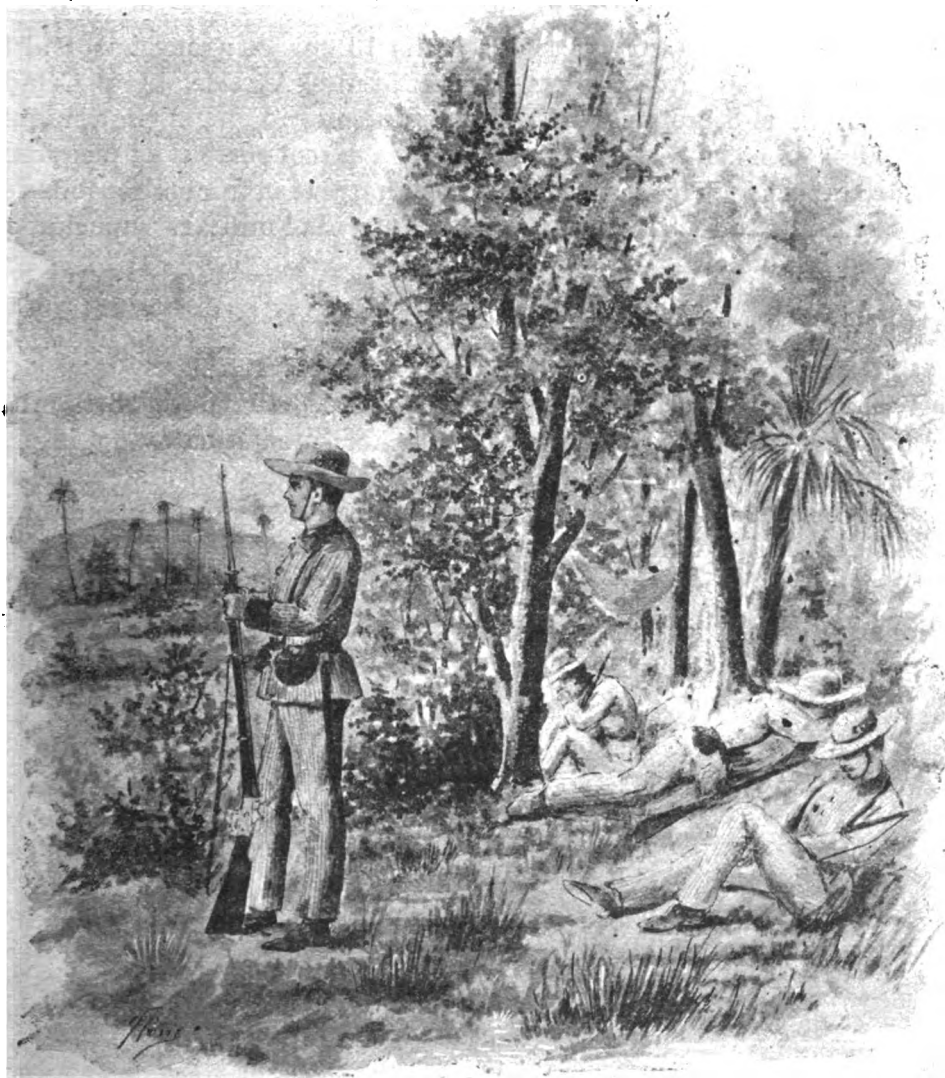
nerse en línea de fuego todo el rededor del edificio. Esta operación la dirigió el señor Alvarez Toledo, repentinamente, logrando que no avanzara el enemigo por ese costado, mientras se efectuó dicha operación, los Matissers de las de Asturias de la esquina opuesta.

Defendían el fondo de la casa-cuartel de la Guardia civil ocho soldados de San Quintín, al mando del sargento de Piamonte, y aunque intentaron tres veces prender fuego á la puerta del patio; no pudiendo conseguirlo por las descargas de estos valerosos soldados, quemando sólo la casa contigua á esta los insurrectos.



James Monroe.

Debo significarle á usted que á los pocos momentos de romperse el fuego acudió á esta cárcel, por entre los mismos, el capitán de voluntarios de infantería señor Alonso, y el comandante de caballería de voluntarios señor don Pedro Almario y algunos voluntarios de infantería que se encontraban en sus casas con sus armas en la mano.



Descanso de la columna.

Esta es la defensa real verdaderamente que se ha hecho en esta cárcel y Ayuntamiento y cuartel de Guardia civil.

Todos luchando de idéntica manera, defendiendo sus puestos con valor y patriotismo.

Cuaderno 67—T. II.

Precio 10 cent.=

También debo manifestarle que al poco rato del fuego reaparecieron parlamentos con bandera blanca, y el señor Alcalde Municipal se presentó en el cuartel de los de Asturias manifestándoles, de orden de Máximo Gómez, «que á ello lo obligó», que se rindieran, que les respetarían armas y vida, y si no quemaría el pueblo, habiéndose negado á ello, manifestando que primero muertos que rendidos. A la cárcel mandaron otro emisario y el Alcaide señor Mier lo metió á dentro contestándole á tiros.

También debo aclarar que desde el día 13 por la noche hasta el 17, á las once de su mañana, no han aparecido ni el Alcalde, ni el Celador municipal, ni el Secretario, ni ningún funcionario del Ayuntamiento, quedando sólo en su puesto el Alcaide de la cárcel con sus empleados, el celador Gubernativo con los suyos y los guardias municipales, todos los cuales se han puesto á las órdenes de la autoridad militar, superior que existía en la ciudad.

* * *

A las once de la mañana del día 2 de Enero, hallábanse 23 hombres del Batallón provisional construyendo un fortín en el batey del ingenio Averhoff, en el Aguacate, cuando fueron sorprendidos por una partida de unos 300 insurrectos á caballo, matando al sargento que la mandaba, y á un soldado y quedando cinco de éstos detenidos.

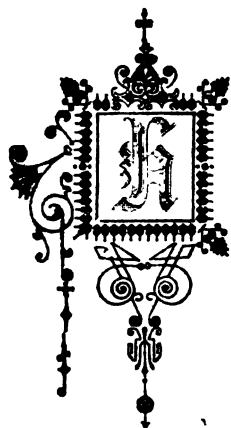
El enemigo dejó un muerto que no pudo llevarse y recogió otros tres y cinco heridos. También abandonó 5 caballos vivos, tres muertos y armamentos.





XI

Las operaciones



E aquí el parte de operaciones, remitido por el general Martínez Campos al Ministerio de la Guerra.

El documento que estaba escrito de puño y letra del general, es interesantísimo.

Dice así:

Hay un sello que dice: «Ejército de operaciones de Cuba.—Estado mayor general.»—Excmo. señor: Desde hace tres meses empezó á circular en el campo insurrecto la idea de la invasión de las Villas para impedir la zafra é incendiar los cañaverales é ingenios, castigando con la pena de muerte á todo el que trabajase, llevara víveres á las poblaciones ó estuviese empleado en las líneas férreas, y en este concepto dictó disposiciones el titulado general Roloff.

Surgieron algunas dificultades que retrasaron la ejecución; pero Maeco venció la resistencia de los orientales, y Máximo Gómez, reclamado por los rebeldes de las Villas, se decidió hacia el 24 de octubre á hacer la expedición, consiguiendo atravesar el 29 por Jicoteita y Piedras la línea del ferrocarril, sosteniendo un ligero fuego con una pequeña columna que había en dicho punto.

Las fuerzas de Ciego de Avila estaban empleadas en operaciones y

racionar algunos pequeños destacamentos, y no se pudo formar columna de persecución hasta el día 5, y como el terreno estaba cruzado de rastros, tomó equivocadamente la dirección de Arroyo Blanco y Santa Teresa, donde había partidas de alguna consideración, si bien no el grueso del enemigo, y que rehuían combate, contentándose con tiro-tear la fuerza desde posiciones escogidas; esta columna tuvo que regresar á Ciego para racionarse, y por si podía evitar el paso de Maceo.

El día 8 di órdenes á Mella para que el general Aldecoa, con dos batallones, siguiese á Maceo, si no conseguía detenerlo en el Camagüey; al teniente coronel Zubia para que, reuniendo la fuerza de Borbón, bajase hacia Manacas y Pedro Barba; al general Oliver para que, desde Place-



Capitán Gabaldá.

tas, por el Tibirial, se pusiese en frente del enemigo, y al general Garrich para que, sin descuidar á Sancti Spiritus y el ferrocarril, fuese por Alonso Sánchez á Taguasco é Iguará á encontrar el rastro del enemigo; estas órdenes se retrasaban por los cortes del telégrafo y por no comunicar el heliógrafo á causa del tiempo, pues desde el 17 de octubre hasta fin de noviembre ha reinado un temporal grande de aguas, tanto que Garrich no pudo pasar el Zaza en cinco días.

Ordené al general Navarro que desde Cuba viniese con dos batallones á Villaelara.

Zubia y Oliver tuvieron algunos combates con fuerzas de Máximo Gómez, y le hicieron retroceder á los

Jatibonicos; yo supongo que más que por la importancia de los combates, por la desconfianza que tenía este cabecilla de la cohesión de sus fuerzas.

El 13 de noviembre di orden al general Luque para que fuese á ponerse en combinación con el general Oliver y avanzasen en dirección al enemigo; éste que había pasado el Zaza por Neiva retrocedió, y ambos generales siguieron uno de sus rastros, teniendo varios combates pequeños con retaguardias y flancos, y continuaron sus operaciones hasta el 29 de noviembre, que volvieron á Placetas, sufriendo grandes privaciones á causa de las aguas.

El 20 de Noviembre salieron los generales Valdés y Navarro, y después de varias operaciones y enviar al coronel Segura á racionar Bella-

mota y Jovosí entraron en la Reforma, que es un monte de ocho leguas de Norte á Sur, y cinco de Este á Oeste, donde encontraron á Máximo Gómez con Maceo, que acababa de llegar, y le batieron el día 1.º, persiguiéndole por espacio de tres leguas hasta cerca de Río Grande.

Maceo había tardado un mes en trasladarse desde el Cauto á la línea de Ciego de Avila, contribuyendo á detener su marcha las columnas que le seguían y alcanzaron algunas veces desde las Tunas, mandadas por los coroneles Ceballos y Nario, y las del Camagüey, que consiguió evitar con suma habilidad.

Durante este tiempo las partidas de las Villas salieron de su sistema, y unas empezaron á atacar las propiedades y otras marcharon á incorporarse á Máximo Gómez, sosteniendo fuego de más ó menos consideración en las zonas de Remedios y Villaclara.

Al volver Oliver á racionarse el 15, como Garrich tuvo que ir también con el mismo objeto á Alonso Sánchez, y Zubia acudir á puntos que estaban atacados, Gómez, que se había refugiado en la Reforma, se presentó el 17 ante Pelayo, y el comandante de aquel puesto lo rindió vergonzosamente, á pesar de tener suficiente guarnición y querer defenderse ésta; tomó enseguida la dirección de Gíbaro, pero habiendo sabido que este destacamento estaba bien mandado, se dirigió á Iguará, que no atacó por saber también había 230 hombres, que si muy pocos para atacarle, eran más que suficientes para con su defensa darle una ruda lección; volvióse prontamente hacia Río Grande, en donde encontró una tenaz resistencia por tres días, y fué sorprendido por la columna del teniente coronel Ruíz, que lo persiguió hasta el centro de la Reforma, no siguiendo más adelante porque las lluvias y el terreno pantanoso se lo impidieron.

Notará V. E. cierta incoherencia en las operaciones, y debo explicársela.

Santa Clara comunica difícilmente por telégrafo con Placetas; ha habido día de cortar tres veces el telégrafo que va por Santo Domingo, Sagua y Camajuaní á Placetas, y á veces cuando se ha recompuesto por un lado, estaba cortado por otro, los trenes no marchaban con regularidad por las alcantarillas voladas y los levantamientos de rails; todo esto hacía que las comunicaciones fueran lentas.

El heliógrafo, desde Villaclara, loma de Santa Lucía, Placetas y Pico Tuerto á Sancti Spiritus, de poco servía, porque casi siempre ha estado el cielo cubierto de nubes y lluvia por el día, y de niebla por las noches.

Para comunicar con Spiritus y Ciego de Avila me valía de vapores que salían de Cienfuegos.

Entre Spiritus y Ciego de Avila (cinco jornadas) no había comuni-

cación, ni podían pasar propios, siendo otra contrariedad las dificultades para el racionamiento.

Cuando á mi paso por Ciego de Avila, para enviar á Garrich á Spiritus, p:evine que éste era el principal cometido de las dos brigadas, empezó el mal tiempo, que casi continúa con los Nortes.

Si se hubiera racionado Iguará y Arroyo Blanco y se hubiera levantado el fuerte de Taguasco y el de Alonso Sánchez, las columnas no hubieran sufrido tanto, y sobre todo no hubieran tenido que retroceder hasta tres jornadas, dejando en relativo descanso al enemigo, ya que no se puede afirmar que lo batiesen, por su propósito de no empeñar combate, su facilidad en ocultarse y su ligereza en la marcha.

Paso á dar cuenta á V. E. de las operaciones desde el paso de la línea férrea de Ciego de Avila: el día 1.º se unió Maceo á Máximo Gómez en la Reforma. Oliver estaba operando en el triángulo que hay entre Camajuani, Caibarién y Placetas, que había sido invadido por casi todas las partidas de Remedios; la columna Luque había tenido que bajar parte hacia Arimao á defender la zona de Ingenios, y la de Lara se había dirigido hacia Junía de Miranda, atacada hacía días por Rego y partidas de Trinidad.

En el momento que ví la decisión de Gómez de seguir á Occidente y tuve noticias de que Maceo estaba ya en el Contramaestre (Camagüey), mandé venir de Cuba á Cienfuegos al general Navarro con dos batallones y dos piezas, y lo retuve en Villaclara unos días por la falta de noticias, y que las pocas que había eran contradictorias, y no estando corriente el heliógrafo, envié el 20 dicha columna á Sancti Spiritus, para que á la vez que llevaba un convoy á Iguará, se pusiese en persecución del enemigo y diese unidad á las columnas de Spiritus; el camino estaba malísimo, y esta columna tardó ocho días de Villaclara á Iguará, perdiéndose la mitad de las raciones en el paso del río Zaza.

El coronel Rubín había salido para racionar el Jíbaro, y como la defensa del ferrocarril, Sancti Spiritus, Banao, Cabaiguán, los ingenios y otros puestos absorbía gente, y además había muchos enfermos en el hospital y muchísimos convalecientes del vómito, no pudo formar las columnas que yo le había recomendado, pero con la que vino de Cuba y la del coronel Segura, llegó á Iguará el 28 y siguió á Arroyo Blanco, desde donde envió á Segura á racionar Bellamota y Jovosí, puntos que no había podido racionar el general Aldave, porque las acémilas que se le habían enviado estaban muy fatigadas.

En Arroyo Blanco supo la situación del enemigo, y salió contra él, encontrándose en el centro de la Reforma, y como acababa de incorporarse á los rebeldes Maceo con los orientales, fué Valdés atacado con furia; pero el enemigo, al ver cómo avanzaba Navarro con la Infante-

ría, perdió su ímpetu, retirándose y siendo seguido tres leguas con tiroteo de su retaguardia con nuestra vanguardia.

Aldave, prevenido contra el paso de Maceo, había acumulado sus fuerzas en la parte Sur del ferrocarril que, según las noticias, debía destruir el enemigo al pasar por ella, y como esta contingencia era grave, en ella fijó su cuidado; pero Maceo, con las noticias que recibió de nuestra situación, por una rápida marcha de flanco, subió á la Redonda, por donde pasó el día 29; las fuerzas perdieron dos jornadas en concentrarse al Norte, y el día 1.º salieron Golbis y Aldecoa, que habían llegado el 30 por la tarde, á seguir el rastro; mucha ventaja les llevaba el enemigo, que además dejó un rastro falso hacia Arroyo Blanco; Galvis volvió hacia Río Grande, y Aldecoa siguió, cuando la volvió á encontrar, la dirección del enemigo, llegando á Placetas el 12, después de veinte días de marcha con lluvias, por pantanos, y sin calzado ni raciones hacía cinco días; allí estaba también el general Navarro por la misma causa, y que salió ese día para Villaclara.

Entro en estos detalles, innecesarios para V. E., pero muy interesantes para los que creen en la facilidad de obligar á combatir al enemigo y aún coparlo; el nombre del general Navarro es conocido; su vehemente deseo de adquirir gloria, evidente; y si él no ha conseguido más éxito, otro no lo hubiera alcanzado; casi lo mismo digo del general Aldecoa y de los demás jefes que han mandado columna, de cuyo buen deseo y celo no se puede dudar.

Las partidas, unas veces divididas y otras reunidas, siguieron su marcha de avance haciendo muchos rodeos para cruzar los rastros y habiendo encontrado el día 5 al coronel Segura que volvía de racionar los destacamentos con 450 hombres, le atacaron cerca de Iguará, obligándole á cesar en su avance, y siguieron hacia el Zaza, que pasaron por cerca de Neiva y las Damas, y aun sospecho que por cerca de Zaza, dirigiéndose Quintín Bändera por las lomas de Banao, donde fué alcanzado por el coronel Rubín, sosteniéndose un fuerte combate en una angostura cerca de la Seiba, límite con Trinidad, combate en que se hizo mucho daño al enemigo; pero la necesidad de dejar en sitio seguro los heridos, obligó al citado coronel á volver al Zaza el 11.

Oliver, que recibió orden de seguir á Gómez, el 11 le alcanzó en los altos de Alberiche, después de seis días de persecución obstinada, y desalojados de la posición con un fuerte y duro combate, rechazándoles en dirección del Este; pero Gómez, con rapidez, pasando por cerca de Guina de Miranda, se trasladó por el valle de Guanayara y el Guanabo á la Sigüanea, y se distanció de la columna de América, que le perseguía, y de la de Alava, que mandaba Lara.

Yo me había trasladado á la Habana el 5, porque tenía asuntos graves que resolver, coincidiendo con el desembarco de tropas que me absorbía

gran parte de las fuerzas en la custodia de los ferrocarriles y me inutilizaba la columna del teniente coronel Zubia, que tenía que proteger el desembarco de Pavía en Yaguajay y Mayagigüe.

Pero aunque mi presencia era indispensable en la Habana, salí el 12 para Colón, para enterarme personalmente del estado de la provincia de Matanzas y prevenirme algo para el caso de su invasión, trasladándome el 13 á Cienfuegos, desde donde el mismo día que llegó el batallón de Castilla lo hice salir para Cumanayagua y la Siguanea por el Ocuje, ordenando que Luque pasase á San Juan de las Yeras y fuese á la Siguanea por Pueblo Viejo, y que América guardase el paso de Manicayagua, volviendo Lara hacia Polo Viejo para estorbar el paso de Quintín Bandera.



Línea del ferrocarril de Jicoteita. (Pág. 419).

Todas estas columnas cumplieron; pero Gómez se las había adelantado.

Así que llegó Barbastro á Cruces, formé dos columnas con este cuerpo y fuerzas de Bailén y Canarias, á las órdenes del coronel Arizón, para que desde Cruces, por Páez y Mal Tiempo, se dirigiesen á Lomas Grandes, á guardar el paso de la Mandiaga. La rapidez del movimiento no dió lugar á la unión, y Gómez, rechazado por Barbastro y Bailén en Páez, cayó sobre dos compañías de Canarias y una de Bailén en Andreita, y dando una terrible carga á una de las de Canarias, la envolvió, separándola de la de Bailén; pero el oportuno socorro de Arizón, que llegó á la carrera con 200 hombres, y con gran arrojo, restableció el combate y rechazó al enemigo; nuestras bajas fueron numerosas; pero me consta que una de las fracciones del enemigo, á los dos días llevaba 27 heridos.

Por este relato comprenderá V. E. que el ejército se ha batido bien siempre contra fuerzas superiores, únicas condiciones en que, por punto general, se logra el combate.

El grueso del enemigo excede de 6.000 hombres, más las partidas locales que les sirven de exploradores.

Así que tuve noticia de estos hechos y que la vanguardia de Gómez había pasado el ferrocarril por cerca del paradero de Camarones y la Flora, avisé á las columnas de la Sigüanea bajasen á San Juan de las Yeras y Cienfuegos; no pudiendo dar más órdenes por haber recibido noticia de la voladura de varias alcantarillas y cortes del telégrafo en Jicotea, Camarones, Lajas, Santo Domingo y Sietecito, no quedándome más comunicación que con la Habana por el cable. Avisé á Cuba para que viniese un batallón de Matanzas y á Júcaro y Tunas de Zaza, para que en los vapores que enviaba viniesen de Ciego y de Spiritus respectivamente un batallón de Batabanó, con intención de que reforzara Colón; al día siguiente, restablecida por unas horas comunicación con



Chorra en donde se supone que hacía noche Maceo cuando penetró en la provincia de la Habana.

Villaclara, dí la orden de que Navarro viniese en tren desde Clara á Colón, y Aldecoa también desde Placetas; previne que una columna de Sagua se acercase á Alvarez, otra á Manacas ó Santo Domingo; que Luque bajase á Cruces y Arizón á Lajas, para que bajo la dirección del general Valdés se acosase á Máximo Gómez.

No puedo menos de dar gracias á la Providencia de que con tanto movimiento de tren y tanta dificultad no haya ocurrido una catástrofe, y no puedo dejar pasar la ocasión sin manifestar á V. E. que estas empresas de ferrocarriles y sus empleados han hecho esfuerzos sobrehumanos, á pesar de estar bajo la pena de muerte los empleados, de no haber movimiento en los ferrocarriles, de las pérdidas de material que han tenido, de los muchos gastos que han hecho, y debo advertir á V. E., como general en jefe, el peligro que hay de que por falta de material suspendan el movimiento.

Tan luego como dí mis órdenes vine por mar á Colón, no haciéndolo por tierra por no haber comunicación todavía desde Cienfuegos.

Aquí he dispuesto las tropas, y parece ser, según noticias, que Máximo Gómez no sigue adelante, antes parece que retrocede. Yo, por si esto es una añagaza, sigo aquí, pues en esta provincia hay varios ingenios que han empezado la molienda con verdadero patriotismo y sería un mal que tuvieran que suspenderla, cosa fácil porque no están protegidos con defensas, como tampoco los poblados, y Gómez ha asegurado que venía decidido á ejemplares castigos por haber desobedecido sus órdenes.

Las noticias que me llegan del estado de los rebeldes no son muy favorables, pero como pueden no ser ciertas ó puede rehacerse su moral, no hago más que indicar el hecho.

Sólo me resta en este relato, hecho á la carrera por falta de tiempo, manifestar á V. E. que todos los jefes han trabajado de un modo notable, y que el oficial y el soldado son un modelo; deficiencias ha habido, pero débense en su mayor parte á la falta de comunicaciones y á las dificultades propias de esta clase de guerra.

Dios guarde á V. E. muchos años. Colón 19 de Diciembre de 1895.—
Excmo. Sr.—Arsenio Martínez de Campos.—Excelentísimo señor ministro de la Guerra.

* * *

A propósito de la eficacia del empleo de grandes columnas de caballería para acosar y perseguir á los insurrectos se dice mucho y no falta razón á los que afirman tal necesidad; razón que se les reconoce en la orden reciente del general en jefe, por la que dispone se requiese todo el ganado caballar que hay en las fincas rurales con el fin de que lo puedan utilizar las tropas.

¡Lástima grande que esa orden no se haya dictado hace tres meses ó siquiera dos. Habríase conseguido así, no tan sólo aumentar la movilidad de nuestras columnas, sino disminuir las del enemigo, privándole de recurso tan necesario para su sistema de guerrear.

Los rebeldes, sin necesidad de órdenes de requisa, ni de hacer tasaciones, ni entregar resguardos, ni llenar formalidad alguna, apodéranse lisa y llanamente, cuando los necesitan, de todos los caballos que encuentran. Esto les permite trasladarse con extremada rapidez de un punto á otro si el terreno es relativamente llano, como sucede en la parte central de Cuba.

No constituyen tanto una verdadera caballería, sino más bien unos *dragones*, ó seáse infantería montada, pronta á combatir á pié ó á caballo, según convenga. Pero con una ventaja; como el caballo no tiene para ellos valor alguno, pues sólo les cuesta el trabajo de cogerlo, cuando por ser el terreno infranqueable, ó por tener que combatir ó por cansancio del ganado, se ven en la precisión de desmontar, lo abandonan

de cualquier modo, y si les es posible lo sustituyen con el que á mano tropiezan.

Nuestra caballería, y en ocasiones ni las guerrillas montadas de infantería, pueden hacer eso. Lleva su ganado la correspondiente reseña; constituye un valor á cargo de los jefes y capitanes, y no es lícito ni abandono ni sustitución de él, aunque por cualquier motivo se convierta en un estorbo.

Ahora tal vez se remedie esto algo con la requisita ordenada. Pero lo dicho, algo tarde llega tan excelente disposición.

Para concluir. En Cuba hay las siguientes fuerzas de caballería: Regimientos de Pizarro y Hernán Cortés (á 4 escuadrones), y escuadrones sueltos del Rey, Príncipe, Villaviciosa, España, Sagunto, Santiago, Montesa, Numancia, Lusitania, Talavera, Tetuán, Princesa, Pavía, Alfonso XII, Villarrobo'edo, Arlabán, Treviño, María Cristina, 1.º y 2.º del Comercio, idem movilizados de Santo Domingo, idem de Camajuaní. Total, 32; que por muchas bajas que tengan, libres como estarán de cubrir destacamentos y reponiéndose su personal, según debería hacerse, con el de infantería que sepa montar mal ó bien, arroja un total cuando menos de 3,000 caballos.

En 1.º de Diciembre, de esos 32 escuadrones había 5 en Santiago de Cuba (primer cuerpo), 17 en Las Villas (segundo cuerpo), 8 en la comandancia general de Puerto Príncipe y 2 en la de la Habana, Matanzas y Pinar del Río.

¿Cuántos, desde esa fecha acá, han sido acumulados sobre las partidas de Máximo Gómez y Maceo, invasoras del centro de la isla?

No quisiéramos engañarnos; pero no nos suenan otros nombres que los de batallones de infantería.

Una salvajada.

El Eco de Cárdenas relata lo siguiente:

«Con la indignación que produce todo acto criminal, propio de ser llevado á cabo por miserables cobardes y asesinos, hemos oído la relación del siguiente hecho, realizado por una de las partidas insurrectas que merodean por San José de los Ramos.

Una de esas partidas cogió prisioneros á dos individuos, un voluntario y otro paisano, que se defendieron heroicamente en el fuerte Habana.

Internados en el monte dichos prisioneros, empezó para ellos el martirio más horrendo que concebir pueden los que más salvajes instintos alimenten.

Al voluntario le fueron cortando los dedos de las manos y de los piés, después de arrancadas las uñas. Mientras tales crueldades le hacían, otros de esos *libertadores* de Cuba, abofeteaban y les daban planazos y cortes á las infelices víctimas.

Dí ¡viva Cuba libre! le repetían á cada instante aquellos malvados. Y el voluntario y el paisano que habían sabido defender la honra de España, contestaban ¡viva España! y acaben de matarnos pronto.

Pero lejos de hacerlo así, el martirio seguía; pinchando, cortando y mutilando los cuerpos de los que habían tenido la desgracia de caer en poder de los que quieren *regenerar* á Cuba.

Al fin, desangrados, entregaron su alma á Dios los dos mártires de la patria, que, quedando insepultos, fueron después recogidos el del voluntario por su propia madre, auxiliada por las autoridades y vecinos.

¡Horror!

El pueblo entero de San José de los Ramos acudió en masa al entierro de esos mártires, cuyo imponente acto fué la protesta muda, elocuente, de tan bárbaro crimen.

Descansen en paz esos buenos hijos de España.»

Un documento insurrecto.

Unos soldados recogieron el salvo conducto que copiamos.

«Ejército Libertador de Cuba

4.º Cuerpo

General Serafín Sánchez Jefe de la 1.ª División General.—Puede usted poner en libertad á los cuatro prisioneros hechos al enemigo por el Comandante Simón Reyes dándoles el correspondiente salvo conducto.—A. y S. Los Hoyos noviembre 29. 1895.—El Ingeniero General.—Carlos Roloff.—rubricado.

Se concede paso libre á los prisioneros españoles portadores de este *salvo conducto*.—Se ordena á las autoridades militares y civiles presten el auxilio y consideraciones necesarias á dichos prisioneros:—P. y S. Cuartel General «La Demajagua» á 20 de Noviembre de 1895.—El General Jefe Serafín Sánchez.—rubricado.—Cúmplase cuanto se ordena en el presente salvo conducto.—Máximo Gómez.—rubricado.»



Comandante Villares.





XII

El teatro de la guerra



ANAGUA.—Pertenece al partido judicial de Guanabacoa; tiene 5.858 habitantes y confina por el E. con San José de las Lajas. Su territorio es muy fértil; existen en él 80 fincas urbanas, un importante ingenio, 72 potreros y 172 sitios de labor. El pueblo cabeza de este término municipal dista de la Habana por carretera 19 kilómetros: tiene

Administración de correos y varias escuelas.

Alquizar.—Pertenece este término municipal al partido judicial de San Antonio de los Baños, y cuenta 8.314 habitantes. Su superficie de 153 kilómetros cuadrados comprende terrenos muy llanos y de ricos y variados cultivos: posee 215 fincas urbanas, 8 ingenios, 10 cafetales, 70 potreros y 188 sitios y estancias.

El pueblo cabeza de este término municipal tiene 2.000 habitantes y posee edificios de gran importancia, sitios en anchas y bien trazadas calles.

Dista de la Habana 51 kilómetros por ferrocarril y 16 de San Antonio de los Baños.

Artemisa.—Este término municipal, perteneciente al partido judicial de Guanajay (provincia de Pinar del Río), tiene 7.500 habitantes y

mide 117 kilómetros cuadrados de superficie, que forman una encantadora llanura, llamada por su riqueza *el jardín de Cuba*.

Comprende 120 fincas urbanas, algunas de ellas muy importantes, 4 ingenios, 26 potreros, 88 sitios de labor y 106 vegas de tabaco.

La población cabeza de este término municipal tiene 2.000 habitantes y se halla situada á 96 kilómetros de Pinar del Río y 70 de la Habana.

Guanajay.—Este término municipal, perteneciente al partido de su nombre, y á la provincia de Pinar del Río, cuenta cerca de 10.000 habitantes; su superficie es de 115 kilómetros cuadrados. Para dar idea de su riqueza, baste consignar que están enclavadas en él 747 fincas, cuatro ingenios, 26 vegas de tabacos, cuatro potreros y 248 sitios de labor.

Sus producciones son café, tabaco, azúcar, arroz y pastos con que se nutren magníficos ganados.

La población cabeza de este término, dista 130 kilómetros de la capital de su provincia y 46 de la Habana, á la cual se halla unida por ferrocarril: tiene Juzgado de primera instancia, Registro de la Propiedad, Administración de Correos y Telégrafos, Colegios de segunda enseñanza y elementales, fundiciones, fábricas de tabacos y varios comercios.

La Salud.—Término municipal de la provincia de la Habana y pueblo cabeza del mismo con 1.500 habitantes. Se halla en el camino de San Antonio de los Baños á Batabanó y dista 30 kilómetros al Sur de la Habana, á la cual está unido por ferrocarril, y ocho de Bejucal, cabeza de partido judicial á que pertenece la Salud.

Quivican.—Pertenece al partido judicial de Bejucal; dista 39 kilómetros de la Habana, á la cual está unida por el ferrocarril de Villanueva. Es cabeza del término municipal de su nombre, que cuenta 4.595 habitantes; tiene de superficie 351 kilómetros cuadrados de terreno llano.

Abunda en ganado de todas clases y para dar idea de su riqueza consignaremos que, según las últimas estadísticas, están anclavadas en este término municipal 107 fincas urbanas, seis ingenios, 22 potreros y 11 estancias.

En la población de Quivican existen varias fábricas de tabacos.

El día 2 de Enero los bandidos capitaneados por *e* generá de ellos, Máximo Gómez, atacaron el pueblo de Bejucal.

En este pueblo, según noticias, había 50 soldados del batallón de Asturias al mando del valiente capitán señor Serrano, 25 de San Quintín con el heróico teniente don Augusto Alvarez Toledo y unos 30 voluntarios.

Máximo Gómez intimó la rendición á esa pequeña fuerza, prometiendo que no haría nada si se entregaba; pero el capitán señor Serrano contestó «que los españoles no se rinden: ó mueren ó vencen.»

Entonces los insurrectos entraron en la Plaza de Armas y allí los es-

peraba, rodilla en tierra, un grupo de soldados al mando del teniente mencionado, señor Alvarez de Toledo.

Esta fuerza se parapetó luego en la casa cuartel de la guardia civil, y el capitán Serrano con los voluntarios y los de Asturias, en la cárcel.

El ataque de los insurrectos fué formidable para rendir á los soldados; pero después de tres horas de fuego fueron rechazados los bandidos con grandes pérdidas.

Los soldados, voluntarios y paisanos españoles del comercio se portaron como todos unos valientes, distinguiéndose el capitán señor Serrano y el teniente señor Alvarez, para los cuales pedimos la recompensa que se merecen por su heroico comportamiento.

¡Así pelean los españoles disponiéndose á vencer ó á morir; no como los Escaladas de Alquizar!

¡Viva España!

* * *

¡Aprendan los Escaladas de Alquizar!

El día 3 de Enero como á las doce y media de la noche fué atacado el poblado de Cascajal, provincia de Santa Clara, por 600 bandidos mambises.

En el pueblo se reunieron 14 hombres entre guardia civil y soldados de Cantabria, al mando del primer teniente de la guardia civil don Blás Rubio y del segundo de Cantabria, los cuales ocuparon dos boca calles; y otras dos fueron ocupadas por 14 voluntarios de caballería al mando del distinguido comandante don Baltasar González y del capitán don Antonio Pérez Torres, logrando rechazar al enemigo después de dos horas de fuego, causándole varias bajas.

Por nuestra parte tuvimos herido en el brazo izquierdo, al capitán Pérez, el cual continuó en su puesto de honor, hasta que el comandante lo mandó retirar viendo la abundante hemorragia.

Se le ocuparon caballos con monturas, estrellitas de cinco cuernos, armas y otros efectos.

¡Así pelean los valientes!

¡28 españoles vencen á 600 mambises!

¡Viva España y viva el ejército español!

Reñido encuentro.

El general Madan remitió el día 1.º de Enero desde Guanajay el siguiente parte que le dirigió el general Luque desde Los Palacios.

Diga V. E. que por mensajero supe que el enemigo contramarchaba desde Palenque por la costa Sur con dirección á Candelaria en número

800 hombres. Forcé la marcha dirigiéndome á Angosturas, cuyo campamento había sido abandonado por la vanguardia enemiga: el grueso y la retaguardia aun no habían pasado.

Salí al encuentro del enemigo y le cogí doce exploradores armados, proporcionándome sorprender el campamento. Combatieron, sin embargo, dos horas, dispersándose después en todas direcciones y dejando en mi poder siete muertos, entre ellos el cabecilla Francisco Cruz Rodríguez, 20 reses recién muertas para sus tropas, una bandera con su porta estandarte, 60 caballos entre muertos y heridos, 40 caballos útiles, monturas, armas y municiones. Además siete prisioneros.

Los perseguí hasta el obscurecer; la tropa admirable sin comer todo el día. El jefe de la vanguardia coronel don Cándido Hernández me dejó muy satisfecho; la artillería pudo hacer varios disparos certeros durante el combate; todos mis ayudantes y el jefe de Estado Mayor pelearon en la extrema vanguardia.

Nuestras bajas han consistido en siete heridos de Alfonso XIII, Soria y escuadrón del Comercio y además dos contusos.

Según manifestación de dos de los prisioneros, las partidas estaban mandadas por Núñez, Bermúdez y Alvarez y su objeto era unirse á la vanguardia.



Don José Aizpurúa, general de brigada.

Desde Jaruco dice el comandante de armas de Jibacoa que á las siete y media de la noche del miércoles, una partida insurrecta de 200 hombres atacó al poblado durando el fuego una hora, causándole un muerto y tres heridos, ocupándole algunos caballos sanos y otros heridos y varios efectos.

La partida continúa cerca del poblado.

Se distinguieron dos guardias civiles y algunos voluntarios, cumpliendo los demás con su deber.

La guarnición no tuvo novedad.

El día 14 de Enero y en la línea de Cárdenas y Júcaro, entre la estación de Sabanilla y el ingenio Santa Catalina, fué quemado el

tren de viajeros que hace el servicio en el ramal que va del Recreo á Itabo.

El tren fué tiroteado el día 13, cerca de Hato Nuevo y frente á la finca propiedad de don Carlos Reynaldos.



... por los guerrilleros en unión de tres de éstos que también murieron en el encuentro. (Pág. 436).

El día 14, á las siete de la mañana, salió de Itabo, como hora de costumbre, el tren de viajeros, pasando sin novedad por los paraderos de Hato Nuevo y Sabanilla.

Al poco rato de partir de este último punto, frente al monte *Cofiño*,

Cuaderno 68—r. n.

Precio 10 cent.

el pasaje del tren se vió sorprendido por repetidas descargas de fusilería procedentes de ambos lados de la línea y dirigidas contra los coches.

A los pocos momentos, y sin salir aún de la impresión causada por el fuego de los rebeldes un ruido extraño acompañado del repentino movimiento del convoy, advirtió el pasaje de que el tren había sido descarrilado.

Para lograr esto, los insurrectos habían desprendido con anticipación dos rails, y al llegar el tren cerca de este punto, lo tirotearon vigorosamente á fin de causar los mayores estragos; pero no se salieron con la suya, pues solo la locomotora se salió de vía ladeándose un tanto cuando las ruedas de la misma invadieron el terraplén.

El tren descarrilado se componía de un coche de pasaje, un carro de equipajes, una casilla con muebles, otra con carbón vegetal destinado á Banagüises, y un carro con un caballo y dos yuntas de bueyes.

El pasaje fué asaltado atropelladamente por los insurrectos de la partida, cuyos individuos poseídos, de feroz acometividad, entraron en los carros, machete en mano, á los gritos de: *¡Nadie se menee! ¡Viva Cuba libre!* Registraron inmediatamente á los viajeros, sacándoles cuanto tenían en los bolsillos. No bien se había verificado esto, cuando se presentó el jefe de la partida ordenando á su gente que presentaran lo que habían robado y ordenó al pasaje que desalojara el tren.

Entonces se le presentó el conductor del mismo señor Arias, rogándole no hiciera daño ni al tren ni al pasaje.

A lo que el jefe insurrecto contestó:

—¿Dónde están las armas que ustedes han traído de Itabo?

—En este tren no viene arma ninguna, contestó el conductor. Lo que me han quitado—añadió el conductor—ha sido el reloj. Y enseguida dió orden el jefe insurrecto de que se buscara el reloj del conductor.

Mientras estas escenas tenían lugar, los individuos de la partida despojaban los carros del tren y se disponían á realizar la obra inícuca que llenó de espanto á los viajeros. *¡Candela al tren! ¡Fuego al tren!* gritaban desaforadamente. Y con guano seco de que venían preparados, incendiaron el tren sin compasión alguna.

Al pedirle los pasajeros al jefe de la partida, por mediación del conductor señor Arias, que les dejara seguir á pie hasta el inmediato pueblo del Recreo, lo concedió al cabo de unos momentos, cuando el tren se hallaba destruido por completo.

El jefe de la partida insurrecta que realizó la vandálica fechoría que relatamos se llama Andrés Borroto.

De los que iban en el tren fueron despojados cinco: un comisionista al que quitaron un revolver y dejaron el reloj; un señor, de apellido Pascón, vecino de Itabo, fué despojado del reloj, sombrero, y dinero en plata que llevaba en el chaleco.

Al conductor de correos señor Grande le fué pedida *prestada* por un blanco de la partida la cartera que portaba, á lo cual contestó el primero:—¿Prestada? No hombre, tenga Vd., se la regalo.

La locomotora fué destruida á machetazos y golpes, así como las ventanillas y asientos del carro de pasaje, cooperando á la obra infame del incendio.

Los pasajeros, en unión del maquinista don Domingo Quintana y los conductores del tren y correspondencia llegaron al inmediato pueblo del Recreo oportunamente para tomar el tren de Yaguaramas y llegar á Cárdenas.

El fogonero asiático, fué herido por una bala que le atravesó una cadera.

El maquinista recibió una contusión en la mano izquierda.

Según los pormenores que proporcionan los mismos viajeros, el grupo insurrecto se componía de unos sesenta hombres pertenecientes á la partida de Lacret.

Tan pronto se tuvo noticia en el Recreo de la fechoría que acababan de hacer los rebeldes, salieron fuerzas en su persecución.



XIII

CABOS SUELTOS



EN reconocimientos practicados el día 14 de Enero por fuerzas de Mérida y la guerrilla nombrada de Sancti Spiritus, por todo el sector comprendido entre el Horno de Cal y el río Tuinucú, encontraron pequeñas *comisiones*, á las que dispersaron, causándoles un muerto y cogiéndoles dos caballos.

A las once de la noche del 13 un pequeño grupo insurrecto prendió fuego á dos casas de la colonia *Gajando*, perteneciente al central *Dos Hermanos*, término de Cruces.

La guerrilla local de Limones, al mando del teniente Güel, batió en la mañana del día 14 en *Loma del Cuero*, Palmira, una pequeña partida insurrecta, haciéndole varias bajas, entre ellas tres muertos que dejaron en el campo y fueron conducidos á Palmira por los guerrilleros en unión de tres de éstos que también murieron en el encuentro.

Según parte del general Aizpúrua, desde Sancti Spiritus, ha pasado por Cabayguán Serafin Sánchez, con impedimenta de heridos, procedentes de occidente.

La guerrilla de Camajuaní causó varias bajas á la partida de Leoncio Vidal, cerca de Vueltas.

Para que se vea la actividad é inteligencia desplegada por el teniente coronel señor Díaz Benzo, Jefe de E. M. de la 1.^a división en la di-

rección de todas las operaciones relacionadas con la requisita de caballos, dispuesta por el general en Jefe, baste consignar que á los seis días de comenzadas, ascienden á 1.200 los caballos requisados y traídos á Santa Clara, donde han sido depositados en un potrero para que los escuadrones realicen la remonta. Sábese además que pasan de 500 los requisados en otros términos, y que llegarán á esta capital de un momento á otro.

Solo haciendo esta operación en los primeros momentos y con personal escogido, para evitar las *martingalas* usuales en estos casos, como las de traspaso de propiedad y otras por el estilo, puede obtenerse un resultado tan brillante. Para los profanos esto no tendrá mérito alguno; para los que han presenciado los trabajos, lo tiene, y grande. Para re-

quisar cerca de 2.000 caballos en seis días, ha sido necesario que el señor Díaz Benzo no levantara mano del asunto, desde que se recibió la disposición del general Martínez Campos, hasta que los jefes designados por aquel para llevarla á cabo han ido entregando aquí los caballos requisados.

El teniente coronel Díaz Benzo, que como jefe de E. M. del general Suárez Valdés ha demostrado en distintas ocasiones su bravura y su pericia, al frente del enemigo, por lo que ha sido recompensado recientemente por el Gobierno de S. M. con la cruz roja pensionada; y en la organización del distrito de Holguín,



Cabo Natalio Moregón.

primero y en este de las Villas, después, las especiales dotes de inteligencia que le distingue; y en todas ocasiones su extremado amor al trabajo, pues rinde verdadero culto al cumplimiento del deber, ha aprovechado ahora su permanencia en esta provincia, sin descuidar los otros asuntos relacionados, con su importante cargo, en dirigir las operaciones de la requisita, con el éxito que dejó consignado y en estudiar las otras de defensa de Santa Clara, presentando una memoria que ha sido aprobada por el general Marín y que se está llevando ya á la práctica.

Como á las siete y media de la mañana regresó á esta ciudad una pequeña columna compuesta de tres compañías de León, una de Cuba y una de la guerrilla de Tejeda, después de varios días de operaciones hasta el Ramón de las Yaguas, habiendo tenido fuego en Escandell con una partida insurrecta sin novedad por parte de nuestras tropas.

El infatigable coronel Sandoval salió con su columna de Palma Soriano el día 12 de Enero á reconocer puntos nombrados *Caney*, *Santa Rita*, *Aguacate* y otros, sosteniendo varios tiroteos con pequeñas partidas, haciéndoles un muerto, y cogiéndoles un prisionero, 14 caballos, municiones y víveres.

Nosotros tuvimos un soldado y dos caballos heridos.

También llegó á Palma Soriano la columna del coronel Tejeda que sostuvo tiroteos en el cafetal Paraiso.

El teniente coronel Rotger regresó con su columna á Guantánamo, habiendo practicado reconocimientos por *Tiguabo*, y ocupado ocho caballos que el enemigo dejó abandonado sin hacer frente.

En la mañana del día 2 de Enero, regresó á Baracoa la columna mandada por el entusiasta y aguerrido comandante de Talavera, don Vicente Gonzáles Moro, el que, sorprendió al enemigo en la Esperanza, donde tenía un campamento apoyado por una casa atrincherada.

Los 160 soldados del comandante Moro atacaron decididamente las posiciones enemigas, haciéndoles cuatro prisioneros y algunas bajas y cogiendo armas y pertrechos de guerra que entraron con la columna.

Las noticias que la gente del campo ha facilitado, hacen ascender á más de 20 las bajas del enemigo entre muertos y heridos.

Como consecuencia de la activa persecución de nuestras tropas, han empezado las presentaciones, verificándolo un individuo con un rifle Winchester nuevo y la canana con sus cápsulas: el comandante militar gratificó con diez pesos al presentado y lo dejó en libertad.

Las guerrillas volantes y locales están procediendo á recoger los caballos que pueden caer en manos de los rebeldes y aquellos cuyos dueños no pueden justificar su verdadera propiedad.

Periódicos de la Habana echaron á vuelo la noticia transmitida por sus respectivos corresponsales en Matanzas, de encontrarse en dicha provincia el cabecilla Banderas; más en abono de la opinión contraria que siempre sostiene, viene el señor Ayala quien con fecha 5 de enero escribe participando que Quintín Banderas pasaba por el potrero Nieves con dirección á Sancti Spiritus. Esa versión es de todas las que circulan, la más aproximada á la verdad. Quintín Banderas no ha salido aún de esta jurisdicción por encontrarse enfermo en las lomas de Trinidad, y lo más que algunos suponen es que solamente gente de su fuerza siguió como retaguardia á Maceo y Máximo Gómez.

Según parece la gente del valle, teme en vista de que hay por aquí pocas fuerzas, se aproxime demasiado la gente de Banderas.

En San Andrés donde hay guarnición, el cabecilla Salvador Entensa saqueó una tienda que no se hallaba protegida por los fuegos del fuerte que allí existe.

Según se nos dice, tuvo un fuego nutrido con el enemigo la columna

del coronel Holguín. Este punto era un colmenar insurrecto en la otra guerra por ser un paraje inaccesible.

Carta de Tampa.

Collazo y sus colegas cayeron en la ratonera, dice un corresponsal:

El día 6 de Enero fué sorprendido el campamento de los expedicionarios filibusteros en número de 75, los cuales, al notar el fuego de ametralladora que el guardacostas Winona (de la escuadra americana) le dirigía al Cayo-Cabo Sable, en donde esperaban por el buque que había de llevarlos á Cuba, salieron huyendo (como ellos saben y acostumbran), dejando en vergonzoso abandono los efectos que se componía dicho campamento, y también abandonaron correspondencias, particular del Collazo y documentos de gran importancia.

Esta expedición fracasó, gracias á la tenaz vigilancia que los agentes diplomáticos españoles venían ejerciendo, con particular empeño sobre el desgraciado Collazo.

Este cábecilla se ve hoy muy contrariado por su poca suerte, y lo particular del asunto es de que los explotados cubanos demuestran gran desconfianza de ese pájaro de cuenta.

Ya se dice con gran intención, que Collazo está engañando al partido revolucionario, fundándose en que, en cuestión de dos meses le han sorprendido dos expediciones, la primera en Pinar Rey, y ahora la que da lugar á esta narración.

Si V. me lo permite, le diré que estos infelices tienen razón; pues demuestra Collazo gran mieditis, y procura á todo trance salvarse de vérselas con nuestros imberbes soldados. Pero su situación es muy comprometida por hallarse juramentado á ir á la manigla para ayudar á sus hermanos, que tan cobardemente pelean por la libertad de la isla de Cuba.

La historia de Collazo tiene muchos colores, y el más vivo lo adquirió hace tres años, con unas correspondencias que escribió, en las cuales acusaba á Martí de charlatán y cobarde, que en tiempos de la pasada insurrección, mientras él ponía su valor ante los soldados españoles; Martí se ocupaba de buscar un destínillo con que poderse llenar el estómago. Martí le contestó enérgicamente, y después de varias correspondencias se hicieron muy buenos amigos, viniendo Collazo á estos arenales á ponerse de hinojos ante el mártir de Dos Ríos, lo que le sirvió para ocupar un puesto en el partido revolucionario.

Desde el 24 de febrero hasta la fecha viene buscando el modo de pasar á Cuba y aún no ha podido conseguir su intento.

En la actual expedición le acompañaban, entre otros, los señores Conspierre, Guerra, Julet, el doctor Antigas (que tan mal paga los fa-

vores recibidos del gobierno de España), José Rodríguez, etc., es decir, la plana mayor.

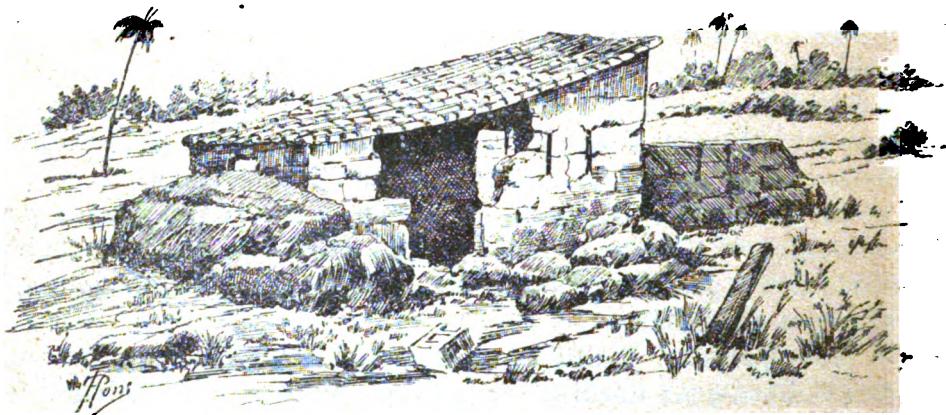
Benjamín Guerra llegó á ésta de regreso de Cayo Hueso y siguió viaje á New-York el día 15 del actual.

Los americanos no cesan de prestarles apoyo moral y material.

La situación de los españoles en ésta es insostenible, y cada día va poniéndose peor.

*
*
*

El *New York Herald* (edición europea) viene rebosando filfas y exageraciones, y á la verdad no sabemos, á conciencia, como censurar la conducta de ese periódico, que acoge con gran extensión los partes de la guerra favorables á la causa española, que se le transmiten de Madrid.



Ruina de la casa del guarda del ingenio «Dos Amigos» destruido por los insurrectos.

Un lector del *Herald* en la sección que la prensa inglesa y norteamericana dedica á las cartitas que recibe el *editor*, pone enfrente un parte del día 6, en que se anuncia el paso de los rebeldes por Batabanó, y otro parte «oficial» en el que el general Martínez Campos dice *el día 6* que «la columna Navarro ha contenido el avance de los insurrectos hacia Batabanó.»

En tales condiciones, ¿qué autoridad pueden tener nuestros despachos oficiales en el extranjero? Y las tan decantadas demasías de la prensa, ¿han llegado nunca á ese extremo? ¿Qué significa el telegrama en que un periódico de Madrid anunciaba la entrada de Máximo Gómez en territorio de la Habana, y que provocó las iras del gobierno y de sus corifeos, siendo cierto, ante esa noticia «oficial?»

¿Cómo legitimar la censura telegráfica?

No quiere eso decir que sea excusable la publicación de noticias tendenciosas, de veracidad improbable, en un periódico de gran circula-

ción y por consiguiente de influencia poderosa. Así se fomenta una guerra espantosa, y sin pensarlo acaso se ayuda á la ruina, á la muerte de millares de criaturas humanas. Así se legitima, por de pronto, el movimiento, que se resucita ahora, favorable á que se reconozca la beligerancia de los insurrectos cubanos, y que en el mismo *Herald* viene expuesto por un señor S, para que los insurrectos respeten las vidas y propiedades de los no combatientes, y especialmente de los norteamericanos, que tienen empleados unos veinte millones de dollars en plantaciones y maquinaria.

«La próxima crisis en Cuba» titula el *Herald* á su primer fondo, en que afirma que un encuentro decisivo «debe decidir muy pronto DE LA SUERTE DE LA HABANA.»

Añade que el mejor soldado de España, con hombres, armas y barcos no pudo arrinconar al enemigo en la península de Zapata, como se proponía, para rendirle ó aniquilarle.

En cambio el *general* Gómez, con «sus inesperados y notables talentos de jefe de guerrillas,» rompió las líneas de las tropas españolas, obligó

al mariscal Campos «á retirarse sobre Matanzas,» y se dice que avanza para atacar á la capital. El mariscal está nada menos que en Matanzas, atendiendo á su propia defensa, cercado por el adversario, *incapaz de marchar al auxilio de la Habana* y aún de tomar parte en la decisiva batalla que se cree va á empeñar su ejército (!!!!!)

Termina ese ramillete con la noticia de que las fortificaciones de la Habana son en extremo débiles (*pronounced inadequate*) para resistir un bien combinado ataque por tierra, y predice á «la hermosa y rica ciudad» el bombardeo de los gruesos cañones del castillo del Morro, que pronto serán dirigidos contra ella. (!!!)



Puente sobre el río Cauto.

Al fin, cumpliéndose la sentencia dictada por el tribunal de guerra, el día 26 de Diciembre á las seis y media de la mañana fué pasado por las armas de Cienfuegos el cabecilla insurrecto José Acebo Quintana.

El cabecilla de este nombre, envió al director de *Las Villas*, periódico que se publica en aquella ciudad la carta que reproducimos á continuación:

«Me encuentro en capilla:

Circunstancias de la vida y varios atropellos me han conducido á darle un golpe de mal hijo á mi querida patria por la que siempre he adorado, conduciéndome á este lugar.

Me encuentro sereno; solo sí siento morir con el baldón de haber ofendido á la tierra en que nací, por haber tomado tan cruel determinación en contra de lo que siempre ha ardido y arde en mi alma.

Creo que todos los españoles creerán y tendrán fe de esta última declaración y particularmente mis queridos paisanos de Asturias; lo que ruego al señor director de *Las Villas* haga público en su digno periódico, esperando de todos queden en la satisfacción de lo que antes dejo expresado, para honra de cuatro hijos que dejo en el mundo á la ventura de Dios.

JOSÉ ACEBO.

Cienfuegos, 25 de Diciembre de 1895.»

*
*
*

Tienen miga, pero mucha, las siguientes gráficas y oportunas observaciones que opone un colega militar á la noticia de los avances de los rebeldes por la provincia de Pinar del Río:

«Sí, como dicen los optimistas, que tanto abundan en los centros oficiales (así como los pesimistas brotan por generación espontánea en las redacciones y en los cafés), el grueso de las partidas insurrectas, con Máximo Gómez y Maceo, Roloff, Lacret, Quintín Banderas y compañía, vá internándose en la provincia de Pinar del Río, será cosa de perdonarles el coscorrón por el bollo; esto es, de alegrarse de que hayan conseguido realizar su incursión, pues á cambio de los destrozos causados por ellos en los cañaverales y vías férreas, nos proporcionarán el medio de concluir la guerra en un dos por tres.

En efecto, según los informes oficiales, más de diez columnas, lo menos de 1,000 hombres cada una, cubren la línea divisoria de aquella provincia y la de la Habana, cuya longitud no excede de unos 35 á 40 kilómetros.

Pues bien; si esa línea se cerrase, claro está que los rebeldes no podrían salir ya de esa especie *cul de sac* en que se han metido.

Es más, no sería necesario dedicar los diez ó doce mil hombres de

los generales Suárez Valdés, Navarro, Aldecoa, etc., más que durante cierto tiempo á la custodia de esa línea. En no muchos días podríase construir en ella una Trocha como las otras dos que hay en la isla, con fuertes cada kilómetro, fortines intermedios y elevada talanquera de troncos. Después, con cuatro ó seis mil hombres en ella situados, no la cruzaría ni, como vulgarmente se dice, una rata.

Y como lo que dijo un periódico de que los jefes de la rebelión procurarían tornar al Camagüey y Oriente embarcados, es, á poco que vigilen nuestros cañoneros, completamente imposible, tendríamos que, con meter luego dentro de la provincia ocho ó diez mil soldados, llegaría un momento en que el *generalísimo* y sus adjuntos no podrían salir de la *ratonera* en que ellos mismos habrían penetrado.

Pero nos parece que por lo menos es un poco prematuro hacerse estas ilusiones. Como que falta para ello aún conocer el dato más principal. ¿Se sabe seguramente si los cabecillas aludidos han entrado en Pinar del Río ó si enviando allá cierto número de sus fuerzas, permanecen con el resto á la parte de allá de la línea en cuestión?

Porque en el primer caso coronarían su obra con una torpeza mayúscula; y hasta ahora, si no dieron muestras de valientes, tampoco las han dado de torpes; y en el segundo nos encontraríamos frente á una estratagema para atraer las tropas hacia Occidente, quedando en el centro el núcleo de la insurrección con sus jefes á la cabeza, los cuales conservarían en absoluto su libertad de acción.

La guerra en Pinar del Río puede tomar en tal caso el mismo carácter que tiene en las otras provincias, y se prolongaría indefinidamente. Razón de más para creer que no habrán cometido los jefes de las partidas semejante error.

Lo malo es que mientras en las demás provincias hay elementos mejor ó peor organizados para la guerra, en Pinar del Río hay que crearlo todo, so pena de que las tropas maniobren en condiciones imposibles, sin puntos de racionamiento, sin hospitales, sin depósitos de cartuchería; en una palabra, falta de cuanto necesitan para moverse con rapidez.

Esperamos, por consiguiente, á ver lo que nos dicen los próximos partes sobre el sitio en que están Máximo Gómez y su cuartel general; se entiende, á que nos lo digan con exactitud, pues hasta ahora no ha habido acción alguna en la que, según los corresponsales, no se haya encontrado el *viejo chino*, verificándose á veces dos ó más de esos combates al mismo tiempo.

Sin que sea de creer que el tristemente famoso dominicano tenga el don de la ubicuidad. »



Un comerciante de Barcelona, ha recibido de su corresponsal en el Japón una carta en la cual le participa lo siguiente, que seguramente habrá merecido el agradecimiento del Gobierno español.

«Con la amabilidad que me ha distinguido siempre el ministro plenipotenciario, don José de la Rica, me ha participado que la sociedad de la Cruz Roja del Japón ha regalado quinientas libras de té para los soldados españoles heridos ó enfermos en la Isla de Cuba. Este ofrecimiento ha sido acompañado de una comunicación en la que, en términos sumamente amables, se hacen elogios de nuestros soldados, llegando al extremo en la que dicen que estiman al ejército español como á su propio ejército.

»Es muy lisonjero para los españoles en estos momentos un acto de amistad tan distinguida, y como he conocido al comerciante secretario de la sociedad que ha regalado el té, me he permitido felicitarle y darle las gracias en nombre de Vds., como españoles agradecidos á su bondad.

»Tengo la comunicación que el señor ministro manda al capitán general de la Isla de Cuba para mandar á la Habana por el mismo correo que la presente, lo que haré al recibir el conocimiento de embarque de las 500 libras té, el que la sociedad de la Cruz Roja del Japón me ha prometido entregar.

»Como el té y la carta que el ministro manda al Gobierno salen por el mismo buque que la presente, pienso que Vds. serán de los primeros en tener noticias de esto si no es por el telegrama que hace pocos días mandó al ministro.»

No hay duda que el pueblo español estima en mucho la fineza del Japón, atención delicada que no olvidará jamás el valiente ejército español.

* * *

Un importante cablegrama de Nueva York trata nuevamente del reconocimiento de la beligerancia en Cuba, en el sentido favorable.

Dice el despacho que el departamento federal de Estado en Washington ha dado instrucciones al cónsul general en la Habana señor Williams para que insista en que se proteja al titulado general Sanguily condenado por los tribunales, y confinado en el castillo del Morro.

Añade, y esto es ya más que dudoso, que los voluntarios de la Habana han hecho una petición á favor de la vida de Sanguily, poniéndola como condición de sus servicios á las órdenes del general Martínez Campos; pero el departamento de Estado asegura que ha de ser protegido Sanguily aun en el caso de que se vea obligado á dimitir el general Martínez Campos.

Los representantes de los revolucionarios cubanos se presentaron el día 8 al secretario ó ministro de Estado, M. Olney, en demanda de que se les conceda por los Estados Unidos los derechos de beligerancia.

Los documentos presentados por los cubanos han sido trasmitidos al Congreso federal.

La comisión parlamentaria de Negocios Extranjeros ha pedido, por unanimidad, á M. Olney cuantas informaciones tenga sobre el particular.

Por el propio conducto llegan nuevos datos acerca del caso del «general» Sanguily, que resulta ser un traidor de la causa insurrecta, tanto como un sedicioso para la causa española.

Recuerdan que Sanguily fué un «bravo caudillo» en la pasada guerra, demostrando su bravura diez heridas ganadas en los campos de batalla.



José M.^a Aguirre.

Un mensajero de confianza fué enviado de Tampa con la orden de efectuar el alzamiento separatista el 24 de febrero de 1895, quince días antes de esa fecha, fijada para que correspondiera con el desembarco de Máximo Gómez y José Martí en Cuba.

En el mismo mes de febrero fué arrestado en la Habana Sanguily en compañía de otro ciudadano norteamericano, J. Aguirre.

Ninguno de ellos tomó parte en actos sediciosos, pero indudablemente las autoridades españolas tenían sus motivos para sospechar su com-

plicidad con los revolucionarios.

Estos por su parte han considerado á Sanguily como traidor; explicando su detención por el intento de salvarse de las consecuencias desagradables que podía acarrearle su traición.

Dicen los revolucionarios cubanos que García, poco antes de morir, ofreció al «general Martí» la cantidad de 35.000 pesos que fueron rechazados por Martí, por lo que fué entregado el dinero al «general Sanguily» con la condición de que se emplearían en el objeto que es de suponer.

García fué muerto en seguida, y Sanguily se guardó los cuartos, ó se los hizo guardar, con otras cantidades recogidas, por las autoridades españolas.

Los revolucionarios están decididos á cobrarse con la vida de Sanguily, así que esté en libertad, la traición de que le culpan.

El combate de Mal Tiempo



Preliminares.

El día 14 de Enero por la tarde llegó á Cruces el coronel don Salvador Arizón con objeto de ponerse al frente de una columna y dirigirse á Páez para servir de apoyo á otras columnas que iban á operar sobre la Sigüanea.

Tres columnas.

En Cruces se enteró el coronel Arizón de que por Lomas Grandes había fuertes partidas, por lo que continuó su operación con tres columnas.

La primera al mando del teniente coronel de Bailén que se encontraba en el ingenio Teresa, al cual avisó, compuesta de unos 500 hombres.

La segunda al mando del teniente coronel Rich, de Canarias, compuesta de dos compañías de Bailén y dos de Canarias, unos 300 hombres.

Y la tercera, bajo su inmediato mando, compuesta de unos 700 hombres, formada con fuerzas de Barbastro, dos compañías de San Marcial y 20 caballos de Montesa, mandados por el capitán Amalio Reguero y el primer teniente Eduardo Vico.

En marcha.

El día 15, á las seis de la mañana, rompió la marcha la columna de Rich, y hora y media más tarde la de Arizón, haciéndolo al mismo tiempo desde el ingenio Teresa la del teniente coronel de Bailén, con objeto de ir, por tres caminos distintos, á caer sobre Lomas Grandes, donde debían estar las partidas.

Al llegar la columna de Arizón á legua y media de Mal Tiempo, dividíase el camino en dos paralelas, y con objeto de reconocer mayor espacio de terreno y establecer el contacto entre las columnas, tomó por el de la izquierda con 200 hombres y 8 caballos, continuando por el de la derecha el resto de la columna, al mando del teniente coronel de Barbastro.

El primer fuego.

Como á los tres cuartos de hora de marcha se oyó fuego, por lo que se precipitó la marcha, suponiéndose que sería el coronel Rich, que había salido hora y media antes. El camino que seguía la columna Arizón era un callejón. Al llegar á un riachuelo notó la vanguardia que venían hacia ella los prácticos y algunos acemileros gritando que estaban copados y que los insurrectos, en número considerable, venían por el callejón, machete en mano, cargando sobre la impedimenta del teniente coronel Rich y que ya habían macheteado á muchos.

El capitán del escuadrón de Montesa don Amalio Reguero, que mandaba la pequeña vanguardia, compuesta de 8 caballos y una sección de infantería, vadeó el río á la carrera y al grito de *viva España: quieto todo el mundo!* logró contener á los acemileros, y formando inmediatamente la sección de infantería, al mando del segundo teniente don Emilio Gómez del Villar, en línea de combate con el frente al enemigo, rompió el fuego por descargas á la voz de mando, haciéndose esto con tal orden que contuvo el ataque del enemigo, retirándose éste del callejón.

El combate.

Al mismo tiempo que esto ocurría, el coronel Arizón se lanzó al galope y organizando las fuerzas hizo que tomasen por la izquierda con dirección al enemigo, formándolos en línea y rompiendo el fuego sobre aquel, ordenando á la vez al capitán don Juan O'Donnell, que con 200 hombres de Barbastro tomase unas casas que había á la derecha para contener desde ellas al enemigo, que se corría en gran número por ese lado con intención de cargar.

Así lo hizo el capitán O'Donnell, colocando sus fuerzas en posición de poder resistir cualquier ataque del enemigo y poniendo á resguardo dentro de la casa la impedimenta y el hospital de sangre.

A los pocos momentos dejó O'Donnell en la casa una compañía y se fué con otra á reforzar el fuego de los suyos, encontrándose al coronel Arizón á caballo bajo el fuego enemigo, dirigiendo á los soldados—quintos recién venidos—en el manejo del Matússer.

Terminado el fuego, ordenó el coronel que se incorporasen la impedimenta y los heridos para continuar la marcha, mientras los capitanes Reguero y O'Donnell hacían un reconocimiento por la izquierda, siendo atacados nuevamente por los insurrectos, machete en mano, logrando rechazarlos con las certeras descargas de la infantería.

Antes de ocurrir todo esto, ya habían aprovechado los insurrectos mucho más adelante las ventajas que les proporcionaban la inmensa superioridad del número y la sorpresa con que cayeron sobre nuestros valientes soldados.

La columna del teniente coronel Rich, que como queda consignado al principio, salió hora y media antes que la de Arizón, se dividió, después de pasar el río, y desconociendo la presencia del enemigo, en dos alas, tomando una compañía de Canarias por la izquierda del callejón, otra de Bailén por la derecha y por aquél la impedimenta con una sección de infantería.

Cuando las dos compañías estaban en el centro de la herradura formada por el enemigo, en número de cuatro ó cinco mil hombres, rompió éste un nutrido fuego y cargó al machete en número incontable y verdaderamente abrumador.

La compañía de Canarias, que ya está acostumbrada á esta guerra de emboscadas y sorpresas, formó inmediatamente el cuadro, y á pesar del número exíguo que la componía, logró rechazar y contener al enemigo, haciéndole numerosas bajas.

Los oficiales que mandaban esta compañía y formaron el cuadro son los siguientes: capitán don Maximino Requejo; tenientes don José de Castro, don Teodoro Carrasco y don Félix Paul.

En cambio la compañía de Bailén, compuesta de soldados recién venidos, que salían por primera vez á operaciones, al verse sorpre-



Sargento Domingo.

dos de manera tan brusca y en número tan considerable, desconcertáronse, no formaron el cuadro, y como iban desplegados en guerrilla, no tuvieron materialmente tiempo de reunirse, siendo víctimas del enemigo.



Vanguardia exploradora de la guerrilla del capitán Travesí.

En ese ataque resultaron muertos sesenta soldados y heridos treinta. Casi todos de machete.

Entre los oficiales resultaron heridos el segundo teniente de Bailén don José Parada; el segundo teniente de Canarias don Gabino Fernández Alvarez y el primer teniente de Treviño don José Rich Font. Y

Cuaderno 69—1. 1.

Precio 10 cent.

mueren el capitán de Bailén don Osorio Sánchez Tutor, los segundos tenientes del mismo batallón don Félix Avalo Aróstegui y don Diego Mayoral Monforte, y el médico primero de Canarias don Ramon Soriano Pinazo.

Un diario militar ocupándose de la anunciada dimisión del general Martínez Campos dice lo que sigue:

«... es el caso que el general Martínez Campos, por su condición de militar, no puede ni debe dimitir estando al frente del enemigo, ni debe ni puede tampoco ser relevado sin someterle á un juicio.

Es el caso también, que su posición elevadísima, su prestigio, la creencia que venía abrigándose de que era *insustituible* y la atmósfera extendida entre propios y extraños de que él y solo él puede resolver en España todos los problemas y todos los conflictos sean del orden que sean, colocan al Gobierno en un callejón de difícil salida, la cual contribuyen á cerrar más cuantos en este río revuelto se proponen pescar y cuantos ven que el empuje de sus aguas puede socavar ciertos cimientos.

Extremécense éstos ante los golpes asestados al Gobierno responsable que, abrumado por gravísima responsabilidad y sin Parlamento con el cual compartirla, hace esfuerzos titánicos para desatar ese nudo hecho en la gran Antilla y cuyas puntas asoman, allí una, aquí en España la otra.

Tiran en la Habana de la primera los partidos españoles, dando hermoso ejemplo de unión para con el esfuerzo de todos desatar el nudo; y tiramos aquí de la otra en distintas direcciones, apretando aquél cada vez más, sin preocuparnos del peligro que corremos de caer de espaldas si en Cuba aflojan.

Y el general Martínez Campos, casi asfixiado por esa constante presión, y el Gobierno á punto de ahogarse entre las fuerzas encontradas que le oprimen, continúan intentando desatar ese apretadísimo nudo que necesitaría para deshacerse lo que ya nos falta: tiempo y paciencia.

Nosotros, dice *El Correo Militar*, que con tristeza contemplamos este espectáculo y con desaliento vemos la inutilidad de cuantos esfuerzos se hacen para terminarlo, ni hallamos medio de desatar el nudo, ni nos ocurren procedimientos, siquiera sean transitorios, para aflojarlo.

En tal estado y ante los peligros que amenazan, solo existe una de dos soluciones: la de encomendarnos á Dios como buenos cristianos para que éste se encargue de desatar el nudo, ó buscar quien lo corte con el filo de la espada.

Lo primero puede conseguirse con oraciones en forma de leyes, por las cuales suspiran liberales y republicanos; lo segundo está diciéndolo el ejército y una parte del país que cree haber encontrado la espada que necesita.»



XV

DETALLES



E aquí como un distinguido periodista cubano dá cuenta de una *interview* celebrada con un importante Ingeniero de la Escuela de París, muy conocedor de todo lo que ocurre en Cuba.

Merece conocerse y por eso lo consignamos en esta crónica.

Dice así la *interview* á que nos referimos:

A la hora convenida híceme conducir al hotel donde vive el señor de J... y con la afabilidad discreta que le caracteriza me recibió en su habitación. Fumaba. Un vicio que me seduce á pesar de las predicaciones autorizadas de las sociedades de temperancia.

Mi introducción fué la siguiente:

—El señor de J., como redactor corresponsal del *Diario de la Marina*, quiere celebrar con usted una entrevista, con el objeto de que me exponga usted su pensamiento acerca del decreto de Máximo Gómez sobre la zafra. Usted —modestia aparte— conoce perfectamente la economía política rural, y podrá decirme con fundamento las consecuencias que según usted, se derivan de semejante decreto.

—Lo que le puedo decir es que aún no he salido del asombro de semejante *úhase*. Los extremos se tocan, amigo mío. ¡Cuánto se parecen los decretos de los autócratas á los de los republicanos anarquistas! Y lo más galano del cuento es que á cada instante se tropieza uno por ahí

con personas incapaces de matar una pulga ni de hacer mal á nadie, que aprueban medidas tan descabelladas. Hay que confesar que el *vértigo* ha perturbado la conciencia del país, cuando tantos hombres formales aplauden ó aparentan aplaudir una medida tan torpe como contraproducente y sobre todo imprevisora.

—Yo desearía, señor J., que usted se sirviera concretar su repulsión por esa medida de Máximo Gómez.

—Los separatistas, pensando tal vez más con los piés que con la cabeza, se olvidan de muchas cosas; no recuerdan quizá las causas principales del fracaso de la revolución de 1868, causas que por cierto no aparecen indicadas en ninguno de los libros que sobre la revolución se publicaron. Recuerda usted que cuando el actual generalísimo cruzó la trocha en 1875, quiso más bien triunfar con la tea que con las armas. Fueron incendiados en los meses de Febrero y Marzo una infinidad de ingenios. Recuerdo yo que en menos de cinco días el cabecilla Rafael Rivas redujo á cenizas siete ú ocho valiosos ingenios, entre ellos los famosos Santa Susana y Santísima Trinidad.

Estos atentados produjeron en Las Villas honda sensación. Produjose inmediatamente una reacción. En menos de quince días se establecieron 300 destacamentos, puestos avanzados, que utilizó el Gobierno para estar enterado del paso del enemigo y para fraccionar sus fuerzas que encontraban apoyo por todos lados. Los insurrectos se vieron obligados á guarecerse en las lomas de Trinidad, Sancti Spiritus y Remedios.

De suerte que aquellos propietarios que hasta entonces habían más ó menos, simpatizado con la revolución, por salvar sus amenazados intereses, se pusieron enfrente de ella. Y desde entonces pudo predecirse el fin de la revolución, tan pronto como llegase á Cuba un caudillo que adoptara procedimientos más humanos que los que entonces se usaban.

Y es que, amigo mío, ningún ideal político que olvide que las ideas tienen que tener alguna correlación con el estómago, puede triunfar. No se vive solo de oxígeno.

Pues bien, las mismas causas siempre producen idénticos efectos. A la ferocidad de los ataques contra la propiedad, responderá la defensa heroica de los que tienen que perder, cuando se convengan, como ya empiezan á convencerse, de que esta es una guerra de los *que no tienen* contra los que tienen.

Qué diablos, no todos somos Ugolino, que devoró sus hijos para conservarles un padre. A quien tiene una familia que alimentar, nadie podrá convencerle que es patriótico dejarla morir de hambre.

Por eso al finalizar la anterior guerra separatista había 32,000 cubanos en las filas del ejército español.

Pero dije á V. que la resolución que dió lugar al úkase de don Máximo, era torpe y contraproducente, y voy á probarlo.

«¿Qué provecho saca el gobierno de los tres millones de sacos de azúcar que se elaboran en Las Villas, Camagüey y Oriente?

Pues saque usted la cuenta y verá que no pasa de dos millones de pesos.

Ahora bien; la insurrección, fuerte hasta el presente para destruir, puede cobrar un millón. Y este millón le aprovecharía más que 25 al Gobierno.

—¿Veamos por qué?

—Porque la insurrección no paga, ni calza, ni viste, ni mantiene su ejército de mar y tierra. No necesita más que armas y municiones.

—Pero es que el gobierno español no permitirá esos arreglos con los revolucionarios.

—Como tampoco permite el rescate á los secuestrados. Pero se rescatan y se salvan de las garras de los secuestradores.

—Se me ocurre una grave objeción, que á menudo oigo propalar por ahí. Los insurrectos no quieren permitir la zafra, porque temen que ésta le reste muchos soldados, que preferirían ganar un sueldo trabajando á andar errantes por esos matorrales.



Don Marcos García, Alcalde de Sanotí Spiritus.

—¡Ciertamente más no olvide usted que el gobierno tiene que dedicar diez ó doce mil hombres á proteger la zafra, y cuando se convenza de que ésta no puede hacerse, formará con ellos 40 ó 50 columnas, que de otro modo hubieran quedado neutralizadas.

—¡Muy bien! Si mal no recuerdo, usted me dijo que el decreto de Máximo Gómez era también imprevisor.

—Y lo va usted á ver. Cuando en Marzo comiencen los europeos á preparar sus terrenos, si se aperciben de que la falta de zafra en Cuba ha dejado un déficit en la producción azucarera, ya verá usted como se arreglan para aumentar sus siembras de remolacha en un 20 ó 25 por 100 con el fin de cubrir el vacío. De suerte que aun en el caso de que en Cuba pudiera hacerse la zafra de 1896 á 1897, le será imposible realizarla porque no cubrirá los gastos.»



XVI

SIGUEN AVANZANDO



A saben nuestros lectores por los capítulos anteriores, el avance de los insurrectos: vamos á completar nuestros datos ayudados por un testigo presencial.

El enemigo, después de tantear los límites por distintos puntos ha penetrado al fin por el más corto, por Palma Sola.

Los cañonazos que por Montes Gordos se oían fueron anuncio de que el grueso del enemigo se acercaba.

A partir de aquel momento nos pusimos en verdadero estado de defensa.

En la estación había máquinas encendidas para el transporte de tropas; la Asociación de la Cruz Roja vistió sus camas, en previsión de que pronto vengan á ella los soldados de la patria; fueron emplazadas cuatro piezas, y discurrió la tarde entre conjeturas y comentarios.

Al comienzo de la noche notóse algún movimiento en el cuartel general. Más que por tener noticias concretas de los movimientos del enemigo, aquella impaciencia tenía por base el no conocerse el resultado del fuego.

Las líneas telegráficas seguían funcionando con regularidad y había llegado sin contratiempo el tren de pasajeros de las Villas.

Un despacho de Suárez Valdés recibido ya tarde, determinó una conferencia telegráfica entre el general en jefe y el comandante general de las Villas, que había llegado á Mordazo tras el rastro de las partidas y con tiroteos de retaguardia, siempre detrás, ¡siempre los rastros!

Los 1.500 hombres de la brigada Navarro, obedeciendo al toque de silencio, dormían en las hamacas tendidas bajo los colgadizos de las casas, y todos nos entregamos al descanso.

Nuevos despachos obligan á levantarse al cuartel general á las dos de la mañana; el enemigo estaba cerca de la Macagua, á tres leguas de Colón; habría que tomar determinaciones; se ordena á Suárez Valdés para que en combinación con las fuerzas de Godoy venga sobre el gran núcleo de insurrectos que amenazan destacamentos y propiedad.

Pasa la noche del viernes 20, en relativa intranquilidad.

El despertar del 21 fué desgraciado. Nubes de humo y oleadas de sangre llegan hasta Colón.

Las partidas se hallan á legua y media.

Cercan ahora el ingenio Aguedita, dicen, y desde aquel momento ya no se oyen más que rumores siniestros.

Toca llamada el cornetín de órdenes de Navarro; apresuran el rancho las compañías.

Se oye que las partidas están procurando rendir el destacamento del ingenio Antilla.

Empiezan á circular órdenes los ayudantes.

Se ven formadas las compañías.

¡Buena suerte, mi general!

Se pone en marcha la columna camino de Aguica y Antilla. La gente saluda á los soldados.

Van contentos. Algunos llevan escrito con lápiz en los sombreros de paja: ¡Viva España!

A lo largo de un camino, hoy en buenas condiciones, desaparecen aquellas fuerzas.

Nos quedamos en Colón con 300 hombres.

Llega á las once y media una sección de artillería.

Los voluntarios se disponen á la defensa.

El general Praet recorre los lugares de mayor peligro; refuerza los retenes y las piezas colocadas en los lugares más estratégicos.

Se rompe la comunicación telegráfica con las Villas á las doce.

Ya no sabemos una palabra de lo que pasa desde la Macagua para allá.

Siete soldados del Rey que se quedaron fuera del fuerte fueron macheteados. ¡Dios les perdone!

Se van corriendo los incendios. El humo es cada vez más negro. Es humo de caña, nos decían.

En efecto; hasta el mismo sitio donde escribo llegan pavesas, empujadas por un viento caliginoso.

Se ordena que venga desde Matanzas el batallón de Antequera; aca-
bo de llegar en el Villaverde desde Santiago de Cuba.

Tocan á las tres los clarines de caballería.

Pocos instantes después sale el coronel Ruiz con fuerza de Santiago;
no sabemos donde va.

A las cuatro el general Prast se dispone á marchar á operaciones.

La fuerza insurrecta se corre hacia Banaquises, y hay que cogerla
la delantera.

Llega á escape un propio á las cuatro.

Viene de Antilla con un parte de Navarro. Dice que el destacamen-



Cabecilla Ubaldo Vramonte.



Domingo: ayudante del cabecilla Rego.

to, compuesto de 15 soldados del Rey, se ha defendido heroicamente con
los dueños de la finca; que tuvimos cuatro heridos, dos soldados y el hi-
jo y sobrino del dueño; que llegó á tiempo de salvarles, y que sigue ca-
mino tras la partida, después de batirla.

Las nubes de humo se corren hacia la izquierda, avanzando sobre
la línea de Colón. Son los cañaverales del Alava los que arden.

Subimos á la torre para ver aquel horrible espectáculo.

Estamos rodeados de partidas. Casi bloqueados. Apenas nos quedan
fuerzas.

La gente piensa en la necesidad de prepararse para resistir cual-
quiera sorpresa.

En la estación varias locomotoras tienen hecho vapor.

Se da orden al batallón de Antequera para que se quede en el Re-
tamal.

A las seis llega un tren; trae fuerzas de varios cuerpos, que han de formar la columna Prast.

Se reparte un sabroso rancho á los artilleros en la estación.

Los soldados canturrean en los vagones. No se quejan de fatiga, y, sin embargo, el traqueteo es regular.

Se pone en marcha el tren para Banaquises.

Circula el rumor de que ha habido fuego duro por Alava.

Era hora de comer. Sin darnos tiempo á concluir, llega el capitán de voluntarios movilizados de la Habana, señor Espina.

Trae otro parte de Navarro. Los ha batido entre los cañaverales de Alava, que ardían.

Han resistido con ímpetu, sin duda para probar á los soldados de Cuba y Valladolid, haciéndonos 14 heridos.



Guira de Miranda.

A la impedimenta de heridos unen ellos las bajas de este reñido encuentro.

Es un parte de primera impresión para que el general en jefe no esté tan aislado de noticias.

Espina trae un sombrero de un cabecilla empapado en sangre todavía no cuajada. Me lo regala, y grupos de curiosos me rodean para ver aquella escarapela con tres galones y una estrella de metal.

Me avisa el presidente de la Cruz Roja, señor Sáinz de Guzmán, que llegan los heridos por la estación de Sabanilla.

Vamos allá. Llegamos en el momento en que hacía alto el tren.

Varios vagones estaban atestados de soldados de Asturias, los mismos que se batieron con heroísmo contra fuerzas de Gómez diez veces mayores en número.

En una plataforma cubierta con hules para evitar el relente, estaban los heridos: tres oficiales y cuatro soldados.

También traían dos muertos.

Como venían en camillas, no hubo necesidad de aprovechar los elementos de la Cruz Roja.

Fueron llegando al nuevo hospital, donde todo estaba limpio como soles; ellos estrenaron camas, ropas, etc.

Empezó el cuadro triste de la guerra.

El médico del general en jefe, señor Semprún, y otros médicos militares, empiezan á practicar reconocimientos.

Los individuos de la Cruz Roja se multiplican para que no falte nada.

Como se viene advirtiendo á los insurrectos que tiran alto, casi todas las heridas están en las piernas.

Empiezan á curarse.

Se oyen los gritos que produce el dolor al extraerse las balas.

El ¡ay madre mía! ¡Ay Dios mío! repetidos cuando se practicaban las difíciles operaciones, conmueven.

Por fortuna no está ninguno de gravedad extrema.

Les dejamos por la noche, ya en relativo sosiego.

Vuelvo al cuartel general. No ocurre nada.

El general en jefe se retira á descansar.

Me dice. Ya lo ve usted, se hace todo; se les constituye un círculo, salen y se les forma otro y otro, pero los malditos se van.

Llega el comandante Balboa, jefe de la fuerza de Asturias, y da cuenta al general en jefe de la operación de ayer.

Este le felicita y le dice que abra juicio de votación para dos empleos y otras distinciones.

Aquellos serán casi seguro para los heridos capitán Malibran y teniente Caballero.

Salgo á la calle y hablo con soldados y oficiales de Asturias.

El encuentro fué rudo: el valor grande.

Cuatro compañías y una pieza se encontraron con las avanzadas de Gómez. Las atacaron y vinieron sobre ellas 4,000 hombres, en su mayor parte de caballería.

Creyeron conseguir el mismo resultado que con los 300 de Canarias y Bailén en Mal Tiempo, y se equivocaron.

Más prevenidos éstos, calcularon el peligro; esperaron siempre las cargas formidables, y á la voz de mando hacían fuego á distancia de 10 metros.

Muchos enemigos caían; repetían la operación; empezaron á caer de los nuestros, pero los oficiales no se cuidan de las heridas, se levantan y siguen ensangrentados, hasta que no pueden más.

Pasan el río de la Colmena.

El enemigo se recoge como para hacer en masa un esfuerzo supremo, y el teniente de artillería señor Andino, que mandaba la pieza, des-

carga, metiendo la granada en el grupo, produciendo un efecto moral extraordinario.

Repite la descarga hasta seis veces; se desbandan; huyen en distintas direcciones dando gritos desaforados.

Se ve correr á muchos con gente atravesada sobre la perilla de las monturas, y algunos hasta con dos, y aquella pequeña columna de Asturias y una sección de artillería deja los muertos del enemigo, recoge sus heridos y despojos de las partidas, y sin más molestias se retira hasta Santo Domingo de la Calzada, para tomar base en Amorillas, desde donde se venían.

Ya era muy tarde, cerca de la una de la madrugada.

Viene un parte diciendo que las partidas están en Altamizal, cerquita de Cervantes, y que algunos ocupan el ingenio España, de Romero Robledo.

Por distintos puntos se enrojece el espacio, ofreciendo la noche si niestro aspecto.

Son las siete de la mañana del 22.

La estación telegráfica empieza á tener el efecto de un cruce.

Marcho á la estación. Hay varios trenes preparados.

Se abren varias cajas que tienen Mausser. Fuerzas de Navarro y Cuenca están tendidas en la esplanada inmediata. Se verifica el cambio de armamento.

Sale al poco rato un tren con obreros y fuerza para recomponer la línea telegráfica y férrea interrumpidas cerca de la Macagua.

Llega á caballo don Alfredo Cernedo, dueño del Antilla, atacado. Fué un héroe, pero me dice:

—¡Qué soldados! ¡Qué soldados! Yo no hice nada más que ordenar las fuerzas; mi hijo que no tiene más que catorce años y resultó herido, se portó como debía, haciendo fuego hasta consumir la munición y después con el Matüser, de un herido hasta que llegó Navarro. Mi familia, ¡pobre! no hizo otra cosa que rogarnos que si nos vencían, las diéramos muerte antes de que entraran, para no caer en su poder.

Nos quemaron una casa y prendieron fuego al fuerte, pero lo apagamos.

Yo no quiero nada; pero esos soldados lo merecen todo; ¡qué valientes!

Me han quemado 500.000 arrobas de caña.

No sé cómo nos libramos. Eran 1.500 hombres. Les hicimos 40 bajas; dejaron caballos y monturas, pero me llevaron del potrero caballos mejores.

El general Navarro estuvo muy cariñoso; abrazó á todos. Y estimando necesario que se nos reforzara, y yendo él en persecución de la partida, telegrafió á Aldecoa rogándole que mandara 20 hombres; pero no fueron.

Ahora el general en jefe me manda el refuerzo, y como temo que repitan el ataque, allá me vuelvo.

—Mande aquí la familia hoy mismo.

—Si puedo lo haré para su seguridad y poder yo moverme con mayor libertad.

Detalle de la acción de Asturias en Río Colmena.

Cuando hufan despavoridos por los efectos del cañón, decían á grito pelado:

—Patones. No tiren con eso.

—Mambises—contestaban los soldados,—venir aquí á oír ¡viva España!

Cuando en el ataque gritaban ¡al machete! los soldados contestaban ¡á la bayoneta! y costaba trabajo al jefe y oficiales contenerles en aquella línea de fuego ordenada que fué su salvación.

Son las doce y estamos incomunicados.

Remito por correo á la Habana un despacho. Si esto sigue así tendré queirme replegando hacia Matanzas para estar en comunicación expedita.

Rompo á las doce el sobre de la carta. Voy al cuartel general y veo sobre las barandillas monturas preparadas. Entro y veo al general Martínez Campos y ayudantes con botas de montar.

Va á salir el cuartel general á caballo.

Voy á la calle y veo movimiento de fuerzas.

El general en jefe se resuelve á salir á campaña. ¡Cuánto dice esta determinación del general!

Yo actuando de general en jefe de mí mismo, lío mis bártulos y algo también, no con el cuartel general, sino en el tren de Sabanilla. Me importa más que nada tener comunicación y en Colón la he perdido.

A Matanzas, pues. Liquido mis cuentas y vuelvo á ver cómo forma la columna.

A la una ya no van á caballo; las acémilas ya cargadas se descargan.

El general Martínez Campos, en persona, dá órdenes para el embarque de la gente.

El, con su Estado Mayor y fuerzas de Cuenca, Navarra, artillería é impedimenta, va á Jovellanos por la línea directa.

En aquellos momentos se oyen descargas por una loma inmediata.

Se dice que es Roberto Bermúdez con 300 ginetes y 400 infantes.

Se dice también que han vuelto á atacar á la Antilla. Todavía no está reforzado.

Se ponen sobre las armas voluntarios y bomberos.

Dejo al general en una estación, cojo la maleta y me voy á buscar el tren.

Allí estaban los bravos de Asturias, con su jefe á la cabeza.

Cargaban la artillería y la impedimenta; van á Jovellanos y tomarán la línea directa en Guareiras.

Se retrasa el tren.

Tocó por fin la campanilla y partimos.

La columna que mandará Campos, se compone de 1.400 hombres.

Mi viaje triste, de alarma permanente.

A la derecha de Cuevitas se ve una columna de humo espeso y negro. Viene de los cañaverales del Roque, que arden.

De frente á nosotros, y á lo lejos, se ve un incendio que abarca extensa zona. Al llegar á Corral Falso, nos dicen que es la caña del ingenio Diana.

Seguimos y cruzamos entre el humo. Las pavesas que trae el aire, como tristes despojos de esta guerra salvaje, nos azotan el rostro.

Encontramos en un paradero al coronel Molina.

—¿Pero qué ha pasado?

—Pues que han pasado.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Pues siendo.

Y siguió el tren su camino.

Sabemos en la Guira que han cortado la línea directa del ferrocarril entre Jovellanos y Colón, y que los hilos del telégrafo y teléfono están también cortados.

¿Por dónde vendrá el general en jefe?

¿Qué habrán hecho las columnas que andan por esos campos?

Nada sabemos.

En los andenes de las estaciones se ve mucha gente y se notan muchos cuchicheos.

* * *

Estado real de la insurrección.

Ocupándose de la insurrección cubana, un diario militar dice lo siguiente:

«La provincia de Pinar del Río, tiene 280 kilómetros de longitud con una anchura máxima de 82 kilómetros en la línea de Consolación del Norte. Alonso Rojas, al Estero de Guanál en la costa Sur; de donde resulta, que su extensión superficial es la quinta parte de la de la provincia de Santiago.

Ahora bien, y puesto que el grueso de las fuerzas insurrectas con sus jefes principales se encuentran encerrados en un campo de operaciones, cinco veces menor que el que tenían, es evidente que por este solo he-

cho, se han aumentado en esa misma proporción las facilidades que nuestro ejército ha de tener para encontrarles, perseguirles, acosarles y obligarles á combatir, lo que equivale á batirles y derrotarles, acabando con la insurrección en un espacio de tiempo, mitad del que sería necesario emplear para conseguir este resultado, si la insurrección hubiese permanecido en el extremo Oriental.

Para realizar con éxito estas operaciones, son muchos los planes de campaña que se pueden concebir, y convencidos de que el nuestro es el peor, vamos á exponerlo muy ligeramente demostrando aritméticamente lo consignado en el párrafo anterior.

De los 115,000 hombres de que hoy se compone nuestro ejército de Cuba, dedicamos 25,000 á la provincia de Santiago, 15,000 al Camagüey, 10,000 á las Villas y Matanzas. Estas fuerzas no sólo se emplearían en la persecución activa de las pocas y pequeñas partidas que existen hoy y pudieran levantarse, manteniéndolas siempre en respeto, sino que se utilizarían en el establecimiento de las líneas de comunicaciones, que una vez batida la insurrección en Pinar del Río, han de servir para la más rápida pacificación de aquellas provincias: y terminada la guerra, han de resolver del modo más económico y eficaz posible, el difícil problema de la ocupación militar de la isla, que tenemos que sostener durante muchos años.

De guarnición en la Habana, 5,000.

Los 60,000 restantes divididos en dos cuerpos de ejército de 30,000 cada uno, bastan para derrotar y aplastar para siempre á la insurrección en la provincia en que hoy se encuentra.

Los dos cuerpos de ejército, uno en vanguardia y otro de retaguardia, á 5 kilómetros de distancia entre sí, divididos en 10 columnas de 3,000 hombres cada una, separadas de 7,5 kilómetros entre sus centros, procurando que los centros de los intervalos de las columnas de vanguardia, correspondan á los centros de las del cuerpo de ejército de retaguardia, y avanzando directamente tan solo 5 kilómetros imposibilitarían á los insurrectos salir de esa provincia, cuyo terreno se les disminuirá así diariamente y con esto la esfera de su acción, limitando cada vez más sus movimientos, obligándoles cada día mas á combatir.

Como el avance diario que exigimos á nuestras fuerzas es tan pequeño, la fatiga que les imponemos es insignificante, por cuya razón pueden establecer sobre la marcha las líneas de operaciones que nos han de asegurar el terreno conquistado, y que, en nuestra opinión, deben ser las siguientes:

- 1.ª Cabañas, Candelaria á Mangas.
- 2.ª Bahía Honda, Santa Cruz, Sabana, Nueva.
- 3.ª San Cayetano, Viñales, Soledad.
- 4.ª Consolación del N., Viñales, Pinar del Río, La Coloma.

5.ª Mantua, Guanés, Galafre.

6.ª Los melones, S. Pinienta, Guayaacanál, La Grifa.

7.ª Bolondrón, La Caravela, Los Melones.

Como se vé, con este plan que repetimos, es el peor de cuantos se pueden concebir en cincuenta y seis días; la insurrección se vería aco-rralada en el Cabo de San Antonio, y allí vencida.

Un valiente.

En el combate que el día 12 se verificó en el potrero La Herradura, y en el cual se dió una magnífica carga á la bayoneta, hubo, entre otros, el siguiente rasgo:

«El sargento Tomás Crespo Asensio, que en unión del soldado Pedro Méndez Plaza, insensiblemente y enardecidos por el combate, fueron avanzando hasta encontrarse solos y rodeados por numeroso grupo enemigo, resistiéronles largo tiempo, hasta que el sargento cayó atravesado el vientre de un balazo. Entonces dijo al soldado: «No me abandones, pues esos miserables me acabarán de matar.» Y aquel valiente soldado, sin contar el número de sus contrarios, redobla en actividad sus fuegos, logra hacer que se retiren á alguna distancia, y aprovechando con pasmosa calma y sangre fría aquel supremo momento, carga con el sargento herido, recoge el Mausser del mismo sin abandonar el suyo, y deja burlados á sus contrarios, que creían seguro en su poder al herido.»

Notas de campaña.

Operaciones practicadas por la 4.ª brigada de la 2.ª división del 2.º cuerpo de ejército, al mando del general don José Oliver, en las fechas que se detallan.

Día 9.—Salió el general Oliver de Placetas con cinco compañías del batallón de Burgos, tres de San Marcial, tres de cazadores de Cataluña, escuadrón de húsares de Pavía, movilizadas de Camajuaní y dos piezas de artillería al encuentro de Máximo Gómez, que según confidencias se dirigía á Las Villas. Durante la marcha, que fué bastante penosa por las condiciones del terreno, no hubo novedad alguna, llegando á un punto llamado Guaracabulla, compuesto de 12 ó 14 bohios en malas condiciones, pues demuestran las consecuencias de la campaña. Existe un fuerte reducido y en malas condiciones de defensa, guarnecido por 20 hombres y un oficial de Burgos.

Día 10.—Salimos al amanecer para Baez y Pesimdeno, llegando á Minas Bajas, donde al rebasar la vanguardia, que la mandaba el teniente coronel don José Delgado, sostuvo un pequeño fuego con las avanzadas enemigas, sin consecuencias.

Día 11.—Salimos por Santa Elena, María Rodríguez, lomas de Mangina, sitio del Manacal y alturas de los potreros de Alveriche, cuyas cúspides estaban coronadas de insurrectos en correcta formación y buen orden de combate, rompiendo un nutrido fuego sobre nuestra vanguardia, mandada por el teniente coronel Palanca, que lo aguantó con serenidad. Simultáneamente fué atacada la retaguardia, mandada por el comandante Marquez, de Burgos, quien lo rechazó. Empeñada la lucha, nuestro inteligente general Oliver ordenó al señor teniente coronel Delgado Santisteban que con tres compañías tomara las posiciones de la izquierda enemiga, punto estratégico y que dominaba por completo el campo de acción. Esta operación se llevó á efecto con un orden admirable, viéndose al valiente teniente coronel Delgado, secundado por el ayudante don Fabián Rubio, teniente don Atanasio Alonso de Robador y capitanes don Manuel Dasí, teniente don Sabas Hernández y don Rodrigo Vazquez, tomar, en medio de un nutridísimo fuego, las alturas, desalojándolas, á excepción de la última, que por echarse la noche encima, no pudo efectuarlo, aguantando con heroísmo el incesante fuego de toda la noche.

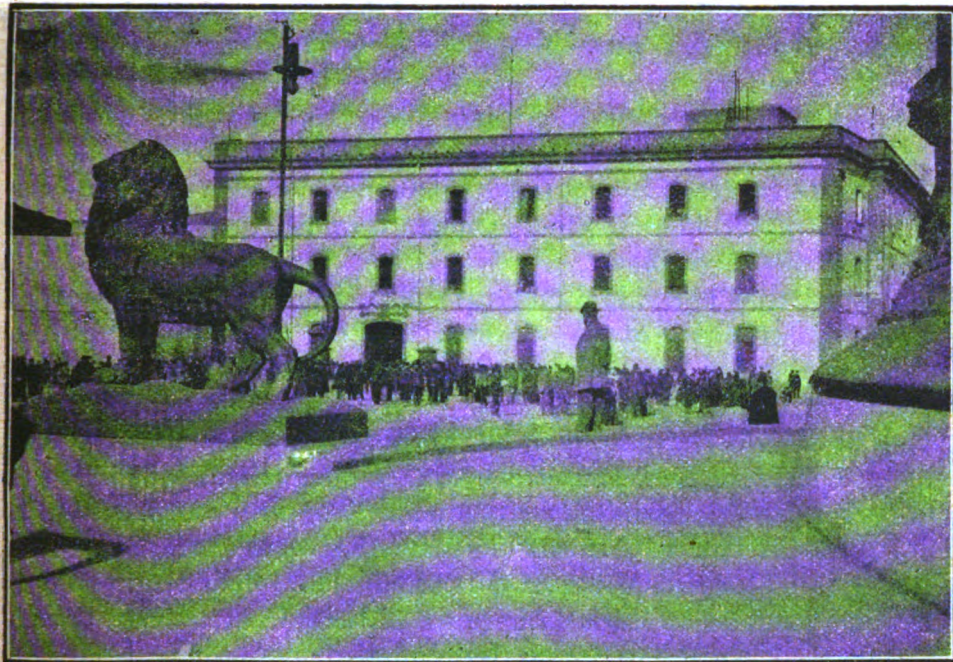


Fuerte Hurlach en Santa Cruz del Sur atacado por los insurrectos.

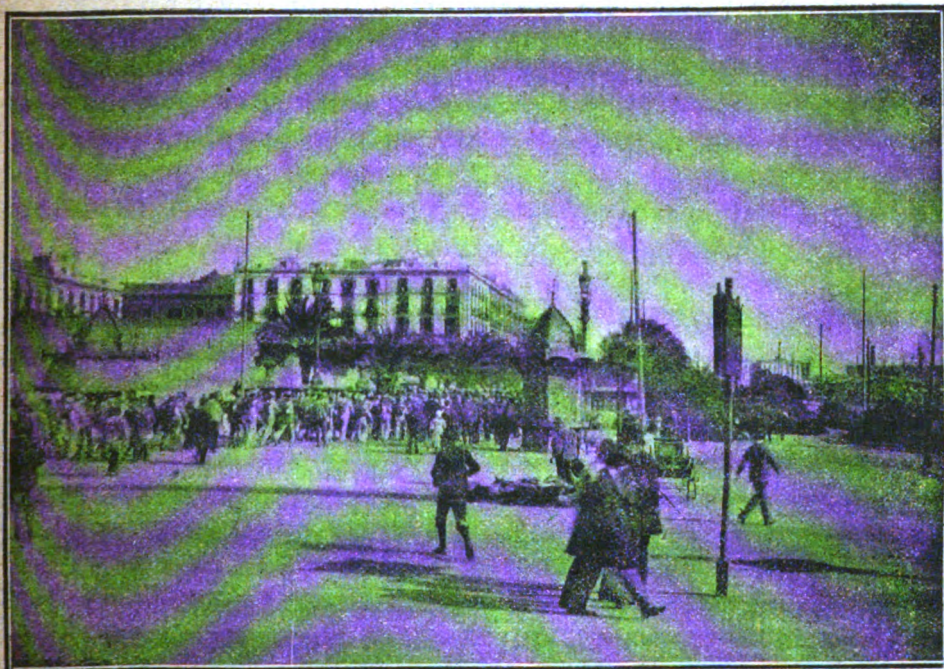
Nuestro general ordenó, al mismo tiempo que á Delgado, el aumento de fuerzas en el centro y su despliegue, admirablemente ejecutado, emplazando la artillería, mandadas sus piezas por los tenientes Sebastián y Sierra, quienes con gran serenidad y sangre fría dirigieron acertadísimos disparos de granada, que produjeron en el enemigo efectos desastrosos, pues se pudo observar el desorden y huida de ellos á cada tiro.

La derecha enemiga le fué encomendada al teniente coronel Alvarez Arenas, el que desarrolló una línea ofensiva de fuegos bastante certera.

En esta disposición vino la noche y se suspendió el combate, quedando las fuerzas en los puestos ocupados, sufriendo el fuego del enemigo, que no cesó de hacerlo hasta la mañana del 12, en que el bravo teniente coronel Delgado tomó, con sus fuerzas, á la bayoneta, la últi-



Barcelona: Vista del cuartel de Atarazanas momentos antes de la salida de las tropas.



Barcelona: Los artilleros de las baterías expedicionarias dirigiéndose al embarcadero por el paseo de Colón.
(Instantáneas de Rolg Rodón).

Cuaderno 70—T. II.

Precio 10 cent.s

ma altura que sostenía el enemigo, el cual desde este momento se declaró en precipitada fuga, internándose en los bosques y manigüas que á sus espaldas tenían.

Esta batalla es sin duda la primera que se ha dado en esta campaña, revistiendo suma importancia, pues el desastre del enemigo ha sido un hecho que ha repercutido con todas sus fuerzas, y por consiguiente la moral se ha resentido, como lo demuestra las muchas deserciones y presentaciones que se verifican.

Nuestras bajas han sido 6 muertos y 22 heridos, entre ellos el teniente de Camajuaní don Antonio Gascua. Las del enemigo, según hemos podido apreciar por los 30 que á medio enterrar dejaron, han tenido que ser numerosísimas.

Este hecho gloriosísimo que ha alcanzado nuestro general Oliver, merece la consideración de nuestra patria, como igualmente la de los que á ello han contribuido, como lo son: tenientes coroneles don José Delgado Santistebán, don Carlos Palanca y don Manuel Alvarez Arenas; comandantes don Benito Márquez Martínez y don Leopoldo Gómez Sena; capitanes don Fabián Rubio, don Manuel López y don Joaquín Mesenero; tenientes don Atanasio Alonso, don Sabas Hernández, don Antonio López, don Manuel Ferro, don Miguel Remenal y don Rodrigo Vázquez.

Se debe hacer notar lo bien que ejercieron su profesión los médicos Codina, Moya y Velasco, los que con gran inteligencia y asiduidad asistieron á nuestros heridos, situados al principio de la acción, antes de instalar el hospital de sangre, en lo más rudo del combate. Todo cuanto se diga y se elogíe á estos valientes, resultaría pálido ante la realidad de las innumerables fatigas que soporta luchando hasta con el hambre, cuyo mal no ha rebajado su principal virtud, que es la disciplina.

Día 12.—Declarada la huida del enemigo y terminada su persecución, se procedió al entierro de los cadáveres, tanto nuestros como del enemigo, enviando los heridos á la enfermería de Manicaragua, continuando tras el rastro, internándonos por los bosques y montes de Sierra Morena, donde marchábamos de á uno, llegando á Quinto, donde el enemigo tenía su campamento, que abandonó á los primeros disparos, continuando hasta el potrero de Piedra, donde vivaqueamos.

Día 13.—En vista de la falta de raciones nos dirigimos á Manicaragua, en donde se adquirieron noticias ciertas de la situación del enemigo, y salimos inmediatamente á su encuentro en dirección á la Siguaná, que así se llama á una extensión de terreno aproximadamente de 20 leguas de abrupto é intrincado laberinto de montañas que hacen imposible todo despliegue y por lo tanto difíciles los combates.

Con una marcha dificultosísima llegamos á las alturas del Mango, después de un ligero tiroteo, sin consecuencias y vivaqueamos.—*Un testigo presencial.*

El 5.º de Montaña



L día 6 de Marzo á las diez de la mañana, embarcaron para Cuba las tres baterías del 5.º regimiento de Montaña.

Diósele en el patio del cuartel de Atarazanas un rancho extraordinario, y el donativo que hasta ahora ha venido repartiéndose á las tropas expedicionarias y después de tocar llamada, quedaron formadas dichas baterías.

Antes de marchar les ha dirigido una arenga muy patriótica el coronel del primer regimiento de montaña don Manuel Salazar, que terminó con un ¡viva España! y ¡viva el Rey! contestados con entusiasmo por los artilleros, quienes, á su vez, vitorearon al citado jefe, al teniente coronel señor España y á los demás jefes y oficiales.

Precedidos por el piquete de montaña, se dirigieron al muelle de la Barceloneta por el Paseo de Colón, seguidos por un numeroso grupo de curiosos, que de antemano se había apostado en la plaza de la Paz.

En el citado muelle, á donde llegaron casi al mismo tiempo que los voluntarios y rezagados que han estado alojados en el depósito de Ultramar, se hallaban ya los piquetes de los cuerpos de esta guarnición y muchísima gente que se agolpaba en los embarcaderos, encargándose la guardia civil y municipal montada y de á pie y varios agentes de orden público de despejar el paso.

Después fueron llegando al muelle los generales de división señores duque de Ahumada y Castellví, los de brigada señores Mackenna, Soler, Payueta, Luna, Borbón, Buega y Portas, el gobernador civil señor Sánchez de Toledo, el comandante de Marina don Ismael Warleta, el presidente de la Diputación provincial señor Comas Masferrer, una comisión del Ayuntamiento presidida por el alcalde señor Rius y Badía y compuesta de los tenientes de alcalde señores Nadal, Lallave, Sentmenat y Soriano y de los concejales señores Bofill, Rosich, Ravetllat, Martínez, Martí Thomas, Pascual y Gassol; una comisión de la Cruz Roja y otra de los voluntarios catalanes, el ingeniero director de las obras del puerto don Carlos Mondéjar, el ayudante señor Opisso, la mayor parte de los jefes y oficiales libres de servicio y muchísimas otras distinguidas personas.

Poco antes de las diez y media llegó el general Despujol, acompañado de sus ayudantes de campo señores Sánchez Salcedo y Calderón, siendo saludado por las músicas y bandas militares con la marcha real.

A la hora señalada empezó el embarque, siendo los primeros en saltar á las golondrinas 90 voluntarios y 52 rezagados, los cuales, así como los artilleros, prorumpían en entusiastas vítores á la patria.

La primera golondrina que salió del embarcadero remolcó hasta el costado del *Reina María Cristina* la lancha en que iba la banda del Asilo Naval, que tocó algunos aires nacionales durante el acto, así como las músicas militares y la banda municipal, situada ésta en la terraza de la Capitanía del Puerto.

Poco antes de salir la última golondrina, un orador improvisado, que se hallaba instalado en lo alto de una grúa, pronunció un discurso patriótico, dando ocasión á que se oyeran en el muelle algunos gritos de ¡Viva España!

El general Despujol, el gobernador civil y el alcalde se trasladaron á bordo del *Reina María Cristina*, recorriendo los alojamientos de la tropa y los camarotes de los oficiales.

Reunidos en el espacioso salón de toldilla los jefes y oficiales de las baterías expedicionarias, el general Despujol les dirigió una arenga, en la cual dijo que el embarque efectuado hoy supone un nuevo esfuerzo de la patria y una nueva demostración que hacen los hijos de España para mantener en la isla de Cuba la integridad nacional.

Después de dar útiles consejos á los jefes y oficiales, díjoles el general Despujol:

—Oficiad de padres con los soldados y cuando tengáis ocasión de sostener el fuego en un combate, sed sus modelos.

—El honroso uniforme que vestís y el entusiasmo que en vuestros pechos late son prenda segurísima de que añadiréis nuevos lauros á los muchísimos que tiene conquistados el arma de artillería, y en previsión

de vuestros futuros triunfos y con la esperanza de que regresaréis pronto victoriosos á la madre patria, os doy un cariñoso adios, manifestándoos que dejáis en mí á un amigo de quien podéis disponer en todas ocasiones.

—Señores jefes y oficiales: feliz viaje y buena suerte.

Poco después las autoridades citadas abandonaban el *Reina María Cristina*, que trasbordará en Cádiz al *Ciudad de Cádiz* las fuerzas expedicionarias, por tener que dotarse á aquél del armamento y tripulación al objeto de quedar convertido en crucero.

A las dos de la tarde zarpaba el *Reina María Cristina*, escoltado hasta la boca del puerto por pequeñas embarcaciones.

Los soldados armaban gran algazara, dominando entre ellos el buen humor.

El total de fuerza embarcada asciende á 600 plazas.

En dicha expedición van tres médicos militares.





XVIII

UN HÉROE



UN testigo presencial de los hechos que vamos á referir, es quién nos comunica lo que con orgullo consignamos.

Llámase nuestro héroe Miguel del Campo Gómez. Es natural del Valle de Carranza, Vizcaya. Tiene cuarenta y nueve años de edad, casado en Ojear, provincia de Santander, Ayuntamiento de Rasines. Sirvió como voluntario en la pasada guerra de Cuba. En 1890 emigró á la República Argentina, de donde hace poco tiempo vino con otros muchos españoles voluntarios á tomar parte en esta campaña.

Hállase filiado en la primera compañía del batallón cazadores de Valladolid, en la brigada del general García Navarro. Esta brigada pertenece al primer cuerpo de ejército y hace poco tiempo que se halla en Las Villas operando contra los insurrectos expedicionarios de Oriente.

El día 21 de Noviembre salió de aquí la columna de García Navarro en dirección á los límites de esta provincia con la de Puerto Príncipe, en donde se sabía que estaban concentrándose y organizándose las partidas insurrectas de Oriente, con objeto de invadir este territorio y el de Matanzas.

El camino se hizo á pié, en un recorrido de más de cuarenta leguas. Antes de salir la columna se dieron á Valladolid 400 Matisser, á cambio

de igual número de Remingtons. El nuevo armamento se repartió entre los soldados más jóvenes y vigorosos. Al soldado Miguel del Campo Gómez no se le dió Maüsser. ¡Como era tan viejo el pobre veterano!

La columna, después de fatigosas marchas, llegó á Arroyo Blanco, y allí nuestro viejo soldado presentóse á su capitán diciéndole que estaba enfermo; lo reconoció el físico y se le dió de baja. La columna levantó el campamento para marchar en busca del enemigo, y Campo recibió la orden de quedar allí, en espera de la primera fuerza que pasase en dirección á Sancti Spiritus, á la cual se incorporaría con destino al Hospital.

Al día siguiente de la salida de la columna de García Navarro, llegó á Arroyo Blanco el coronel Segura con fuerzas de Granada, conduciendo un convoy; entregado éste, regresaría la fuerza inmediatamente á Sancti Spiritus, y al emprender el camino de regreso, la grande impedimenta que llevaba la fuerza mandada por el coronel Segura se aumentaría con nuestro soldado Campo y treinta y ocho más de distintos cuerpos que, como nuestro héroe, habían sido dados de baja por enfermos.

El día 3 de Diciembre, á las nueve y media de la mañana, salía de Iguará para Sancti Spiritus la columna de Segura, conduciendo 200 mulos de vacío; sobre varios de estos animales viajaban, cabalgando en ellos, los soldados enfermos. Apenas nuestra columna había rebasado el río Jatibonico, la vanguardia de Granada mandada por el teniente Guillen, fué rudamente atacada por las partidas insurrectas de Gómez y Maceo, fuertes de 4,000 hombres, que en aquel momento desfilaban en sentido trasversal á la dirección que llevaban nuestros 400 soldados de Granada. La pelea, como se vé era desigual, de diez contra uno.

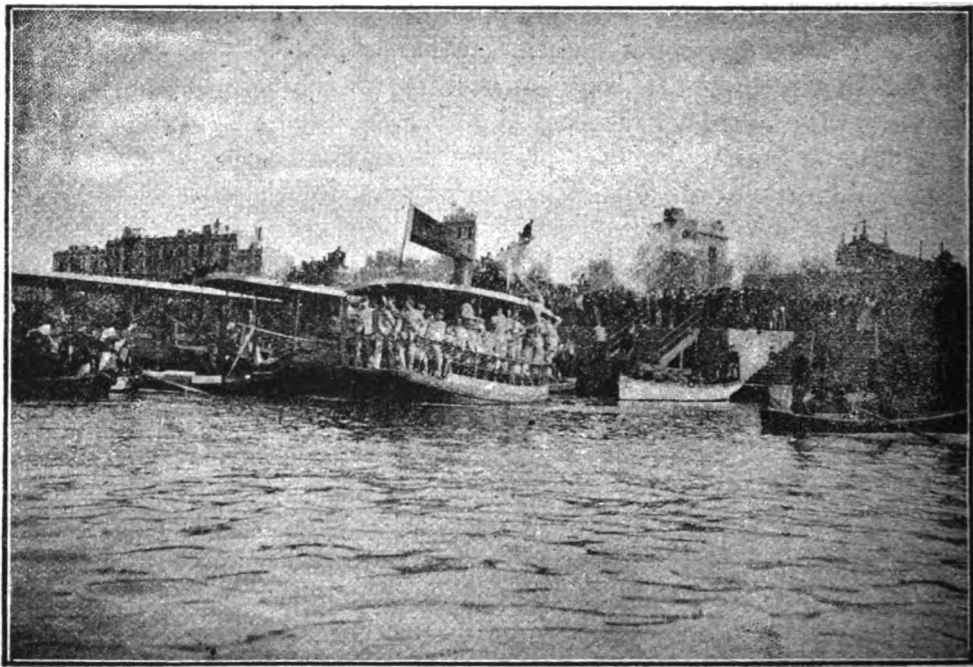
Allá, de extrema vanguardia, en la punta de la fuerza española, un sargento y siete soldados batíanse con denuedo. Apenas iniciado el combate, aquel pequeño grupo recibió *un refuerzo*, el del soldado enfermo Miguel del Campo, que al oír los primeros disparos, apeóse de la acémila en que cabalgaba, arrancóse de la frente el pañuelo que llevaba atado á manera de venda, y empuñando el Remington, corrió al sitio en que llovían las balas enemigas, y rodilla en tierra, como los otros, contestó al fuego de los rifles con el de su viejo fusil.

Muy pronto, de aquel grupo de valientes sólo podían batirse tres soldados y el *enfermo* Campo; los demás, con el sargento, habían caído heridos. Sobre uno de éstos, que cayó algo separado del grupo que se batía, avanzaron algunos ginetes enemigos. Al frente de ellos venía un negro corpulento que los mandaba, ostentando sobre el ala levantada de su grande sombrero de *yarey* ancha escarapela insurrecta, adornada con dos estrellas, que relucían vivamente heridas por los rayos del sol.

El fuego granado que hacía el grueso de nuestra pequeña columna contó al grupo de ginetes enemigos; pero el negro corpulento, seguido

de uno de los suyos, con machete en mano, avanzaron hasta llegar el primero á donde se hallaba nuestro soldado herido, y levantando el negro el nervudo brazo, descargó tremendo machetazo sobre aquel hombre indefenso, al que no remató del fiero golpe, gracias al poderoso movimiento de rechazo que hizo el brioso caballo que montaba el despiadado insurrecto, producido por el espanto que en la bestia causara aquel hombre caído en tierra y que con movimientos extraños defendía el resto de vida que le quedaba.

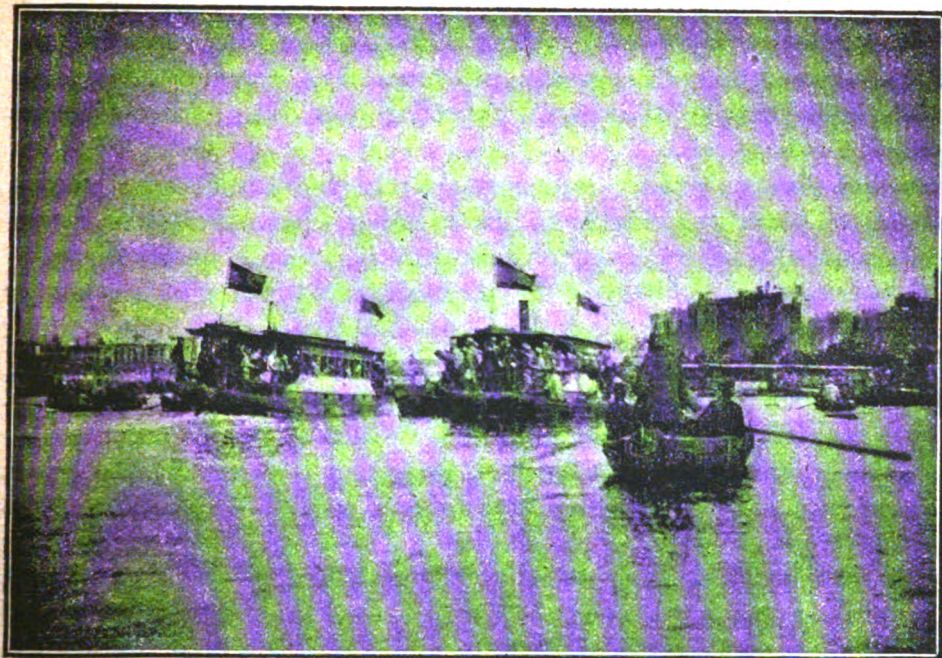
El feroz jinete revolvió su cabalgadura clavándole con ira sus gran-



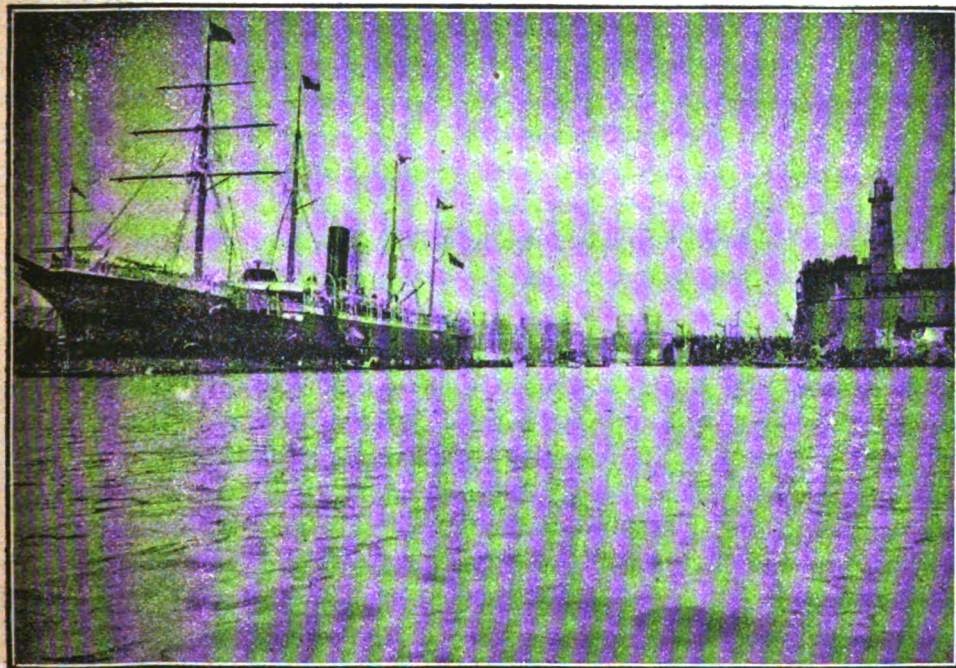
Barcelona: Salida del primer vapor golondrina conduciendo á los voluntarios. (Instantánea de Roig Roca).

des y cortantes espuelas, pero al lanzarse de nuevo sobre el infeliz ~~haci~~do ya éste no estaba solo. A su lado, á pie firme y enfilándolo con el cañón de su Remington, pudo ver por un momento al soldado Campo, que había corrido en socorro de su compañero. El negro, sediento de sangre española, lanzóse, ciego de furor, sobre nuestro héroe, que sin moverse esperó sereno la acometida, disparando con su Remington á quemarropa, atravesándole el ancho pecho con el proyectil, haciéndole caer de espaldas en tierra, dejando oír al caer horrible gruñido de muerte.

El soldado Campo cogió el sombrero del insurrecto muerto, y corriendo al lado de su camarada herido, cargó con él sobre sus espaldas, recomendándole que no soltase el Matisser, y con toda la premura que le permitían las circunstancias marchó hacia el grueso de la fuerza. A poco trecho andado hubo de detenerse y echar sobre el suelo la preciosa



Barcelona: Entusiasta despedida hecha á los artilleros al dirigirse al vapor "Reina Cristina".



Barcelona: El vapor "Reina Cristina" momentos antes de levar anclas.
(Instantáneas de Roig Urdón).

carga, porque el otro jinete enemigo cargaba sobre ellos machete en mano para matarlos. Campo, sereno y valiente, paró y rehuyó los golpes de su enemigo, acertando á darle muerte de un disparo de su Remington. Terminado esto, echóse nuevamente sobre sí al compañero herido, llegando al fin á las camillas, entregándolo á la sección de sanidad.

Nuestro viejo soldado volvía corriendo al lugar más peligroso del combate. Al pasar por el sitio en que se hallaba la impedimenta presentóse ante sus ojos un cuadro terriblemente trágico. Un grupo de enemigos había rebasado la línea de uno de nuestros flancos y daban de machetazos á los acemileros y á los soldados enfermos que allí se hallaban desarmados. Tres de los acemileros fueron atrozmente macheteados.

Detrás de un soldado enfermo, desarmado, perteneciente al batallón de Soria, corría un insurrecto montado, tirándole tajos de machete, uno de los cuales le alcanzó en la cabeza, produciéndole honda herida que le hizo caer al suelo, aturdido por el golpe. Campo corrió al lado del indefenso compañero enfermo, repitiendo allí con heroísmo admirable sus hazañas anteriores, dando muerte al jinete insurrecto y cargando sobre sus hombros hasta dejarlo en las camillas al soldado de Soria.

El combate continuaba, cada vez más fieramente empeñado. Nuestro viejo soldado volvió al lugar avanzado á tiempo de que los pocos que allí quedaban de pie querían irse con el grueso de la fuerza, abandonando aquel lugar en que los proyectiles enemigos sembraban la muerte.

El sargento herido gritó á Campo: «¡Viejo, por Dios, no nos dejen ustedes aquí abandonados, porque esos negros nos machetearán!» Y Campo detuvo á los que se iban y allí estuvo como viejo león que guarda á sus hijuelos hasta que, pronto ya, llegaron fuerzas bastantes á recoger los heridos, replegándose todos al grueso de la columna, que, acosada por todos lados, hubo, de formar el cuadro, en una fila, para defender la enorme impedimenta que conducía, rechazando, á pesar de todo, las continuadas y feroces cargas de un enemigo diez veces mayor en número.

Nuestro viejo veterano en aquella memorable y gloriosa lucha para las armas españolas hizo 85 disparos con su Remington, y como él me decía pasándose la mano por su extensa calva: «créame, señor, yo no me apresuraba en tirar; muchos de aquellos tiros fueron aprovechados; los insurrectos eran numerosos y estaban cerca.»

El coronel Segura, después de recoger y enterrar nuestros muertos y curar á los heridos de mayor gravedad, retiróse á Iguará, en donde al día siguiente, después del combate de La Reforma, llegó la columna de García Navarro.

Enterado este general del comportamiento heroico de nuestro viejo soldado, le llamó á su presencia, le felicitó y regalándole tres duros, le

dijo: «Vamos, dime lo que quieras.» Pues lo que quiero, mi general, es que me voy otra vez con mi batallón, porque ya estoy bueno con esto de ayer. Además, mi general, por si acaso se presenta otro caso como el de ayer, que si se presentará, deseo ser cabo, porque así me obedecerán los soldados cuando yo les mande que vayan adelante ó se queden á defender á los compañeros.

El general, sonriéndose bondadosamente, le dijo:

—Bueno, ya le diré al teniente coronel de tu batallón que te hagan cabo. Por lo pronto el coronel Segura ha dado un parte en que dice que eres muy valiente. A ver si en adelante te portas lo mismo; la patria te premiará y tus jefes te estimarán mucho.

La columna de García Navarro llegó aquí y mi amigo el teniente coronel de Valladolid, don Eduardo Francés, me refirió este episodio. Quise conocer al héroe y vino á mi casa, en donde á su manera, con sus concordancias vizcainas, me refirió lo que hizo, que en un todo hállase conforme con la relación hecha por sus jefes.

Le llevé á casa de un fotógrafo para que se conozca á este hombre que, para mí, es el legendario tipo de aquellos viejos soldados de los antiguos tercios de Flandes, salvo la *guayabera*, el sombrero de *yarey* y lo desastrado de la indumentaria toda.

El bizarro teniente coronel señor Francés nos acompañó á casa del fotógrafo. Cuando preparaban la maquinilla, el viejo soldado se cuadró rígidamente ante su jefe y le dijo:

—Mi teniente coronel, nuestro general me ofreció hacerme cabo, y ya V. ve cómo voy á retratarme.

El jefe, sonriéndose, contestó:

—Pero, hombre, si ya eres cabo ¿por qué no te has puesto los galones?

—Mi teniente coronel, no he tenido dinero para comprarlos, y luego, ya V. ve, aquellas estrellas del negro insurrecto que tanto relucían... pues resultaron de hojadelata.

Intervine entonces en el diálogo y dije al veterano, cuya justificada presunción en aquel momento no quería yo que quedase defraudada:

—No tengas cuidado; ya que tu teniente coronel lo desea también, te retratarás con los galones de cabo porque el diario de Madrid *El Imparcial* te los regala, y en su nombre y representación me honraré yo poniéndolos en tus brazos. Y en efecto, así se hizo y así se retrató el veterano de Valladolid.

Cuando terminado todo iban á marcharse, el valiente soldado con los ojos humedecidos por el llanto de la satisfacción y de la gratitud, dijo á su jefe:

—Mi teniente coronel, cuando salgamos á la manigüa tendrá V. que hacerme sargento, porque... yo he de ganármelo y V. ha de hacerme esa justicia.

—Veo—contestó el jefe—que eres ambicioso, y eso no me disgusta. Te prometo que serás sargento si haces méritos para ello.

—No soy ambicioso por serlo, mi teniente coronel—replicó como hablando consigo el pobre veterano;—lo que hay es que ya soy viejo y si cuando se acabe esto obtengo una licencia limpia podría pedir un destino de portero ó de llevar cartas, y si me lo dieran se me haría menos difícil la existencia en la vejez.

Salimos á la calle. La reflexión del viejo soldado me causó una impresión vivísima; tras la lucha ardiente, heroica, por la patria, surgía el problema de la lucha por la existencia. Bien que se reducen á tan poca cosa las aspiraciones del heroico soldado!

Al estrecharle la mano de despedida le dije:

—Con que ya tienes Maüsser.—Sí—contestó—bien me lo he ganado.—Y acariciando el terrible fusil me dijo en voz baja haciendo un guiño de ojo: «¡Vaya si me harán sargento!»

Apresamiento de un barco rebelde.

El *Diario de la Marina* de la Habana, da cuenta en los siguientes términos de un importante hecho de armas realizado por el teniente de navío don José Vilela:

«Al cruzar anteayer por esta costa—dice el *Diario*—el cañonero Lince, entró en el río San Juan, donde encontró el guairo Dos Amigos, de la matrícula de Cienfuegos, al que reconoció, encontrando los documentos en regla. No obstante, llamó la atención del comandante el que ese guairo estuviera en un sitio peligroso, por lo frecuentado que es por el enemigo, así como tambien por la gran cantidad de carnes y pescados que vió á bordo, por lo que procedió á un detenido registro, hallando numerosas cartas firmadas por un cabecilla y dirigidas á varias personas del comercio de Cienfuegos, exigiéndoles dinero y otros artículos.

En vista de esto fué detenida la embarcación por el comandante del Lince con sus tres tripulantes. Poco antes de la desembocadura del río fué tiroteado fuertemente por el enemigo, que vagaba por las costas. El cañonero, con el cañón de tiro rápido, contestó el fuego, haciendo cesar la agresión. El guairo fué conducido á remolque hasta Cienfuegos por la lancha Ardilla, y la tripulación que, con la correspondencia recogida por el Lince, se entregó en calidad de detenida al cañonero Indio, que está reparando averías en aquel punto.»

Nos consta que el general Martínez Campos y su ayudante el señor O'Donnell felicitaron calurosamente á tan digno oficial de la Armada, que con sus actos honra á la ciudad que le vió nacer.

Homenajes á dos soldados.

En Santander han sido objeto de verdaderas manifestaciones de sim-

patía dos soldados enfermos que con otros compañeros llegaron de Cuba en el vapor Reina María Cristina.

Por la mañana, en la plaza de Velarde, varias pescaderas tomaron sobre sí la noble misión de recolectar fondos con que socorrer á dos desgraciados militares, y en poco más de una hora lograron reunir entre las vendedoras de aquel mercado y del de Atarazanas 125 pesetas, cantidad fabulosa si se tiene en cuenta que las que contribuyeron á reunir la son gentes pobres, que apenas cuentan con lo indispensable para atender á sus necesidades.

La prensa cubana.

La Discusión de la Habana publica dos artículos, cuyos puntos más salientes copiamos, porque dan alguna luz.

«El primero, titulado «El general no se va». «Lo que se necesita», se publicó el día 26 de Diciembre, y dice así:

«Ayer (el 25 de Diciembre), corrió por la Habana el rumor de que el general Martínez Campos había pedido su relevo al Gobierno. Después se dijo que, si bien era cierto que había manifestado la resolución de regresar á la Península, había renunciado á ese propósito, ante las observaciones y ruegos de hombres importantes de todos los partidos.

Deseamos que el general no vuelva á tener deseos de retirarse y estamos seguros de que éste será también el deseo de todo el país.

El cambiar de gobernador general nada mejoraría la situación; y probablemente, la empeoraría en considerable medida. No hay en España hombre alguno de guerra que sea superior á Martínez Campos en capacidad técnica, en prestigio y en popularidad. Ninguno podrá hacer lo que Martínez Campos no haga.

Los contratiempos, grandes ó chicos, nada prueban en contra de la aptitud de un caudillo ni de la eficacia de un plan militar en conjunto. Si no hubiera obstáculos que destruir, ¿dónde estaría el mérito del esfuerzo? Ya lo dijo, en versos inmortales, el ilustre francés: «El que triunfa sin combate, vence sin gloria.»

No; para que la situación mejore rápidamente, no se necesita que el general Martínez Campos deje el mando del ejército. Lo que se necesita es que la acción militar sea secundada por la acción política: que, hasta ahora, ha sido nula.»

* * *

El segundo artículo, correspondiente al día 27 del pasado diciembre, se titula *Después de la serenata*, y dice así:

«Esta noche se efectuará la serenata con que obsequian al general Martínez Campos los tres partidos de Cuba.

Se va á aclamar «universalmente ante el mundo—como dice *El Pais* órgano del partido liberal—la política previsora, magnánima y abierta,» representada por el gran caudillo español.

Nuestro colega añade que «el partido liberal autonomista, al asociarse á esta solemne demostración, es consecuente con sus actos, con su espíritu, con su actitud constante para el general en jefe y su admirable conducta militar, para con su heroísmo, su templanza, su generosidad y su clemencia.»

La de esta noche será, sin duda, una hermosa y significativa manifestación. Por vez primera aparecerán unidos los tres partidos legales, bajo la presión de circunstancias difíciles.

Esa presión que los obliga á juntarse para festejar á Martínez Campos, ¿no tendrá fuerza bastante para compelerlos á buscar, juntos también, los medios de poner término á la tremenda crisis política de Cuba?

Muchas veces hemos repetido que, en los largos meses que llevamos de guerra, nada ha hecho el Gobierno para secundar con hábiles medidas políticas la acción militar encomendada al general Martínez Campos. Culpa y gravísima del señor Cánovas ha sido ésta; pero que alguna excusa tiene en el estado de los partidos locales. Uno le ha aconsejado el mero empleo de la fuerza; el otro ha abogado por las reformas tímidas; el tercero se ha limitado á mantener su programa. El Gobierno, libre de escoger, no contrastado por el empuje de una opinión unánime y organizada, ha optado por lo más cómodo; dejar correr los sucesos.

Nada ha dicho; nada hará, si la voz de todo un pueblo no se alza para exigirle resoluciones salvadoras.

Si, mañana, cada cual vuelve á sus posiciones, ¿qué quedará de la fiesta de hoy? Solo el recuerdo agradable de haber cumplido deberes de cortesía y de cariño con el soldado ilustre á quien se va á aclamar. Y los partidos políticos existen para algo más que para pavonearse en procesiones.

Hasta ahora, frente al separatismo, solo se ha propuesto una unión negativa. Se ha hablado de aplazar toda polémica y de esperar á que, por las armas, se suprima la insurrección. No es esta la unión que hace falta; y ella, si se lograra, tendría funestos resultados, al sancionar el empleo exclusivo de la fuerza.

Lo que hace falta es un acuerdo entre los tres partidos sobre las medidas de reforma política que deben adoptarse para debilitar á los revolucionarios y TRAER LA PAZ PRONTO Y BIEN. Que no se vacile ante los sacrificios necesarios; porque el hecho de la guerra ha modificado profundamente la realidad política.

Si, antes, tal ó cual programa servía, la mayor ó menor medida, para promover el progreso del país, hoy *el único programa posible y*

bueno, será el que evite la pérdida de vidas humanas y la ruina total de la riqueza.»

Los deportados.

Ocho son los que ha conducido el vapor Santo Domingo, llegado á Cádiz.

Desembarcaron cerca de las siete, juntamente con un reo de homicidio, llamado Andrés San Martín Zamora, que viene á cumplir la pena en Ceuta.

Los deportados se llaman Manuel de la Rosa Ragel, Ibrail Manso, José Manuel Deán, Torcuato Mazón, Diego Zurita Delgado, Filomeno Fernández Sánchez, Victoriano Collado Rodríguez y Santiago Ravello Suárez.

«Con varios de estos insurrectos hablamos en la cárcel. Excusado nos parece decir que todos protestan de su inocencia, queriendo hacer creer á cuantos les interrogan que son mártires del filibusterismo.

José Manuel Deán es peninsular, de Santa Marta de Ortigueira (Coruña).

Refiere que era patrón de un barco de vela; que le entregaron una carta para que se la diera al armador del buque, y que antes de hacerlo lo prendieron nuestras tropas, cogiéndole la referida carta.

Ignoraba—dice—el contenido de ésta.

Torcuato Mazorra es un negro de pequeña estatura, grueso y muy dado á conversar.

Tiene 38 años, es de Santiago de Cuba y casado.

Cuenta que cierta noche se dirigía desde su casa á la de un ahijado suyo; que le salieron al encuentro muchos hombres, dándoles el *¡alto!*: le preguntaron si tenía armas, él dijo que no, y amarrado se lo llevaron al monte, obligándole á formar en la partida de Rafael Socorro.

Fué preso á los tres días en Javaro (Matanzas) por el alcalde de aquel poblado.

—Cuando me prendieron—agregó—me cogieron nueve cápsulas y una carabina; pero asegura que no disparó ni un solo tiro.

Protesta mucho de ser inocente, y en el calor de sus protestas nos decía textualmente estas palabras:

«Esta guerra, zeñó, ha hecho perder muchos hombres buenos, porque los insurrectos son unos pícaros.»

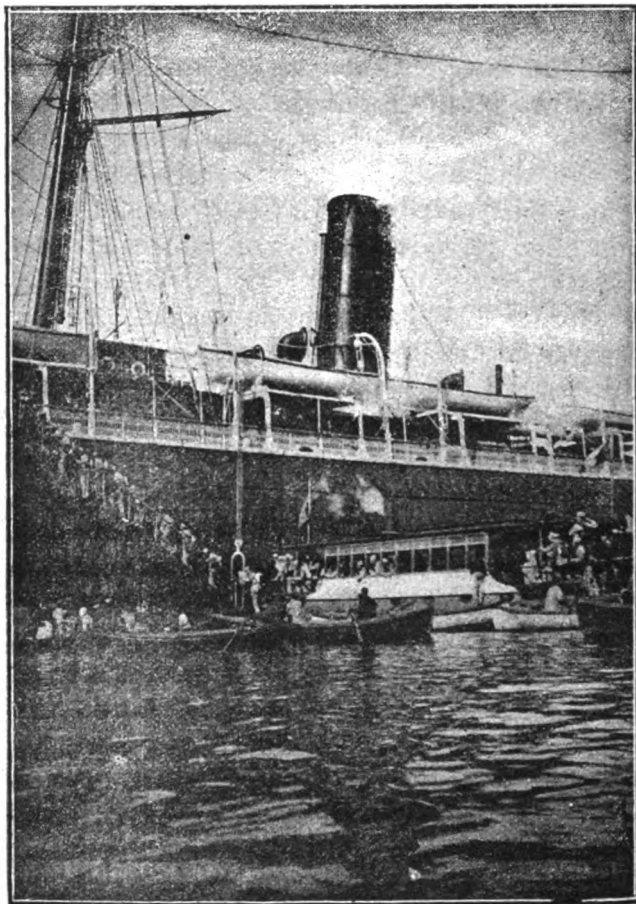
Filomeno Fernández tiene 28 años, es mulato, natural de Batabanó.

Dice que su padre fué teniente del ejército español; era de Cádiz y murió en Cuba hace poco más de un año. Filomeno nos dijo que fué cocinero del juez de Colón y del cura párroco de Los Palos.

Refiere que los insurrectos le sorprendieron cocinando en el ingenio de Carrillo, donde servía.

Por la fuerza lo llevaron al campo en donde estuvo un día, formando parte de una partida.

Victoriano Collado tiene 29 años, es natural de Colón. Tres días dice que estuvo en el campo, y eso porque le obligaron los rebeldes.



Barcelona: El vapor "Reina Cristina" recibiendo á su bordo á los artilleros expedicionarios. (Instantánea de Roig Rodón).

Fué preso por una guerrilla de Maria Cristina, al mando del teniente señor San Martín.

Santiago Ravello tiene 20 años y nació en Matanzas.

Formó en la partida de Clotilde García.

El mismo teniente Sr. San Martín le hizo prisionero el día 8 de Noviembre, en Los Arabos (Matanzas).

También estuvo en el campo por la fuerza.

Meeting flibustero en Pará.

En el teatro de la Paz del Estado Pará (Brasil), se ha celebrado un meeting flibustero para ensalzar á los que se *baten heroicamente* (siempre corriendo) por su *esclavizada patria*.

La reunión careció de importancia, y en ella no se pronunciaron frases violentas contra España, porque lo prohibió el gobernador del Estado, don Lauro Sodié, el cual profesa á nuestro país grandes simpatías.

Acerca del Estado de Pará, nos escribe lo siguiente un español que reside allí:

«Hace algunos días recibí un libro de don Francisco Cepeda, de Barcelona, en el cual dice que aquí se pagan sueldos fabulosos y que los emigrantes encuentran fácil colocación.»

Ambas afirmaciones son inexactas. Además, el clima es muy malo y se desarrollan con gran facilidad la fiebre amarilla y las tercianas.

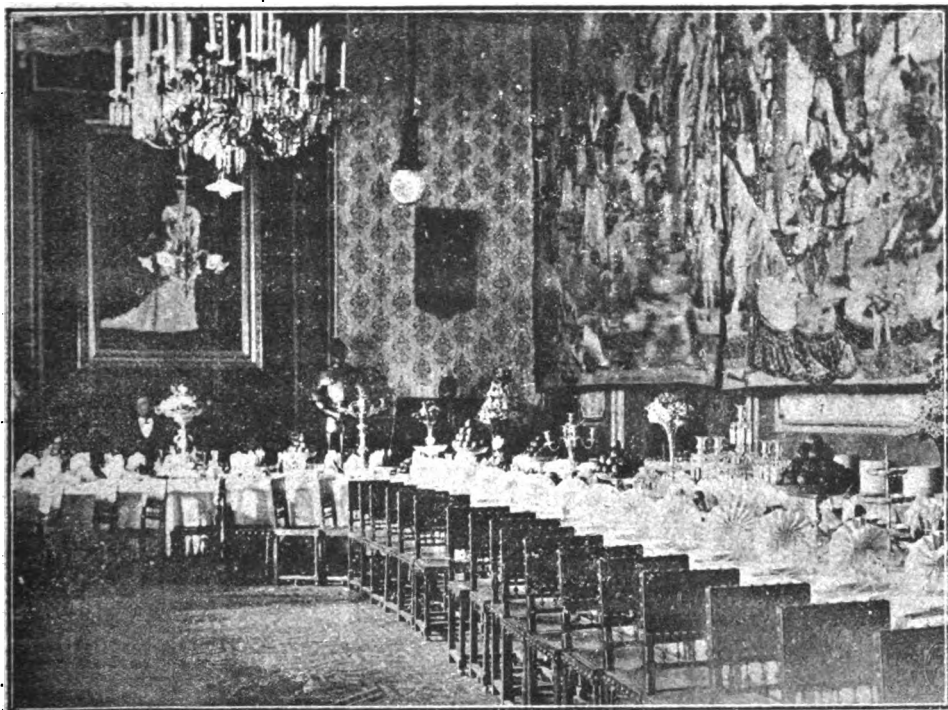
El Banco Azucarero.

Dicen de la Habana que la junta directiva de este Banco, ha quedado constituida en la forma siguiente:

Presidente honorario, Excmo. señor don Arsenio Martínez Campos.

Presidente, don Francisco de la Sierra de Porras.

Vicepresidente, don Antonio Alvarez Valdes.



Comedor donde fué obsequiada con un benquete la oficialidad del batallón de la Princesa en Allosnte.

Vocales, don Adolfo Sánchez Arcilla, don Francisco M. Durañona, don Jorge de Ajuria, don Alfredo Labarrere, don Miguez Diaz, don Miguel Jorrín, don Perfecto Lacoste y don Ramón López de Mendoza.

Supernumerarios, don José Mariano Crespo, don Leandro Selly Guzmán, don Juan José Ariosa y don Andrés Moreno.

Elegido el Consejo, la junta acordó enviar un telegrama al general Martínez Campos participándole que había sido nombrado por aclamación presidente honorario de la nueva institución de crédito.

Hé aquí el texto de dicho telegrama:

«Al general Martínez Campos.

En junta general de fabricantes de azúcares y productores de caña,

ha sido V. E. nombrado presidente honorario del Banco Azucarero, débil testimonio de gratitud por sus nobilísimos propósitos en favor de la clase.»

Regalo á las tropas.

He aquí una nota de los tabacos y cajetillas repartidos por el gremio de fabricantes de Cuba á las tropas desembarcadas en las tres expediciones:

Al primer cuerpo de ejército 29.150 tabacos y 24.900 cajetillas cigarrillos.

Al segundo cuerpo de ejército 55.825 tabacos, 30.072 cajetillas cigarrillos y 50 paquetes picadura.

Al tercer cuerpo de ejército 63.425 tabacos y 46 cajetillas cigarrillos.

Total general: 148.400 tabacos, 101.607 cajetillas cigarrillos y 50 paquetes picadura.

En el crucero Alfonso XII.

Una delegación de la comisión general de festejos obsequió á las fuerzas expedicionarias, formada por los señores don Saturnino Martínez, don Manuel María Villaverde, don Gregorio Pequero, don Santiago Miralles, don Pascual Lorenzo, don Angel Radillo, don José G. Núñez, don Manuel Villaverde y don Francisco Villaverde, fué á bordo del crucero de nuestra marina de guerra Alfonso XII á repartir á los soldados y marinos que lo tripulan, un obsequio igual al que se ha venido haciendo á las distintas tropas que sucesivamente han llegado á la Habana.

Acompañaban á la delegación de la comisión de festejos las señoras doña Justa Quintanar de Villaverde, doña Matilde Pascual, doña María Luisa Enriquez, doña María Salas de Radillo y doña Juana Escagües y las bellas señoritas Petra Pequero, Pilar Ruiz y Ana Salas.

Recibidos á bordo del hermoso crucero con la cortesía y amabilidad característica en nuestros oficiales de la Armada, explicó la comisión el objeto de su visita por conducto del señor Martínez, quien lo hizo con frases tan elocuentes como patrióticas y sentidas, contestadas en igual forma por el comandante del barco, el capitán de navío de segunda señor don Waldo Montojo.

Formada después la tripulación del Alfonso XII por escuadras, procedieron las señoras y señoritas que acompañaban á la comisión al reparto de los obsequios, consistentes en un peso plata, cuatro cajetillas de cigarrillos y cuatro tabacos á cada uno de los trescientos sesenta y seis sargentos, cabos, soldados y marineros que forman la dotación del buque.

También llevó la comisión un mazo de veinticinco brevas especiales para cada uno de los jefes y diez y seis oficiales que forman parte de la fuerza del crucero.

Terminado el acto del reparto, la comisión fué á su vez obsequiada —y muy delicadamente— en la cámara del Alfonso XII por el señor Montojo, con licores, Jerez y cerveza.

Iguales obsequios se han hecho á las dotaciones del crucero Marqués de la Ensenada y Legazpi.

De la Trasatlántica.

El señor marqués de Comillas, presidente de esta Compañía, ha dirigido por cable al señor alcalde de la Habana la siguiente comunicación telegráfica:

«Compañía Trasatlántica agradece profundamente inmerecidos plácemes que la dirige por conducto Gobierno dispuesta imponerse cuantos sacrificios sean precisos en defensa integridad España si Dios pone á prueba la inquebrantable constancia de ésta, confía que los hará pronto innecesarios premiando una vez más con la victoria y la paz los heroicos esfuerzos y acertadas medidas ilustre general Martínez Campos, así como la abnegación del valeroso ejército y demás españoles que tan noblemente le secundan.—*Marqués Comillas.*»

De San Luis á Palma Soriano.

El general Pando ha comunicado á la empresa del ferrocarril de Sabanilla y Maroto, la necesidad de emprender inmediatamente la construcción del ramal que ha de poner en comunicación los importantes pueblos de San Luis y Palma Soriano, y ha pedido relación de los bomberos, carpinteros y albañiles, para desde luego darles colocación en el citado ramal.





XIX

El combate del río Colmena



LAS dos de la tarde del 20 de Enero en el potrero Corajal, Santo Domingo, la columna que opera bajo las acertadas órdenes del comandante don Luis Abelda Balboa, compuesta de cuatro compañías del batallón de Asturias número 31, y una pieza de artillería de montaña, en junto 460 hombres, dió alcance á la partida del titulado general don Máximo Gómez, fuerte de 5.000 hombres, trabándose tenaz combate.

En dicha colonia se hallaban dispuestas las vanguardias enemigas, quienes al divisar á la nuestra, que la constituía la tercera compañía á las órdenes de su primer teniente don Enrique Alvarez, hicieron nutrido fuego, cargando ésta á la bayoneta con tanta decisión, que se hizo dueña de las posiciones que ocupaban los enemigos.

Incorporada nuestra pequeña columna y en la forma que previene la táctica militar, el primer jefe ordenó el avance, no sin antes dictar discretas medidas para evitar una intentona, pues el enemigo se corrió por un callejón hacia la Sabana, al otro lado del río Colmena, por cuyo punto hubo nuestra fuerza de entrar en persecución.

A la tercera compañía seguíanle la 5.^a, capitán don Alfredo Malibrán; la pieza de artillería, teniente don Juan Jiménez Andino y 27 artilleros, protegiéndola la 6.^a compañía, capitán don Hermenegildo Ra-

mos y la impedimenta, 40 acémilas de carga y municiones, cerrando la columna, y en retaguardia la primera compañía, capitán don Justo de Pedro.

El avance se hizo en las condiciones que permitía el escabroso terreno hasta la llegada del río Colmena, que apresuradamente pasaron las referidas avanzadas enemigas y descubrióse á primera vista el imponente número elevado de esos, dueños de las mejores posiciones.

Esta pasó el río sin dificultad, mientras que la 5.ª se preparaba para imitarla, montada en lugar á propósito la pieza de artillería, protegida por la 6.ª y 1.ª compañías.

Tan luego estuvo á la parte opuesta de la orilla la 3.ª compañía, fué atacada por varios pelotones, fuertes de á 500 caballos cada uno, cuyos ginetes llevaban hasta ocho metros de distancia de nuestros valientes, sosteniendo éstos los empujes rodilla en tierra y haciendo fuego por descargas cerradas á la voz de mando de su teniente Alvarez.

El capitán Malibrán, que mandaba su compañía, á los gritos de «al machete, al machete» que proferían los rebeldes contra la vanguardia, contestó el de «Viva España y á la bayoneta», atravesando el río á paso ligero y al frente de su fuerza, coronando la orilla opuesta, uniéndose á la vanguardia que tan admirablemente supo defenderse sin perder un palmo de terreno, y rompiendo un vivísimo fuego, viéndose precisado el enemigo á retroceder. En este momento

fué herido gravemente el heroico capitán, y á pesar de ello, seguía mandando, siendo necesario obligarle por el jefe de la columna á retirarse á retaguardia, pues ya se había caído dos veces y no le era posible sostenerse en pié.

Al mismo tiempo fué herido de bala, también gravemente, el teniente Coto, el cual continuó dando las voces de mando, con el fin de que no cesara el fuego, hasta que fué necesario retirarlo por su mal estado.

En esta situación púsose la pieza en batería á la orilla del río, hizo el primer disparo con tal acierto, que les produjo infinidad de bajas, oyéndose desde nuestro campamento los lamentos de los heridos, mientras otros caían muertos de sus caballos.



General Godoy.

La artillería no podía obrar con facilidad por tener al frente á las citadas compañías; pero el teniente Jiménez tomó las medidas de alza y explosión relativas, dando el apetecible resultado, verificando personalmente la mayor parte de los disparos.

No siendo posible á la artillería é impedimenta pasar el río, se sostuvo la co'umna en la expresada forma por espacio de dos horas que duró el vigoroso fuego, hasta que el enemigo se retiró comprendiendo lo imposible de vencer á nuestros bizarros soldados y en vista de las muchísimas bajas que experimentó.

Las operaciones fueron sabiamente dirigidas por el jefe de la columna, comandante don Luis Abelda Balboa, que con serenidad envidiable atendía los accidentes del combate, atendiendo á nuestros soldados, los cuales obedecían ciegamente las órdenes indicadas por el cornetín, suspendiendo el fuego unas veces, renovándolo por descargas otras, y formando el cuadro cuando las apremiantes necesidades obligaban.

Terminada la acción, hízose un pequeño reconocimiento á veinte pasos alrededor, encontrando ocho insurrectos y doce caballos muertos, un cabecilla rebelde herido, llamado don José Acosta, natural de Camagüey, caballos, una tercerola, una cartera con municiones, tres machetes, dos sombreros con escarapela, una dorada de metal y la ótra de plata, ambas de grandes dimensiones, formando triángulo con una estrella de cinco puntas en el centro, de igual metal, armamentos y otros efectos.

El doctor del batallón de Asturias, don Eduardo Cisneros Sevillano, dirigía, al igual de un oficial, una sección, hasta que hubo heridos, á los cuales, y sin darse cuenta de peligro alguno, acudía al punto donde le llamaba su deber, auxiliando al desgraciado, recibiendo durante sus servicios médicos una contusión de bala en la cabeza y sin que por eso dejase de atender á los heridos, no ocupándose de sí mismo hasta muy avanzada la noche, ya en Santo Domingo.

Tenemos que lamentar la pérdida de dos valientes, siete heridos y dos contusos.

Muertos: Soldado don Celestino Cabrera, artillero; id. don Juan López Martín, Asturias.

Heridos: Capitán don Alfredo Malibrán, teniente don Antonio Coto, id. don Federico Caballero, soldados Pablo Simón, Pío López Pérez, Genaro Muñóz Rafael, Feliciano Gómez.

Contusos: Capitán don Hermenegildo Ramos, médico don Eduardo Cisneros.

Sin embargo de la gravedad de los heridos, la ciencia médica espera salvarlos á todos.

Según informes del oficial prisionero, son considerables las bajas

que ha sufrido la partida que manda Máximo Gómez, producidas por los fusiles Matüser y el cañón, cuya pieza les disparó seis granadas con metralla, dirigidas siempre al grueso de la fuerza, y ocasionándoles indescriptible mortalidad, demostrándose la exactitud del oficial en cuestión al hallarse 8 muertos y un herido, más veinte caballos, en el escaso radio que reconoció parte de la columna, no siendo posible efectuarlo en mayor espacio por la avanzada hora y escaso número de fuerzas.

Cuando recibieron la primera granada que les remitió el bravo teniente Jiménez, exclamaban: «No tiren con eso.» Porque, claro, al hacer explosión, iba hacia las nubes un montón de ginetes para morder el polvo á los brevísimos instantes.

Fué una acción digna de encomio, una acción brillante que forma una página más de nuestra envidiable historia. En ella resaltarán los nombres de los héroes: comandante don Luis Albella Balboa, capitanes don Alfredo Malibrán, don Hermenegildo Ramos y don Justo de Pedro, tenientes don Juan Jiménez Audino, don Eduardo Cisneros (médico), don Enrique Alvarez, don Antonio Coto, don Federico Caballero, don Andrés Sarrá Golpes, don Juan Urbano, don Antonio Manzano, don Casimiro Viel, don Emilio Nicolao y don Emilio Pedrinaz, sargentos don Juan Montoro Faccio, don Emilio Mateos Alvarez y don Mariano Albiello y el cabo don Manuel Suero Calleja.

Al amanecer del día siguiente emprendió nuestra columna la marcha hacia Las Yaguas, encontrando en la línea férrea de dicho punto algunos vagones vacíos de carga, utilizando uno para la conducción de heridos, y empujado por varios soldados, se trasladaron al paradero inmediato, siguiendo hasta Santo Domingo y regresando al otro día á esta villa.

Hablóse de la corbata para el batallón de Asturias núm. 31, y en caso tal, serán tres las que ostentará la gloriosa bandera de este distinguido y valiente batallón, y de recompensas para el jefe, oficiales y tropa que componían la aludida columna que tan brillantemente sabe batirse, la cual pertenece á la bizarra é invencible brigada que manda el general Aldecoa.»



Dice nuestro corresponsal desde Puerto Príncipe:

«El batallón de Cádiz que tanto viene distinguiéndose en las operaciones que practica, volvió á salir en la madrugada del día 20, haciendo una recorrida por el extra-radio de esta población, separándose á cuatro leguas de la misma.

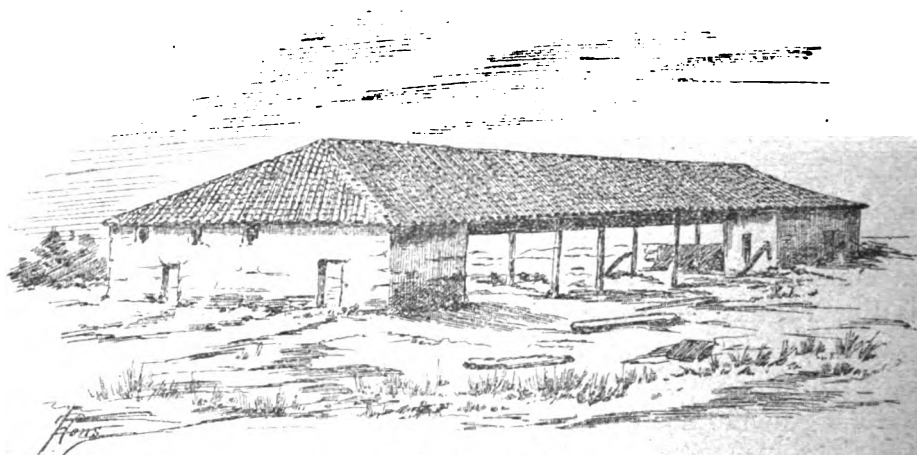
El fidedigno espionaje que tiene el enemigo permitió á éste conocer la salida del teniente coronel de Cádiz y fué motivo suficiente para que

durante el día 20 citado no cometieran las *comisiones de libertadores* ninguna fechoría.

Durante todo el día 18 se entretuvo el cabecilla Bazán en recorrer caminos y senderos y visitar bohíos en busca de hombres á quienes poder dejar en traje primitivo.

A cuarenta y dos hombres ascendió el número de los que encontró y á uno menos á los que dejó como á nuestro padre Adán. El que en un principio se creía salvado, llamado Miguel Guerrero, dícese que fué macheteado el día 19 por el famoso Bazán. Antiguos resentimientos personales entre uno y otro, motivaron el macheteo.

He hablado con uno de los *Sebastianes*, y me ha dicho que durante las 26 horas que permanecieron desnudos, pensaron en helarse, temiéndolo más por la noche. »



Ingenio Flore de donde fueron desalojados 300 insurrectos.

Ha pasado la noche sin novedad en la población. Aquella humareda, aquellos resplandores que veía desde el cuartel, tenían más importancia de lo que podíamos suponer; pero no adelantemos los acontecimientos.

Van llegando despachos y noticias. Son buenos los primeros. De Unión de Reyes, Bolondrón, Cabezas, Alfonso XII y otros pueblos inmediatos á Matanzas, dicen que no ocurre novedad hasta el momento en que telegrafían.

La comunicación telegráfica se sostiene hasta Colón por la línea de Sabanilla.

Las partidas, por lo visto, se mantienen en el espacio que media entre Jovellanos y Coliseo, corridas al Sur; pero sin llegar á Sabanilla.

Llega el tren de pasajeros de la Habana y trae municiones, 100,000 cartuchos Remington de distintos sistemas y un número menor de Maüser.

Regresan las avanzadas relevadas de las cuevas de Bello, Mar, la Encrucijada y otros puntos.

No han visto ni oído nada.

Siguen las autoridades sin conocer donde está el general en jefe.

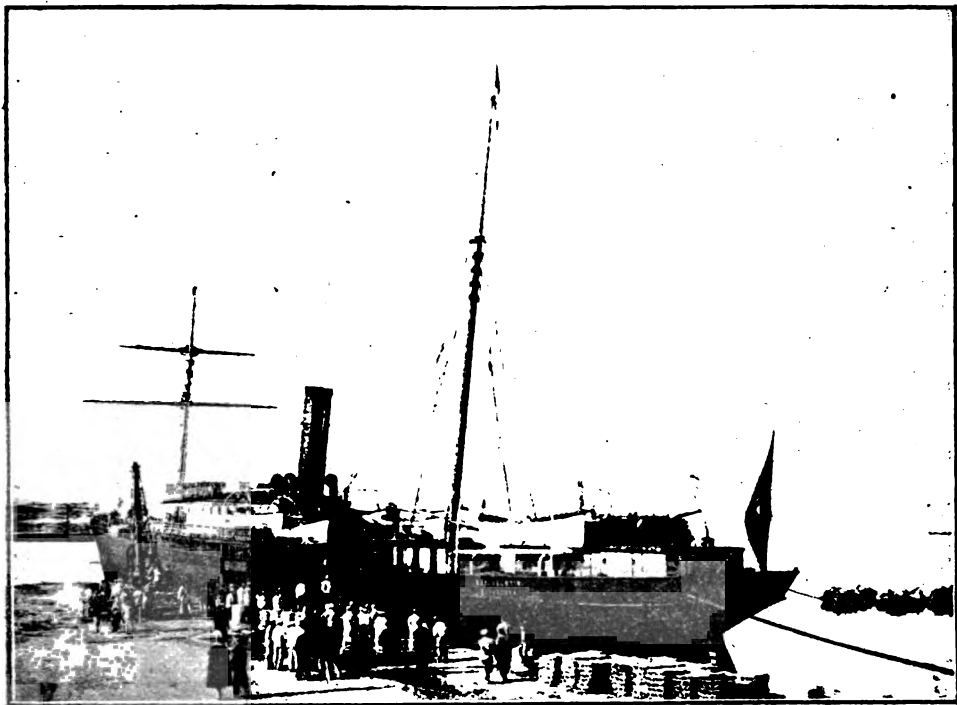
Ignoran también donde están las columnas.

Como es día de expansiones, se redobla la precaución en las guardias.

El señor Porset ordenó que no se permitan bailes nocturnos, ni comparsas.

Entra en puerto á las once el *Marqués de la Ensenada* y se reanima algo el espíritu.

- El destacamento del ingenio Atrevido compuesto de 50 individuos



Embarque del batallón de la Princesa en el vapor «San Agustín», en Alicante.

que se hallaba en situación comprometida y fué atacado dos veces se había salvado, porque cuando ya no tenían municiones desistió de su empeño la numerosa partida de Zayas.

Los pobladitos del Recreo y Sumidero, que están tan cerca de Matanzas, habían sido destruidos por las llamas.

Recibo un pliego del corresponsal del *Heraldo* en Colón.

Me manda en él noticias de interés.

Volvieron á atacar á la Antilla, me decía, y volvió á defenderse el destacamento y el dueño señor Ornedo, con bravura.

El empeño de los insurrectos por apoderarse de aquellos valientes, honra de la patria, era tan grande como el de ellos en no caer.

Las municiones que el día anterior les mandaron salvaron el conflicto.

Aldecoa, que estaba en la Aguica, destacó una sección de caballería y huyó el enemigo.

Trae detalles del encuentro de Navarro en Alava.

No es posible formarse idea de dos cosas: de la bravura del soldado y de la siniestra grandeza del espectáculo.

El enemigo era numeroso y pretendió dar que hacer á Navarro, protegido por las llamas de los cañaverales.

El combate se trabó con la retaguardia, pero contramarchó el grueso de la partida y se vino encima.

Muchos soldados de Valladolid y Cuba chupaban caña y tenían el fusil al hombro.

Los de la finca estaban asombrados.

—Que se vienen cargando—les decían.—Prepararse.

—Dejen que se acerquen, que no llegarán.

Y cuando estaban á 20 pasos, tiraban la caña y hacían fuego por descargas.

El enemigo resistió poco. Vieron que era Navarro, y se dió á *chaquetear*.

Se fué, y en su huida el incendio fué anunciando la dirección que tomaban.

Una tras otra fueron quemando las fincas.

Solo se libraban de las llamas los bateyes.

De Colón vienen más noticias.

Ha pasado la brigada Luque; se han levantado reducos para la defensa y se han armado los vecinos.

Basta de impresiones y á almorzar.

Transcurren algunos minutos, pero antes de terminar me avisan que ya se sabe donde está el general en jefe.

Se encuentra en Limonar, me dijeron, y se ha batido.

Limonar está á seis leguas de Matanzas.

—¿Se sabe el resultado?—pregunto.

—Se sabe que vienen muchos heridos y que llega Prats.

Marcho al telégrafo y me tranquilizan dos cosas; una que el general en jefe no ha sufrido percance, otra que con su columna iba alguien encargado de contarme todo lo que ocurriera.

Después de telegrafiar marchó á la estación, para donde se habían dirigido los gobernadores civil y militar, pero no llegó.

En el camino me dicen:

—Vuélvase con nosotros.

—Tengo que hacer.

—Pues déjelo, y venga.

—¿Qué pasa?

—La mar.

—Diga, diga.

—Pues que el general está en Limonar, y acaba de decir que se prepare la ciudad á la defensa; que se levanten barricadas y se aspilleren las casas.

—Ya ve usted, todo con tanta precipitación. No tenemos ingenieros militares, y por lo visto, la cosa urge.

—Además, va á llegar un tren con 12 heridos tenidos en un combate que sostuvo en persona cerca de Coliseo.

—Pero, hombre, ¿qué cosas me cuenta usted!

—Hay más. Viene Prats por la línea de Sabanilla; Suárez Valdés está en Unión de Reyes, y Luque muy cerca.

Al llegar á este punto, y sin darnos cuenta, estábamos en la plaza.

La gente se había apercebido de todo, y ya se sentía la alarma.

A la puerta del Gobierno estaban ya todos los obreros del Municipio con palas, picos, azadones y carretillas.

Las cornetas de los voluntarios tocan llamada á la carrera; cruzan coches y caballos en todas las direcciones.

¡Buena Nochebuena se prepara!

Pues á la estación otra vez.

¡Qué reflexiones más tristes!

Llegué al fin.

Entraba el tren con el convoy de heridos. Venían doce.

En ese tren vino mi compañero Escobar, que se fué con la columna, y á quien le dieron la cruz roja, y venía también el pliego que me remitía el corresponsal accidental que allí estuvo y allí peleó.

Lo primero era ocuparse de los heridos. Dos venían muy graves.

Las autoridades, Cruz Roja, médicos militares, etc., fueron haciéndose cargo de aquellos infelices.

También venían heridos en las piernas algunos.

Su entrada en Matanzas impresionó vivamente á las gentes y aumentó la alarma.

Eran las tres. El telégrafo se interrumpió.

Unión de Reyes y la línea de Sabanilla está ya cortada.

Prats no puede venir con su columna por el tren.

Llegan 25 caballos, que se replegan, de la parte de Ibarra, y con esto y la escolta que vino con el convoy, se aumenta la guarnición; se establecen nuevos retenes y avanzadas.

El general en jefe pide raciones para su columna y se le mandan.

Sigue operando hacia Guanabana, y se confiaba en que vendría por la noche á Matanzas; pero no es así.

Restablecida la censura con Madrid, no sabiendo lo que habría sido

de mis despachos, temiendo que el esfuerzo por adelantar los sucesos hubiera resultado inútil, y sintiendo la necesidad de dar extensa cuenta por el cable de la acción librada por el general en jefe, pedí la maleta y me puse en marcha para la Habana.

Al salir circulaban rumores de que se habían ordenado algunas detenciones de personas sospechosas.

Se pone el tren en marcha. A lo lejos se veía humareda grande. Mas caña que arde.

Veamos lo que me dicen desde el teatro del combate.

Se libró en el demolido ingenio Audaz. ¡Qué nombres más raros los de los sitios de las acciones! Mal Tiempo, Audaz, y sin embargo, parece que han sido escogidos.

El combate sostenido por el general en jefe fué audaz.

El general Campos fué á Peralejo porque tenía que ir; hizo le peligrosa marcha de Ciego de Avila á Sancti Spiritus porque tenía que hacerla; ha ido á combatir como un jefe de brigada porque debía hacerlo.

Resultó ahora lo que resulta siempre; que encuentra al enemigo apenas se pone en movimiento y lo bate.

Es más afortunado sin duda que los demás, quienes hacen esfuerzos supremos por encontrarle y se les escurre.

Salió de Colón el general en jefe después de dirigir personalmente las operaciones de embarque; llegó á Navajas, cogió al coronel Molina y con fuerzas escasas se dirigió á Jovellanos.

Supo allí que el enemigo estaba en Cimarrones y allá fué, pero el jefe de ese ejército de incendiarios le hurtó el cuerpo y mandó sus teas por delante.

El general le buscó, le presentó combate como ellos le desean y así les obligó á entrar.

A las veinticuatro horas pues de haber empezado á operar le había batido con fuerzas desiguales.

Seis mil enemigos huyeron cobardemente ante mil trescientos.

Después de marchar y contramarchar desde las siete de la mañana del 23 hasta las cuatro de la tarde haciendo lo que el cazador detrás de un bando de palomas, por fin le dió alcance.

Llevaba con él un capitán de voluntarios el señor Espina, que está revelándose como guerrillero notable y audaz.

Sólo tenía 20 caballos y con ellos se puso en descubierta.

La primera orden que dió el general en jefe fué la de que no hicieran fuego hasta que él lo dispusiera.

Sus ayudantes, señores Moreno, duque de la Seo de Urgel y marqués del Baztán circularon las órdenes.

El jefe de Estado Mayor, señor Ramos, y el capitán señor Rivera, no descansaban y apercibían á todo el mundo.

Las avanzadas enemigas iban prendiendo fuego á los cañaverales y el campo donde la acción iba á desarrollarse se convertía en infierno.

Sigilosa, pero rápidamente, se dirigió el general al grueso del enemigo, destacando una compañía para contener y aislar las avanzadas.

Se desplegó en guerrilla la infantería, compuesta de las cuatro compañías que ganaron en Arroyo Colmenas la corbata de San Fernando para el batallón de Asturias, dos de Navarra, otras dos de Cuenca y otras.

Formó al desplegarse un ángulo recto por la izquierda, colocando en este lado perpendicular al ingenio la pieza de artillería.

El enemigo, apercebido de su superioridad numérica, creyó llegada la hora suprema, bordeó las lomas, pretendió realizar un movimiento envolvente, apoyándose en unas ruinas de piedra para caer sobre el flanco derecho de nuestra columna, al mismo tiempo que, al amparo de unos espesos cañaverales, pretendía caer sobre la izquierda.

El general seguía con cuidadosa atención todo esto y les dejaba hacer porque su propósito era entusiasmarles, haciéndoles creer que podían copar á la columna y á él.

Así las cosas, llegaron las fuerzas á estar casi bloqueadas.

El general en medio de aquel cuadro.

Cuando vió que aquellas turbas estaban en disposición y se decidían á atacar, ordenó que se rompiera el fuego en toda la línea y por descargas.

No se olvidó en este instante de la impedimenta que colocó en el centro de la acción.

Roto el fuego al grito de ¡Viva España!, formando las fuerzas desplegadas tres flancos, empezó á avanzar.

El enemigo se vió sorprendido, consideró su plan fracasado; su caballería, que era numerosa, empezó á resentirse con las bajas que experimentaba; la pieza de artillería dispara una y otra vez; se desmoralizan y queda rota su fuerza, que no sólo se retira, sino que huye en distintas direcciones, retrocediendo una parte, avanzando otra, siempre con la tea, hacia Coliseo.



Luis Irlés y Sala.

El general hubiera querido evitar este incendio, pero viendo que no lo podía lograr porque los grupos dispersos en su rápida huida iban prendiendo candela, ordenó cesara el fuego y que se hiciera alto.

El campamento se estableció en el ingenio Audaz, donde no ocurrió novedad alguna.

¿Quién se distinguió más?

No puede decirse, todos se portaron como bravos; todos contribuyeron al éxito.

El general en jefe ha demostrado una vez más que se pueden hacer muchas cosas.

Al día siguiente regresó al Limonar y estableció la línea de la Guánabana á Unión de Reyes.

Ya estamos en la Habana. Restablecida la censura, mis despachos han sufrido retraso. Nada decía en ellos que pudiera comprometer las cosas, y sin embargo, queda esterilizado el esfuerzo. Los que desde el teatro de las operaciones telegrafiamos sufrimos dos censuras. ¡Qué concepto de las cosas! Entretanto, ahí la gente se ahoga por la natural impaciencia.

Aprovecho un correo directo que llegará antes, pero por Tampa van extensas cartas con los preliminares de estas operaciones.

El enemigo avanza como turbas incendiarias; le importa poco dejar regado el campo de bajas: ¿quién evita eso en territorio tan extenso?

* * *

Si hay alguien que todavía dude de que los insurrectos de Cuba representan la barbarie más odiosa, le bastará para convencerse de ello la lectura del siguiente decreto circular que el *generalísimo* Máximo Gómez ha dictado, y que aparece en el último número del periódico filibustero *Patria*, órgano oficial de la insurrección:

«*Cuartel general del ejército libertador*.—Territorio de Sancti Spiritus, noviembre 6 de 1895.—Circular.—Animado del mismo espíritu de inquebrantable resolución en defensa de los fueros de la revolución redentora de este pueblo de colonos, vejado y despreciado por España, y armonía con lo dispuesto sobre la materia en circular de 1.º de julio, he venido en disponer lo siguiente:

Artículo 1.º Serán totalmente destruídos los ingenios, incendiadas sus cañas y dependencias de batey, y destruídas sus vías férreas.

Art. 2.º Será considerado traidor á la patria el obrero que preste la fuerza de su brazo á esas fábricas de azúcar, fuentes de recursos que debemos cegar á nuestros enemigos.

Art. 3.º Todo el que fuere cogido *infraganti* ó resultare probada su infracción al art. 2.º, será pasado por las armas.

Cúmplase por todos los jefes de operaciones del ejército libertador, dispuestos á enarbolar triunfante (aún sobre escombros y cenizas) la bandera de la república de Cuba.

En cuanto á la manera de hacer la guerra, cúmplanse las instrucciones que privadamente tengo dadas.

El honor de nuestras armas y el reconocido valor y patriotismo de usted, hacen esperar el exacto cumplimiento de lo ordenado.

El general en jefe,

Máximo Gómez.»

Un artículo del Times.

«La marcha de las cosas de Cuba—dice el importante diario inglés—mantiene, como es natural, una gran excitación entre todos los españoles y los amigos de esa nación.

Esta nación ha hecho esfuerzos militares en grande escala, y por largo tiempo sostenidos, hasta causar muy grave detrimento en su Hacienda, sin que hasta la fecha pueda decir que se hayan obtenido resultados prácticos en combatir la rebelión.

En las regiones oriental y central de la isla, donde, á alguna distancia de la costa, el país es montañoso, intrincado, salvaje, fácil es comprender que las bandas de facciosos, disolviéndose á la proximidad de las tropas españolas para reunirse en cualquier otro punto, han de ser batidas con extrema dificultad; pero también debía esperarse que las no accidentadas y espléndidamente cultivadas provincias del Oeste quedasen siempre convenientemente protegidas por el general Martínez Campos, máxime teniendo en cuenta las numerosas fuerzas de que dispone. Y, sin embargo, los rebeldes no sólo se hallan recorriendo esas provincias, sino que amenazan actualmente la capital misma.

Verdad es que se les ha obligado en dos ó tres ocasiones á abandonar su táctica habitual y aceptar combates en que han sido derrotados; pero estas derrotas no parece han tenido un efecto decisivo ó no han sido bastantes á proteger la población laboriosa y productiva contra la destructora irrupciones de los rebeldes.

Se comprende que ante resultados tan exíguos la impaciencia aumente en Madrid donde la petición del relevo del general Martínez Campos es apoyada por gran parte de la opinión pública.

El señor Cánovas, sin embargo, parece manifestar mucha repugnancia á cambiar la dirección de las operaciones militares, probablemente por razones no militares.

...Dáse ahora otra versión de la situación y descríbese la estrategia del general como una obra maestra para atraer á los rebeldes á campo abierto y encerrarlos entre la Habana y un círculo de tropas españolas,

con lo cual se verán obligados á aceptar una batalla decisiva, cuyo resultado no es dudoso. Esperamos que la terminación de esta lucha sea tan pronta y decisiva como esta creencia manifiesta.

Para el observador á distancia, el general Martínez Campos aparece más como un político que como un soldado. Lleva á sus campañas un espíritu de conciliación que, aunque admirable en su lugar oportuno, se ha demostrado de sobra que es completamente ineficaz para sofocar la insurrección cubana. En realidad, ha de considerarse como una regla general de las más simples, que cuando un pueblo lucha, debe luchar de veras, siendo este el mejor procedimiento para conducir las cosas á estado en el cual la conciliación y la moderación produzcan efecto.

Las revoluciones no se hacen ni se combaten con agua de rosas; y



Teniente coronel don Francisco S. Martín.

espíritu de rebeldía es evidentemente muy fuerte y muy general en Cuba, para hacer de esta isla lugar de un experimento de resultados siempre dudosos. La depresión económica juega indudablemente un papel muy importante en el descontento político y ha dado alma al movimiento insurreccional. El azúcar es el producto principal de la isla, y ahora la industria azucarera, por virtud de los precios bajísimos y de las tarifas proteccionistas, se halla completamente arruinada. Una población, así privada de su principal y más lucrativa ocupación y en posesión de un suelo y un clima que dan muy fácilmente los elementos necesarios para satisfacer

las necesidades materiales de la vida, ha de estar fácilmente dispuesta á pelear, como un recreo, ó por lo menos á sostener y dar indirecto apoyo á los rebeldes en activo.

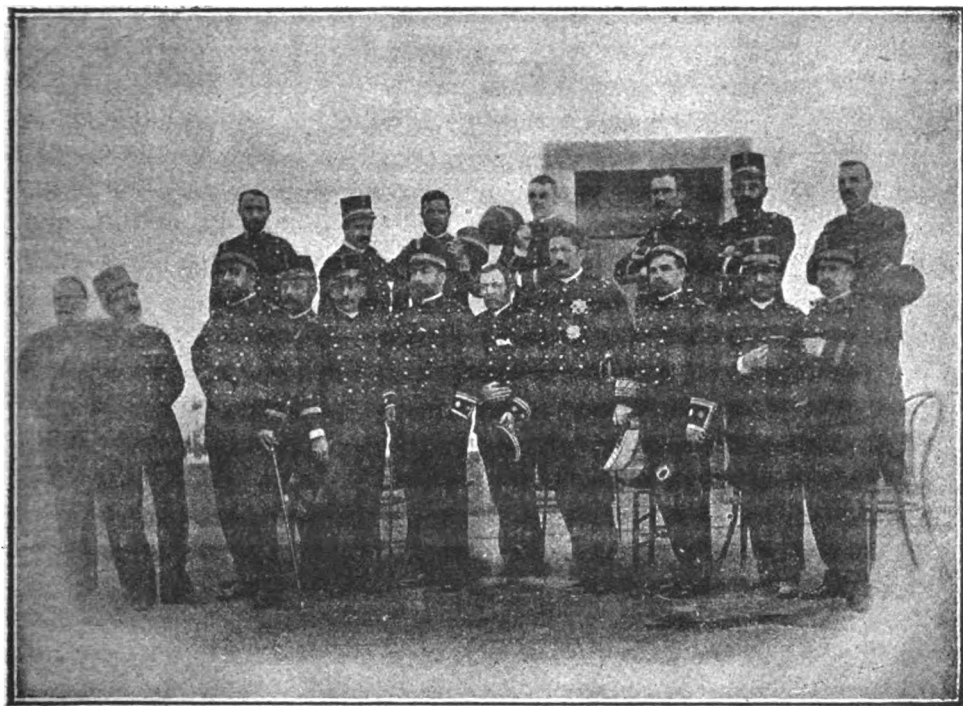
Cualesquiera que puedan ser los perjuicios que la población cubana pueda razonablemente alegar como originados por el presente régimen, no hay fundamento para suponer que ganarían con el establecimiento del sistema de independencia que los rebeldes desean. Experimentos de esta clase se han hecho en otras Antillas y han dado bien infelices resultados.

Si alguna conciencia hay, arraigada en la conciencia del pueblo español es la de que ningún sacrificio resulta excesivo para retener la colonia cubana: no ha de extrañarse en un pueblo de tan gloriosas tradiciones y tanta elevación moral. A ese noble y tenaz propósito opónense

dificultades considerables, no siendo la menor la falta de eficacia en los planes del general en jefe, objeto de protestas. Parece prevalecer el propósito de establecer líneas que defiendan el llano y las ciudades dejando á los rebeldes reclusos en las montañas. Termina señalando las posibles consecuencias de la marcha de la campaña en la política interior española.

Discurso del general Martínez Campos.

Después de la manifestación de simpatía á España verificada en la



El brigadier Solano y la oficialidad del regimiento de Murcia.

Habana, el general Martínez Campos recibió en su palacio á los representantes de los partidos cubanos, que hicieron patrióticos discursos, siendo contestados por el general en jefe del ejército de Cuba, diciendo que el hecho de ver allí reunidos los partidos políticos en un solo pensamiento, lo consideraba como un hermoso augurio, y que recomendaba á todos continuasen observando cordiales relaciones.

Que había venido á la Habana muy apesadumbrado, y que sinceramente lo decía; que había sufrido una impresión dolorosísima al recorrer los campos y ver tanta riqueza perdida, y que por todos lados y bajo los cascos de su caballo sentía el fuego, y que mayor había sido su pesar al encontrar en los poblados y ver la miseria y la ruina por todas

partes, saliendo de ellos en tal estado de ánimo, que si en aquel instante hubiese encontrado frente á frente un enemigo dispuesto á hacerle una resistencia tenaz, sentíase cruel.

No trato señores, agregó, de ocultarles la situación, pero sí puedo decirles que es más aparatosa que real su gravedad.

Yo he venido á la Habana para activar y dirigir aquí las operaciones, y hubiera dimitido si no fuera un soldado de la patria que cumple las órdenes del Gobierno y que sólo abandonaría este puesto cuando aquél me lo ordenara ó perdiese vuestra confianza.

Yo agradezco, pues, mucho en nombre de la reina y del Gobierno y de la patria, en fin, esta manifestación que este sentido tiene y á ellos en mi cargo se dirige y ruego á todos que si en mis actos ven algún error, me lo digan, que estoy dispuesto á oír siempre los buenos consejos.

También me alegro de esta manifestación para que se sepa en el extranjero que este pueblo es amante sincero y decidido de la nacionalidad y para que se convenzan también los que en la manigua luchan, que no pueden contar con el apoyo de nadie. (Vivas y aplausos repetidos.)

Las comunicaciones entre Cuba y España.

A pesar de la interrupción de la línea terrestre que une la Habana con Batabanó, punto de amarre del cable de la compañía «Cuba submarina» que abarca el Sur de la isla, las comunicaciones entre la isla de Cuba y España existen:

1.º De la Habana por la Florida y las líneas terrestres americanas y por los cables trasatlánticos de Nueva York á Inglaterra.

2.º De Santiago de Cuba por Cabo Haití, Pinheiro, Pernambuco, Cádiz, por los cables de la «Compañía francesa de cables telegráficos» y por los de la «South American C.ª». Esta última vía es más costosa, pero creemos saber que el Gobierno está en vías de conseguir una rebaja de precio.

La interrupción de los cables de la «West India Panamá Telegraph Company» entre Santiago de Cuba y Jamáica, ó bien entre este punto y Puerto Rico, de existir, en nada afecta á las comunicaciones entre Cuba y España.

Sin embargo, la interrupción de las comunicaciones entre la Habana y Batabanó tiene el gravísimo inconveniente de aislar la Habana del resto de la isla y por consiguiente el de dejar completamente aislado al general Martínez Campos.

La táctica de Máximo Gómez.

En el Estado Mayor general de Gómez figura un exoficial de caballe-

ría del ejército inglés, Mr. Stuart. De una carta suya, recibida en New York y publicada por el *World*, tomamos los siguientes párrafos:

«Más ó menos, combatimos todos los días; pero seguimos adelante, á despecho de las columnas españolas que se nos oponen.

Ayer tropezamos con una extensa línea de tropas, que se aprestaban á cerrarnos el paso en un valle estrecho que íbamos á cruzar. Inmediatamente la columna hizo alto fuera de la vista del enemigo. Por el ala izquierda adelantamos hacia los españoles algunos caballos y peones; la tropa se concentró en seguida y rompió el fuego contra nosotros, que lo sosteníamos de lejos y retrocediendo.

Entretanto, el grueso de los nuestros doblaba hacia la derecha; se alejaba del teatro de la acción sin preocuparse de nosotros, y á algunos kilómetros volvía á doblar hacia la izquierda, siguiendo la marcha con toda tranquilidad en la dirección constante á Occidente. Nosotros tuvimos algunas bajas, y al anochecer desaparecimos de la vista de los españoles, descansamos un rato, y antes de amanecer nos incorporamos á Gómez. Así hacemos siempre: combatiendo lo menos posible, pues, como dice Gómez, los muertos no pueden disparar fusiles.

A poca distancia de nosotros, Maceo practicaba una maniobra semejante con el mismo éxito.»



Declaraciones del general Marín.

Un periodista ha celebrado una conferencia con el general Marín, y de ella sacamos los siguientes párrafos:

«Estima el general que los partidos y ciertos elementos de opinión no han podido sustraerse á ciertas exageraciones al juzgar la conducta del general Martínez Campos.

Merece el capitán general relevado, por sus antecedentes, su prestigio y su conducta, los mayores respetos, y así lo expuse al recibir el mando de sus manos.

Hasta ahora, por fortuna, no ha habido que lamentar ningún fracaso en los combates: el enemigo huyó ó fué batido siempre.

Confío en que empeñando en ello toda mi buena voluntad, alcanzarán éxito mis gestiones, encaminadas hoy principalmente á lograr cuanto antes la unión definitiva y sincera de todos los buenos españoles, cuyo concurso tanto importa á quien haya de ejercer las funciones que interinamente desempeño.

No creo conveniente una política de violencias, y mucho menos de crueldades, impropia del carácter nacional y del espíritu de nuestro ejército; pero consagraré especial cuidado á fortificar los medios de vi-

gilancia contra el espionaje del enemigo y la infidencia de los simpatizadores ó agentes de la rebeldía.

Tanto en los campos como en las ciudades tendré abierta la puerta de la clemencia á los que se presenten acogiéndose á indulto, pues por este medio se evita la mayor prolongación de la guerra.

Extenderé á otras provincias las medidas que puse en práctica en Las Villas sobre organización de destacamentos y columnas, y espero lograr, como allí lo conseguí, tener siempre exploradores sobre el enemigo, que permitan conocer á todas horas su fuerza y situación.

Por virtud de la requisa que he realizado ya en Las Villas y en Matanzas, contaré desde luego con 2,000 caballos más para perseguir á los rebeldes.

Terminó el general sus manifestaciones haciendo notar el carácter odioso de una insurrección á la que enagena las simpatías de toda conciencia honrada el tener por sistema el asesinato y el incendio á todo lo que se sospecha siquiera que es español ó puede prestar servicio á las tropas.»

Se ha dicho también que el general Gamir fallecido recientemente en la isla de Puerto Rico había aconsejado al general Martínez Campos que no fuera á Cuba, porque su política de paz y de templanza solo era buena para cuando, vencida la insurrección, fuera necesario restablecer la normalidad política, borrando el pasado y cimentando la concordia entre amigos y enemigos.

El general Gamir creía que entonces era cuando el general Martínez Campos debía ir á Cuba, y antes de morir ha tenido tiempo de ver realizadas sus profecías.

* * *

En una carta de Santa Cruz del Sur (Puerto Príncipe), se dice que hace ya una semana reina en aquella parte de la isla completa tranquilidad, no oyéndose tiros ni ocurriendo sucesos de importancia, excepto la desaparición del ingeniero del ferrocarril don Domingo Delmonte, quien habiendo salido el día 26, á las tres de la tarde, á medir la curva de la línea, fué sorprendido por unos cuatro ó cinco insurrectos que se apoderaron de él, internándose en la manigua, sin que todavía se haya vuelto á saber de dicho señor.

Como en todos los correos, en el que saldrá de Santander, se envían á Cuba cinco millones de pesetas, para atenciones de la campaña.

También irán fondos para el canje de moneda en Puerto Rico.

Juicios de la prensa extranjera.

Le Matin publica un artículo inspirado en sentimientos de viva simpatía hacia España.

Admira el valor y el entusiasmo heroico de los españoles, que nunca se rinden á la adversidad, y pondera el carácter nobilísimo de la vieja sangre latina.

Elogia calurosamente al ejército español, que sufre con verdadero estoicismo las cruentas penalidades de la guerra.

Compara al general Martínez Campos con el conde de Fuentes, y añade que el exgeneral en jefe verá seguramente sin amargura á otro caudillo más afortunado realizar y conseguir la victoria preparada por él.

Le Temps, al dar cuenta de la substitución del general Martínez Campos, dice que el acuerdo del Gobierno ha sido bien acogido por la opinión y la mayoría de la prensa, y que casi todos los españoles participan de la opinión de los partidos conservadores cubanos, que desean una represión más vigorosa y una política menos clemente.

El *Journal des Debats* afirma que la substitución del general Martínez Campos se debe más que á dissentimientos con los partidos de Cuba, á la marcha de la campaña.

El *Times* se limita á dar la noticia en un telegrama.

Una española patriota.

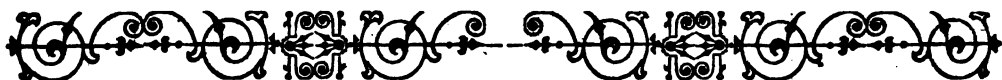


Comandante Boccosae.

Las Novedades de Nueva York publica el siguiente suelto:

«Se encuentra en esta ciudad y se embarcará para la Habana, la señora doña Concepción Camacho de Morales, dama granadina, que á los dones de una gran belleza física y de una sólida instrucción, une el más fervoroso entusiasmo para España.

Esta señora no puede considerar el heroico espectáculo que proporcionan ciento y tantos mil españoles sacrificándose en Cuba en aras de la integridad nacional y la civilización, sin sentirse animada del inquebrantable deseo de aportar su concurso personal á la obra admirable; y ha resuelto hacerlo en la forma que le permite su tierna condición de mujer. Con este propósito, solicitó su ingreso en la Cruz Roja, ofreciéndose para atender á los heridos en campaña ó en los hospitales, según se le designe. La compasiva señora es tan animosa como patriótica, y nada le arredra: ni los peligros de la guerra, ni las asechanzas de un clima traidor al cual no está acostumbrada su naturaleza, puesto que nunca estuvo en Cuba.»



XX

LO QUE SE DICE



PERO, señor, ¿dónde están nuestras tropas?»

Y si esto dice el general Azcárraga, el ministro de la Guerra, ¿qué diremos nosotros, qué dirá el país? ¿Dónde están nuestras columnas, nuestros generales, nuestros soldados pundonorosos y valientes?

Ante tal gravísima pregunta, ante la exclamación espontánea y fundada del ministro español, ante la gravedad de la situación, ¿qué hará el señor Cánovas del Castillo? ¿Esperará á que Máximo Gómez lleque á poner sitio al palacio que está en la plaza de Armas de la Habana para tomar una decisión enérgica? ¿Qué pretende el actual Gobierno? ¿Aplicar el remedio cuando el mal sea irremediable? ¿No revisten aun gravedad bastante las noticias de la guerra?

La capital de la Isla incomunicada y casi sitiada por los sublevados, ¿no indica ya el colmo de la desgracia por parte del general en jefe? ¿Cuál es el papel á que se han relegado nuestras columnas?

El telégrafo nos lo dice: mandarlas con actividad tardía á los pueblos atacados, saqueados é incendiados por los separatistas, después que éstos han desarmado á nuestros destacamentos. Esta es la triste realidad.

Jamás dudaremos de la pericia de los jefes de nuestras columnas;

jamás dudaremos del heroico valor de nuestros soldados; pero dada la preponderancia que se ha permitido tomar la insurrección cubana, véase claramente que para contener su impulso falta una cabeza organizadora; un hombre que, inspirándose en los deseos de la nación ataje con mano de hierro tanta calamidad, tanta desdicha; pues hoy por hoy, ni nuestros bravos generales proceden con acierto, ni nuestros valientes soldados consiguen el fruto merecido á sus privaciones y esfuerzos.

Y no somos nosotros, es el general Azcárraga el que dice: ¿dónde están nuestros soldados?

¿Dónde, donde están aquellos inolitos guerrilleros nuestros que en la pasada guerra obligaron á los insurrectos á no abandonar las escondidas madrigueras de las montañas y de la manigua?

Gracias á la mala iniciativa, á la funesta táctica, á la torpe política seguida ahora, no brillan hoy como adquirieron renombre y fama ayer los Ariza, Sanfeliu, Montaner, Zurbano, Mattos y otros, que, al ser el terror de los separatistas fueron un timbre de gloria para la causa nuestra.

Debido á la política enérgica y sabia de los generales que combatieron la otra guerra, casi siempre funcionó el telégrafo con señalada regularidad; los trenes no interrumpieron su marcha; los ingenios, dadas raras excepciones, molieron la caña; los insurrectos merodeaban á muy respetable distancia de las poblaciones.

Ni un solo separatista armado penetró en el departamento Occidental. Vuelta Abajo, á pesar de la escasa fuerza que la guarnecía, jamás vió interrumpida su tranquilidad.

Hubo entonces insurrección, sí; y llegó á tomar incremento, pero siempre lució con toda su fuerza la preponderancia de nuestras armas. ¡Cuán distinto sucede ahora!

No cabe duda: los insurrectos son hoy dueños del campo. Apenas han llegado Máximo Gómez y Maceo á las jurisdicciones de la Habana y Pinar del Río, han salido del departamento Oriental, avanzando siempre, con pasmosa facilidad, nuevos refuerzos, que el país les proporciona, mandados por importantes cabecillas, que llegarán no cabe duda muy en breve á engrosar las fuerzas de sus secuaces que se enseñorean del departamento Occidental.

Negra, muy negra es la situación de Cuba. La de nuestros hermanos de allá es desesperada, porque muy pronto quizás, será irremediable.

«El general en jefe indica claramente que algunos voluntarios no estaban muy dispuestos á la lucha y que en algunos sitios parecía que simpatizaban con los insurrectos». Esto nos dicen hoy los conservadores. Nosotros hace tiempo que lo sabíamos, y por patriotismo lo llamamos.

Véase el siguiente párrafo de una carta fechada en Sancti Spiritus hace poco tiempo:

«La gente de pueblos enteros se va con los rebeldes, ya sin distinción de peninsulares é insulares, convencidos que la funesta política de benevolencia de Martínez Campos dará desastrosos resultados. Partidas insurrectas existen en las que figuran muchos hijos de España, casi tantos como criollos. Esto va muy mal, y pronto, muy pronto veremos el desenlace, y no tendremos mas remedio que.....»

No copiamos más porque es demasiado grave lo que tendríamos que hacer público.

Verdad es que el Gobierno, conociendo ya la verdad terrible de tan tremenda situación nos deja saber que: «Un cabo entregó al enemigo el fuerte Vigía.» «Máximo Gómez ha quemado la estación de Beju-cal, atacando al pueblo.» «Los insurrectos incendiaron el tren de Cárdenas.» «Los separatistas han entrado en el pueblo de San Luis, á pocos kilómetros de la ciudad de Pinar del Río.» «Antonio Maceo atacó al pueblo de Viñales.» «Antonio Maceo marchó sobre Santiago.» «Los rebeldes son en número de 40 mil, y el general en jefe está apesadumbrado ante tal situación.»

Esta lista sería interminable; y no nos cabe duda que á la vista de tan desastrosas noticias, exclamaría el ministro de la Guerra:—«Pero señor, ¿dónde están nuestros soldados?»



José M.ª Alvarez.

Opiniones de la prensa militar.

Dice *El Ejército Español*.

«No fueron las armas las batidas por el enemigo; no es la frente de nuestros soldados la que se baja y cede ante el esfuerzo contrario; es la forma de ser empleadas esas armas y esos esfuerzos; es el uso hecho de las facultades omnímodas que la nación concedió á sus gobernantes; es el criterio falso, destruido por la abrumadora realidad de los hechos; y de todos esos cargos no puede declararse inmune el partido conservador.

Además, las circunstancias podrían agravarse más aún, podrían ser necesarias las Cámaras para autorizar soluciones graves que el proble-

ma de la guerra exigiere, y entonces ¿era tal vez de una crisis repentina, de una alarma inesperada, de una agitación pública que pusiera en grave riesgo altísimos intereses?

Este estado de cosas es imposible que subsista; estado perpetuo de amenaza al público sosiego; estado de intranquilidad continúa para los que allí tienen sus deudos; estado febril, peligroso y arriesgado, que puede terminar por una imposición de tal género que agravara más aún las circunstancias que nos afligen.»

De La Correspondencia Militar:

«El patriotismo nos une á todos en un deseo común, en el de salvar



Mariano Espejo Montero.



Antonio Prieto.

á Cuba de la desesperada situación en que se encuentra, saltando, si es preciso, por cima de toda clase de consideraciones hacia quien mereció en otro tiempo la gratitud de España, y al que hoy, eclipsada su estrella, queremos ver retirado á su hogar con derecho al respeto de los españoles.

Con la vista en Cuba, el pensamiento en la patria y la esperanza en el Dios de los éxitos, aguardamos impacientes el desenlace de los acontecimientos que tan complicados se presentan en la campaña de Cuba.»

El Correo Militar.

«Es un hecho, por desgracia cierto, que el desarrollo adquirido por

la insurrección de Cuba plantea un problema militar y político, en que la opinión comienza á manifestarse en forma amenazadora.

Errores pasados, que no es este el momento de señalar, nos han traído á la actual situación en que *todo, todo* peligra.

Los sacrificios en hombres y dinero que la nación lleva hechos, aparecen inútiles; el alcance de nuestras armas, ineficaz, el valor de nuestros soldados obscurecido en gloriosos, pero siempre pequeños encuentros.

Cuando todo peligra en pueblos al parecer dejados de la mano de Dios, inútil es el intento de convencer á los hombres que lo forman de que sólo uniéndose en apretado haz y encaminando sus energías á un mismo fin, se salvan todos los obstáculos y se conjuran todos los peligros.

Esto no lo entienden ni lo entenderán jamás y á la ola que amenaza y al vendabal que se aproxima, opone cada cual una piedra sin enlace con la inmediata, ó frágil tabla sin conveniente trabazón que le preste solidez.

Únicamente el ejército, cuyos lazos de unión son fuertísimos, presenta suficiente resistencia para contener la ola y oponerse al vendabal.

Únicamente el ejército, que tiene conciencia de sus deberes y en aras de ellos viene realizando heroico sacrificio, puede salvar lo que en peligro aparezca.

Únicamente la disciplina del ejército, su valor, su entusiasmo, su fe, es lo que no peligra hoy en esta nación desdichada.

* * *

Recompensas.

La reina ha aprobado las siguientes propuestas de recompensas:

Acción de las Minas de Binent y Lomas de la Magdalena:

Empleo de capitán al teniente de infantería don Santiago Cullen Verdugo.

Cruz de María Cristina al teniente don Joaquín Gutiérrez Alegre.

Empleo de segundo teniente de la reserva retribuida al sargento don Félix Puig Areste.

Ataque y toma del campamento de la Gran Piedra:

Cruz del Mérito Militar pensionada al capitán don Jerónimo García García.

Cruz de María Cristina al teniente don Federico Aguirre Abreu.

Cruz del Mérito Militar, sin pensión, al capitán de la guardia civil don Francisco Martí Aramburo.

Acción del Sateadero de la Guásima:

Cruz de María Cristina al teniente don Juan de la Maza Cárdenas.

Cruz del Mérito Militar, pensionada, al teniente don Francisco Rodríguez Criado, y sin pensión, al teniente don Martiniano Puig de Val Calzada.

Cruz roja de primera clase del Mérito Militar, pensionada, al capitán de infantería don Federico Pérez Jaramillo, por la acción de los Moscones.

Igual recompensa al segundo teniente de infantería don Ricardo Sesma Fernández, por la de Colonia del Cura.

Cruz roja de primera clase del Mérito Militar, sin pensión, al capitán primer teniente de infantería don Bernardino Hernández Herdez y don Emilio Ruiz Varona, por la acción de San Francisco del Purial.

Id. id. al capitán de la guardia civil don Guillermo Castaños Pradell y al primer teniente de caballería don Joaquín Crispi de Valdaura, por la acción de Caibaguan (Macoguato).

Cruz roja de primera clase del Mérito Militar al teniente de la guardia civil don Matías Díaz Huidobro, por la persecución y captura de cinco criminales.

Id. id. al del mismo empleo y cuerpo don Emeterio Enriquez Tomé, por la acción de Realengi y captura del cabecilla Mújica.

La misma cruz al primero y segundo teniente de la guerrilla local de Campechuela, don Gregorio Blanco y don José Moreno Beltrán, por la defensa del poblado de aquel nombre.

Cruz roja de primera clase á los primeros tenientes de la guerrilla local del Camagüey don José Maceira y don José Andrade Chinchilla, y el empleo de segundo teniente de la escala de reserva al sargento de infantería don Miguel Serrano Aranda, por la defensa de un convoy desde Puerto-Príncipe á Libanien, Cascerro y Guarimaro.

Cruz roja de primera clase al primer teniente de la guardia civil don Mateo Bruguera Taulet, y la misma cruz, pensionada, al del propio empleo de caballería don Antonio Ruiz Ruiz, por los encuentros de Rojas y Lomas de Managuitas.

Cruz de primera clase, pensionada, al maquinista don Gil Gil Mora, por su comportamiento y herida recibida al ser atacada por los insurrectos la locomotora que dirigía.

Concediendo la cruz roja de primera clase del Mérito Militar al capitán de infantería don Federico Pérez Jaramillo y al segundo teniente de la misma arma don Ricardo Sesma Fernández, por la acción de Colonia del Cura.

Idem la cruz roja de primera clase del Mérito Militar, sin pensión, al capitán y primer teniente de infantería don Bernardino Hernández y Hernández y don Emilio Ruiz Varona, por la acción de San Francisco del Purial.

Idem idem al capitán de la guardia civil don Guillermo Castaños, y al primer teniente de infantería don Joaquín Crespo de Valldanza.

Idem la cruz roja de primera clase del Mérito Militar al primer teniente de la guardia civil don Matías Díaz Guedebro, por la persecución y captura de cinco criminales.

Idem idem al del mismo empleo y cuerpo don Enrique Torre, por la acción de Realengi y captura del cabecilla Múgica.

Idem idem á los primeros tenientes de la guerrilla local del Camagüey don Luis García Macena y don José Andrade Chinchilla, y para el empleo de segundo teniente de la escala de reserva al sargento de infantería don Miguel Serrano Estrada, por la defensa de un convoy desde Puerto Príncipe á Sihamen-Coscorro-Guasimaro.

Idem cruz roja de primera clase del Mérito Militar al maquinista don Gil Gil y Mora por su comportamiento y herida recibida al ser atacada por los insurrectos la locomotora que dirigía.

Opinión del almirante Fournier.

El almirante Fournier, actual director de la Escuela superior de Marina, de la República francesa, estuvo hace poco tiempo mandando la escuadra francesa de las Antillas y visitó la Habana, donde fué muy agasajado, lo mismo que los marinos que estaban á sus órdenes.

El almirante Fournier es hombre observador y se dedicó á estudiar la situación política de Cuba para poder formar juicio personal é informar perfectamente á su Gobierno.

He aquí lo más saliente del pensamiento de Fournier.

La insurrección — según el almirante—ofrece caracteres diversos, desde el simple descontento hasta la franca rebeldía; la oposición al Gobierno español es general en el país, pues ni siquiera el partido peninsular está satisfecho, porque no se ve apoyado.

España no es el enemigo común para todos, pero en cambio no es la verdadera madre patria para ninguno.

En la Habana, centro comercial é industrial de la isla, en todos los grados sociales se nota igual sentimiento; las vejaciones administrativas fueron tantas, que los lazos que unían á la colonia con la metrópoli se han relajado, y podrían llegar á romperse completamente si no se toman hábiles medidas y determinaciones salvadoras.

Compréndese la imposibilidad material de plantear las últimas reformas votadas por las Cortes; pero al mismo tiempo la campaña militar parece un juego de estira y afloja, y para que se llegue á la pacificación hay que adoptar medidas políticas de represión é imprimir la mayor energía á la campaña.

Por otra parte, la política colonial española no parece bien definida

en determinados puntos, y la situación financiera de la isla de Cuba será un peligro gravísimo para un porvenir no lejano, sobre todo si por medio de un esfuerzo gigantesco no termina pronto el estado de guerra en aquel hermoso país.

Los impuestos crecen de día en día, la miseria es grande, el comercio y la industria están paralizados y la agricultura muerta. Eso es lo que se ve en Cuba.

Pormenores del ataque de Bejucal.

He aquí algunos pormenores del ataque de Bejucal.



General Gómez.

«Había allí 50 soldados del regimiento de Asturias, 25 de San Quintín y 30 voluntarios.

Mandaban esta fuerza el capitán Serrano y el teniente don Augusto Alvarez de Toledo.

Estableciéronse destacamentos en la Casa Ayuntamiento, la cárcel y la casa cuartel de la guardia civil, edificios situados todos en la plaza de armas del pueblo.

Al llegar Máximo Gómez, hizo la acostumbrada intimación á las tropas para que se rindieran, siendo contestado con el mayor desprecio. En vista de esta contestación, Gómez, con la mayor parte de los suyos, entró en la expresada plaza de armas.

El señor Alvarez de Toledo, con unos cuantos de sus soldados que guarneceían la cárcel, salió fuera del edificio, y armado de un fusil y rodilla en tierra, inició un vivo fuego. El capitán Serrano, con los soldados y voluntarios que defendían la casa cuartel de la guardia civil y el Ayuntamiento, rechazó varios ataques de los rebeldes.

Durante la pelea, y mientras la mayor parte de los rebeldes combatían en la plaza de armas, un grupo numeroso de insurrectos atacó el fortín de la estación del ferrocarril, defendido por ocho soldados, é incendió algunas casas.

Cuando este grupo de rebeldes atacaba el fortín, llegó á la estación un tren.

Hiciéronle detenerse y rociaron de petróleo los vagones, y cuando estuvieron ardiendo abrieron el regulador de la máquina y lanzaron el tren á toda velocidad.

La rapidez de la marcha de aquel tren disparado, aumentó el incendio de los vagones.

A las cuatro horas de empezado el ataque, llegó el general Linares con su columna, y en cuanto ésta empezó el fuego huyeron los insurrectos.

Linares, después de dar descanso á las tropas, salió en persecución de Máximo Gómez.

Las casas quemadas son 30, casi todas ellas de tabla y guano, porque las de mampostería están en el centro de Bejucal, á donde no pudo llegar el enemigo.

El celador, señor Cuadrado, confundido en un grupo, disparó su fusil apuntando á Máximo Gómez, y no le dió porque se interpuso el secretario del generalísimo, el cual cayó muerto en el acto.»



NEGRURAS DE LA GUERRA



EL triste cuadro que Cuba ofrece á medida que la guerra se extiende y la desolación siembra el pánico está perfectamente demostrado, por la relación de los habitantes.

La inquietud, la desconfianza, el pánico de los pueblecillos del campo ante la amenaza constante de los insurrectos, puede apreciarse por la medida del estado de alarma en que va estando la Habana en los últimos días, ante la proximidad de Máximo Gómez y Maceo.

Capital la Habana con guarnición veterana que refuerzan en caso preciso las huestes de voluntarios; defendida sólidamente y con espíritu unánime de hostilidad al desenfreno revolucionario, es inaccesible á todo intento de invasión. Empero, el temor ha podido roer en el ánimo de sus habitantes, que ven con ojos asombrados la marcha abierta de los rebeldes desde los montes inexpugnables de Oriente hasta los llanos peligrosos de Occidente.

Motivo esto de fracaso real ó aparente en las disposiciones militares, es el hecho que ha dado al espíritu público, de suyo impresionable, motivos para recelar y temer. Por fortuna, hasta hoy, ni agresión hubo, ni siquiera algarada habrá de ocurrir.

A la natural zozobra de las gentes, que conocen, aparte la misión devastadora de los insurrectos, cuyo paso se marca primero por una

corriente de fuego y después por un cauce negro de desolación y ruina, ha venido á unirse, para provocar con mayor intensidad la alarma, la precipitación en los medios de precaver el peligro. Esas funciones aparatosas de defensa son un contrasentido en los momentos de inquietud, porque avisan ó aseguran la probabilidad temida. Más saludable es el estar de antemano prevenido contra toda contingencia. Y si no fuera bastante la adopción de urgentes medidas para ponernos á resguardo del enemigo, un bando del comandante general del distrito nos previene ya sobre la posibilidad inminente de tenerlo en las calles de la capital ó punto menos.

La consecuencia en el movimiento urbano es fácilmente comprensible; la paralización y el retraimiento llega á todas las esferas, y por la noche véanse desiertos aquellos sitios que eran más frecuentados. Hasta los teatros han clausurado sus puertas temporalmente. La Habana es otra; ha perdido su animación característica en esa época del año, en que los hombres echaban á rodar los primeros productos de la zafra, y las mujeres aparecían en todas partes haciendo derroche de su hermosura y su elegancia.

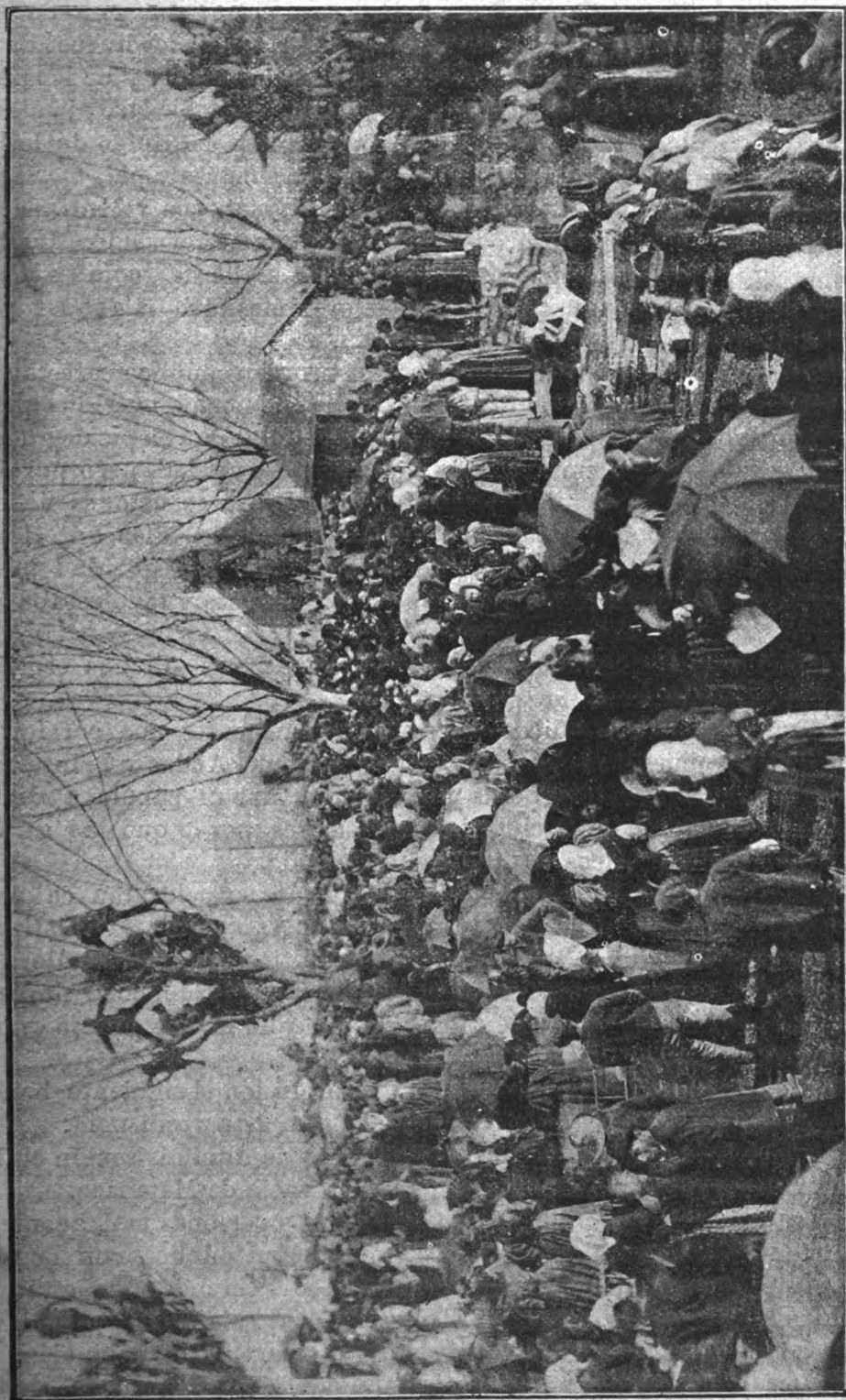
Ahora los hombres invierten el tiempo en hacer calendarios sobre la guerra, único tema en la oficina, la redacción, el establecimiento y el corrillo; y las mujeres, á falta de más propio sitio, van á lucir sus trapos á las iglesias.

Hasta el corazón de la ciudad llega el eco cercano de los horrores de la guerra; refléjase en todos los semblantes la ansiedad, y los más asustadizos creen oír en cualquier ruido los cinco cañonazos de ordenanza, con que el castillo del Príncipe ha de decir á los pacíficos habaneros: ¡Ahí están!

No ha desaparecido la alarma, pero se ha logrado, aunque á última hora, precavernos contra todo asalto. La población se halla circunvalada por fortalezas de primer orden que se hallan hoy bien apertrechadas. El Morro es el primer centinela que extiende la luz de su faro por el Norte; le sigue la Cabaña, que deja un corto trecho hasta el castillo de Atares; se salta luego al del Príncipe por el Oeste, y se viene después á



Francisco Carrillo.



Vigo: misa de campaña celebrada antes del embarque del batallón de Murcia.

las baterías de Santa Clara y de la Reina, para cerrar el círculo de piedra en el castillo de la Punta, fronterizo al Morro. Por los huecos de los bastidores asoman las fortalezas las bocas de sus cañones, y en los parapetos antes solitarios, se pasean hoy las guardias redobladas, ojo alerta.

Naturalmente la inquietud ha sido mayor en las cercanías de la Habana, y á ellas se ha acudido con hombres, municiones y piezas. Se han colocado baterías volantes en los pueblos de Guanabacoa y Marianao, y en los barrios del Cerro, Jesús del Monte, las Puentes, Vedado, Luyanó y la Vívora, llevándose poderosos refuerzos de artillería, como avanzadas de defensa, á los ayuntamientos más próximos del Calabazar y el Cano.

Los cuerpos de voluntarios, bomberos y orden público prestan en mayor número los contingentes de vigilancia; de noche, nutridas partidas recorren á caballo el litoral; la Habana, en fin, está en pie de guerra.

Ya podemos estar tranquilos; tarde ha sido en verdad, pero por ello debe ser más profunda nuestra satisfacción. Las precauciones últimamente adoptadas compensánnos de la angustia de los días anteriores, cuando el enemigo tocaba casi á nuestras puertas y la seguridad pública estaba amenazada; cuando el riesgo era inminente y todo estaba por hacer.»

En Matanzas ocurre igual; véase sino lo que desde allí nos escriben con fecha 23 de Enero.

«Ayer por la tarde—dice—las noticias alarmantes que corrían de boca en boca, pues aun se ignoraba el combate del Audaz y la interrupción de las líneas ferrocarrileras y telegráficas daban pábulo á dichas noticias, causaron en esta ciudad serios temores, por lo que las autoridades tomaron enérgicas medidas de precaución.

En Palacio y en las entradas de la población, se colocaron cañones, destacándose fuertes grupos de voluntarios, fuerzas de María Cristina y los artilleros llegados de la Habana en todos sitios por donde pudiera intentarse un ataque á la ciudad, que recorrieron toda la noche numerosas patrullas de voluntarios de caballería, guardia civil y policía gubernativa y municipal.

A las ocho de la noche se repartió con profusión el siguiente bando, que fué cumplido por el pueblo con la más completa obediencia:

«Don Adolfo Porset é Iriarte, jefe superior de Administración civil y gobernador de la región Central y de la provincia de Matanzas.

Hago saber que en previsión de que algunas personas mal aconsejadas pudieran esta noche perturbar la tranquilidad pública con ocasión de la festividad de mañana, ó que otros dando á entender que están en connivencias con enemigos del orden extraños á esta ciudad, pudieran buscar pretexto en la misma festividad para alarmar la población, he dispuesto que los vecinos de esta capital permanezcan en sus casas esta

noche desde las diez de la misma, con el fin de garantizarles mejor la tranquilidad que espero no ha de alterarse.

Si alguno por causa de enfermedad ó por alguna otra de importancia, tuviera que salir de su domicilio, se parará en la puerta de él hasta que pase la primera fuerza armada, á quien dará conocimiento para que le acompañe ó disponga lo que sea del caso, en la inteligencia de que la falta de cumplimiento de esta orden causará la detención de quien la cometa, con lo más á que haya lugar.—Matanzas 24 de diciembre 1895.—El gobernador regional, *Adolfo Porset*.

Se trató de armar los vecinos conocidos para que en un caso de necesidad defendieran sus casas; pero luego se desistió de ello por no creerlo necesario.

Las guardias fueron todas duplicadas, y se establecieron nuevas en el Banco, en la Audiencia, la Planta Eléctrica, la fábrica del gas, el puente de San Luis, el Mercado y otros puntos.

Tanto el gobernador militar interino coronel López de Haro, como el gobernador regional señor Porset, los jefes y oficiales de María Cristina y todas las autoridades, estuvieron toda la noche atentos á cuanto ocurría y dispuestos á acudir á todas partes.

En la Estación de los bomberos estuvieron sus jefes, alistándose un nuevo carro ambulancia y teniéndose preparado todo el material y 50 bomberos.

* * *

Algunos irlandeses trabajan á favor de los separatistas cubanos.

El corresponsal del *Independiente* de Dublín en Londres telegrafía á su periódico, que al abrirse la nueva legislatura en el Parlamento británico, presentará una moción á la Cámara de los Comunes el diputado Mr. O'Kelly, para que se concedan los derechos de la beligerancia á los insurrectos cubanos.

Mr. O'Kelly está relacionado con los jefes de la insurrección en Cuba, y fué recientemente al ministerio de Negocios Extranjeros para gestionar la libertad de algunos caballeros cubanos (*Cuban Gentlemen*) arrestados por las autoridades británicas, alegando que con esa detención se ha contravenido á todas las leyes internacionales.

Se refiere á los filibusteros llevados á bordo de un cañonero inglés en Jamaica.

El corresponsal asegura que la moción de Mr. O'Kelly encontrará en el Parlamento «un apoyo general,» lo que es más que dudoso.

Hay que hacer constar la procedencia de la disparatada noticia del abandono de la isla de Cuba.

Fué la junta revolucionaria cubana la que fué al *New York Herald*

con la oficiosidad de que el presidente Claveland ha dado instrucciones al secretario de Estado Mr. Olney para que mande al ministro norteamericano en Madrid una «proposición amistosa á España» respecto á los asuntos cubanos.

El plan norteamericano—ó mejor filibustero—consiste en que España retire «á la primera oportunidad» sus tropas de Cuba y reconozca la absoluta independencia de la isla como República y acepte de Cuba un fondo de indemnización, garantizado por los Estados Unidos.

El departamento de Estado de Washington no ha confirmado nada de ello, como es natural.

El *New York Herald* concreta por su parte el valor de esa información en una nota, observando que para ese contrato se requieren dos contratantes. «¿Querrá España abandonar Cuba?»—se pregunta.

Y la respuesta es de que ningún testimonio ha habido que dé á entender tal propósito en España.

* *

Un francés propietario de un ingenio en Matanzas, que fué hecho prisionero por Máximo Gómez, el cual lo llevó en su compañía durante una semana dice que, las partidas de Gómez y Maceo caminaban siempre paralelas, cubiertos los flancos por guerrillas, de suerte que los ocho días de su permanencia, los gruesos de ambas columnas jamás tuvieron fuego, aún cuando las guerrillas de los flancos tropezasen con las tropas.

Calcula Mr. Laine que entre los dos cabecillas reunirán unos cuatro mil hombres bien armados, de los cuales cuatrocientos iban á pie; por supuesto, que sin nada de artillería, ni más impedimenta que algunos caballos cargados de municiones. Los insurrectos, de día, sólo se alimentaban mascando caña de azúcar; de noche mataban reses. Cuando entraban en algún poblado, costaba gran trabajo á los jefes impedir que los negros se emborrachasen con ron; así es, que ponían guardia en las tiendas donde se vendía.

Todas las noches se reunían Gómez y Maceo, y pasaban dos ó tres horas combinando sus planes. El cuartel general de Maceo era de negros y mulatos; el de Gómez de cubanos y extranjeros, gentes muy ilustradas y de buena educación. Con la partida de Gómez iba una especie de banda de música muy mala; pero que entusiasmaba á la gente tocando durante los altos que hacían de día.

Maceo—dice Mr. Laine—es taciturno y no se le ve nunca risueño; Gómez, en cambio, es comunicativo, y hasta le gusta echar una especie de discursos altisonantes sobre el porvenir de la República cubana, y el suyo propio; respecto á esto, se preocupa sobre todo de su fama de buen general. Manifestaba verdadera veneración por el general Martínez

Campos, y de los jefes de columna, al único que temía, y de cuya situación procuraba siempre estar enterado, era García Navarro.

Trabajos de los laborantes.

El Deber, periódico semanal que se publica en Nueva York y se titula órgano de los intereses generales de los países hispano americanos, siendo en realidad órgano de los laborantes y gran fomentador de la insurrección, publica la Exposición leída por el secretario de actas, don Gumersindo Rivas, en la asamblea general de puertorriqueños celebrada el día 22 de Diciembre último, en Chimeney Cornell Hall.

«El movimiento de independencia que se inicia en Puerto Rico—dice el citado secretario—cuyo directorio lo tenéis presente, y cuyo delegado general lo es el eminente patriota Dr. Betances; cuyo director efectivo lo es el honorable patriota Dr. Henna, honra y prez de nuestra colonia, con Terreforte, Besa y Figueroa, que representan la protesta eterna de la revolución y de la consecuencia, con Forrest, el sacrificio permanente en pro de los intereses de la patria, no es un movimiento aislado y sin fundamento, es el plan general de una campaña, escrito y madurado por los iniciadores de la independencia antillana.

El grito de guerra dado en Cuba el 24 de Febrero de este año, tenía que repercutir en Puerto Rico, y porque ha llegado la fecha marcada, no por una turba de aventureros, sino por un núcleo de patriotas íntegros y de representación, es que se os convoca hoy, á fin de daros cuenta general de todo lo hecho hasta la fecha.»

Después agrega que ha llegado el momento de actuar sobre Puerto Rico y que á eso se dirigen los trabajos del directorio revolucionario, que ha dispuesto lo siguiente:

«Movimiento de la campaña, bajo la hábil dirección de uno de los más esforzados luchadores de la libertad antillana, cuyo nombre se dará á conocer á la hora suprema del grito de guerra, con oficialidad valiente y aguerrida. Plan económico discreto, y sin responsabilidades para la República mañana, hábilmente dirigido por nuestro digno presidente el Dr. Henna. Solidaridad íntima y eterna con nuestra hermana Cuba, para arrastrar sus mismos accidentes de sacrificio ó de gloria.

Lucha de valor, de dignidad; sin la represalia brutal, con la fiebre del delirio en la pelea, pero con el reposo de la razón en las decisiones; con la patria por lema y la justicia por norma.

A estas horas recorren emisarios entendidos las diversas regiones de nuestra tierra, á salvo de responsabilidades y accidentes. Ellos nos dirán en breve, cual es el estado de las cosas.

Estamos en comunicaciones directas con aquellos patriotas íntegros,

que residentes en la colonia, son incapaces de la traición, pero aun suponiendo, y esto sería el colmo de lo ilógico y falta de sentido, que el pueblo riquenío no quisiera la guerra para la independencia, como es plan de solución terminante, como dije antes, y está decidido, allá irá la revolución con su honda abrasadora, á darles con la dignidad del ciudadano, la libertad patria; deséenla ó no un número de convencionalistas, por grande y poderoso que fuera. Recuérdese á este efecto el comienzo de la guerra de Cuba, y véasele ahora: ayer rechazada por la mayoría, hoy acogida por todo el pueblo cubano, sin distingos de posición ó de raza.»

Y termina con la siguiente amenaza:

«Puede el gobierno colonial tomar las medidas que crea convenientes; vigile sus puertos, refuerce su ejército, que con ello y sin ello, á la hora marcada, las expediciones, contando con la inspiración del que todo dirige desde regiones desconocidas, invadirán el suelo patrio al sacrosanto grito de ¡viva Puerto Rico independiente!»

Nuestro corresponsal en Bayamo, nos pinta con tristísimos colores los daños que allí ha causado la guerra.

Los potreros abandonados, las cercas cortadas por todos lados, el ganado huido, la crianza abandonada, los sitios teniendo que reconcentrarse en las poblaciones, abandonando sus fincas de cultivos menores, ha traído la ruina de los que tenían, algo, la miseria de los trabajadores, y todo por causa de los que creen que Cuba será feliz con la independencia, y para ello queman y destruyen lo que hay, valiéndose de la dinamita para volar, puentes, fábricas y todo lo que representa adelanto y cultura.

Como una de tantas muestras del entusiasmo y valor de nuestras tropas, refiere el corresponsal este episodio de la defensa de Ventas de Casanova, poblado que guarnecían 66 hombres, al mando del capitán Fernández.

Presentáronse los insurrectos de varias partidas en número de más de 1.000 hombres al mando de Rabí.

Querían lucirse estrenando armamento y un cañón Hotkis, que dicen procede de un reciente desembarco dirigido por Céspedes, y contaban para el triunfo con la ayuda de algunos americanos artilleros que con ellos venían.

Presentáronse con la algarabía y gritos propios de su táctica, disparando por diez y ocho veces su cañón con proyectiles de cuatro centímetros y botes de metralla, con tanto acierto, que diez y siete proyectiles dieron en el fuerte pasando el restante por encima de la cubierta.

El capitán contestó con certero y metódico fuego, causándoles bajas, y viendo la insistencia del enemigo, resolvió salir con alguna gente á castigarlos más cerca y ver si podía conquistarles la pieza. Todos los

soldados fueron voluntarios para esto, y tuvo que escoger solo 20, dejando al sargento con los 30 restantes en el fuerte, á quien exigió no se rindiesen y muriesen todos antes que dar esta alegría á los enemigos de España.

El capitán Fernández con los veinte hombres, salió del fuerte, tiroteó á los insurrectos, les hizo varios muertos y heridos, entre los primeros al americano que apuntaba, y dirigiéndose veloz con los soldados al punto donde estaba el cañón, no pudo apresarle porque un negro vigoroso y hercúleo lo cogió y en hombros lo llevó, pero sí se apoderó de la limonera sobre que estaba montado, y de los proyectiles que tenían para continuar los disparos.

La salida hizo que se retiraran los rebeldes desesperando de rendir á la corta guarnición del poblado.

Relato de un prisionero.

El guardia civil Pedro Márquez, que cayó prisionero de los insurrectos y logró evadirse, cuenta los siguientes detalles, que resultan curiosos:

«El campamento de los rebeldes en la Ciénaga de Zapata lo componían grandes chozajos de varas en tierra, cubiertas de guano de palma, mal contruidos. A uno de estos chozajos le llaman el Hospital, y en él tienen á sus heridos y enfermos. A otra pequeña choza le llaman la oficina en que despacha el titulado coronel Matagás.

En un lugar más alto de aquella isleta tienen siembras de plátanos (lo que por ahí llaman banados), y á la gente desarmada la ocupan en sembrar boniatos (tubérculos parecidos á la patata de Málaga). Matagás ordenó que el guardia prisionero fuese á tomar parte en estos trabajos, dirigidos por un negro, especie de mayoral; pero Lacret no lo consintió. En los días que estuvo en el campamento el guardia prisionero, sólo se alimentaban con carne de vaca asada sin sal, alimento que tomaban con gusto aquellos negros, pero que repugnaba al prisionero.

«En todo el tiempo que duró mi prisión en la Ciénaga—dice en una carta el guardia Márquez—no ví nunca que los insurrectos practicasen instrucción militar alguna. Todos los días, á media tarde, un titulado alférez formaba la fuerza armada de servicio, á la que distribuía en grupos de á cuatro ó cinco individuos con un cabo, que salían en distintas direcciones en servicio de exploración, y además, se nombraban guardias más numerosas, que se constituían en todas las entradas de la Ciénaga.

Por la noche amontonados en aquellos chozajos, hablaban ruidosamente de los sucesos de la guerra. De sus relatos resultaba siempre la afirmación de que en todos los encuentros que los rebeldes tenían con nuestras tropas salían aquéllos victoriosos. Aseguraban que el Gobierno

español, por la escasez de recursos que le quedaban en la Península, no podría sostener la guerra contra ellos, y daban por seguro el hecho de que antes de terminar el período de la seca lograrían el triunfo haciendo independiente á Cuba.

Después de estas afirmaciones decíanme que me darían un peso diario mientras durase la campaña y quinientos á su terminación si me afiliaba en sus partidas; beneficios que por igual gozarían todos los peninsulares que contribuyesen con su esfuerzo á combatir á España. Mi negativa les ponía furiosos, y volvían las amenazas de muerte. A la Ciénaga de Zapata le dan los insurrectos el nombre de «Cuba libre.»



Ruiz y Ruiz.

Derechos de los beligerantes.

Con el título «Belligerent Rights» se ha publicado un interesante trabajo en los Estados Unidos que ha producido un buen servicio á la causa española.

La primera parte del mismo está dedicada á hacer un cumplido elogio de la conducta de Mr. Cleveland, y criticar la de senadores, diputados, banqueros, y hasta sacerdotes, que abogan porque se conceda la beligerancia á los insurrectos

cubanos, haciendo uso del púlpito para propagar sus ideas.

Respecto al reconocimiento de la beligerancia, dice el articulista: «Los que pretenden que el Gobierno declare beligerantes á los insurrectos cubanos, ignoran que esta declaración no puede hacerla ningún Gobierno por simpatía, sino por derecho, y para esto es necesario que los rebeldes reúnan ciertas condiciones, impuestas por el derecho internacional. No debe confundirse la simpatía que tengamos por compañeros que sufren, con el deber; y el cumplimiento de éste se consigue satisfaciendo nuestras obligaciones con estricta justicia respecto á quien quiera que sea. El punto que hay que dilucidar es si los rebeldes están ya en condiciones de que se les pueda considerar como beligerantes, según las prescripciones del derecho internacional. Estas condiciones son:

- 1.ª Tener un ejército organizado y con buenos oficiales.
- 2.ª Contar con crédito para sostener el ejército, y un Gobierno regular en el territorio, sin necesidad de dedicarse al merodeo para su mantenimiento.

3.ª El Gobierno de la rebelión debe tener una residencia, donde los miembros que le compongan pueden ejercer sus funciones.

4.ª Deben ser dueños, por lo menos, de un puerto de mar y medios de comunicación con el mundo exterior. Cuando los rebeldes reúnan las citadas condiciones, será llegado el tiempo de reconocerlos como beligerantes, pero si les falta alguna de ellas, ninguna nación neutral puede reconocerles la beligerancia.

Dice luego que, careciendo los cubanos de esas condiciones, sería un insulto á España reconocerles la beligerancia, y el caso actual no es igual al de la guerra de sucesión, pues cuando Inglaterra, Francia y España reconocieron la beligerancia á la Confederación del Sur, ésta tenía un ejército regular y era dueña de tres ó cuatro puertos de mar, de la ciudad de Richmond y tenía á Virginia como capital.

Se extiende luego en consideraciones respecto al derecho internacional marítimo, y hace una calurosa defensa de España, diciendo que siempre ha sido una noble, brava y honrada nación para cumplir sus tratados, estipulaciones y contratos y para vindicar su honor en cualquier lugar que se ha necesitado.

Insiste en lo vergonzoso que es el que personas influyentes del país apoyen á los rebeldes, y critica los actos de salvajismo de éstos, desmintiendo que las tropas españolas los cometan.

Según noticias que recibimos de Nueva York, la publicación de ese documento, enviado á todas las personalidades importantes de los Estados Unidos, á la prensa de los mismos y á otros periódicos de Europa, produjo un efecto en contra del reconocimiento de la beligerancia y en favor de España.



Ricardo Leama y Fernández.



SIGUE LA GUERRA



ADA vez, los corresponsales pintan más negra la situación de la guerra.

Una carta que tenemos á la vista, deja comprender lo que aun ha de prolongarse.

El estado de incomunicación en que aquí vivimos—dice—nos ha hecho perder el hilo de los sucesos más culminantes de la guerra. De tarde en tarde llegan periódicos de la capital, y por ellos sabemos algo de lo que ocurre en los lugares que los rebeldes han tomado por teatro principal de sus hazañas.

Mis impresiones, expuestas en anteriores correspondencias, han tenido la triste fortuna del acierto; la guerra se ha extendido por el Occidente de la isla, infestando á las provincias de Matanzas, de la Habana y de Pinar del Río.

Yo sé que carezco de autoridad para hacer la crítica de estos sucesos, que tanto influyen en los intereses de la patria, pero séame permitido exponer algunas reflexiones sobre las cosas que con la guerra se relacionan, puedan ir formando juicio de ellas y se expliquen hasta cierto punto sucesos que de lejos parecen ó deben parecer incomprensibles.

Extrañanse muchas personas juiciosas de que por un territorio relativamente abierto y poblado, cruzado de vías férreas que facilitan las

comunicaciones y movimientos de tropas para que sean ocupados rápidamente los lugares estratégicos; de que por enmedio de fuertes y numerosas columnas del ejército, hayan-realizado, sin graves obstáculos, la salvaje irrupción que han llevado á cabo los rebeldes expedicionarios de Oriente en las provincias de Matanzas y de la Habana.

Sobre este hecho no he de cansar la atención á los lectores de esta carta; pero he de añadir que la *materia prima* de nuestro ejército, estos admirables soldados de la patria han puesto de su parte cuanto le han permitido sus resistencias físicas para oponerse á las hordas invasoras y á que éstas realizasen sus iníquos y salvajes propósitos de destruir el país. Lo que nuestros soldados han trabajado y trabajan píntalo gráfica y elocuentemente el siguiente fragmento que copio de una carta escrita por un distinguido jefe que forma parte de una columna de operaciones, mandada por uno de los muchos generales que aquí tenemos: «Acabamos de regresar á... después de varias jornadas penosísimas, en las que diariamente hemos almorzado y comido á la vez ya de noche; como esto siga nos quedamos sin columna, pues la tropa está la pobre que ya no puede más.»

Como se vé, la *materia prima* es todo bondad para que luzcan las inspiraciones del artífice.

Estos trabajos de nuestros soldados, estas jornadas penosísimas, estas operaciones de guerra hechas á rumbo incierto, marchando á pié incessantemente detrás de un enemigo fantasma, perfectamente montado, con remudas en todas las etapas, orientado con conocimiento exacto de la situación de sus perseguidores, resultan una lucha desventajosa para nosotros porque en realidad no combatimos con los enemigos de la patria, sino con los rigores de la naturaleza, que agotan la resistencia de nuestros soldados que no pueden realizar lo que en el orden físico es un imposible.

En todo estado de guerra es lícito producir un mal menor con objeto de evitar otros mayores, y ya es hora de que en esta tierra, que es tan rica en ganadería caballar, se apodere de este ramo de la riqueza nuestro ejército, privando á los rebeldes del secreto principal de sus medios de acción, colocando á la vez á nuestras tropas en condiciones de soportar los rigores de las marchas continuadas por un país en que no existen caminos transitables. Así se hizo en mucha parte de la pasada campaña. Y esto que me atrevo á señalar como una necesidad de la guerra lo estimo de la misma manera en lo que se refiere al ganado vacuno, y cuenta por lo que pudiere presumirse, que quien esto escribe tiene inscritas en los Registros de la Propiedad pecuaria buen número de cabezas de ganado.

Aquí, donde la anemia es el estado natural del individuo y la alimentación sana y sustanciosa la más imperiosa necesidad para la vida

del europeo, alimentase á nuestros soldados de tal manera que raya en lo mezquino, así en la calidad como en la cantidad de los alimentos. El exceso de fatigas y la falta de nutrición hacen de los soldados terreno abonado para la invasión de las fiebres, que tanto abundan en estos países tropicales, y de ahí el crecido número de bajas y pérdidas dolorosas en el ejército, de que es triste y elocuente muestra la pasada guerra de los diez años.

Los soldados, en sus marchas penosas, continuadas, atraviesan territorios llenos de reses vacunas, que son respetadas á pesar de los agujeros del hambre, para que detrás de ellos vengan nuestros enemigos, y no solo satisfagan sus necesidades, sino que destrocen y tiren con largueza lo que también constituye para ellos parte de lo que llamaremos el secreto de sus medios de campaña, porque aquellas reses son el alma-cén de su aprovisionamiento de boca. Y ¿no es absurdo y hasta monstruoso que nuestros soldados, á costa de su sangre y de sus vidas, guarden aquellas cosas y pasen hambre en beneficio exclusivo de nuestros enemigos? Los rebeldes en esta parte son más lógicos que nosotros. Con amenazas de muerte prohíben á los criadores de ganado vacuno la extracción de reses para el consumo de las poblaciones; es un medio de combatir alevosamente á nuestras tropas tratando de causar bajas por la extenuación de las fuerzas físicas. Claro es que en este punto podrá haber quién haga la siguiente pregunta: «¿Cómo encuentran apoyo los rebeldes en los campesinos á pesar de que se apoderan de sus ganados de manera violenta?» Pues por el fanatismo de las ideas, por la coincidencia de sentimientos; y cuando no existen estas causas, por las medidas de rigor que adoptan con todo el que se permita la más ligera censura ó el más leve indicio de infidelidad.

Yo entiendo que los jefes de columna deben tener órdenes rigurosas para que por encima de todas las cosas se alimenten debidamente las fuerzas de operaciones, sin que en una sola ocasión falte la carne en abundancia, con dinero ó sin él; que lo primero de todo sea la salud y el vigor de los defensores de la patria.

Los recursos militares de los rebeldes, relativamente á sus necesidades, parece ser que no les han escaseado, y esto indica la existencia de un continuo y bien montado servicio de relaciones con agentes del exterior, que los envían con regularidad. El poner término á este hecho sería, á mi juicio, el principio del fin de la rebelión.

En el terreno de las armas, en los encuentros y acciones que llamaremos serios, nuestras tropas, aunque hayan estado en notable inferioridad numérica, han vencido siempre, sosteniendo á grande altura el honor de sus banderas. Sobre esto no quiero yo exponer reflexiones propias; en ocasión y hechos idénticos dijo un general de nuestro ejército lo siguiente: «Pero si es verdad que en todas partes y en todas circunstancias

cias han sido batidos y dispersos, también es cierto que las batidas y derrotas que han sufrido no han producido, como debía suponerse, ni abatimiento ni desmoralización.

»Al día siguiente de una derrota se presentan imperturbables á sufrir otra. Como no tienen ideas del honor militar ni de la disciplina de los ejércitos, como su manera especial de combatir y las circunstancias ventajosas en que lo verifican no les obligan á hacer nunca grande resistencia, sus bajas son generalmente insignificantes, y las consecuencias de la pérdida de un combate están reducidas para ellos á una carrera más ó menos larga y á una dispersión más ó menos completa, durante la cual viven á su arbitrio y roban y merodean á su antojo.»

Otras muchas reflexiones podría exponer, relativas á este obscuro problema de la guerra en Cuba, si no temiese hacer este trabajo excesivamente extenso, cansando la paciencia de los lectores. No es que desista de hacerlo, sino que queda aplazado para otra ocasión.

De aquí, de la provincia de Santa Clara, nada ó muy poco he de decir relativo á la guerra. Las partidas rebeldes que llamaremos locales marcharon hacia Occidente, engrosando á las de Máximo Gómez y Maceo. De encuentros y acciones nada ha ocurrido aquí que sea digno de mención.

El general Marín, jefe del segundo cuerpo de ejército, salió de esta capital hace ya días á campaña, según avisé por el cable. Situó su cuartel general en Ciego Montero, pequeño poblado entre Cruces y Cartagena, términos municipales del partido judicial de Cienfuegos.

Allí estuvo algunos días al frente de varias columnas, en observación, esperando el paso de regreso de las partidas orientales, que se suponía venían en retirada, puesto que hicieron una contramarcha hacia el Sur del territorio de Matanzas, rebasando la línea de Santa Clara por las inmediaciones de La Ciénaga de Zapata, acampando en el Indio, hacia Yaguaramas, Cienfuegos, retrocediendo nuevamente hacia Occidente en dirección á la provincia de la Habana.

Asegúrase que el general Marín recibió órdenes del general en jefe para que avanzase hacia Colón, haciéndose allí cargo del mando militar de aquella zona, que por la orden general del ejército no corresponde al segundo cuerpo, sino á la comandancia general de la Habana. Sobre estos hechos circulan rumores relacionados con determinados jefes militares, de cuyos rumores ni quiero ni debo hacerme eco, no solo por la gravedad que entrañan, sino por la falta de comprobación respecto á su exactitud.

Lo que debía hacerse.

El Pueblo, diario de la Habana, se ocupa del movimiento de invasión de los insurrectos y dice con razón que debía haberse aislado el foco

revolucionario en la provincia de Santiago estableciendo una fuerte base de operaciones en la de Puerto Príncipe, que les impidiera recibir refuerzos del exterior; así se hubiera evitado que penetrara Gómez en el Camagüey, y hasta dado este caso, el jefe insurrecto no hubiera conseguido seguir adelante si la Trocha se hubiese utilizado como poderosa línea de defensa de Las Villas, como pasó en la otra guerra. Y no sólo se hicieron esa serie de desaciertos, sino que con la manía de fraccionar las fuerzas en pequeños destacamentos, táctica contraria á la de los insurrectos, no pudo evitarse la irrupción á la provincia de Matanzas.

Con el mapa á la vista se ve claramente la marcha seguida por los insurrectos:

«Súpase primero—dice el colega—que después de atravesar la Trocha del Júcaro á Morón, pasaban por Manacas, Arroyo Blanco—al Norte de Sancti-Spiritus—y que, entre Iguará y Tacuasco, sorprendían la pequeña fuerza del coronel Segura, con 3.000 hombres. Esta fué la primera ocasión de pensar seriamente en atajar el avance de Máximo Gómez, acumulando á su frente un crecido número de tropas. Pero como no se hizo así, continuaron su marcha las partidas mandadas por dicho cabecilla, pasando por Corojo, Pedro Barba, Pirindinga y Baez. Al llegar á este punto se dijo que se inclinaban hacia el Sur para internarse en la Sigüanea; especie inadmisible para todo el que sepa que en esta sierra no hay recursos de ninguna clase para la vida, ni existe mas camino de salida que el de entrada. Tal propósito, equivalía á un suicidio. La noticia, como era de presumir, resultó falsa y se pudo seguir de nuevo el derrotero de los orientales y camagüeyanos. Después de Baez aparecen en María Rodrigo, La Mandinga, Ojo de Agua, La Vija y Mal Tiempo donde el coronel Arizón trata de oponerse á su avance con un puñado de soldados. Si alguna duda quedaba—que no podía ni debía quedar ninguna—acerca de las intenciones del enemigo, el encuentro de Mal Tiempo despejaba por completo la situación.

Aquel fué, para todo hombre observador, el instante crítico de tomar una pronta y enérgica resolución, y esta no podía ser otra que traer por el Norte á Matanzas y por el Sur á Batabanó, todas las tropas que fuera posible para desplegarlas á vanguardia del adversario, en la línea Guamutas Colón Amarillas, mientras las columnas de Aldecoa, Suarez Valdés, Navarro y otras fuerzas de las Villas, ocupaban á la retaguardia de aquel, la línea Santo Domingo Ranchuelo Ojo de Agua, procurando vigilar las extremidades de las alas.

Desde el día 16 en que ocurrió la acción de Mal Tiempo, hasta el 22 en que se presentaron Maceo y Máximo Gómez junto á Colón, había tiempo bastante para, utilizando el cable y todos los medios de comunicación y de transporte, acumular delante y detrás del enemigo de quince á veinte mil hombres.

En tal situación un cambio de frente á vanguardia adelantando la línea del frente el ala izquierda y la de la espalda el ala derecha, habría bastado para precipitar los cinco mil invasores en la Ciénaga de Zapata, donde cerrada la salida por una doble línea de bayonetas y rodeada la costa de la Ciénaga de cañoneros, las huestes de Gómez y Maceo privadas de todo recurso habrían tenido que rendirse á discreción, como en el mes de Marzo tuvo que verificarlo la partida de Marrero.

Y á estas horas la zafra se estaría haciendo tranquilamente, la insurrección estaría herida de muerte y el general Campos habría sido pasado.

El mismo diario publica una serie de artículos en los que desarrolla un plan completo de reconquista de la isla de Cuba. La síntesis de dicho trabajo es que se necesitan 160.000 hombres efectivos de combate, y que teniendo en cuenta las bajas por enfermedad y combate, que estimamos en un 15 por 100 sean 24.000 en todas las operaciones, tenemos en conclusión que para reconquistar la isla de Cuba se necesita un ejército de 184.000 hombres.

También *El Pueblo* publica el número de refuerzos de caballería y el lugar que ocupan en la isla. Dan un total de 13.500 ginetes, que se descomponen en 48 escuadrones con 6.100 caballos, 30 guerrillas de 80 caballos y unos 5.000 voluntarios.

Con ello el colega se ha propuesto demostrar que no es cierto que faltara caballería para poder perseguir á las partidas montadas de Gómez y Maceo; pues desde la acción de Mal Tiempo hasta el día 7 del actual podía haber en Matanzas entre caballería, voluntarios, guerrillas y guardia civil 8.000 ginetes por lo menos, sin perjuicio de haber montado gran parte de la infantería en caballos de requisa.

¡Patria!

Si cada uno de nuestros refranes castellanos no fuese una de esas verdades indiscutibles, que pasan ya por axioma, cuando no por principio filosófico, bastarían aquellos cantares que inspiran al pueblo español la musa popular para dejar bien sentados estos principios y estas verdades indiscutibles.

Aquella seguidilla que ya se hizo célebre desde que apareció entonada por el pobre mendigo callejero, que dice:

El amor que te tengo
parece sombra,
cuanto más apartado
más cuerpo toma.
La ausencia es aire,
que apaga el fuego corto
y enciende el grande.

justifica nuestro aserto, y viene en apoyo de las opiniones emitidas.

Nunca se siente la idea de patria con más vehemencia que cuando se vive en extranjero suelo, ni responden nunca las fibras del sentimiento con más dulzura y espontaneidad que, cuando á través de las distancias, la vista fija en el cielo y el corazón en la patria, se recuerda el humilde terruño en donde vimos la luz primera; la triste aldea en donde nos acariciaron nuestros mayores; la solitaria habitación en donde comparamos con nuestros padres sus abrazos y sus besos: nunca se descubre el español con más respeto, con más veneración, que cuando ve ondear en tierra extranjera, la hermosa bandera roja y gualda, honra y orgullo de todas las banderas nacionales.

Así se comprende que, los españoles residentes en lejanas tierras, al sentir la guerra fratricida que conmueve á España, den el grito de alerta y se dispongan á enjugar las lágrimas en la forma más adecuada.



José Lapuya, segundo de Quintín Bandera.

La colonia española residente en San Juan Bautista de Tabasco secundando la patriótica idea de los españoles domiciliados en la capital de aquella República y por iniciativa del Vicecónsul en el Estado señor don Manuel Gabucio Maroto, se reunió en los salones del Círculo Mercantil, con el objeto de nombrar una Junta Directiva que se encargase de organizar los trabajos y reunir los fondos con que la colonia contribuiría para la campaña de Cuba española.

La Junta general, procedió á la votación de los miembros que habían

de integrar la Directiva y fueron electos por unanimidad:

Presidente, señor don José Barasorda.

Vicepresidente, señor don Román Mestas Romano.

Tesorero, señor don Manuel Gabucio Maroto.

Vocales, señores Manuel Suárez González, José Ferrer Oliver, Gabriel Rotger Gelabert.

Secretario, don Francisco Hervias.

El primer acuerdo fué el de comunicar á todos los compatriotas residentes en el Estado, la instalación de esta Junta, recomendando á la vez á los señores Jefes de casas, se sirvieran llenar la adjunta boleta con la relación de los españoles empleados en sus respectivos establecimientos, anotando en las mismas la cantidad con que cada uno quisiera contribuir para tan loable y patriótico fin.

Al poco tiempo, ya se habían recaudado cantidades crecidas como

JUNTA PATRIOTICA DE SAN JUAN BAUTISTA DE TABASCO (MÉXICO)



1. Don José Barasorda.—2. Don Ramón Mestas Romane.—3. Don Francisco Hervias.—4. Don Manuel Gabucio.
5. Don José Ferrer Oliver.—6. Don Manuel Suárez González.—7. Don Gabriel Rotger Gelabert.

prueba la siguiente lista de lo recaudado entre los españoles residentes en el Estado de Tabasco, para coadyuvar al proyecto iniciado por la Junta Patriótica Española de la capital de aquella República.

En San Juan Bautista.

Señores M. Berreteaga y C.^a, 200 duros; Romano y C.^a sucesores, 200; Bulnes hermanos sucesores, 200; M. Ripoll y C.^a, 150; don Manuel Gabucio, 100; don Francisco Hervías, 100; don Manuel Suárez G., 100; señores Pérez, Rotger y C.^a, 50; M. Suárez y hermano, 50; Posada y compañía, 50; don Juan Pardo, 50; don Román Mestas, 50; don Isidoro de Mucha, 50; don Gonzalo Ramos Alfonso, 50; señores Juan Pizá y compañía, 50; Trueba, Estados y C.^a, 50; don Justo Rozas, 50; don Nicolás Berazaluze, 25; señores Gutiérrez hermanos y C.^a, 25; don Félix Menendez y Ceballos, 25; don Ramiro Cuevas, 25; señora Josefa González de Bulnes, 25; don José Pagés, 25; don Mariano Prades, 25; don Francisco Rodríguez Trabanco, 25; don Gabriel Goas del Rio, 25; don Antonio de Teresa, 25; señores González Hermanos, 25; Pons, Pastor y C.^a, 25; Forteza y C.^a, 25; don Marcelino Cea, 25; don Agustín Escajadillo, 25; don José Miralda, 25; don Tomás Guerediaga, 25; don Juan Vidal Sánchez, 25; don Teodoro Abaunza, 25; don Vicente García, 25; señores Canals y Hervías, 20; don Nicasio S. Gómez, 15; don Rafael González Sordo, 15; don Juan Cué, 15; don Manuel Arana, 15; don Juan B. Artaza, 12; don Fernando S. Noriega, 12; don José Gómez Gabucio, 10; don Ramón González Vigo, 10; don Juan Ripoll, 10; don Juan Vicens y Ferrer, 10; don Juan Oliver, 10; Dos Mexicanas, 10; don Lúcio Arnabar, 10; don Enrique Bermudez, 10; don Zacarías Maestro, 10; don Epifanio Gutiérrez, 10; don Nicolás García, 10; don Gerardo Aparicio, 10; don José Merodio, 10; don Angel Bulnes, 10; don Manuel V. Bulnes, 10; don Antonio Morell, 10; don Antonio Goas, 10; don Francisco Rodríguez, 10; don Ramón Fernández, 10; don Víctor M. Mantilla, 10; señores Pastor y Villanueva, 10; don Eusebio Pagés, 10; don Diego González, 10; don Pablo Riera, 10; don Manuel Azuela, 10; don José Ventura Calderón, 10; don Francisco Albert, 8; don Saturnino Díaz, 5; don Antonio Valls, 5; don Cándido Vidal, 5; don Ramón Vicens, 5; don Baltazar Gutiérrez Quintana, 5; don Hilario Gutiérrez Quintana, 5; don Vicente López, 5; don Alejandro Menendez Ceballos, 5; don Mateo Bulnes, 5; don Manuel Bulnes, 5; don Pedro Vega, 5; don José Villanueva, 5; don Aurelio Cereijo, 5; don José Jener, 5; don Juan Torres Llileras, 5; don Cosme Pérez, 5; don Manuel Rodríguez, 5; don Victoriano Mingo, 5; don Carlos Prades, 5; don Pedro Rós, 5; don Márcos Merodio Sordo, 5; don Juan Pérez Guerra, 5; don Salvador Calvo, 5; don José Albuerne, 5; don Anastasio Garmendia, 5; don José M.^a Mantilla, 5; don Ramón

Bernot, 5; don José Mijares, 5; don Tomás Massot, 5; don Gregorio Herrero, 5; don Froilán Merino, 4; don Juan Mir, 3; don Jaime Estival, 3; don Antonio Vicens, 2; don Bartolomé Magraner, 2; don Juan Bosch, 2; don Gabriel Maeda Navarro, 2; don Samuel Castillo, 2; don Juan Labrador, 2; don Pablo Llovera, 2; don Juan Fuster Forteza, 2; don Juan Forteza Serra, 2; don Juan Forteza Piña, 2; don Pablo Jener Riera, 2; don Emilio Galindo, 2; don Francisco Ardines, 2; don Santiago Pérez Guerra, 2; don Antonio Canals, 2; don Emilio Fernández, 2; don Angel Pérez Olivares, 1; don Angel Sánchez, 1; don Salvador Jener, 1.

En Huimanguillo.

Don Rafael G. Villar, 100 duros; Dr. S. Garrido, 25; don José García Suárez, 10; don Segundo Rodríguez, 10; don Justo M. del Río, 8; don Domingo G. Villar, 5; don José Pérez, 5; don José Cuyar, 5; don Francisco Herrera, 5; doña Carmen C. Ruiz, 5; don Benito O. Martínez, 5; don José Inés Placeres, 5; don Juan Roselló, 2; don Matías Roselló, 1; don Angel Pérez, 1.

De Pichucalco.

Don Luis Pacheco Santisteban, 100 duros; don Isauro Morgadanes, 25; don Dionisio García, 20; don Wenceslao Calderón, 10; don Juan Villanueva, 5; don Vicente Ortiz García, 5; doña Dolores García, 5; don Rogelio García, 5; don Fermín García, 5; don Ramón Guerrero, 5; don Florentino D. Bustamante, 5; don Domingo Morgadanes, 5.

En Cunduacán.

Don Pablo Díaz Oramas, 50 duros; don Mateo Oramas, 20; don Cándido Fernández, 20; don Felipe Rodríguez, 15; don Juan Rodríguez, 10; don José Madon, 10; don Eladio S. de la Riva, 10; don Antonio Díaz González, 5; don Gabriel G. Mirabal, 5; don Domingo Madrazo, 2; Un Contribuyente, 5.

En Comalcalco.

Don Ramón Pulido Fernández, 30 duros; don Damián Ortiz, 10; don Antonio Rodríguez, 6; don Manuel Morán, 5; don Francisco García, 5; señores Villa Cantero Hermanos, 5; don Agustín Somellera, 5; don Paulino Pérez Tamés, 2; don Juan Bautista Ocharan, 2.

En Tenosique.

Don Dionisio Aguirre, 16 duros; don David Gutiérrez, 10; don Fernando V. Bulnes, 5; don Bernardino Rodríguez, 5; don Manuel Villanueva, 5; don Felipe Torres, 1; don Manuel Vega Díaz, 1.

En Paraíso.

Don Dionisio Aguirre, 5 duros; don Félix Ortega, 5.

En Jonuta.

Don León Díez, 2 duros; don Antonio D. Lara, 2; don Juan A. Lara, 1; don Julián Madrazo, 1.

En Cárdenas.

Varios españoles, 40 duros.—Total, 3.325 duros.

Gastado en certificados, portes de correo, papel para circulares, boletas de suscripción y telegramas, 14 duros.—Líquido producido 3.311 duros.

San Juan Bautista, Enero 9 de 1896.—José Barasorda, Presidente.—Román Mestas Romano, Vice presidente.—Manuel Gabucio Maroto, Tesorero.—Vocales: José Bulnes Villanueva, Manuel Suárez González, José Ferrer Oliver, Gabriel Rotger Gelabert.—Secretario, Francisco Hervias.

Véase pues con cuanta razón decimos que el amor patrio toma más cuerpo cuanto más apartado se encuentra el individuo del sitio en que nació, pues si bien en la Península no se han escatimado medios para contribuir al sostenimiento de las cargas de la guerra, los españoles residentes en apartadas regiones han hecho mas aun y mas oportunamente que cuanto hubieran podido en esta ocasión demostrar por estas tierras su acendrado patriotismo.

Por eso publicamos los retratos de los iniciadores de este movimiento de amor á la patria y esta crónica se honra consignándolo así, para que nada se escape de cuanto interese á la guerra fratricida á que nos han retado.

Y como no hay flor sin espinas, y el oficio de cronista nos obliga á narrar con exactitud lo bueno y lo malo, véase como contrastan con las hermosas manifestaciones de patriotismo de Tovasco, las que contra España se han realizado en Chile.

Un diario de allá nos lo refiere en los siguientes términos:

«Para anoche estaba anunciado en el teatro Municipal el concierto organizado por la Sociedad «Unión Americana» á beneficio de la Cruz Roja de Cuba.

Esta función fué suspendida por disposición de la Intendencia, como se verá por la nota que sigue:

«Intendencia de Santiago.—Núm. 275.—Santiago, 21 de Diciembre de 1895.—Habiendo vetado esta Intendencia el acuerdo de la ilustre Mu-

nicipalidad por el cual concede el teatro Municipal para un concierto que se celebrará esta noche á beneficio de la Cruz Roja de Cuba, proceda usted á notificar al administrador de aquel teatro, á fin de que suspenda la celebración del concierto, adoptando usted por su parte las medidas necesarias para que no se lleve á cabo esa función.

Dios guarde á usted.—*A. Zañartu F.*—Al señor prefecto de policía.»

El señor prefecto notificó al administrador del teatro Municipal la orden emanada de la Intendencia, y dispuso que la fuerza de policía que acude al teatro en las noches de función, no concurriera.

El administrador del teatro Municipal se puso al habla con el señor José Arce, alcalde municipal, para pedirle las órdenes del caso con respecto á la suspensión del concierto.

El señor Arce le ordenó que no entregara el teatro á la delegación de la «Sociedad Unión Americana», que lo había solicitado, para cumplir así lo dispuesto por la Intendencia.

Y en efecto, aquel empleado así lo hizo.

A las ocho de la noche comenzó á llegar al Municipal gran número de personas, las que se iban imponiendo de la suspensión del espectáculo y quedándose agrupadas en la plazuela, para protestar de la medida tomada por la autoridad.

Un cuarto de hora antes de las nueve aquel local se veía casi lleno por completo.

Varias personas hicieron uso de la palabra y un grupo se desprendió de la masa general para dirigirse á la casa del señor Osvaldo Renjifo, ministro del Interior, con el objeto de elevar su protesta por la disposición del ejecutivo.

Los otros grupos se dirigieron á la casa habitación del ministro de España en Chile, señor Salvador L. Guizarro, situada en la calle de la Catedral, esquina de Teatinos.

La muchedumbre recorrió las calles de Agustinas y Estado, costados de la plaza de la Independencia y calle de la Catedral.

Durante el trayecto se hicieron diversas manifestaciones de simpatía por Cuba.

Entre la numerosa concurrencia que había en los portales y en la plaza, causó la pasada de los manifestantes gran curiosidad y algún temor, porque se ignoraban los propósitos que persiguieran.

El oficial de policía señor Luis E. Concha, de guardia en el centro, cuando vió pasar la muchedumbre se dirigió á carrera á la 3.ª comisaría.

De ahí se envió fuerza armada de á caballo y de á pie, á la casa del ministro de España y se pidió más fuerzas á las otras comisarías.

De manera que cuando los manifestantes llegaron cerca del lugar de su destino, se encontraron con que la calle estaba bien resguardada.

Además de la presencia de la policía, hubo otra circunstancia que impidió que la muchedumbre se estacionara en aquel punto.

Cuando la mayor parte de ésta había llegado á la mitad de la cuadra comprendida entre las calles de Morandé y Teatinos, sonó un disparo de revólver que puso á todos en fuga en dirección á la plaza, quedando algunos grupos en la esquina de Morandé.

Nadie supo quién había hecho el disparo. La policía hizo las indagaciones del caso y redujo á prisión á un cochero del servicio público que estaba detenido con su carruaje en la calle de la Catedral y cerca del cual se oyó la detonación y se vió el fogonazo.

La fuerza armada comenzó á llegar de las diversas comisarías y los grupos se dispersaron rápidamente.

El subsecretario del ministerio del Interior, señor Luis Matta, y el prefecto de policía, señor Juan Manuel Cerda, entraron en la casa del señor ministro de España á fin de conferenciar sobre los sucesos que acababan de ocurrir.

El señor López Guijarro, que estaba acompañado del agregado militar de la Legación, señor José Domingo de Osma, recibió á los representantes de la autoridad, y el señor Escobar Solar y los otros caballeros expresaron al señor ministro que nada tenía que temer y que todos se hacían un deber en amparar y proteger su casa habitación contra cualquier atropello de la turba.

Cerca de las diez, los diversos grupos de los manifestantes se dirigieron á la plaza de la Independencia y de ahí al Círculo Español.

Un piquete de policiales montados, los siguió para impedir los desórdenes y logró disolverlos poco á poco.

En la puerta de la legación de España había un grupo de ciudadanos españoles, los cuales se portaron con suma prudencia, sin lanzar una palabra ni cometer acto alguno que pudiera herir á los manifestantes.

Con este mismo motivo se han pasado ayer á la Alcaldía las siguientes notas:

«Ministerio del Interior.—Núm....—Santiago, 21 de Diciembre 1895. Ha llegado á noticia de este ministerio, por las publicaciones de los diarios, que se piensa dar en el Teatro Municipal un concierto á beneficio de la Cruz Roja de Cuba, y como un acto semejante en un local que depende de la municipalidad pudiera interpretarse como una infracción de los deberes de estricta prescindencia que los funcionarios chilenos deben mantener en los sucesos que se desarrollan en la isla de Cuba, espero se sirva US. decirme si ese concierto se lleva á cabo con autorización de la corporación que US. representa, circunstancia que no me es posible aceptar que ocurra, dada la seguridad que US. mismo me ha dado antes de que tal cosa no tendría lugar.

Dios guarde á US.—O Renjifo.—Al señor alcalde municipal.»

«Intendencia de Santiago.—Núm. 274.—Santiago, 21 de Diciembre de 1895.—Por publicaciones en los diarios, tiene conocimiento esta Intendencia que debe celebrarse esta noche en el Teatro Municipal un concierto á beneficio de la Cruz Roja de Cuba, usando un permiso otorgado por la ilustre municipalidad. Como el acuerdo que le concede no ha sido comunicado á esta Intendencia, según lo dispone la carta fundamental, véome en el caso de vetarlo y suspender su ejecución, por cuanto él compromete el orden público, infringiendo los deberes de estricta prescindencia que incumbe en este caso observar á todos los funcionarios chilenos.

Dios guarde á US.—*A Zañartu F.*—Al señor primer alcalde de la ilustre municipalidad.»





XXIII

UNA DERROTA



AS noticias particulares añaden nuevos é interesantísimos pormenores á las que contiene el telegrama oficial sobre el importante hecho de armas realizado en la provincia de Pinar del Río.

El combate, que ha tenido lugar casi á las puertas de la capital de la provincia, reviste verdadera importancia, no solo por haberse librado contra el núcleo de las fuerzas que manda el cabecilla Antonio Maceo, sino por la vergonzosa derrota y las enormes pérdidas que han experimentado los rebeldes.

El hecho se verificó de la manera siguiente:

El coronel don Ulpiano Sánchez, con exígua parte de un batallón de Isabel la Católica, doscientos cuarenta soldados del de Baza y veinte guerrilleros locales, salió el 17 de la capital en busca del enemigo, que se encontraba á siete kilómetros del Sur de aquella capital en las llanuras de Tairanar, barrio rural agregado al término municipal de Pinar del Río.

Antonio Maceo, á la cabeza de más de dos mil caballos, con gran denuedo acometió briosamente á las fuerzas leales, y aunque los nuestros sostenían el combate esforzadamente, llegaron á verse en gravísimo apuro.

El coronel don Ulpiano Sánchez, que mandaba nuestra columna, tomó acertadas disposiciones para sostener sus posiciones, y al propio tiempo enviaba aviso á otra columna que sabía se hallaba cerca.

Esta, al mando del teniente coronel de Baza, señor San Martín, se componía de 100 hombres de este batallón y 190 de Isabel la Católica.

Llegó este auxilio en un momento supremo.

Maceo, favorecido por las condiciones del terreno, completamente llano, y en el que no se levanta ni una sola cerca, evolucionaba con facilidad; la caballería enemiga dió terribles acometidas á los nuestros, tratando de envolverlos é intimándoles la rendición.

Las tropas demostraron un valor á toda prueba, formando cuadros y acometiendo á la bayoneta con verdadero heroísmo.

Al fin el auxilio recibido desanimó á los insurrectos, que intentaron inútilmente un nuevo ataque.

Maceo vió decaer el espíritu de su gente y caer heridos á muchos ginetes por el fuego de nuestra infantería. Comprendiendo que era peligroso continuar la batalla, ordenó la retirada, que según informes fidedignos, fué bastante desordenada.

Es considerable el número de heridos retirados por los insurrectos; en el campo abandonaron treinta cadáveres, algunos caballos y armas.

En las filas del ejército hay también bastantes y sensibles bajas que lamentar: un oficial y tres soldados muertos, y otro oficial y veinte soldados heridos, algunos de ellos graves; son también bastantes los contusos.

Se sabe por confidencias seguras que el enemigo llevó más de doscientos heridos, entre ellos el cabecilla Roberto Bermúdez, que combatiendo en primera línea, recibió dos balazos.

Un prisionero ha comunicado interesantes detalles acerca de los pro-



Miguel del Campo Gómez.

pósitos de Maceo, que había abrigado la temeraria esperanza de apoderarse de la capital de la provincia.

La conducta de las tropas, objeto de unánimes elogios, se ve enaltecida en una orden del día laudatoria: el general Marín ha felicitado á los jefes.

La hoja de despedida.

La que circuló profusamente entre la multitud que ocupaba el muelle de la Habana al embarcarse de regreso á la península el general Martínez Campos, dice así, después del epígrafe dedicado á dicho general:

«Os váis sin miedo, sin tacha, como vencedor.

Los cubanos no ven la pretendida fatalidad de raza.

Os miran con veneración y con orgullo.

Os señalan propios y extraños como acabado modelo de nobleza y de hidalguía, timbres de nuestra patria España.

A pesar de la violencia con que se pretende desfigurarle todo por algunos rezagados en la marcha de los tiempos, en los hogares cubanos álzanse himnos de admiración, cariño y gratitud en honor vuestro.

Vuestro mando tendrá resonancia en el porvenir.

Los partidos pasan; la patria es inmortal.

Porque así lo dicta la conciencia universal, os aguardamos. Aguardamos el premio de vuestra virtud.

Llenaréis una página suprema en la historia nacional.»

La firma de la hoja son estas dos palabras:

Cuba agradecida.

Los optimismos del general.

De *El Guadalete* de Jerez son las líneas que transcribimos:

«De persona muy allegada al general y que desde que éste llegó á Cuba ha desempeñado cierto cometido, se han tenido en Cádiz cartas particulares.

Del contexto de algunas de ellas se sacan deducciones, que vienen como anillo al dedo, en la solución grave y trascendental que ha tenido que acordar el Gobierno.

No creo oportuno indicar ahora lo poco que sé de esas deducciones, pero sí haré público una revelación que me hizo Bettancour, uno de los tres deportados que llegaron de paso para Ceuta hace varias semanas y con quienes se recordará que celebré amplia entrevista.

Bettancour, entre otras manifestaciones, que yo me dejé en cartera, me hizo una personal de Martínez Campos, de la que por entonces tampoco creí oportuno hacerme eco.

Me dijo Bettancourt que Martínez Campos, á los pocos días de desembarcar en la Habana le dieron un espléndido banquete al que asistieron como representantes de la Diputación, Bettancourt y Tamayo, otro deportado, que aún se encuentra en la Cárcel Modelo de Madrid.

Martínez Campos se había presentado demostrando gran confianza en todos, y durante el banquete estuvo decididor, hasta bromista.

Tamayo y yo—decíame Bettancourt—estábamos algo distantes del general, y como conocíamos el estado progresivo de la insurrección, no nos explicábamos esa confianza, ese buen humor de Martínez Campos.

Era que el general, me añadió Bettancourt, sin duda venía de la península engañado, confiando en la pronta pacificación de la isla, por no darle importancia al movimiento.

A los postres, Martínez Campos, con su conversación franca, amena y hasta chispeante, había disipado las frialdades de la ceremoniosa etiqueta y hasta hubo alguno de los comensales que se preparaban á contravenir la consigna de que no había brindis.

Todo este estado de calma y confianza vino á turbarlo un inesperado incidente ocasionado por uno de los principales factores para el fomento de la insurrección.

Estaba Martínez Campos saboreando una fruta muy sabrosa del país, un níspero, cuando uno de sus ayudantes, un hijo suyo, le entregó un telegrama.

Martínez Campos no hizo más que fijar su vista en el lacónico texto, y mudando de color, lívido y convulso, puso término al banquete, levantándose bruscamente y saliendo inmediatamente sin despedirse para la Habana.

El telegrama le daba cuenta de que acababa de desembarcar Máximo Gómez.

Desde entonces, díjome Bettancourt, perdió Martínez Campos la confianza que había llevado de la península.

Con la entrada en Cuba de Máximo Gómez empezó *seriamente* la guerra.»

* * *

Según participa el capitán general de Cuba en 10 de Febrero último, han fallecido en el ejército de operaciones los siguientes jefes, oficiales y tropa:

Segundo teniente del regimiento de Cantabria, don José Guelbanzu, el 4 de Enero, del vómito, en Santa Clara.

Capellán del de España don Agustín Lacasa, el 1.º de Enero de enfermedad común en Sancti Spiritus.

Primer teniente de cazadores de Colón, don Juan Casalet, el 17 de Diciembre, del vómito, en Güira.

Primer teniente del regimiento de Aragón don Gregorio Aguilar, el 19 de Enero, del vómito, en Puerto Padre.

Soldados del regimiento de Zamora, José Fernández García y Blas Fulgueira, el 2 y 4 de Enero, en Sancti Spiritus, de enfermedad y del vómito respectivamente.

Soldados del regimiento de Granada, José Esteban Valverde, el 2 de Enero, de enfermedad común, José Baena y Alfonso Olmedo, el 5 de Enero del vómito; José Peralta el 6, y Antonio Salvat el 10, de enfermedad común, en Sancti Spiritus.

Soldados de cazadores de Mérida: Francisco Revilla, el 5 de Enero, Isidro Sanz, el 7, y Pascual de Salvador, el 8, del vómito, en Sancti Spiritus.

Artillero Antonio Santana, el día 1.º de Enero, de enfermedad común, en Sancti Spiritus.

Guardias civiles: Victor Peña y Antonio Feijóo, el 5 de Diciembre, Benito Rinja, el 14, y José María Vazquez, el 27 del vómito, en Fomento (Santa Clara), cabo José Justo Villasante, el 1.º de Enero del vómito en Holguín; Juan Morcillo Carlos, el 30 de Diciembre de enfermedad común, en Jamaica; Estanislao Palacios García, el 9 de Enero, idem, en Sagua; Felipe Fernández Canales, el 29 de Diciembre, de heridas, en ingenio Triunfo.

Soldados de María Cristina, Manuel Gradames Calavides, Antonio Frades Fernández, Amador Pérez Losada, José Pereda Moma, Ricardo Silva Espinosa y Juan Reyes Ortiz, todos en el ataque del ingenio Triunfo, el 29 de Diciembre; Antonio Java del Valle, el 30 de Diciembre, de heridas, en ingenio Triunfo, y Tomás Cortés. Pérez, de heridas, en Matanzas, Román Llovet Pitarch, el 9 de Enero, de enfermedad común, en Matanzas.

Soldados de infantería del Rey, Juan Cruz Ocoá, el 6 de Enero, heridas, Juan Ruiz Huesca, el 2, del vómito; Nicolás Pastor, el 7, de enfermedad común, y Mariano Piñol, el 9, del vómito, en Colón.

Soldado de Cuenca, Juan Díaz Fernández, el 4 de Enero, de resultas de heridas en Colón.

Soldado del escuadrón de Santiago, Manuel Sánchez Guerrero, el 8 de Enero, de herida en el ingenio Lucía (Matanzas).

Soldados de Alfonso XIII, José Juan Bonet, 1.º de Enero, de enfermedad común, en Ciego de Avila; Vicente Roca Fernández, el 18 de Diciembre, del vómito en Vambas.

Regimiento Infantería Valencia: soldado José Alonso Tañón, el 13 Diciembre, de heridas.

Regimiento San Quintín: soldado Melquiades León Velasco, el 10 de Enero, en la Habana.

Soldado de Mallorca Antonio Claro, el 10 de Enero, de enfermedad común, en la Habana.

Soldados de Isabel la Católica, José Evillero Francisco, el 11 de Enero, de enfermedad común, Dayo Bauza Incógnito, el 18 de Enero, de heridas, los dos en la Habana.

Soldado de Baleares Jorge Argenti Alonso, el 12 de Enero, de enfermedad común, en la Habana.

Administración militar: soldado Emilio Fernández Rey, el 14 de Enero del vómito, en Ciego de Avila.

Cabo regimiento de Tarragona, José Minguez y soldado de Luchana Estéban Casols, el 13 de Enero, de enfermedad común, en la Habana.

Soldado de Córdoba, Francisco Almazán, el 16 de Enero, de enfermedad común, en el ingenio Luisa.

Cabos de ingenieros Baldomero Medrado, el 7 de Enero, Tomás Gu- tierrez, el 11, y Laureano Muñoz Carretero, el 14 en Veguitas; Vicente Escribá Estruch, el 9 de Diciembre, en la acción del Senado (Colón), de herida.

Sanitarios: Eduardo Orense, el 31 de Octubre del vómito, en Baya- mo; Juan Losada, el 2 de Enero, de idem en Sancti Spiritus; Joaquín Sánchez Alarcón, el 11 de idem en Santa Clara.

Guerrilleros de caballería de Lajas: Nicolás Bavona García y José Rodríguez Cambón, el 16 de Diciembre, en el campo de batalla.

Marinero Francisco Abelera Giménez, el 6 de Enero, del vómito.

Soldado de infantería marina: Manuel Velázquez Barca, el 9 de Di- ciembre, enfermedad común.

Soldados de Cantabria: Domingo Mamet, y de Barbastro, Agapito Torralba, el 2 de Enero; artilleros, Juan Fuentes y José Ramirez, el 3, todos del vómito, en Santa Clara.

Soldados de Simancas: José Sabaté, el 1 de Enero; de Galicia, Sal- vador Brio y de Cuenca, Emilio Molero el 2; de Borbón, Rafael Cenizo; de Isabel la Católica, José Amado; y de María Cristina, Federico Marín López, el 3; de Baza, Miguel Pena, el 6; y de Orden público, Manuel Roca, el 2; de enfermedades comunes, en la Habana; de Zamora, Anto- nio Taboada, el 4; del vómito, en la Habana.

Artillero: Manuel Fernández Chacón, el 6 de Enero; del vómito.

Soldado de Mallorca Faustino Pares y cabo Rafael Muñoz, el 2 y 7, del vómito, en Puerto Príncipe, y de idem en el mismo punto el soldado de Tarragona Claudio Sánchez Luis.

Infantería: soldados de Vergara Antonio Serrano, 3 Enero, vómito, Manzanillo; Isabel la Católica, Andrés Arés, 4 Enero, enfermedad co- mún, Manzanillo.

Artillero de plaza Eduardo Rossis, 4 de Enero vómito, San Luis (Cuba).

Infantería, soldado de Asia Tomás Puig, 6 Enero, vómito, San Luis.
Guardia civil: Felipe Rodado, 5 Enero, vómito, Cauto.

Infantería: soldados de Talavera Juan Pérez Román, Ramón Fernández y José Minuere, 5 Enero, Baracoa, del vómito el primero y de enfermedades comunes los dos últimos.

Soldados: Juan Fuentes Casanova, Raimundo Losa Alvarez, Juan Sanz Marugán, Nicolás Contreras Yuste, Angel Zamorano Casanova, José Rusio Megias, Vicente Hito Rojas, Mariano Ros Casado, Claudio Nigere Sainz, Luis Ventura Aranguren, Juan Terser Montell, Benito García Pandad, Juan Montell Lasera, Domingo Morites Moreno, Luis Estanislao Miguel, Paulo Freibot Vendrell, Francisco Gregorio Carbonell, Fortunato Rodríguez Barrios, Leandro Gil Mora, José Pomar García, Félix Juan Bell, Matías Martín González, Paulo González del Río, Juan Bernas Santaellas, Juan Andreu Casanovas, Carlos Bernut Caregot, Salvador Mayor Cánovas, Antonio Casanova Losa, Estéban Rocafull Tello, Ramiro Fernández Barreiro, Anastasio Gutiérrez Aguado, Fernando Prieto López, Juan Vallarmín Soler, Teodoro Reyes, Bartolomé Lapuerta, Antonio Rosech Carbonell, José Cerdán Cortés, Domingo Gómez Zorrilla, Pedro Pérez Estéban, Lucas López González, Evaristo Gómez Jiménez, Pablo del Pozo García y Eleuterio Lázaro San Nicolás, todos del vómito.

Soldados: José Carrasco Barrionuevo, Antonio Rubio, Benigno González Arbosa, Eusebio Larios Pérez, Tomás Blasco Ruiz, Daniel Idata, José Orbistendo, Juan Noya Iglesias, Lorenzo Peña Peña y Jaime Lemumell Campos, todos de enfermedad común.

Soldado Ambrosio Gutiérrez Aguado, el primero de Enero de heridas en Matanzas.

Orden general.

Ejército de operaciones en Cuba.—Segunda Comandancia general.—Estado Mayor.

«Declarado el estado de sitio en esta provincia por el Excmo. señor capitán general en jefe del ejército y en previsión de que la proximidad del enemigo ó exageradas noticias expresamente propaladas pueden introducir alarma en esta capital, que por su topografía, fortificaciones y artillado, así como por la potente guarnición que está dispuesta á defenderla, se halla á cubierto de un ataque formal por las partidas insurrectas, que cobardemente rehuyen todo encuentro con las tropas: á fin de garantizar la absoluta tranquilidad de los habitantes de la Habana y evitar desórdenes en sus arrabales y poblados inmediatos á que podría dar origen la menor algarada del enemigo, y para repeler también, últimamente, con rapidez y energía cualquier agresión, sofocando todo

improbable movimiento sedicioso interior, he tenido por conveniente resolver lo siguiente:

1.° La señal de alarma será: cinco cañonazos consecutivos disparados por el castillo del Príncipe, izándose de día la bandera en dicha fortaleza ó un gallardete bajo ella si fuera festivo, y de noche un farol rojo en el asta, cuya última parte repetirán las demás fortalezas, debiendo tenerse en cuenta, á fin de evitar falsas alarmas, que mientras no se haga esta señal y á menos de recibir órdenes concretas comunicadas por medio de los jefes y oficiales de estado mayor y ayudantes de campo y órdenes, no debe procederse á la formación por los cuerpos, aunque se oyera fuego de fusilería, petardos ni alborotos, limitándose, si acaso, las tropas á dirigirse á sus cuarteles, y á su domicilio los voluntarios, para estar precavidos y dispuestos, pues ya se ha establecido un servicio avanzado suficiente para dar tiempo siempre á que la autoridad vaya tomando las medidas necesarias sin precipitación de ninguna clase.

2.° Una vez hecha la señal, los cuerpos formarán en los sitios que luego se designan, debiendo concurrir á la formación los individuos todos con rapidez, pero sin escándalo, gritos ni carreras innecesarias é inconvenientes, pues hacen formar pobre concepto del buen espíritu que debe animar á los institutos armados. Los jefes de cuerpo y fracción prohibirán en absoluto los toques de corneta por las calles, y si por cualquiera circunstancia imprevista se dificultara la concentración de un cuerpo y hubiere de acudirse á este medio para llamar á los individuos de él, antes de dar la orden para hacerlo, solicitará el jefe respectivo la venia de mi autoridad, sin cuyo requisito de ninguna manera se hará uso de las cornetas.

3.° La vigilancia, precauciones y defensa de Guanabacoa y Mariano quedan encomendadas á su comandante militar y al teniente coronel de ingenieros don Julián Chacel, respectivamente, que asumirán el mando de la fuerza armada que allí se encuentra, disponiendo de una sección de artillería de montaña y otra de ingenieros para las eventualidades del servicio, dándome cuenta por telégrafo y de oficio de toda novedad que lo merezca, segun su importancia.

4.° Los puestos de formación de las tropas, á quienes se comunican tambien con esta orden instrucciones reservadas respecto á su destino, una vez que estén formadas, serán las siguientes:

Infantería.—En las fortalezas de la plaza, campamento del Príncipe y Cabaña, cuarteles de Orden público, idem de policía municipal.

Caballería.—Cuartel de Dragones, id. de Orden público, id. de policía municipal.

Artillería.—Cuartel de Compostela, compañía de obreros de la maestranza, batería volante.

Ingenieros.—Cuartel de Madera, campamento de las Animas, maestra tranza.

Guardia civil.—Cuartel de Belascoain.

Estado mayor de voluntarios.—Comandante General.

Plana mayor de voluntarios.—Comandancia General.

1.º de cazadores voluntarios, Muralla y Aguiar.

2.º id. id., Galiano, entre San José y Barcelona.

3.º idem idem.—Reina entre Lealtad y Escobar.

4.º idem idem.—Cuba y Obispo.

5.º idem idem.—Prado esquina á Animas.

6.º idem idem.—Monte esquina á Parque de la India.

7.º idem idem.—Amistad y Reina.

1.º de Ligeros.—Muralla entre Cuba y San Ignacio.

2.º de Ligeros.—Galiano frente á la iglesia de Montserrat.

Compañía guías del capitán general.—Plaza de Armas.

Regimiento caballería de voluntarios.—Monte y Belascoain.

Escuadrón de húsares idem.—Reina y Belascoain.

1.º de artillería idem.—Prado frente al Círculo Militar.

2.º de artillería idem.—Aguila esquina á Estrella.

Regimiento montado.—Carlos III, en su cuartel.

Batallón de ingenieros.—Industria entre Barcelona y San José.

Bomberos municipales.—En su cuartel, Obrapía entre Habana y Aguiar.

5.º Los señores jefes y oficiales de todas clases que tienen destino en la plaza acudirán á las dependencias donde sirven, y el personal de tropa armada de ellas, al mando de los oficiales necesarios, esperarán órdenes.

6.º La guardia municipal, á pie y montada, así como la fuerza de orden público, después de dejar cubiertos sus respectivos cuarteles, patrullarán por las calles de la población, dando aviso de las novedades que ocurran al jefe de fuerza más inmediato, quien proveerá lo que proceda, dándome cuenta.

7.º Mientras no se dé orden terminante no se dificultará la circula-



General de brigada don Agustín Luque.

ción del público, exigiendo solamente todo comandante de fuerza ó individuo armado que los tranvías, rippers, carruajes y ginetes transiten por las calles, plazas y paseos al paso precisamente, y no se molestará tampoco al vecindario con voces de alto ni quién vive, limitándose las



... atravesándole el ancho pecho con el proyectil... (Pág. 472).

fuerzas á impedir los grupos que podrán disolver, intimándoles primeramente á ello con cortesía, y oponiéndose á toda carrera, cierre de puertas violento ó cualquier acto que pueda producir escándalo ó alboroto.

El que no obedezca de buen grado será detenido, y toda agresión se repelerá con las armas.

8.º Todos los señores generales, jefes, oficiales é individuos que se

Cuaderno 75—1.ª

Precio 10 cent.

mencionan en esta orden, se atenderán estrictamente á lo prevenido en ella y en las instrucciones reservadas unidas, sin alterar ni variar lo dispuesto bajo ningún concepto, á menos de orden expresa y debidamente comunicada, sin lo cual serán responsables de su culpa conforme á ordenanza, esperando del celo y cordura de los institutos armados, que no darán motivo de censura ni corrección, ya que de su bravura, disciplina y buena organización debe esperarse que sabrán siempre dejar bien puesto el honor de las armas.

9.º Unicamente al Excmo. Sr. general en jefe, como autoridad suprema, si se hallare en esta plaza, compete el comunicar directamente cuantas órdenes tenga por conveniente, aunque se opongan á estas instrucciones, las cuales serán acatadas y obedecidas por todos, no sin darme cuenta inmediatamente de ello.

Lo que de orden de S. E. se publica en la general de hoy para los fines de ordenanza.

El teniente coronel jefe de Estado Mayor, *Ramón Domingo*.



Nuestras fuerzas



s por demás interesante, en circunstancias como las presentes, saber noticias de la caballería con que nosotros contamos en Cuba, y con la que cuentan los insurrectos.

Por eso insertamos los siguientes datos:

«Armada la insurrección con los escasos fusiles que existían en los primeros momentos, aumentados después por sucesivas, periódicas y seguras expediciones de buques filibusteros, los efectivos fueron creciendo de un modo imponente, sin que la persecución, tan tenaz como difícil, emprendida contra ellos, fuese bastante eficaz para obtener la paralización de sus trabajos orgánicos. Y á medida que el tiempo transcurría, entre las angustias del vómito negro y de los aguaceros implacables, otras expediciones marítimas y nuevos núcleos de gente alzada fortalecían á la insurrección, multiplicaban sus objetivos, provocaban la disyunción de las fuerzas perseguidoras y burlaban infaliblemente, gracias al espionaje, á la fragosidad del terreno y al espíritu de hostilidad contra la península, todos los cálculos de la más inflexible lógica de la guerra regular.

Con los numerosos batallones que los buques trasatlánticos arrojaban en la isla, nuevas insurrecciones, en puntos diversos de las extensas provincias orientales equilibraban la lucha, la forzada inacción de las co-

lumnas, debida al clima mortífero y á las exigencias de un fraccionamiento inaudito de aquellas hermosas unidades del campo de batalla, que llegaban á las regiones sublevadas, permitieron á los jefes separatistas tomar, en medio de continuadas huidas, ofensivas tan rápidas como fugaces, concentraciones amenazadoras para nuestros destacamentos, y fraccionamientos infinitos, que si son peligrosos operando en países neutrales, son absolutamente seguros en las comarcas donde el espíritu de la población es una garantía segura de éxito para burlar las persecuciones más enconadas. Mas para llevar á cabo esas fugaces manifestaciones de una ofensiva cobarde y obtener en momentos determinados una rapidez maravillosa de concentración, necesitaban los jefes insurrectos un factor importantísimo en la guerra, un elemento indispensable, con el que les brindaban todas las regiones de la isla, con el que podían burlar la persecución, obtener un valor *esencialmente táctico en el combate*, y un medio con el que asegurar á sus grandes masas un valor *estratégico de inmensa importancia*: este elemento era el caballo.

El caballo: éste ha sido, en realidad, el elemento de guerra admirable elegido por los jefes de la insurrección para eludirnos y burlarnos. Montada su infantería, ó, más exactamente, montados sus efectivos á modo de cuerpos irregulares de dragones, que lo mismo podían batirse á pié que á caballo, á excepción de un cierto número de cuerpos organizados con el nombre de regimientos de caballería, fácil les era ganar en velocidad á nuestras columnas de infantería, emprender incursiones sobre comarcas solo defendidas por débiles fuertes y aún más débiles destacamentos, acampar como conquistadores con la satisfacción de no encontrarse jamás, *ni en una tan sola de sus empresas*, con una caballería peninsular que pusiera sangriento veto á sus audacias y jactanciosas fanfarronadas.

Conseguida esta organización mixta, debida á los recursos que ofrecía el país en ganado caballar, comenzaron á acentuar los dos caudillos más prestigiosos de la insurrección, Máximo Gómez y Maceo, una ofensiva que podríamos llamar *fugitiva*, pero que no por esto dejaba de presentar sus peligros, si no en el orden material de un descalabro en campo abierto, si en el moral ante las naciones del viejo y nuevo mundo; en aquéllas, por apreciarse ansiosamente el poder militar de nuestro pueblo; en éstas, para acentuar sus simpatías, mostrarnos hostilidad y hasta declarar la beligerancia á los titulados héroes de la independencia cubana.

Adquirido, pues, por las gruesas masas insurrectas el valor estratégico tan ansiado, y comprobado su valor táctico en algunas irresistibles cargas contra puñados de héroes que caían bajo el machete de sus innumerables enemigos, los dos jefes insurrectos se ahogaban en los estrechos

horizontes del extremo Oriental de la isla, y la mancha de la insurrección fué extendiéndose rápidamente, estrellándose la ola de la invasión en la estratégica línea de la Trocha, que no por estar insuficientemente defendida dejaba de causarles supersticioso temor.

Y mientras los secuaces y los traidores recorrían aquellas extensas comarcas reclutando, imponiendo, castigando, la organización militar de los dos grandes núcleos de enemigos se completaba, elevábase el valor militar de sus combatientes y preparaban con profunda sagacidad el momento de efectuar el osado golpe de mano exigido imperiosamente desde Nueva York por los comités separatistas, para inclinar debidamente el ánimo de las Cámaras americanas al reconocimiento de la beligerancia.

Comienza entonces el famoso *raid*, tanto más famoso cuanto menos perseguido era. El avance audaz, simultáneo, el de los caudillos principales, se inicia con su aureola de incendios, y mientras nuestra admirada infantería emprende la fenomenal tarea de perseguir un imposible, su numerosa caballería, todas las fuerzas montadas de la insurrección, avanzan rápida y ordenadamente, sacrifican á su paso los pobres restos de las más pequeñas unidades tácticas de la caballería peninsular, que encuentran diseminadas dentro de su órbita de acción, y atravesando la célebre línea de Morón á Júcaro, soberbia línea militar que hubiera sido dique infranqueable de guardarla dos divisiones de caballería de tres brigadas, con el apoyo táctico de una infantería establecida con solides en los puntos estratégicos, invadieron victoriosamente el territorio de Matanzas, se apoderaron de una red de ferrocarriles, que destruyeron, no bárbaramente, como la sensiblería de algunos escritores califica este hecho, sino como aconseja el arte moderno de la guerra, se remontaron de nuevo con los caballos descansados que pastaban en aquellos ricos territorios, y lanzáronse, por último, resueltamente sobre la provincia de la Habana.

Cañoneo entre nuestros buques.

Es curioso el siguiente relato que hace un tripulante del Marqués de la Ensenada, en carta que publica *La Voz de Galicia*, de la Coruña.

Tras de referir en dicha relación las angustias de una navegación peligrosa por el temporal que aquel buque corrió primeramente al zarpas de Glasgow, y después á la salida de San Juan de Puerto Rico, añade en su carta el tripulante del Marqués de la Ensenada, testigo de mayor excepción:

«Al llegar á Punta Maisi tuvimos que arribar á una playa que existe en la costa Sur de la isla de Cuba, llamada La Caleta, con objeto de ver si el tiempo abonanzaba.

De noche, á eso de las dos de la madrugada, sentimos que nos dispararon varios cañonazos con proyectil, pasando algunos muy próximos á los barcos.

Al principio creíamos que sería algún buque norte americano.

El Marqués de la Ensenada, al sentir los primeros disparos, apagó las luces para no servir de blanco.

Los dos cañoneros seguían con ellas encendidas, continuando los disparos hasta que el primero de dichos buques encendió la luz eléctrica y puso las señales de España, preparándose para hacer fuego; más en esto vieron nuestras señales, encendieron los que nos cañoneaban un proyector eléctrico para reconocernos, y ¡figúrese usted, señor director, cuál sería nuestra sorpresa al reconocer pocos momentos después al Marqués de Molins, que era el buque que nós hacía fuego!

En el acto se acercó á nosotros y nos dijo la oficialidad que se había figurado que se trataba de hacer contrabando de guerra por la costa, y que por ser aquel punto muy á propósito para esta clase de alijos, había orden de disparar sobre cuantas luces se vieran.

Excuso decir á usted que este suceso imprevisto y casual produjo en los primeros momentos la alarma consiguiente.

Al otro día zarpamos con el Molins á un punto llamado Playa del Este, bastante abrigado, desde donde se podía ir á Guantánamo á hacer víveres, pues no llevábamos más provisiones que para cuatro días.

Médicos en Cuba.

Con el personal de Sanidad Militar que últimamente embarcó para Cuba en todo el mes de Febrero, figuran en aquel ejército de operaciones:

- 1 inspektor médico de primera.
- 1 idem id. de segunda.
- 6 subinspectores de primera.
- 8 idem de segunda.
- 117 médicos mayores.
- 127 médicos primeros.
- 80 médicos segundos.

350 médicos en total.

Esta cifra constituye bastante más de la mitad del cuerpo de Sanidad. Así es que apenas terminadas las oposiciones para el ingreso en el mismo, estaban ya convocadas para Marzo próximo oposiciones especiales para Cuba, donde los oficiales médicos están prestando grandes servicios y demostrando cualidades admirables, habiendo realizado ya algunos hechos verdaderamente heroicos.

La beligerancia y los senadores yankees



El corresponsal de *The Times* en Washington ha comunicado á este periódico el texto de las resoluciones propuestas por la comisión de relaciones exteriores del Senado en el dictámen acerca de las proposiciones sobre el reconocimiento de la beligerancia en favor de los rebeldes cubanos. A continuación transcribimos ese texto:

«El Senado, con el concurso de la Cámara de representantes, declara que la deplorable guerra actual de Cuba ha alcanzado unas proporciones que afectan á todas las naciones civilizadas, hasta tal punto, que en el desgraciado caso de prolongarse más tiempo, será necesario que se haga respetando aquellos principios y leyes de la guerra reconocidas como obligatorias por todos los pueblos cultos cuando se ven empeñados en abiertas hostilidades, á saber: el trato de los prisioneros de ambos ejércitos con el debido respeto, conciertos para el canje de prisioneros y otros fines militares, treguas, banderas de parlamento, precauciones para los hospitales y provisiones farmacéuticas para los enfermos y heridos de ambos ejércitos.

»Se acuerda además que esta expresión de las aspiraciones del Congreso será enviada al presidente; y si éste presta su concurso, empleará en forma amistosa los buenos oficios de este gobierno, con objeto de que

sea España requerida para que conceda á los ejércitos con quienes tiene empeñada guerra los derechos de beligerancia, tales como son requeridos por el derecho de gentes.»

Según saben nuestros lectores por lo que ya llevamos dicho en esta *Crónica*, con el dictámen presentó al Senado la comisión aludida voluminoso informe, en el cual, al mismo tiempo que lamenta profundamente el estado de guerra de Cuba, resultado de las reclamaciones de gran número de los naturales en favor de la independencia, se afirma que el Congreso de los Estados Unidos, animado por el deseo de respetar el bienestar de ambos países, desea ardientemente la seguridad de la vida y de la propiedad, y el establecimiento de una paz permanente, y opina que debe organizarse un Gobierno que dé satisfacción á los cubanos. El informe prosigue en los términos siguientes:

«El Congreso simpatiza calurosamente con los cubanos que pretenden obtener los derechos del *self government* para su vida interior y se felicitarán de que España conceda la completa soberanía á los cubanos.

»La proximidad de Cuba á los Estados Unidos, y el hecho de que la isla se considera universalmente como formando parte del sistema continental americano, identifica tan íntimamente á Cuba con la prosperidad política y comercial de los Estados Unidos, que el Congreso no puede permanecer indiferente ante la guerra civil sustentada en dicha isla. Es imposible no tener en cuenta el caracter destructor de la actual guerra, que está perjudicando gravemente los derechos é intereses de súbditos americanos en Cuba, así como el comercio legal de los Estados Unidos. Es notorio que en la guerra pasada, que tuvo análogo carácter, los Estados Unidos cumplieron sus deberes para con ambos beligerantes con rigurosa imparcialidad.

»Se acarició la esperanza de que España mejoraría la condición de los cubanos, dándoles paz, satisfacción y bienestar; pero desgraciadamente esto no se ha verificado. La falta no es imputable á ninguna ingerencia de los Estados Unidos en Cuba.

»La hospitalidad que los tratados, el derecho de gentes y el cristianismo concedieron á los refugiados cubanos en los Estados Unidos ha engendrado la desconfianza por parte de España respecto de la fidelidad de nuestra nación en el cumplimiento de sus deberes de neutralidad. Esta desconfianza ha sido frecuentemente el origen de serios disgustos para nuestro pueblo y ha despertado un espíritu de desquite contra las autoridades españolas de Cuba, dando así ocasión á frecuentes controversias.»

Las bajas en diez días.

Según las relaciones remitidas por la Capitanía general de la Isla.

Cuba, las bajas ocurridas en la primera decena del mes de Enero en aquel ejército resultan las siguientes:

Muertos en el campo de batalla.	23
De resultas de heridas.	4
De enfermedades comunes.	27
Y del vómito.	173
<i>Total.</i>	<u>227</u>

Entre estas bajas figuran:

El abanderado del batallón expedicionario de Isabel II don Isidro Linago Arias, fallecido en Remedios.

Segundo teniente del batallón expedicionario de Gerona don Narciso Hernández Ardieta, en Minas de Puerto Príncipe.

Y teniente de infantería de marina don Nicasio Pou Magraner, en Matanzas.

El gobernador de Pinar del Rio.

Acerca de la agresión de que fué objeto el gobernador civil de Pinar del Rio, por parte de una partida insurrecta, dice el *Diario de la Marina* corroborando así el juicio que nosotros hemos formado:

«El señor Rodríguez San Pedro salió el 12 del actual de la capital de su provincia con dirección á la Coloma, para embarcarse allí é ir á conferen-

ciar con el señor gobernador general.

Le acompañaba una escolta compuesta de 15 guardias civiles de caballería al mando del teniente don Baldomero Navarrete.

A mitad del camino empezaron á ser hostilizados el gobernador y su escolta por una partida de 80 hombres poco más ó menos.

El gobernador, que llevaba un rifle relámpago, y los guardias que le acompañaban, rompieron el fuego sobre el enemigo sin suspender la marcha.

El teniente Navarrete animaba á sus soldados sin dejar de tomar todas las disposiciones que el caso requería.

Durante la marcha y merced al fuego de los nuestros cayeron heridos dos insurrectos.



D. Juan Millán y Guillén.

Estos solo lograron matar un caballo de un guardia.

Cerca ya de la Coloma, una sección de la fuerza enemiga trató de cortar el paso al gobernador y su escolta, interponiéndose entre él y el pueblo; pero el señor Rodríguez San Pedro y los suyos se lanzaron al galope y llegaron á la Coloma burlando al enemigo.

Irritado éste pegó fuego á una casa de Obras públicas que hay en las afueras de la Coloma, y allí estuvo hasta que el cañonero Fradera le hizo cuatro disparos de cañón, yendo el último proyectil á reventar en la misma casa incendiada, que quedó reducida á escombros.

El señor Rodríguez San Pedro enseguida que llegó á la Habana fué á conferenciar con el general Martínez Campos.»

Un episodio.

Hablando con varios periodistas, ha dicho en la Coruña el general Martínez Campos que los rebeldes persisten en rehuir todo combate serio. Cuando los tropieza una columna de nuestras tropas contestan con algunas descargas y se dispersan para reunirse más lejos. Esto es desesperante.

Refiérese del general García Navarro, que tras muchas jornadas fatigosas, sin lograr que los insurrectos le resistieran, encontró á las partidas de Máximo Gómez. Estas, apenas vieron á nuestras tropas, hicieron algunos disparos, escabulléndose rápidamente. El general, indignado ante la cobardía de los rebeldes, empujó en la perilla de la silla del caballo gritándoles:

—«Cobardes: decidle á Máximo Gómez que aquí está la columna de Navarro, á quien ha prometido matar.»

Un héroe de 14 años.

El ataque al poblado de Guayo por la partida que manda el negro Aniceto Hernández, fué victoriosamente rechazado por los voluntarios.

Distinguióse en la heroica defensa un niño de catorce años, llamado N. Quintero, el cual, en los momentos en que era más rudo el ataque, salió de la casa fuerte en que habita, llevando como única arma un revólver de reglamento, para acercarse más al enemigo y así fuesen más seguros sus tiros y pudieran hacer éstos blanco en ellos, siendo herido en estos momentos; pero no por eso se arredró ni retiróse hasta que consiguió disparar su último cartucho.

Ha sido preciso amputarle dos dedos de la mano, á consecuencia de la herida.

En los Estados Unidos.

El «attorney general» de la confederación, jefe supremo de la magis-

tratura ha ordenado que sean detenidos y procesados todos los individuos de la junta separatista cubana de Nueva York, y todos cuantos hayan intervenido en la expedición naufragada en el vapor «Hawkins.»

La prensa norteamericana al tratar de la «resolución» adoptada por la comisión senatorial de Negocios Extranjeros, se declara en su mayoría, partidaria de la concesión de los derechos de beligerantes á los insurrectos de Cuba.

El *World* llama «deber patriótico» el que ha inducido á la comisión, el *Recorder* (también de Nueva York) quisiera el reconocimiento de la beligerancia, antes de que desembarque el general Weyler, y sino, dice «¡tenga el cielo piedad de todos cuantos americanos viven en Cuba!»

Este tono perentorio aparece, más ó menos velado, en los comentarios de casi todos los periódicos.

• • •

En el incendio de Bejucal, los facciosos destruyeron los aparatos telegráficos de la estación del ferrocarril, rompieron la caja de caudales y se apoderaron de 800 pesos que tenía allí guardados el jefe de la estación señor Torart.

Después siguieron su obra de destrucción pegando fuego al edificio, á la casa de la aguada, almacén, barracones y varios carros.

De la estación pasaron á la bodega del señor Dozal, donde aplicaron también la tea, porque desde allí se les había hecho fuego. Después de la de Dozal, incendiaron otras casas, perteneciendo la mayoría á familias pobres del barrio del cementerio.

En la calle de la Sacristía quemaron la fonda del señor Pita, por asegurar que desde allí también se les había hecho agresión. En esta calle destruyeron también casas y establecimientos.

La residencia del vecino don Francisco Granda Bances, antiguo comerciante de tabacos, también fué rociada con petróleo y en seguida incendiada, pero el fuego pudo dominarse, lo mismo que el prendido en una maicería que existe al frente.

El señor Granda, al ver que los insurrectos mandaban salir á las familias á la calle para pegar fuego, suplicó á Máximo Gómez, que respetase á su familia, compuesta de cuatro mujeres y ocho niños. El cabecilla dió entonces orden de respetar aquella casa, mandando al propio tiempo á varias familias que estaban en la calle que entraran en la morada del señor Granda.

Pero apenas volvió la cabeza Máximo Gómez, un grupo que acababa de pegar fuego á una bodega que existía á poca distancia, llegó con un morenito como de 14 años, que traía dos latas de petróleo, con cuyo líquido roció la puerta de la casa. El fuego pudo ser dominado.

Al hospital también le empezaron á pegar fuego, pero el incendio pudo ser localizado.

Máximo Gómez en peligro.

Se dice que hallándose este cabecilla con varios de los suyos frente á la casa que ocupaba la fonda del señor Pita, de los altos de dicha casa partió un disparo, cuyo proyectil alcanzó, matándolo, á un individuo que estaba junto á Máximo Gómez. Este, al ver aquéllo, dió orden de pegar fuego á la casa, no valiendo de nada las súplicas del señor Pita, que negaba que de su casa había partido el disparo.

A pesar de los esfuerzos que se hicieron para saber quién había sido el individuo muerto, nada se ha logrado, por la reserva mostrada por los insurrectos.

Las bajas.

Nuestras tropas tuvieron dos muertos y 10 heridos, y los insurgentes otros dos muertos y gran número de heridos. Los facciosos se llevaron uno de los muertos, dejando el otro, según se dice, abandonado en el pueblo.

El teniente Alvarez Toledo.

El pueblo puede decirse ha hecho una ovación al teniente del batallón de San Quintín don Augusto Alvarez Toledo, por su heroico comportamiento y por la serenidad y arrojo demostrados en todos sus actos mientras el pueblo tuvo en sus calles al enemigo. Al teniente Alvarez Toledo es á quién se deben las excelentes condiciones de defensa en que se hallaba la cárcel y que tan excelentes resultados han dado.

El vecindario piensa elevar una instancia pidiendo recompensa para el teniente Alvarez Toledo.

Resignación de mando.

El alcalde de Bejucal, señor Zerlinche, ha pasado al gobernador general un telegrama, en el que le dice que en vista de los sucesos acaecidos en la población, había hecho entrega de aquella Alcaldía y Comandancia militar al capitán del batallón de Asturias señor Serrano.

Un tren quemado.

Cuando los insurrectos se hallaban en la población, llegaba á la es-

tación del ferrocarril el tren número 38, de mercancías, procedente de la Unión.

Los insurgentes hicieron dos descargas al tren para que el maquinista, don Antonio Rodríguez, lo parara.

Una vez conseguido su objeto hicieron apeaar al señor Rodríguez, al conductor don Rafael Sosa y demás empleados, y soltaron unas cien cabezas de ganado vacuno y cincuenta cerdos que venían en dicho tren para el encomendero don Lucio Betancourt.

Después rociaron con petróleo los 56 carros que traía el expresado tren, pegándoles fuego, y abriendo la válvula á la máquina, la hicieron retroceder hácia Quivicán. El tren recorrió así un kilómetro, quedando estacionado hasta que quedó totalmente destruido por las llamas.

*
*
*

El corresponsal del diario parisiense *Le Temps* escribe una carta sensacional, desde la Habana, de la que copiamos los siguientes datos, que tienen interés porque sirven de base á la prensa francesa para formular sus juicios de la actual insurrección.

FUERZAS LEALES

(Situación á primeros de Enero)

Enviados en Marzo. . .	8.302 soldados.	Batallones organizados	
Desde Marzo al 8 de		en Cuba.	3.800 soldados.
Mayo.	10.113 —	Idem de Puerto Rico. .	1.400 —
Del 8 de Mayo á 21 de		Idem de caballería. .	393 —
junio.	11.904 —	Guerrillas y batallón	
De Julio á Septiembre.	24.793 —	disciplinario.	5.325 —
En Octubre y Noviem-		Voluntarios.	63.000 —
bre.	23.579 —	<i>Total general de com-</i>	
En camino.	8.000 —	<i>batientes.</i>	182.356 —

FUERZAS INSURRECTAS

(Situación oficial de Diciembre)

Máximo Gómez, en Ma-		Cortiny, en Santa Clara	1.000 hombres.
tanzas.	5.000 hombres.	Quintín Banderas, en	
Antonio Maceo, en Ma-		Sancti-Spiritus. . .	1.000 —
tanzas.	4.000 —	Rego, en Matanzas. .	1.500 —
José Maceo, en Santia-		Bermúdez, en Habana.	500 —
go de Cuba.	3.000 —	Pancho Pérez, en San-	
Lacret, en Santa Clara.	2.500 —	ta Clara.	800 —
Núñez, en Habana. .	1.600 —	Periquito Díaz, en San-	
Roloff, en Santa Clara.	1.500 —	ta Clara.	500 —
Rabí, en Santiago de		Basilio Guerra, en Vi-	
Cuba.	1.000 —	llas.	800 —

Lino Pérez, en Trinidad.	700 hombres.	Juan Bravo, en Trinidad.	200 hombres.
Castillo, en Sagua.	500 —	Pajarito, en Remedios.	200 —
Vidal, en Sagua.	600 —	Muñoz, en Cienfuegos.	50 —
Cebreco, en Santiago de Cuba.	500 —	Clotilde García, en Cárdenas.	600 —
Zayas, en Habana.	500 —	Luis Chapotín, en Cárdenas.	400 —
Rafael Socorro, en Cienfuegos.	200 —	Perico Cardenas, en Cárdenas.	500 —
Ruen, en Guantánamo.	200 —	Robau, en Cárdenas.	500 —
Miró, en Santiago de Cuba.	400 —	R. Carrillo, en Matanzas.	400 —
Ignacio Suárez, en Sagua.	200 —	Total.	30.750 —

Segun el corresponsal de *Le Temps*, Máximo Gómez, en el mes de Diciembre y los diez primeros días de Enero, alzó en armas en las provincias de Matanzas, Habana y parte de Pinar del Río más de diez mil nuevos rebeldes.

Riqueza destruida.

Detalla luego los destrozos realizados, y dice que fueron destruidas las fábricas de azúcar siguientes, en territorio de la Habana: en Palos, «Nueva Poy», propiedad de Cuervo; en San Nicolás, «Jobo», «Sastre», «Margarita» y «Teresa», propiedad de Scull; en Güines, «Providencia», de Goicochea; en Melena, «Teresa» y «San José», propiedad de Sawita, y «Merceditas», de Pascual; en Durán, «La Gía», de Baruto, y la «Julia», de Casu; en Quivicán, «San Agustín»; en Hoyo Colorado, «Maurín» y «Garó», de Lacoste; en Alquizar, «Pulido», y otras fábricas de menor entidad.

Añade *Le Temps* que los insurrectos entraron é hicieron alto en los pueblos de Vegas, Melena, Guara, San Antonio, Quivicán, La Salud, Güira de Melena, Gandiel, Alquizar, Hoyo Colorado y otras.

Los perjuicios causados á los ferrocarriles son enormes. La compañía inglesa «Western railway» ha visto incendiadas en pocos días sus estaciones de La Salud, Gardil, Güira y Alquizar y los 18 pontones establecidos entre Gandiel y Güira.

Apreciaciones absurdas.

Siguen luego grandes exageraciones acerca del estado de la Habana, y acompaña á la carta un plano en el cual se precisa día por día la marcha de Máximo Gómez en los meses de Diciembre y Enero últimos, los lugares en que se verificaron los combates, los campos quemados y las estaciones destruidas.

Termina el corresponsal con la absurda propuesta de Máximo Gómez de contratar por dinero la evacuación de la isla por el ejército, y su amenaza de destruir en otro caso toda la riqueza del territorio.

Lo que cuesta la guerra.

En un año, según datos oficiales, el coste aproximado del ejército de Cuba es de sesenta millones de duros.

Sesenta millones de duros hubiera costado el solo mantenimiento del ejército de Cuba, desde el 24 de Febrero del año pasado al día de hoy, triste aniversario del en que se supo en la Península la noticia del «grito de Baire», si desde los comienzos de la guerra hubieran existido en la isla los cien mil hombres que sirven de base al cálculo. Estos se han ido enviando por etapas sucesivas, y solo llegan á aquel número los que hay en Cuba desde el mes de Octubre. Por consiguiente, para computar la cifra de lo gastado, hay que proceder por otros datos.

La unidad de combate cuesta en Cuba, tomando un término medio entre el sueldo del general y el plus de campaña del soldado, incluyendo lo que representa la oficialidad.

¡10.000 reales por hombre al año!

Por consecuencia, y en virtud de datos oficiales, auténticos y fehacientes, puede asegurarse, que lo que se lleva gastado en el año transcurrido de guerra es lo siguiente, tomando las cifras en números redondos, y con un criterio, que si fuera susceptible de error, más bien resultaría por bajo de la abrumadora realidad, que acrecentándola y sobrepujándola.

	DUROS
Gasto del ejército de operaciones en Cuba.	40.000.000
Idem del armamento adquirido, del coste de los transportes, de la Marina de guerra y de las comunicaciones. .	10.000.000
Total de lo gastado en un año de guerra (24 Febrero 1895-24 Febrero 1896).	50.000.000

Cincuenta millones de duros cuesta ya combatir la criminal insurrección, atendido que solo hace cuatro meses que están en campaña cien mil hombres. Mas como en lo futuro y desde Marzo habrá en la isla de Cuba cerca de ciento treinta mil soldados, con lo cual aumentan todos los demás gastos, se podrán establecer para el año de guerra que comienza las siguientes cifras:

	DUROS
Gasto del ejército de operaciones en Cuba.	60.000.000
Idem de armamento, transportes, Marina y comuni- caciones.	15 000 000
Total para el gasto anual futuro.	75.000.000

El general Weyler, al embarcarse para Cuba, fijó como plazo para la terminación de la guerra por una definitiva, completa, absoluta victoria de nuestras armas, el plazo de dos años más sobre el que ya va transcurrido. Partiendo de ese cálculo hecho por un general que cuenta con grandes alientos y esperanzas, que empiezan á confirmar los hechos y suponiendo, para lo que hacemos á Dios fervientes votos, que sus faticinios se cumplan, habrá costado la guerra de Cuba, sumando los cincuenta millones ya gastados, con los setenta y cinco millones cada año que se habrán de gastar:

¡¡200.000.000 de duros!!

Aquí hacemos punto, dejando al tiempo que confirme ó destruya la importancia de estas cifras, de las cuales, por su carácter oficial, que tenemos por absolutamente autorizado, respondemos en absoluto.

De dónde y cómo se sacan los recursos

Los fondos hasta el presente sin ninguna dificultad insuperable se han arbitrado de la manera siguiente:

	DUROS
Del Banco de España.	30.000.000
De la operación con el Tesoro de París.	10.000.000
De las operaciones sobre valores de Cuba.	20 000.000
De las ventas de valores de Cuba.	25.000.000
De los recursos de reserva.	15.000.000

Total de recursos autorizados para afrontar los gastos de la guerra.	100.000.000
--	-------------

Como quiera que hasta la fecha no se han gastado más que cincuenta millones de duros, como queda demostrado más arriba, quedan setenta millones como remanente para seguir la guerra, en tanto no se autorizan



D. Genaro Cordero.

nuevos recursos en el nuevo ejercicio económico; cincuenta millones de duros.

El ejército y sus bajas.

Al estallar la insurrección había en Cuba 13.000 hombres, y desde entonces se han mandado 117.795.



... recordaba la esgrima de fusil, y esto me salvó y salvó á mis compañeros... (Pág. 568).

Las bajas ascienden á 3.877, distribuidas de la manera siguiente:

Noticia de los fallecidos en la isla de Cuba desde 1.º de marzo de 1895 á fin de enero de 1896.

Generales y asimilados.	3
Coroneles idem.	4
Tenientes coroneles idem.	3
Comandantes idem.	17
Capitanes idem.	51
Primeros tenientes idem.. . . .	101

Cuaderno 76—T. II.

Precio 10 cent.º

Segundos tenientes idem.	54
Capellanes.	9
Sargentos.	80
Cabos.	161
Soldados.	3.394
Total.	3.877

Causas del fallecimiento.

En campo de batalla..	286	} 3.877
De resultas de heridas.	119	
Del vómito.	3.190	
De enfermedades comunes.	282	

Crédito del Tesoro de Cuba.

Es un fenómeno extraordinario el hecho de que en un país que está en guerra, la moneda circulante, la que sirve al comercio y á la vida, es todavía el oro.

La ampliación del capital y reforma del Banco Español de Cuba, ya acordada, permitirá disponer de una circulación fiduciaria, sólida-mente garantida, de 50 á 60 millones de pesos. En la anterior guerra, sin garantía ninguna, se elevó la circulación á 76 millones de pesos.

El rendimiento de Aduanas se elevaba hace diez años á 20 millones de pesos. Hoy rinde entre 11 y 12 millones. Confía la ponencia de los ministros designados para esto—así lo confirman los datos oficiales á que venimos refiriéndonos—en que una prudente reforma de Aranceles permitirá elevar el ingreso á más de los 20 millones que ya ha rendido. Y sobre el aumento no será difícil levantar de 70 á 90 millones de duros.

También cree el Gobierno que la reforma de los impuestos interiores podrán rendir, sin exageración, algunos millones de duros que podrán servir, si otras catástrofes no lo impiden, para nivelar el presupuesto de la isla y destinarlo á realizar mejoras en la misma.

En síntesis, el crédito de la Península y el crédito del Tesoro de Cuba podrán subvenir á las necesidades de la guerra durante tres años.

Noticias de origen yankée.

Nuestro corresponsal nos telegrafió, compendiándolas, las noticias que escribe al *New York Herald* su corresponsal en Cuba. Hoy podemos añadir á lo teleografiado interesantes detalles sobre el estado de la insurrección de la provincia de Pinar del Río, á principios del presente mes de Febrero.

Máximo Gómez tenía 2.000 hombres; Maceo, 6.000, y hay, además, otros 1.000 repartidos en partidas volantes, cuya misión es despistar á las columnas españolas que les persiguen, y que aquel corresponsal hace subir á 30.000 hombres.

Los insurrectos han dividido la provincia en prefecturas, cada una de las cuales tiene dos millas cuadradas de extensión. El prefecto tiene por principal misión informar al jefe insurrecto de los menores movimientos de las tropas españolas. Dice Máximo Gómez que conoce perfectamente los movimientos de éstas, y que se mueve guiado por ellas. No sabe por la mañana donde pasará la noche, porque esto depende siempre de los movimientos de los españoles. Reconoce el *generalísimo* que no quiere presentar batallas. Yo no puedo presentar batallas, dice, porque mis tropas no tienen municiones. Tenemos fusiles para 50.000 hombres, unos tomados á las tropas, y otros que ya teníamos al estallar la insurrección; pero nos faltan municiones. La mayor parte de las que hemos cogido son de fasil Matüser, y no tenemos más que unos 500 de estos fusiles. Daseo, siguió diciendo el *generalísimo*, que sepa la gente de New York y Washington, que solo hemos recibido de los que simpatizan con nosotros en los Estados Unidos 500 fusiles y 75.000 cartuchos.

La pérdida del Hawskins, que se supo en el campo rebelde tan pronto como en el palacio del capitán general, ha sido un golpe muy duro para Máximo Gómez, quien se ha dolido de ello hace muchos días, tanto por lo que necesitaba aquellas municiones como por el deseo que tiene de ver á su lado á Calixto García.

Máximo Gómez—dice el corresponsal del *Herald*—es un dictador, un ambicioso del poder; su sola ambición es la de hacer famoso su nombre. Tiene setenta y dos años, y sabe que le quedan ya pocos para conseguir su deseo; tiene una herida de bala en una pierna, y anda lentamente, pero se tiene bien á caballo. Cree que si tuviese municiones podría terminar la guerra en dos meses y establecer una República, de la que sería presidente dictador. Como no las tiene, se contenta con hacer el mayor daño posible á los españoles, destruyendo los ferrocarriles y obligando á las columnas á que no tengan descanso alguno.

La disciplina entre los insurrectos se contiene solo por el miedo. No tienen fe religiosa, pero son supersticiosos. Una superstición muy arraigada entre ellos es la de que es malo para el alma de un soldado muerto el que su cadáver caiga en manos de los españoles. Sus heridos están bien atendidos, á pesar de haber prohibido las autoridades españolas que la Cruz Roja preste servicios en el campo insurrecto. Despues de un encuentro los insurrectos llevan sus heridos al poblado más próximo que ocupan, el cual rara vez dista dos días de marcha, y en el que tienen médicos y medicinas.

En su marcha á Occidente hicieron á veces jornadas de 45 millas en

un día y estaban aspeados, pero despues estaban descansados, porque las jornadas no pasaban de 12 millas y no tenían alarmas ni ataques de noche.

Máximo Gómez, desesperado ya de conseguir municiones este invierno, no desea, según dice, nuevos laureles, y se conforma al reposo hasta que venga la época de las fiebres y del vómito, con cuyo auxilio cuenta.

En los Estados Unidos.

Las noticias de Nueva York (25 de Febrero) son de que á los cinco presuntos jefes de la expedición filibustera del vapor Bermuda se les ha fijado la fianza de 1.500 dollars para cada uno. Los demás han sido dejados en libertad.

Los que han beneficiado de la fianza son: el «general» García, el capitán Hughes, de Filadelfia; el capitán Brabazón; el señor Guerra, tesorero de la junta cubana, y el capitán Hart, considerado propietario del Bermuda.

Las autoridades federales, según el mismo despacho, dudan de que se establezca la culpabilidad de los procesados, pues faltan testimonios fehacientes.

Sobre las disposiciones de los poderes públicos, dicen al *New York Herald* desde Washington, que el presidente Cleveland tiende enérgicamente á una intervención en los asuntos cubanos.

Sus simpatías para los insurrectos es evidente, pero se dice que ha hecho una promesa tácita á España de no intervenir hasta que la estación de las lluvias ponga fin á las luchas, en junio.

En esa época, si la revolución no ha sido sofocada, el presidente tiene el firme propósito de intervenir.

Los republicanos, que si no tienen el poder ejecutivo son dueños del Congreso, censuran esos aplazamientos y exigen una acción inmediata.

No obstante, el senador Sherman, que preside la comisión de Relaciones Exteriores, y el representante Hitt, presidente de la comisión de Negocios Extranjeros en la Cámara, están dispuestos á prestar su apoyo al presidente Cleveland, á fin de evitar una acción precipitada.

Acerca de las simpatías de los norte-americanos para con los insurrectos, dicen al *Times* de Londres.

«Aquí en Washington está organizada la campaña á favor de los cubanos.

»Y á la par está organizada una sección de policía española, la que dirige con eficacia el señor Dupuy de Lome, ministro de España.

»Estamos presenciando uno á modo de desafío constante, que se repite en todo el Norte América.

»Hay aquí un partido cubano y un partido español; mucho más fuerte el cubano, por las simpatías que tiene de la opinión pública.»

Censura luego el corresponsal á los senadores y representantes que están ahora buscando una resolución que condense el reto á España y en defensa de Cuba, que no saben lo que es prudencia ni calculan las consecuencias de sus planes.

La prensa favorable á los insurrectos es más activa que nunca en Nueva York y en las demás poblaciones.

En Washington, las influencias sociales se imponen para ganar á la causa separatista la prensa y las Cámaras; labor en que están ocupadas algunas de las principales señoras de la capital federal, mujeres entusiastas, convencidas, y no muy escrupulosas en los medios de combate.

La política actual de esos «jingoos» de esos patrioterros insensatos, es la de la guerra contra España.

Expuesto por el senador Morgan este objeto descabellado, dice el corresponsal que ha *debilitado y desacreditado* al partido cubano, pero que no se desalienta por ello.

Su esperanza está en hacer aprobar por el Congreso (Senado y Cámara de Representantes) una resolución que sea firme en el plazo requerido prescindiendo de la firma del presidente.

Si se manda al presidente Cleveland una resolución para que la acepte ó la rechace, cree el corresponsal que no habría de aprobar ahora el presidente de los Estados Unidos una declaración de una política á que se ha opuesto rotundamente.

* * *

Habla el corresponsal de un periódico sud americano.

Estaba deseoso de conocer á un bravo soldado que había venido como voluntario de la Argentina, y de quien me contaron hazañas dignas de grabarse en bronce, á mayor abundamiento cuando el que las había ejecutado no era ningún hombre en la flor de su edad, sino ya maduro, con sus cincuenta años, corridos entre privaciones y trabajos rudos. Para alcanzar mi propósito y aprovechando la circunstancia de hallarse en la Habana Miguel del Campo (que así se llama nuestro héroe) pedí á un oficial español que me honra con su amistad, me facilitase una *interview* con el soldado en cuestión. Prometiéndome que se enteraría, y que llevaría su amabilidad hasta el extremo de enviarme á mi alojamiento, á Miguel, en cuanto las circunstancias del servicio se lo permitieran.

Efectivamente, al siguiente día, sobre las diez de la mañana, cuando estaba yo despachando mi correspondencia, oí sonar dos discretos golpecitos en la puerta.

—Adelante—grité y volvíme.

Penetró, no sin hacerme un saludo militar, un hombre bastante viejo, biencarado, que ostentaba en las mangas de su blusa los galones de cabo.

—¿Le envía á V. el primer teniente X?—preguntóle.

—Sí, señor.....

—Entonces viene V. á decirme que Miguel del Campo no puede venir.

—Miguel del Campo es un servidor de V.

—Ah! ¿Pero es V. cabo ya?

—Vaya; enseguida. ¿Ve V. estos galones? Pues me los ha regalado *El Imparcial*.

—Bueno, pues siéntese V. y echaremos un párrafo, digo si no tiene usted prisa.

—Ninguna; el teniente me ha dicho; cabo, vaya V. á la calle tal, número tal; allí hay un caballero que quiere hablar con V.; está bien, mi teniente..... y aquí me tiene V.

Sentóse Miguel; hice traer unas copas de ron y cigarros y reanudamos el diálogo.

—Vaya,—díjole y sirviendo una copita de Jamaica—lo que deseaba de V. era el que me diese algunos detalles.....

—Ya lo sé..... es decir, me lo figuro, por qué me han preguntado tantos caballeros sobre aquella niñería.....

—¿Niñería? ¿cuál?

—Aquella de Jatibonico..... Ya verá V., si es español y vizcaino por añadidura; va uno sobre un mulo, enfermucha, cuando de pronto vé V. á unos españoles que *la entregan*..... ¿V. es español?

—No; pero desciendo de ellos y los admiro!

—Gracias; pues como le iba diciendo, yo ví la cosa muy grave para mis compañeros, y como esta sangre española no se puede remediar.... hice lo que hice.

—Pues eso quiero yo, valiente, que me cuente V. lo que hizo.

—No tengo inconveniente, aunque despues de todo la cosa no tenga nada de particular.

Cuando llegó á las playas argentinas el rumor de que los *mambises* se habían levantado, haciendo armas contra la madre patria, á nadie cupo duda de que aquella algarada terminaría pronto y felizmente con el oportuno correctivo que las tropas impondrían á los insurrectos.

Pero las sucesivas noticias hicieron palpar nuestros corazones de indignación, vista la tenáz porfía de los laborantes y el indirecto apoyo de *no no sé quien*.

Entonces un grito unánime de entusiasmo brotó de todos los labios y el grito fué:

—¡A Cuba!

¿Qué hacíamos allí en suelo extraño, malgastando una existencia, llena de vicisitudes, sin otro objeto que el triste pan de cada día?

La expedición fué un hecho, y una tarde, un vapor que ondeaba á popa la bandera española nos llevó, llenos de ardimiento, á aquella tierra Antillana, que ya conocía yo, por haber servido como voluntario en la pasada guerra.

Se nos hizo un entusiástico recibimiento en el puerto de desembarco y nos filiaron. Yo ingresé en cazadores de Valladolid, al mando del general de brigada señor García Navarro. Estábamos en las Villas, y, el 21 de Noviembre—siempre tendré presente esa fecha—salí con la columna hácia los límites de la provincia de Puerto-Príncipe, donde se aseguraba que los insurrectos, en crecido número se preparaban, uniéndose, á dar un buen golpe de mano.

Nos dieron el moderno armamento, pero á un servidor,—no sé por qué—me dejaron mi viejo Remington, que vale como cualquier otro, si está bien manejado.

Y emprendimos la marcha.

Una larga marcha, caballero, puedo asegurárselo á V.; entre ciénagas, siempre alerta, sin dormir, comiendo apenas....

Yo soy algo viejo, y las fatigas del camino me postraron tanto, que al llegar á Arroyo Blanco, tuve precisión de darme de baja. Quedéme pues con algunos compañeros y al pasar por allí el coronel Segura, recogiónos, prosiguiendo su camino á Sancti Spiritus. Pero antes de llegar allí, al vadear el río Jatibonico, los insurrectos, en crecido número, casi duplicándonos atacaron la vanguardia.

Me hice cargo de la situación; yo no había ido á Cuba para ponerme enfermo y mirar desde el lomo de una mula, (que en ella iba) como mis hermanos de armas se batían en tan desigual lucha. Observé que un sargento de Granada y siete soldados se batían como leones con una nube de *mambises*, que los sofocaban casi, y que, si no mediaba una casualidad, era imposible que pudiesen salvar el pellejo. Me sentí repentinamente bueno, apeéme de la mula, corrí al grupo, y con mi bueno y viejo Remington, empecé á largar peladillas de á onza, mientras se cruzaban entre nosotros frases de ánimo.

—¡Animo, Granada!—gritaba el sargento á cada instante.

—¡Toma, moreno!—decía otro disparando su Mátisser.

Pero desgraciadamente, nuestro valor no podía hacernos invulnerables. Uno tras otro fueron cayendo al suelo, heridos; el sargento rodó de un tiro; un soldado, al sentirse el balazo, avanzó como ciego y cayó bastante lejos de nosotros. Al verle un grupo de *esa canalla*,—á cuyo frente iba un negrazo feo como la muerte,—se precipitó sobre él, con ánimo sin duda de rematarle. Distrajo al grupo el fuego que hacía la

columna, pero el moreno, seguido de otro tan negro y tan feo como él, púsose cerca del soldado herido, levantó el machete, y, á no ser por un bayonetazo que recibió el caballo en la grupa, lo que le hizo pegar un bote...

—¿Y quién dió tan oportuno bayonetazo?—pregunté yo.

—Pues verá... yo. Revolvió nuestro negro el caballo, y ciego de cólera, precipitóse segunda vez con furia de chacal sobre indefensa presa, á terminar la hazaña empezada, pero...

—¿Pero qué?

—Que se encontró con la boca de un fusil, que le miraba fijamente, y aunque Remington, certerito cuando se apunta bien; creyóse el moreno, que el fusil le miraba para bromear y se arrojó con su caballo sobre él, pero el fusil que estaba muy serio aquel día se disparó y el negro rodó por tierra con un boquete en el mismo pecho.

—¿De quién era ese Remington?

—Pues verá usted... mío.

Dice un refrán de mi tierra que el que hace una buena obra no debe dejarla á medias, y me ví en la precisa obligación de terminar la riña. Puesto que había salvado el resto de vida que pudiese tener mi compañero, no era cosa de dejarlo para pasto de las *auras tiñosas*, y como yo siempre hago lo que pienso, cogí al herido, púsemelo al hombro con fusil y todo y encaminéme en busca de las fuerzas. Cuando más satisfecho iba de llegar con mi preciosa carga á puerto de salvación, oí con espanto un trote resonante á mis espaldas. Dejé al herido en el suelo, volvíme y ví que otro negro, ginete en otro caballo, se lanzaba contra nosotros blandiendo el afilado machete.

Afortunadamente, recordaba la esgrima de fusil y esto me salvó, y salvó á mis compañeros. Paré, revistiéndome de tanta serenidad como era necesaria, los tajos y mandobles que me tiraba aquel condenado y en uno de los movimientos, al saltar de lado, pude montar el Remington, y montarle y dispararle sobre mi enemigo fué todo uno. El negro se desplomó como una pared derruida, muerto del tiro. Estaba de Dios que mi fusil tomase venganza de los Matússer que le habían afrontado...

No pude menos de reirme al oír la observación del valiente soldado.

—No lo tome usted á broma,—me dijo Miguel del Campo,—luego me han dado un Matússer, pero créame usted, señor, en aquella memorable batalla, las manos me quemaban al cojer el cañón del fusil, y no creo que miento si le digo á usted que pasaron de cien los disparos que hice en pocas horas.

—¿Aprovechados?

—Eso no se puede precisar; pero vaya, creo que no se perdieron todas las balas, el enemigo era abundante y la distancia corta. Pues como

iba diciendo á usted, luego que el segundo *moreno* besó el suelo, torné á montar sobre mis hombros al pobre herido, y proseguí mi camino, esta vez sin novedad, puesto que entregué á mi hombre en manos seguras, dejándole á los camilleros, que lo trasladaron á la sanidad.

—Valeroso y heroico rasgo que le honra á usted infinito... es usted un valiente y me complazco en decírselo así.

—¡Ca, no, señor; eso está en la masa de la sangre y yo creo que todos hacían lo propio...

—No quiero discutir esa creencia... adelante.

Luego que dejé al otro seguro, volví á la fiesta como era de obli-



... nuestro valor no podía hacernos invulnerables... (Pág. 567).

gación. Al cruzar por los bagajes ví un espectáculo que me hizo hervir la sangre: un numeroso grupo de insurrectos había llegado hasta allí, y machete en mano, peor que las fieras más crueles, herían sin piedad, indistintamente á enfermos y acemileros. Tres de éstos fueron asesinados á mi vista. Un pobre soldado enfermo, lleno de terror ante tal espectáculo, sacó fuerzas de flaqueza, y huyó ligero siendo perseguido como una liebre por un feróz ginete que le amenazaba con su machete. No había salvación para el infeliz; uno de los golpes dióle en plena cabeza, derrumbándole entre una mar de sangre. Corrí á su lado; yo no estaba enfermo, y el cobarde perseguidor de indefensos, dejó la piel en el mismo lugar de su cobarde hazaña. Tuve que añadir aquel *mambis* en el haber de mi Remington. Y vuelta á la carga. El enfermo sólo estaba

herido. Herido y enfermo no podía caminar, así es que como al otro, tuve que conducirlo á las camillas. Este era del batallón de Soria y creo que curó.

Como principio quieren las cosas, yo le había tomado gusto á las maniobras de matar ginetes y llevar heridos, así es, que tan pronto como dejé el segundo marché á la vanguardia, donde se pegaba de lo lindo y caían los proyectiles como granizo. Encontréme con el sargento herido, á quien olvidé un momento en mis correrías, y al verme, como quiera que los pocos hombres que quedaban sin heridas, querían retirarse, gritóme dolorosamente:

—¡No nos dejéis por Dios, que nos rematarán!

Hice un llamamiento á los sentimientos generosos de mis compañeros y agrupados alrededor de los heridos, esperamos á pie firme el grueso de la columna, la que recogiendo los heridos encerróles en el cuadro que se formó para resistir el empuje de la partida. Y como todo tiene su fin en este mundo, luego que hubimos rechazado á aquella horda, vino la hora del descanso; enterramos á los muertos, y en buen orden, fatigados, pero contentos de nosotros mismos, entramos en Iguará. Y vea usted toda la acción de Jatibonico.

—Me ha dejado V. admirado.

—Bah! Los hombres son según las circunstancias... aquel día salvé yo dos hombres, pero arrieros somos y por el mundo vamos; puede que mañana me salve otro á mí y pata.

—¿Y qué recompensas obtuvo V. por su brillante comportamiento?

—Pues mire V.

Y me enseñó el galón encarnado que ostentaba en la manga de su guayabera.

—¡Hola!

—Si señor; me hicieron cabo; y presumo que si Dios me pone en condiciones, puede que suba más.

—¿Y volverá V. luego á la Argentina?

—¿Para qué? Ya soy yo muy viego, aunque no tenga mucha edad... si no me toca una *chiva* y gano alguna crucesilla con su pensión correspondiente, el día que acabemos con esta gentuza, me doy una vuelta por el Valle de Carranza y allí me estaré hasta que Dios sea servido.

—¿De modo que piensa V. seguir los azares de toda la campaña?

—Toda; para eso he venido; y ahora—añadió poniéndose de pié,—sino me manda V. otra cosa, me retiro, haré falta en mi sitio y...

—Tiene V. razón; le doy á V. un millón de gracias por haber sido tan amable; le estrecho á V. la mano con verdadero orgullo, porque es la de un bravo, y si un día, necesita V. de mí por cualquier contingencia, ya sabe donde me hallará.

—Gracias señor; nada puedo ofrecerle á V. más que una buena voluntad, cuente con ella.

—Adios, pues, valiente!

—Quede V. con él!

Y Miguel del Campo, despidiéndose con el saludo militar, salió de mi habitación, dejándome sumido en hondas reflexiones acerca de las nobles cualidades, que adornan pechos rudos, así como el diamante se esconde entre la pétrea corteza, para no dejarse adivinar sino por la práctica.





XVI

El general Weyler



RECEDIDO de gran fama, llegó á la Habana el nuevo capitán general de los ejércitos en Cuba.

La prensa de las Antillas le había dedicado grandes artículos encomiásticos y quien más quien menos, hizo del invicto general en quien todos tenemos tantas esperanzas, un tipo legendario.

El general Weyler es un soldado valeroso, un caudillo enérgico y decidido, el general en jefe de nuestro heroico ejército, el brazo implacable y justiciero que ha de castigar tantas monstruosidades y tantos crímenes, como perpetrán en nuestros campos de Cuba las abigarradas hordas del separatismo; no es pues un político receloso influido por anteriores compromisos, pues no admite diferencias ni categorías, entre los españoles todos que han seguido la causa del orden y la civilización.

Y esa es—como dicen en Cuba—la más fervorosa aspiración de todos los españoles. En las difíciles circunstancias presentes, el representante de España debe dirigir todos sus esfuerzos á castigar la increíble audacia de los rebeldes, á fin de hacer posible la paz que todos suspiramos; y al lado de la superior autoridad, ofreciéndole incondicional cooperación, estarán todos los españoles, sin preferencias de ninguna clase sin líneas divisorias, sin falsos prejuicios, inspirándonos en el amor á la

pobre patria que padece, en el peligro á esta tierra que pelagra, en el culto á la nacionalidad que nos defiende, en la veneración á la bandera que nos ennoblece y ampara, en todos aquellos sentimientos grandes, que deben mover á los que de patriotas se precian; pero nunca, jamás, bajo ningún concepto en el interés de bandería y que debe aparecer y eclipsarse por completo para dejar sitio á las fraternales y hermosas expansiones de la gran familia española, que ahora debe unirse cada vez más, si es que no hemos perdido los generosos alientos que constituyen la característica de nuestra heroica raza.

Esto y otras cosas por el estilo tan justas como patrióticas eran las que decían los periódicos de Cuba y los de la península apenas conocieron el nombramiento del general Weyler para el mando del ejército de operaciones.

Así es que, apenas el Alfonso XIII doblaba la punta del Morro y penetraba gallardamente en las aguas de la bahía, la explosión de entusiasmo fué inmensa.

Entre los vivas, el sonido ronco de las sirenas, de los grandes buques, de vapor y el silbido agudo de los remolcadores, el ruido era verdaderamente ensordecedor.

Solo se escuchaban dos vivas: á España y á Weyler, pero repetidos por millares de lenguas.

En las azoteas, agitaban las señoras los pañuelos y lo mismo en las embarcaciones de la bahía.

Los vítores hallaron eco en el Alfonso XIII, que contestó con su sirena al saludo de la Habana; sobre cubierta estaba todo el pasaje y las fuerzas que iban de la península, y también saludaban con los pañuelos.

Los soldados de caballería agitaban las gorras de cuartel y daban nutridos vivas á la patria que acababan de dejar y al general que los acompañaba en el viaje.

Era tanta la ansiedad y tanto y tan viyo el deseo de ver al general Weyler y aclamarle, que gran número de personas de las que se hallaban en las embarcaciones rodeando el trasatlántico pretendieron invadir las escalas de ambos costados para subir á bordo y costó gran trabajo contenerlas en tan legítimo deseo.

Faltaba media hora para que el general desembarcara y la multitud deseaba verle pasar.

Las fuerzas de orden público convenientemente distribuidas desde el muelle de caballería hasta el palacio de la capitanía general, intentaron en vano dejar libre un estrecho paso por donde pudiese atravesar el general Weyler y hasta las mismas fuerzas del ejército que con los voluntarios habían de hacer los honores de ordenanza al nuevo general en jefe, á duras penas conservaban la línea de formación.

Personas que presenciaron en aquella capital muchas recepciones de

nuevos gobernadores, decían que no recordaban haber visto nunca, tan grande y legítimo entusiasmo, como el que en aquellos momentos dominaba á todas las clases de la sociedad sin excepción alguna.

La masa de los que esperaban, nutrida y compacta, y el excesivo número de carruajes, ocupaban de tal manera todo el espacio de los muelles y el camino hasta la capitanía general, que no se sabía como el nuevo gobernador había de llegar hasta su palacio.

A costa de grandes esfuerzos, pudo conseguirlo: el público prorumpía en calurosas y frenéticas aclamaciones: las señoras y los niños arrojaban flores y coronas al paso del general, quien no quiso aceptar ningún carruaje y efectuó su entrada á pié mostrándose muy satisfecho de la acogida que se le dispensaba.

Besó á algunos niños que se adelantaban á saludarle y á ofrecerle corona. Aclamado por el público, que deseaba verle y oírle, salió al balcón, siendo vitoreado con delirio.

A las once de la mañana hubo gran recepción en la capitanía y se verificó la entrega del mando por el general Marín, acto que resultó imponente, así como la alocución que el general Weyler pronunció á los allí presentes.

He aquí su discurso al tomar posesión del mando:

«Vengo animado de los propósitos generosos de España. Seré tolerante siempre que la tolerancia sea compatible con mis deberes. Vengo á mantener el alto nombre de la patria y acabar la guerra en los campos y en las ciudades.

»Tanto los peninsulares como los insulares deben mostrar sin tregua y sin descanso su amor á España, sacrificándose por ella.

»Todos, así los unos como los otros, han dado pruebas ya de su patriotismo, y recuerdo con orgullo, como español, la lealtad con que en la guerra pasada los hijos de Cuba formaron columnas que prestaron grandes servicios á España.

»Espero que estos servicios serán hoy tan generosos y tan importantes como lo fueron en aquella lucha pasada.

»Mientras dure la guerra—añadió—no admitiré distinción alguna de política.

»Condeno toda política que no sea la política española.

»No admitiré á mi lado camarilla alguna.

»Sólo existen para mí en Cuba españoles y separatistas.

»Mi misión en este punto será la de deslindar los campos, haciendo separación perfecta entre los que aman á España y los que luchan contra España.

»Acogeré con benevolencia toda queja justa que me sea dirigida, é informaré mis actos en la más estricta justicia.»

* * *

En la alocución dirigida al pueblo por el nuevo gobernador general de Cuba, dice lo siguiente:

«Tengo la confianza de conservar la posesión española, hallándome dispuesto á no perdonar para esto ningún género de sacrificios.

»Cuento para esta obra con el valor y la disciplina del ejército y la marina, con el patriotismo y abnegación de los voluntarios y con el apoyo de los leales habitantes de Cuba, así insulares como españoles.

»Seré generoso siempre con los vencidos y no perdonaré medio para premiar á los que auxilien la causa de España.

»Tampoco me faltará la decisión propia de mi carácter para castigar con rigor á los enemigos, á los que ayuden á éstos y á todo el que trate de rebajar el prestigio de España.

»Prescindiré por completo de la política. Mi misión principal es la de concluir la guerra, sin perjuicio de ayudar al gobierno, el cual conoedor de las necesidades de la isla, concederá oportunamente aquellas reformas políticas y administrativas que estime necesarias.»

Respecto á las opiniones que de este ilustre militar, tenían los cubanos comprometidos, pero no descaradamente, he aquí lo que se dice:

«Ahora...—dice un periodista que conoce el paño—tememos mucho por el porvenir, porque ó no quieren decir nada las palabras del general Martínez Campos, ó quieren decir que sin su garantía se impondrá aquella política de crueldad que sin razón atribuye á los partidos mencionados, y nadie que no lleve la fe de bautismo peninsular podrá vivir tranquilo colocando de esta suerte las cosas en una peligrosa pendiente.

Coincidiendo con esto, el Gobierno nombra al general Weyler, y en el acto se determinan los fenómenos de emigración que temíamos.

No es para nadie un secreto que el general Weyler se distinguió en la guerra anterior por su extraordinario rigor.

Cuantas veces se ha anunciado su nombramiento para el mando superior de Cuba, otras tantas se han revelado aquí los temores.

Viene el general Weyler con la nota de la brillante campaña hecha sin ruidos en Barcelona contra el anarquismo, y tiene el buen cuidado de hacer dos afirmaciones capitales: una, que no es ni será sanguinario; otra, perseguirá sin contemplaciones á los espías y traidores.

Hacia dos horas que se habían hecho públicas sus declaraciones.

La Habana ofrecía un cuadro interesante.

Era frecuente oír decir cosas como éstas.

—Fulano está haciendo la maleta.

—Se marchan á los Estados Unidos el señor Zutano y Mengano.

—Se han pedido en el Gobierno civil hasta 700 pasaportes.

—Hay pedidos 300 pasajes en los vapores de Tampa.

Anoche, sin ir más lejos fué detenido un amigo nuestro por otro que lo era suyo, entablándose entre ambos el siguiente diálogo:

—Oye, chico, ven acá. Te voy á pedir un consejo.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Tú crees que yo debo marcharme?

—¿Por qué?

—Hombre, yo he hablado, ¿sabes?

—Bueno, pues no seas bobo y no hables más.

—Sí, ¿pero tú crees que yo voy á dejar de leer los periódicos?

—Lee los nacionales y cállate la boca.

Me extraña—decía un distinguido cubano—que haya tanta gente que se quiera marchar.

—Para mí lo mismo es Weyler que Campos.

El que no tiene coco no tiene miedo.

Además, esos que se van por que sí, tendrán que arrepentirse si es que no están comprometidos, porque si creen que van á pasar fuera una temporadita se equivocan.

Un año aguantarán algunos, pero después ya verán lo que les pesa, porque empezará á faltarle lo más necesario para la vida.

Hay que convenir en que no les falta razón.

¿Por qué se van?

Respetemos su determinación; pero anotemos el fenómeno como determinante del cambio de situación entre la política que representaba el general Martínez Campos y la del general Weyler.

—¿Qué pasa con los generales?

—Con los generales... ná.

—¡Pero si dicen que hay algunos que quieren marchar con Campos!

—Si lo dicen; pero... no es verdad.

—Me tranquilizo.»

El Correo Militar, autoridad indiscutible en todo aquello que se relaciona con el Marqués de Tenerife, dice lo que sigue:

«No piensa, pues, ni habla el general Weyler como algunos le atribuyen; sabe perfectamente lo que en su nombramiento corresponde á los poderes públicos, á la representación del Estado y lo que las corrientes de la opinión pueden haber influido. Y de esa común confianza pro-



Doctor R. E. Betances.

curará conservarse digno. Sin parar mientes en pérfidas insinuaciones sobre tal punto, como no las parará tampoco en las insidias lanzadas acerca de la designación de determinados generales para ir con él á compartir las glorias y fatigas de la campaña.



... la emboscada en que fueron envueltos los novales soldados... (Pág. 578).

Aparte de que no le correspondía indicar *motu proprio* esos generales, sin perjuicio de ser consultado por el Gobierno, como se hace con toda autoridad de su categoría, al llevarlos gustoso á Cuba, no ha necesitado preguntarles nada, sino recordar las condiciones exclusivamente militares que posee cada uno. A sus órdenes han servido todos; los conoce bien; ve en ellos útiles auxiliares y los lleva consigo. Lo demás no hace al caso.

Cuaderno 77-1, 2.

Precio 10 cent.

Si el marqués de Tenerife fuese político, y formando parte de un ministerio hubiese de dar candidatos para unas elecciones y se presentara, por ejemplo el general A como republicano ó el general B como carlista, entonces se preocuparía de tal asunto sencillamente para negarles el apoyo oficial.

Pero para batirse por la patria basta con ser español, y será mejor el que más aptitud tenga, así haya comulgado en los altares de la república ó al pie del trono hipotético de don Carlos.

Y si el Gobierno de S. M. piensa así y procede con arreglo á tal principio, vuelve á resultar otra vez la armonía que debe existir entre Trono, ministros y general en jefe.

Hé aquí cuanto se puede decir sobre algo que convenía abordar para detener á la malicia en su camino.»

Documento curioso.

«Circular.—Cuartel General del Ejército Libertador.

Ingenio de Santa Rosa, Enero 10, 96.

En consideración á que ya queda suspendida la operación de la zafra en las comarcas occidentales y por lo tanto no se hace necesario el incendio de cañaverales, dispongo lo siguiente:

Artículo 1.º Queda terminantemente prohibido en absoluto el incendio de cañaverales.

Art. 2.º Serán tratados con la mayor severidad de la disciplina militar y el orden moral de la revolución los que contraviniesen á esta disposición, cualquiera que sea su categoría ó situación en el ejército.

Art. 3.º Serán destruidas las máquinas y fábricas de los ingenios que á pesar de esta disposición salvadora intentasen emprender de nuevo sus trabajos.

Art. 4.º Serán respetados en sus personas y en sus labores agrícolas todos los habitantes pacíficos de la isla, cualquiera que sea su nacionalidad.

El general en jefe, *Máximo Gómez.*»





XVII

El cabecilla Cepero



osé Loreto Cepero es un criollo joven, de robusta constitución, y no obstante de ser su ilustración bastante limitada, goza entre los suyos de bastante autoridad, como lo prueba el hecho de habersele nombrado *comandante* del ejército *libeltadol*.

Máximo Gómez, á pesar del renombre que Cepero tiene, no lo estimaba antes y no se recata al decir que el citado guerrillero era un cobarde, y que tan pronto como pudiese haría por deshacerse de él.

No era esto desconocido de Cepero, quien se propuso captarse las simpatías del *generalísimo*, con un hecho que alcanzase alguna resonancia.

Presentósele la ocasión de distinguirse en el infortunado encuentro de Mal Tiempo y realizó cumplidamente sus aspiraciones.

Mandaba la vanguardia de la partida de Rego, y preparó la emboscada en que fueron envueltos los noveles soldados de Bailén.

Terminada la acción, Cepero se presentó á Máximo Gómez, y arrojando á sus piés unos cuantos fusiles Mátisser le dijo:

—Excelencia, esos Mátisser tintos aún de sangre española, los he cogido yo con la hoja del machete.

A lo que contestó el generalísimo:

—Bueno, eso te libra de ser *quindado* de una guásima.

Estos detalles, los refirió el propio Cepero, al jefe de la fuerza que consiguió aprehenderle.

Nadie sabe hasta hoy á que causa haya podido obedecer el que Cepero ocultara sus armas y tomara pasaje á bordo del Argonauta.

Se supone que el *generalísimo*, aprovechando el deseo que tenía Cepero de probar que era valiente, le confiaría una de las muchas comisiones que á cada momento da á los suyos cerca de los laborantes de las ciudades.

Pero esta vez no resultó la combinación; y gracias á un oficial de voluntarios que le conocía personalmente, el señor Monasterio, Cepero fué preso á bordo del Argonauta en la siguiente forma:

Embarcó en este buque, con dirección á la Habana, el fiscal de la Comandancia general de Santa Clara, don Enrique Vázquez, teniente coronel de infantería y exprimer jefe del batallón de San Quintín.

Bueno es hacer constar que este jefe operó como subalterno en la pasada campaña, y sabe, por lo tanto, lo que entre manos se trae.

Una vez á bordo, recibió el señor Vázquez una inesperada confianza de Monasterio, en la que no se determinaba nombre ni condición, pero se afirmaba que iba en el buque un pájaro de cuenta.

Puso en autos Vázquez al capitán del barco: éste le autorizó para que se colocara á su lado en el momento de cobrar los pasajes, por la lista del sobrecargo, en la camarata; la operación se verificó y no compareció á realizar el abono el pasajero don Lorenzo Dupuy.

Valiéndose de un guardia civil que iba enfermo, estableció la necesaria vigilancia el señor Vázquez, y se esperó la hora del almuerzo. Llegada ésta, y no presentándose el tal Dupuy en la mesa se le mandó recado y contestó «que se encontraba indispuerto.»

En el acto se presentó en el camarote, acompañado del capitán, el señor Vázquez, é insertamos el parte oficial, donde consta el diálogo entablado:

—«Soy el fiscal militar de la comandancia de Santa Clara, y cumpliendo deberes de mi cargo, necesito saber como se llama usted y á donde se dirige.

—Me llamo Lorenzo Dupuy, como lo acredita esta cédula de vecindad, y me dirijo á la Habana.

—Como la cédula nada significa, por la facilidad con que este documento se obtiene, hago caso omiso de ella, y no creo que usted se llame Lorenzo Dupuy.

—Pues se equivoca usted.

—Eso es lo que vamos á ver ahora mismo. Ordenanza, diga usted al teniente de voluntarios señor Monasterio, que me haga el obsequio de venir.

Compareció el teniente, y el señor Vázquez lo interrogó en esta forma:

—¿Conoce usted á ese hombre?

—Sí, señor; se llama José Loreto Cepero, y lo conozco por haber sido su padre arrendatario del mío.

—Sí, yo soy Cepero—responde el cabecilla.

—¿Es decir—agregó el señor Vázquez—que usted es el titulado comandante segundo jefe de la partida de Rego y quien mandó la vanguardia insurrecta en la acción de Mal Tiempo?

—El mismo, el mismo; y á propósito, señor teniente coronel: ¿por qué ponen ustedes á esos soldaditos nuevos á la vanguardia? Nos LOS COMEMOS COMO GORRIONES.

El jefe español midió con despreciativa mirada á aquel insolente y no contestó la pregunta; lo constituyó en prisión y no sin peligro pudo conducirlo á la Habana y presentarlo al general en jefe, quién lo entregó al general Arderfús, que dispuso su traslación al Morro.

Al ser registrado, se le encontraron 140 centenes y una cédula de *ciudadano americano, extendida por el consul de esta República en Cienfuegos*, cuando ya el Cepero se encontraba en el campo rebelde.

Cual será la suerte que alcanzará al sanguinario cabecilla, no se sabe.

El y los suyos empéñanse en demostrar que iba á la Habana á presentarse al general en jefe y someterse al Gobierno legítimo. Otros, los más, juran que llevaba una misión secreta de Máximo Gómez.

Sea lo que fuese, Cepero no dejará de ser un traidor, un cabecilla insurrecto y un asesino de los 70 soldados de Bailén, por él mandados machetear.





XVIII

LA LA MAR!



os filibusteros tenían necesidad de hacer una que fuese sonada, ya que tantas eran las palizas que llevaban de las tropas leales.

Lo habían intentado todo y no les quedaba más recursos que acudir al ya gastado resorte de preparar desembarcos de hombres y dinero.

Esta vez, tocóle en suerte á Calixto García: el cabecilla de más prestigio acaso en las filas insurrectas, y dicho y hecho; nó bien se hubo pensado, cuando la expedición estaba dispuesta.

Los insurrectos daban mucha importancia á esta expedición, pero afortunadamente para nosotros nó fué así, porque la providencia encargada casi siempre de todos estos asuntos, aguló las esperanzas de los hijos desagradecidos de la patria.

Los filibusteros salieron del puerto de Nueva York el sábado por la noche (7 de Marzo) en un remolcador que se dirigió al East River (Río del Este) y fué navegando hasta encontrar la balandra Hawkins.

Esta, se hallaba preparada para zarpar y tenía sobre cubierta los pertrechos de guerra y muchos sacos de carbón.

El capitán del barco aseguró á Calixto García y sus compañeros que reinaría buen tiempo durante varios días.

Esta afirmación, llenó de regocijo á todos los expedicionarios y la Hawkins dió vuelta á Moncuarte Point, dirigiéndose hacia el Sur.

Durante todo el domingo, navegó el barco en excelentes condiciones, pero á las nueve de la noche se inició un tiempo duro, y la máquina comenzó á hacer agua.

Esto alarmó sobremanera á los tripulantes y pasajeros que comenzaron á protestar de las afirmaciones que el capitán les había hecho, hacía poco tiempo.

El capitán no se inmutó por ello, pero comprendiendo la gravedad del peligro que corrían, adoptó cuantas disposiciones juzgó oportunas para evitar una catástrofe.

Cuantos se hallaban en el vapor, comenzaron á trabajar con empeño para evitar que el barco se fuera á pique, y á las tres de la mañana del lunes el barco seguía haciendo agua en tales proporciones, que se juzgó imposible desalojarla.

A esa hora, el agua apagó los fuegos de la máquina y el buque tuvo que marchar navegando con su única vela.

Entonces el capitán, cuidando ante todo de salvar la vida de los pasajeros, dió orden de arrojar la carga al mar.

Los filibusteros trataron en un principio de disuadirle de tal propósito, pero ante las observaciones de aquél, acabaron todos por obedecer sus órdenes, y aun cuando, con inmensa pena, los separatistas ayudaron á los tripulantes á echar al agua los pertrechos y el carbón que conducía el buque.

Los momentos aquellos fueron de angustia indecible: todos gritaban desesperados, maldecían y hasta rezaban porque la inminencia del peligro les obligaba á todo y no faltó quién se desnudara para arrojarle al agua si el caso era llegado.

Cuando se hallaban á los 37° y 58° de latitud y á 72° y 39° de longitud, el vapor pidió auxilio y logró ser atendido á las 8 de la mañana.

Se le prestaron tres balandras, y los expedicionarios pudieron dirigirse á Gerik en cinco botes salvavidas.

Sorprendió y se comentó mucho en la Habana que fueran Calixto García el jefe de la expedición filibustera, y su hijo, los primeros que saltaron á un bote.

De los otros botes, los tres primeros con 70 náufragos, fueron recogidos por la balandra Buhe que se dirigía á Bostón y los transbordó luego al remolcador Dalzell que se encontró en la ruta.

El remolcador se dirigió á Nueva-York inmediatamente y desembarcó á los filibusteros allí, á la una de la tarde.

El cuarto bote fué recogido por la balandra Benedict que hacía el viaje desde Norfolk á Bostón.

El quinto bote, pudo acercarse á la balandra Crosky que se dirigía á Portland y en la cual hallaron acogida los náufragos.

No se tienen noticias de 18 pasajeros del Hawkins: se los créa perdidos y se supone que la mayor parte pertenecían al primer bote.

Entre los que desembarcaron en Nueva-York, figuraban Calixto García, su hijo Roza, el doctor Hernandez y Agustin Cervantes.

La balandra Benedict condujo 25 náufragos á Boston: y la Crosky solamente recogió 13, entre los cuales estaba Alfredo Arango.

La Hawkins naufragó cien millas al Sudeste de Barregat.

Esta catástrofe destruyó las más doradas esperanzas de los insurrectos cubanos.

* * *

Los enemigos de España habían estado, desde el mes de Agosto, haciendo preparativos para organizar la expedición filibustera, sin duda la más importante de todas cuantas han salido de las costas norte americanas desde que dió comienzo la funesta insurrección de Cuba.

Los laborantes y separatistas residentes en los Estados Unidos han contribuido todos con sus dineros ó han hecho cuantos esfuerzos les han sido posible para recaudar cantidades con destino á los gastos de la expedición.

El desembarco de esta había deser en el puerto de Guadiana, situado en la parte Occidental de la provincia de Pinar del Rio y estaba destinada á salvar á Antonio Maceo de la difícil situación en que se halla, á juzgar por el apremio con que, desde hace días, viene pidiendo refuerzos y municiones, para poder hacer frente á las columnas del ejército que tan activamente le persiguen y acosan.

La situación de Maceo debe ser indudablemente comprometida, puesto que la salida de la expedición se ha adelantado algunas semanas, á fin de llevar cuanto antes, armas y municiones al jefe mulato.

Por consecuencia del naufragio de la Hawkins han perdido los filibusteros 1,200 rifles, 1.000,000 de cartuchos, 3,000 libras de dinamita y, dos cañones de tiro rápido sistema Hothkiss.

Calcúlase en cien mil duros el importe de las armas y municiones



El capitán Malibran.

perdidas, sin contar otros trece mil duros que los revolucionarios cubanos tuvieron que entregar para adquirir el barco.

La expedición formábanla 126 hombres, jóvenes la mayor parte y pertenecientes á familias acomodadas y conocidas en la Habana.

A más de los citados, contábanse también entre ellos, Bernardo Soto y dos químicos de nacionalidad francesa.

El fracaso de la expedición ha producido hondo disgusto á Calixto García y se ha negado rotundamente á celebrar conferencias con los *reporters* de los periódicos que, como es natural, acudieron en buen número á

su casa, impacientes por conocer todos los accidentes del naufragio.

Estrada Palma, el presidente de la junta revolucionaria cubana, se ha negado también á recibir á los periodistas, porque teme sin duda, haber incurrido en responsabilidades y cometer alguna indiscreción.

El naufragio y como consecuencia el fracaso de la expedición ha producido verdadera consternación en los separatistas. El individuo de la junta que intervino en la compra del vapor Hawkins es acusado por aquellos de haber obtenido un beneficio de 5000 duros.

La noticia del desastre de los filibusteros ha producido gran entusiasmo entre los leales de la Habana, donde, desde hace algun tiempo, circulaba el rumor de que los laborantes venían preparando una expedición de gran importancia.

Calixto García y su hijo están enfermos por consecuencia de la mofadura.

La Hawkins se hizo al mar sin llevar papeles ni haberse llevado ninguna formalidad administrativa.

Dícese en Nueva-York a propósito del naufragio, que el Hawkins era un vapor viejo y desechado ya como inútil para la navegación. El cargamento era considerable y á más de las armas y municiones, figuraba una respetable partida de productos químicos para la elaboración de potentes explosivos. El mayor número de los filibusteros que figuraban en la expedición, estaba formado por el llamado «grupo de Carrillo» que comprende separatistas de alguna influencia. Calixto García acusa de defraudación á los agentes que llevaron á efecto la compra del barco; y la junta de Nueva York atribuye el desastre á un espía español.



Cabecilla Rabi.

XIX

EN LAS CHARCAS



Invitación á un combate.

El día 14 de febrero á las siete de la mañana, el capitán jefe de la columna acampada en el ingenio Dulce Nombre (Macagua), don Francisco Martín Sánchez, diputado á Cortés y actual gobernador del Banco de Puerto Rico, tuvo, por confidencia, noticias exactas de que las partidas mandadas por los cabecillas Lacret, Pancho Pérez, Clotilde García, El Inglesito, El Catalán y Felino Alvarez, con fuerza total de 1200 hombres montados, estaban acampados en la colonia Las Charcas, á 9 kilómetros del ingenio en donde pensaban pasar el día. Consistía el armamento de parte del enemigo en rifles, tercerolas y escopetas, pero muchos ginetes iban armados de machete solamente. El administrador del ingenio que dió minuciosos detalles acerca del armamento de los mambises y era amigo íntimo de algunos de ellos, hasta el extremo de haber el día antes celebrado una francachela con los jefes, oyó decir al titulado general de división Lacret en un momento de expansión y mientras pasaba revista á sus tropas:

—Diga usted á Martín Sánchez, á quien conozco de haberle visto en

Madrid muchas veces, que mañana paso aquí el día y tendré mucho gusto en que venga á tomar café con nosotros.

Al enterarse el señor Martín Sánchez del osado reto que por conducto del administrador del ingenio le dirigía el cabecilla insurrecto, preparóse inmediatamente á contestarlo en la debida forma. Sabía que los mambises tenían ganas de *peleal* (como ellos dicen) y de presentar un combate formal á los españoles, cosa rara en esta guerra irregular de vergonzosas fugas y de cobardes emboscadas. Inmediatamente pidió refuerzos á los puestos más próximos, y á la una de la tarde llegan procedentes de Macagua 160 voluntarios y 15 caballos, que unidos con 90 disponibles de la compañía formarían una columna de 250 combatientes.

Después que los oficiales hubieron almorzado reunidos, el jefe de la columna se levantó y les dijo:

—Caballeros, Lacret y Pancho Pérez nos esperan á tomar café en Las Charcas. Hay que ser corteses y acudir á la cita.

Púsose la columna en movimiento dirigiéndose hacia Las Charcas y cuando daban ya vista al enemigo rompió éste nutrido fuego á unos dos kilómetros de distancia del ingenio. El tiroteo de los insurrectos fué inmediatamente contestado por la vanguardia que hizo abandonar á los mambises el puente del río Palma, dispersándose numerosos grupos de ginetes. Los soldados españoles apoderáronse de dos puentes, sin gran resistencia y entraron en Las Charcas. Desde allí divisáronse grandes masas de caballos que ocupaban más de un kilómetro frente al campamento insurrecto. Avanzó la segunda compañía en orden de combate, pero la caballería enemiga confiando en la superioridad numérica que tenían sobre los valientes defensores del honor de España, precipitóse sobre ellos con infernal gritería, intentando dar una carga al machete.

Los españoles con extraordinario valor y serenidad admirables, no sólo rechazaron, sino que hicieron retroceder también á la caballería enemiga, obligándola á formar cuatro grupos, los cuales, apoyados en el batey y cubriendo los caminos que van á los montes del Retiro, concibieron sin duda el propósito de envolver á nuestras tropas. En estos momentos se empeñó un rudísimo combate. El fuego de los nuestros era tan nutrido y ordenado que resistió diez cargas de los mambises, los cuales en grupos de 100 á 150 se arrojaban furiosamente. El empuje, la disciplina y la bravura de las tropas leales, obligábales á retroceder, no obstante, el empeño de los jefes que cada vez intentaban destacar más ginetes de los grupos, no consiguiéndolo. Después de larga lucha la caballería enemiga se ocultó en los cañaverales, y el batey cayó en poder de las tropas, huyendo vergonzosamente el enemigo en dirección del monte. En el lugar del combate fueron hallados 11 cadáveres de insurrectos, 7 caballos muertos, muchos pertrechos de guerra y siete reses. Pero, según datos auténticos, tuvieron los enemigos muchas más bajas.

De los leales hubo 1 guerrillero muerto, 7 heridos y 14 contusos.

Las pruebas de valor dadas en esta brillante acción por el señor Martín Sánchez y los oficiales á sus órdenes señores Peinador y Lorenzo, así como las clases de tropa fueron objeto de vivas y entusiastas felicitaciones por el general Marín.

En este combate se ha observado una vez más la inmensa superioridad del fusil Matisser.





XX

NOTAS DE LA GUERRA

El combate de LA ESPERANZA

RAFAEL ESTRADA



ESTE es el nombre de un voluntario de 21 años, casi un niño, que rodeado por unos veinte insurrectos y habiendo perdido su caballo, se dispuso á vender cara su vida, batíéndose tan admirable y heroicamente y con tan pasmosa serenidad, que puso á tres hombres fuera de combate y á las 10 de la noche se presentó en este pueblo con su carabina y un solo cartucho.

Por espacio de más de media hora estuvo rodeado por los insurrectos que hacían grandes esfuerzos por apoderarse del valiente jóven, pero cada vez que el enemigo se aproximaba, le hacía fuego, obligándoles á retroceder hasta que logró al fin internarse en un espeso cañaveral, y favorecido por la noche, dirigióse al pueblo.

La conducta de este valeroso jóven es merecedora de los mayores elogios. Sin haberse batido nunca, se defendía con inusitada bravura de veinte enemigos y los derrotó, porque derrota vergonzosa es, por cierto, que tanta gente no pudiera apoderarse de un hombre, que, solo y habiendo presenciado la horrible muerte de sus dos compañeros, se defendiera del modo que lo hizo.

Un reto.

El cabecilla Leoncio Vidal, siguiendo el sistema de las baladronadas á que son muy dados los mambises, escribió una insolente carta al valiente comandante Mellado, retándole para que acudiera con su columna á los terrenos del demolido ingenio América, donde según decía en la carta le esperaba con más de 300 rebeldes, con los que estaba dispuesto á combatirle.

A poco de recibirse la carta mencionada, llegó un lechero con un recado del mismo cabecilla que confirmaba el reto anterior y que dijo además que le habían amenazado con cortarle el cuello si no llevaba el aviso al propio Mellado.

La noticia del insolente reto del cabecilla Vidal se hizo bien pronto pública, y el conocimiento de ella por los soldados llenó á éstos de inmenso regocijo y todos se manifestaron impacientes por acudir prontamente al sitio señalado donde se prometían poseídos de verdadero entusiasmo hacer un escarmiento de las osadías y fanfarronadas de los mambises.

La pequeña columna de Mellado deseosa ya de combatir, púsose en marcha inmediatamente anhelosa de llegar cuanto antes al sitio designado por el referido cabecilla.

Poco después de la salida del pueblo, se mandó hacer alto, y dirigiéndose á sus soldados, les dijo su comandante:

«Soldados: El cabecilla Leoncio Vidal ha tenido el atrevimiento que, yo aparte de todo le agradezco, de dirigir una carta retándome para que acudiera con mi columna á un sitio determinado. Sé que la fuerza enemiga es por lo menos tres ó cuatro veces mayor en número que nosotros, pero sé también lo mucho que vale el valiente soldado español, que sabe morir frente al enemigo sin abandonar nunca un palmo del terreno conquistado.»

Aludió después á la bárbara muerte de los voluntarios que esa misma partida había macheteado el día anterior, diciendo á sus soldados que era necesario vengar el asesinato de aquellos valientes, terminando con vivas á España, al rey, al general en jefe y al ejército que fueron contestados con entusiasmo delirante.

La arenga del comandante enardeció de tal modo á los soldados que inmediatamente emprendieron, no una marcha, sino una verdadera carrera en su afán de encontrar cuanto antes á la partida.

En esa forma, no tardó mucho la columna en llegar al lugar designado por el cabecilla Vidal, y visto que el enemigo no parecía, se hizo un detenido reconocimiento por aquellas inmediaciones que no dio resultado alguno.

El desencanto de los soldados que iban deseosos de combatir, fué grande, y un andaluz que formaba parte de la columna no pudiendo contener los efectos que la huida del cabecilla le habían producido, dijo á su jefe:

—Mi *comendante*; otra vez no haga V. caso de los mambises. Es gente de poca *formaliá*.

Una insurrecta distinguida.

La señora Menocal que acompañaba á su esposo el médico habanero don Raimundo Menocal, muerto en la acción de Pozo Hondo, según informes telegráficos que tenemos, es hermana del diputado autonomista cubano y catedrático de Derecho de aquella Universidad don José Antón del Cueto.

De este matrimonio habían nacido cinco hijos, el mayor de los cuales no cuenta aún diez años, los que no sabemos si también estarán en la manigua.

El doctor Menocal fué detenido en junio último por orden del general Martínez Campos, y puesto en libertad poco después á condición de trasladar su residencia al extranjero, de donde regresó con su esposa en una de las últimas expediciones insurrectas.

El doctor Menocal tenía varios hermanos en la manigua, uno de los cuales, secretario de Máximo Gómez, llamado Marip, murió, aún no hace un mes, en el ataque de Bejucal.

El único hermano que no tenía en la insurrección, es el llamado Narciso que ejerce las importantes funciones de juez de primera instancia en el partido de Trinidad, no obstante su notorio abolengo separatista.

* * *

Lo de la beligerancia.

Dicen de Washington que entre los documentos presentados por Estrada Palma al comité de negocios extranjeros del Senado norteamericano para obtener el trato de beligerantes en favor de los rebeldes cubanos, figuran varias actas de sesiones celebradas por Ayuntamientos de distintas poblaciones de la isla, bajo la presidencia del cabecilla Máximo Gómez, como para demostrar que ha ejercido autoridad civil en aquellos pueblos.

Asegúrase que las referidas actas están revestidas de las firmas de los concejales, sellos del Municipio y demás requisitos legales.

Pero nosotros preguntamos: ¿qué valor pueden tener esos documentos arrancados por la fuerza á los inofensivos habitantes de poblaciones

que no se hallaban amparadas por ninguna guarnición? Los actos de violencia cometidos por Máximo Gómez no son hechos exagerados por los partidarios de la soberanía de España; todo el mundo sabe los horrores á que se ha entregado, los asesinatos, los fusilamientos ordenados por él, ¿qué valor ni que fuerza moral ni legal pueden representar los documentos obtenidos y remitidos por el titulado *generalísimo* á Washington en tales condiciones?

Amenaza separatista.

Un cablegrama de Nueva York que comunica la agencia Central News dá una noticia que debe recogerse con la natural desconfianza que requiere su origen.



D. Luis Franco Cuadras.

La noticia la dá un individuo de la Junta Cubana en los Estados Unidos, el que asegura que en virtud de comunicaciones secretas de Europa acerca de la protección que la Gran Bretaña concederá á sus súbditos, han decidido los revolucionarios cubanos, así que el congreso norte americano haya adoptado la resolución que les conceda derechos de beligerancia, hacer navegar barcos con patentes de corso, con el plan de destruir el comercio marítimo de los españoles.

Estos buques están ya aprestados para hacerse á la mar en aguas de los Estados Unidos y de la América del Sud.

Trabajos de los laborantes.

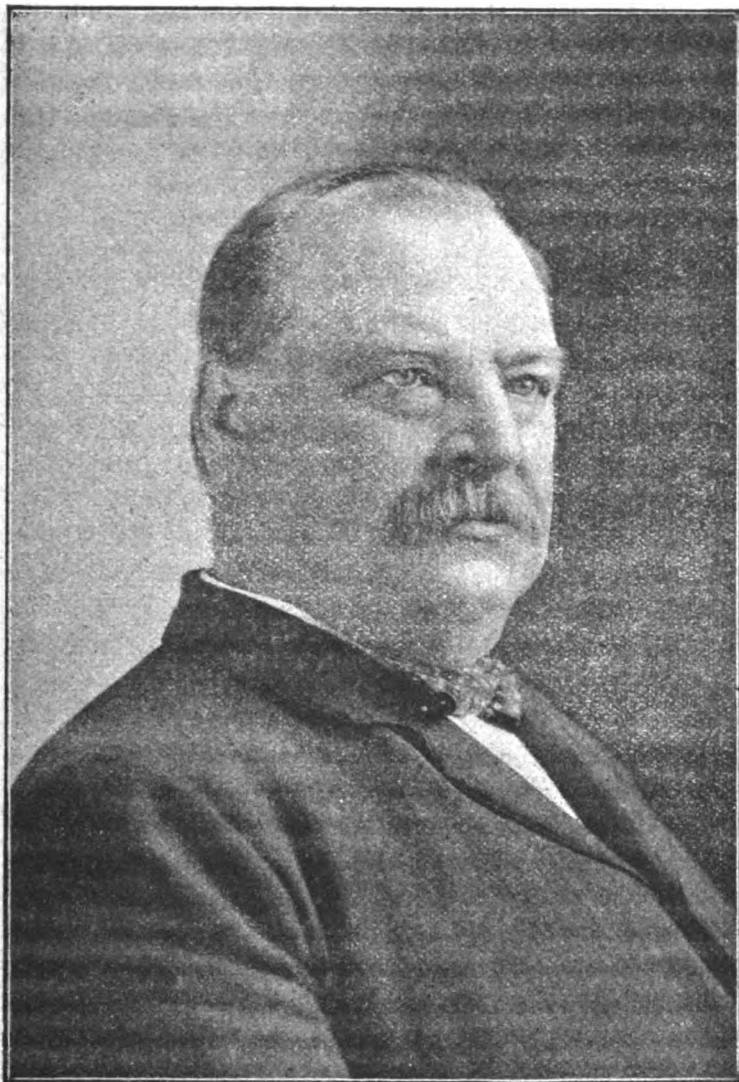
Los simpatizadores de la insurrección no cesan en sus trabajos de concitar contra España el odio de los Americanos, aunque para ello se vean precisados á apelar á todo género de supercherías.

Como muestra de esto transcribimos á continuación los párrafos más salientes de una correspondencia de Nueva York.

«Es cosa de ver—dice la carta á que nos referimos—el clamoreo insensato de los periódicos «sensacionalistas», inspirados por la Junta desde que se anunció el nombramiento del general Weyler para gobernador general de la isla de Cuba. Trátase de hacer pasar á éste por un

hombre sanguinario y cruel, que no respetará vidas ni haciendas, en cuanto se encargue del mando superior de aquella Antilla.

»Cítanse hechos de crueldad cometidos en épocas pasadas; pondé-



Cleveland (presidente de la República de los Estados Unidos)

rase la emigración diaria de familias de la isla de Cuba, temerosas de inminente persecución; pónese en boca del general Martínez Campos conceptos distintos de los que expresó al salir de la isla, y todo esto para despertar sospechas, para hacer atmósfera, para crear un sentimiento hostil en los Estados Unidos, con el fin ulterior de provocar una intervención.

Cuaderno 78—T. II.

Precio 10 cent.

»Contribuyen poderosamente á este fin los corresponsales americanos en la Habana, que por telégrafo dicen una cosa á sus periódicos, y por cartas verdaderas atrocidades que revelan mal querencia sin nombre. Esta propaganda insidiosa nos hace mucho daño, y no se comprende cómo las autoridades en la Habana no estén bien enteradas de estos hechos y no les ponen coto. Bastaría confrontar á esos periodistas con su obra; advertirles por primera vez, para que nos sobre la razón, que es censurable lo que hacen y embarcarlos para los Estados Unidos á la segunda vez de delinquir.»



Varios combates



EL día 22 de Febrero parte de la columna del general Prats, compuesta de unos 200 hombres del batallón de Antequera, al mando del teniente coronel don Joaquín Carrasco, encontró en terreno del potrero Cononi, del ingenio Luisa en el barrio Vieja Bermeja, del término de Cabezas, las partidas insurrectas de los cabecillas Núñez, Collazo, Vidal y Rodríguez, fuertes de 1500 caballos y 800 infantes.

Marchaba la columna por un callejón, y al llegar cerca de un cañaveral, las avanzadas de la vanguardia dieron el ¡alto! á un grupo que contestó haciendo nutrido fuego que no tardó en generalizarse, sosteniendo valerosamente el primer ataque la segunda y tercera compañía de Antequera que formaba la vanguardia.

Al apereibirse los insurrectos de la inferioridad de la columna, dieron la voz de «al machete que son pocos,» lanzándose furiosamente en confusa gritería sobre nuestras tropas; pero éstas no solo resistieron con sereno valor el impetuoso choque, disparando descargas cerradas como un sólo hombre, á la voz de mando de sus jefes y oficiales, sino que á la hora y 20 minutos de empezada la acción, rechazaron completamente al enemigo, que huyó precipitadamente, llevándose entre muertos y heridos más de 60 hombres de los cuales se le recogieron 3 muertos.

La columna tuvo también sensibles pérdidas: muertos, cuatro soldados y el teniente Sarti, y heridos 10 individuos de tropa.

Al marcharse los insurrectos, ocupó la columna el campamento que tenían aquellos, recogiendo gran número de armas, municiones, efectos y encontrando 30 caballos muertos y varios heridos.

Los heridos de nuestra columna fueron trasladados á Unión de Reyes, desde donde fueron conducidos á Matanzas en un tren del ferrocarril de esta ciudad y escoltados por el segundo teniente don Angel Prats, hijo del general del mismo apellido, que asistió á la acción mencionada, por el sargento Miguel Rivas y los soldados de la 3.^a compañía de Antequera, Zenón Oteiza, Antonio Castro, José Lobato y Andrés Sáez.

Los heridos se llaman:

Severiano Abertica, Nicolás Jiménez, David Blanco, muy grave; José Paredes, grave; Eustaquio Amador, muy grave, y Cándido Cerviño de la 2.^a compañía de Antequera; Baldomero Contreras é Isidro Yuste, de la 3.^a compañía; José Rodríguez, de la 4.^a y Mariano Galán de la 5.^a

En el mismo tren llegaron enfermos á Matanzas los soldados de Antequera, Fabián Yus, José Arias y José Pujol, y el de María Cristina Félix Muñoz.

En la estación fueron recibidos los heridos y enfermos por el delegado de la Cruz Roja don Policarpo Luján y varios señores de dicha Asociación, el director de la enfermería regimentaria, doctor Portas, y otras caritativas personas que condujeron á los pacientes á la mencionada enfermería.

Como prueba de lo rudo del combate, consignamos el dato de que sólo dos ó tres de los heridos, lo fueron por proyectiles de arma de fuego; los demás, presentan lesiones de arma blanca, habiendo recibido el soldado David Blanco ¡18 heridas de machete!

El teniente Franco.

Pocos días antes de la acción que acabamos de describir, el teniente de la 4.^a compañía del batallón cazadores de Barcelona, núm. 3, comandante del destacamento de Venero (Camanayagua) don Luis Franco, recibió del cabecilla Bermúdez el siguiente escrito:

«Venero y Febrero del 96.—Comandante del puesto de Venero. Hace entrega ó mueren todos. Yo tengo poca gente, 89, considero que usted tenga ciento y pico, á mí me gusta que usted tengan más para batirnos. La contestación me la da por escrito inmediatamente.—El portador mucho ojo, que será su desgracia.—El jefe, *Roberto Bermúdez.*»

El primer impulso del comandante del destacamento fué no contestar nada á quien ningún respeto le merece; pero por otra parte queriendo demostrar al cabecilla, que le esperaba con valor y serenidad, se decidió á escribirle y le contestó en la siguiente forma:

Señor don Roberto Bermúdez.—Los españoles no cuentan jamás el número de sus enemigos, y tocante á los que somos, si usted vence lo sabrá por el número de muertos que encuentre.—El oficial, *Luis Franco*.

Al poco rato de haber entregado la contestación al mismo portador del escrito de Bermúdez y dando muchas voces, aparecieron al lado del bosque y ocultos por la espesura de la manigua unos 300 hombres, dirigiendo nutrido fuego al fuerte, contestando los 29 defensores allí destacados, retirándose el enemigo al cuarto de hora, convencido, sin duda alguna, de la imposibilidad de vencer á aquellos valientes soldados de España.

Ignórase en absoluto las bajas que pudiera tener el enemigo, si bien se vió caer un hombre de á caballo.

Cuando las fuerzas del fuerte, salieron después á reconocer el terreno, hallaron el sobre de la carta remitida poco antes al cabecilla por el oficial Franco.

La fuerza del destacamento no tuvo novedad.

El ataque de Sabanilla.

En la mañana del día 24 de Febrero, una fuerte partida insurrecta atacó el pueblo de Sabanilla del Encomendador próximo á Matanzas, quemando la estación del ferrocarril y varias casas.

He aquí algunos detalles que, no sin grandes dificultades, hemos podido adquirir.

Los insurrectos, al mando del cabecilla Eduardo García, invadieron el pueblo por distintos puntos á la vez, como á las ocho y cuarto ú ocho y media de la mañana dando estentóreos gritos de ¡Viva Cuba libre! y disparando sus armas.

La forma en que los rebeldes entraron en el pueblo produjo entre los vecinos la confusión más espantosa, sobre todo en las calles inmediatas al paradero, que, como siempre, á la proximidad de la llegada de los trenes, se hallaban concurridísimas.

Al enterarse del suceso, el bravo teniente de la guardia civil, jefe del puesto de Sabanilla, don Mariano Ruiz Gaudullo, con los 15 hombres á sus órdenes y unos 40 voluntarios y paisanos armados, corrieron al encuentro de los insurrectos, cruzándose entre una y otra parte nutridísimo fuego de fusilería.

Un grupo de voluntarios y paisanos se situó en la azotea de la iglesia, desde cuyo punto tiroteaban á los insurrectos, dispuestos á todo. En aquel sitio perdió la vida un vecino llamado Iturria que recibió tres balazos en el cráneo.

En el cuartel del pueblo había un destacamento de unos 60 hombres de infantería de marina, que al enterarse de la llegada del enemigo se

aprestaba á salir á batirlo; pero no lo hizo, segun nuestros informes, aun que no lo aseguramos rotundamente, por haberse opuesto resueltamente á ello el alcalde corregidor, capitán de infantería de marina retirado don Juan Galvez, que el día anterior había tomado posesión de dicho cargo.

Los motivos en que esta autoridad fundára su oposición á la salida de las fuerzas, se ignoran en absoluto, pero de todas suertes son muy duros los juicios que los vecinos de Sabanilla, han formado de tan extraña conducta.

Mientras tanto, la lucha continuaba enconadísima en las calles. El teniente Ruiz y el puñado de hombres que le rodeaban, como otros tantos leones, solo cesaban el fuego para precipitarse encima de la masa de asaltantes, al arma blanca, sin preocuparse de la lluvia de proyectiles que aquellos les lanzaban.

En esa lucha fueron gravemente heridos dos guardias civiles, y perdieron la vida, un voluntario conocido por Juan el Niño, otros dos, y un dependiente de la panadería de Cagigal, muerto á machetazos.

A consecuencia de la confusión que reinaba, y de las carreras que daban gran número de vecinos por las calles, fueron muertos tres morenos, cinco morenas y una niña, á quienes alcanzaron los disparos de los que se batían.

Tambien resultaron heridos un niño de corta edad, hijo de Mauricio Perez y varios vecinos, cuyo número exacto se desconoce.

Los insurrectos tuvieron, vistos, 17 muertos que se llevaron.

Durante el tiempo en que el grueso de la partida se batía con el héroe teniente Ruiz y los que le acompañaban, grupos desprendidos de ella quemaban el paradero de la empresa de Matanzas, saqueaban por completo el almacén del asiático Audux, al que después pegaron fuego, incendiaban una carretería recientemente establecida y tres ó cuatro casas más, saqueaban la bodega de Pellón hasta el punto de romper las pipas de vino para que se vertiera el líquido, ya que no podían llevarselo, y se llevaban todas las existencias de la tienda mixta La Lucha, sita en la calle de San Eduardo, en el Centro del poblado.

Tambien quemaron dos carros de pasajeros y las casas de la viuda de don Emeterio Iribe Andudi y de Rafaela Figueras.

A las once comenzaron á retirarse los insurrectos, siempre batidos por el teniente Ruiz y sus hombres, retirada que aceleró la llegada de 17 guardias civiles de Unión de Reyes y de otro grupo de unos 15 guardias que con los capitanes don Eulogio Anton Rucandio y don Luis Rabadán, que iban en el tren de viajeros que salió por la mañana y que el día anterior tuvo que retroceder á Cidra y demorarse allí, por haber sido tiroteado antes de llegar á Sabanilla, sin duda por la misma partida que atacó el referido poblado.

A las 4 de la tarde llegó á Sabanilla el tren expreso que conducía una columna de Valencia.

Esta fuerza, apenas desembarcó del tren, salió en persecución de los insurrectos, acompañados de parte de la de infantería de marina, que se hallaba en el cuartel de Sabanilla.

El combate de Pedroso.

«Hé aquí el parte oficial de la acción sostenida por las fuerzas al mando del coronel don Ricardo Vicuña Diego entre Pedroso y Bolondrón.

Encontré las partidas reunidas de Periquito Pérez, el Inglesito y Pepe Roque, en número mayor de 1.200 hombres, á mitad del camino, entre Pedroso y Bolondrón, fuertemente parapetados en la cerca de piedras que rodea el potrero Vista Alegre.

Acto seguido de ser avistados por la vanguardia se rompió el fuego, generalizándose momentos después por espacio de hora y cuarto, viéndose obligado el enemigo á abandonar sus posiciones, á pesar de tenaz resistencia y á dispersarse en grupos, tomando distintas direcciones y haciendo imposible su persecución.

Por parte de la columna resultaron un cabo y un corneta heridos, el primero grave.

El enemigo ha sufrido grandes pérdidas consistentes en 12 muertos y un buen número de heridos. Además 11 caballos muertos y heridos. De los primeros dejaron 7 en el suelo, que coloqué en sitio conveniente y cuando regresé de la persecución habían desaparecido, creyendo que se los llevara una de las partidas al ser disperso el grupo. También dejaron en nuestro poder tres caballos con monturas.»



CABOS SUELTOS



N este capítulo vamos á consignar interesantes noticias relativas todas á la guerra que servirán, como todo cuanto insertamos en esta crónica, para ilustrar mejor el juicio de nuestros lectores, á la vez que de antecedente necesario para la mejor comprensión de posteriores acontecimientos.

Los numerosos medios de información que tenemos á nuestro servicio nos proporcionan multitud de detalles que estimamos conveniente sean conocidos de todos cuantos sigan con interés la guerra de Cuba y á este propósito dedicamos este y otros capítulos parecidos.

* * *

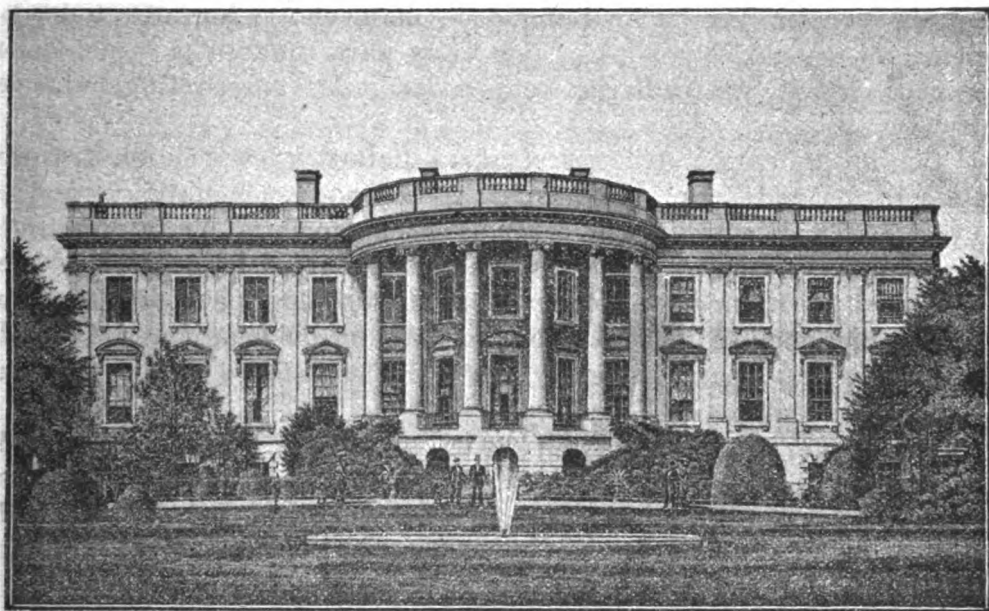
El general Canellas en Cienfuegos.

Procedente de Santiago de Cuba ha llegado á Cienfuegos—según nos comunica nuestro corresponsal—en el vapor Julia, el bizarro general de brigada señor Canella con su Estado Mayor y con el segundo batallón del regimiento de Simancas, dos piezas de artillería, una guerrilla y dos compañías de las escuadras de Guantánamo.

El recibimiento hecho al bravo general y las tropas que le acompañan ha sido tan entusiasta como cariñoso por parte de la población.

El Casino Español se llenó inmediatamente de socios encontrándose entre ellos el marqués de Cienfuegos y todos los oficiales que estaban francos de servicio, preparándose en los salones de la sociedad un espléndido refresco con que obsequiaron al general y sus acompañantes.

Con este motivo hubo calurosos brindis que pronunciaron el general Canella, el marqués de Cienfuegos, el señor Valdelomar, redactor del pe-



Casa Blanca (Washington).

riódico *Las Villas* y el señor Acevedo, secretario particular del señor Canella, predominando en todos la nota patriótica y haciendo votos para la pronta terminación de la guerra.

Terminados los brindis se departió entre la oficialidad y los socios del casino, amigablemente, hasta que se retiraron.

*
* * *

Nuestro activo y bien informado corresponsal en Nueva York, nos comunica importantes y extensas noticias acerca del espíritu predominante en los Estados Unidos en contra de la causa española.

Hay que repetir una vez más—nos dice—que la revolución está aquí, en los Estados Unidos; que de aquí en adelante no será la Junta un maestro de escuela y un abogado sin pleitos quien nos haga la guerra, sino que tendremos por enemigos, capitales americanos manejados por

hombres de influencia en el país, que hace tiempo se han enviado á Cuba.

La lucha de aquí en adelante será más bien lucha de mar que de tierra. De este país partirán elementos de destrucción que hace tiempo se vienen preparando, y para coparlos es probable que los cuatro buques que en tantos meses han enviado á Cuba no estén preparados.

Este es el momento crítico para Cuba. Le hemos visto venir día por día; y si es que hemos de salir airoso de la empresa, ya que es cuestión de honra nacional, reunamos en ese territorio que pertenece á cada uno de los españoles, y no á un puñado de malhechores ingratos, todos los elementos necesarios por mar y por tierra para concluir la insurrección en poco tiempo, y para hacer frente á las mil y una contingencias del exterior.

Con un pretexto ú otro se pretenderá dictarnos leyes en nuestra propia casa, porque siempre se nos ha encontrado acomodaticios; y si no nos armamos de energía y de razón se nos atropellará. Ya se prepara la campaña para *demostrar* que cada uno de los actos del general Weyler será cruel y sanguinario; y como de aquí en adelante el elemento aventurero americano se lanzará sobre la isla, puede imaginarse si han de presentarse casos para la intervención de los Estados Unidos, con que sueñan los enemigos de España.

Parece que han partido indicaciones de la Casa Blanca en contra de la oportunidad de la aprobación del dictámen presentado á las Cámaras por la comisión de relaciones exteriores, reconociendo la beligerancia de los insurrectos, en vista de que los informes de carácter oficial recibidos de los cónsules americanos en Cuba. no lo justifican.

El señor Reed, presidente de la Cámara de representantes, demuestra igualmente el propósito de ir á pasos contados en todo lo que se refiere á la cuestión de beligerancia. De esto dió prueba durante la discusión del dictámen, y todo indica que se pasará algún tiempo antes que se llegue á tomar acuerdo. De todos modos, estas dilaciones no quitan nada de la gravedad de las presentes circunstancias.

Y siendo la mayoría de ambas Cámaras republicanas, todo acto que pueda traducirse en beneficio del partido, sea de la naturaleza que fuere, encontrará decidido apoyo. La cuestión de la beligerancia es popular en el país y los republicanos, están sobradamente dispuestos á explotarla para fines políticos. Sólo el presidente Cleveland podría oponerse temporalmente á ella, poniendo el veto al acuerdo que tome el Congreso; pero más tarde es probable que el Congreso pasase por encima del veto, y el reconocimiento de la beligerancia será un hecho.

En la esperanza de que los insurrectos triunfen hay grandes capitales aprontados para impulsar la insurrección tan luego como los Estados

Unidos reconozcan la beligerancia. La prensa anuncia que están armándose cuatro barcos destinados á Cuba.

Todo esto dá caracteres de gravedad á la situación.

Corre el rumor que de un momento á otro serán reducidos á prisión Calixto García, su hijo y dos individuos que figuraban en la fracasada expedición del Hawkins, y que la «Junta» será procesada.



Zonas de operaciones.

Nos comunican de Santiago de Cuba que por el comandante militar de la plaza y con objeto de abarcar la mayor extensión posible de terreno se ha dividido la zona de cultivo de aquella jurisdicción en cuatro zonas de operaciones, tomando el mando de la primera el comandante don Vicente González Moro; de la segunda, el de igual clase don Juan Codines; de la tercera, el capitán don Francisco Amador, y de la cuarta el capitán don Alfredo Sasa.

La primera zona, tendrá una columna que vigilará Jara, Majayara y Bama; otra que operará entre Mata el Güirito y el Roble; y otra que lo hará desde el Jamal á las fincas inmediatas.

Segunda zona.—Una columna que operará por Sabanilla, recorriendo todos los terrenos hasta Capiro.

Otra que operará por Bermejil, Joar, Guanacón y el Fotuto.

Tercera zona.—Una columna encargada de vigilar los pasos del río Toar, y otra que operará por Duaba y fincas inmediatas.

Cuarta zona.—Una columna en Jumuri, Sabana y pueblo Viejo; y otra en Maisi, Los Llanos y Gran Tierra.

Estas columnas en sus instrucciones tienen su párrafo que dice:

«En los reconocimientos y operaciones, procurarán inspirar confianza á los vecinos pacíficos, aconsejándoles que se mantengan trabajando en sus fincas, y haciéndoles ver que nada tienen que temer de las columnas, cuya principal misión es la de protegerlos y salvar sus intereses.»

Con estas medidas y la llegada de la columna montada de Talavera, se cree que las partidas insurrectas abandonarán la zona de cultivo, y que acaso en poco tiempo se vean tranquilos los campos de aquella jurisdicción.

HERÓICO ENCUENTRO

EN EL CALLEJON DE JAVIRA

OCHO CONTRA SESENTA



En la tarde del veinte y seis de Febrero salió de Trinidad una pequeña fuerza del batallón de Vizcaya compuesta de ocho individuos de tropa al mando de un cabo, los que se encontraban destacados en el ingenio Tajo, á una legua de Trinidad.

En el Callejón de Javira, situado á medio camino, fueron sorprendidos por una avalancha de gente insurrecta como de 60 hombres, al mando del cabecilla Ventura Ramirez, atacándolos por sorpresa y cayendo sobre la pequeña fuerza que se defendió con heroismo inusitado.

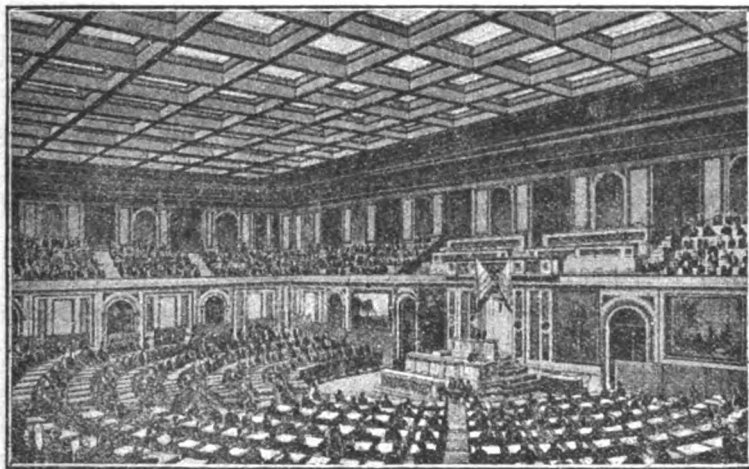
A los disparos sentidos en distintas partes de la población antedicha, salió el comandante militar señor Lopez con fuerzas de la guardia civil y el teniente señor Andorica con fuerzas de Vizcaya, al lugar del suceso.

La pequeña fuerza en la desigual y desesperada resistencia que trabó con la numerosa gente insurrecta, tuvo muertos y heridos de tropa los siguientes:

El cabo José Pedornós que montaba á caballo cuando iba con su fuerza, recibió en la agresión graves heridas de bala, así como la rotura de la femoral que le causó la muerte casi instantánea.

El soldado Amadeo Pinos, herido de arma de fuego en la cara exterior-

na del muslo izquierdo. Este soldado fué curado de primera intención en la casa del vecino de aquellos lugares don Manuel Santander. Y Mateo Vilanovas, héroe de la jornada, que recibió 14 heridas, que demuestran la ferocidad de los mambises y la bravura de este soldado que, como los demás, pertenecía á la 2.^a compañía de Vizcaya, y se batió como un león. Siete heridas tenía en el cráneo, cuatro con fractura de lámina externa, pérdida de los dedos pequeños y anular de la mano iz-



El Congreso (Washington).

quierda, tres en el antebrazo derecho con fractura del cúbito y penetración en la articulación de la muñeca.

Su defensa.

La defensa de este valiente, hijo de España, acaso no tenga otra igual en esta guerra. En situación desesperada y habiéndole arrebatado el numeroso enemigo el armamento, se batió pecho á pecho con un machete que quitó á los mismos insurrectos, con cuatro de éstos, matando á dos que vió se los llevaban cruzados sobre caballos, y poniendo en fuga á los demás cobardes. Su aspecto, cuando lo visitamos en la clínica—nos dice el corresponsal—era la paciente serenidad y sufrimientos contenidos, ¡tal era la magnitud de tan grandes dolores! Su estado, según informes facultativos, es sumamente grave.

El cadáver del infortunado cabo del batallón de Vizcaya José Pedornós, muerto en la gloriosa acción que se ha narrado, recibió cristiana sepultura. El féretro fué acompañado desde el hospital hasta el cementerio por numeroso cortejo en el que figuraba todo el vecindario y la música y fuerzas de la plaza. Muchas coronas particulares, así como la

del coronel Rubin, cuerpo de voluntarios, Ayuntamiento y sociedades adornaban el féretro del infortunado cabo.

Estado del ejército.

Hasta aquí, se ha venido atribuyendo á las enfermedades la razón de que se haya dispuesto de poca tropa para las operaciones que hasta el presente se han verificado en Cuba.

Por este motivo estimamos de importancia dar á conocer la situación de la fuerza del segundo cuerpo de ejército en Las Villas, anterior solo en algunos días al paso de alguna parte de él á Matanzas y la Habana para oponerse al avance de Máximo Gómez y Maceo. Por ello se vé que los batallones, escuadrones y baterías de dicho cuerpo de ejército, tenían entonces la fuerza que se verá más adelante; fuerza que aún deben conservar, porque en los dos últimos meses la mortalidad por enfermedades es, afortunadamente, muy escasa en Cuba.

He aquí en resumen el estado de dichas fuerzas:

PRIMERA DIVISIÓN.—Primera brigada.—Batallón de Soria 800 plazas, San Quintín idem, Alfonso XIII 900, América 850, Alava 860, Vizcaya 930, Barbastro 900, Castilla 950, cuarta compañía zapadores minadores 125, 11.º batallón artillería de plaza 700, comandancia de la Guardia civil 330, tercera batería de montaña 60, novena compañía de transportes á lomo 88, primera sección del escuadrón de Montesa 30, escuadrón de Sagunto 59, idem de Pizarro 50, idem del Comercio, número 2, 100; voluntarios movilizados y guerrillas locales 300. Total, 8,634.

Segunda brigada.—Batallón de Barcelona 1,003, idem de Bailén 760, idem de Canarias 1,008, infantería de marina 850, Cantabria 900, tres secciones del escuadrón de Montesa 65, idem de Treviño 80, Guardia civil 420, voluntarios movilizados de la Habana 356, idem de caballería y guerrillas locales 400. Total, 5,942.

Tercera brigada.—Batallón de Saboya 864, Galicia 940, Las Navas 920, Zaragoza 910, Extremadura 820, Guardia civil 300, voluntarios movilizados de la Habana 482, escuadrón de voluntarios de Santo Domingo y guerrillas 150. Total 5,836.

SEGUNDA DIVISION.—Cuarta brigada.—Batallón de Cataluña 891, Isabel II 917, San Marcial 850, Burgos 965, Pavía 957, Borbón 836, Guardia civil 250, escuadrones de Camajuaní 300, idem de Pavía 66, movilizados de la Habana 270, bomberos 100, voluntarios y guerrillas locales 200. Total, 6,602.

Quinta brigada.—Batallón de Mérida 980, España 893, Granada 860, Zamora 800, Puerto Rico 1,000, Tetuán 900, Chiclana 840, escuadrón de la Princesa 74 (faltan la Guardia civil, artillería y guerrillas, etc.) Total aproximado 6,057.

Brigada de la Trocha.—Se carece de datos sobre su fuerza.

Resumen de las cinco brigadas, 32,621.

Es decir, que sin contar con la brigada de la Trocha, la guardia civil, artillería y guerrillas, etc., de la quinta brigada, reuníanse en las Villas más de 32,000 soldados.

Se vé, además que los 31 batallones de infantería que fueron de la Península con 900 ó 1,000 plazas por término medio, oscilan entre las 850 y 950, lo que supone una reducción apenas sensible, dado el tiempo que muchos llevan en campaña. El que menos tiene (Bailen) cuenta aún con 760 hombres, y en cambio los hay con 1,000 (Puerto Rico), 1,003 (Baleares) y 1,008 (Canarias).

Pero al lado de esto vemos que la caballería, salvo los escuadrones locales del comercio y Camajuaní, que aparecen completos, no presentan más que la mitad escasa de la fuerza que debería tener. De aquí salieron los de Sagunto, Montesa y Pavía con 150 hombres, y presentan en línea solo de 50 á 60 unos, y el que más de 80 á 90. Sin duda solo constan en el estado los individuos que tienen caballos. Es decir, que los seis escuadrones, de sus 720 ginetes, tenían solo para prestar servicio 420.

Esto revela algun descuido en la organización de la caballería, el más importante quizás de los elementos en esta clase de guerra.

Las dos terceras partes—según nuestros informes—de las considerables fuerzas de Las Villas que dejamos consignado hallábanse fraccionadas en guarniciones y destacamentos y solo así puede explicarse cómo han podido acontecer muchas cosas.

El general Weyler no es partidario de ese sistema de organización y se propone que en adelante no salga á operaciones fuerza alguna que no cuente por lo menos de 800 á 1,000 hombres, para evitar con ello lamentables sorpresas y garantizar también las vidas de nuestros valientes y heroicos soldados que casi siempre se han visto precisados á combatir extraordinariamente superiores en número.

Antecedentes de Maceo.

Como todo lo que se relaciona con Antonio Maceo, el ídolo de las gentes de color que hacen armas contra España, el jefe negro de la insurrección, como se le llama por todos, tiene en las actuales circunstancias verdadero interés, estimamos oportuno dar á conocer algunos datos, además de los que en esta crónica llevamos ya consignados, acerca de la vida y milagros del titulado general insurrecto, que nos da á conocer un apreciable compatriota que reside en Córdoba (Buenos Aires).

Cuando se apresó el Virginius yo estaba en Santiago de Cuba—dice nuestro compatriota—siendo ayudante de Campo del general briga-

dier Ampudia. Se me confió una comisión reservada, partiendo á bordo del vapor de guerra Isabel la Católica con oficios para Puerto Padre, de cuyo punto tuve que pasar escoltado por fuerzas del batallón de infantería de Asturias á Gibara, á fin de encontrarme con la columna que mandaba el coronel Esponda, y no encontrándole en ese puerto, salí á marchas forzadas hasta Holguín.

Entregados los pliegos, se vino en conocimiento, que en el punto denominado Paso del Aura, estaban los filibusteros mandados por Pancho Varona, el guerrillero Sanguilí y Vicente Gómez (éste último mulato).

El tal *general* MACEO ERA EL SIRVIENTE QUE TENÍA GÓMEZ.

Puesta la columna del coronel Esponda en movimiento, sorprendi-



El Capitolio (Washington).

mos en la madrugada los bohíos del enemigo tomando prisionero á Maceo, el cual nos prometió entregar á su amo Vicente Gómez, con tal de que no lo fusilasen, y en efecto, se convirtió en Júdas.

Por órdenes recibidas me embarqué en el cañonero Manatí, llegando á Cienfuegos, desde donde marché á las pocas horas desde Palmira á Santa Clara, en espera de órdenes, que no tardaron en llegar.

Unido á la guerrilla del comandante Tizón, salimos para la trocha militar de Júcaro á Morón, y habiéndonos incorporado la columna del teniente coronel Cuato, tuvimos conocimiento de estar acampados los insurrectos en un potrero á dos leguas de Ciego de Avila.

A marchas forzadas salimos y copamos el campamento, pues los mambises no tenían escapada posible por los fuertes y fortines bien dotados y municionados.

Lo admirable es que nuevamente hicimos prisionero á Maceo y dos hermanas; una de ellas con dos negritos y la otra con uno, hijos de la manigua.

Estando la tropa para hacer el rancho, se recibió un propio con oficios del Excmo. Sr. brigadier don Pablo Beylo, pidiendo la inmediata incorporación de nuestra columna por estar reunido en gran número el enemigo en el arroyo de Caimán, y como el práctico de primera clase



... la pieza estaba ya en disposición de disparar... (Pág. 616).

de nuestra columna se hallaba gravemente herido y otro de segunda no conocía bien el terreno, tuvimos algunos momentos indecisos, pero tenemos que agradecer al *general* Maceo su ofrecimiento de servirnos él de práctico, lo cual cumplió tan exactamente que, *bajo promesa de li-*

bertad con sus dos oscuras hermanas y no menos oscuros sobrinitos, nos puso al amanecer en el glacis que tenía el campamento enemigo.

Fué cosa de media hora lo que tardó nuestra bizarra columna en apoderarse de machetes, caballos y 255 prisioneros, fuera de los muertos que no pudieron retirar.

En los antecedentes que acabamos de relatar de la vida del titulado *general* Maceo en la presente guerra, se vé retratado de cuerpo entero el mulato que aspira nada menos que á ser presidente de la soñada república de Cuba.

¡Y estos son los hombres que tanta simpatía despiertan en la *gran* república norteamericana!

*
*
*

Los soldados de San Quintín.

He aquí detalles de la sentida manifestación de duelo hecha en la *Esperanza* á los heróicos soldados del batallón de San Quintín, muertos gloriosamente á manos de la partida Núñez mientras recomponían la línea.

A la una de la tarde—dice el corresponsal—se efectuó el entierro de las desgraciadas víctimas de su deber y patriotismo, que habían sido tendidos en severa capilla ardiente en el cuartel de Alfonso XIII.

Diffícil, por no decir imposible, nos sería hacer una minuciosa relación del acto. Todo, absolutamente todo el pueblo de la *Esperanza*, acudió espontáneamente á rendir su tributo de cariño y admiración á aquellos quince valientes que murieron llenos de gloria en el campo del honor, peleando con sublime heroismo por la sagrada causa de la patria.

Todos los concurrentes llevaban marcado en sus semblantes el sello del dolor, y todos los ojos iban humedecidos por el llanto. ¡Tan imponente era el espectáculo!

Uno á uno fueron sacados los sarcófagos de los soldados en hombros de sus compañeros, amigos, admiradores y público inmenso, siguiendo luego el del valiente sargento Casamayor y el del heróico teniente don Eduardo Borges que, al igual de los demás, iba completamente cuajado de coronas, mensaje que la amistad y el cariño rendían á los valientes de Soria y San Quintín.

El cadáver del teniente fué sacado del cuartel por el sargento Peña-locá, cabo Aragón y soldados Azada y López Peña, todos de Soria; las cintas eran llevadas por el capitán del mismo cuerpo don Manuel Oliver, teniente de San Quintín señor López, teniente de voluntarios don Marcelino Fernández y el corresponsal del *Diario de la Marina* de la Habana. Seguía luego el capellán del batallón de Soria don José Guzmán

Guerrero, y presidían el duelo el señor Comandante de San Quintín y comandante militar don José Salvador Falcón, el señor Alcalde municipal y el capitán de la primera compañía de Soria, á la que pertenecían los muertos del mismo batallón, señor Alegre, y por último una masa compacta formada por todo el pueblo de la Esperanza sin distinción de clases y por todas las fuerzas armadas que allí se hallaban.

La guardia de honor la hacían soldados de Soria que llenaban su triste misión con los ojos llenos de lágrimas.

El cadáver del pobre teniente fué enterrado en el hermoso panteón de la familia Ramirez, que generosamente fué cedido con dicho objeto.

En el entierro figuraban muchas coronas con las siguientes dedicatorias:

—Juan, á su querido hermano Eduardo.

—A Eduardo, su capellán.

—El comandante militar y oficiales de la representación de San Quintín á los heróicos teniente Borges y soldados muertos en el campo del honor.

—El Ayuntamiento de la Esperanza á los defensores de la patria.

—El escuadrón de voluntarios de la Esperanza á los defensores de la patria.

—Joré Ledo á los mártires por la patria.

—El teniente Marcelino á su amigo Borges.

—Recuerdo de Tano y Juan.

—Andrés Suárez á su compañero.

—A Manuel, Josefina Piñeiro.

—A Eduardo, sus amigas Consuelo y Angela Herranz.

—A Eduardo, Marcelino.

—Manuel Azada, á su teniente.

—A Eduardo, las señoritas Betancourt y Castellanos.

—A Eduardo, Juan.

—Peñalosa, á su teniente.

—El teniente Gamero, á su compañero Borges.

—Los voluntarios de infantería á sus compañeros.

—Los voluntarios de infantería á Borges.

—Los jefes y oficiales de Soria, á Eduardo.

—El teniente Gamero, á su amigo Casamayor.

Terminada la fúnebre ceremonia, fué despedido el duelo en el Cementerio por el comandante señor Salvador, que con voz entrecortada no pudo más que dar las gracias en nombre del ejército; tal era la aflicción de este valiente militar, que siempre ha permanecido severo ante las balas enemigas, pero que ante cuadro tan sombrío, no era posible que pudiese conservar su serenidad acostumbrada.

EN EL PLATA

*Atropello á los españoles.*

os agentes del separatismo cubano han fundado en Montevideo un semanario titulado *Cuba Libre*, y en Buenos Aires cuentan con el apoyo de todos los periódicos hostiles á España por tradición..... En los primeros días de Febrero, en el local de una Sociedad italiana bonaerense, reuniéronse en un *meeting* los laborantes argentinos.....

He aquí lo que acerca de este suceso nos comunica nuestro corresponsal:

Los iniciadores de la reunión, con objeto de tratar asuntos de casa agena, tenían permiso para reunirse en el local de la «Unione é Benevolenza», pero no podían tenerlo para salir por las calles gritando ;Viva Cuba libre!, esto es, viva Cuba independiente, separada de España; viva el desmembramiento del territorio español; viva la rebelión alzada contra una nación amiga; viva los que combaten á esa nación con las cobardes armas de la tea y la dinamita. Grito subversivo, y por lo tanto, vedado por las leyes y punible.

Si no lo hubieran proferido los manifestantes, hubiéramos, ciertamente, pasado desapercibidos entre los españoles que estaban en la calle

usando de un perfecto derecho, sin dar gritos subversivos, vitoreando á su patria, porque en la cara no se les hubiere conocido sus ideas á los que simpatizan con esos *patriotas cubanos* de Polonia ó de otras partes del mundo.

Los profirieron, y á ese grito respondieron los españoles con los muy legales de ¡Viva España! y ¡Viva Cuba española! Entonces, cargaron sobre ellos los manifestantes y la policía. Los primeros cometían un acto ilegal, interesándose en cuestiones de otro pueblo, y fueron apoyados por la fuerza pública; los segundos, interesándose en causa propia, proclamaban lo legal y fueron bárbaramente atropellados.

Así lo confiesan, hasta los periódicos que nos tachan de irrespetuosos con las leyes y nos hablan de hospitalidad, como si los deberes que esa hospitalidad impone llegaran hasta el extremo de recibir sin protesta un bofetón en pleno rostro, y como si por estar uno en su casa tuviera el derecho de abofetear al huésped.

Ocupándose de este asunto, dice el periódico *La Nación*:

«Esto de coartar la libre manifestación de las opiniones ajenas y de provocar desórdenes porque haya quien quiera manifestar sus simpatías por la independencia de Cuba, especialmente tratándose de los que deben, ante todo, respeto á las leyes é instituciones del país que los hospeda, ha de ser severamente condenado y reprimido.»

Y luego, cuando entra á narrar los hechos:

«En las esquinas de las calles Cangallo, Cuyo y Corrientes y Montevideo, Paraná y Talcahuano, había un numeroso grupo de curiosos y algunos españoles protestando contra la manifestación.

Apenas salieron á la calle los manifestantes en favor de Cuba, prurrieron en gritos de ¡Viva Cuba libre! á los que contestaron los españoles con ¡Viva España! y ¡Viva Cuba española!

En mal hora protestaron éstos, pues en el acto recibían sendas palizas, mientras que al raso dos ó tres ó más policiaos los arrestaban para llevarlos á la comisaría.

Lo mismo pasó en todas las calles mencionadas; mucha brutalidad, fomentada por los mismos jefes; un espectáculo bochornoso, patrocinado por la autoridad.»

Entonces, ¿quiénes fueron los provocadores?

Los españoles dieron vivas á su patria, á la integridad de España, ¿es eso punible? Recibieron por ello, sendas palizas, como dice *La Nación*; tras de apaleados, fueron á la cárcel; se les trató brutalmente: ¿y todavía se les acusa de coartar la libre manifestación de las opiniones ajenas y de provocar desórdenes?

Si esa manifestación de opiniones se hubiera hecho únicamente dentro del recinto de la Sociedad italiana (y los manifestantes no tenían

permiso para más, ni legalmente se les podía permitir más), los desórdenes no se hubieran producido seguramente.

Los responsables, pues, de estos sucesos, fueron los iniciadores de la reunión, los que, en su odio á España, no sabiendo cómo perjudicarla, tratan de enemistarnos con el pueblo argentino.

Más combates.—En Menéndez.

Habiendo sabido por confidencias el teniente Sánchez Pujol que los insurrectos se encontraban en el ingenio Marqués con fuerza de unos 100 hombres, resolvió salir con las tropas de su mando al sitio designado; pero antes de hacerlo, desconfiando por natural prudencia del número exacto del enemigo, envió un aviso al primer teniente de María Cristina, don Pablo Gil, que mandaba una fuerza de 1 sargento y 24 soldados de dicho regimiento, y la cual se encuentra destacada en Valdivieso, situado á un extremo de las playas de Menéndez, para que estuviese prevenido, y con la consigna de que á las primeras descargas que oyese, saliera en su auxilio y procurara atacar al enemigo por la retaguardia.

A las once de la mañana salió el teniente Sánchez Pujol con la poca fuerza que mandaba para el referido ingenio, formando de ésta dos grupos; uno, con el cual se adelantó, y el otro que debía salir á los diez minutos despues, tratando de sustraerse á la vista de los vigías insurrectos que estuvieran en el batey, lo cual verificó internándose en la manigua, para dar después un golpe decisivo y proteger el primer grupo.

Llega el teniente Sánchez Pujol con su puñado de valientes—primer grupo—al del ingenio, y se encuentra al enemigo posesionado de éste. A todo correr pudo posesionarse de un lugar apropiado que, además de que le defendían unos sacos de carbón, lo protegía así mismo, por su situación, de la entrada de la caballería insurrecta. En esta posición se entabló un reñido combate á descargas cerradas.

El enemigo hizo grandes esfuerzos é intentó, sin poderlo lograr, sorprender con su infantería la tropa española que estaba oculta en la manigua, gritándole al efecto: «España: somos fuerzas de Reus, no tiren más Marina», y al mismo tiempo, y como á 200 metros de distancia, sale una falanxe de caballos para copar por el lado derecho á aquel grupo de valientes. Ya había la caballería insurrecta intentado varias cargas, pero sin resultado; algunos llegaron á aproximarse á diez pasos de distancia, pero tocaban con el inconveniente de la posición de los soldados, que solo era atacable por la diagonal y flanco derecho.

Antes de intentar este copo y en tan críticos momentos, el teniente Sánchez Pujol quitó el fusil á un soldado y apuntó al que le parecía era jefe de aquella partida;—toda mi alma—dice el bravo oficial—la puse

en aquella bala; aun me conmuevo cuando lo recuerdo, no sé dónde herí al que me pareció cabecilla: sé que al dispararle abrió los brazos, cayó del caballo, y á la carrera lo recogieron y se lo llevaron al ingenio.

A la media hora de esto volvieron los enemigos con más fúria; intentaban copar de nuevo al grupo del teniente Sánchez Pujol, y entonces sale del *escondite* el segundo grupo haciendo fuego graneado y rápido sobre la caballería insurrecta, á la vez que simultáneamente lo hacía, porque llegaba en aquellos momentos, la fuerza del destacamento de Valdivieso; dando por resultado, esta bien combinada acción, que el enemigo se viera instantáneamente copado. En esta situación volvieron grupos por la Sabana que existe al S. del ingenio. Entonces el teniente Sánchez Pujol, reunió los 24 hombres de que se componía la fuerza que mandaba, se internó en la manigua, que atravesó llegando cerca de dos kilómetros al S. mientras tanto el teniente Gil, los perseguía haciéndoles fuego. Trataron de rehacerse los fugitivos, y entonces la descarga de *Marina* los hizo desistir del intento poniéndoles en completa dispersión.

El combate duró dos horas.

Los insurrectos tuvieron numerosas bajas.

En Paso de la Mula.

Los siguientes detalles de la acción librada en el expresado sitio nos han sido proporcionados por nuestro corresponsal de la Habana.

El general González Muñoz, al frente de una columna de 600 hombres, siguiendo los rastros del enemigo, llegó hasta la sabana de la Mula, cerca del paso del río Cáuto, que lleva este nombre.

La columna siguió avanzando hasta que á poco dió alto la caballería que marchaba á vanguardia, dando aviso de estar el enemigo á la vista en número considerable, como en disposición de presentar combate, oponiéndose al paso de la columna.

La infantería enemiga, compuesta de 900 á 1,000 hombres, estaba situada entre el monte y una cerca de alambre que delante tenía, y á su izquierda, como cerrando el paso del río por el camino de Palmarito, estaba perfectamente formada la caballería enemiga que se calcula sería de 100 hombres.

Avanzó nuestra caballería hasta hallarse frente á la infantería insurrecta. Córrese á la derecha nuestra caballería, pero ya bajo el fuego de la infantería enemiga, empezando en este momento, por una y otra parte, las descargas cerradas.

La caballería enemiga permanecía impasible, esperando, sin duda, que la nuestra atacara su infantería para hacer una conversión y procurar envolverla.

Visto esto por el comandante de Estado Mayor señor Llanos, que mandaba la caballería, ordenó avanzar hacia la derecha, á la caballería, dando con esto lugar para que la pieza de artillería se pusiera en condiciones de disparar.

Al mismo tiempo ordenó que los hombres del escuadrón de Arlabán, que llevan Matússer, hicieran dos descargas á la caballería para decidirlos á empeñar combate; pero ellos se limitaron á rehacer sus filas después de las dos descargas, que por cierto fueron hechas con la mayor precisión y como en un campo de maniobras, apuntando, por lo que debieron recibir considerables bajas.

Esto, no obstante, permanecieron impasibles, puesto que desde lue-



A la puerta del bohío; un alto en la marcha.

go, se comprendía que su propósito era que nuestra caballería se moviera hacia la infantería.

En el entretanto, la pieza estaba ya en disposición de disparar. Cargada ya, y visto por el general Mañóz que el cabo estaba algo perplejo al graduar el alza, se bajó del caballo, y recordando sus buenos tiempos de cuando era capitán de artillería, graduó por si mismo el alza y disparó, con tan buen acierto, que la granada fué á caer precisamente en un bohío donde se apoyaba el ala derecha de la caballería enemiga; graduó de nuevo el segundo disparo, y salió la granada, yendo á caer precisamente entre las filas insurrectas, y es indudable que debió hacerlas muchas bajas.

Lleno el general del mayor entusiasmo y aprovechando la confusión del enemigo, montó á caballo, pónese al frente de la infantería, y sin pérdida de tiempo manda avanzar á ésta, haciendo sucesivas descargas.

Viendo que el enemigo no cejaba y que rodilla en tierra y en correa-

tísima formación contestaba á las repetidas descargas, sin dejar de ir al frente de las fuerzas, y siempre á caballo, manda á su corneta de órdenes tocar paso de ataque, que fué recibido por las tropas españolas con un victorioso ¡Viva el general! é inmediatamente avanzaron á la bayo-



Chosa en donde estuvo Máximo Gómez escondido de la columna de Canelas.

neta, tomando la cerca y persiguiendo al enemigo, que abandonó la posición tan ventajosa que tenía y se internó precipitadamente en el monte.

La caballería enemiga, á su vez, se replegó, tomando el camino de Palmarito que tenía hacia la derecha por la parte de atrás.





Desde Santa Clara



Los sufrimientos del soldado.

L corresponsal de Santa Clara comunica curiosas noticias acerca de las penalidades y fatigas que pasan nuestros valientes soldados con motivo de la guerra de Cuba, que revelan el admirable valor con que los soldados de España saben llevar todo género de penalidades sin producir una queja, cuando la patria demanda sus sacrificios.

Serían poco más de las nueve—dice—cuando se presentaron en la casa de un amigo mío, un cabo y tres soldados de Alava. Iban en solicitud de alojamiento. Todos eran andaluces: el cabo de Sevilla, y de la provincia de Málaga los tres soldados. Mi amigo les hizo entrar. Eran muy jóvenes y hallábanse estropeadísimos, con la ropa sucia y las caras ennegrecidas por el polvo del camino. Se les dió una habitación amplia con tres cuartos.

—Gracias á Dios—dijo el más jovencillo—que me quito el correa; me *paesía* á mí que lo traía *metío* en el mismísimo pellejo *der* cuerpo.

Y como los otros, dejóse caer, rendido por la fatiga y el cansancio, sobre la cama que tenía más cerca.

—La *verdá* es—añadió luego nuestro personaje—que tenía yo ganas que me viese *er físico* de mi *batayón*, porque estoy que no veo ná.

—¿Está usted enfermo de la vista?—le preguntó el dueño de la casa.
—Pues al parecer—añadió—la tiene usted sana.

—No *señó*—le replicó—lo que yo no veo es de *jambresita* que tengo.

—¿No han comido ustedes?

—¡Digo!—exclamó el soldadito, que por lo trigueño de su color parecía un gitanillo.—*¡Pus si dende esta mañana quemos salio de Baez, questá á dose leguas de lejo no hemo probao ni esto! (Y sonó con los dientes la uña del dedo pulgar).*

De una fonda que hay frente á la casa donde se alojaron se mandó llevar abundante sopa de ajos con huevos, grandes trozos de filete asado con patatas fritas, á lo que se añadió una gran fuente con muchas sardinas conservadas en aceite, pan en abundancia, vino, postres de frutas y café.

Preparada la mesa, llamóse á los soldados, que se sentaron ante sus respectivos cubiertos y comieron... hasta casi dar fin de todos aquellos comestibles, debidamente remojados con el vinillo. Mientras comían no hablaron ni una palabra.

Mi amigo estaba sentado en lugar aparte, viéndolos comer con ánsia infinita. Acordábase de los padres de aquellos muchachos que, allá, á lo lejos, llorarán la ausencia de sus hijos. Como mi amigo los tiene, podía hacerse cargo del dolor ageno.

Cuando, despues de tomar el café, echaron, ya satisfechos, un cigarro, interrumpió el patrón aquella plácida beatitud en que se hallaban sus huéspedes, diciéndole al soldadito:

—Supongo que, aparte de aquellos días en que, como el de hoy, hacen ustedes marchas tan extraordinarias, comerán excelente rancho y á horas convenientes.

El joven rascándose la cabeza y mirando fijamente con sus ojillos picarescos á su interlocutor, dijo:

—Yo no sé bien lo *custé* me *quíé desi*, pero en eso *de los rancho sabrá usté* que lo que nos dan siempre es *arró y una mijilla é tosino* y una galleta tan blanda *asina* como la bala *der nauser* y eso *argunos* días, que lo que es en otros...

—Ya habrá alguna exageración en eso que usted dice—le replicó—porque en el rancho les darán carne, judías ó garbanzos, papas...

—¿Carne, garbanzos, papas?—interrumpió á la vez que echaba mano á unas ruedecillas fritas que quedaban en el plato; metiéndoselas en la boca;—*pu* no es *ná* lo que á mí me *enfaan* las *papas* y las *ganitas* que tenía de verlas.

—Además les darán á ustedes café y vino...

—¿Vino?—exclamó dirigiéndose á su jefe inmediato.—Oiga *usté*, cabo, yo creo que sí, que alguna *vé* nos han *dao* un traguillo é vino ¿lo recuerda *usté*? Y, ¡apenas si hay charcas de agua en estos caminos!

El cabo nada contestó y mi amigo continuó diciendo:

—Ya me hago cargo de que cuando andan ustedes por esas mangüas carecerán á veces de lo más necesario para hacer un buen rancho; pero cuando no consuman todas las cosas que constituyen la ración reglamentaria del soldado, claro es que, en su día, en los ajustes de sus sobras se les compensará con dinero efectivo lo que no hayan consumido.

El soldadillo rascándose la cabeza, miró para el cabo, que cerró los ojos y echó por la nariz dos largas columnas de humo del cigarrillo, y volviendo el soldado hacia el patrón la mirada picareasca de sus ojos muy abiertos, poniéndolos en blanco, le dijo por toda contestación:

—¡Ay, *patronsito* de mi arma y qué *sueñecito* tan grande tengo! Y, ya *usté vé*, después de tantos días de *dormí* en *er* suelo...

Y se levantó la sesión con la siguiente orden del día para mañana, dada previamente por el sargento de la compañía:

«Al amanecer, que estéis en la plaza, listos para salir á operaciones.»

Y al amanecer se fueron los jóvenes soldados, dejando muchas memorias para el patrón que, seguramente, no volverá á verlos más.

Me han dicho—refiere el corresponsal—durmieron muchos soldados, sin haber comido, después de tan penosa jornada y en víspera de otra parecida, «porque era muy tarde ya para hacer rancho.»

¡Oh, noble España! Tan grande como tus merecimientos y tus glorias, son los corazones de esos pobres soldados, hijos tuyos, que entre la miseria y el hambre, sin que sus labios murmuren una queja ni un reproche, saben morir en defensa de tu honra y de tu bandera.

Aniversario y comparación.

Son por demás interesantes las observaciones que con motivo de la presente guerra de Cuba, hace un distinguidísimo y experto militar.

Cumple ahora un año—dice—que resonó en el Baire el grito separatista; entonces pocos creyeron (y de esos pocos casi todos se lo callaron) que aquellos míseros polvos habían de traer tantos y tan sangrientos lodos. Tomaron la palabra los periódicos, de gran circulación, monopolizadores del patriotismo (en francés *chanvinismo*, en yankee *jingoismo*), y decretaron convicto y confeso de mal patriota al que sospechase que la guerra podría pasar de la primera Navidad, siempre y cuando que se procediese con rumbo en dinero y hombres. Por supuesto sacando el dinero de las futuras generaciones en forma de empréstitos; y sacando los hombres de las familias, que, por no tener 2000 pesetas para redimir á sus hijos, demostraban que no habían echado gran pelo con el régimen colonial español, ni sin él.

Unieronse á los patriotas *dilettanti* los expertos en Cuba y sus guer-

rras; y estos últimos también decretaron que la insurrección no pasaría al Occidente de las Villas, por la falta de manigua en las provincias de Matanzas, Habana y Pinar del Rio.

La Providencia, que es misteriosa, ha querido dejar mal á unos y á otros. El general Campos y el general Weyler ponen como plazo mínimo de la duración de la guerra, tres años; y Gómez y Maceo se han paseado desde el cabo Maisí al de San Antonio. Y esto ha sucedido habiendo enviado á la Isla de Cuba 99.000 hombres hasta la fecha (están en camino otros 25.000); y entre lo que se ha pagado y lo que se debe llevamos gastados unos 200 millones de pesetas, y gastaremos en adelante un millón de pesetas diario. Al país, además, se le han sacado cerca de 30 millones de pesetas, en forma de contribución no votada por las Cortes, ó sean en redenciones á metálico.

* * *

Comparemos rápidamente, con lo ocurrido en estos doce meses, lo que ocurrió desde el 10 de Octubre de 1868 al 10 de Octubre de 1869.

El grito lanzado en Yara por Carlos M. Céspedes sorprendió al general Lersundi con unos 13.000 hombres en filas, si bien por el presupuesto se pagaban unos 19 000.

De esos 13.000 hombres, solo unos 5.000 escasos pudieron salir á operaciones en los primeros meses, cuando ya los insurrectos se habían apoderado de Bayamo y había sitiado á Holguín.

Entre los meses del año 68 y todo el 69 se mandaron de la Península unos 38 000 hombres; y el ejército por término medio después de Abril contó con unos 34.000 soldados útiles. Ciertamente es que había en armas más de 40.000 voluntarios, parte de los cuales, la mitad por lo menos prestaron servicios tan estimables como la tropa de línea.

A los grandes gastos de la campaña más que la metrópoli atendieron en ese tiempo el tesoro de Cuba, el Banco de la Isla, y los ricos hacendados y comerciantes.

No está demás consignar que durante los nueve años y medio que duró la guerra, España envió á Cuba 181.840 hombres, ó sea nada más que 90 000 menos de los que llevamos ahora enviados en doce meses.

La insurrección empezó con un éxito á que ahora ni siquiera ha aspirado; con la toma y larga posesión de Bayamo, población de 8.000 almas, con un coronel por gobernador.

Y sin embargo de todas estas deficiencias favorabilísimas á la insurrección de 1868, al finalizar el año no representaba en el Oriental ni en el Camagüey el carácter de vigor que ahora presenta; en Las Villas tampoco tuvo mayores proporciones que esta vez, en el primer año. Respecto á Matanzas, Habana y Pinar del Rio, no ya en este primer año, sino

en toda la guerra no pudieron los insurrectos llevar á ellas sus huestes orientales, ni organizar con carácter permanente la insurrección local, para estorbar la producción de azúcar y tabaco.

En síntesis; los insurrectos de 1868 en un año lograron infinitamente menos contra un ejército de 58.000 hombres (soldados y voluntarios activos) y contra una nación quebrantada por una revolución, que en el mismo plazo los insurrectos de 1895 con un ejército de 119.000 hombres, todos soldados, y contra una nación real y efectivamente por un poder *absoluto*, sobre todo en lo que á la guerra de Cuba se refiere de cerca ó de muy lejos.

¿No merece la pena el contraste, que en él se fije ese mismo poder, único que ha de resolver en adelante, sin verdadero contacto con la opinión nacional?

* * *

No se conteste con la vulgaridad de que la culpa de esa tristísima diferencia la tiene Martíñez Campos. Ni Lersundi, ni Dulce, ni los sucesores interinos ó propietarios de este último en el primer año de la guerra, pueden ufanarse de gran acierto político ni militar. Más es, sin negar más acierto ó más fortuna al general Weyler en el breve tiempo que lleva de mando, basta ver cómo Maceo ha podido salir de Pinar á través de dos líneas troches, como él y Gómez se sostienen en la Habana y Matanzas entre un sinnúmero de columnas, ahora bien manejadas, basta ver esto, para comprender que entre la insurrección de 1868 y la de 1895 hay un abismo, que no basta á llenar la pericia de un general en jefe.

Los voluntarios del Plata.

La conducta de los españoles residentes en la Argentina es verdaderamente digna de los mayores elogios. Como buenos hijos de esta nobilísima patria, no han podido permanecer indiferentes ante el espectáculo de la guerra de Cuba en que España tiene empeñado su honor y la gloria de su bandera y, con un entusiasmo que les honra no han titubeado en dar su sangre y su vida por la patria ofreciéndose á marchar como voluntarios á la manigua donde la satisfacción del deber cumplido como españoles será la única recompensa de sus generosos sacrificios.

He aquí las noticias que nos suministran de Cadiz acerca de este puñado de valientes:

Llegaron á Cadiz en el correo Ciudad de Cadiz los 117 españoles que marchan á Cuba como voluntarios. Todos son hombres jóvenes y

robustos, avezados al trabajo, en su mayoría gallegos, catalanes y castellanos.

Vienen algunos andaluces, de Jaen y Granada, un cubano nacido en la provincia de Matanzas, varios vascongados y uno de la provincia de Cadiz.

Este es natural de La Línea, se llama José Palomo y hace ocho años que marchó á Buenos Aires con su familia. Allí era telegrafista y ocupaba una posición desahogada.

Entre los individuos vienen muchos que han servido ya en nuestro ejército, algunos de ellos cabos y sargentos. También vienen varios oficiales, prófugos y desertores acogidos ahora á indulto.

Viene don Manuel Rodríguez, oficial de infantería de marina, á quien acompaña su señora. En Buenos Aires se dedicaba al comercio y se encontraba en próspera situación.

Don José García, alférez del regimiento de Borbón, también dedicado al comercio.

Don Tomás Alonso, sargento primero del regimiento infantería de Navarra; don Matías González, sargento primero de la remonta de caballería de Sevilla, y Angel Aldunate, cabo de sanidad militar.

Los demás voluntarios ocupábanse en Buenos Aires en las faenas del campo, unos, y otros eran dependientes criados. Como se ha dicho, muchos de ellos han servido ya en el ejército.

Viene tambien como voluntario un español, capitán del ejército argentino: viste el uniforme de aquel ejército, parecido al nuestro de caballería, llevando en la boca manga en forma de triángulo las tres estrellas; pertenecía al primer regimiento de cazadores.

Don Manuel Serrano, que así se llama este valiente compatriota nuestro, es natural de Cuméres de San Bartolomé (Huelva) y cuenta 30 años de edad.

Entró en quintas en el pueblo de su naturaleza, librándose del servicio por haber sacado un número alto en el sorteo. El año 89 marchó á Buenos Aires, tomando parte en la célebre revolución del 90, en el que ingresó en el ejército argentino como soldado, siendo promovido á oficial por mérito de guerra. Despues ha hecho varios años la campaña contra los indios, alcanzando todos sus grados hasta capitán por acciones y hechos heroicos.

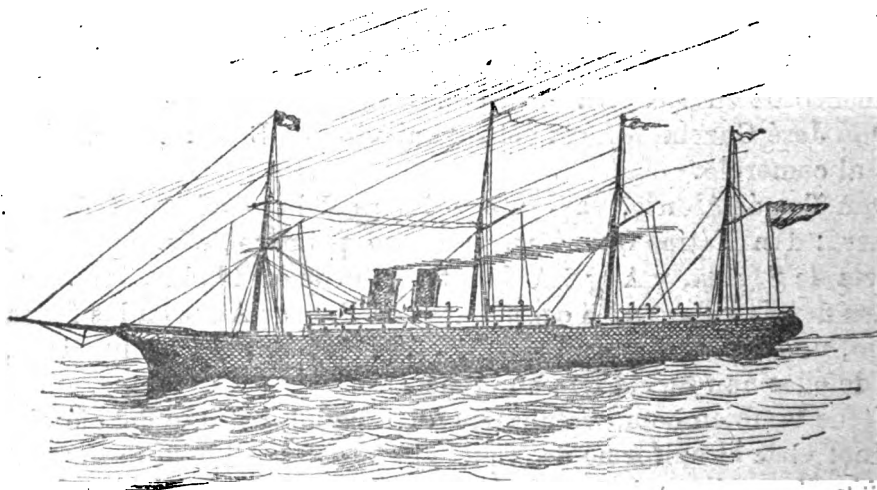
No pudo marchar con la primera expedición de voluntarios que salieron de las repúblicas Americanas por no haberle concedido licencia el gobierno argentino hasta ahora, en que se la han otorgado por un año.

Los voluntarios van animados del mayor entusiasmo patriótico y ansían verse en Cuba para demostrarlo. Al saltar en tierra prorumpieron en vivas á España y á Cuba española, que fueron contestados por la gente que se encontraba en el muelle.

Todos llevan en el brazo y en el ojal de la americana grandes lazos con los colores de la bandera nacional.

Acompañados de los jefes y oficiales del depósito de Ultramar, marcharon desde el muelle al castillo de Santa Catalina, donde se alojaron hasta el día siguiente que embarcaron.

En el trayecto dieron constantes vivas á España y á Cádiz, demostrando gran júbilo por verse de nuevo en su patria. En todo el trayecto del muelle al castillo de Santa Catalina no cesó de llover copiosamente, apesar de lo cual, fueron seguidos por constantes curiosos que hacían coro á los vítores y aclamaciones de entusiasmo de los voluntarios.



"Reina María Cristina."

Estos hacen grandes elogios de la colonia española en Buenos Aires, que los ha colmado de obsequios y atenciones.

La *Comisión patriótica española*, obsequió á cada voluntario con una libra esterlina, y el rico tabaquero, compatriota nuestro don Manuel Durán les repartió 17.000 paquetes de cigarros de las mejores clases.

El día del embarque acudieron á despedirlos todos los españoles allí residentes, haciéndoles una entusiasta y cariñosa manifestación, á la que se asociaron muchos argentinos.



JUNTA PATRIÓTICA ESPAÑOLA DE FRONTERA DE TABASCO (MÉXICO)



2. Don Feliciano Tojaco.

1.—Don Estéban S. Herreño.

3.—Don José Poch.

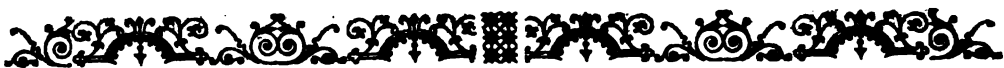
4.—Don Victoriano Canal.

5.—Don Emilio Casteja.

6.—Don Enrique Galindo.

Cuaderno 80—1. R.

Precio 10 cent.



XXVI

Los españoles en México



El patriotismo.

AS iniciativas tomadas por los españoles residentes en la capital de México, van siendo generosa y entusiastamente secundadas en todas las poblaciones de aquella república americana, donde existen corazones españoles, como podía menos de suceder tratándose de hijos de España, esta hermosa madre tan grande como honrada.

Las tristezas de la guerra de Cuba, promovida por una raza ingrata que convierte en mortíferas balas el hierro de las cadenas que con orgullo rompiera España, al libertarla de ominosa servidumbre; los estragos y desdichas que esa misma injustificada guerra ocasiona, tiene necesariamente que producir hondas amarguras en todos los pechos españoles, conocedores, como son, de los sacrificios inmensos que á España cuesta la conservación de su hermosa Antilla, porque ella es el resto que le queda del mundo que descubriera con Colón y porque simboliza aún más uno de los más gloriosos hechos de su brillante é imperecedera historia.

No es extraño, pues, que España esté dispuesta, antes que perder á Cuba, á arrostrar todos los sacrificios y á realizar todos los heroísmos.

como no es extraño tampoco que los españoles ante el empeño de honor en que España se halla interesada, le ofrezcan noblemente su concurso de dinero y el sacrificio de la propia vida.

El ejemplo que vienen dando nuestros compatriotas residentes en Francia, en la República Argentina, en México, en todas partes, en fin, es digno de esta Nación de héroes y nos hace á todos sentirnos orgullosos y honrados de haber tenido la dicha de nacer españoles.

En Frontera de Tabasco.

Hacia fines del mes de Setiembre de 1895 se inició por los españoles residentes en la capital de la República Mexicana una patriótica suscripción para destinar sus productos á premiar á los soldados que más se distinguieran en la campaña de Cuba.

La Junta iniciadora de tan plausible pensamiento dirigió circulares á todas las poblaciones de la República donde residen españoles, exponiéndoles la idea que en todas partes ha sido acogida con entusiasmo.

Frontera de Tabasco ha sido una de las poblaciones mexicanas en donde el entusiasmo de los españoles se ha manifestado más vigoroso y donde el pensamiento de la suscripción se ha llevado más prontamente á cabo, organizándose para ello una junta patriótica compuesta por generosos españoles.

He aquí, como se llevó á cabo el pensamiento:

Don Esteban S. Herrero, representante en Frontera del Vice consul de España, reputado financiero y economista, dirigió una carta circular á todos sus compatriotas que dice así:

«Hoy á las nueve de la noche se verificará una reunión en el salón «POLO NORTE» de todos los españoles residentes en esta población, para adherirnos á la iniciativa aprobada en la reunión celebrada en el Casino Español de México, con motivo de los asuntos de Cuba.

Se suplica á usted no deje de asistir á tan patriótico acto.

Frontera, Octubre 13 de 1895.—ESTEBAN S. HERRERO.»

El llamamiento hecho por el señor Herrero produjo sus naturales resultados, acudiendo solícitos todos los españoles que allí tienen su residencia, poseídos del mayor entusiasmo.

La reunión que estuvo concurridísima, se llevó á efecto la noche del 13 de Octubre en el salón «El Polo Norte» que es propiedad del entusiasta patriota don José Poch.

En medio de la expectación de todos se levantó el señor Esteban S. Herrero que como firmante de la carta circular le correspondía explicar sus propósitos y dirigió la palabra á la concurrencia en los siguientes términos:

«Señores: Veo con satisfacción inmensa que respondiendo al impul-

so del sagrado amor de la patria que late en el corazón de todos los buenos españoles, os habéis apresurado á asistir al llamamiento que yo me he permitido haceros en nombre de nuestra querida España, de esa nación civilizadora de la tierra americana que pisamos.

»Yo quisiera que antes de exponeros el pensamiento que aquí nos congrega, os dignáseis designar de entre los presentes, la persona que haya de presidir este acto. (Por aclamación fué designado el mismo señor Herrero, el cual continuó su interrumpido discurso).

»Pues bien, señores: Todos sabéis que en Febrero de este año se dió en Cuba el grito de rebelión contra la madre patria por algunos hijos desnaturalizados que con vanas promesas y soñadas engañosas venturas, han logrado atraer á su causa á todos los ignorantes y fanáticos.

»La guerra, pues, arde en los campos de Cuba, en esa perla de las Antillas, donde todos los elementos de su riqueza se ven destruidos por manos alevés y donde de parte de los insurrectos se hace una guerra más propia de bandidos y desalmados que de partidarios de ideas regeneradoras, como con evidente sarcasmo se denominan ellos mismos. ¡Triste recompensa la que recoge España de esa raza á quien sacó de la servidumbre para elevarla á la categoría de ciudadanos libres!

»Pues bien; esos que nunca dan la cara á nuestros soldados para la lucha noble y leal, que su única conducta de la guerra es la cobarde asechanza y solo esgrimen el machete cuando llega el momento de asesinar á mansalva, son los que aspiran al gobierno de Cuba, los que quieren imponerse á todo lo que en la isla represente el trabajo, la civilización y la verdadera libertad.

»De todas suertes, el hecho es que en Cuba existen los enemigos de España, y ante ello, preciso es que todos los buenos españoles acudamos con nuestro dinero y con el sacrificio de nuestras propias personas, en auxilio de los gloriosos prestigios de la patria que nos legaron nuestros mayores.

»Protestemos con energía de las ofensas que la prensa asalariada y pasional dirige á España, con evidente desconocimiento de los hechos y de la historia ó con punible mala fé, puesto que Cuba dentro de la unidad española es un pueblo libre y civilizado.

»No quiero molestaros más extendiéndome en consideraciones que no dudo están en la conciencia de todos y voy á exponeros el objeto de la convocatoria que he tenido el honor de haceros.

»En la capital de esta república, se ha acordado por los individuos más caracterizados de nuestra colonia, abrir una suscripción, que yo estimo tan patriótica como oportuna, entre todos los españoles que tengan residencia en México, para con sus productos premiar á los valientes soldados que tan alto mantienen en Cuba el honor de la Patria y más se distinguen en la guerra; y este es el punto que yo someto á vues-

tro acuerdo, secundando así la generosa idea iniciada por nuestros compatriotas.»

El discurso del señor Herrero fué calurosamente aplaudido por todos los concurrentes que por entusiasta aclamación aprobaron la proposición del presidente.

Acto seguido se procedió á redactar el acta de la reunión que se celebraba, y abierta la suscripción se inscribieron todos los presentes, recaudándose una suma considerable, que juntamente con la lista y el acta se acordó remitir á la Junta Central de la ciudad de México.

Un rasgo interesante: dos españoles de los concurrentes al acto que, por carecer de recursos no pudieron contribuir á la suscripción, se ofrecieron á ir como voluntarios á la guerra, si la Junta se encargaba de facilitarles el viaje. De este generoso ofrecimiento se dió también cuenta á la Junta Central.

La reunión, después de haber elegido los individuos que habían de constituir la Junta patriótica en Frontera de Tabasco, se disolvió con el mayor orden al grito de ¡Viva España! que fué entusiastamente contestado por todos.

He aquí la Junta nombrada:

Presidente: Don Estéban S. Herrero.—Vocales: Don José Poch, don Emilio Cañals, don Victoriano Canel y don Feliciano Tojaco.—Secretario y Tesorero: Enrique Galindo.





XXVII

INTERVIEW CON EL MÉDICO

DE MARTÍNEZ CAMPOS.



s interesante, por demás, la conversación siguiente, sostenida en Sevilla por un ilustrado periodista con el Doctor Semprún, médico y amigo del general Martínez Campos. La conversación tiene mucha miga que se presta á numerosos comentarios que dejamos íntegros á nuestros lectores.

He aquí la interview:

El Doctor Semprún.

En la escuela de medicina de Sevilla hizo su carrera, el que ha permanecido como médico al lado del general Martínez Campos en el tiempo que éste ha dirigido las operaciones en la isla de Cuba.

Se llama Eduardo Semprún, es comandante y hállase laureado con la cruz de María Cristina por su noble y bizarra conducta en Peralejo. El que haya leído los detalles de aquella acción, se acordará de aquel médico que, sin apartarse un punto del peligro, vió cómo una bala atravesaba de parte á parte la montura de su caballo; de aquel médico que tan pronto como caía del suyo el desgraciado Santocildes, picó espuelas, por entre enorme fuego, para prestarle auxilios que eran eficaces. ¡La

muerte se había adelantado á la ciencia, por mucho que la ciencia quisiera adelantarse á la muerte...!

Semprún es joven, de regular estatura, barba negra corta, narrador amabilísimo de los accidentes de la campaña, simpático, amable... hasta permitir que le hablen de la guerra después de diez meses de no oír otra cosa...

Yo había ido—dice el narrador—á buscarlo á la fonda, por la tarde. No estaba. Le dejé tarjeta. Volví por la noche. En el momento de yo entrar, él salía. Un criado de la fonda me dijo:

—Ese es don Eduardo...

Iba de uniforme. Al pecho la cruz de María Cristina. Lo acompañé á telégrafos, y después que hubo concluido, nos dirigimos al Ateneo.

Por el camino le expresé el objeto de mi visita.

—¿Usted estará acostumbrado á las entrevistas?

—Las conozco. Rafael Gasset y Tesifante Gallego, se han sentado varias veces á la mesa del general. Son los dos periodistas que han merecido más deferencias de su parte. Sobre todo de Rafael Gasset.

El comandante accedió, con excesiva fineza, á mis deseos de *entrevistarle*.

—Lo único que siento—me dijo,—es que lo que yo diga pueda parecer apasionado. Soy entusiasta del general. Creo conocerle por fuera y por dentro. Me parece conocer hasta lo que sueña.

La opinión extraviada.

—No comprendo, cómo hay personas—añadió luego contestando á preguntas que yo le hacía—que juzgan de la campaña, creyéndose infalibles. Vanidad de vanidades, y todo vanidad. ¿Cuántos españoles conocen bien la isla de Cuba? ¿Cuántos la estrategia de aquellos cabecillas? Nosotros tenemos que luchar con los obstáculos de la naturaleza incomparablemente más que con el enemigo; el enemigo huye, sabe que en guerra franca sería inútil todo su empeño, que con el ejército español no puede nadie; pero los obstáculos de la naturaleza persisten, *dan la caza* y en casi todas las ocasiones vencen.

Desde aquí no puede saberse lo que es aquello. En la mesa del comedor, en el círculo íntimo de los amigos, todo es coser y cantar. Yo haría esto, yo haría lo otro, yo emprendería el ataque por aquí, yo los sorprendería en sus madrigueras, lo más práctico sería el plan de campaña que á mí se me ha ocurrido... Dicho todo, parece natural y factible; pero en el campo, ante la eventualidad de los sucesos, ya es otra cosa. Para nosotros son todas las desventajas. La conducción de convoyes, por ejemplo,—y este es un solo detalle—suele ser obra de romanos. A veces se atascan los carros y no salen del atolladero en tres días. En

más de una ocasión, los oficiales, han tenido que andar á tiros con los boyeros, que en vano luchaban para seguir la marcha.

La opinión está extraviada. Comprendo que ella no tiene la culpa... pero está extraviada. En Cuba se hace una guerra verdaderamente irregular. Si no fuera así, ¿duraría á estas horas? El enemigo engaña, rehúsa los encuentros, es dueño y señor de muchos secretos para nosotros impenetrables. Sobre todo es dominador de la tierra que pisa. El tiene su casa, su residencia, en la manigua; nuestros soldados no conocen ni la fachada de esa casa, mucho menos las sorpresas que dentro le aguardan...

Martínez Campos.

—¿En qué situación de ánimo vino el general á la Península?

—En la misma de siempre. Su entereza habitual no le abandona. Por otra parte, él no ha vuelto vencido. Si hubiera presentado la dimisión, pudiera quizá decirse esto; pero su dimisión no ha sido espontánea. Bien claro está y se ha dicho, no sólo por él, sino por todos los periódicos: *le han dimitido*.

—¿Qué género de vida suele hacer en campaña?

—La vida de un soldado. Martínez Campos, hace las cosas de la manera más natural del mundo, sin afectación de ninguna clase. A pié y á caballo, de noche y de día, es incansable. Todo lo que se diga en este punto, es perfectamente cierto. A veces le queríamos hacer bajar del caballo para que descansara.

—Un general en campaña no debe cansarse nunca,—nos decía;—el que se canse que no sea general.

Esto dicho con una ingenuidad extraordinaria. Y advierto á usted que aquel trabajo revienta á cualquiera. Pero Martínez Campos tiene una fuerza de voluntad que se sobrepone á todo. Está templado como los antiguos guerreros. Se priva del sueño, de la comida, del cigarro, sin quejarse, con la conciencia del que cumple un deber que impone la patria.

Marchando, siempre se le vé en la extrema vanguardia, en los sitios de mayor peligro. Es una vida, que, por un celo mal entendido, se ha expuesto en muchas ocasiones. Sus entorchados no desaparecen de las bocamangas, al revés de lo que hacen los demás generales. Es un blanco casi seguro; le salva la buena estrella; al sol brillaban los galones con brillo extraordinario. Parecían un foco de luz, desafiando temerariamente al enemigo...

La leyenda de las «tagarninas.»

Siempre se ha dicho que Martínez Campos fuma malos chicotes, especie de *tagarninas* que no se avienen con su categoría. Sobre esto pregunté al señor Semprún, y éste, sonriéndose, me dijo:

—Eso se dice: pero hay bastante exageración en el dicho. El general fuma un tabaco mediano, que equivale al de *cuarenta céntimos* de aquí.

De eso á decir que rinde culto á las *tagarninas* hay bastante diferencia.



El Capitolio (Washington).—Frente Oeste.

Cuando se le pregunta que por qué no gasta mejor tabaco, contesta que *sería para él un cargo de conciencia*.

En mi concepto para Martínez Campos el fumar es un *vicio indigno de que se le halague...* y el caso es que tiene siempre magníficos habanos, que le regalan por cajas, entre otras personas, el maqués de Pinar del Rio.

Los destina á los que le rodean y á los que le visitan.

Los preliminares de Peralejo.

Nos habían dicho que Maceo estaba en Bayamo. El general hizo des de luego el propósito de atacarle. No tenía más que 300 hombres y los que componíamos el Estado Mayor; el jefe Máximo Ramos, el marqués de Baztán, el comandante Moreno, Valenzuela, Primo de Rivera, Pepe Martínez Campos y yo.

—Adelante—dijo el general;—y adelante fuimos.

Un ex-cabecilla de la guerra pasada, de los que negociaron la paz del Zanjón, y hoy administrador de la Aduana de Manzanillo, Ramirez, al encontrarse al general en marcha, le pintó, lleno de buena fé, con ne-

gros colores la difícil situación en que nos veríamos de encontrar á Maceo. Martínez Campos, firme en su idea, y sin dar entero crédito á las palabras del excabecilla, siguió su camino.

Ramírez, tomando otra dirección, encontróse á Santocildes con su columna cerca de Veguitas.

El general va hácia Bayamo. Corra usted á encontrarle, porque allí está Maceo con 7.000 hombres...

Santocildes lo hizo, pero sin contar á Martínez Campos su entrevista con el excabecilla.

—¿Dónde vá el general?—preguntó el primero al segundo.

—A Bayamo. Me han dicho que está allí Maceo.

—Le acompañaré—añadió Santocildes.

—No hace falta... Si acaso venga usted detrás como á media hora de camino. Si oye usted fuego, adelántese hasta nosotros; si le oigo, yo me reuniré con ustedes.

—Si es tan crecido, como dicen, el número de insurrectos que acompañan á Maceo, me parece que no podemos ir ni juntos ni acompañados.

—Vaya si podemos—dijo el general sin detenerse.

Martínez Campos, no creía en los 7.000 hombres. No dió crédito á la noticia hasta que la oyó de labios de una distinguida señora, propietaria de Veguitas, que se porta admirablemente con los soldados españoles, facilitando cuantos avíos necesitan para su curación.

—No salga usted, por Dios, general,—le dijo esta señora— en Bayamo hay 7.000 hombres y además de Antonio Maceo otros cabecillas importantes.

—Señora; no tengo más remedio. Ya estoy aquí—le contestó el general.

La tortilla para el Estado Mayor.—Una conferencia.

—Los que formábamos el Estado Mayor de Martínez Campos, no habíamos comido. La amable señora nos preparó una enorme tortilla, que nos supo á gloria.

El pobre Santocildes, que comía, de ordinario, bastante bien, apenas quiso probar bocado en aquella cena de pan y tortilla. Estaba triste; quizá le dominaba el presentimiento de su muerte, que nadie pudo figurarse tan cerca.

Durante la noche trató de disuadir al general en jefe de su propósito. Tuvo con él una conferencia, de la que resultó confirmada en términos categóricos la actitud sostenida, desde un principio, por Martínez Campos.

A la mañana siguiente, salíamos para batir á Maceo.

La acción de Peralejo.

—La vida del general en jefe estuvo muy expuesta en Peralejo; pero en otras ocasiones se ha visto más expuesta aún. Por ejemplo en la marcha de Ciego de Avila á Sancti-Spiritus. En Coliseo, vióse también gravísimamente comprometida.

El enemigo nos tenía cercados en Peralejo. El fuego empezó. A los pocos momentos era horrible; el humo se amontonaba en la atmósfera, apenas nos veíamos. A las tres horas de combate, Santocildes caía de su caballo. Corro para auxiliarle. Tenía tres balazos. Estaba muerto...

Los soldados casi no se dieron cuenta, ni hubo el menor desorden. Campos se puso al frente de las tropas. Al fin salimos de aquella crítica situación gracias á un movimiento muy bonito del general. Al mismo tiempo, nos apoderamos de tres bohíos, cosa que entonces era poco menos que indispensable, para seguir un camino, desconocido para nosotros, que daba entrada á Bayamo.

Antes que Santocildes, murió su ayudante Sotomayor, un niño casi, al conducir á retaguardia una orden de su general.

Nos reunimos en Peralejo unos *mil trescientos hombres*, porque se me olvidaba decir á usted que, casualmente se unió á nosotros el teniente coronel Escario que llevaba 300.

Maceo y los suyos huyeron á la desbandada.

El comandante Valenzuela.

—Ya sabe usted que el pobre Valenzuela, no murió de la herida, sino del vómito. Yo había ido á verle al hospital por orden de Martínez Campos, y al preguntarle éste si sería preciso amputarle la pierna, le dije que no, que la encontraba bien.

Valenzuela fué la primera víctima del vómito en Cienfuegos. Después se propagó en el hospital.

A mí me cupo la satisfacción de llevarle el nombramiento de comandante y la cruz laureada de San Fernando. Poco le duró al pobre la alegría.

La Reina se interesaba mucho por su salud y lo mismo Martínez Campos.

La fiebre del separatismo.—Martí.—Máximo Gómez.—Maceo.

—El separatismo no es una idea entre aquella gente; es un fanatismo, una verdadera locura.

Yo poseo un documento que se le encontró á Martí después de su

muerte. Hállase dirigido por Máximo Gómez al presidente de la Junta revolucionaria de Nueva York. En dicho documento se lee que *Martínez Campos sigue una política insuperable que facilita las deserciones entre ellos, y que si le coge prisionero, á pesar de sus buenas condiciones, le fusila*. Martí era el portador de este escrito.

A Martí le conocí en Sevilla. Desempeñaba en la insurrección el papel de propagandista, y lo era ardiente, apasionado, incansable. Tenía sus humos de poeta. No creo que hubiera conseguido nunca la gloria del Parnaso. Conozco algunos de sus versos y están llenos de rípios. Tampoco creo que pudiera presumir de muy ilustrado. Era un romántico del separatismo. Hombre de imaginación, tenía bastante de aventurero y de visionario.

Máximo Gómez y Antonio Maceo son, desde luego, los cabecillas más importantes, las dos figuras más salientes del campo enemigo. Máximo es hombre de inteligencia, buen guerrillero y excelente para dirigir su caballería. Debe tener unos 72 años. Su aspecto amojamado á lo Don Quijote y cierto mal color, le hacen aparecer como persona muy enferma, en período avanzado de la tisis. No dudo que esté malo; pero no creo que lo esté tanto como se asegura.

Maceo, aunque tiene mucho prestigio, no alcanza la significación de Máximo, ni vale lo que él. Es hombre de buena presencia y entre los mulatos un coloso, así como Quintín Banderas está muy bien conceptuado y muy querido entre los de su raza.

* * *

De otras cosas más habló el distinguido médico militar, entre ellas del noble comportamiento del segundo batallón peninsular, del arrojo, la bizarría y el entusiasmo con que se batían los jóvenes tenientes recién salidos de la Academia, del porvenir glorioso que espera en el ejército al ayudante de Martínez Campos, O'Donnell, y de la serenidad que distingue al capitán Primo de Rivera.

Lolo Benítez.

Al estallar el grito de Yara en 1868, Lolo Benítez contaría entonces veinte años escasos, y era un mozo varonil á quien la juventud de Guisa, su pueblo natal, consideraba como jefe indiscutible, tanto por su inteligencia, como por su valor y destreza en todos los ejercicios físicos que dominaba por completo; próximo á Bayamo, foco de la insurrección, los jefes más caracterizados de ésta, le designaron como jefe de una partida de las que por entonces se formaban, seguros de que ha-

brian de seguirle los jóvenes de Guisa. Al saberlo el interesado protestó con violencia y hubo de manifestar su desagrado, diciendo:

—No comprendo que ningún blanco se subleve contra España; aquí no hay más que dos razas; la de color; procedente de África, y la blanca que no es ni puede ser otra que la española; nuestros padres ó abuelos han sido todos españoles y de ellos no puede renegar nadie que los haya tenido honrados; los que desciendan de bandidos, podrán avergonzarse de ser españoles; pero mi abuelo era un español decentísimo y yo no reniego de su nombre.

Estas frases se consideraron como un reto, y pocos meses después una fuerte partida rebelde penetraba en Guisa, dando apenas lugar á que los amigos y parientes de Lolo Benítez, entre los que se encontraba su madre, se hicieran fuertes en la Iglesia. Los rebeldes, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos para vencer con nobleza, reunieron cantidad suficiente de hierba seca, á la que dieron fuego. Los defensores del improvisado fuerte y las mujeres que en él se habían refugiado murieron abrasados.

Lolo Benítez, que como todos los hombres verdaderamente esforzados, había sido hasta entonces de un carácter bondadoso, se hizo feróz. El espectáculo del cadáver de su adorada madre no se borró jamás de su mente, organizó una guerrilla con la que hizo verdaderos prodigios, no perdonando nunca al insurrecto que osara en su poder. Pronto su nombre se hizo temible, y la guerrilla que mandaba se convirtió en el espanto de los insurrectos de Bayamo, Manzanillo y Jiguari, teatro de sus operaciones, agregada al batallón cazadores de Antequera.

Lolo Benítez, que tan gloriosa muerte ha tenido en el campo de sus antiguas hazañas, luchando por su amada España, no era tan cruel como la fama le hacía, pues si bien en la lucha no perdonaba á nadie, ya terminada mostrábase benigno y compasivo. Era un cubano muy español, y aún descontando el terrible efecto que le produjo el asesinato de su madre, se indignaba violentamente con los descendientes de los españoles que maldecían á España.

Lolo Benítez, como la inmensa mayoría de los hijos de Cuba que descienden de españoles dignos y honrados, son, han sido y serán siempre españoles; es una falsa idea la que se tiene al sospechar de los hijos de aquella hermosa tierra, tan españoles como los peninsulares y que tantas pruebas de amor á la patria están dando, y que no tienen que recibir de nadie lecciones de patriotismo.

El ejército y la armada tienen en sus filas muchos cubanos que han escrito con sangre generosa su amor á España; numerosos voluntarios y guerrilleros del país luchan como nuestros soldados; el general Weyler, organiza batallones de gente de color con el mejor acuerdo, y esas señoras cubanas que vitorean á nuestros soldados en las calles de la Habana,

demuestran bien claramente, á despecho de advenedizos aventureros, de gentes de sospechosa procedencia, salvo contadas excepciones, y de bandidos medianamente organizados, que en Cuba hay sentimientos tan españoles como en la Península. Pensar otra cosa, es dar la razón á los laborantes de los Estados Unidos y olvidar que hay cubanos que, como el valiente Lolo Benítez, han hecho toda clase de sacrificios por España.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

Primera parte

	<u>Pág.</u>		<u>Pág.</u>
Los últimos embarques.	1	Una interview con el general.	165
La toma de Capiro.. . . .	25	La batalla de Cayo Espino.. . . .	179
Recompensas.	31	De Cascorro.	186
Accidentes.. . . .	47	Por la paz.. . . .	195
Otros encuentros.	51	El comandante Valenzuela.. . . .	203
Salvajadas y encuentros.	63	Guantánamo.	219
Operaciones.	71	Relevodel general Martínez Campos.	244
Nuevos accidentes.	76	El embarque.	251
Desde Bayamo.. . . .	79	En Palencia.	267
Combate heroico.	84	Opiniones de un soldado.	270
Los detalles del combate.	95	Los combates de la Trocha.	275
Combate de Rincón Hondo.	108	Lucha de 20 contra 200.	282
Un artículo importante.	120	Historia de unos expedicionarios.	287
Consejo de Guerra.. . . .	125	Un encuentro con Rego.	292
El complot separatista.. . . .	140	La muerte de un cabecilla.. . . .	307
Lo que pasa en Matanzas.	158	Notas y comentarios.	314

Segunda parte.

	<u>Pág.</u>		<u>Pág.</u>
Fusilamiento de un desertor.	321	El teatro de la guerra.	429
La opinión de un autonomista.. . . .	330	Cabos sueltos.	436
Tropas expedicionarias.	342	El combate de Mal Tiempo.	446
Mas tropas.. . . .	358	Detalles.	451
En el terreno.	366	Siguen avanzando.. . . .	454
Conducción de un convoy.. . . .	371	El 5.º de montaña.. . . .	467
Voladura de un tren.	388	Un héroe.	470
La «doctrina» de Monroe y la Amé- rica latina.	396	El combate del río Colmena.	484
Invasión de las Villas.	403	Lo que se dice.	502
Colombia y España.	411	Negruras de la guerra.. . . .	511
Las operaciones.	419	Sigue la guerra.	522
		Una derrota.	536

	Pág.		Pág.
Nuestras fuerzas.	547	Varios combates.	595
La beligerancia y los senadores yan-		Cabos sueltos.	600
kées.	551	Heróico encuentro.—En el callejón	
El general Weyler.. . . .	572	de Javira.—Ocho contra sesenta..	604
El cabecilla Cepero.	579	En el Plata.	612
¡A la mar!	582	Desde Santa Clara.	618
En las Charcas.. . . .	586	Los españoles en México.	626
Notas de la guerra.—El combate de		Interview con el médico de Marti-	
La Esperanza.—Rafael Estrada. .	589	nez Campos.	630



